

A woman with long dark hair, wearing a white knit sweater and a vibrant red cape, is shown in a snowy, winter setting. She is embracing a large, fluffy husky dog. The scene is captured from a high angle, with the woman and dog appearing to be lying on the snow. The background is a soft, white snow with gentle snowflakes falling. The overall mood is serene and intimate.

Sònia A. Kirchen

En la piel del lobo



En la piel del

Lobo

Sònia A. Kirchen

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: En la piel del Lobo

©Sònia A. Kirchen 2019

Diseño de portada: Sònia A. Kirchen

Imagen de portada: Obtenida del banco de imágenes 123rf. Autora Irina Kharchenko

Encuadernación: Sònia A. Kirchen

Corrección: Sònia A. Kirchen

Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual CreateSpace el 11 de enero de 2019 con número 1901109581423

Esta novela fue autopublicada en Amazon enero 2019



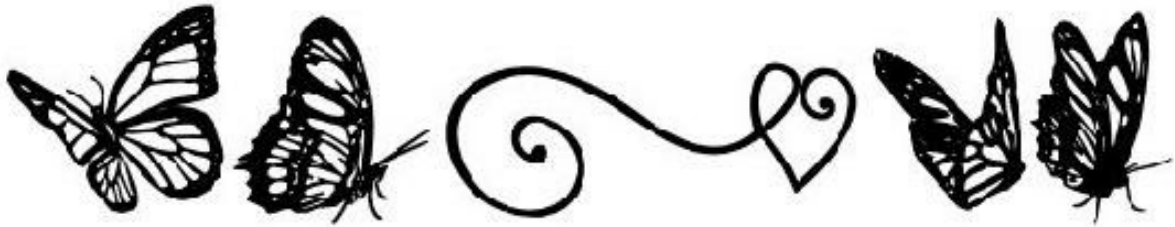
Dedicado a cada una de las lectoras que han contribuido a embellecer cada encabezado de los capítulos de esta novela:

*Santa Pérez,
Grace Ili Luna,
Alexei,
Katy,
Raquel,
Morakima,
Sheila Brochero,
Vera Anasta,
Johanna López Vargas,
Enrique Staines,
Maityn A.C.,
Imara Pina Cruz,
Sarah Wall,
Cristina Marcos,
Jane Mackenna,
Marilyn Carroll,*

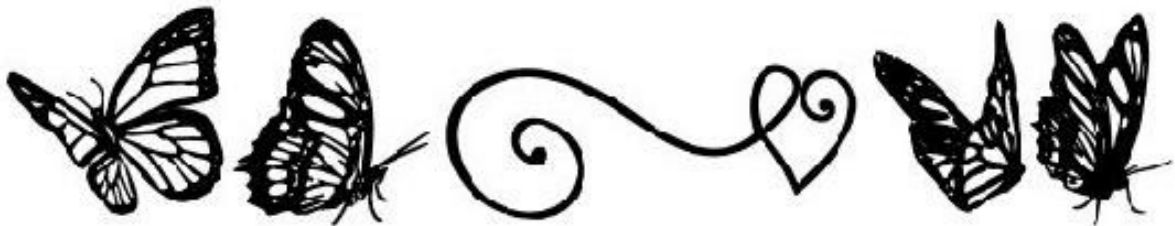
*Mey González,
Stefania Torres,
Sara González,
Verena Mussard,
Almudena Cortés,
Sandra Méndez,
Julia Murié Martínez,
Aminda Santos,
Morgan Browning,
Tere García,
Andrea Mata,
Celia Medina,
Sara Dueñas,
M. Schröder,
Carla M. J.,
Ross Collum,*

Todo esto no tendría sentido sin ni nuestros ánimos.





*«El corazón no reconoce las excusas de la razón.
Cuando se ama se hace a tiempo completo y
a pesar de las mentiras.
Cuando no tienes nada más que perder,
la vida se revaloriza».
Por una cama de princesa. Hadha Claim.*



Conal S. Fernweh y el amor

Siempre he creído que el corazón era algo más que un músculo que ayudaba a la toma de decisiones, que era el creador de los sentimientos y emociones que nos acompañan a lo largo de la vida, pero no, las emociones son creadas por nuestros pensamientos.

Ahora piensa en algo que te atorra, imagínalo, ¿sientes de nuevo el corazón acelerarse? Entonces... reflexionando, ¿qué es el amor? ¿Un sentimiento creado por nuestro pensamiento? ¿Una emoción? ¿Una creencia?

Un pensamiento que se vuelve frecuente termina siendo una creencia. Y esa creencia, despierta miles de sentimientos y este atrae miles de emociones. ¿o te preguntas, ¿qué piensas sobre el amor?

El amor no es más que otro sentimiento donde dejamos espacio a emociones.

Existen varios tipos de amor: amor propio, amor de madre, de padre, amor amistoso, amor animal... ¿Qué de amor?

¿No hay mejor ejemplo sobre amor, sentimientos y emociones y descontrol de estos que está historia que estás a punto de leer.

Podrás experimentar y reflexionar sobre todo aquello de lo que te hablo.

Voy a lanzar una pregunta, ¿por qué hay personas que se encierran a primera vista y otras con el tiempo? ¿Qué diferencia hay?

¿No tengo la verdad absoluta pero, si alguien te gusta o te parece admirable ¿qué es lo que no dejas de hacer?, pensar ¿verdad? Son pensamientos maravillosos que dejan valor tu imaginación haciendo que sueñes despierto.

Pero... ¿Y si es el efecto contrario? ¿Que ocurre? ¿Lo ves ahora? ¿Que crees que trato de decirte con todo esto?

Que el amor es un sentimiento creado por nosotros mismos. Por eso el amor no es lo mismo para todas las personas y cada una lo vive según cree.

¿No es malo saber eso. Al contrario, saber esto puede hacer que tengas un control de los pensamientos, emociones. Habría menos malentendidos, celos injustados por nuestros miedos. Habría calidad de vida junto a la persona que amamos o que la química ha unido.

A veces, se confunde amor con propiedad. Y de ahí, vienen los pensamientos y emociones negativas, nuestros actos inconscientes, etc... El ser humano es capaz de hacer lo que sea con tal de defender en lo que cree.

¿Cuándo tuve la oportunidad de leer esta maravillosa historia que tienes ante ti. Empecé a reflexionar.

En varias ocasiones me vi reflejada y en otras, a personas que conocía.

Tienes ante ti. Un tesoro que despertará una parte de ti desconocida. Podrás comprobar otro punto de vista, comprobar, como nuestros pensamientos nos lo juegan creando emociones dañinas para nosotros mismos y para las personas que amamos, o como, pensando bien, creamos felicidad y calidad de vida.

ÍNDICE

FINALES CON SABOR A PRINCIPIO

SUCESOS INESPERADOS

VISITAS INESPERADAS

CAMBIOS INESPERADOS

SENTIMIENTOS INESPERADOS

LOS PRESCOTT

MATTHEW FREDERICK PRESCOTT

CAPERUCITA Y EL LOBO

GUERRA SIN TREGUA

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

REVELACIONES AUTODESTRUCCIONES

UN SOPLO DE AIRE FRESCO

NAVIDAD, BLANCA NAVIDAD

A LA CARGA MIS VALIENTES

EL PUZLE SE DESMORONA

DE GUATEMALA A GUATEPEOR

CEDIENDO TERRENO

DESPERTANDO

DESPEDIDAS DESESPERADAS

AIRES DE CAMBIO

VOLVER A COMENZAR
EN LA CASILLA DE SALIDA
SIN RETROCESO
A LA VELOCIDAD DE LA LUZ
NEW YORK... NEW YORK
ACCIDENTAL Y COMPRIMIDO

LA SEMILLA
SRES. PRESCOTT
NUESTRO TRIUNFO
DOBLE NACIONALIDAD
HOGAR, DULCE HOGAR
EL DUCADO
LA PIEL DEL LOBO

FINALES



*«Los peores llantos no eran los que todos veían.
Los peores llantos sucedían cuando tu alma lloraba y no había manera de
consolarte, hicieras lo que hicieras. Un trozo de ti se marchitaba y surgía
una cicatriz en la parte de tu alma que sobrevivía.
Para la gente como Eero o como yo, nuestras almas tenían más cicatrices
que vértices.»*

Rompiendo las neblinas, de Katie McGarry

Sarita Pérez de El Salvador.

CON SABOR A PRINCIPIO

Es muy triste que ocurran cosas tristes y es más triste, que esas cosas tristes las sufran quienes bajo mi punto de vista ya han copado su cuota vital de tristeza.

Al parecer, aliada a la desdicha no utiliza un sistema métrico adecuado para determinar cuánto dolor pueden soportar, si es injusto o excesivo, o si no disponen de la madurez para entender los motivos por los cuales les suceden tantas cosas tristes.

Simplemente a la tristeza todas estas divagaciones le tocan un pie.

No hizo falta alzar demasiado la voz, y aunque la casa podía albergar a dos familias con mascotas, servicio doméstico y no verse en días de no desearlo, el silencio propagaba el sonido igual a un megáfono.

Las zancadas de papá eran inconfundibles, largas y firmes, con el retumbe propio de las películas de suspense. No me escondí debajo de la cama porque sabía que eran tuyas.

—¿Cómo va?

—Un par de cajas más y podré llamar a la agencia de transportes.

—Pobres criaturas... Solo espero que no les afecte demasiado.

—Menuda tontería. Lo van a pasar fatal.

—¿Era imprescindible la acidez, hija mía?

—Consuela el conocer la capacidad de recuperación que siempre han demostrado. Quiero pensar que podrán superarlo en un tiempo récord.

—Cuando falleció Evelyn contaban contigo.

—Yo no soy familia directa ni puedo asumir la responsabilidad de su tutela. No me hagas sentir peor, te lo suplico. —Aquella posibilidad me la había planteado y negado tantas veces como horas en el reloj, sin embargo, siempre chocaba con las mismas dudas e inconvenientes.

—Bichito, para nada pretendo eso, aunque podríamos haber pactado una alternativa menos drástica que les evitara perder el contacto con sus raíces.

—¿Un acuerdo con el padre de los mellizos? No voy a opinar sobre él por no ser grosera. —Cerrar cajas resultaba engorroso y desquiciante, tenía todos los dedos cortados—. Pásame el rollo de cinta de embalar.

—Ten.

—El tipo está obligado moral y legalmente a hacerse cargo de sus hijos. Tengo el mal palpito, que pasado el verano, los internará en algún colegio con prestigio.

—Y tú ¿has decidido qué harás?

—Sigo en *stand by*. Me han ofrecido trabajo de traductora para una editorial y lo aceptaré.

—¿Y tu profesión? Has ido aparcándola y necesitarás experiencia si deseas ejercer algún día.

—El mercado está saturado de arquitectos en paro y yo necesito una nómina, ya no tengo edad para empezar de becaria en ningún estudio.

—Entonces...

—Sandrine también me llamó ayer.

—No, bichito... no.

—¿Por qué siempre pones el grito en el cielo? Papá, son solo fotos.

—Enid, hija... ¡en cementerios! Con ropas barrocas emulando a fantasmas.

—Y el muy aprensivo se estremeció mostrando repugnancia a base de contorsiones faciales exageradas—. ¡Tétricas!

—Góticas.

—Sí, lo que tú digas... pero son deprimentes.

—Es un arte alternativo, de eso se trata... —Mirándole con picardía levanté una ceja con toda la idea de molestarle—. ¿O preferirías que fueran en ropa interior?

—¡Enid!

—O sin ropa... Animar, sí que animarían. —No fue muy ocurrente guiñarle el ojo tras la observación, se le marcaron las tres arrugas en la frente de padre ofendido.

—En lugar de resucitar a los zombis, bien podrías utilizar el fondo que te dejó mamá y conseguir la formación que necesitas.

—No. Ese dinero solo lo tocaré en caso de emergencias, por ahora puedo vivir de mis ahorros.

—Yo también puedo pasarte un...

—¡Venga ya, papá! Puedo mantenerme sola, tengo una edad para sacarme las castañas del fuego sin quemarme los deditos. El día que os necesite cuenta que no dudaré en reclamar vuestra ayuda. —Menudo tándem éramos mi orgullo y yo. De llegar a ese extremo debería de encontrarme fregando la indigencia. ¡Qué vergüenza! En todo caso asilo o mimos..., dinero, para nada.

—Espero que así sea.

Mientras continuábamos completando las cajas con las pertenencias de Isona y Joel, mi memoria se embarcó en un viaje al pasado, en concreto a cómo llegué allí y lo asustada que estaba.

Evelyn acababa de dar a luz, no disponía de control sobre sus hormonas y no hubo rincón de la casa donde no llorara. Tampoco era para menos, su vida dio un vuelco de ciento ochenta grados cuando se quedó embarazada de

mellizos y su novio, demostrando compromiso y responsabilidad, se desentendió y a ella no le quedó otra que regresar a Barcelona con su madre, una mujer de carácter recio, aunque dispuesta a apoyar a su única hija sin reservas.

No sé cómo conseguí superar las dos primeras semanas en aquella casa, cada noche al acostarme me preguntaba: «¿Qué hago aquí? Esto no es lo mío. Hablo con Evelyn mañana y que busque a alguien cualificado».

Sin embargo, al despertar ya no recordaba la tensión del día anterior, y así se sucedieron los meses, los años...

Mientras cerraba la última de las cajas con las yemas pegajosas de tanto adhesivo, advertí la vivienda carente de todo su encanto, y no importaba que estuviera situada en una de las zonas privilegiadas de la Ciudad Condal, ni que su valor de mercado fuera de unos cuantos millones de euros; así, vacía, sin las risas de los enanos, sin sus travesuras, sin las regañinas de la abuela, era un espacio frío y para nada acogedor.

Ya por más suspiros que se me escaparan, por mucho que los echara en falta, aquel periodo de casi una década había tocado a su fin. Tal como conectara la alarma, iniciaría mi adaptación a la vida en soledad.

—Bichito... ¿en qué piensas?

—En todo el bien que me hizo la locura cotidiana de esta casa para superar la pérdida de mamá. No tuve tiempo ni de llorarla.

—Diez años en unos meses... —La nostalgia siempre entristecía la mirada de mi padre con los recuerdos.

—Mami es feliz allá donde esté. Lo hemos hecho genial, ¿no crees?

—Sí... aborrecía a los llorones. —Pasando su brazo alrededor de los hombros, me estrechó contra su costado con el ánimo cálido de padre orgulloso. Yo hice lo propio rodeando su cintura, más satisfecha incluso.

—Bueno, papi... aquí todo el pescado está vendido y tanto eco es más deprimente que los reportajes siniestros...

—Pues, marchémonos. Estoy ansioso por ver a mi mini princesa.

—¡Podías disimular! ¡Anda que no me has bajado pronto del poyete!

—¡Qué mema eres, hija! Las dos tenéis vuestro sitio y vuestro trono.

—Sí papá... bah... —Estiraba de mi posado de celos fingidos por escuchar sus justificaciones, y él caía cuantas veces yo lo hiciera.

—Sois las dos mi razón de existir. Verás qué bonita está con sus ricitos

rubios y esos ojazos negros...

—Es un regalo... —Mi medio hermana había llegado a nuestras vidas igual a las lluvias otoñales que se esperan y se necesitan.

—Ambas lo sois. —Me regaló un beso en la frente ciñendo un pelín más su abrazo.

—Tú sí que eres un súper regalo.

Y me encaramé a su cuello igual a cuando era una enana y formábamos un pequeño clan de tres, con los defectos y virtudes de cualquier familia que afrontaba el día a día unida.

Conducir el Mercedes GLE de mi padre era una maravilla. Poco he sabido jamás de caballos ni potencias ni sus innumerables detalles exclusivos; a mí, fuera de la estética y la comodidad, el resto ni cuenta, sin embargo, aun sumando todo el valor sentimental que tenía mi Ibiza de los noventa, nada igualaba la sensación de ir al volante de semejante bicharraco.

El trayecto hasta Santander por autopista era de lo más sosainas, y para acabar de hacerlo distraído, mi padre tal como acomodó las nalgas en el asiento del copiloto bajó las persianas convirtiendo el habitáculo en un almacén de zetas.

El lugar escogido por papá para iniciar su nueva vida me encantaba, a pesar de todas las pataletas que organicé cuando era una adolescente inmadura y egoísta, ¡menudos veranitos les di! Menos mal que esa época se acaba, resulta muy cansado estar enfadado con el mundo a perpetuidad.

Lo que no me apetecía en absoluto era encontrarme a mi supuesto ex.

No era mal muchacho.

Bueno tampoco... y muy fino del piso cimero no demostraba estar. No le hacía ningún bien vivir tan cerca de Altamira, su ego cavernario le hizo creer que yo seguía dolida con la ruptura, cuando jamás consideré que entre nosotros existiera relación alguna. Para mí solo era un colega de verano con el que compartía amigos, poco sexo y ninguna afición.

Si hasta cuando él alegó no sé qué estupideces de distancias, obstáculos insalvables y chispas apagadas, yo simplemente admití estar en total acuerdo.

No hubo en mi actitud un ápice de desconsuelo, mucho menos despecho, ni esperé justificaciones ni le exigí que matizara a qué chispa se refería o qué relación se acababa... Mi único error fue no sacar al chaval de su nube, porque él, dándole otra vuelta de tuerca a su imbecilidad creía que estaba arrepentida, y su fantasía onírica más enfermiza le aseguraba que no me atrevía a pedirle otra oportunidad.

Si cierto es que de ilusión también se vive, su familia debería de haberle buscado terapias con las que ayudarle a encontrar el camino hacia la cordura en lugar de andar como la Liebre de Marzo tomando té y cambiando la taza estando limpia. No era sano inventarse una realidad y vivirla.

Así, kilómetro a kilómetro, llegamos al destino a las nueve y media, cuando comenzaba a oscurecer.

Para las diez, medio pueblo ya estaría enterado de que el doctor y la niña

habían regresado.

—¡Iní! —Mi hermana, al galope, fue la primera en salir a recibirnos, y cual gamo saltó a mis brazos casi sin permitirme bajar del coche.

—*Hi, blonde...* ¿has sido muy traviesa?

—¡Uf! —Mientras agitaba una de sus manitas, con la otra se tapó la boca. ¡Tremenda rubia!—. Mami dice que me va a regalar a un gitano.

—¿Al de la burra o al de la cabra?

—¡Al de la chatarra! —Para nada parecía asustada, más bien ofendida.

—¡Vaya por Dios! Miraré de convencer a mamá para que te dé al de la cabra ¿no crees?

—¡No! ¡Las cabras tienen piojos!

—¿Y al papi ni un besito? —El muy celoso me la sacó de entre los brazos.

—Papi, ¿a que tú no me regalas? —Llevaba la zalamería en el código genético.

—Edith, papi no te da... en todo caso te vende, ¿algún provecho deberá sacarte? —Era delicioso ver como unía aquellas dos cejitas casi albinas.

—Ni caso a tu hermana. Papi ni te vende, ni te regala... te come a besitos.

La escena era de lo más tierna y divertida.

Amaia tan prudente como siempre demostraba ser, se había mantenido en un segundo plano para no interrumpir el encuentro, y cuando lo vio oportuno salió a recibirnos aliviada de tenernos en casa.

—¿Qué tal el viaje? —Desprendiendo afecto, me abrazó con fuerza besándome a la par en las mejillas, y yo por descontado se los devolví con el mismo cariño.

—Aburridísimo, el copiloto vino roncando todo el camino. Abrió los ojos poco antes de entrar en Hinojedo.

—¡Esteban! —adoraba cuando lo reprendía. La voz de Amaia era muy dulce y si buscaba enfadarse el tono le restaba empaque—. ¡No tienes consideración!

Mi padre, como buen cordero, se acercó con la joyita dorada en brazos y besó a su mujer en los labios. Ella, negando, le sonrió con ternura. Eran una pareja de película basada en hechos reales con final feliz.

—¿Y eso no se considera un acto de fe? —El matiz podría considerarse machista y ofensivo, para nada un eximente.

—Papá, eso es más morro que confianza.

—¡Memeces! Además, ¿os digo una cosa?

Tanto Amaia como yo, arrugamos el ceño perplejas a la espera de sus conclusiones, que con total seguridad no iban a ser del gusto de ninguna.

—Mi princesita y yo, nos vamos a dar un chapuzón nocturno, así vosotras cotilleáis sin interrupciones.

—¿Pero? ¿Será posible! ¿No vas a molestarte ni en sacar las maletas?

—No. Por algo Roncato les puso ruedas. ¿No queréis igualdad?

Yo abrí los ojos de par en par. Amaia frunció el ceño hasta pegar las cejas y mi padre, girándose, nos abandonó dándonos la espalda. Nosotras sumidas en el desencanto, suspiramos de impotencia.

Tampoco había demasiado equipaje; un par de maletas tuyas y un par de maletas mías. Todas mis pertenencias ya estaban en el piso de la *Vil·la Olímpica* a donde regresaría tras unos merecidos días de desconexión.

—Enid, ¿cómo te encuentras? —Mientras se interesaba por mi estado de ánimo, me sirvió una clarita que mi garganta agradeció con un trago largo.

—No lo sé, Amaia. Tengo la horrorosa sensación de haber nacido para ocuparme de sepelios. Me equivoqué de profesión, debería de haber montado una funeraria.

—No seas cínica con ese tema —me amonestó al considerar el óbito un tema tabú, sin embargo, yo podía planteármelo en serio, disponía de más experiencia en ese ámbito que en el campo de la arquitectura—. ¿Y los niños?

—Cada vez que hablo con ellos es un drama etrusco. Joel ya sabemos que es un todo terreno, se adapta a la velocidad de la luz a cualquier circunstancia...

—Isona es más exigente.

—Se aísla, está poco comunicativa, con suerte logro sacarle algún monosílabo... ¿Te puedes creer que va para tres meses que están allí y aún no conocen a su padre?

—¡Jesús! ¡Vaya un personaje!

—Joel me habla de su abuela y de su tío, que por lo visto es un tipo divertido con poca idea del español. Describe Filadelfia y cuánto le impresionan los edificios, le sorprende encontrar pocos automóviles de fabricación europea y que el inglés es diferente, pero se entiende bien.

—Esa criatura tiene las propiedades del látex. La nena es muy perceptiva, muy inteligente y emocionalmente más madura.

—Mentalidad femenina... La frase más larga que repite cuando la llamo es «ven a buscarme».

—Es duro.

—Y muy difícil mantenerme al margen. He convivido con ellos desde su nacimiento. Padecí sus cólicos, sus llantos, los primeros pasos, cuando le salieron los dientes de leche... cuando se les cayeron. He sido una madre adolescente sin haber parido, asumiendo el papel que quedó vacante en aquella familia.

—El de padre —ella afirmaba, yo suspiraba. En los últimos meses lo hice con demasiada frecuencia.

—Hubo momentos en que me planteé el suicidio como terapia de choque... —Negó entornando la mirada—, sin embargo, ahora lo malo ni cuenta. Añoro no disponer de tiempo para mí, de arroparles por las noches, las mañanas con prisas, las tardes de tareas escolares... Les echo tantísimo de menos...

—Enid, ¿por qué decidiste aceptar aquel empleo? Estabas estudiando... ¿Cómo se te ocurrió ponerte a cambiar pañales cuando acababas de abandonar la niñez?

—Intenté superar la muerte de mamá refugiándome en el trabajo... cualquier ocupación me hubiese servido.

—Escogiste mal.

—Tampoco lo considero un error garrafal. Pude acabar la carrera, incluso me doctoré. Aprendí un par de idiomas, ahorré... Y Evelyn fue la mejor amiga que jamás he tenido.

—Evelyn era una mujer excepcional, pero tú tienes un vínculo con Joel e Isona maternofilial que no te corresponde. Te saltaste una década de tu vida evitando llorar a tu madre... —Amaia al ver como me desinflaba sujetó mi cara con ambas manos—. Has de aprender a quemar etapas sin adelantarlas, y menos suplantándolas por otras.

—¿Piensas que he estado perdiendo el tiempo?

—Tanto como eso no, aunque no te has colegiado, renunciaste al puesto en aquel despacho de arquitectos tan prestigioso al no poder compaginarlo con el cuidado de los mellizos... ¡Si hasta cediste los planos de aquella reforma tan exitosa!

—Acababa de morir su madre... ¿Cómo iba a abandonarles?

—¡Bah! Tampoco tiene sentido este repaso... —Movi6 el cuello en dirección al jardín buscando a alguien que debía de haber visto de refilón—.

Vaya, al parecer tienes visita.

Asomándome con más descaro, localicé a mi amiga de verano charlando con mi padre al borde de la piscina.

—Saldré a saludarla.

—No te marches sin cenar. —A Amaia no le caía demasiado bien Estela, y no lo disimulaba.

—No me iré, estoy descuajeringada.

—Pues no te dejes enredar, que tú con el adverbio de negación tienes un problema.

Salí de la cocina arrastrando los pies y al escuchar la puerta, se volvió meneando la melena rubia ondulada de salón de peluquería de forma excesiva.

Caminó hacia dónde me encontraba con los brazos abiertos exhibiendo su sonrisa moldeada por brackets.

—¿Cómo va Shirkey Temple? —De niña era un calco a la actriz infantil, incluso más repelente... mejoró algo con la edad.

—Genial, Miss Death.

—Estás perfecta. ¡Ay, Estel...! ¡Cuánto daño haces!

—Tiene guasa que lo diga la reina del enigma. Todos los tíos revoloteando siempre a tu alrededor, mientras dejas que se arrastren para nada.

—Alguien ha de pagar las cervezas. —Observándonos como adolescentes idiotas rompimos a reír como adultas imbéciles.

Y mi padre, sin saber de qué iba, pestañeó pensando lo mismo con la esperanza de que Edith mejorara la especie.

—Chicas, os dejamos solas. Voy a ver si hay algo en la cocina, tengo más hambre que los leones del circo. Esto... Bichito. —Sí, esa era yo.

—Sí, doctor.

—Sin cenar no se sale, sin cenar no se bebe.

—Papá, recuerda... veintiocho años.

—Iní, recuerda... cuarenta y ocho, gano por veinte.

Resignada y resoplando, arrastré a Estela del brazo hasta las gandulas del jardín. Era la persona idónea para ponerme al día con todos los chismes del pueblo, muchísimo más jugosos a los de ciudad. Sin embargo, no parecía muy dispuesta a hablar de otros, se mostraba cohibida, nerviosa, vacilante... y deduje que debía de explicarme algo que, o bien me afectaba o bien iba a molestar me, como mínimo a sorprenderme.

—Estás muy guapa. Te falta un poco de tono para que resalte tu mirada, pero te ves preciosa. —¿A que era gay? Siempre me reconocí torpe para diferenciar ese rasgo.

—He de hacer una sesión de fotos en un par de semanas, imposible tumbarme al sol.

—¿Cómo puedes posar en cementerios con cuervos y huesos?

—El animalillo es disecado, los huesos son de cartón piedra y las imágenes se toman sobre un *chroma*. —Comprendí por el gesto que esto último le sonaba a finés—. Es un fondo verde o azul donde se digitalizan después las escenas.

—Hija, ¿y no disfrutarías más posando en las Maldivas con un bikini?

—En las Maldivas posaría hasta sin él. —Y le hice un guiño matizando la broma—. Estel, ¿vas a decirme hoy lo que te pasa o prefieres dejarlo para mañana?

—Estoy con Carlos. —*What?!* Siempre la había considerado lista. Era axiomática mi incapacidad para detectar las preferencias sexuales o el grado de inteligencia del resto.

—¿Te refieres al mismo Carlos en el que estoy pensando? —Y crucé los dedos con la esperanza de que fuera cualquier otro Carlos, incluso Charlie Brown hubiera sido mejor opción.

—Supongo, no conozco otro Carlos aparte de ese Carlos que pienso que piensas tú.

—Dejémonos de trabalenguas... ¿puedes explicarme qué hace una tía como tú con un patán como Carlos?

—No hables así de él, es un buen chico.

—Es un ególatra que le sonrío a su reflejo en los escaparates y se peina las cejas en los retrovisores de los coches. —¡Pues no nos habíamos reído pocas veces de él y su vanidad!

—Tú, «Doctora», tuviste una relación con él. —¿A qué venía aquella burla a mi esfuerzo académico? Preferí no darle importancia.

—Estela, cielo... ¡tenía dieciocho años! Y no debieron de ser más de dos semanas repartidas en un par de veranos. Jamás lo consideré algo más a una aventurilla y lo sabes.

Se retiró el cabello de la cara con un giro elegante ayudada por la brisa del Cantábrico, una escena muy de cine independiente amante de la fotografía. Yo,

menos glamurosa, aguardaba apartando mis mechones despeinados de la boca.

—Ha cambiado... —Con aquel tono desapasionado no iba a convencer a nadie, ni a ella misma, y sentí pena—. Es considerado y me trata como una reina.

Hubo un momento, en concreto en la última frase, que no se me escapó la risa con esturreo de saliva de bien poco.

—¡Solo faltaría! De eso va el tema del amor —supuse, no tenía experiencia en ese campo—. Estela, tú verás, aunque deberías ponerte el listón más alto, aspirar a alguien mejor.

—Sus padres son uno de los industriales más importantes de la provincia.

O me había perdido en un punto de la conversación —algo no descartable — o Estela era peor que el mismo Carlos. La charla informativa derivaba sin remisión hacia el surrealismo.

—¿Y qué importa quiénes sean sus padres? —Sí, mi inocencia era tan falsa como su amor.

—¡Mírate, Enid! —me gritó, mi tímpano fue testigo sordo de su genio.

—¿El qué?

—A ti. —Reconocí no estar demasiado lúcida, había conducido siete horas parando solo media. Intentar dar con sus intrigas se me hizo una tarea pesada, y resoplé—. Tú no has de preocuparte por nada, tienes la herencia de tu madre, tu padre es un neurocirujano de éxito, vives en un ático frente al mar en una gran ciudad... una carrera, sabes idiomas y con sonreír cualquier tío babea... Yo solo tengo esto.

Y concluyó su argumento señalando su anatomía con ambas manos, menospreciándose.

—Vaya.

—Vaya, ¿qué?

—No entiendo nada —y no fingía, entre mi espesura mental y su tesis absurda, no cazaba las moscas de puro asco.

—Es tan sencillo como cierto.

—No sé qué pinto yo y mis circunstancias en tu decisión de emparejarte con Carlos. A mí en realidad me toca un pie.

—Yo quiero tener todo lo que tú tienes.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan materialista? —No sé si la tipa estaba al corriente de que heredar consistía en recibir los bienes, derechos y

obligaciones de una persona tras su fallecimiento. Comenzó a tocarme las narices—. Para estudiar y formarse siempre hay tiempo, también existe la movilidad territorial... Es fácil lloriquear envidiando a los demás en lugar de salir del entorno y valorar otras alternativas.

—No estoy dispuesta a esperar más. Tenemos previsto casarnos el año que viene. No quería que te enteraras por los cotorreos del pueblo.

Nunca habíamos sido grandes amigas, aunque sí disfrutamos de cierta complicidad y muchos ratos de risas. La consideraba una mujer abierta con facilidad para relacionarse y empatizar, sin embargo, en aquel instante experimenté como se abría entre nosotras un abismo y dejé de reconocerla. Ya no era la Estela de hacía unos meses ni tenía nada a compartir con ella.

—Vaya... mi enhorabuena, deseo que se cumplan tus expectativas de todo corazón. —Ni lo sentía ni me importaba, intenté quedar bien.

—Te enviaré una invitación. Me gustaría que asistieras.

—Haré todo lo posible, gracias por contar conmigo. —No, qué va... el año que entraba me iba a ir fatal, y de retrasarlo, también.

Se hizo el silencio. Otro modo de comunicación entre individuos, un lenguaje no verbal en forma de pausa incómoda... y recordé que tenía hambre.

—Estel estoy hecha fosfina del viaje. ¿Te parece si nos llamamos? Yo voy a estar por aquí un par de semanas.

—Oh... bien. Perfecto.

La acompañé a la entrada de la propiedad y al cerrar la cancela supe con total seguridad que no me llamaría, ni yo a ella tampoco.

Al tener amigos comunes coincidiríamos, y a pesar de la tirantez, disfrutaríamos en grupo tomando unas sidras, hablando de banalidades o tirando de recuerdos... y poco más.

Pensé entonces en Evelyn, mi única amiga en realidad, cuando un día montando un columpio para los enanos dijo sin venir a cuento que todo, absolutamente todo en la vida tenía un final; la serie preferida, un libro magnífico, unas vacaciones exóticas... el afecto... y, por suerte, el cerebro iba acumulando los indicios que lo anunciaban de manera gradual por evitarnos el trauma.

El mundo con su muerte perdió a una excelente psicopedagoga, sus hijos a su madre, su madre a su hija, y yo, un ejemplo de superación y fuerza de voluntad.

SUCESOS



INESPERADOS

En mi ranking de peores maneras de despertar encabezó siempre la lista el timbre del teléfono. Aquella mañana no iba a ser diferente a cualquier otra, y el tono de llamada, insistente y percutido, revertiría en mi conducta social durante el resto de la jornada. Además, ¿quién podía ser? Y pensando en los chicos y sin tener en cuenta la diferencia horaria, palpé la mesita buscando el móvil sin sacar la cabeza de debajo de la almohada.

—Sí. —Mi voz fue una mezcla entre ronquera y afonía propia de un adicto a la cazalla artesana.

—Hola, catalana, ¿aún dormías?

—¡Asier! ¡¿Qué tal?! —De entre las dos llamadas supuestas esa no constaba, y la verdad, me alegró.

—Enfadado. —¡Vaya!—. Vivimos a menos de cien metros y después de un año sin aparecer por este maravilloso paraje, no eres capaz de picar a

saludarme.

—Eres un pedorro. Llegué tarde... además, ¿cómo iba a saber que estabas en Suances?

—No te excuses, sé que no habrías pasado. —Y no se equivocaba.

—Vino Estela...

—Ya sabes la noticia... ¿Te ha propuesto de madrina o testigo?

—¡Qué capullo eres! Es bonito que del grupo de amigos salgan parejas... —A mí me traía sin cuidado, sin embargo, resultaba elegante incorporar algo de ternura al comentario.

—¡Bah! Tú sabes los motivos de esa unión, conmigo no disimules.

—De veras, la gente de los pueblos sois maravillosa, aunque muy estrechitos de miras.

—Nací y vivo en Bilbao, moza, y esa mentalidad no es de urbanita, sino de hippie. ¡Aún te parecerán motivos legítimos y honestos!

—Asier, ni me lo he planteado y paso de fingir contigo. En mi defensa solo diré que los matrimonios por intereses están avalados por siglos de antigüedad.

—¡Fíjate! Y yo pensando que los cimientos de cualquier pareja eran el amor y la confianza... Eso me pasa por pueblerino y cateto.

—Todo tiene remedio de darse uno cuenta a tiempo. Por cierto, ¿qué haces esta mañana?

—Pensaba pasar a recoger a la muchacha más bonita del pueblo, llevármela a desayunar, pasear con ella por Santander...

—Me parece una idea magnífica. Dame una hora.

—¡Serás creída! —Sus carcajadas resonaron en mi cráneo aún somnoliento.

—Me despiertas para chafardear como una portera... ¿y haces planes con otra? Asier, en una hora te quiero en la puerta de mi casa como un clavo.

—*Wow!* ¡Cómo ha sonado!

—Una hora.

—Máximo sesenta minutos.

—Máximo.

No había previsto levantarme antes de las diez, sin embargo, la felicidad suele componerse de más momentos memorables no planificados que de otros programados al milímetro.

Indecisa, escogí un vestido fresquito y unas sandalias, la climatología del norte era imprevisible. Despertar con sol no era garantía de calor y la bruma matinal podía durar hasta las once, para luego disfrutar de veinticuatro grados con la sensación térmica de veinticuatro grados, una gozada si la comparaba con Barcelona y su asquerosa humedad relativa.

Siempre me resultó extraña mi amistad con Asier. No nos llamábamos, no sentíamos la necesidad de relatar las penas y alegrías del día a día... ni tan siquiera repasarlas semanalmente, en cambio, era pisar Suances y pasábamos juntos la mayoría del tiempo.

Era un tipo fantástico, en mi rango íntimo de perfiles masculinos —qué mujer no lo tiene— lo denominaba «*man 360°*», considerándolo inteligente y divertido, tanto podías mantener con él una conversación de lo más interesante como de lo más prosaica, además de saber escuchar y aportar opinión o crítica.

Y, si ya con eso no se vestía de triunfo cada mañana, el chaval estaba rico, rico.

—¡Iní...!

—¡Sí, papá! —Como en todas las familias, la comunicación entre plantas o habitaciones era a berridos... ¡Y me encantaba!

—Ha venido a buscarte el pavisoso de Asier. Te espera en la cocina. — Que siguiera empeñado en considerarme dentro del mismo rango de edad de Edith era comprensible... ¡Pero al vecino?! ¡Y con la planta que tenía!

—Dile —continuaba vociferando desde el baño con la puerta abierta mientras me peinaba—, que eran sesenta minutos.

—¡Arrea! Que no voy a echarlo de casa.

Bajé las escaleras mirando dónde colocaba los pies por no hacerlo rodando, y a pesar de que no iba a resfriarme por ir con el cabello húmedo, lo consideré inapropiado. Asier podría imaginarme saliendo de la ducha... ¡Menuda memez! ¿Importaba? Si tenía en cuenta el ardor de las mejillas, a mí, sí.

—Menudas prisas. Luego criticas el estrés de las ciudades.

Acercándose con su sonrisa de infarto me tomó de la cintura y, por no variar sus hábitos, me alzó para dar una vuelta entera sin importarle todo el público presente.

—Iní y Asier son novios... —canturreaba Edith.

—Ya me gustaría. —Y mirando a mi hermana, hizo un pucherito cual

perrito abandonado para seguido dedicarme un guiño.

—Es feo —afirmé alisándome el vestido.

—¡No lo es!

—No lo soy.

—Hala, pues todo para ti, teta^[1].

—Pero será viejo cuando yo sea joven. —Me consideraba fan número uno de la incontinencia verbal de mi hermana.

—Ninguna de las Recassens me quiere... ¡Qué frustré!

—Aprende a vivir con eso —resolví sacándole la lengua—. ¿Nos vamos?

—Doctor, la raptó durante todo el día, he de recuperar el tiempo perdido. —¡Otra vez roja como Elmo! Podría haber sido más discreto... ¿Y si mi padre poseía una imaginación igual de activa a la mía?

—¿Todo el día? —disimulé, o en el intento, empeoré los escenarios que había supuesto se imaginaba mi padre.

—Cuídamela, la quiero de vuelta y entera a ser posible, en trozos de poco me iba a servir.

—Padre, es de gracia difusa.

—Iní, deja a tu padre que ejerza de padre. —Y le vi golpeándose el pecho con los puños a lo King Kong.

Qué obsesión demostraban los hombres con el tema de la protección, como si una no estuviera harta de hacerlo solita.

En esas entró Amaia. Por sus muecas sosteniendo la risa había estado a la escucha. Nos dedicamos una mirada cómplice negando a la par, y yo encogí los hombros... Estaba visto, ya fueran «*man 360°* o *45°*» disponían de patrones de conductas heredadas de nuestros ancestros primates con las que se sentían héroes en la sombra, a pesar de que todos chillaban si inesperadamente el grillo, «cri-cri», pegaba el brinco.

Al salir, su nada discreto Mercedes SLK convertible rojo burdeos aguardaba resplandeciente. Sí, lo tenía todo, incluso la capacidad de transformar la paja en oro.

—¿Cómo estás?

—Estoy.

—Estás... ¿cómo?

—Saturada de responder lo mismo... ¿cómo piensas que estoy?

—A parte de lo obvio... —Sí, entendí la insinuación sin necesidad de más

datos y se lo hice saber girándome en el asiento enarcando una ceja. Él dejó de prestar atención durante un segundo a la carretera antes de continuar—. No lo sé, yo te veo como siempre.

—Pues, eso es lo que me pasa, que no lo sé. —Y me di cuenta de lo poco meditado de la respuesta.

—¿Cuánto te quedas?

—Un par de semanas. He firmado para una sesión de fotos en Barcelona y como traductora *on line* en una editorial.

—¿Traductora?

—Asier, evita moralinas, ya tengo suficiente con la matraca parental.

—Es una pena, tu potencial es de escándalo.

—No voy a dejar mi profesión de lado. Primero he de reubicarme, después intentaré presentar mis dosieres a los despachos de arquitectos, a ver si con suerte alguno muestra interés.

—Yo les presentaría mejor el *book* con las últimas fotos, esas con las ropas de época rasgadas con mariposas negras revoloteando a tu alrededor...

—Y que me confundan con el misterioso supervillano Lepidóptero...

—¿Perdona? —La reacción fue la esperada, no era un tipo raro.

—¡Se nota que no convives con niños y no te tragas *Las aventuras de Ladybug* en primicia y después en replay continuo!

—Mira que llegas a ser boba.

—Y tú, ¿en qué andas enfrascado ahora?

—He vendido la empresa de Bilbao, era el momento idóneo, de postergarlo se depreciaría.

—No te veo disfrutando de un año sabático...

—Para nada, me voy a Múnich por tiempo indefinido.

—¡Vaya! No sé si me suena más lejos eso de «por tiempo indefinido» que el país a donde emigras.

—Tengo casi treinta años.

—¡Dios! ¿Y has testado? Con esa edad, deberías planteártelo, tienes un pie en el foso... ¡Qué absurdo eres, Asier!

—Enid, empiezo a sentir la necesidad de formar una familia.

—¿En Alemania?

—O en Tombuctú, eso es lo de menos.

—¿Qué te han ofrecido?

—Asesoramiento financiero y jurídico a una de las empresas más importantes del país, además de no exigirme exclusividad permitiéndome compaginarlo con otros negocios.

—Suenan a muchos euros.

—Sí, muchos, muchos.

Entramos en un parking subterráneo del centro. Por nada del mundo se atrevería a dejar el Mercedes en la acera.

El lado positivo de moverse con un Ibiza del siglo pasado era ese, podías aparcarlo en cualquier lado sin temor a que los adolescentes se apoyaran para tomarse fotos en él, tampoco lamentabas los golpes de la gente que estacionaba de oído o los arañazos y golpecitos en las puertas de otros vehículos en batería.

Decidimos ir a tapear a una taberna, para mí comer desordenado resultaba más apetecible a sentarme en un restaurante con tres platos y postre. Adoraba la mezcla de texturas y sabores, y la gastronomía cántabra era el paradigma.

—Cada vez que visito esta comunidad cojo cuatro kilos.

—Para mi gusto los necesitas, aunque, viéndote comer nadie lo diría.

—Demos gracias a la genética.

—Me gusta estar contigo. Es una lástima vernos tan poco.

—Mi madre siempre decía: «*dues vegades bo, es bobo*^[2]».

—Enid, vente conmigo a Múnich.

Ni debió entender el aforismo ni debió importarle.

El ímpetu bilbaíno me cogió con la boca llena de venado y me atraganté.

—*Txiki*, tampoco te estoy pidiendo matrimonio. —Se reía de mí a pesar de que yo continuaba tosiendo y sin encontrarle la gracia.

—¿Me explicas qué hago yo contigo en Alemania?

—La empresa cubre el alquiler de un apartamento enorme y vacío, tú has de empezar... Barcelona o Múnich, ¿qué más da?

—Se me ocurre... así, a voz de pronto, que entre Alemania y España hay... ¿dos mil kilómetros?

—Aproximadamente.

—Asier, ya es complicado mantener el contacto con mi familia separados por unos setecientos...

—De Múnich a Santander no hay dos horas de vuelo. Además, puedo tirar

de contactos y que consigas un empleo en un estudio de arquitectos, aunque sé que te negarás como siempre.

—Si me voy sin más, me cargo a mi padre.

—Si no te lo has cargado ya, no creo que lo consigas ahora... Tiene a Edith, puede hacerlo mejor.

Le miré arrugando el hocico, a pesar de ser cierto, el desaire mordaz sobraba, en cambio, al ser un vasco con tendencia a la brutalidad expresiva y considerarle amigo, se lo perdoné.

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana a medio día.

—¡Ostras, Asier! ¿Qué droga te tomas? —Negó exhalando—. ¿O qué no te has tomado?

—No iba a pedirte que volaras conmigo... Tampoco me importaría.

—Asier.

—Sé que has de meditarlo.

—Lo veo improbable, pero prometo pensármelo.

—Bien.

Convencida de que mi vida era un puzle a escala real ensamblado sin forzar las piezas, sentía en aquel instante como la construcción se tambaleaba. Habían desaparecido demasiadas fichas que, incluso siendo pilares en mi trayectoria, no provocaron el derrumbe emocional. Sin embargo, en aquel momento los objetivos estaban tan difusos que caminar en línea recta era un desafío.

Al morir la severa madre de Evelyn, quedarme sola con los pequeños casi me ocasiona un colapso, suerte a mi padre que sin dudar me sacó del atolladero.

Cuando semanas más tarde recibí la visita de un pomposo abogado extranjero para ponerme en conocimiento las últimas voluntades de Evelyn, el mundo me pareció un lugar frío y desatinado. Ella, que mantuvo al padre de los mellizos en el más absoluto anonimato, le hizo saber de la existencia de los niños tras el fallecimiento de la abuela y él reclamó su custodia.

Yo debía mantener el tipo, poner buena cara, colorear bien bonito su futuro inmediato, explicarles bondades sobre desconocidos cuya catadura moral a mí me parecía, como poco, cuestionable.

Me dolió verlos marchar acompañados de representantes legales de aquella familia tan ajena, y a pesar de ello, Joel e Isona no advirtieron mi espíritu derrotado, al fin de cuentas, yo encontraría los brazos de papá para arroparme y podría secar mis lágrimas con la pechera de su camisa, ellos... ¿quién lo sabía?

Y después de mal enderezar de nuevo las columnas, aparecía otra pieza que podría ampliar la construcción o acabar por demolerla.

Difícil saber dónde encajaba Asier, tan complicado como intentar sacarlo de la estructura.

Reflexionaba sobre todo aquello mientras callejeábamos riendo incontinentes de anécdotas pasadas.

—He reservado una habitación en un hotel del centro. —Me detuve en seco con la cara desencajada por la sorpresa y el sofoco repentino. ¡Qué se había pensado el tiparraco!

—Mira, ricura..., una cosa es que permita que me lleves de la mano y otra bien distinta que te tomes estas confianzas. —Y el muy cretino comenzó a reír a carcajadas. Yo, ofendida como nunca, crucé los brazos bajo el pecho con los labios tan apretados que solo se apreciaba una línea fina—. ¡Asier! Yo no le

veo el chiste.

—No me malinterpretes. —¡Y al pavo las lágrimas le saltaban de los párpados!, hasta los transeúntes nos miraban extrañados—. Solo... quiero que subas conmigo... un momento.

—¿Quince minutos? —Fui muy cínica tanto con el tono como con el gesto, mientras a él de seguir riendo le daría un ataque.

—Mujer... no es eso... he de enseñarte algo... —Desanudé los brazos para darle un empujón y largarme—. Enid, estás sacando conclusiones precipitadas.

—¡No! ¡Tú te estás precipitando!

Dio un paso para acercarse de nuevo, mantenía la sonrisa y la jovialidad le aumentaba el guapo, pero ¡no!, yo estaba ofendida y tenía pensado alargarlo un poco más.

—Me gustaría llevarte a cenar a un sitio muy especial, pero exigen etiqueta y no me apetecía regresar a Suances.

—¿Y por qué no me lo dijiste esta mañana?

Encogió los hombros.

—He reservado una habitación para poder cambiarnos de ropa.

—¿Y la ropa?

—Me tomé la libertad de escoger un vestido para ti.

Abrí tanto los ojos que de utilizar lentes de contacto habrían saltado de las pupilas.

—¿Te parece bien? —Meneé la cabeza arriba y abajo igual a un muñequito a pilas—. Perfecto... Y que conste, tampoco me parece tan mala idea quedarnos allí... porque, *txiki*, no iban a ser quince minutos.

—¡Asier!

—Vamos, y así, de no gustarte el vestido hay tiempo de cambiarlo.

Era de suponer que no iba a conformarse con un hotelito mono, y como quien no quiere la cosa, nos plantamos en el Real. Hasta la entrega de llaves en la recepción era epitome de detalles exclusivos y elegancia; yo me sentía fuera de lugar, aunque, ducha en aparentar lo contrario, nadie se dio cuenta.

A mí, todas aquellas atenciones no me molestaron, al contrario, fue halagador sentirse reina por un día, tampoco me consideraba tan inocente como para no imaginar a dónde deseaba Asier que desembocara la magistral puesta en escena, y eso tampoco me importó.

Muy galante, abrió el mueble bar y sacando una coctelera se dispuso a combinar ron blanco, ron de coco, Granadina, Blue Tropic, zumo de piña y de naranja...

En ninguno de los hoteles donde yo me había hospedado el *drink cabinet* estuvo jamás tan bien surtido y me hizo sospechar de premeditación, sin embargo, no hice mención alguna, debía de estar ya medio embriagada con la visión de Asier arremangado hasta los codos y la camisa con más botones desabrochados de los imprescindibles, muy interesado en enseñar los pectorales mientras agitaba con energía la mezcla. ¡Qué bandido!

—Toma, verás lo buenísimo que está... esto. —Entendí a la perfección la pausa picante, no sé quién era más idiota de ambos, posiblemente yo, él solo se lo tenía muy creído.

—¿Intentas emborracharme? —No le iba a hacer falta la mitad de los licores, estaba ya medio alelada.

—No. —Negó sonriendo—. Pretendo que te relajes y disfrutes del entorno hasta que nos marchemos.

Y no era complicado, la imagen del ocaso desde el balcón de la suite era impresionante. Aún había bañistas en la playa a pesar de que la subida de la marea se había comido gran parte de la arena.

Sentados con aquel cóctel algo dulzón entre las manos el mundo se veía distinto, menos inhóspito.

—Las vistas de la Playa de los Peligros es evocadora.

—Ajá... —respondió sin abrir los ojos, debía de estar imaginandosela, o que para él todas las playas eran iguales.

—¿Era imprescindible reservar la habitación más exclusiva?

—Es la que mejor vistas tiene. —Continuaba con los ojos cerrados.

—No me has contestado.

—Enid, cada cual se gasta su dinero como quiere.

—¿Y no te asusta perderlo?

—Podría adaptarme... sé que puedo vivir con menos.

—Por cierto, ¿cómo sigue la situación con tu padre?

—Mal... si pasamos más de tres días juntos acabamos como el rosario de la aurora. Mi madre, siempre detrás, no levanta la cabeza ni para comprobar si llueve y mi hermano vive de la sopa boba. Les ayudo por entender que he de recompensarles el esfuerzo que realizaron para sacarnos adelante, sin

embargo, estar cerca no me aporta nada positivo.

—El dinero lava tu conciencia de hijo ausente.

—Cuando uno lleva mucho tiempo haciendo las cosas a su manera, no admite que otro intente reorganizar su pirámide de prioridades.

—Es como un tensor flojo.

—Como no desarrolles más la idea...

—La distancia entre los amigos o la familia es como un elástico que se va dando de sí. Al principio, la goma aguanta y la relación se mantiene, pero a menudo las circunstancias nos aíslan y las llamadas se espacian... y las visitas son menos frecuentes... y un día te das cuenta de que, incluso sintiendo todavía afecto, la comunicación y la complicidad se han evaporado. El tensor ha perdido la capacidad de retorno.

—Entre nosotros eso no ha sucedido nunca, apenas nos llamamos y te considero una de las personas más importantes en mi vida.

—Gracias, tú también eres muy especial para mí.

Nos observamos con más intensidad de la precisa y me hizo sentir deseada, ¿hay mujer capaz de resistirse a eso?

Seguro que alguna existiría, a mí debían de incluirme dentro de la panda de las débiles de voluntad, y como estaba ansioso por besarme y yo ni me consideraba una mojigata ni guardaba mi virtud, le sostuve la mirada con tal de que entre ellas se entendieran.

Extendió su mano para recolocar uno de mis mechones detrás de la oreja ya sonriendo, conector de su triunfo sobre mi fingido denuedo de resistencia hacia sus encantos, y sin más ceremonial, me besó.

Nos recreamos alargándolo todo cuanto nos dio la gana. Disfrutando el uno de los labios del otro, sin prisas, sin ansias...

—Llevo esperando poder hacer esto... años —confesaba a escasos milímetros de mi boca.

Yo, con esta facilidad de reírme en los momentos más inopinados, rompí el clima. Él, divertido, me observaba con un par de arrugas verticales sobre el entrecejo.

—No me mires así... —le exigí bromeando.

—Ahora mismo tengo el ego a la altura de los calcañales.

—¿Te has sometido a un entrenamiento exhaustivo con el que dejarme alelada? Chaval besas de vicio.

Apoyando su frente sobre la mía acompañó mis risas mientras me acariciaba con los pulgares las mejillas.

—Fui un alumno aventajado. Sería un honor mostrarte lo que he aprendido durante toda la noche... —Me atraganté con mi exceso de saliva—. Sin embargo, me comprometí a asistir contigo a una muestra de arte de un galerista amigo y no me gusta faltar a mi palabra.

—En tal caso, avisaré de que voy a llegar tarde.

Tomó mis labios de nuevo con la ternura sobrante no expresada en el beso anterior, demostrando que debió de ser alumno de matrícula.

—Enid, dile a tu familia que no te esperen a dormir.

Oh... el tono de seducción encogió mi estómago y aflojó mis rodillas. Si diez minutos antes la brisa me puso la piel de gallina hasta el punto de necesitar una chaqueta, en el lapsus entre el beso y la insinuación había comenzado a sobrarme la ropa.

Me levanté fingiendo normalidad y pasé al salón para llamar a escondidas.

A la par que marcaba el número suplicaba entre dientes: «*Que descuelgue Amaia... que descuelgue Amaia... que descuelgue Amaia...*».

—¿Dígame?

—Hola, Amaia... —Suspiré aliviada dando gracias...

—Dime, cielo.

—Esto... bueno, mira que al final... pues... —¡Ah! ¿Por qué costaba tanto soltarlo sin más?—. *Uhm*, a ver...

—Que no vienes esta noche a casa. —No se le escapaba una. Debía de estar secuenciado en el código genético de las madres.

—Sí, eso. —Rio con cariño y mi cara alcanzó la tonalidad roja Ferrari.

—Enid, nadie se va a sorprender si no vienes. Disfruta del chico, es un bombón.

—¡Amaia! —Que se pusiera de mi lado no mejoraba la incomodidad del momento.

—Nada, hija... pásalo bien, pero que muy bien.

—Hasta mañana, un beso.

—Hasta la tarde, preciosa.

Y colgué casi hiperventilando de la vergüenza.

¿Por qué me sucedía? No era ninguna adolescente... aunque tampoco nunca tuve que avisar de que... vamos, eso.

Con Carlos el sexo no se podía considerar sexo, éramos inexpertos por la edad, los encuentros eran esporádicos y poco satisfactorios en lugares escondidos, y rápido, casi *conejil*.

En Barcelona no debía de dar explicaciones a nadie.

Unos dedos acariciaron mis hombros reubicándome de nuevo, y por si continuaba despistada, retiró el cabello de mi nuca para posar sus labios detrás del lóbulo, dejando un reguero de besos por todo el cuello.

—Te ayudaría a vestirme —musitó al oído mientras el vello de todo mi cuerpo se erizaba convirtiéndome en estropajo—, pero, estoy convencido de que no llegaríamos a tiempo y no puedo romper una promesa.

¿Qué promesa? ¿No era todo producto de la improvisación? Me giré confundida, si nos esperaban a los dos, ¿cómo era posible que yo me acabara de enterar?

—Aclárame algo... son imaginaciones mías, ¿o yo no voy en calidad de acompañante?

—Siempre alerta, Recassens.

—No me engañes, Asier.

—De habértelo dicho, solo habríamos quedado para el evento.

—O no...

—Me he curado en salud... Dejemos la cháchara y cambiémonos.

—Sí, mejor.

—Voy a la habitación contigua.

—¿Habitación contigua?

—Claro, mujer, no quería que te llevaras una impresión equivocada de mí o de mis intenciones.

—¿Equivocada? ¡Cuánto cinismo!

Se alejó riendo.

Cada vez era más evidente lo poco repentino de la situación, y me fui directa a la ducha.

Dejé correr el agua sobre mi cabeza con la esperanza de aclararme las ideas, algo complicado, ni yo misma me entendía la mayoría de las veces.

Me confundía la iniciativa de Asier, nunca le sentí atraído por mí a pesar de ser amigos desde hacía muchos años, de hecho, mi madre aún vivía.

Tonteábamos mucho, para hacer honor a la verdad, él tonteaba con todas, era el típico tío provocador que se ligaba a las rubias altas y guapas, siempre

había alguna en cola.

A mí me encantaba estar con él, aunque al creer no ser su tipo ¿para qué flirtear llamando su atención? Me conformaba con disfrutar de su amistad y confidencias.

Contemplando todas las molestias que se había tomado —hasta compró crema corporal y un set de maquillaje—, no dejaba de preguntarme si aquella era su forma habitual de llevarse las churris al huerto, ¿o solo lo hizo conmigo creyendo que merecía aquellas atenciones? De poder escoger, prefería esa posibilidad, aunque podía habérselas ahorrado, el beso de aquella tarde me dejó medio K.O. y con el cuerpo tan encendido como si me hubiera zampado un kilo de guindillas fantasma. Suerte de la ducha, salí más... fresquita.

El espejo estaba blanco de vaho y pasé la mano para retirar el vapor con tal de observarme. Jamás le había dado importancia a mi aspecto físico, aunque no podía negar que era llamativa.

Mamá fue *Top Model* en la época más gloriosa para las modelos de pasarela. Conoció a los mejores diseñadores, era amiga de muchos actores reconocidos e importantes empresarios, sin embargo, se enamoró de papá, que vivía con el apuro de no saber si llegaría a final de mes, cada mes.

Él dedicaba su tiempo al estudio y a la formación, en mis recuerdos infantiles siempre le visualizaba rodeado de libros y manuales. Mamá era su admiradora número uno, tenían una conexión tangible e indisoluble.

Ella intentó apartarme tanto como le fue posible de su profesión y a mí tampoco me seducía aquel mundo de glamur fingido donde se perdían horas solo preparando la piel, el cabello o tiesa con la sonrisa bien dibujada, aunque tuvieras ganas de llorar por el dolor de pies.

Cuando yo vine al mundo mamá ya era considerada una modelo madura, y siempre me repetía lo mismo: «*La cara no es el espejo del alma. Al alma hay que regarla y cuidarla como a las flores para evitar que se aje y marchite... La cara envejece, se afea, pero un alma bonita, jamás*».

¿Qué me habría aconsejado de estar allí?

Y no hablaba de lo que, sin género de dudas pasaría después de la visita a la galería de arte, sino sobre la propuesta...

Él deseaba sentar las bases de una relación estable y yo sin saber qué quería de la vida.

Me atraía y conectábamos en infinidad de aspectos, pero... ¿no deberíamos echarnos a faltar cuando no estábamos juntos?

¿Y las mariposas?

Yo había pasado calor a su lado y necesidad de seguir hasta quedarnos sin ropa, pero... ¿y las puñeteras mariposas?

¡Dios! ¿Y si no tenía bichos de esos? Por una parte, ya me parecía bien, los insectos me daban algo de grima fueran de colores, se arrastraran o se desplazaran a brincos, pero de no tenerlos, ¿cómo corcho iba a enterarme si Asier era mi medio pomelo?

Finalicé mi soliloquio sacándole la lengua al reflejo, demostrando ser una mujer de lo más cuerda.

Envuelta en la toalla salí del baño y de nuevo me ruboricé con las prendas íntimas tan escuetas como *sexis* que había elegido. Me cohibió pensar que sabría en todo momento cómo era el conjuntito que cubría mis inocencias... y estuve a punto de ir sin ropa interior por no sentirme tan desnuda bajo su mirada.

No lo hice, solo faltaría que saliendo del coche se me resfriara la flor con una ráfaga del viento del norte.

Comprobada la exclusividad de la lencería pude hacerme una idea del vestido, un diseño de Tom Ford, al que tuve el gusto de conocer al girar la etiqueta.

Era un «palabra de honor» ajustado hasta la cadera en tela de raso irisada y a partir de ahí se solapaban capas de gasa celeste y verde, simulando pétalos salpicados de diminutos cristales hasta un par de dedos por encima de la rodilla.

Reconozco que me temblaban las manos subiéndome la cremallera, y una vez me calcé los *stiletos* a juego, escapé de la habitación sin tan siquiera darme un vistazo en el espejo.

Él esperaba sentado trasteando con el móvil. Iba tan elegante como acostumbraba, aunque vistiendo traje oscuro con camisa azul, y a qué negarlo, quitaba el hipo de padecerlo provocándolo de nuevo de volverlo a observar.

Al advertir mi presencia, levantó la mirada del teléfono y durante unos segundos tuve la sensación de llevar un churrete de máscara de pestañas o papel higiénico enganchado en el tanga.

—¡Joder, *txiki!* Perdona, no quería decir eso...

—¿Y qué era?

—No sé, ahora solo me viene a la mente... ¡joder!

—Espero sea un ¡joder! De ¡joder qué buen gusto tengo escogiendo ropa!

—Bueno, no fui yo, le pedí a Sandrine tus medidas y se encargó una *Personal Shopper*... —Y me sentí aliviada, no iba a negarlo.

—¡Vaya con Sandrine! Le importa un pimiento la ley de protección de datos.

Se acercó y nos besamos una vez más de forma sensual y comedida.

—Eres tan bonita... una muñeca, una maravilla... —¡Colores arriba!

—Para, por favor.

—¿Por qué? Pareces no darte cuenta de que eres la mujer completa. — Unos cuantos besos más frenaron aquellos piropos que no molestaban, pero me sonrojaban—. Mejor vámonos, a este paso me va a importar un comino no cumplir mi palabra.

—¡No lo permita el Señor! —sonrió sobre mis labios—. Por cierto, el tono de la camisa ¿es por ir conjuntados?

—Cosa de la estilista.

—Demos gracias que no se ha decantado por el rojo o el púrpura en mi vestido... íbamos a parecer el dúo Pimpinela.

Separándose, nos reímos sin contención.

Al abandonar el hotel noté todas y cada una de las miradas. El valet le entregó las llaves del Mercedes, aunque Asier no le permitió que se ocupara de abrir mi puerta tomándose la molestia. Había en él una mirada especial, un grado de vanidad que realizaban sus atributos.

—Enid, he de comentarte algo sobre la exposición.

—Dime.

—Mi amigo es un galerista francés, que expone en Europa y USA.

—Vaya... ¿Y cómo se ha decidido por Santander?

—Está dirigida a un público muy concreto sin problemas para desplazarse a cualquier lugar del mundo, aunque ha de ser un emplazamiento singular, a poder ser con cierto boato.

—¿Y qué pinto yo rodeada de esa opulencia?

—Tú formas parte de una de las temáticas expuestas.

Tras unos segundos en estado vegetativo, mi reacción fue lenta, ni pestañeeé.

—¡Venga ya!

—No te engaño.

—Eso es discutible, porque para ser todo esto algo espontáneo, cada vez

que pregunto sacas un conejo de la chistera.

—¿Recuerdas la última sesión con Sandrine antes de fallecer la abuela de los niños?

—Sí, fue en Irlanda... hace dos años. Un encargo muy específico basado en cuentos tradicionales, aunque en versión lóbrega... ¿La compró tu amigo?

—No, ese reportaje pertenece a mi colección personal.

Pues bien, si no hacía diez minutos salía del estado catatónico, de nuevo mi sangre iba circulando como engrudo en un tubo fino. Ni idea de qué decir, no obstante, mi cara debía de llevarlo escrito en tinta indeleble.

—Enid, no es nada extraño... Sandrine no se queda los reportajes en reserva.

—Mis fotos son específicas para portadas de CD, rótulos de tiendas de ropa alternativa... Que se expongan en una galería es sorprendente, que las tengas tú... inquietante.

—Eso no me lo esperaba... ¿por qué?

En esas entramos en el parque que conducía hasta el Palacio de la Magdalena y ya no sabía diferenciar la perplejidad del alucine.

Para mí no era extraño acudir a eventos de etiqueta en lugares elegantes, había acompañado en alguna ocasión a mi padre en sus compromisos profesionales; en cambio, al estacionar delante de la escalinata engalanada con moqueta, candiles, lazos y flores tal como se recibiría a los reyes cuando fue su residencia, me pareció de cuento de hadas y para nada gótico.

Abrió mi puerta una mujer uniformada con guantes blancos y Asier esperó a los pies del primer escalón ofreciéndome su brazo para ayudarme a subir. Agradecí el gesto, fue la primera vez en sentirme tan pequeña como torpe.

Otra mujer esperaba a las puertas y tras comprobar nuestros nombres, sonriendo nos dio la bienvenida y nos ofreció unos trípticos explicativos.

Al parecer no podíamos dar un paso sin que algún empleado nos acompañara. Con amabilidad nos guio hasta el ala donde se emplazaba la colección itinerante mientras yo absorbía cuantos detalles decorativos y arquitectónicos encontraba a mi paso. En cada esquina, en cada cuadro o silla se percibía su origen y uso regio.

Llegamos a un vestíbulo donde la exquisitez tomaba otra dimensión, de haber sido por la mañana no faltarían las pamelas coronando las cabezas femeninas. Un camarero nos ofreció un par de copas de champagne que no me bebí de un trago por evitar dar la nota.

—¿Te sientes cómoda? —¡Qué agudeza! Si iba más tiesa que un junco.

—Sí, Asier, estoy tan relajada como un chimpancé en una jaula con cincuenta pumas.

—Genial. —Y pensé que estaba muy bueno pero que era imbécil—. Te presentaré al marchante... por cierto...

—Una sorpresa más y me encierro en el baño. —Conteniendo las carcajadas buscó mi mano para besar el dorso.

—Armand... ese que se acerca con prisas... es algo excéntrico y poco prudente.

Cuchicheó a modo preventivo. Me di por advertida y suspiré. Habíamos tenido todo el día para tratar el tema y me avisaba a medias a la velocidad de un neutrino.

—¡Asier! *Mon ami*. —La voz me resultó estridente y con efusividad fingida.

—*Bonsoir*, Armand.

Por prudencia di un paso al lado para colocarme junto a Asier.

El francés era un hombre que debería de tener la edad de mi padre, moreno, alto y esbelto, con mirada penetrante y expresiva, que sin reparos movió de arriba abajo con la finalidad de repasarme sin pudor.

—Te presentaré a Enid Recassens...

—Armand Valois —se anunció con vanidad.

—*Je suis ravi de vous connaître, Monsieur Valois.*^[3]

—*Og... Mon Dieu! Assieg... Egués un homgré afogtunadó. Enid, tout le plaisir est pour moi.*^[4]

Tomando mi mano, en un gesto tan viejo como el mundo, besó también el dorso, y yo, en otro igual de antiguo lo limpié con disimulo en la falda del vestido.

—Es *muchó* más *hegmosá* a las *fotogafiás*... cómo la has *podidó teneg* tanto *tiempó* escondida.

—Es una mujer muy ocupada.

Siempre me había parecido de un machismo repulsivo que dos hombres hablaran entre ellos olvidándose de mi presencia.

—*Disfrutag* de las salas y el *cogtél*. Acaba de *llegag* el hijo de un *indugstriag* de la zona he de *resibigle* —se excusó apretándose el tímpano donde llevaba un inapreciable auricular—. En un minuto me *unigué* a

vosotrogs.

Tras un nuevo repaso sumándole una sonrisa sucia y otro beso en la mano que también refregué en el vestido, se marchó.

—Se ha contenido bastante.

Yo en otro lugar y con otra ropa le hubiera enviado a *mon cul*^[5].

—Su mirada es tan desagradable que me hace falta otra ducha.

—Hablaré con él.

—Ni se te ocurra.

Otro camarero llegó para calmar la tensión con una bandeja de canapés y más bebida.

Comenzamos a caminar en dirección a la primera sala, allí Fitz Hugh Lane estaba representado con algunas de sus pinturas marinas, unas a la venta con precios desorbitados y otras en cesión temporal para su muestra, en concreto las más representativas del artista.

Asier siempre se había manifestado sensible para el arte y conocía datos muy interesantes y desconocidos para la gran mayoría que solo teníamos nociones elementales sobre la materia.

Repasamos las salas sin prisas hasta llegar a la última cuyo espacio central estaba presidido por una fotografía espectacular que pendía de unos hilos invisibles.

—Impresiona... ¿a que sí? —susurró a mi oído.

—Jamás había visto una en este tamaño.

—Esa mujer no eres tú, Enid... ese retrato no te representa.

—Deberías de ver a Caperucita... ¿no?

—No...

Él era el experto, yo para la interpretación de las poses, ya fueran realistas o abstractas, era pésima. Si sabía que el Guernica de Picasso aludía a los bombardeos en el municipio durante la Guerra Civil era por cuanto había leído sobre él.

—Enid, yo veo a una mujer que teme a los lobos, sin embargo, se rodea de ellos para estudiar su comportamiento, los acaricia ofreciéndoles confianza sin conectar la mirada, se delataría... está aterrada, sopesando la reacción del animal.

—Vaya... ¿Y todo eso lo extraes de un posado? Yo podría romper esa magia si te explico lo que sucedió durante la sesión.

—No hay magia, tú no eres esa mujer... jamás te rodearías de lobos, huirías de ellos.

—En efecto, odio los perros. —Rodeamos en silencio la estancia—. ¿Por qué tienes fotos mías?

—Siempre me has gustado, y tú siempre me has esquivado.

—Que yo... ¿qué? ¡Anda, chaval! ¡Vete a la playa!

Estaba a punto de darle un codazo para que comidiera la risa cuando una voz tan conocida como fastidiosa nos llamó por nuestros nombres.

Comenzaba a estar saturadita de sorpresas.

—¿Sabías que estaba invitado?

—No tenía la menor idea. ¿Por qué supones que he de conocer la lista de asistentes? —masculló.

—¡Hola, chachos! ¡Qué maravilla encontraros aquí!

—¿Qué tal Carlos? —Nos dimos un par de besos en las mejillas, para mi desgracia, no pude levantar la falda para limpiarme sus babas—. ¿Qué tal la familia?

—Estupenda, como de costumbre. Y tú, Iní ¿cómo va?

—Muy bien, disfrutando de unos días de descanso, por cierto, enhorabuena. —Alzó una ceja observándome confundido—. Estel me informó de vuestro compromiso.

—¡Ah, eso! Gracias... Sí, claro... ha llegado el momento de sentar la cabeza. —Resultaba curioso que pretendiera sentarla cuando aún no había aprendido a utilizarla.

—*Monsieur Zubaltegui*... —Y si éramos pocos parió la abuela—. Enid, ¿Le ha gustado la *esposición*?

—He de serle sincera, no conocía en profundidad ni a los artistas ni su obra, por fortuna he podido disfrutar de la galería acompañada de un experto.

—Sí, *Asieg* es todo un entendido en la *mategia*... *pog siegtó, neseditó* que *hablemog*... Enid, *estagá* de *vuegtá* en un minuto.

—Armand, podemos dejarlo para otro momento —protestó circunspecto.

—No te preocupes, Asier... yo te la cuido.

¿Perdona? ¡Ja!

Busqué algún reloj en la sala cerciorándome de no haber retrocedido en el tiempo. Entre mis múltiples aversiones, esa manía soberbia de los tíos considerando a la mujer un objeto decorativo, conseguía que me hirviera la

bilis.

¿Cuándo había necesitado yo escolta o compañía masculina para no sentirme sola o desamparada?

—Asier —repliqué airada—, acompaña a Armand, quiero ver las obras de nuevo con más detalle.

—No es necesario, Armand y yo podemos hablar...

—Ve, por favor.

A regañadientes, se marchó con el galerista, y para mi disgusto, Carlos no tenía a nadie conocido a quien incordiar aparte de a mí. Crucé los dedos deseando que los asuntos entre Asier y Armand no les ocuparan demasiado tiempo, jamás se me dio bien mostrar interés ante panegíricos fachendosos.

Cuando pasó el camarero por nuestro lado, Carlos tomó un par de copas.

—Ese vestido te sienta de maravilla. —Otro que utilizaba las pupilas para estimular náuseas. Acepté el espumoso por si precisaba vaciarle el contenido a la cara.

—¿Cómo que no ha venido Estela? —Quise recordarle a su prometida, esa a la que olvidaba según la conveniencia.

—A estos eventos prefiero asistir solo... Ya me entiendes.

—Ah... entonces no te quito tiempo... —Me giré ofreciéndole la oportunidad de encontrar a otra en disposición para atender sus paparruchadas.

—Estás bien linda en esas fotos.

—Gracias. —No iba a poder deshacerme de él, estaba cantado.

—De proponértelo podrías tocar la luna. —Por no ser grosera me hice la desentendida—. Y te has buscado al partenaire ideal para que te pague el viaje.

—Mira, Carlos —no iba a funcionarme soslayar el comentario e intenté defenderme atacando—, voy a decirte lo que nunca pensé manifestar por respeto. Un respeto que no te mereces... No me gustas, jamás me has gustado. De todas las majaderías que he cometido en la vida las dos semanas que estuvimos tonteando fue la peor. —Se acercó más de lo prescindible y yo di un paso atrás—. Eres un fantasma, aún no comprendo cómo Estel tiene estómago para soportarte.

De nuevo se aproximó y yo topé con el poste de acero cromado que delimitaba el espacio con un cordón rojo entre las obras y el público,

impidiendo mi retroceso.

También había desaparecido la gente que pululaba a nuestro alrededor y supuse que de ahí su descaro.

—Carlos... que corra el aire.

—Estoy seguro de que ahora también estás posando...

—Ni me roces o te pateo los huevos —de expresarme con sutilezas él no iba a entenderme, y los hombres eran muy sensibles con sus cascabeles.

—¡Carlos! —Y di gracias a Dios y a la divina providencia.

El berrido de Asier consiguió enderezarle el cuello separándose de mí, aunque seguía observándome con un brillo de enfermo en la mirada.

—¿Te está molestando?

—Sí —no iba a andarme con excusas.

—Tienes la piel muy fina, *maitea*.^[6]

—Carlos, discúlpate —no fue una sugerencia.

—Asier..., da igual. Salgamos al jardín

—¿Yo disculparme? Si habré conseguido que se le humedezcan las bragas.

—¡Oh, qué grosero!

—Eres tan repulsivo. —Me aparté sin tocarle por miedo a que me contagiara la triquinosis—. Por favor, Asier... marchémonos antes de que pierda la compostura.

—Sí, es lo más sensato. No me apetece salir en la prensa de mañana por haberle desfigurado la cara a un imbécil.

—Deberías de darme las gracias, yo la he calentado y tú te la beneficias.

¿Hacía falta la bravata? No teníamos diez añitos. Se podrían evitar males mayores comportándonos como adultos los dos que disponíamos de inteligencia para retirarnos, sin embargo, aquel cretino sacó pecho avanzando hacia Asier.

Ante tal subida de testosterona, ¿a mí qué se me ocurrió? Lo más juicioso, colocarme entre los dos a modo de parapeto, como si mi insignificante cuerpo tuviera las cualidades de *Iron Man* frenando puñetazos.

Carlos, como buen oportunista, aprovechó el desconcierto para soltar un rechazazo que logré esquivar... a medias.

—Enid... ¡mierda! ¿Estás bien? —Asier comprobaba mi pómulo angustiado.

—No. —Dolía y eso que no me había dado de lleno—. Vayámonos, te lo

suplico.

—¡Hijo de puta! Le has pegado... —Asier no podía contener la rabia ni apretando la quijada. Yo solo deseaba largarme de allí y le sujetaba los antebrazos por detener a aquel tren de mercancías cargado de ira, en bajada y sin frenos.

—¡Hostias, Enid! ¿Por qué te has puesto delante?

—Carlos, eres el organismo pluricelular más imbécil del planeta. No vuelvas a saludarme, es más, ni me mires —parecía estar afectado e intentó balbucir una disculpa—. No te molestes, no te permito que vuelvas a dirigirme la palabra. —Me volví hacia Asier—. ¿Nos podemos marchar?

—Por supuesto, ya me excusaré con Armand por teléfono. —Extendió el brazo apuntándole con el índice, amenazante—. Carlos, esto no va a quedarse así.

Y nos marchamos sin hacer ruido. El resto de los asistentes disfrutaban de un catering en uno de los jardines ajenos al barullo que se había organizado en cosa de diez minutos.

Pasé de estar paralizada por los acontecimientos de unos meses atrás ha sobrepasada con todo lo sucedido en un día.

Asier conducía con una mano en el volante y la otra apoyada en el marco de la ventanilla. De tanto en tanto se pasaba la mano por la cabeza y no supe descifrar si por enfado o frustración.

El silencio me hacía sentir incómoda y determiné que si la montaña no iba a Mahoma, Enid la escalaría.

—Vas a explicarme qué te pasa.

—Me he quedado con ganas de atizarle una hostia de *giracuello*.

—¡Pues menos mal que no te ha dado a ti! —probé de introducir un repunte de humor irónico con la esperanza de que no se lo tomara al contrario.

—Si te da de lleno... —apretando la mandíbula negó—. ¿Te duele?

—No, solo molesta un poquito el pómulo. Me he dado golpes peores jugando con Joel. —Su preocupación era conmovedora.

—¿Prefieres que te deje en casa?

—¿Quieres llevarme a casa?

—No.

—¿No ibas a invitarme a cenar?

—Era la idea.

—Estoy segura de que en el hotel estarán encantados de satisfacer los caprichos de los huéspedes de la suite más exclusiva.

—Yo también. —Y de nuevo recuperó la sonrisa.

Me desperté con el agradable cosquilleo de unos dedos dibujando caminitos de hormigas en mis hombros.

—Buenos días, *pinpilinpauxa*^[7]... ¿has dormido bien?

—El rato que hemos dormido, sí, igual a un bebé.

—Malota... —Riendo comenzó a cosquillearme.

—¡Detente! ¡No lo soporto! —Se detuvo y me besó la nuca para regresar al oficio de mover los dedos sobre la espalda con la maestría de erizar hasta la piel de la planta de los talones—. Así, ¡uhm!, infinitamente más placentero.

—Tu tattoo es tan sugerente... sensual.

—Me costó decidir cómo rematarlo. Tras casi un año inacabado di con lo que quería.

—Te erotiza.

—No era su finalidad.

—Lo sé, pero eso no cambia el hecho de que suma atractivo a tu cuerpo.

—Asier, ya has conseguido seducirme, no emplees más marrullerías.

—¿Piensas eso en serio? ¿Crees de veras que solo ha sido un juego de seducción? —Al darme la vuelta parecía ofendido.

—¡Venga ya! No me fastidies, puedo no tener demasiada experiencia, pero de ahí a que no sepa leer las señales...

—Me has gustado siempre.

—Asier, te han gustado todas siempre. Sabes lo que provocas.

—¿Y en ti?

—A la vista está, no has empleado un esfuerzo sobrehumano en conquistarme.

—No, qué va... —contradijo divertido—. Solo doce años.

—Vaya, y yo pensando que los de Bilbao solo eran brutos.

—¿Recuerdas cuándo nos conocimos? —Para olvidarme.

—Si no me falla la memoria, Estel se te presentó en la playa de los Locos y después te uniste al resto del grupo.

—Pues sí. —Le sonreí colocándome una medalla imaginaria—. Te falla la memoria.

—¡Ja! ¡Para nada, monada! —Estaba segura de que había sido así, pocas imágenes tenía tan vívidas como aquella de él acercándose con el neopreno

colgando de la cintura.

—La primera vez que nos vimos paseabas con tu madre por el puerto de Suances. A ella se le cayó una tarjeta y yo la recogí del suelo. Te la entregué a ti y me miraste sonriendo. Nunca una sonrisa ni una mirada me impactaron tanto.

No conseguía encontrar ese momento... ¡debíamos ser muy críos!

—¿Y no me dijiste nada? Pasábamos las vacaciones juntos, salíamos a pescar, a patinar, a la playa... hubo infinidad de oportunidades.

—Las aprovechó Carlos.

—Tenía dieciocho años y tú siempre andabas con alguna nena colgada del cuello y Carlos... —Me molestaba esa parte de mi historia personal—, fue la manera absurda de manifestar mi rebeldía adolescente. A mamá no le gustaba y yo salía con él por fastidiarla...

—¿Por? Tu madre era una mujer encantadora.

—Ella adoraba Cantabria y yo odiaba salir de Barcelona.

—Pero te dejó él.

—Consideré aquella relación un contacto de castigo.

—Eres muy retorcida.

—Cada cual busca el protagonismo como puede.

Acarició con la yema de sus dedos mi pómulo golpeado intentando suavizar algo peliagudo o difícil de digerir.

—Te quería para mí, Enid... Cuando venías con los mellizos en los veranos, estabas tan implicada en su cuidado. No era la relación que deseaba contigo. Tras el fallecimiento de Evelyn aún te volcaste más en ellos... Yo solo he estado esperando a que el entorno fuera propicio o tuviera la voluntad de aceptarlo.

—Habéis pensado siempre que para mí ha sido un sacrificio, que perdí mi adolescencia, pero no os podéis ni imaginar cuánto me ayudó formar parte de aquella familia para no regodearme en mi propia tragedia.

—Ven conmigo a Múnich... intentémoslo.

—Te refieres a ser ¿pareja?

—Sí, esa es la idea.

—Lo veo precipitado.

—Somos adultos, podemos saltarnos unos cuantos pasos.

—¿Eso no es empezar la casa por el tejado?

—Eso es empezar... Es lo lógico si lo que sentimos es mutuo.

—No has podido expresarlo mejor —farfullé.

—No estamos al mismo nivel de compromiso... ¿es eso?

—Me encantaría tenerlo tan claro como tú, pero he de madurar la idea.
¿Cómo abandonarlo todo sin saber si existe alguna posibilidad?

—Si no lo sabes..., lo sabes.

—No lo sé, porque desconozco qué se supone que he de sentir. Asier... me gustas, no lo negaré, aunque de ahí a marcharme sin más objetivos a Alemania es un salto desde mil metros sin paracaídas.

—Es un no.

—Ahora es un no..., mañana, si te echo mucho de menos podría convertirse en un quizá.

—Se me ocurren algunas maneras para obligarte a echarme muchísimo en falta. —Se acomodó encima de mí.

—Ponlas en práctica, un quizá puede ser suficiente.

Y mi puzle *cuadrimensional* se desmoronó para rearmarse de nuevo descubriendo piezas intrigantes que prometían hacer mi vida más excitante... la cuestión era si sabría estar a la altura, porque mi experiencia era nula caminando sola.

VISITAS



INESPERADAS

De vuelta en Barcelona comenzó a ser forzoso establecer rutinas nuevas. En Suances no contemplé la posibilidad de que al vacío dejado por los mellizos se le sumara el tiempo ocioso, y con esas, tras las dos primeras semanas organizando mi nueva etapa de soledad, me vi mano sobre mano.

El verano en la ciudad era asfixiante, al calor propio de la estación se añadía el efecto invernadero además de la calima bochornosa formada por el vapor del mar, por lo tanto, realizar cualquier actividad física o salir a la calle era considerado deporte de riesgo.

Yo, de escoger, prefería beber el agua a aspirarla, sin embargo, después de aquella primera sesión con Sandrine, surgió otra y como se pagaban muchísimo mejor las fotos a las traducciones, acepté.

Estaba rozando la treintena, mi tiempo como modelo de posados góticos tocaba su fin. Los clientes que encargaban aquellos reportajes solicitaban rostros aniñados que transformar mediante elementos melancólicos y románticos, en misteriosos y atormentados.

La sesión de esa jornada era diferente, seguía enmarcada en la tenebrosidad habitual pero con una decoración de lo más amena. Me lo estaba pasando teta en un trapecio colgado a unos dos metros del suelo. Un arnés a mi cintura actuaba de componente de seguridad y me permitía el balanceo sorteando el miedo lógico a espachurrarme.

Volaba de lado a lado del escenario vestida con un traje de plumas negras y unas enormes alas del mismo tono que se extendían oponiendo resistencia al viento.

—Enid, por favor, necesito tristeza... esa cara es de anuncio de dentífrico.

—Esto es superior a mí, veo un columpio y me pierdo... *Wow!* —Sandrine me observaba ceñuda, sin embargo, el obturador no se detuvo.

—¡Enid! No seas niña.

Obedecí, y con tal de centrarme en las miradas perdidas con gesto desconsolado y meditabundo, repasaba la parte de mi existencia menos alegre. Siempre funcionaba, incluso con tanta eficacia que me olvidé de dónde estaba y qué hacía.

—¡Enid! —El berrido de la fotografía me trajo de vuelta. Para lo chiquitita que era, ¡Jesús, menuda potencia de voz!

—Perdona, estaba metida en mi papel. Del susto casi me quedo colgando como un salchichón de la viga... ¡Eres de un delicado!

Daniel, uno de los asistentes de Sandrine, me ayudó a desabrochar el arnés desternillado de la risa. Después me besó en la mejilla.

—Has salido preciosa en todas. No le hagas ni puñetero caso, es una bruja enana... —siseó a mi oído.

—Gracias, Dani. No comprendo porqué está siempre tan... irascible.

—Yo, sí... No folla.

—¡Daniel! ¡Qué feo a sonado!

—Ponle flores... pero esa, no folla.

Nos reímos cómplices, Sandrine podía ser una eminencia con las cámaras de medio formato, pero como humana era más seca que la mojama.

—Enid, hay un tipo en el vestíbulo preguntando por ti.

—¿Por mí? ¿Estás segura?

—Voy a contar las Enid Recassens que hay en el estudio... una. Pues vas a ser tú. —En un concurso de gente estúpida sería la marca de nivel.

—Sandrine, deberías de follar más, las endorfinas endulzan el carácter y no

joderías tanto al resto.

Me escapé cobardemente con el mentón en alto sin esperar la réplica.

¿Quién debía de ser el desconocido que me buscaba?

No valía la pena perder tiempo en resolver el enigma, sin embargo, al llegar al hall recordé dos cosas, que aún llevaba puesto el atuendo de plumas y que una nunca está preparada para encontrarse a los tipos que anuncian fragancias masculinas.

—Hola, soy Enid Recassens. ¿Preguntaba por mí? —Por como me observó, su grado de impresión estaba equilibrado con el mío, malo sería que, con tanta pluma, dudara de estar delante de un cuervo.

—*Hi, a... my... yo, Jared Prescott.*

¿Prescott? De qué me sonaba... ¡El tío de los mellizos! ¿Qué hacía aquí? ¡Mierda, los niños! Les debía de haber pasado algo. Y entré en pánico.

Tendió su mano para estrechárnosla, en cambio, me hallaba en estado de shock y no reaccioné extendiendo la mía. Él, la encontró dónde solía estar, al final de mi brazo... inerte.

—Disculpa mi comportamiento —atiné a justificar mi falta de educación por si mi cara desencajada no era suficiente—. Estoy un poco... ¿Los niños...?

No fui capaz de pronunciar el final de la pregunta y apunto estuve de taparme los oídos.

—Oh... todo O.K., los *ninios* bien. —Sonreía y lo interpreté como una buena señal—. *I'm germanou* de Matthew.

—Encantada de conocerte. Joel me ha hablado mucho de ti. ¿Prefieres que continuemos en inglés? —se esforzaba con el idioma y tenía su mérito, mas su escasa fluidez me provocaba acabarle las palabras.

—No, *thanks*. A mí también de *you*, aunque pensé que *exageruaba*...

—¿Pero ha sucedido algo? —El mozo estaba muy bien, sin embargo, no era momento para flirteos.

—Oh... *¿Poudemos counversar in another place? No quierou alarmaurte but neseditamous your help.*^[8]

Lo primero en pasar por mi cabeza fue que el tipo debía de tomar clases tipo: «Aprende a dar noticias sin paralizar el pulso del receptor», después comencé a sudar en frío, algo común en mí cuando el pánico se apoderaba de mi organismo.

—Dame diez minutos, me desplumo y regreso.

¡Me desplumo! Los nervios no me permitían ni pensar ni expresarme con coherencia.

Me desmaquillé a la velocidad del rayo. Sudando sangre, me retorcí hasta poder bajar la cremallera de aquel corpiño. ¿Por qué demonios las colocaban a la espalda? Escapar de aquella prisión de plumas me costaría una luxación en el hombro.

Sin recoger la voluminosa vestimenta del suelo del camerino, salí agobiada por las prisas.

—*Let's go?*^[9]

—*Diruigeme you. I no he estadou never in Barselona, no conosco a place tranquilou*^[10].

¿Barcelona-verano-tranquilo?

¡Pues como no fuéramos a una biblioteca!

A la ciudad podían describirla con innumerables reclamos para el turismo, entre ellos el silencio y la tranquilidad no constaban, en cambio, encontrar carteristas y personal recorriendo las Ramblas con menos ropa que Tarzán, estaba a la orden del día.

—¿Has comido? —Yo tenía un tapón en la boca del estómago, pero era buscar un restaurante o irnos a mi casa.

—No.

—¿Te gusta la pizza?

—*Pizza estaruá good.*^[11]

—Genial, conozco a los dueños de un italiano, nos buscará una mesa apartada.

Extendió la mano cediéndome el paso. Era muy guapo y de sonrisa contagiosa. Caminaba erguido con cierto aire canalla, demostrando la indolencia de quien hace girar a su paso hasta a las flores de las macetas.

Tampoco escatimaba en elegancia, adelantándose a abrir las puertas, manteniendo una distancia prudencial entre ambos, caminando a mi paso. Modales protocolarios de niño instruido en colegios privados de uniformes a medida con el escudo del centro bordado en el bolsillo de la chaqueta.

—Mi coche es ese. —Le señalé mi Seat rojo descolorido y perdió muchos puntos con la mueca de desagrado tanteando la posibilidad de parar un taxi.

—Es... *todou un senior maior.*^[12]

—Pues solo tiene veinticuatro añitos.

—*¿Solou?*

Callejamos hasta el barrio de Gracia. No me molesté en buscar un aparcamiento en la calle, ¿a qué malgastar tiempo y combustible?

El trayecto del parquin al restaurante fue corto y no cruzamos ni una palabra, no obstante, él lo observaba todo con detalle y curiosidad, incluyéndome a mí.

Su indumentaria no casaba con el establecimiento, iba demasiado formal y planchado, aunque menos combinaba yo a su lado, que había previsto ir a la playa después de la sesión de fotos.

Margarida, la dueña, tal como nos vio entrar se apresuró a recibirnos derrochando simpatía.

—*Hola, maca. Però, quant de temps sense veure't! Com va tot bonica meva?*^[13]

—*Mot bé, Marga. Passant la xafogor com es pot. Venim a dinar, encara que és una mica tard... Som a temps?*^[14]

—*No diguis bajanades! Pels Recassens la cuina està oberta les vint-i-quatre hores si escau.*^[15]—Tomó de la barra un par de cartas antes de continuar—. *Passeu, allà tinc una taula perfecta per a tots dos.*^[16]

Nos condujo hasta un espacio con algo de intimidad situado al final del comedor, separado del resto de los comensales. No era la primera vez que ocupaba esa mesa, aunque nunca había ido acompañada por ningún chico mayor de nueve años, y eso a Marga debió de parecerle novedoso y la mar de divertido.

—*Us porto l'aigua, sangria i... no us deixo el menú, millor preneu l'especialitat de la casa. Ara torno.*^[17]

Con pasos cortos y rápidos, se marchó hacia la cocina.

Jared, con el mismo gesto de confusión que Frodo al entrar en una joyería, esperaba información.

—No comeremos pizza. —Hice gala de mi poder de síntesis.

—*Oh, well... no importa, coun el espaniol me defiendou... but a el catalonia... no hay manerua.*

—Catalán. —Eso de que con el español se defendía... —Explícame qué sucede, por favor.

—Joel... es un... a *guy*?

—Chico.

—*Yes, chicou... Muy comunicativou. Se relaciona fasil coun the people...*
[18]

—Es muy flexible, tiene carisma, se convierte en líder sin pretenderlo.

—Habla *muchou* de ti... te *agradesemous* que hayas *sidou* tan *cariniosa* con *eios*. [19]

—Se han criado en un entorno de mucho amor. Su madre y su abuela los adoraban e intuyo que tú no has venido hasta aquí para darme las gracias, ¿cierto?

Marga depositó las bebidas y un *calzone* bien repleto de... ni pregunté, bueno iba a estar sin lugar a duda.

Una vez la mesa estuvo completa, Jared se ocupó de servir la sangría mientras yo esperaba intranquila a que retomara la conversación.

—Joel... *siemprue* te pone de *ejemplou*... Es *nourmal* siendo *guy*... —Al no encontrarle la gracia no la reí, aunque imaginé por dónde iban los tiros—. Isona... ¡Uf! Isona.

—Es el polo opuesto... más autónoma.

—No nos *preocouparuia*... si su *compourtamientou* no fuera... *inapropiadou*.

—¿En qué sentido?

—No respeta las... *nourmas*... se ha *escapadou en two ocasiounes and the*... última estaba a... *boarding*?

—¿Embarcando? ¿Adónde?

—*To Espania*... había *falsificadou* la *authorising*...

Prometo que intenté guardar la compostura, seguir sería... pero me traicionó la risa.

¡Ay, Isona! Mi chica no tenía las inquietudes de una niña de diez años, era una adolescente alternativa prematura.

—Disculpa, —excusarme no consiguió desarrugar su frente—, comprendo vuestra preocupación. Debéis entender que Isona es especial, tiene carácter y criterio propio desde antes de quitarle los pañales... No es manipulable.

—*My mother... try*... intenta, que esté *cómouda*... y *dispounga* de... *espasiou*... *perou* no habla, no *counecta*.

—Y su padre ¿le ha explicado la situación? ¿Ha sido claro y conciso? Los chicos necesitan saber porqué están allí y porqué antes no os habíais puesto en

contacto con ellos.

—Oh... *Well...* a... *my brother...* le ha *sidou impossible...* —Muerta, esa era la forma exacta de cómo me había dejado esa información.

—Me estás diciendo que llevan los niños casi tres meses con vosotros y ¿aún no conocen a su padre?

—A Matthew debía *resoulver asountous* vitales para sus... *busin... negosiuos*. —¡Valiente desalmado!

—Pues espero que le haya podido salvar la vida al *business...* ¡Es para hacerse cruces!

—No *jousgues*, para él es una *situasioun* nueva.

—¡Se retrata solo! En este momento la única obligación vital es la de conocer a sus hijos... Ha de responder moralmente ante ellos.

—No les falta nada.

—¿Pero? ¡Estamos locos! ¿Qué no les falta nada? ¡Será posible! ¡Inaudito! —Me alteraba por instantes. Me indignó aquella despreocupación afectiva... pues bien, si él era el emisario, a él le tocaba aguantar el chaparrón—. ¿Sabes lo que no tienen y no podréis comprar jamás?

Mi tono e increpaciones le molestaban y a mí su incomodidad me tocaba un pie. Ahora debía fastidiarse, no tenía la menor intención de moderar el tono y mucho menos de callarme.

—Ni te lo imaginas, ¿verdad? —ni negó ni asintió—. ¡Su madre! Eso de entrada, que no es poco... y la seguridad del único hogar que han conocido ni a sus amigos, ni las rutinas ni los veranos en Santander, ni a su abuela... ¡¿No os dais cuenta de que aún no tienen diez años y lo han perdido todo?! ¡¿Cómo tienes los santos cataplínes de afirmar que no les falta de nada?!

Me observaba enfurruñado, también sorprendido. No debía de estar acostumbrado a que le tosieran, y a pesar de no merecérselo en cuanto demostraba más implicación y preocupación que el padre, vomité la mitad de lo que en realidad me nacía decir, además de haber utilizado la expresión cataplínes en su contexto peyorativo.

—*Well, Enid...* —Colocando los codos en la mesa se dirigió a mí en tono autoritario— *You'll come with me to Philadelphia.*^[20]

No fue una pregunta ni una afirmación, era una orden.

—*You're drunk.*^[21]

—*Oh, no... I'm completely sober. Enid, you say... Fuck!* —Negó como

borrando palabras pensadas—, *dises que lou han perdidou todou... y no es siertou.*^[22]

—*You can talk English, I understand perfectly.*^[23]—Me tenía frenética con tanto «-ou». La conversación requería claridad.

—He de *esfoursarme*.

—Mira, exprésate como prefieras, pero no vuelvas a insinuar que miento porque te puedo enviar a la mierda en cuatro idiomas.

—*Oh, my God! What a woman!*

Y no fue una exclamación de halago, sino de exasperación tratándome de energúmena. ¡Valiente imbécil!

¿A mí con exigencias? Cuando nadie se molestó en consultarme si los mellizos estaban preparados emocionalmente para el cambio.

Solita tuve que bajarme el cabreo regurgitando bilis... ¿Y por qué me sonreía? ¡Ostras, cómo me hubiera gustado ser violenta para soltarle un sopapo!

—*Los ninios te imporutan es... evidentue.*

—¡Menudo descubrimiento!

—*Y eios te adouran, Enid... no puedes a... vanish?* —¿Podía ser más ofensivo? Yo ¿esfumarme?

—¡Cómo puedes tener tanto rostro! —Por su gesto no me entendió y me tocó un pie—. A este paso, de seguir hablando, seré yo la culpable de que su padre sea un impresentable. Hace tres meses no os importó un comino si desaparecía de sus vidas. ¡Ni lo básico me preguntasteis! Y ahora resulta que soy yo la que me he desentendido... ¡Aplaudo tu intento de girar la tortilla! Pero ¡ja!, ahí no me coges.

A tenor de cómo le costaba hablar en español, de todo lo escupido, con suerte se había enterado de la mitad.

—No es *esou*. Estás *extaltadua*... *Seruá* una *tempouruada*, *nesesitan* alguien *sercanou*.

—A ver, tío... ¡que no sois de la provincia limítrofe!

—No es *pour tiempou indefinidou*... a *unous* meses *quisás*... Que *coumiensen the school*... para que Isona *asepte* sus *news sircunstansias*... su *new family*.

—Y das por sentado que a la mía no le iba a afectar que me largue a otro continente.

—*I'm sure that they'll rest*^[24]—farfulló el muy imbécil.

¡Hasta ahí! No iba a tolerar un comentario desabrido más.

Me levanté con tal brío que la silla se tambaleó con ánimo de caer, y apoyando las manos a los lados de la mesa, con más chulería que educación, me encaré colocando mi nariz a escasos dos centímetros de la suya.

—*You're an asshole. Fuck you!*^[25]—Tras dos segundos de indignación por mi parte y desconcierto por la suya, me di la vuelta y me fui—. *Marga, amor... demà passo i ajustem, ara tinc pressa.*^[26]

Me despedía sin dejar de caminar.

—*Convida la casa, maca.*^[27]

Pisaba con tanta energía que me picaban las plantas de los pies, y con cada paso aumentaba mi arrebató. Pues bien, sus zancadas fueron más ágiles a las mías y ya afuera me sujetó del brazo.

—¡Stop, please! *Nounca imaginué que poudieras ser tan... grousera.*

—¡Te vas en taxi! A mi coche no subes.

—*Take my card.*^[28]—¡Ja! Ni borracha.

—Y yo, ¿para qué quiero eso?

—*Pour si cambias de idea.*

—Si quiero visitar a los niños no estoy obligada a avisarte a ti, en todo caso contactaré con el irresponsable de su padre.

—No, él no va *toulerar...* tus *impuertinensias*.

—Sois una familia de tarados. —Me zafé arisca.

Me seguía a escasos pasos, aunque iba a ser más probable que un ovni aterrizara en el dedo de Colón a que el tío repelente subiera a mi coche.

Tuve la sensación de que él tampoco tenía el menor interés de viajar conmigo y me acompañaba asegurándose de que no iban a asaltarme en el parquin o ¡yo qué sé! Y me vi rezando una plegaria al santo de los vehículos clásicos para que mi Ibiza no me dejara en evidencia.

Por fortuna la divinidad debía de estar atenta a aquella situación tan ridícula, así al girar la llave el motor respondió con su habitual sonido a latas roncadas y desajustadas.

Maniobré, y sin dedicarle ni una mísera mirada al Adonis yanqui, salí de la plaza de aparcamiento. Después, una vez en el pasillo, ya me atreví a observarle a través del retrovisor, parado en el centro, distinguido y apuesto con las manos en los bolsillos y paradójicamente con sonrisa de satisfacción.

CAMBIOS



INESPERADOS

Mi cuerpo estuvo exudando rabia dos días seguidos y una vez logré sacar la conversación de mi cabeza, si recordaba al tito Jared por algún detalle peregrino —como lo bueno que estaba el muy asqueroso—, recuperaba la rabieta.

¡A mí! ¡Venir a imponerme sacrificios! Era para alucinar, ¿o no?

Y mientras, el señor «con ocupaciones vitales de negocios», seguía exento de lo que debería ser su obligación primordial.

Entender a Evelyn ahora se hacía sencillo... ¡Menudo personaje el tal Matthew Prescott! ¡Una joyita para un museo de estirados y vanidosos!

Ya podía zambullirse en piscinas de billetes, que si era incapaz de manifestar un mínimo de interés por su propia sangre, estaba convencida que al resto de la humanidad le demostraría la misma que a un mixino.

¡Ni pensar en qué nivel debíamos estar el resto de los individuos en su escala de valores! El subterráneo menos treinta, ahí, en las profundidades

abisales o tocando el núcleo terrestre.

Necesitaba una cerveza, el calor externo y el que yo generaba con aquellos berrinches en clave de soliloquio me tenían deshidratada.

Abrí la nevera y justo en ese instante el timbre del teléfono con la sintonía de *Fear of the Dark* de Iron Maiden, avisaba de qué papá llamaba, y en lugar de escoger la cerveza elegí un refresco.

Era patético que, con veintiocho años, aún me cohibiera beber delante de mi padre, pero rozaba lo demencial que eso sucediera cuando nos separaban setecientos kilómetros y la conversación no era una videoconferencia.

—¿Qué hay de nuevo viejo! —Rio.

—Desde que te marchaste reina la paz.

—Espera, dame una hora a ver si encuentro la gracia... ¡Ah, vale..., que no la tiene!

—¿Cómo está mi bichito precioso?

—Aclárame el término, ¿un bicho puede ser bonito?

—Por supuesto, mira las mariposas, las libélulas... las Enids.

—Vale, papá, déjalo... ¿Cómo están las mujeres de la casa?

—Amaia intenta ampliar la gama cromática de Ricitos de Oro. No hay manera de sacarla del rosa y el violeta.

—Que no insista, después vendrá la etapa del negro y esa es más larga.

—¿Qué complicadas llegáis a ser las mujeres!

—Papá, no estoy de humor para generalidades sexistas.

—¿Me lo cuentas?

El tono de condescendencia en lugar de intriga debió de haberme puesto en guardia, yo inocente, me guie por la costumbre de explicárselo todo.

—Hace unos días estuvo Jared Prescott, el tío de los mellizos.

—¿Cómo están los nenes?

—Joel conquistando a todo el mundo e Isona... haciendo gala de su inconformismo, llevando la contraria por sistema y a su manera.

—Mi niña... —Mi padre adoraba a los chicos, los consideraba nietos adoptivos consintiéndolos como cualquier abuelo. Con Isona siempre tuvo una conexión especial. Éramos una preciosa familia deformada.

—Por lo visto no se lo está poniendo fácil a los miembros de la familia que se han dignado en conocerlos.

—Era de suponer que la nena no les obsequiaría con su cara amable tras

darse el primer abrazo.

—Ellos también lo podían haber previsto y suavizarlo conciliando un acercamiento gradual en lugar de venir ahora con imperativos.

—Imperativos. —No sonaron los signos de interrogación y eso debería de haberme dado otra pista, mas cuando uno se enfada pierde la perspicacia.

—Sí, el colega pretende que viaje a Pensilvania y reconduzca la situación hasta que se reubiquen.

—¿Y a qué esperas? —Muerta, sí... pasé del sofoco al frío sin pasar por el templado.

—Papá... ¿me has escuchado bien?

—¿Y tú a mí?

—Oye, ¿me he perdido algo? Estoy alucinando. ¡Después del pollo que montaste cuando te comenté la posibilidad de marcharme con Asier a Alemania!

—Si te vas con Asier, no volverás.

—¿Y quién dice que no pueda suceder eso en Filadelfia?

—No es la misma situación.

—¡Va, por favor!

—Mira, cariño, en ocasiones lo que debemos hacer y lo que nos gustaría no van de la mano, por lo general nunca, sin embargo, hacer lo que se debe reporta más tranquilidad espiritual que hacer lo que se quiere.

Entonces, sí, la sagacidad regresó a mí recuperando todas las señales obviadas.

—Papá... dime que no has hablado con Jared.

—¿Eso importa?

—¡Coño que si importa! ¡Te has conchabado con él!

—¡Habla bien! ¡Corcho, nena! Qué afán por buscar conspiraciones donde no las hay.

—¿Cómo supo que estaba en el estudio?

—Podría ser que los niños le dieran el teléfono de la fotógrafa.

—¿Los niños? ¡No te lo crees ni tú! ¡No insultes a mi inteligencia, papá!

—Te equivocaste de profesión, hija.

—De veras... —Y rematando vino a mi mente algo para transformar el disgusto en mosqueo—. ¡Oh, papá! Espero que el comentario del mameluco ese insinuando que era un plomo no aludiera a uno tuyo, porque como

descubra que sí, me instalo con vosotros en casa de por vida.

—Con los brazos abiertos, bichito. Cosa distinta es que aguantes. —Rio a carcajadas.

—No me ayudas... intento empezar sola, por eso no me fui a Múnich.

—Enid, no voy a obligarte a tomar decisiones que no desees, no lo he hecho antes, menos ahora. Creo que para poder empezar has de cerrar capítulos. Si sigues preocupada por el bienestar de los mellizos, sin poner todo de tu parte por ayudarles a superar su sensación de desarraigo, te anclarás en los remordimientos... ¿Quién es capaz de avanzar así?

Y tenía razón, ¿pero de que iba a servir mi presencia si la familia no se implicaba al máximo?

Siempre fui un ser influenciable si me tocaban el sentimiento.

—Vale... —Yo suspiré y el aire resonó en el auricular—. ¿Tienes contactos en Filadelfia?

—La hija de un colega trabaja como investigadora en la Universidad, veré qué puedo hacer.

—Papá...

—Dime, bichito...

—Tres meses, dile tres meses... ¿vale? —Debía acotar el tiempo de una u otra manera.

—¿Tienes todos los documentos en regla?

—De no superar los noventa días, no necesitaré visado... con el pasaporte bastará.

—Bien. Realizaré unas cuantas llamadas, una vez esté todo atado me pondré de nuevo en contacto contigo.

—Yo, mientras, buscaré un tutorial de cómo tragarme el orgullo sin que el ácido me ulcere el píloro, y le diré a tu nuevo amigo Prescott que viajaré a Pennsylvania en unas semanas.

—Aún sigue en Barcelona.

—¡Será posible! ¡Calla! Ni se te ocurra decirme media palabra. —Sin contención alguna reía a mi oído.

—¡Ay, Bichito! Heredaste el temperamento de tu madre.

—Eres un liante.

—Te llamo en un rato. Un beso.

—Hasta ahora, papá... Sin beso, hoy no te lo mereces por traidor.

Tocaba enfrentarse a la desagradable y violenta situación de bajarme los pantalones —hablando en sentido figurado—. Decirle a aquel soberbio que me lo había pensado mejor suponía herir mi orgullo, aunque más me dolía viajar tan lejos para convencer a una niña excepcional de que toda aquella gente eran su familia y la amaban, cuando ni yo misma tenía la certeza, y nuestra Isona era tan audaz como obstinada.

Marqué.

Primer tono... segundo tono... tercer tono... Yo sudaba a la espera mientras dibujaba cuadraditos en un *post-it* por hacer algo con las manos.

—*Hi, Prescott speech.*

—Hola, soy Enid.

—¿Qué tal, Enid? —Se aguantaba la risa, lo supe como si tuviera una cámara oculta reportándome su imagen.

—Este romance entre tú y mi padre no me satisface en absoluto.

—*Somous maiores* de edad. —Había empezado yo, así solo existían dos posibilidades atacar o huir... Yo, por perezosa, jamás fui valiente.

—No te he llamado para hablar de mi padre. —No me apetecía ser cordial.

—*Baby, please... loosen up a bit.* ^[29]

—Curiosa sugerencia cuando seduces a terceros para conseguir tus objetivos. Y de *baby, nothing!* ^[30]

—*Entiendou que viajarás with me...*

—Entiendes de pena. Iré cuando solucione el tema del alojamiento.

—*But... ¿qué dises? You te quedaruás en casa...*

—No vuelvas a utilizar ese tono autoritario para dirigirte a mí. —Y fui suave pensando que, quizás, era debido a su dificultad con el idioma.

—*Sé rasounable... estaruías en contactou con los ninios.*

—Si me instalo en vuestra casa seguiré siendo su referente y adoptarán los mismos patrones de conducta, justo lo que debemos evitar. Si es preciso, les visitaré cada día durante el tiempo que esté allí. También voy a serte sincera, sois vosotros quienes debéis ganaros su confianza.

—*Well... well... en todou casou, ese tema lou poudemou truar de caminou.*

—¿Tienes problemas de oído? —A lo mejor era necesario alzarle un poco más la voz, el idioma tenía la certeza de que lo entendía.

—No.

—Entonces ha de fallarte la semántica... ¡No pienso viajar contigo!

Sus carcajadas retumbaron en mis tímpanos y el calor molesto de una rabieta inadecuada para mi edad, comenzó a trepar por mis tobillos.

—Prescott... ¡vete a la playa!

Le colgué.

Sí, de una manera inmadura a la par de forzosa.

Sonó el teléfono incansable, por mí podía quemar el altavoz que no iba a descolgar para oírle tratarme de malhablada. Cuando estuviera algo más tranquila le cambiaría el timbre de sus llamadas por el estribillo de *Eres tonto* del Canto del loco, para saber que no debía de atenderlas ni por descuido.

Tanto pasear la lata entre las manos, el refresco se había recalentado y la única manera sana que se me ocurrió para escapar de mi propio malhumor fue la ducha, y sí, mejoró.

El problema de estar sola es la imposibilidad de recibir apoyo moral, departir con uno mismo lograba establecer un bucle de reflexiones que lejos de ayudar, concebían dudas nuevas.

—¡Ah! ¡¿Quién me manda a mí meterme en estos berenjenales?! Debería de estar en Alemania con Asier, intentando construir algo... ¡Y no! Enid cruza el globo para seguir en el mismo punto.

Debía de tener alguna neurona disfuncional o con retardo de sinapsis, de lo contrario, ¿por qué no me mantenía firme en mis propósitos? Y aún peor ¿por qué hablaba sola?

Tres meses, ni una hora más. Capaz era de acusarme a mi misma al departamento de inmigración para que me deportaran.

¿Y en qué iba a emplear el tiempo allí? Los niños irían a la escuela... De pronto, comencé a arrepentirme de aquella decisión imbuida por otros apelando a la maldita conciencia.

El sonido del interfono me sobresaltó, mas únicamente giré la cabeza para seguido acomodarme mejor en la hamaca.

Quien quiera que fuera debía de estar convencido de no equivocarse de piso, ¡menudo día de ruidos molestos! Sentí el impulso de lanzar la jardinera de cactus secos con tal de apartar del video portero al pesado de turno.

Y para más inri, al no estar situado dentro del ángulo de la cámara, me vi obligada a descolgar.

—¿Sí?

—Soy *ió*. —Hablando de pesados y ruidos molestos.

—Se confunde, no conozco a ningún *ió*.

Colgué.

A casa no subiría, además había conseguido reorganizar mis pensamientos hasta llegar a un estado de zen y no iba a permitirle romper mi relax.

¡Imposible! El tipo, o se había propuesto fastidiarme la tarde o estaba necesitado de un pasaje a la caca solo de ida.

Descolgué endemoniada.

—¿Te crees el culo del mundo o qué?! —Una de mis muletillas en estado de alteración era el uso del término culo. Durante esos lapsos era capaz de incorporarla de cualquier forma.

—No sé, *debou cruerme* «o qué», nadie me ha *dixou* jamás que me *paresca* a un *coulo*.

Tal como sentí la respuesta en guiri^[31] estallé a carcajadas. El chico había tenido su punto.

—Sigo pensando que eres idiota.

—Te *invitou* a *senar* y lo *discoutimos*.

—No tengo muchas ganas de discutir más...

—Pues no lo *discoutimos*.

¿Era correcto que subiera? ¿No había decidido que no iba a dejarle entrar?

—Sube, no quiero que te deshidrates mientras me arreglo un poco.

—*Thanks*, ha *comensadou* a *jountarse mouxa people*.

—¡Bah! Son todos tan guiris como tú, no se enteran de nada.

No estaba acostumbrada a recibir visitas en mi apartamento y como siempre que las dudas morales me asaltaban, aparecía papá a modo de observador invisible. Resultado, cuando el ascensor se detuvo en la planta mis mofletes ya tenían la tonalidad del rubí... ¡Qué cruz era ser yo!

—Pasa, por favor. —La única manera de disimular iba a ser con chulería y fingiendo normalidad, cerré la puerta una vez estuvo dentro—. ¿Quieres una cerveza?

—*Yes, please*.

—¿Ves esa especie de armario hermético de acero inoxidable? —Asintió dubitativo mientras yo continuaba con mi interpretación—. Es un frigorífico, están dentro. Sírvete tú mismo... y no te preocupes por la luz, se apaga sola.

—Oh, *thanks*... no *lou* sabía. —Entornó las pupilas negando.

—Voy a cambiarme.

Fue un alivio que aquella tarde vistiera informal, así yo a su lado no tendría pinta de recogida ni precisaría de emperifollarme para dar la imagen adecuada.

No tardé demasiado en regresar al salón. Estaba delante de la cristalera de la terraza; la verdad, salir a disfrutar de las vistas de la playa desde fuera casi podría considerarse un suicidio. Contuve las ganas de reírme viéndole beber la cerveza en vaso. ¡Qué delicadito era! Este en Santander no habría llegado al primer asalto.

Sin embargo, nadie podía negar su buena planta y sus modales sofisticados, incluso su carácter seducía, a pesar de intuir en su conducta una pose de aparentar inflexibilidad y autoritarismo.

—Estoy lista —Le avisé calzándome las sandalias.

—*Wow! You look so beautiful*^[32].

—Agradezco el cumplido, aunque no has de esmerarte con los halagos, ambos sabemos que no nos caemos bien.

—A mí me caes bien.

—Oh, vaya... —musité algo cohibida, buscando una frase de disculpa—. Pues tú a mí, no.

Era un seductor de los de libro. Conquistador nato de esforzarse poco, se sentía mecanismo clave en la selección natural para perpetuar la especie, y de ofrecerle la más mínima señal, se mostraría mucho más desinhibido, por lo tanto, sería más sagaz por mi parte mostrar indiferencia a su atractivo o estupidez.

Pues bien, en un giro insólito, mi respuesta le resultó de lo más cómica y se arrancó con unas carcajadas que provocaron las mías también.

Dejó el vaso en la mesita auxiliar acercándose, aunque manteniendo las distancias.

—*Apresiou tú sinseriduad, but esperou hasertue cambiar de idea cuandou nous conoscamous mejour.*

—¿De verdad que no prefieres que hablemos en inglés?

—*¿Te moulesta mi asentou?*

—No, hombre no. —Me irritaba en realidad—. De todo lo que de ti me molesta, el acento ni está en la lista.

—*¿Tienues un listadou?* —preguntaba sin borrar la sonrisa entre canalla y

divertida de los labios.

—Mental.

—Me *encantarúa* que *cambiaura* tu *conseptou* de mí.

—Y a mí cambiarlo.

—¿Nos *marxamous*?

—¿Adónde?

—A *senar*... —Como no supe identificar si era ironía preferí pensar que sí.

—Lugar, Jared... lugar.

—¿Te *gousta* a... *Japanese food*? —Asentí—. He *reservadou* en Minamo.

—No me suena.

—A mí *tampocou*, *bousqué online*.

Salimos y justo debajo del edificio donde jamás hay un hueco para aparcar, aunque pretendieras meterlo de canto, parpadeaban los intermitentes de un exclusivo BMW de alquiler. Ni sopesé la posibilidad de que fuera de algún vecino, sabía a quién le correspondía.

—¿Has sido capaz de dejar el coche aquí?

—Sí, ¿es *malou*?

—Se lo podía haber llevado la grúa.

—Le *comentué* a *the cop* que *solou seruí*a *one moment*.

—Vamos, pagaste la grúa por adelantado.

—No, he *gratificadou* su *amabilidad*.

—Ese idioma lo dominas a la perfección.

—No *crueas*...

El GPS nos condujo hasta la misma puerta del restaurante y como ninguno de los dos sabíamos dónde estaba, el trayecto lo hicimos en silencio escuchando las indicaciones de la voz inglesa remilgada que surgía a través del sistema de audio del vehículo.

Estacionamos justo en la esquina. Sí, a dos pasos. Consideraba hecho irrefutable llegar al destino y aparcar en Barcelona sin dar mil vueltas o soltar la mosca, lo contrario debía de pertenecer al pasado, a la época de los coches de caballos... y él lo hizo a la primera, sin sudar, sin desesperarse, sin gastar combustible de más. Estaba visto que el éxito llamaba al éxito...

—¿Es necesario? —pregunté cuando me ofreció el codo para que pasara el brazo—. ¿Nos darán mejor mesa?

—No te *saldruá* un *sarpoullidou*.

—*Pfff*... no sé yo qué decirte.

Y le tomé del brazo como él esperaba.

El sitio era espectacular, un japonés muy elegante.

El *maître* tras comprobar la reserva —«especial de última hora» según rezaba en el dietario— nos acompañó a la mesa.

La carta era un sinfín de platos con nombres poéticos —siempre que la traducción fuera la correcta— basada en caviar, pescados marinados sin pasar por la plancha, arroz con más pescado y pescado con pescado... Arrugué la nariz, a pesar de los colores y la presentación artística, nada me parecía apetecible, aunque en un japonés ¿qué esperaba encontrarme?

Obviar que el mozo intentaba impresionarme y que en ciertos aspectos lo conseguía, era injusto, no iba a ser tan ingrata de desmerecer la invitación, a pesar de que, para mi gusto, se servía demasiado pescado crudo y era un lugar más adecuado para festejar el primer aniversario de casados o, según el presupuesto, el décimo.

—¿*Estuás* muy *caiada*?

—Suele sucederme cuando no tengo nada que decir.

—¿*Siemprue erues* así de *desagruadablue*? —la pregunta iba asociada a una sonrisa algo cínica, además de tener razón.

—No, la verdad... Contigo estoy a la defensiva.

—*Démonous* una *tregua*.

—Sí, estar tirante es cansado.

—*Good*.

En ese instante comenzó un baile de platos que daban lástima estropearles la decoración. Imaginé al cocinero despidiéndose de su efímera obra con lágrimas en los ojos.

Con aprensión, sujetaba los palillos entre el pulgar, índice y corazón, comprobando cuál podría resultarle menos repugnante a mi paladar. No era veneno ni yo una niña, podría saborearlo o tragar sin más y tomé una pequeña porción de ostras con caviar y aguacate con los incisivos.

—¿Y bien?

—Mejor de lo que me esperaba. —Pestañeó observándome confundido.

—¿No me has *dixou* que te gustaba la *japanese cuisine*?

—Mi relación con la comida oriental no pasa de restaurant wok. Esto es

otro nivel, es distinto, aquí sí me atrevo con las gambas. —Reía comedido y a mí me subió el rubor, no entendía las reacciones de mi organismo avergonzándose de mis comentarios sin necesidad.

—*I adore you.*^[33]

—¿A qué te dedicas?

—*Buenou, hasta hace unous six anios era... uhm... developer?*

—Promotor inmobiliario.

—*Yes, de houteles a skycrapers*^[34].

—Vaya...

—*Pour suerte, antues de que touda la basoura de Lehman Brothers me salpicuara, unous contactous de Matthew nous pouso en avisou y poude coubrime las espaldas.* —Con un suspiro profundo me daba a entender cuánto le costó dar el paso—. *Touve que rueinventarme y asoumir que the earnings*^[35] *no serúa tan substancial.*^[36]

—Vaya, resulta curioso cómo cambian las preocupaciones según el estatus, mientras a unos les agobia no mantenerse en la cresta de la ola a otros con no ahogarnos nos basta.

—¿A ti no te *gustarúa* tener más?

—No soy idiota, aunque no iba por ahí. —Arrugó en entrecejo intrigado—. Es como si a ti te molestara un uñero en el pulgar y yo padeciera un cáncer. —De abrir algo más los ojos le habrían caído rebotando por el entarimado cual canicas—. No me mires así, no he dicho que esté terminal... Me refiero a que te puede afectar verme enferma y empatizar con mi padecimiento, sin embargo, a ti no va a dejar de dolerte el dedo.

—Enid..., sin *animou* de *oufendertue*, ¿qué *hases* tú de *baby sitter*?

—¿No doy el perfil?

—Ni de *modelou*... he *conousido* a *muchias*. —Se me escapó la risa.

—Vaya, que manera más delicada de llamarme fea. —Continué riendo.

—¡Oh, no! ¡*Sorry*... no!

El aprieto en el que se había metido me hizo reír con más ganas, hasta el punto de la lágrima.

—Mi madre fue una modelo muy cotizada, aunque intentó mantenerme apartada de su profesión. Yo, fiel al espíritu de la contradicción, probé el oficio con temáticas menos agradecidas que me sirven para pagarme los caprichos.

—¿Quién es *your mother*?

—Odette Blois —le indiqué su nombre artístico, por el real no la iba a conocer.

—No *recuerdou, sorry*.

—Mi madre falleció hace diez años. Las revistas hace mucho que la olvidaron. —Me observaba sin saber muy bien qué decir.

—*Debíou ser muy difísil*.

—Ni que lo jures... —*musité*—. Hasta ese día había sido una niña caprichosa, quería las cosas y las quería, ya. La culpaba por no estar en casa, jamás valoré sus sacrificios... le llevaba la contra en todo por sistema.

—*Todous nous arrepenimous de desisiones tomaduas de lous diesiseis a los veinte anios*.

—Esos cambios hormonales trastornan el sentido común, aunque si pierdes la oportunidad de demostrarle que tienes mejor fondo, duele.

—*The mothers, salvou exepciones, conousen ese foundo*, además de amar y *perdonarlou todou*.

—Ese es mi consuelo.

—¿*Cómou conouistes a Evelyn*?

—En el peor día que recuerdo haber vivido. —Me sorprendí cómoda compartiendo aquella parcela de mi existencia, ayudaba que se mostrara interesado, y continué—. Los cirujanos hicieron lo imposible por salvar a mi madre, pero sus lesiones eran incompatibles con la vida.

—¿*Un accidente*?

—Sí.

—*Countinúa, please*.

—Después de dieciséis horas de angustia su corazón dejó de latir. Salí de la habitación... ¿Alguna vez has notado el aire denso imposible de tragar? —Quién no, ¿verdad? Él tampoco era una excepción y negó mustio—. Me senté en la escalera de emergencias. Recuerdo llorar y llorar, ni quería consuelo ni palabras, ni abrazos ni gente... quería a mi madre y nada ni nadie iba a conseguir que regresara. No sé en qué momento reparé que alguien más también lloraba en el piso inferior y por pura curiosidad, bajé.

—Evelyn. —Asentí antes de continuar.

—La encontré en un escalón con el porta-sueros al lado y ropa de hospital, desconsolada. Me coloqué a su lado y lloramos ambas.

—Es una *historiua truíste y doura*. —Parecía afectado—. *Io, he de haser esfuersous parua recourdarla...*

—Pues es una lástima, yo no he conocido a nadie con tantas virtudes en un cuerpo tan frágil.

—No *entiendou pour* qué no nos *dijou* nada.

—Por miedo a que reclamarais los derechos sobre los niños.

—*¿You erues professional nanny?* —preguntaba incrédulo.

—No, yo estudié arquitectura.

—*Oh my God! Ahoura* sí que no *entiendou* nada.

—Tampoco hay mucho qué entender. Nos sentíamos desamparadas y nos ayudamos. Ella me ofreció trabajo y hemos vivido muy buenos momentos. No he tenido ni mejor amiga ni mejor modelo.

—Y de *nuevou touvistas* que *enfrentartue* a la pérdida.

—Fue diferente, estábamos preparados. Nos dio tiempo a despedirnos... fue doloroso, pero se marchó en paz o eso nos hizo creer a todos.

—Qué *ridiculous* me *sientou ahoura mismou*.

—¿Sacándome dos palmos? ¡Imposible! —¡Ya estaba bien de tanto drama! El pasado, pasado era.

—*¿Puedou desirte* qué me *provoucas?*

—Ojo, chaval... —Reía de nuevo—. Va, di.

—La *primerua, interués...* El *vestidou* de *ploumas erua espectacoular*.

—Pues a juego llevaba unas alas negras. —Con las cejas y la sonrisa hizo réplica al comentario.

—*Segidou, ruabia... demasiadou diruecta*.

—Soy muy pasota, Jared. Tú tuviste la culpa. —Manteniendo el gesto anterior añadía un fruncido de ceño en apostilla de «*esoiu* no te lo *crues* ni *you*»—. Vale, de acuerdo, si tengo la razón la defiende con contundencia... ¿y ahora?

—Una *mescla entrue* ternura y *admiración*.

—Ni me gusta dar pena ni soy ejemplo de nada, ni especial ni diferente al resto.

—*For me, yes.* ^[37]

—¿No me estarás tirando la caña? —Su expresión de desconcierto fue de *selfie*.

—¡Eh! No te *ruías*... ¿Qué has *queridou desir* con *lou* de la *cania*?

—A ver, Jared... una *fishing rod* ¿para qué sirve?

—*Pescuar*, ¿no?

—Y, si le endulzas los oídos a una muchacha en un restaurante muy selecto ¿qué haces?

—Oh... piensas que estoy *flirting to you*?^[38]

—Jared, de los diez dedos ¿cuál prefieres que me chupe?

Y toda la discreción que había mantenido durante la velada se rompió entre carcajadas.

—Puede que esté *aiananidou* el *terrueno*... aunque, *intentuar algou in this moment, serúa esfuersou* inútil.

—Eres un chico listo.

—*Tampocou e dixou* que no *estué interesadou*.

—Sí, tú puedes estar todo lo interesado que quieras, al fin y al cabo, de no interesarme yo por ti...

—*Iá me dejuaste clarou* que no te *gustou*.

—¡Jo, qué sensible!

—No me *gousta* no caer bien.

—Como a todos.

—No me he *expresadou* bien. No me *gousta* no *caertue* bien a ti.

—Vaya... Aunque por eso no te angusties, a mí lo que hoy no me gusta, mañana podría apasionarme —comenté impasible por no suscitar falsas interpretaciones.

—¿Me *estuás tirandou* la *cania*? —¡Jodío guiri! ¡Anda que no aprendía rápido!

—He utilizado el futuro y el condicional...

—¿Tan *malua impresioun* tienes de mí?

—No seas tan víctima, si realmente no te tragara, esta conversación tan absurda no la estaríamos manteniendo.

—*Well... I give up*.^[39]

—En realidad lo que más te afea es ese ramalazo troglodita de ordeno y mando.

—Pues *parua* mi *desgrasia* y la de *egou*, tú me *goustas* de *manerua exponensial*.

Perpleja le observé durante unos segundos ante lo rebuscado de la expresión.

—Oye, sé sincero conmigo, ¿a ti con las tías te va bien?

—*Pour descontadou* que sí. —Ahí quiso dejar el pabellón bien alto sacando pecho.

—No te ofendas, pero la aritmética y el sexo no conjugan.

El comentario le pilló tragando una porción de pescado bañado en una salsa áspera y se atragantó al reír.

Antes de dirigirse a mí, se limpió las comisuras con la servilleta.

—Enid... —pronunciaba con aire de galán de película—. Jamás en mi *vidua* he *necessitadou* hablar *tantou* para llevarme a una *moujer* a la cama.

—Vaya... después son las europeas las que tenemos fama de facilonas.

—No *hablou solou de ameruicanas*.

—Podrías hacer una tesis sobre la resistencia a tus encantos en las diferentes nacionalidades a nivel mundial... —No me sentía muy cómoda tratando el tema, pero no iba a darle pie a que me tomara por una pazguata.

—No, no *poudría, máximou desir* el *noúmero* de *coupas*... el *estudiou seruía pocuo prácticou* para *otruos individuos*.

—¡Cristo de las Mil Pecas! —Sí, se me escapó una expresión típica de la *iaia*—. ¿Cómo puedes ser tan vanidoso y no repelerte a ti mismo?

Y en realidad, no estaba exagerando, era guapo, adinerado, arrogante y seguro de sí mismo —o eso aparentaba—, cualidades que a priori siempre fueron las más valoradas por las mujeres con poca experiencia o con demasiada.

—¿Y tú qué tal?

—Bien, gracias.

—Va, no juegues al despiste...

—Salgo poco... y ligo poco.

—*Impossible!* Has de *tuener many wooers around u countinualmente*.^[40]

—Como cualquier tía... pero a mí los insectos no me van.

—Me *parese* que *erues demasiadou exigiente*.

—Sé lo que no quiero.

—¿Y qué no *quierues*?

—Estar al lado de alguien por el cual no mereciera la pena hacer locuras.

—Y lo dejas *todou* por mis *sobrinous*.

—¿Hay amor más absoluto que el de una madre a un hijo?

—No lo *creou*. —Me observó fijando sus pupilas en las mías—. Enid... ¿por qué no *valouras voular* conmigo?

—Ves, así es más fácil persuadirme.

—¿Es un *yes*?

—A ver, pesado, ¿cuándo te vas?

—*Cuandou tú diguas*.

—Jared, no me vaciles.

—Estoy a tu *disposisioun*.

—¿Has volado con billete abierto? A ti te va el riesgo...

—No... —Rio—. *Viajou* en el jet *privadou* de *my brother*. —Ya sabía que no eran pobres de solemnidad, pero ¿hasta ese punto? Pestañeeé perpleja y luego me apenó reconocer que el padre desatendía a sus hijos no por falta de medios, sino de interés.

—*Pareses impresionadua*.

—Se me pasará. —No era de justicia pagar el disgusto con él, al fin y al cabo, se preocupaba por el bienestar de los mellizos.

—¿*Vendruás conmigou*?

—Me asusta pasar tantas horas de vuelo juntos. —Le haría sufrir, se lo tenía muy creído.

—¿Temes que al *fainal* te *gouste demasiadou*?

—No, es más la sospecha de que despresurizaré el avión intentando lanzarte por el ventanuco.

—*Muchiou ratou pocou espasio*.

Se le escaparon las lágrimas de la risa, a mí me contagiaba de su buen humor y acabamos riendo ambos.

Dimos un espectáculo inadecuado para aquel lugar tan selecto.

—Si es *precisou* me *enserrarué* en el *banio*.

—Ahora me has convencido. —¿Cuándo iba a tener la oportunidad de volver a viajar en un vuelo privado? No aparecían conocidos con ese caché como termitas al arrancar la corteza de un árbol.

—Venga, Enid... en *seiriou*. Es más *comoudo* y *rápidou*... Es lo *mínimou* que te *mereses* por la *aiuda* con los *ninios*.

—Jared, te lo he dicho en serio, y no en pago por un hipotético favor, sino porque me apetece acompañarte.

—*Oh, well! ¿Maniana qué hases?*

—Debes de tener un tímpano perforado, o los dos.

—Sé que has de *solucionuar papeleou...Solou* que me *goustaría* pasar el día *contigou*.

—No sé, Jared...

—*Me atruaes, quierou conoucerte mejour... ¿qué hay de malou en esou?*

—*You're going all out!*^[41]

—*Cualquierua diruia* que te estoy *pidiendou* pasar la *nouche jountos*.

—A este ritmo... te doy un día más.

—*Tú lou* has *dichiou antues, dous no folian si unou no quierue*.

—Vaya... no recordaba haberme expresado con tanta «elegancia». —Alzó las cejas pícaro—. A ver, ¿dónde quieres ir?

—A Euro Disney.

—¿Perdona? Chico, ¿tomas drogas? —Se lo solté entre risas, aunque era para planteárselo.

—¡No! —exclamó ofendido, debía de controlar mis expresiones, la mordacidad entre idiomas podía dar lugar a malentendidos—. *Estamous relativamentue serca*. Me *encantuan* las *atracciounes*.

—No tentaré mi suerte metiéndome dos veces en un avión contigo, por muy breve que sea el trayecto. —Negó elevando la vista al cielo—. A ver *gigoló...* te cambio París por Salou ¿qué dices?

—¿*Hay montania rousa?*

—Unas cuantas... Le faltan princesas, eso sí.

—Si me *acompanias* no *nesesitou* más *prinsesas*.

—Jared, no lo estropees.

—Me *goustas...* —manifestó despreocupado saboreando el postre.

—Tú, a ratos.

Acabamos de cenar mientras concretábamos a la hora que pasaría a recogerme al día siguiente. Le recomendé evitar la camisa y los pantalones de pinza, también fui drástica con el tema de los calcetines combinados con las chanclas, ya que se arriesgaba a caminar descalzo de atreverse a aparecer así.

De vuelta fui indicándole cómo llegar a mi apartamento evitando las zonas

conflictivas y una vez en el destino, estacionó en el mismo espacio prohibido.

—Pues sí que te da a ti el soborno de sí.

—Las *cousas se hasen* bien o no se *hasen*.

Me acompañó como todo un caballero hasta la puerta del edificio. Yo, algo azorada, metí las manos en el bolso con la idea de sacar las llaves a la primera, una ilusión figurada, ya fuera grande igual a un cesto o pequeño cual monedero, jamás lo conseguía.

Sujetándolo con la rodilla, yo meneaba el brazo dentro como removiendo garbanzos en la olla. Saqué el móvil, la cartera, los *cleanex* y se los fui dejando entre las manos mientras mi cara comenzaba a enrojecerse mezclando bochorno y rabia al cincuenta por ciento. Por fin aparecieron cantarinas escondidas en un pliegue del forro, riéndose de mí como lo hacía el yanqui.

—Podrás quejarte, te has desternillado de mí toda la noche.

—Tú *tampouco te lou has pasadou* mal del *todou*.

—He disfrutado tanto de la compañía como de la cena, muchas gracias.

—¿Te *apetese duar un paseou* por la *plaia*?

—Debes de pensar que soy una morena con personalidad de rubia...

—Me *oufendes*.

—Jared, no voy a dar un paseo por la playa contigo ni voy a invitarte a subir.

Sonrió con suficiencia canalla, seduciéndome con ella y apunto estuve de dejarle entrar... Pero ¡no! Debía de actuar con sensatez, de lo contrario me complicaría con un tipo cargado de billetes y de arrogancia.

Me acerqué a darle un beso cordial, eso podría permitírmelo, e inocente posé los labios en su mejilla. Entonces, de manera inesperada me tomó de la cintura soldándome a su pecho.

Y, si en las distancias cortas es dónde un hombre se la juega, normal que se supiera triunfador. Aquel aroma empolvado de notas transparentes y etéreas, con algún toque almizclado muy sutil, activaba la memoria olfativa asociándolo al frescor de la ducha matinal. Imaginármelo tras la mampara frotándose la cabeza me acaloraba y no mejoró la sensación percibir el movimiento de sus pectorales unido a su mirada intensa.

—*Toudo* tus desplantes *solou counsiguen aumentuar* mi *deseou*.

—El agua de la playa por la noche tiene la temperatura ideal para relajarte un poco.

—*Lou doudo*. —Y se acercó hasta mi oído en un tono demasiado sugerente —, *but... I don't want to fuck it up with you...* ^[42]

El aire de sus palabras me hizo espeluscar. Estaba convencida de que él podía sentir los latidos de mi sien.

Recreándose, me besó en la mejilla con la ruin idea de que percibiera la calidez y humedad de sus labios y fuera consciente de lo que me perdía rechazándole.

—*Maniana pauso a la hora acourdada*, ¿OK? —¿Era imprescindible seguir usando ese tono sensual y masculino?

—Sí, siempre que me sueltes para que pueda subir a mi casa.

—*Good night*, Enid.

Dejó mi cintura, sin embargo, ni yo di un paso atrás ni él se movió un milímetro.

—Buenas noches, Jared.

Sin más ceremonias, giré sobre mis talones pasando al vestíbulo desde donde me despedí agitando la mano ya a salvo de mis instintos sicalípticos.

Dentro del ascensor, aliviada tomé aire por atemperarme.

Debía de hacer valer mi prudencia por muchos atributos que poseyera. De quedar todo en una noche de placer los tres meses de después serían bien tensos, y de alargarlo nos deberíamos encontrar a escondidas, que mirándolo fríamente, aún era peor.

No estaba dispuesta a experimentar con más relaciones esporádicas. Había decidido ordenar mi vida y bastante me desviaba del plan trazado como para añadir más enredos.

Sin embargo, tumbada sola en la cama me pregunté si lo haría todo con la misma pericia revelada en apariencia.

La edad parecía haberme transformado, justo cuando podía disfrutar del sexo sin pretextos ni justificaciones, me ponía límites y censuras.

—¡Ay, mami! ¡Con lo mal que te lo hice pasar? ¿Qué me dirías ahora? ¿Hablaríamos de esto? ¿De qué hablaríamos?

Con las lágrimas cayendo dentro de los oídos comprendí que de estar ella viva nada de todo aquello habría sucedido.

Ni conocería a Evelyn ni a los mellizos ni habría vivido diez años medio recluida estudiando con empeño durante las pocas horas que reinaba la paz, por no pensar en ella ni sufrir con mis remordimientos.

Y con la cabeza tan revuelta como mi conciencia, me dormí, intentando encontrar respuestas a todas aquellas preguntas mal formuladas.

SENTIMIENTOS



INESPERADOS

La alarma del despertador insistió de nuevo. La había aplazado tres veces y de seguir retrasándola diez minutos más, Jared acabaría por pillarme en bragas, y no en el sentido figurado de la expresión.

Reflexionar a según qué horas de la madrugada no era bueno, a mí me robó horas de sueño que el organismo en aquel momento reclamaba y no me levanté a tomar alguna bebida alcohólica para mitigar las penas, por suerte. Ve tú a saber de qué guisa habría amanecido.

Me arrastré hasta el baño y mi reflejo gritó espantado. La ducha aquella mañana a la par de necesaria, era imprescindible.

Me enjabonaba la cabeza furiosa conmigo misma, ¿a santo de qué me preocupaba tanto causarle buena impresión?

Nunca le di la menor importancia a mi aspecto, sabía cómo era y sabía el efecto que causaba, una fascinación que se desvanecía tras un par de comentarios mordaces o después de manifestar un desinterés ostensible por mi

parte. Sin embargo, ahí estaba, indecisa delante del armario, buscando prendas adecuadas con las que la sociedad cotilla no se figurara que me había recogido del contenedor para la materia orgánica.

Habíamos pactado indumentaria cómoda, y si mal no recordaba, tenía sin estrenar una falda tipo tenis con pantaloncito incorporado y una camiseta de tirantes de una marca deportiva exclusiva con las que podría dar el pego.

Estaba acabando de peinarme cuando sonó el interfono.

—¿Sí?

—*Io*.

—Buenos días, *io*. Sube, por favor.

Le dejé la puerta entornada, entretanto, acabé de introducir las cuatro cosas que supuse indispensables en una minúscula mochila. Sus nudillos dieron un par de toques antes de entrar.

—Pasa, estoy lista. ¿Has desayunado? —Imaginé que sí, mas por educación debía de ofrecerle un café con galletas, lo único que tenía.

Escuché cerrarse la puerta, pero nadie respondió a mi pregunta y me angustié pensando quién podía haberse colado en casa. Me volví como acto reflejo al miedo y era él, que estático como un pasmarote, o bien me observaba a mí o buscaba musarañas. Por curiosidad, giré la cabeza por si había algo en la pared del fondo con tanta capacidad de maravilla, y nada, era un tabique sin cuadro... vamos, ni un rayajo había en él.

—¿Me he perdido algo? —Repasé en un vistazo rápido que no hubiera dejado nada impúdico al aire, de todos era conocida la doble moral americana —. Jared, al parecer, tú también has dormido poco.

—Verte *coun el cabeliou sueltou* me ha *souprendidou*. —Sí, de acuerdo, debía de pasar por la peluquería, pero tampoco era para tanto.

—Te voy a dar un consejo, deja de fumar cosas raras, no te sienta nada bien.

—No *fumou*, ni *tomou drugs*... hay *algou* en ti tan *atraiente*...

—Sé que estoy muy buena, tú estás tremendo. Ahórrate esta tontería de la atracción física... ¿Has desayunado? —insistí como una abuela.

—¿*Crues* que *solou intentou sedusirtue*?

—¿No?

—No es mi *estilou pasuar* por *asshole*^[43] *deluante* de una *moujer*... y ya he *desaiunado*.

—Pues marchémonos. ¿Prefieres que conduzca yo? Es peligroso deslumbrarse al volante. —Me lanzó las llaves del despampanante descapotable de alquiler.

—*Disfroutarué de las vistuas.*

Cual galán de dos siglos atrás, abrió de nuevo la puerta aguantándola para que yo la cruzara primero y después colocó su mano en el centro de mi espalda para guiarme.

Al llegar a la calle el coche estaba de nuevo aparcado en la zona prohibida.

—Por lo visto, la grúa no debe de estar homologada para arrastrar vehículos en función del emblema que luzcan.

—*It's a matter of class.*

—¿Cuestión de clases? ¡Ja! Es una cuestión de morro.

Tomamos la Ronda del Litoral dirección a Tarragona. Saliendo de la ciudad la autopista ofrecía pocas distracciones visuales.

Creí oportuno entablar una conversación con tal de hacer más ameno el trayecto, aunque tampoco sabía qué preguntar sin dar la imagen de cotilla.

Encontrarme en esa situación era habitual, me importaba tan poco la vida de la gente que prefería responder a iniciar la charla.

—¿En qué *piensaus*? —esa era una buena manera de romper el silencio. Me la anotaré para una próxima ocasión.

—Pues en qué decir para no seguir callados hasta Vilaseca.

—*Erues muy sinserua.* —No evitó reír el comentario.

—Tan sincera como cualquiera que no tiene nada que ocultar, aunque te advierto, si he de mentir para salvarme de la quema, lo hago y sin pesar.

—*Wow! ¿Y siempreu dises las cousas tal comou saluen?*

—Según, por cortesía banal también suelo mentir. ¿Y tú?

—*Buenou... mientou poco, excousas típicas, si llegou tarde, si debí haser algou...*

—No iremos al infierno por eso.

—*Esperou.*

Resté pensativa por un instante, podríamos hablar del tiempo o de mil cosas triviales, sin embargo, yo necesitaba respuestas para saber a qué me atendería una vez aterrizáramos en Filadelfia y por fin me decidí.

—¿Puedo preguntar por tu familia?

—Puedes *pregountar lou que quieruas.*

—¿Con quién están los niños?

—Con *my mother* y el servicio *doumésticou*.

—¿Cómo es tu madre?

—Es una *moujer cariniosa, siempvue sonruie*. *Nounca* eleva el *tonou* y *esou* la *hase pareser déubil, but... solou escaupa* de *lous counflictous*.

—Por eso Isona se muestra irascible, su abuela materna era ejemplo de rectitud y genio, con la única que alguna vez demostró no ser de hierro colado, fue conmigo, y créeme, aún no sé por qué.

—A ti no *poudía douninarte...* —Me encogí de hombros.

—¿Y tu padre? —Tensó la mandíbula mientras se recolocó erguido en el asiento, había tocado un tema escabroso—. Jared, era curiosidad... no es necesario que me contestes si te es incómodo.

—*He's a goddamn bastard*^[44] —siseó.

—Ajá, entendido. —Por si su expresión corporal no me lo había dejado claro, a partir de ahí me daba por enterada sobre qué no debía de preguntar.

—*Abandonou a my mother* en el *peour moumentou*. Se *despreocupou* de *nousotrous* y tiene *otrua family*.

—Ya. —Ahora me arrepentía por no haber preguntado sobre el clima en Pensilvania.

—*My mother perdiou mouxas cousas impourtantes parua eia pour maintenir* el *status*.

—Puede que de haberse quedado tu padre, hubiera sido peor.

—¿*Cómou dises semuejante barbaridua*d?

—Solo daba mi opinión.

—Es *fásil oupinar* sin *counoser*.

—Y también es más fácil ser objetivo... ¿O es que tú te atarías el resto de tu vida a alguien a quien no amaras? Yo no, desde luego.

—No es el *casou*.

—Vale. —A mí los trapos sucios de su familia me tocaban un pie, todos teníamos ropa por lavar.

—No vale... —¡Jesús, qué personaje!

—Pues no vale... ¿Quieres la razón? Pues toda para ti, tu padre es un hijo de puta en mayúsculas, subrayado y en negrita itálica.

—Se *olvidou* de sus *hijous* y *sustituió* a *my mother pour otrua couriente...* sin nada *especial*.

—Eso es lo que tú te crees. —No iba a abrir la boca, pero consideré vejatoria la inflexión en la palabra «sustituyó» y «corriente».

—Esa *moujer* no le *alcansa* a la suela de *lous sapatous*.

—¿Y no es así como piensan todos los hijos de sus madres? La tuya podrá tener mil cualidades, sin embargo, debía de faltarle alguna.

—Es un *coumentario crouel*.

—Todos podemos llegar a ser muy importantes para otra persona por poco especial que le parezcamos al resto...

—*Roumantisismou baratou*.

—Probablemente así sea, no obstante, piénsalo, en una frase cualquiera, una minúscula e insignificante coma es capaz de cambiar todo el contexto.

Silencio.

Y como ninguno de los dos parecía tener prisa en iniciar otra charla, opté por sintonizar la radio.

—*Estue* tema es *taboo parua* la *family*. —Suspiré encogiéndome de hombros—. ¿No vas a *desir nada*?

—No.

—*Io preferou* que sí. —Buscaba cómo no herir susceptibilidades. Todas las guerras comenzaron con palabras—. ¿Enid?

—A lo peor ese silencio os debe explicaciones.

—*My brother* y *io pruometimous retourner* a *my mother todou lou perdidou*...

—¿Y eso lo sabe ella?

—No, *perou* la *haruiamous* muy *felís*.

—Deberíais comunicaros más entre vosotros.

—¿*Pierdouna*?

—Decidís enterrar el pasado cuando dirige vuestro futuro y dais por sentado que vuestra madre necesita un sinnúmero de bienes materiales añejos que podría ni recordar, mientras os paseáis por el mundo en aviones privados... es algo incongruente, la verdad.

—*Segoún you*, ¿*debemous counformarnous* *pourque* la *fourtuna* no *nous abandonou*?

—Debéis disfrutar del presente porque mañana es una incógnita y te veo muy resentido a la par de obsesionado, intentando que vuestro padre sepa lo bien que os ha ido solos, cuando a él eso debe de tocarle un pie. —¿No había

decidido ser suave y contenida? No aprendería jamás.

Ahí se zanjó el segundo intento de diálogo. Sintonicé el dial en una emisora musical y fui tarareando las letras hasta llegar al parque de atracciones.

Me detuve en el acceso al parquin y mientras yo buscaba en mi mochila la cartera, él se adelantó entregándole la tarjeta a la cajera por encima de mí.

Sin pensarlo le empujé devolviéndolo a su asiento, ofendida en realidad.

—Disculpa —avisé a la empleada—, ¿me devuelves la tarjeta? No tiene saldo.

—Enid... *¿perou* qué...?

Extendí la mano con un billete por fuera de la ventanilla y ella me facilitó la tarjeta. Tras entregarme el cambio, entramos.

—¿A qué ha *venidou esou*? —La indignación marcaba los puntos de los interrogantes.

—Vamos a dejar las cosas claras. Me parece de fábula que te salgan los dólares por las orejas, pero si tú has pagado los peajes a mí me correspondía el parque.

—Tú no tenías *previstou* venir aquí hoy.

—Si no hubiera podido te habría dicho que no.

—La idea de *venir* fue mía, así no se te *oucurrea desir* que no *funsona* la *credit card*, ¿OK?

—Eso escuece, ¿eh? —con el tono de burla añadí un codazo suave.

—Enid.

—Yo pago las entradas y tú la comida.

—*And supper*.

—¿Cena? ¿Vamos a pasarnos aquí todo el día? —Resoplé. Me veía montando hasta en las atracciones infantiles.

—De haber *viajadou a Paris*, *habruiamous senadou jountos*.

—Vale, consiento.

Mientras maniobraba para aparcar en batería, él se frotaba las manos como un niño travieso.

—¿*Vamous a divertirnous*?!

—*Of course*.^[45] Letra K número once, amarillo... ¿Nos acordaremos?

Miró a su alrededor localizando algo que pudiera servir de referencia y tuve la certeza de que, pasados diez minutos, ninguno de los dos recordaría ni

el color. Por evitar el mal rato de buscar cuando solo tienes ganas de marcharte, saqué el móvil para tomar una fotografía del poste con los indicativos.

—Quien no tiene memoria tiene pies, y créeme, cuando salgamos desearemos huir.

—Muy *pràcticou* —afirmaba riendo—Una *cousa* más.

—Dime la cosa...

—*Nous mountaremous en todou...* sin *excousas*.

—¡Ay, Jared! Pero qué poquísimo me conoces.

Para mí, el mapa del parque no suponía desafío alguno en comparación a cómo le daban vueltas otros visitantes. Los chicos y yo solíamos ir un par de veces al año e incluso aquellas pasadas Navidades nos acompañaron mi padre, Amaia y Edith, que estuvo enfurruñada por no poderse montar en las atracciones con Joel, del que se consideraba discípula. ¡Demos gracias que se veían poco!

Dispuestos a divertirnos, tracé un recorrido de horarios para no perdernos los espectáculos más interesantes evitando aglomeraciones en los teatros, a la par que subíamos en las atracciones de cada sector temático.

Estuvo encantado en dejarse aconsejar y guiar, de hecho, parecía otro tipo, menos endiosado, uno de ni más ni menos treinta años con el ánimo de un hombre de treinta años disfrutando como un niño de diez. Yo me sumé, a mí a niña no me ganaba ni mi hermana.

No hubo trasto en el que no montáramos, la pulserita de pase *Express Premium Gold* nos permitía hacerlo de forma ilimitada, en primera fila y sin esperas, ante las miradas envidiosas de otros obligados a seguir el zigzagueo reglamentario.

Ingenuos buscábamos los trucos en las funciones de magia, y nos maravillamos con los funambulistas y sus acrobacias.

Sobre las dos de la tarde, algo cansados decidimos hacer un alto y llenar la tripita. Le dejé escoger, Port Aventura podía tener infinidad de atractivos, pero por la calidad de sus platos no sería reconocida jamás.

—El *Far West* *estúa fatal mountado...*

—Te ha tocado la fibra patriota. —Reí su indignación—. Lleváis zurcido a la piel los emblemas más tópicos de vuestra cultura, cuando la mayoría de las películas clásicas del lejano Oeste se filmaron en el desierto de Almería...

—In *Spain solou se rodaroun lous Spaghetti Western...* —Disfrazó con displicencia mi burla.

—No restes valor a la carrera de Sergio Leone.

Nos dejaron los platos, y de todos es sabido que en la mesa, palabra que se dice, bocado que se pierde.

—Enid...

—Sí...

—*Estouve bouscando infourmasioun sobre your mother, erua una moujer muy belia.*

—No había nada en ella ni de menos ni de más. Era perfecta.

—No os *pareseis*.

Arrugué el ceño parpadeando, y seguido comencé a reír.

—*Oh, no! Devilish lenguaje!* ^[46]—exclamó azorado—. No me *malinterpruetes, please. Your mother era presiousa, but su beliesa era clásica... You... you're a spectacular woman.* ^[47]

—¿Así pretendes arreglarlo? —Nos sonreímos.

—Una *miradua tuia* y es *impossible sacuarte* de la mente.

—Herencia paterna, o ¿cómo crees que un chaval de veinte años conquisto a una *top model* de veintiocho?

—*Wow!*

—Se conocieron por casualidad. Mi padre trabajaba como botones en el turno de noche para pagarse la carrera y se quedaron encerrados en el ascensor unas horas durante una tormenta.

Hacía mucho que no hablaba de mis padres como pareja, tenía de ellos tan lindos recuerdos, que me dolía no poderlos compartir. Sonreí a Jared en agradecimiento por escucharme.

—¿*Sabues?* Tienes *rasoun...* me has *dichou cousas* que no *goustan, but...* son *siertas* aunque sea *douro escucharlou*.

—Bueno... no soy nadie para dar lecciones ni opinar sobre la vida de otros.

—*Io te lou peudí.*

—Jared, no te he descubierto nada nuevo.

—*No, but, hear it out loud...* ^[48] *te hase aseptar* que las *cousas* no *eruan comou te imaginuabas* de *ninio*. Me *encantarui*a *pouder retrouceder* en el

tiempou.

—¿Para?

—*Bouscaria la fourma de animar a my mother parua que intentarua ensender la iama entre eia and my father...* —Suspiró concentrado en el plato —. *Soupongou que, rodeadou de ninios sourgen ideas infantilues. ¿Nou te pasua a ti equal?*

—No. —Mi negación lo descolocó.

—¿No *daruias lou* que *fuera* por *recuperuar a your mather*?

—Entonces ¿cómo hubiera conocido a Evelyn y los mellizos? Mi padre no se habría fijado en Amaia y mi hermana no habría nacido... y ni tú ni yo estaríamos aquí hoy. —Tragué saliva, hablaba muy convencida de algo que me había costado mucho asimilar y aún era doloroso admitir—. Jared a mí me encantaría poder hablar con mi madre, sobre todo, para decirle que la quiero. Pero, de tener la posibilidad de regresar al pasado, consciente de todo lo sucedido desde el día que falleció, no, no lo haría.

Buscó mi mano por encima de la mesa, yo necesitaba ese contacto humano, y no me planteé si era correcto o imprudente, simplemente lo acepté.

—*My mother dise que Isona ha heredadou el caruacter de Matthew... perou... No way!*^[49] *Es comou you.*

—Pues, como tengas razón... ¡Qué dios nos coja confesados!

Recorrimos el parque de nuevo siguiendo el itinerario establecido tras la parada de la comida, y ya cansados del ajetreo y tanto impacto sonoro y visual, nos recogimos en la zona de la Mediterránea para cenar en un espacio menos alborotado.

Nos dio tiempo a explicarnos aficiones y anécdotas, batallitas y ridiculeces que solo se confiesan cuando el ambiente es propicio. Jared consiguió con su atención obtener mi confianza.

Cuando quedaba una hora para que el parque echara el cierre, nos dirigimos al astillero donde un murete separaba la playa artificial de unas barcas de pescadores, y nos sentamos en él a la espera de que diera comienzo el baile de chorros de agua iluminados con focos de colores al ritmo de la música.

—*¿Estuas cansada?* —Deshecha.

—No podría precisar con palabras cómo me siento.

—*¿Prefierues que condusca io?* —Giré el cuello al más puro estilo

muñeco de ventrílocuo y pestañeé con la misma intensidad.

—Jared, es que ibas a conducir tú. —Perdió la compostura entre carcajadas.

—*Estou no es buenou...*

—¿Por? ¿Piensas que te dormirás al volante? Estoy convencida de que ese coche tiene un dispositivo evitándolo. Una alarma sonora o directamente una mano con la palma bien abierta saliendo del salpicadero que te arrea un bofetón y te espabila. —Esa memez la reímos los dos.

—Enid... me *goustas* y no *solou* por el *fisicou*, *esou* es lo que no es *good*.

Nos observamos en silencio, ambos esperando unas palabras que no llegaban.

De repente, la música del espectáculo del mar de pega dio inicio y dejamos de mirarnos para contemplar aquel juego de luces, cada cual pensando en lo mismo de manera distinta.

Hasta aquella mañana creía que el tipo solo me consideraba un revolcón más, un teléfono en una agenda olvidada, un rato de placer... y me intrigaba descubrir quién era Jared en realidad, aunque a la vez, lo temía.

Al concluir la exhibición, los visitantes fueron desfilando, igual a las manadas de ñus durante las migraciones, hacia la salida. Yo me levanté para unirme al éxodo y en ese instante me tomó de la muñeca tirando de mí y caí sentada sobre sus piernas.

No hubo aviso ni flirteo, ni señal previa que me advirtiera de sus intenciones. Sujetó mi cara con ambas manos en un movimiento hábil y preciso, y sin más, me besó.

¡Y qué beso!

Aquella reacción inesperada me paralizó unos segundos. Imaginé que al llegar a la puerta del apartamento buscaría mi boca en lugar de la mejilla, y no iba a rechazarlo. En cambio, para la calidez de sus dedos en mi nuca, las caricias de sus pulgares en mi rostro, sus labios sobre los míos y su lengua haciéndose hueco para jugar con la mía, no..., para eso no estaba prevenida.

Y, puestos a recibir, ¿no es lo correcto ofrecer?

Pues eso hice, y nos sobrecalentamos intentando uno ganar espacio en la boca del otro.

No sé cuánto pudo durar, pero para cuando nos separamos la marabunta

había desaparecido y solo los rezagados se apresuraban a salir.

—Deberíamos de marcharnos. —Susurré antes de darle el beso de cierre.

—*Stay with me tonight.* ^[50]

—No puedo. —Era difícil negarme con sus labios rozando los míos.

—*What's stopping you?* ^[51]

—Mi conciencia, Jared.

—*I know you like me.* ^[52]

—Tú no eres un tipo cualquiera que he conocido en una noche de desfase. Eres el tío Jared y has venido pidiendo ayuda para estructurar la conducta de unos niños confundidos por los cambios. Debemos de ser adultos, contener nuestras intemperancias...

—*Well what?* ^[53] —Se separó disgustado, pero no cambió el tono seductor.

—Conozcámonos mejor, comprende que iniciar algo sin fundamento y fugaz creará incomodidad entre nosotros, y yo necesitaré sentir el apoyo de alguien en Filadelfia, porque voy a estar sola.

Se acercó de nuevo a mis labios con más ternura que pasión, y no sabría decir si me gustó más el sabor de aquel beso al anterior.

—*Well, lou haremous a you manera.*

Me levanté de su regazo y de la mano salimos del parque sin demasiadas prisas. El agotamiento ya hacía mella en ambos y aquello unido al runrún de pensamientos particulares, silenció nuestro módulo de voz.

Era tan tarde y había ya tan poca gente, que el coche lucía solo bajo la espectral luz de los focos.

Al abrir mi puerta no me tiré en plancha por problemas de espacio, sin embargo, me acomodé reconociéndome mala copiloto ya que iba a dormirme antes de salir del estacionamiento.

Jared trasteaba con el navegador mientras sonreía y negaba a la vez. Me picó la curiosidad.

—Cuéntamelo y así nos reímos los dos. —Se me escapó un bostezo de roedor con el que enseñé todas las muelas y la campanilla. El cansancio inhibía el decoro.

—*Erues la única moujer que me ha rechiasadou dos veses.*

—A lo mejor un día me coges con la guardia baja... —Otro bostezo.

—*Estou no es buenou...* —Y de nuevo rio negando.

Y como había pronosticado me quedé grogui antes de abandonar el parquin, e incluso tuve tiempo de soñar con un espacio sicodélico lleno de colores y formas abstractas, caminando lenta sin dirigirme a ningún lugar en concreto, no obstante, era consciente de que llegaría al destino sin saber qué era ni dónde estaba.

Había sido uno de los mejores días de aquel verano. Podría no ser justo afirmarlo tan a la ligera, más teniendo en cuenta lo divertido que fue estar con Asier, pero, salvando las distancias íntimas, disfruté como nunca.

De nuevo el puzle se desmoronaba y temí que al final de tanto poner y quitar piezas, alguna se extraviaría, cuando para mí todas eran igual de importantes.

LOS PRESCOTT



Dos semanas bastaron para poner en orden todos mis asuntos, y aquel hecho me dio para formular un silogismo categórico:

- 1.- Llevaba una vida muy ordenada.
- 2.- Tenía pocos asuntos que ordenar.

Por lo tanto, en mi vida no había asuntos.

Le comuniqué a Sandrine dónde podría dar conmigo si surgía alguna sesión interesante y con la editorial actué igual.

Como era de suponer, no se opusieron. La fotógrafa disponía de contactos en Nueva York además de una cartera llena de modelos de perfil similar al mío, y a los editores solo les interesó que los textos traducidos se entregaran dentro de plazo, que se los enviara desde España o Swazilandia les era indiferente.

Parecía que todo a mi alrededor estaba orientado a facilitarme la partida, en cambio para mí era desconcertante, no tanto por el giro inesperado que hacía mi vida, sino al desconocer dónde me metía en realidad. Jared me había demostrado todo cuanto se podía conseguir a golpe de talonario, y sin

intención de menospreciarlo —¿a quién le amarga un dulce?—, me angustiaba no dar la talla.

—*¿Estuas nerviusa?*

—Preocupada.

—*¿Pour el viajue?*

—Más bien por lo que me espera al aterrizar.

—*Deberuías queduarte con nosoustruos, serúa more sensillou... no counoses la city...*

—Jared, me cansa discutir temas zanjados.

—Okey.

—He estado mirando algunos cursos interesantes. Podría aprovechar estos meses para darle brillo al currículum.

Extendiendo la mano tomó el iPad con la información que Patricia, la hija del colega de mi padre con una beca de investigación en la universidad de Filadelfia, me había enviado.

—*Estue parese interuesante... Territorial Administration, Town Planning and Environment*^[54].

—Es un doctorado, son tres años. Además, uno no puede doctorarse dos veces en la misma especialidad.

—No me *lou habiaus dichou* —manifestó levantando la vista de los papeles.

—No me lo habías preguntado. El caso es que debo buscar algo más breve, sin tesis ni exposiciones ante jurados.

—Tienes *very claruo* que *solou seruan three months*.

—Pasaré las Navidades en Santander con mi familia.

Fui rotunda, era un plazo adecuado y lo cumpliría.

Una auxiliar de tierra se aproximó amable informándonos de que todo estaba previsto para embarcar.

Nos dirigimos a la pista. Allí un vehículo nos condujo hasta otra apartada de los vuelos comerciales y donde esperaba un avión pequeño, comparándolo al resto de aeronaves, junto a la tripulación que nos dio la bienvenida con un grado de cordialidad que lindaba al afecto.

A las diez de la mañana pusimos rumbo a Pensilvania.

—*Tenemous algou more de dies hours de vuelou...*

—Y retrocederemos en el tiempo...

—Yes, *llegaremos pasuadas* las dos. En cola hay un par de *dormitourious*...

Con mi ceja enarcada le di a entender lo que pensaba de su insinuación. ¡El tipo no perdía la oportunidad!

—Puedo dormir aquí, estos asientos son bien cómodos.

—Era una *sugerensia*. —Continuaba seduciéndome con su mejor media sonrisa ladina y sexi...

Y tuve la sensación de que no tardando demasiado iba a pillarme despistada o con la guardia a la altura de las rodillas y caería... ¡Qué débil somos las mujeres ante una sonrisa bonita!

—Ya me conozco tus *sugerensias*...

—No *insistirué*.

—Mejor, así no se me hará el vuelo tan pesado.

Negó realizando un guiño cómplice y jovial.

Durante los días precedentes al viaje descubrí en Jared a un hombre distinto, alejado del lugar donde yo le había encasillado. Era atento, algo sobreprotector, amante del detalle y de humor inteligente.

Le comparaba continuamente con Asier y lo cierto era que ambas personalidades se cruzaban, compartiendo algunos rasgos de carácter muy típicos en los «machos alfa».

Fueron dos semanas donde batí mi récord de invitaciones a cenar, a almorzar... a salir, y contribuyó a que entendiera cómo se estructuraba su familia, su profesión... su vida en general, sin embargo, del Chivo Sagrado, hablamos lo justo e imprescindible.

Por lo visto el tal Matthew seguía en Inglaterra con su prometida, ultimando los detalles para su enlace en la próxima primavera.

La tirantez entre ellos era evidente, a pesar de disimularla tratando de describirme a un tipo comprometido con el trabajo y con su familia —en ese orden—, en la cual sus hijos no parecían contar. Yo traduje de sus palabras algo de pelusilla, tampoco le di importancia, entre Joel e Isona había muchísimo amor fraternal, sin embargo, no se soportaban.

Yo jamás me había visto en la necesidad de competir por la atención y el cariño de mis padres, eso me apartaba un poco de aquellos sentimientos tan ridículos.

Jared era un encantador de serpientes y yo estaba a punto de sacar la

cabeza fuera del cesto, no obstante, seguía sin experimentar nada que marcara la diferencia, nada diciéndome «Enid, ahí tienes al amor de tu vida...».

También existía la posibilidad de que careciera del gen para volverse ciega, sorda y muda... imposibilitada para reconocer si era «el elegido».

Eché a faltar a Evelyn, con ella me sentía cómoda compartiendo mis inquietudes y solía aconsejarme, a pesar de ser solo dos años mayor que yo, aunque con una sabiduría propia de alguien con grandes fracasos a sus espaldas.

Las horas surcando el cielo comenzaron a resultar lentas. En un inicio fue ameno compartir bromas con Jared, después hubo de ocuparse de temas profesionales y yo seguí en mi anhelo de sacarle provecho académico al tiempo que iba a destinar a fortalecer los lazos entre Isona y el resto.

En realidad, aquel empeño solo estaba llamado a autoconvencerme de que no estaría tocándome las narices tres meses de mi vida.

—*¿Has encontradou algou interesuantue?*

—Me gusta este, *Master's degree in Architectural and Environmental Acoustics*^[55]. Es semipresencial y está reglado con los estudios europeos.

—*¿Esou es impourtante?* —no sabría decir hasta qué punto Jared se hacía el tonto o lo era.

—Son dos semestres, si no lo acabo aquí, puedo finalizarlo desde alguna universidad europea concertada. Aunque, *¡Uff!* Aquí la matrícula es el doble...

—*Io te lou regalou...*

—No, puedo costeármelo.

— *Enid, you're tremendously stubborn*^[56]. —Negando retomó sus papeles.

—*¿Esa impresora tiene Wifi?* —El pestañeó ofendido—, dame la clave...

—*¿Te has desididuo?*

—Sí, presentaré la solicitud directamente en la universidad, al ser extranjera no se acepta la firma digital para la presentación telemática.

Seguimos conversando un rato hasta que recibió una llamada y yo retomé una lectura atrasada de un anecdotario médico escrito por un colega de mi padre.

Una caricia en la mejilla me sacó del duermevela y encontrarme la cara de Jared a escasos centímetros me sobresaltó.

—*Discoulpa, no pretuendia asoustarte.*

—No pasa nada.

—Es la *segounda ves* que he de *sacuar* de *lous brasos* de Morpheo. —
Continuaba tan cerca que el aire de sus palabras rozaba mis mejillas y las tintaba de rojo.

—No inventes, ahora estaba despierta. —Regresando de Port Aventura el espectáculo fue bochornoso.

—Debí llevarte *directou* al hotel.

—Hubieras dormido en el vestíbulo.

—O no.

—Te puedo asegurar que *yes*.

Rio contenido, tuve la impresión de que iba a besarme y sé que le hubiera dejado, pero escuchamos los pasos diligentes de la auxiliar de vuelo y retuvo la intención separándose.

Nos colocamos los cinturones y me dispuse a observar el paisaje desde el ventanuco.

Me esperaba una ciudad vertical, aún mantenía vivo el recuerdo del viaje con mis padres a Nueva York, tenía dieciséis años y el vértigo que me originaba mirar hacia arriba aún me sobrecogía. Filadelfia no era tan estilizada, aunque mantenía el sello americano de edificios imponentes.

Y justo cuando el avión viraba para encarar la pista, todo el peso de la realidad recayó sobre mis hombros, aplatanándome.

Iba a vivir durante tres meses alojada en casa de una chica a la que no conocía, en una ciudad de la que no tenía referencias, no sabía ni dónde tomar un autobús ni si se encontraba alejado del domicilio de los Prescott.

Jamás me había sentido tan huérfana como en aquel instante.

Con semejante amalgama de pensamientos al tomar tierra necesité de unos minutos para recuperar el optimismo, sin embargo, Jared inquieto ante mi cambio de actitud, se enserió.

—Enid, *¿te susede algou?*

—Ahora mismo me encuentro desorientada.

—*Io voy a estuar a you ladou.*

—No sé si que te pegues a mí como una ventosa a un vidrio es la solución.

—Añadí un guiño para que entendiera la broma.

—*Si pour my fuerua, me fundirúa contigou.*

—No he entendido nada de lo que me has dicho.

Tendió su mano entre risas y me ayudé de ella para levantarme.

Le encantaba tomarme de la mano, a mí ese gesto no me incomodaba, aunque por no crear malentendidos con los niños y evitar explicaciones farragosas, debíamos guardar las distancias.

En la pista un chófer nos esperaba tieso cual junco. Rondaba los cuarenta y cinco años. Como la mayoría de los americanos era una torre, de complexión recia y con el cabello similar a un cepillo.

Cuando estuvimos a su altura, agachó el mentón saludándonos.

—Buenas tardes, Terence. ¿Cómo va todo?

—En orden, señor, tal como lo dejó.

—Estoy deseoso de recuperar las rutinas.

Subí en el vehículo. Me molestaron dos detalles, el primero que no me presentara y el segundo el comentario en tono de alivio. De haber alargado la conversación hubiera pedido un taxi hacia... ninguna parte.

—Enid, te *encuentrou caiada* en *exseso*.

—Desapruebas mi escasa diplomacia cuando tú no tienes tacto en absoluto.

—*What do you mean?*^[57]—Jared solo utilizaba conmigo su idioma nativo en dos supuestos: para seducirme o ante el desconcierto.

—Pasas dos semanas fuera de tu casa y resoplas de alivio al retomar tu vida, sin tomarte un segundo en pensar lo alejada que estaré yo de la mía durante tres meses.

—*Perdouna*, Enid... no *crueí oufenderte*...

Y parecía que mi reclamo le hizo reflexionar... ¡Ja! Un segundo después, resonaron las carcajadas dentro del habitáculo.

—No le encuentro la gracia, al contrario, Jared, te arrearía un sopapo, pero a tu edad iba a servirte de poco.

—Es la *situation*.

—Sigue, lo estás arreglando.

—*Nou he estadou lou sufisiente coun una moujer parua countenuer las expresiounes... y countigo counsiderou que me countengou muxou perou nous disgoustamous pour soutilesas. ¿No funsionan así las paruejas?*

—No lo sé. —¡Qué iba a saber yo!—. En todo caso, tómatelo como un ensayo. Es agotador explicártelo todo, a ver si mejorando eso, logramos casarte.

—*Mientras sigua teniendou posibilidades... io happy.*

No quise alargar la conversación y continué mirando por la ventana.

Llevábamos un buen rato en la carretera y después de casi una hora de trayecto entramos en una zona residencial.

Con cada travesía las viviendas eran más opulentas y retiradas de la vía principal. Así hasta llegar a una calle donde ya no había casas vecinas, solo una enorme verja de forja antigua tras la cual hizo aparición una formidable mansión al fondo.

Era imponente.

De estructura soberbia y elegante, compuesta por tres *cottages* perfectamente integradas entre sí en volumen y sofisticación. Todos los elementos se habían escogido con la idea de aportar majestuosidad a la construcción, muy en línea a las mansiones británicas con tejados de pizarra y enormes ventanales que reflejaban la luz solar con la intensidad de un faro.

La fachada estaba forrada en piedra natural ensamblada por un cantero experto, había sido diestro al colocarlas adaptándolas en simetría entre ellas, cubriendo el espacio sin utilizar el cemento para rellenar.

Y, por si quedaban dudas sobre su suntuosidad, el entorno natural era envidiable, en tonos chispeantes y todo rodeado por césped tupido podado con esmero.

No era mi hábitat, y sin bajar del coche ya me sentía fuera de lugar.

Nos detuvimos entre la escalinata principal y el estanque circular rodeado de brezo enano, con más altura a mi autoestima ante tanta exuberancia.

Sí, casi tenía ganas de llorar y Jared, allí, observándome inquisitivo.

—Por lo que más quieras... —intervine antes de que abriera la boca—, te ruego que no me preguntes nada.

Miró a Terence encogiéndose de hombros. El Chófer le sonrió cómplice.

—*Entremous, nous estuá esperandou my mother. Nadie más sabue que estamous aquí.*

Cuando cruzamos la entrada todo lo expuesto sobre el exterior se veía representado en el interior quintuplicado.

La decoración era sublime, con gusto por el detalle ornamental sin excederse, como si lo hubieran pesado y medido para ocupar un lugar concreto donde no desentonaban.

Materiales nobles, barnices satinados, lámparas de araña con sus lágrimas

de cristal, la seda de las cortinas... nada estaba ubicado al azar, restándole originalidad y ángel.

Comparé la casa de mis padres, colmada de juguetes de Edith. Amaia podía pasarse el día recogiendo que siempre aparecía alguno.

Evelyn, fiel a su pragmatismo, puso en el salón un gran baúl de mimbre donde se guardaba todo sin orden.

Cualquiera podía fascinarse con la mansión de los Prescott, sin embargo, era tan fastuosa como carente de alma. Era el hogar ideal para una familia adinerada de adultos.

—Señor, Jared, ¡qué alegría tenerlo de nuevo en casa! —le saludó una empleada como si hubiera regresado de las Cruzadas.

—¿Qué tal todo Maud? —La abrazó con cariño y me conmovió el gesto.

—Bien, señor. La señora ha sabido mantenerlos a raya —contestó observándome expectante y risueña.

—Maud, ella es Enid Recassens. Ha estado al cargo de mis sobrinos hasta hace unos meses.

—Encantada, señorita *Luecaseins*. —Mi apellido en inglés no era pronunciable, debía de admitirlo.

—Llámeme Enid, por favor.

—Señorita Enid.

—¿Y mi madre? ¿Y los niños?

—La señora atiende una llamada del señor Matthew en el despacho. El señor Joel ha salido con los hijos de los señores Camdem y la señorita Isona sigue en su dormitorio, como de costumbre —no fue un reproche, en el tono había resignación.

—¿Puedo ir a saludarla?

—*Of course!* Para *esou* has *venidou*.

Ascendimos por la principesca escalera enmoquetada en beige con balaústres de mármol que recordaba a la del Titanic. En nuestro camino nos cruzamos con una muchacha de mi edad que también formaba parte del servicio doméstico. Al pasar por nuestro lado con la cabeza gacha musitó: «—*Good afternoon, sir*».

Me extrañó que Jared no contestara, solo hizo un gesto displicente con el mentón. A mí como no se había dirigido, ni me molesté en mirarla.

Una vez delante de la habitación de Isona, él golpeó con los nudillos la

puerta un par de veces.

No hubo respuesta y tocó de nuevo.

—¡Qué pasa ahora! Mira que la casa es grande y no hay quien consiga concentrarse. —Así era la niña, un primor.

—Soy *Io*.

—¡Tito!

Resté retirada sin llegar a entrar. Isona se mostraba afectuosa, incluso se lanzó a sus brazos y él la sostuvo como si pesara diez gramos.

—¿Todo resuelto?

—*Yes!*

—¿Te irás de nuevo?

—Si el *trabajou* me *obligua*, *yes* —Estuvo acertado con la respuesta. A Isona siempre se le debía de hablar con la verdad, por dolorosa que esta fuera, odiaba que le dulcificaran lo amargo.

—Si es por eso, tienes mi permiso.

—Te he *truaido* un *regalou*.

—No necesito más cosas.

—*Io no considerou* que sea una *cousa*... —Isona enarcó una ceja a la par que cruzaba los brazos a la altura del pecho.

—¿Ahora vamos a jugar a los acertijos?

—No... *solou* estoy *dandou* un *pouquito* de *emotion*... ¿*Sabues* que estuve *in Barselona*?

—Sí...

—Pues... me *encountré* a una *person* y... —buscó el oído de la pequeña para secretarle—, la he *secuestradou*.

Isona en un inicio arrugaba la frente pestañeando confusa, pero fue momentáneo, seguido observó a su tío con incredulidad.

Era el momento adecuado para hacer mi aparición estelar y di un par de toquecitos antes de pasar.

—¿Se puede?

—¿Iní? —Jared la depositó en el suelo, estaba estática con los ojos desencajados—. ¡Iní!

Corrió los dos metros que nos separaban para lanzarse a los brazos anudándose a mi cintura, con tal ímpetu que hube de retroceder un paso para no caer.

—¡Nena! ¡Pesas tanto como yo! —Escondió su cara en mi cuello para que no la viera llorar—. ¡Vaya por Dios! Veo que tu tito me ha traído engañada... Me aseguró que te alegrarías al verme.

—Me esperaba un regalo chorra y te trae a ti. —A mí se me escapó la risa y a Jared también.

—¿Cuánto tiempo te quedas? Di que para siempre.

—Unos meses.

—¿Unos meses?

—Si comienzan las presiones, ni deshago las maletas.

—¡Pues concreta!

—¡Ep! Relájate... y no te pongas estupenda.

Jared nos observaba asustado y en ese instante vislumbré el principal escoyo que la familia debía de sortear para relacionarse con Isona, era imprescindible bajarle los humitos, algo que evitaban intimidados por cómo se expresaba la niña de vehemente.

Conmigo lo tenía entre crudo y vivo, a mí sus desaires, su palabreo en tono de superioridad y sus desdenes, me tocaban un pie.

Tres golpecitos en la puerta me disuadieron de continuar explicándole a la niña que el mundo no iniciaba la órbita cuando ella se despertaba.

—¡Qué agradable sorpresa!

Una mujer rubia de piel fina y sonrosada, de porte esbelto y sofisticado, derrochando clase sin necesidad de moverse, nos contemplaba con cierto asombro a través de unas pupilas verde agua muy expresivas.

—Buenas tardes. ¿Cómo ha ido el vuelo Enid? —No me esperaba tanta familiaridad, algo que agradecí—. Soy Eleanor Harrick, la abuela.

—Encantada, Sra. Harrick. El viaje ha sido agradable.

—Tutéame, por favor. La familia me llama Eli y Joel e Isona me han bautizado como la yaya.

Le dedicó una mirada cargada de ternura a Isona. Ella se mordió el labio bajando la cabeza. No estaba convencida de ser un miembro más dentro del clan Prescott, se protegía del desengaño o del abandono...

—Pues para mí, si no le resulta un inconveniente, también será la yaya.

Jared se acercó a su madre y esta le sujetó el óvalo de la cara con ambas manos. Sonriéndole con afecto, seguido le besó en ambas mejillas y él se los devolvió con cariño.

—¿Todo bien, hijo?

—Sí, mamá.

—Os dejaremos a solas para que os pongáis al día.

—Gracias, yaya —respondió Isona.

Madre e hijo se marcharon tomados del brazo.

Algo que recuerdo, y que valoré de adulta, fue lo estricto que se mostraron mis padres en cuanto a mi educación. Insistían encarecidamente en que el respeto no era optativo. No toleraban las groserías ni las palabras malsonantes.

Mis modales eran cuidados, sabía expresarme en tono y forma adecuados según la ocasión —siempre que no intentaran burlarse de mí—, sin embargo, siendo sincera conmigo misma, ni me acercaba a los ademanes sofisticados y un tanto cursis que impregnaban las paredes de aquella casa.

Yo no estaba allí para simular ser lo que no era, y tras sentarme en el suelo como los indios, di dos palmadas en las piernas para que Isona lo hiciera sobre mi regazo. Apoyó la cabeza sobre mi hombro mientras enredaba el dedo en un mechón del cabello.

—Te he echado mucho de menos —siseó.

—Y yo a vosotros. —Le besé la frente—. ¿Dónde anda el cafre de tu hermano?

—Por ahí con los amigos.

—Explícame qué te sucede.

—El tito te lo habrá contado.

—Quiero que me lo cuentes tú.

—Solo tengo diez años, mi versión no vale.

—Para mí, sí... a ti te conozco hace diez años y nunca me has mentado. —
Suspiró.

—Todo lo que te ha dicho es cierto y seguro que lo habrá suavizado.

—Bien. Ahora necesito conocer los motivos.

—No los sé.

—¡Va, Isona!

—Es cierto... Todos se portan genial con nosotros. La yaya nos quiere mucho, el tito intenta que nos integremos... le importamos... pero... —calló y por no atosigarla con mi insistencia, le permití el silencio—. Yo te necesitaba a ti.

La abracé con mucha fuerza.

—Yo jamás os dejaré de lado, aunque debéis de entender que esta es vuestra familia y sufren pensando que no os sentís a gusto con ellos.

—¿Te marcharás? —Había mucha angustia en aquel hilillo de voz.

—No es mi casa... Me quedaré hasta Navidad.

—Bien. Por ahora, me conformo.

—¿Y no has de contarme nada más? —y no me refería más resúmenes de dramas y rabetas.

—Sí... a ver, hay muchas cosas... Continúo con las clases de ballet, aunque ni me gusta la profesora ni los alumnos.

—¡Ay, Isona! Tampoco eres una perita en dulce. Deberías de dar la oportunidad a la gente para que te conozca. Transige un pelín y controla esa estupidez espontánea, eso puede ayudarte.

—Sé que no soy yo... ya te darás cuenta cuando me acompañes un día.

—¿Y las clases de piano?

—¡Oh, Enid! ¡El profe es genial! No es un carcamal aburrido, ¡qué va! Es un chico de tu edad súper mono... es una lástima que sea gay.

¿Eh? ¿Cuándo había brotado su criterio estético masculino? ¡Lo que le faltaba a la familia, una Isona alterada hormonal!

—¿Continúas componiendo? —Asintió. Era casi un secreto que compartía con pocos. Solía avergonzarse de aquello de lo que debería enorgullecerse—. ¿Las puedo leer?

—Sí. He grabado algunas. ¿Las quieres escuchar?

—Ni se pregunta.

Siempre componía en inglés, su idioma materno. Eran canciones melancólicas, oscuras... que versaban sobre la soledad o situaciones difíciles y tristes.

No era una niña depresiva, ni con tendencia a aislarse del resto, pero sí se sentía más cómoda expresándose en ese contexto.

En aquellos poquitos años de vida, se había enfrentado a la pérdida de frente, en primera persona, y era su manera de simplificar los sentimientos o de darle algo de forma.

Cuando llegara a la adolescencia, al experimentar otras emociones el tono cambiaría, aunque también conocería el desengaño, las rupturas o ese primer grano purulento en la punta de la nariz el día del baile de promoción...

Y sopesando todo aquello, esperé y deseé no estar de visita en aquellas fechas. Solo de imaginarlo un escalofrío cruzó mi columna.

Recuperé a la Isona entusiasmada, enseñándome todas las grabaciones, las letras nuevas, las partituras que estaba practicando, sus maillots, sus tutús... Todo con lo que tanto disfrutaba y tan poco le agradaba compartir.

Tocaron de nuevo a la puerta y nos giramos. La asistenta esquivada nos observó con gesto de disgusto.

—Señoritas, la señora y el señor requieren de su presencia en el jardín. — ¡Jesús! ¡Cuánta pompa para dar un aviso! Miré a Isona, perpleja, y ella se encogió de hombros.

—Vamos enseguida —el tono de Isona me dio a entender que no le caía muy bien.

—A esta ¿qué le pasa? —susurré chismosa.

—¡Bah! Es una chacha con pretensiones.

—¡Isona! Eso ha estado fuera de lugar... aunque sea cierto.

—La tipa quiere algo con el tito... o lo ha tenido... —Yo estaba en pleno alucine—. Ahora él le hace luces de humo.

Se me escapó la risa.

—Se dice hacer luz de gas, y tú eres demasiado niña para entender de... eso.

—Lo que tú digas.

Al salir de la habitación. Encontré la casa tan silenciosa, que el propio silencio clamaba silencio. Nuestros pasos resonaban por el eco... Aquello no era un ambiente apropiado para niños de diez años... y por romper la solemnidad, le propiné un empujón en el hombro a la par que salía corriendo.

—¡La llevas! —grité.

Isona iba pegada a mis talones. Bajamos las escaleras de dos en dos, al galope... llenas de júbilo.

Nos cruzamos con Maud, que sorprendida, reía con nuestro entusiasmo. La rodeamos utilizando su cuerpo de parapeto.

—¡Maud! —exclamé riendo mientras esquivaba las manos de Isona—. ¿Dónde está la salida al jardín?

—¡No, Maud! No se lo digas.

—Al fondo a la derecha.

Salí corriendo en la dirección indicada y di con la puerta, aunque lo difícil

hubiera sido no hallarla.

—¡La primera que llegue al diván, gana!

Y gané... y, por chincharla, me regodeé.

Isona se lanzó encima para taparme la boca y no fastidiarla más, con tanto ímpetu que caímos al césped.

Entonces, mientras reíamos a carcajadas, descubrí las risas contenidas de terceros y me sobrevino un pasmo de vergüenza.

Me levanté sacudiéndome los pantalones y le tendí la mano a la niña para ayudarla.

—Perdón por el alboroto. —Eleanor nos miró risueña.

—No has de disculparte por contribuir a que Isona nos regale esa sonrisa tan radiante.

—Yaya, ¿puede quedarse en mi habitación?

—Puede dormir dónde desee, esta es su casa. —Jared se mordía la carnosidad de la mejilla, con mirada maliciosa.

—Isona, me alojaré cerca de la zona universitaria con una amiga.

—¿Por qué? ¡Eso está muy lejos!

—Porque así lo he decidido. Vendré todos los días y el tito me ayudará a encontrar un coche para no depender de los horarios del transporte público. — Cruzó los brazos por debajo del pecho.

—Enid, en cualquier caso, si cambias de idea puedes instalarte sin necesidad de solicitarlo.

—Gracias.

—¿Os apetece tomar una limonada? Maud le da un toque que la hace irresistible.

—Sí, por favor, la carrera me ha dejado sedienta.

—¿Te quedarás a cenar? —Suplicaba con la mirada la niña más insistente del mundo conocido.

—De acuerdo, aunque he quedado a las nueve con mi casera. La pobre debe de tener todas las maletas por medio.

—Eso no es inconveniente, aquí se cena más pronto que en España. —La abuela destilaba glamur por cada uno de los poros de la piel.

A parte de ser muy bella, cada movimiento, cada gesto, iba envuelto de una elegancia poco habitual.

Era más sencillo asociar todas aquellas formas solemnes a la corte de Luis

XIV o los Tudor... podría ser que en la Inglaterra más rancia aún se estilaran, aunque siempre entre gente con títulos nobiliarios.

No recordaba tanta pomposidad por las calles de Londres, ni tampoco la demostraban los británicos que veraneaban en Blanes y Lloret.

Solo esperaba que Eleanor no fuera una fachada edulcorada y tierna que tras sacarse las horquillas por la noche y retirar el maquillaje, no se reflejara en los espejos.

—Enid, ¿me acompañas? Me encantaría mostrarte el espacio del que más orgullosa me siento de nuestro hogar. —Era el momento de las revelaciones y advertencias.

—Por supuesto.

Atravesando una de las alas mientras iba comentando curiosidades de la edificación, fuimos acercándonos hasta una puerta con cuadros labrados a cincel. Tras abrir me invitó a pasar y, maravillada, contemplé aquella biblioteca con más volúmenes y libros que en algunas universidades.

—¿Nos sentamos?

—Menudo oasis de sabiduría. Isona debe de pasarse aquí las horas muertas, le apasiona leer.

—Sí, y nos inquieta su tendencia al retiro.

—Tener pocos amigos no es sinónimo de persona insociable. Ella siempre se ha caracterizado por escoger aquellos que pueden aportarle algo positivo.

—Tiene diez años... ¿quién selecciona siguiendo ese criterio a esa edad?

—Isona tiene diez años en apariencia. No tolera que la manipulen ni que le mientan... y odia la condescendencia.

—Es difícil llegar a ella, parece moverse a otro nivel de pensamiento.

—Y así es, sin embargo, tampoco deja de ser una niña. Necesita un período de adaptación. Esta situación es nueva para todos.

—He criado dos hijos tan diferentes como el día y la noche... pero Isona...

—Es peculiar y se siente cómoda con sus rarezas. Quien desee conocerla debe de aceptarla tal cual. No es que considere una virtud que tenga un carácter tan marcado por su propio mundo interior, pero tampoco hay más opciones.

—Me asusta no poder conectar. —Me retiró la mirada para depositarla en el ventanal, supuse que por no mostrar emociones cortesanas—. De haber conocido la existencia de los niños hubiéramos mantenido un contacto más

cercano y fluido.

—Entiendo que Evelyn prefirió evitarlo.

—Fue muy desconsiderado por su parte.

—Yo jamás describiría a Evelyn como una mujer despreciativa, sino al contrario.

—¿Y cómo definirías su actitud? —¿reproches a mí? Se acabó el tuteo.

—¿Y la de su hijo Matthew? —Me encaró en una fracción de segundo, en un principio molesta para después colocarse la máscara de abuela entrañable.

—Enid, he de disculparme, porque creo que te he subestimado —esa revelación ni me pilló de sorpresa ni me disgustó—. Pareces más joven, vistes y luces como una veinteañera algo alocada... y solo es un estilo o un posado.

—Y usted tiene mucha destreza eludiendo respuestas incómodas. — Colocándose la mano delante de la boca comenzó a reír. Tras recomponerse, contestó.

—He de defender a mi hijo, y lo haré con la verdad. Él supuso que había interrumpido el embarazo.

—Ajá.

—Al parecer no te convence mi justificación.

—A mí no ha de convencerme de nada. —Me carcomía la curiosidad de conocer toda la historia, pero era indispensable disimularla. Tampoco venía al caso descubrir confesiones que ya imaginaba.

—Pues a mí me encantaría que lo comprendieras. Evelyn le confirmó a Matthew que había optado por el aborto y no dudó de su palabra.

—Que hayan aceptado a los niños sin objeciones, les honra.

—Enid, tengo la sensación de que no expresas lo que piensas al respecto.

—Es una sensación de lo más acertada.

—¿Y por qué no nos dejamos de rodeos? Seamos claras.

—No necesito ni más excusas ni explicaciones. No estoy aquí para juzgar comportamientos ajenos, simplemente intento que dos huérfanos se adapten a sus nuevas circunstancias. Si alguna vez mi curiosidad exigiera saber algo concreto, trasladaré mis preguntas a la persona que ha de contestarlas, no buscaré las respuestas mediante intermediarios.

La familia cerraba filas en torno a un miembro que ni de lejos se merecía el título de padre. Ellos podrían disculparle con mil excusas, incluso creérselas, era natural entre clanes consanguíneos de primer grado..., sin embargo, yo no

podía caer en la torpeza de dejarme convencer.

Eleonor tras observarme seria, recompuso la sonrisa.

—Jared me previno sobre esto.

—Vaya... —No fingí sorprenderme.

—Al parecer mi hijo siente cierta atracción por ti, no pienso interponerme si surge algo entre vosotros. —¿Eh? ¿Cómo era eso? ¿La honorable matriarca debía de dar permiso? Tuve la sensación de estar viajando al pasado.

—Atisbar una posible relación entre nosotros es algo prematuro.

—¡Ay, Enid! Mi hijo nunca, itero, nunca, me ha hablado tanto de una mujer como lo ha hecho de ti. —Puso fin a la frase riendo, y no sabría decir el motivo, pero no me gustó.

—Si es sincero con usted también le habrá comentado que le saco de quicio de manera continua. —Al romper a reír a carcajadas me vi como el bufón de la corte.

—Sí, algo ha dejado entrever.

Unas voces atenuadas con más risas llegaban desde el jardín. Reconocí la de Joel junto a la de otros chicos exceptuando la de Isona.

—Me parece haber escuchado a Joel.

—Sí, su risa es inconfundible... ¿Qué carácter tan dispar al de su hermana?

—A mí me preocupa más el de él que el de ella.

—No comprendo. Joel se ha adaptado de forma ejemplar.

—Es un chaval que se lo tiene muy creído, algo que no le beneficia. Es orgulloso... valiente, y su exceso de confianza le impide valorar los riesgos, eso es peligroso... sobre todo para él.

—Nunca vi en esos rasgos tantos inconvenientes.

—Necesita normas, límites... —Se mostraba incrédula—. Isona distribuye el tiempo libre en su enriquecimiento personal. Joel lo emplea en alimentar su ego... Todos los extremos son malos, no obstante, Isona solo es una inadaptada circunstancial, en cambio su hermano de no retenerle no habrá lío en donde no se vea envuelto.

—Estando atentos. Gracias por estas advertencias... Tú les conoces y les quieres, nos podrás ayudar a entenderles mejor.

—Lo haré con gusto.

Eleonor continuaba maravillada con la integración de Joel con los muchachos del vecindario. Mis sugerencias le habían servido a la elegante

señora para realizarse una concienzuda limpieza de oídos. Salimos de la biblioteca.

Del escaso interés en saludarme deduje que a Joel no le informaron de mi presencia, y por sorprenderle insté al resto a no delatarme.

Los chicos estaban de espaldas atentos a las pantallas de sus videoconsolas. Me aproximé de puntillas y cuando estuve a su altura le tapé los ojos.

—¿Qué pasa?!

—Un burro por tu casa.

—¡Iní!

Tal como retiré las manos se dio la vuelta y abrazándome de la cintura me alzó. ¿De dónde sacaba tanta fuerza!?

—Pero ¿qué haces aquí?

—¡Controlarte!

—Tíos, es Enid... ¿a que está buena que te pasas? —¡Dios mío! Si su abuela levantara la cabeza, de la torta revuelve pescuezo no se libraba.

—Joel, controla los términos y las formas. Hola chicos, encantada de conocerlos.

Un par de chavales, rubios casi albinos, nos miraban cohibidos. Uno de ellos debía de tener la edad de Joel y el otro podría ser algo más mayor, aunque no demasiado.

—Un placer... —replicó el mayor, aunque no me dijeron nombres—. Esto... Joel... Sres. Prescott, nos vamos... nos esperan para cenar. Adiós, Isona.

—*Ciao*. —Ahí la niña, derrochando simpatía.

—Hasta la vista —contestamos el resto.

Jared los acompañó hasta la entrada principal y Eleonor se sentó junto a Isona.

—¡Jo, Enid! ¡Qué bien tenerte aquí! —Demostrando su entusiasmo y desbordante energía, me levantó de nuevo.

—A ver que me entere, ¿a los niños de diez años no les avergonzaba mostrar afecto en público?

—A mí me parece una tontería, eso lo harán los niños de diez años que no tienen una tata tan molona como tú.

—Anda, rey de la lisonja fácil, ven que te achuche un poquito.

Y lo besuqué todo lo que se dejó, que tampoco fue demasiado. Nos sentamos en el césped uno al lado del otro.

—He de enseñarte mi bici de cross... ¡es una pasada! He aprendido a saltar con ella en un parque con rampas.

—Ya me han informado de lo poquito que te ven el pelo, que te pasas el día correteando con los vecinos.

—Son guay.

—Me imagino. ¿Ya no haces clases de música?

—Paso... me agobia el violín.

—Pues deberemos de buscar otra actividad que complemente la de los saltos y las consolas ¿no crees? —Arrugó la nariz.

—¡Jo, Iní! —protestó como el niño que recordaba.

—Ni jo ni ja... te doy dos días para encontrar algo que te guste o escogeré yo.

—¡Vienes muy mandona!

—Y tú muy pasota... y no me mola un pelo.

—Tú ganas... pero nada de violín.

—Eso lo negocias con tu abuela o tu tito... que son vuestros tutores.

—La abuela nos ha dicho que seguramente Matthew regresará en un par de semanas.

Absteniéndome de añadir nada más, me pregunté si contratarían a un cortejo de trompetas para darle la bienvenida.

La cena fue como en Barcelona, los eternos desafíos entre Isona y Joel, uno exigiendo ser el centro de atención y la otra rebatiendo con acidez cualquier cosa que el hermano explicaba, igual que los Morancos interpretando «al Paco y la Antonia». Se comportaban como lo haría un viejo matrimonio con más de cincuenta años de convivencia, siempre molestos y siempre molestando.

Tras un día intenso ya tocaba enfrentarme a lo ignoto. Debía conocer a la persona con la que compartiría los próximos meses y me sentí intranquila.

—¿Cansada?

—Desubicada.

—*Maniana estuarás comou new.*

—Espero.

—Has *impresionadou muchio a my mother* —¿debíamos de hablar de eso en aquel momento?

—Sí, es muy clara. Además de darme su bendición.

—*What?* —Estaba interpretando el papel de su vida haciéndose el extrañado.

—Al parecer compartís mucha información.

—*Is my mother.* [\[58\]](#)

—Información que no habías compartido antes... sobre tus conquistas.

—*Ningouna erua sufisiente interuesante parua habluar de elia.*

—No sé si tomarme eso como un cumplido o como otra muestra de tu lado crápula.

—*Estuá equilibriadou* —se jactaba de su condición de libertino.

—No esperaba menos.

—Enid, *hablandou de esperar*, ¿tú que *esperuas* de mí? —Jared chutó a puerta desde el centro del campo.

—Pues... mañana espero que me acompañes a comprar un coche... Ah, ¡sí!, y al banco a cambiar divisa, y si te queda tiempo y no te has aburrido, que almorcemos juntos.

—No *problem, but*, has de *sabuer* que se te da *fatual haserte* la *touna*.

—Será por no serlo.

—¿Vas a *contestaurme*?

—¿Quieres oír que me gustas? Sí, me gustas... ¿contento?

—No... *pourque* no *quierues* *avansar*.

—¿Te refieres a acostarnos juntos? —A lo mejor sonó demasiado inocente o mi tono fue muy bajo, que en lugar de manifestar desconcierto le provoqué ternura.

—*Yes*.

—Jared, para mí eso..., el sexo... no es imprescindible —me trababa al decir sexo ¡increíble! Al final iba a ser cierto que estaba falta de polvos—. Tiene solo una importancia relativa.

—*Pourque* no lo has *probadou counmigou*. —¿En serio? El día que Dios repartió el ego, Jared se puso dos veces en la cola.

—Cuando pensaba que tu vanidad había tocado techo, abres la boca y superas la marca.

—He de *counvenserte*.

—No cambies tus hábitos de conducta por intentar llevarme a la cama... Sal y disfruta como acostumbras. No me siento preparada, ni animada para iniciar nada.

Se acabaron las bromas.

Continuamos el camino en silencio.

Había gente por las calles, turistas... estudiantes... No parecía un lugar tranquilo, tampoco conflictivo, y hasta cierto punto, lo preferí.

Por allí no se veían rascacielos, eran todas casitas adosadas de unos quince metros de fachada, con su portezuela separando la acera de unas escaleras pronunciadas que daban acceso al interior de la vivienda. No era una estética atractiva, sin embargo, la conservación era óptima e imprimían un halo pintoresco a la calle.

Estacionó frente a la casa y se giró en el asiento para encararme.

—Enid... no *puedou*...

—No puedes, qué.

—*Recouperar* mi *vidua anteriour*... *piensou demasiadou* en *you*.

—¿Y qué pretendes que haga yo?

—*Puedou haserte very felis*... *puedou dártelou todou*.

—No se trata de lo que tú puedas ofrecer, es lo que yo no puedo dar... Jared, en otra situación no me opondría ni que fuera un revolcón, pero estoy aquí por un motivo y no quiero fastidiarlo todo antes de comenzar.

—*Estou* de sentirse *outcast*... es... *Shit*^[59]!

—No es un rechazo, es un aplazamiento...

—*Well...* —No lo había convencido—. *Maniana a qué hora?*

—Cuanto antes.

—A las *ouchou*.

—Me parece perfecto.

Me acerqué a su mejilla con tal de darle un beso de despedida y buenas noches, pero él aprovechó para sujetarme la cara sin contemplaciones y cambiar cordialidad por pasión... y no me opuse, al contrario, contribuí a alargarlo.

Jared besaba exquisito, pero tuve la sensación de esperar algo más, algo por lo que sería capaz de cambiar de continente... aunque, ¿no lo había hecho ya?

Y supe que no, que no estaba allí por él.

Mi subconsciente emitía intermitencias de cordura señalando que le faltaba algo... que podría hallarlo en breve y que ese algo lo revolucionaría todo.

MATTHEW FREDERICK



PRESCOTT

Nunca me había visto en otra igual, así que imaginad mis nervios.

¿Cómo sería mi compañera en este tránsito? Los científicos eran tipos introvertidos, unos seres incapaces de hallar la gracia en el chiste del momento y troncharse con el nombre químico de una formulación.

Yo rezaba para que no fuera una estúpida, y viendo el panorama, no me conformaba con poco. ¡Qué daño hizo el maldito Dr. House!

Jared insistió en acompañarme hasta la puerta con el fin de protegerme de los ácaros ambientales, y tras decirle unas setenta veces que dentro el entorno era seguro, pude convencerlo para que se marchara.

A medida que la llave giraba en el bombín, el sentimiento de intrusismo se agudizaba. De no caernos bien ¿qué iba a hacer? Podrían asilarme los Prescott, por falta de espacio no iba a ser.

Crucé los dedos.

Una chica bajita, muy delgada, cabello rizado a la altura de los hombros y

con unas gafas de pasta que le daban un toque chic y seductor, me recibió sonriendo. La impresión fue buena y no me saqué el sudor de la frente con el dorso de la mano, por educación.

—Hola, soy Enid Recassens.

—Patricia Salas, encantada. —Se acercó y nos dimos un par de besos—. ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido el viaje? Pasa, por favor.

—Te agradezco que hayas accedido a ofrecerme tu casa sin conocerme. Ha sido todo tan inesperado que no sabría ni por dónde comenzar.

—Mi padre me explicó la situación. Es un gesto muy noble. Si contribuyo en ayudar facilitándote el alojamiento, yo feliz.

Papá era un hombre con muchos conocidos y pocas amistades, siempre se preocupó de rodearse de gente que sumara, y Patricia refrendaba su criterio para mi fortuna.

—Acompáñame, te mostraré tu apartamento.

—¿Apartamento? —Yo me contentaba con un cuarto con derecho a cocina.

—Esta casa tiene una planta inferior habilitada como un piso pequeño. Dispone de baño, dormitorio, salón y cocina... con barra americana. —Encogió los hombros disculpándose... ¡Disculpándose!

Cruzamos del recibidor al salón y desde allí accedimos a un balcón que daba a un patio trasero con unos metros de jardín, macetas tupidas de flores y unas tumbonas separadas por una mesa auxiliar en vidrio templado. También tenía una entrada directa desde la calle, e intuí que todas las viviendas de la zona eran idénticas.

Descendimos las escaleras.

Abrió y me invitó a entrar. Olía a madera barnizada. Era un espacio cálido, luminoso... ¡Magnífico!

—¡Vaya! —El asombro limitaba mi capacidad expresiva.

—Bueno... ya tenemos una edad para estar compartiendo piso. —Con el guiño entendí la picardía—. Cuando adquirí la propiedad esto no estaba arreglado y lo reformé a ratos.

—¿Esto...? ¿Esto lo has remodelado tú? —¡Con lo chiquitina que era!

—¡Bah! —Le restó importancia moviendo la mano dominante, ahuyentando la admiración de mi gesto. —Unas tablas en el suelo, cuatro muebles baratos escogidos con gusto... y disposición.

—Me dejas impresionada, es tan bonito como acogedor.

—Gracias... La idea era alquilarlo, tener un extra, aunque siempre busco la excusa para no hacerlo.

—Pero... ¿tú no estabas aquí con una beca?

—Ajá... —Sonrió con orgullo. Yo también lo habría hecho.

—¿No tienes intención de volver a España?

—Este es mi hogar, de hecho, de marcharme por motivos profesionales, este será el lugar que más encontraré a faltar.

—¿Y tu familia?

—La visito de vacaciones, algo que haría igual si mi residencia estuviera más cerca. —Nos sonreímos.

—Pensándolo bien, he tardado lo mismo en llegar hasta aquí que al pueblo donde vive mi padre.

—Y retrocediendo en el tiempo.

—Ya decía yo que el día se me estaba haciendo largo... muy largo.

—El royo del jet lag... Dejo que te acomodes y descanses.

—Gracias, mañana tengo un día complicado. He de solicitar un máster, comprarme un coche...

—¿Máster? ¿Coche? —Parecía animada y me confundió.

—¿Sí?

—Tengo coche, mi trasto. Es viejo para lo que ahora se considera viejo, sin embargo, funciona. Es europeo y fácil de mantener. Yo voy en bici a trabajar, lo arranco de tanto en tanto para recargar la batería o si me desplazo fuera de la ciudad. Lo compré por si acaso, pero ese «por si acaso» no llega.

—Pues no voy a rechazar el ofrecimiento. Pon el precio.

—Durante el tiempo que estés aquí, el trasto es tuyo. Si surgen averías, pagamos la reparación a medias.

—Ese trato me parece ideal. Si cambias de idea, dímelo sin compromiso.

—¡Listo! En cuanto al máster, dame los impresos, algo de mano tengo con eso.

—Patricia... Estoy alucinada —me sinceré, tampoco se me ocurría nada más elaborado a añadir.

—Sé cómo puedo ayudarte. Podrían concederte media beca, siempre que continúes siendo tan brillante como recuerdo.

¿Qué recordaba?

¡Con lo bien que iba! ¿Cómo le decía que yo no la había visto en mi vida?

—Patricia... —titubeé tanteando el terreno.

—Pat.

—Pat... no quiero ofenderte...

—No te acuerdas de mí, lo sé. Tú y yo somos la antítesis... —Su risa indicaba que no se lo había tomado a mal—. Estudiamos juntas de los doce a los dieciocho.

—¡Qué mala es mi memoria para las caras!

—Tú estabas en otra línea, compartimos alguna asignatura. Eras la envidia de todas las chavalas. —Suspiró—. Siempre sacando tiempo para participar en cualquier actividad que proponía el centro, rodeada de la gente más popular, los chicos más guapos en cola y aprobando con matrícula... ¿cómo lo hacías?

Recuperé por un instante aquella época y la imagen no fue grata. Era una niña tan engreída y soberbia que sería imposible tener en la memoria a alguien más aparte de a mí misma.

—En esa etapa perdí mi identidad.

—No he visto a nadie con una personalidad tan arrolladora.

—Todo iba dirigido a que el resto me vieran tal como me recuerdas tú. Quería ser la mejor en todo por el reconocimiento público.

—También podías haber escogido el camino de la desobediencia y la autodestrucción.

—No habría logrado mi objetivo real... —confesé con pesar—. Un día de estos, delante de un tanque de helado de yogurt, te explicaré qué conseguía con aquello.

Mis mañanas eran de lo más anodinas y rutinarias. Me autoimpuse un plan de estudios que seguía a rajatabla, solo me faltaba colgar un *planning* con el tiempo dedicado a cada asignatura y pegarle una carita contenta cada vez que conseguía finalizar la hora sin procrastinar.

Por suerte las materias eran muy técnicas, de lo contrario encontraría cientos de cosas en las que emplear el tiempo.

Las tardes en cambio eran más movidas.

Decidimos que yo recogería a los mellizos del colegio, los llevaría a las extraescolares y después los dejaría en casa.

Isona, en su línea, abarcaba más de lo debido o aconsejado, se entestó en seguir con sus clases de piano, danza, canto..., y no descuidaba las tareas de la escuela.

Con Joel la historia cambiaba. En Barcelona era un reto mantenerlo a raya, aunque ayudaba disponer de unas normas de conductas firmes basadas en la recompensa. La mansión Prescott carecía de capitán y él se asignó el cargo en funciones. Siendo lo más preocupante que a nadie le preocupara.

Se consolidó como líder indiscutible, aprovechando el vacío de poder para moverse a su antojo y a la familia les tranquilizaba saberle integrado.

Joel jamás se arrugaba ante las adversidades, optaba por cabalgar la ola, ya fuera una marejada o un tsunami, y yo me vi maniatada, sin autoridad para imponer disciplinas básicas de conducta, optando por observar mucho y callar demasiado.

Así vivía en pleno estado de contradicción, tampoco podía mantenerme al margen contemplando el desorden desde la tribuna, por lo tanto, no iba a permitir que desperdiciara su potencial intelectual por vagancia y me propuse ser rigurosa con el tema de las tareas escolares.

Si a Joel le obligabas a estudiar sentado delante de un libro, te asegurabas encontrártelo dormido encima del escritorio a la media hora, por lo tanto, para todo aquello que solo se asimilaba empollando, debía de utilizar técnicas que resultasen atractivas a la par de productivas.

Aquella tarde tocaba preparar el control de ciencias naturales. Por cada respuesta acertada les entregaba un globo lleno de agua con harina. De errar, el globo me lo quedaba yo. Cuando toda la lección estuviera repasada, nos los lanzaríamos.

Los preparativos habían creado gran expectación, así la abuela nos

observaba desde el balcón risueña y el personal de servicio pertrechado tras las cristaleras de la cocina.

—¡Último globo! —advertí con la bomba pringosa entre las manos.

—¡No vale! Ese es el más gordo.

—Te quejas por vicio... ¡Si te toca contestar a ti! —Isona, siempre atenta con tal de provocar un conflicto con su hermano, se burlaba con los gestos.

—Va, Joel... concéntrate.

—Dispara.

—¿Qué resulta de la asociación simbiótica entre un hongo y un alga?

—Iní... ¡córtate! Eso no lo hemos leído, estoy convencido.

—Está dentro del temario.

—Mis preguntas no son tan fáciles —en tono presuntuoso, Isona fingía discrepancia por desigualdad.

—¡Calla! Siempre vas de lista...

—Soy lista...

—¡Vale! ¡La lista que cierre el pico! ¡Y tú! ¿Quieres contestar? —Llevábamos cerca de hora y media entre preguntas, respuestas y tiritos, mi paciencia ya disponía del tamaño de un píxel.

—Iní... dame una pista... anda... va... —¿De quién habría heredado aquel tono zalamero?

—Joel, criatura... ¡llevo dándote pistas toda la tarde!

—No se merece ni la mitad de los globos. —Isona tenía el talento de comunicarse solo para molestar.

—A ver, almita de cántaro... es verde.

—¡Hala! Vaya una birria de pista ¡eso ya me lo imaginaba!

—¿Por qué?

—Si está relacionado con la naturaleza, a la fuerza a de ser verde. —Lo peor, lo peor de su hipótesis era que se la creía.

—Sí, Joel... tan verde como puede ser un flamenco.

—¡Isona, calla!

—¡Ostras! *Uhm...* Verde...

Me resultaba graciosa la manera de esforzarse intentando contestar, agachándose, levantándose... unas veces se mesaba el cabello para luego cruzarse de brazos y con el índice darse golpecitos en la punta de la nariz...

juntaba las cejas, las separaba, imposible contener la risa.

—Una pista más.

—¡Eso es injusto! A mí nunca me ayudas.

—Isona, hija... Si tú respondes antes de acabar de formular la pregunta. —
¡Qué muchacha más cansina!

—Mi pista. —¡El otro con la insistencia! Resoplé soñando con las Bahamas.

—Lo puedes encontrar en las piedras, en las cortezas de los árboles... —
Pestañeaba como si me hubiera expresado en copto.

—¿Musgo? —Tanteó inseguro.

—¡El líquen! Cerebro *unineuronal*.

—¡Isona! ¡No debías contestar tú! —¡Desquiciante!

—¿A quién has llamado cerebro neuronal? —Todo estaba perdido... iba a necesitar de la guardia pretoriana para retener la contienda.

—Uni... hermano, de unidad. Una única, triste y aburrida neurona. —
Prometo que la idea era no reírme, pero... ¡qué jodía la enana!

—Chicos... venga... estábamos disfrutando... —No sé calcular el millón de muecas que hice para no carcajearme.

—Toda tú sí que eres una triste y aburrida unidad.

Ahí estaba yo, mal disimulando la risa, cuando un globo surcó en parábola perfecta del punto «A» al «B», haciendo diana en el pecho de Joel y desatando la guerra.

Se los lanzaban con rabia, yo en el centro iba recibiendo las salpicaduras tras los reventones. Ya podía gritar, berrear o patalear, cegados no escuchaban.

Entonces, con tal de hacerme notar, lancé un globo a Isona, suponiendo que pararía el bombardeo ante la sorpresa y... ¡Oh Dios! Tirando a las piernas se lo estampé en toda la cara.

Joel sujetándose el estómago cayó riendo a carcajadas con el cuerpo rebozado en tempura, y por suavizar el ridículo de Isona, me giré a reprender a su hermano, mas si antes ya no me oía menos después.

Cuando asustada, volví a mirarla con la idea de disculparme un proyectil bien cargadito impactó en toda mi frente embadurnándome de blanco.

Si mantuve las formas en algún momento, ahí las perdí por completo. Escupía la pasta que chorreaba hasta mi boca y mientras retiraba la masa de

los ojos, otro estalló en mi espalda.

—¡Vais a saber lo que es una guerra de globos! ¡Esto lo inventé yo!

A diestro y siniestro, las granadas volaban acompañando nuestras risas histéricas. Una vez agotamos la munición, los hermanos se miraron cómplices sin darme tregua ni para escapar ni para cubrirme y saltaron encima tirándome de espaldas en el césped.

—¡Basta! ¡Por favor, chicos! ¡Cosquillas no!

Un par de sonoras palmadas pusieron fin a las risas y a mis súplicas. Los mellizos se volvieron hacia el porche y se levantaron tendiéndome las manos, cohibidos. El ambiente se ensombreció como si una nube se hubiera interpuesto entre nuestro júbilo y aquellas palmadas.

Y tal como me incorporé, a mí, me sucedió lo mismo.

Sujeta al brazo de Jared había una mujer con cierto parecido a Nicole Kidman, de porte elegante, aspecto frágil, melena rubia ondulada, piel blanca casi traslúcida y mirada entre azul y transparente. Ni más ni menos que una copia actualizada de Eleanor Prescott.

A mí, quien me dejó fascinada fue el hombre que los acompañaba, un morenazo alto de cabello fino cortado a capas, con los rasgos faciales propios de los modelos clásicos masculinos, nariz recta, labios gruesos, porte atlético, hombros anchos y una mirada azul verdosa inquisitiva... intensa.

Había posado con tíos que quitaban el hipo, aunque jamás ninguno de ellos me dejó la boca seca.

Él me observaba alucinado, y no era para menos, la pareja flotando en sofisticación y yo embadurnada en el mejunje de agua y harina con pinta de fantasma de dibujo animado. Ni de lejos, ¡ni usando prismáticos!, se atisbaría un gramo de glamour en mí.

—Buenas tardes, ¿repassando la lección? —Jared intentaba romper aquella tensión de miradas suspendidas y coacciones.

—Ya habíamos acabado. —No podía sentirme ni más fachosa ni más fuera de lugar.

—¿Basándose en la nemotecnia? —La voz era sugerente, profunda, varonil... Le acompañaba todo y le sobraba mordacidad.

—No. —Aprendí a base de perder saliva que, si alguien intenta ridiculizarte, la manera más inteligente de salir airosa consiste en no dar pie.

—Os presentaré —intervino Jared contrariado, sin acercarse—. Isona,

Joel..., es Matthew, vuestro padre, y Catherine, su futura esposa.

Los chicos se agarraron a mis manos con fuerza mirando al trío con timidez.

—Hola chicos, lamento romper vuestra diversión. Necesito conocerlos y que me conozcáis. Subid a asearos, por favor. ¿Conversamos en la biblioteca antes de cenar?

Apretaron sus manitas con fuerzas de adulto, rogando en silencio que los acompañara, y por atenuar aquel malestar, les di la espalda a la pareja de cine y me agaché por conectar con sus miradas trémulas.

—*Nois...* —Era feo. Ya no utilizábamos el catalán entre nosotros, pero esa licencia haría la conversación más íntima—. *No heu de patir, es el vostre pare i ha de donar-vos la seva versió dels fets.*^[60]

—*I si no ens vol? I si no vol que ens quedem aquí? I si ens canvia d'escola?*^[61]

—*Isona, aquestes qüestions les heu de tractar entre vosaltres. Estic convençuda de que arribareu a un acord.*^[62]

—*Iní, sopa amb nosaltres, si us plau.*^[63]

—*No, Joel. Avui es un dia important per la família. Demà, parlem. D'acord?*^[64]

Asintiendo nada convencidos, me dieron un par de besos y marcharon al interior de la casa.

Había sentido los tres pares de ojos clavándose en mi nuca como alfileres lanzados desde una cerbatana, y seguían atravesándome la piel una vez me hube alzado y dado la vuelta.

El tal Matthew parecía molesto, supuse que ofendido al no haber dialogado en inglés, aunque tampoco era la cosa como para arrastrarme hasta el patíbulo.

—Matt... Cathy... ella es Enid Recassens.

Extendió la mano y yo, por no ir sumando puntos negativos, limpié la mía en la trasera del tejano. Fue un apretón firme y contundente, posiblemente por eso recorrió mi brazo un extraño hormigueo similar al calambrazo de estática.

La mujer hizo lo propio, aunque se sintió forzada y seguido se limpió la mano con un pañuelo immaculado. La encontré tan *pijigansa* que casi la abrazo por pavisosa.

—Siempre supuse que la institutriz de los niños era un adulto —se dirigió a Jared, eludiéndome, como si yo fuera un androide desprogramado. Además, ¿qué edad se pensaba que tenía?

—Soy una amiga, no su niñera —nadie iba a responder por mí.

—¿Y no es algo mayor para serlo? —Los Prescott tenían un defecto de serie, eran idiotas.

—No.

—¡Cuánta rotundidad! ¿Y no cree que los adultos han de guardar las formas? Cada etapa tiene su particularidad —y con esa afirmación disfrazada de incertidumbre, el tipo confirmaba mi figuración anterior.

—Tenemos diferentes puntos de vista —manifesté digna a pesar de mi aspecto y pensamientos íntimos, que lo enviaron a un lugar donde abundaban los excrementos.

Jared continuó atento al partido de tenis sin abrir la boca ni para tomar aire. Tampoco necesitaba que saliera en mi defensa, aunque hubiera agradecido alguna muestra de apoyo.

—Imagine por un instante, que tuviera previsto ofrecerle un empleo, después del espectáculo me resultaría complicado aceptar su candidatura.

No disimulaba su soberbia, al contrario, debía de lanzar besos y guiños a su reflejo cada mañana antes de salir del aseo.

—No se dará el caso, no dispongo de visado de trabajo.

—¿Viene como turista?

—Estudiante. —Se sorprendió, supuse. Era complicado saber qué podía estar pensando bajo el halo vanidoso que lo envolvía.

Yo miré de reojo a Jared como advertencia para que no abriera la boca, prefería que no supieran nada de mí.

—Pues tampoco eres tan joven como para seguir estudiando. —La muñequita de porcelana se manifestó, aunque también podía haber seguido callada.

—Hay quien hace del estudio un oficio.

—Los filósofos y los bibliotecarios.

Rieron los tres de aquella réplica insulsa de la damita y, por ende, de mí.

Les observé seria mordiéndome la carnosidad interior de la mejilla, por no darme la vuelta, montar en el coche y dejarles allí disfrutando de sus simplezas.

—Espero... —volvía a la carga la tiparraca, intuí que por alargar las risas —, no te haya molestado el comentario.

Estaba siendo menospreciada más que importunada, en cambio, por

principios lo dejaría pasar, no era justo abusar de las mermas mentales de otros.

—No, Catherine. De ser así me identificaría con vuestra manera de pensar y eso sería intolerable.

Las risas se cortaron de cuajo.

Había infravalorado su capacidad para comprender mis juegos léxicos.

—¿En qué se basa para ofendernos sin motivos?

¡Ni que yo estuviera compuesta de arena y pudiera absorber los golpes sin más!

¿Y qué diantres hice para caerle tan mal a aquel tipo?

—Me marché a casa —me dirigí a Jared, cuya actitud me defraudó tanto que despejó muchas dudas.

—No estoy acostumbrado a que me dejen sin respuesta. —Pues te jodes.

—Es una de las virtudes del ser humano, acabamos por acostumbrarnos a todo.

Y le sonreí con mi cinismo más recalcitrante. Él apretó los labios conteniendo las ganas de levantar la voz, en cambio, no iba a darle el gusto. Giré sobre mis talones encaminándome hacia la cochera descubierta para uso de los empleados.

En mi cabeza rebotaba la palabra «imbéciles» acompañadas de sapos y culebras. Solo deseaba que como padre su talante endiosado se suavizara, de lo contrario, me vi capaz de solicitar la custodia.

—Enid, *esperua*. —¡Ja! Lo tenía claro—. Enid, *lady*.

—Vete al pedo, Jared. —Sujetó mi antebrazo tirando de él cuando ya estaba junto al vehículo. Mi idea era subir, arrancar y regresar a casa.

—Si no me *nesesitabuas parua* nada.

—En eso he de darte toda la razón, no te necesito para nada. —Apoyándome en la puerta del coche, colocó sus manos a ambos lados de mis hombros—. Te vas a ensuciar.

—*You're so lovely.* ^[65]

—Sepárate. Otro espectáculo más esta tarde y tu hermano me busca trabajo en un circo. —Él reía, yo no.

—Es *extranio*, no *prejuga nounca...* es *rectou*, *but...* *pensaruá* que *puedues manipoular* a los *ninios*.

—¡Bonita manera de evitarlo! —Resoplé—. ¡Bah! Aparta, me marché.

¿Por qué no me avisaste?

—Me *pidiou* que no *dijera* nada. —Pestañeando de puro desconcierto acabé por bufar de nuevo.

—No rige fino.

—Y yo, ¿qué? —continuó en tono sensual, sin comprender que su actitud pasiva y desacertada le habían hecho perder todos los puntos.

—Te lo he dicho hace un instante. Tú puedes irte al pedo.

Con un empujón le hice dar un par de pasos y entré en el coche. Negó riendo a carcajadas.

Comencé a maniobrar para salir y al volver la cabeza, el hombre que más me había impresionado físicamente de toda mi existencia, nos observaba desde el balcón con las manos en los bolsillos y con la misma expresión hierática del patio.

Tuve la sensación de que mi presencia en la mansión iba a reducirse o a concluir en breve... y conduje hasta el apartamento rogando que los niños estuvieran bien.

Al llegar Pat estaba estirada en una de las hamacas cual reptil absorbiendo sol.

—Hola, Pat.

—Hola, anda, siéntate y te tomas una cerveza conmigo —me propuso sin abrir los ojos.

—Si me estiro, en media hora pasaré a ser una gamba con gabardina.

—¿Por todos los santos cristianos y paganos! ¿Qué te ha sucedido?

—Una reacción alérgica... ¿tú qué crees?

—¿Por qué no te has cambiado antes de venir?

—Ni pensé.

—La próxima vez, me apunto.

—No creo que haya una próxima vez.

—¿Y eso?

—Apareció el padre de las criaturas. Jamás me había cruzado con un ser más antipático, engreído, estirado y estúpido.

—Bueno, es Matthew Prescott, toda una celebridad en este Estado. Ha de cuidar su imagen.

—¿En casa también? —gruñí—. Con el esfuerzo que he hecho por no enviarlo a él y a su prometida a pastar al campo, se me ha anudado el intestino

delgado.

—¿Tan malo ha sido? —cuestionaba incrédula.

—Me han ofendido tratándome de inmadura y vaga.

—¡Caray! Pues han ido a dar en la diana. ¿Y Jared?

—Si Jesús se viera obligado a escoger discípulo traidor en esta era, a Jared le crecería la barba medio metro y cambiaría los trajes de firmas por una túnica.

—Vamos... se te han caído los palos del sombrero.

—No ha quedado ni uno en pie. No sé si esto pondrá fin a mi periplo americano.

—¿Y por qué deberías de marcharte?

—¿Por qué debería no hacerlo?

—Estás estudiando.

—Vamos a ver como evoluciona esto primero.

—Va, sácate el rebozado de encima y salimos a cenar.

—¡Magnífico!

CAPERUCITA



Y EL LOBO

Aquella noche me emborraché. Nos emborrachamos.

Y aprovechándome de mi físico, un grupo de *pagafantas* nos invitaron a todas las copas con la esperanza de hacérselo con alguna de las dos. No tuvieron suerte.

Pat no estaba familiarizada con la técnica y hasta que la bebida la fue desinhibiendo se la veía cohibida y poco comunicativa.

No sabría ponerle fecha a la última vez que había salido de marcha sin controlar el grado de alcoholemia, años quizás, y aunque no llegamos a casa a rastras, meter la llave en la cerradura de la puerta me costó la propia vida.

Nos reímos de lo lindo.

A la mañana siguiente, el dolor de cabeza asociado a la resaca y el ardor de estómago me tenían jurando en vano no volver a superar mi tolerancia alcohólica mientras buscaba analgésicos removiendo los cajones.

Escuché el repiqueteo del móvil sobre las tablas del suelo. Era peor

dejarlo sonar a descolgar, aunque, pobre del operador como fuera una llamada comercial, iba a estar arrepintiéndose un mes entero de haber marcado el número.

Sin embargo, al leer Asier en el dial se iluminó mi cara.

—¡Hey, chaval!

—*Wow!* —sí, mi voz era de oso cavernario—. ¿Puedes pasarme a Enid?

—Enid sufre las consecuencias de sus excesos.

—¿Y por eso no me abres?

—¿Estás aquí? —No disimulé ni mi asombro ni mi entusiasmo.

—Llevo más de media hora en la puerta.

Salí descalza y a medio vestir, saltando por encima de la ropa esparcida por el suelo. Crucé el pasillo exterior que unía el patio con la entrada principal a la carrera, pero al llegar, allí no había ni rastro de Asier.

Entonces, en un microsegundo de lucidez se encendió la bombilla que estaba funcionando en una sola fase y suspiré afligida.

—Asier, ¿dónde estás? —pregunté desinflada.

—La bebida te sienta horrible, estás espesísima. Estoy de plantón en tu portal.

—¿Por qué no me llamaste antes? —Me senté en uno de los escalones de la entrada bien triste.

—Quería sorprenderte. ¿Vas a abrirme? A este paso enraizaré.

—Asier, estoy en Filadelfia desde hace un mes.

—¡Joder! ¿Por qué no me los dicho? Porque... pensabas decírmelo, ¿verdad?

—Sí... supongo.

—¿Supongo?

—¡Oye! ¿Tú ibas a llamarme algún día? —¡Menuda conversación de besugos!

—Tú sabías dónde estaba.

—Asier, pasamos meses sin hablarnos.

—¿Tienes previsto continuar buscando excusas para no contestarme? — Escuché el tintineo armónico de un carrillón de viento al topar con lo que imaginé debía ser el marco de una puerta.

—Estoy algo avergonzada. Te dije que necesitaba caminar sola y tropiezo con los mismos pedruscos del pasado.

—Sí, esa también fue otra excusa poco convincente. Un segundo... Un gin-tonic si la tónica es Nordisch, por favor. —Esperé a que le tomaran nota—. Podemos continuar jugando al despiste o podemos comportarnos como adultos.

—Pues si los dos lo sabemos, ¿es imprescindible decírnoslo?

—Te considero una de las personas más importantes en mi vida, podías haberme llamado.

—Tienes razón. Tú también podrías haberlo hecho.

—Tienes razón. Aunque me pudieron más las ganas de verte y ahora serían demasiadas horas de vuelo para un par de días.

—Somos un par de idiotas.

Supe que seguía en línea por el tintineo de los hielos golpeando con el cristal del vaso.

—¿Cómo va todo?

—Asier... me gusta esto —confesé—. Estoy estudiando... ¡otra vez! Mi padre, tirando de contactos, consiguió que la hija de un colega suyo me alquilara su casa... ¡Has de conocerla! Es una chica estupenda, hemos congeniado y me ofrece ayuda en todo. Aparte, sigo con las traducciones y espero a que Sandrine me proponga algún posado a pesar de no tener demasiadas esperanzas... ¡Ah!, y con el tiempo que me sobra proyecto edificios autosuficiente.

—Buen resumen... ¡Muy Enid! Y los chicos, ¿qué tal?

—Ahí van, comienzan a adaptarse. Ya los conoces, de pelea en pelea por un minuto de gloria. Y tú, ¿qué tal?

—Yo soy un tío con recursos, me hago a cualquier sitio —no mentía—. Continúo como asesor financiero e invierto en todo aquello rentable. Conociendo a mucha gente... buscando contactos...

—¿Y has contactado con alguien particularmente *contactable*? —Reímos la picardía.

—Nada serio... ¿Y tú?

—¡Bah! Nada, ni en serio ni en broma.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Vine con la idea de no alargarlo más de tres meses, pero tras el recibimiento de ayer por parte del padre de los nenes, no sé si volveré antes o solo por amargarle la vida me quede más tiempo. —Retomamos las risas,

aunque yo hablaba en serio.

—Enid, he de proponerte algo.

—¿Otra proposición?

—Esta es laboral y creo que puede interesarte.

—Dime.

—En Stuttgart se convocará un concurso público a nivel europeo para edificar un nuevo museo de arte contemporáneo desde cero. Ha de ser un referente en diseño, innovación y sostenibilidad... ya me entiendes.

—Te entiendo a medias.

—Me he tomado la libertad de presentar tu solicitud. —No era el mejor día para pedirme perspicacia—. ¿Enid?

—Vaya... hoy no ando rápida de reflejos.

—¿Qué te parece?

—Estupendo, aunque no sé si estaré a la altura de las expectativas.

—Algunos de tus proyectos se adecúan a lo que desean. Deberías de cambiar algo la estética exterior para hacerlos algo más espectaculares, pero posibilidades tienes.

—¿He de viajar hasta allí?

—Por ahora no, te enviaré una valija con los documentos que has de firmar. Deberás de devolvérmelos adjuntando fotocopias compulsadas de las titulaciones. Si no tienes inconveniente, yo podría obrar de nexo.

—Estoy súper emocionada... ¡Es todo un reto! No sabes cuánto te agradezco que hayas pensado en mí.

—Pienso en ti más de lo que debería.

—Nadie lo diría teniendo en cuenta que te has presentado en mi casa cuando hace semanas que no sé nada de ti.

—Tenías que quedar en lo alto. Pues... estoy pensando en escaparme y hacerte una visita.

—Si lo dices, lo haces.

—Prometo avisarte, sea que le hayas tomado el gusto a esto de huir, te dé la ventolera, te largues a Escandinavia y no encuentres el momento de decírmelo.

—¡Tenías que quedar en lo alto! —Reímos.

—Preciosa... te pasaré un mail mañana con todo lo que has de enviarme más las bases, por si deseas ir avanzando.

—Estoy impaciente. Mil millones de gracias. ¿Y esos pitidos?

—La batería.

—Antes de que se agote quiero que sepas que eres muy especial y que soy afortunada por tenerte como amigo. —Yo todo sentimiento y él roto de la risa —. Asier, ¿tú sabes lo que me cuesta ser sensible? Te cargas mi voluntad de enmienda.

—No sigas, por favor, o al final mojaré los pantalones.

—Hablo en serio.

—Lo siento, me has recordado a un spot de una ruptura... te ha faltado decirme: «*No puedo darte lo que mereces...*» y el tipo responde «*¿Un Mercedes?*». —Sí, no podía negarlo, y visto así hasta le encontré la gracia—. Enid, sigues siendo la chica de mis sueños.

—Gracias por haber venido a... Barcelona... Te pediría que me regaras las macetas, aunque mucho me temo que deben de formar parte del compost urbano.

—Continúa y conseguirás que me echen de la cafetería. —El pitido se hizo más seguido e insistente—. Enid, se cortará... Cuídate, un beso muy fuerte para ti y otro para los niños bien grande, aunque menos intenso.

—Un abrazo y otro beso de mayor, pero sin lengua.

Se cortó.

Ahí me quedé con un sabor extraño en el paladar más agrio que dulce.

Asier era la constante, siempre a mi lado con mayor o menor protagonismo, equilibrando mis emociones, si me sentía desmoralizada él sabía cómo mejorar mi humor. ¿Qué buscaba yo en un hombre para no encontrarle idóneo como pareja?

Mi sistema límbico sufría alguna atrofia o no estaba maduro del todo... era un tipo colmado de virtudes que a mí parecían no bastarme.

Llegué a la conclusión de que yo era idiota.

—¿Qué haces ahí afuera? —Alcé la mirada del teléfono hasta la cara de Pat que ¡Jesús!, parecía sacada de un cementerio, ¡del nicho!—. Me estallará la cabeza.

—Me ha llamado Asier, un amigo de Suances.

—¿No tenías cobertura dentro?

—Me dijo que estaba en la puerta... yo, densa igual a la lava, supuse que era en esta puerta... —En su frente iba dibujándose un interrogante según intentaba yo explicarle—. Estaba en Barcelona, resumiendo, que me senté en

el escalón.

—Eso que te pasa ahora ¿es resaca o melancolía?

—Un cuarenta por ciento de lo primero y un sesenta de lo segundo.

—Entremos... necesito drogas legales.

—Me ha inscrito en un concurso de arquitectura en Alemania. Es un tío genial.

—¿Por qué no sabías que estabas en Barna?

—Nos llamamos poco.

—No os llamáis... Ahí hubo tema.

—¡Pat!

—No chilles, hoy no tengo los oídos para el timbre español. Y no me seas mojigata, después de como cortabas anoche el bacalao tienes de inocente lo que yo de astronauta.

—¿Me estás llamando pendón?

—Eres mi heroína. Tenías al morenazo de ojos negros babeando... le podías haber dado un gusto al cuerpo.

—No me decía nada en particular.

—Nena, ¿qué esperas tú de un tío? Para un revolcón con que esté bueno vale.

—Estaré en periodo asexual... A ti tampoco te fue mal la noche. —Le di un codazo amistoso en el brazo.

—El rubito de las greñas estaba potable... nos dimos los teléfonos... pero ni él me llamará ni yo le llamaré.

—Solo necesitaban compañía femenina puntual... aunque el *happy end*^[66], se les truncó.

—Fue muy divertido.

—Sí, lo fue. —Aunque de nuevo me prometí solemnemente no mezclar tanto.

—Se me ocurre algo... ¿Te apetece almuerzo y tarde de spa?

—¿Tía? ¿Spa?

—¿No estás depilada?

—¡Pat!

—Tengo un bono regalo, podemos compartirlo.

—Pues... ¡compartámoslo!

Durante la comida la puse al día de lo poco que Asier me había comentado de aquel proyecto tan ilusionante. Pat escuchaba interesada y lo demostraba consultándome aquellos detalles que por desconocimientos técnicos se le escapaban.

La tarde en el centro de belleza nos proporcionó el relax óptimo —que no sé si nos merecíamos— para salir de allí con la sensación de levitar.

Ya entrando en casa, recibió la llamada de un compañero invitándola a cenar y por cómo se arregló para salir, supuse que debía de haber algo más entre ellos.

Me dispuse a leer con detenimiento el mail con los documentos que Asier me había hecho llegar.

Mientras le respondía con un sinnúmero de dudas y cuestiones sobre el proyecto, el zumbido del teléfono me distrajo por un instante, al cesar, continué con la tarea.

En realidad, la última vez que había tenido el móvil entre las manos fue conversando con Asier, me despreocupé de tal manera que me fui sin él y ni comprobé las llamadas al regresar.

Una vez cliqué el icono de envío, fui a buscarlo entre la ropa de la cama. Siempre me reconocí un desastre para las tareas domésticas, eso en parte era culpa de mamá, jamás me obligaba a mantener un orden, solo y muy de tanto en tanto, por miedo a encontrarme sepultada bajo un alud de ropa, juguetes, material escolar y mil enseres, hacíamos un zafarrancho sacrificando la mañana clasificándolo todo entre risas. Mi madre siempre reía.

Di con el móvil y todas las llamadas perdidas de Jared me desconcertaron. Debía de haber sucedido algo con los niños, no era lógica aquella insistencia.

—¿*Dóunde* te has *metidou*?! —Que descolgara al primer tono no fue una sorpresa, pero el reproche estuvo de sobra.

—¿Qué quieres?

—He *preguntadou io primerou*.

—Me toca un pie. No respondo a exigencias, parece que todavía no me conozcas.

—Estaba *preocupadou*.

—Hala, pues ya sabes que no me he muerto.

—Mi *hermanou quiere vertue*.

El corazón comenzó a palpar desaforado, convencido de que no iba a ser

para darme las gracias.

—Para qué. —No sé de dónde sacaba la chulería.

—No lo sé, no me ha *dichio* nada.

—Pues si quiere algo de mí, que me llame él. —Todos podíamos ser atrevidos en la distancia usando el micrófono del teléfono.

—Enid, *please... sé razonable*.

—Vale... —rezongué—. ¿He de pedir cita?

—Te *pasou a recouger* en una *houra*. *Senamous* en casa de *my mother*.

—Hoy no podrá ser. Anoche salimos y no me encuentro con ánimos para enfrentarme a los lobos. —Ni de broma, mis chacras estaban en reposo, además, quería comprobar si entre mi dossier de proyectos había alguno que pudiera retocar como boceto para el museo.

—*Wolves*^[67]? ¿*Salistues*?

—Sí. —Silencio.

—*Entounces*, te *recoujou maniana*. Los *ninios quieruen vertue*.

Debía de echarle arrestos, tarde o temprano sería imprescindible conocer en qué situación me hallaba.

—De acuerdo. Visto de largo, corto, ¿gala...?

—¿*Conservuas* el *trajue* del las *ploumas negruas*?

—No era mío, aunque puedo hacerme una capa roja con un mantel de Navidad de Pat —imprimí mucha mordacidad en la apostilla, a él le pareció de lo más divertido.

—*Sweet dreams, honey*^[68].

Dormí fatal.

El subconsciente tradujo al lenguaje de los sueños toda la tensión que me provocaba enfrentarme al estúpido prepotente de Mr. Matthew Prescott.

Le estuve visualizando en esos planos de psicodelia onírica donde mi mente lo situaba en mi casa, pero ni la decoración ni la distribución recordaban a mi domicilio.

Sin embargo, eso no fue lo peor de la pesadilla, en un giro entre maquiavélico y masoquista, en lugar de huir, corría a su encuentro, y él paciente esperaba, mientras yo luchaba por avanzar mediante movimientos lentos y torpes.

¡Como si en la vida real me apeteciera compartir ni un nanosegundo a su lado!

Ni me molesté en hallar el significado freudiano, a fin de cuentas, el buen hombre todo lo acababa relacionando con parafilias, personalidades polimorfas, trastornos o carencias sexuales.

Pat alargó la noche hasta el día siguiente y yo dediqué la mañana a darle un empujón a las traducciones para poder meterme de lleno en el proyecto, que no iba a ser nada de lo que tenía en cartera con retoques, utilizaría todos mis conocimientos en crear una estructura nueva y vanguardista.

Tocaron a la puerta con tres golpecitos justo cuando estaba delante del armario sin tener ni idea de qué ponerme. Toda mi ropa era estilo casual... No sabía cómo combinarla para no parecer un mendigo recogido para celebrar el *Thanksgiving day*^[69].

—Pasa Pat, está abierto.

—¿Y por qué dejas abierto? No has de ser tan confiada.

—La puerta del patio y la del lateral están cerradas con llave, solo tú puedes pasar sin tocar al timbre.

—¿Qué haces?

—Mirar el armario.

—¿Esperas que te hable?

—Sí, a no ser que prefieras ayudarme tú.

—Dime...

—El hermanísimo quiere hablar conmigo. Anoche me llamó Jared.

—¿Y por qué no te llamó él?

—Lo debe de usar de secretario. El caso es que he de ir a cenar con ellos y en vista del nivel que se gastan los señores, preferiría no desentonar.

—Tía, te cae perfecto todo.

—No puedo presentarme con un tejano y una camisa, tampoco pega el vestido de Tom Ford...

—Pues... creo que... —Comenzó a mover perchas de derecha a izquierda —, con este pantalón de talle bajo blanco y... *uhm...* esta blusa sin mangas negra, irás elegante y correcta.

—Me recogeré el cabello, así no pareceré una quinceañera.

—Ya me contarás.

—¿Le podrás abrir a Jared?

—*Of course.*

No me veía mal del todo con el estilismo escogido por Pat, ¡qué narices, estaba perfecta! Y por acabar de darle el toque de espectacularidad, me maquillé apostando por resaltar mi mirada.

Una vez lista tomé la chaqueta, la cartera de mano y subí al piso de Pat en donde Jared aguardaba.

—*Oh my Goodness... You're a marvel*^[70]—musitó acercándose a besar mis mejillas.

—Se agradece el cumplido, no las tenía todas conmigo.

—Mi *hermanou* ha *insistidou* en *habluar contigou antues* de *senar*.

—¡Qué obsesión con hablar...! Luego critican el carácter charlatán de los españoles.

—Estos yanquis no comprenden que la forma de tratar temas serios es en una terracita con una cerveza bien fría y unas tapitas de jamón bien curado. — Poco faltó para no babear con la referencia de Pat.

—No sigas, por favor, que comienzo a salivar y escupo cuando hablo. — Nos reímos de la tontería a carcajadas.

—Disfrutad de la velada.

—*Gracias, Pat.*

—Hasta mañana, guapa.

Salimos y me tomó de la mano como siempre hacía.

—Te veo *pensuativa*.

—Soy de pensar mucho, no es ninguna novedad, hay quien lo considera una virtud.

—Va, *tell me*.^[71]

—¿Por qué insistes en llevarme de la mano?

—¿Te *moulesta*?

—No, siempre que los conceptos estén claros.

—Me *goustras*, lo *sabues*, y *muchio*.

—Pues yo veo complicado que entre nosotros la cosa prospere.

—¿Aún *estuás enfadada*? No te *considerabua* tan *rencorourosa*. —Y en su tono no hubo un ápice de broma.

—Defraudada... si bien, no es una sensación determinante.

—¿*Entonces*?

—No me apetece comenzar una relación de aquí te pillo, aquí te mato... — No sé hasta qué punto entendería la expresión, tampoco me apetecía aclarársela—. Ya tengo una edad.

—*Io jamuás he pretendidou esou*... ¿de qué *eduard habluas*?

—Edad, la mía Jared. No soy una adolescente y necesito estabilidad emocional, saber qué quiero... —O a quién—, y a qué estoy dispuesta a renunciar. Tú parece no comprender eso todavía.

—*Compruendou more* de lo que *cruees* —susurró.

—Demuéstralo, dame un respiro —protesté.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio, algo que agradecí. Ya cansaba dar siempre las mismas explicaciones, cuando en lugar de mendigar mi cariño con insistencias podía haber demostrado apostar por mí plantándole cara a su hermano.

Yo quemé muy pronto mi época de relaciones fugaces sin fundamento, y no estaba buscando emparejarme como las cigüeñas —para mí el amor medular solo existía en la literatura romántica—, pero sí quería experimentar algo diferente.

—¡Iní! —el grito de Joel me abordó tal puse el tacón en el suelo de la cochera—. *Wow!*

—Hola, Joel... es emocionante comprobar tu *nivelazo* verbal.

—¡Estás súper sexi!

—¡Joel!

—Tiene *rasoun*, no le *reganies*.

—¿Has hecho las tareas? —pregunté mientras le daba un par de besos en las mejillas y le retiraba el rosado del labial con los pulgares después.

—Sí, nos ha ayudado papá. —Me dejó traspuesta... ¿papá?

—Perfecto —acerté a decir.

—Vamos a hacer un diorama para humanidades. Mañana papá y yo iremos a comprar todo el material necesario. Debemos construir una ciudad futurista. La hemos dibujado esta mañana ¡será espectacular! —Su emoción era palpable y aquella relación tan fugaz me alegraba, aunque no me convencía.

—¡Hola, Iní! —Isona se lanzó a mis brazos—. Estás demasiado guapa.

—¿Gracias? —no supe en qué tono me hablaba de ahí la pregunta. Ambos se sujetaron a mis manos.

—He de pedirte un favor.

—*Chicous, me adelantou a vosoutros.*

—Yo sé lo que te va a pedir... —se burlaba Joel cantarín y no llevábamos más de diez minutos juntos.

—¡Calla bocazas!

—No empecéis, quiero cenar sin dolor de cabeza.

—Iní...

—Sí, te ayudaré con el diorama. —Arrugó la frente mirando a su hermano furibunda—. No me ha dicho nada, lo he deducido. ¿Por qué no se lo pides a tu padre? Seguro que estará encantado de hacerlo.

—¡Bah! Yo no quiero aprobar, quiero matrícula.

—El nuestro va a ser la caña. —Joel estaba entusiasmado.

—Ha de ser un mundo futurista con probabilidades de existir, no como en tus aburridísimos juegos de consola.

—Te ayudaré con gusto, no te preocupes.

—Una cosita más —y el cariz de súplica me puso en guardia—. Quiero hacerlo en tu casa.

—Isona, hija... ¿por qué? —Menudo capricho más tonto.

—Así no me lo copian.

—Eso es una chuminada, ¿por qué iban a querer copiarlo?

—Será el mejor... ¿Por qué no puedo hacerlo en tu casa? —insistió confundida—. Si va otro chico diferente a Jared no contaré nada.

—¡Isona! —Me detuve en seco—. Ese comentario está fuera de lugar. No me importa que vengas a casa. Se lo propondré a tu padre, aunque opino que esa actividad es una forma ideal para pasar tiempo contigo y conoceos.

—Tiene toda la vida.

La observé sin disimular el sinsabor de la respuesta, sin embargo, no añadí nada. ¡Qué diferente eran los hermanos! Compartiendo la misma carga genética y con personalidades tan contrapuestas.

La abuela nos esperaba en la puerta principal, y «La princesa del guisante» unos pasos por detrás, obligada a saludar imbuida por la amabilidad de la futura suegra.

—Buenas tardes, ¿qué tal querida?

—Bien, gracias. Encantada de cenar con la familia —cada día mentía mejor.

—Nadie lo diría. Ayer nos diste plantón. —Enmascaraba con una sonrisa páfida las puñaladas traperas. ¡Qué bicho era la tal Catherine!

—Estuve ocupada.

—¿Estudiando? —La noche se presentaba larga.

—Sí. —No tenía por costumbre malgastar saliva en contestar las estupideces a los individuos estúpidos.

—Enid, mi hijo Matthew te espera en su despacho, ha de concretar algunos temas sobre la educación de los pequeños contigo.

—De acuerdo.

—Maud...

—¿Señora?

—Acompaña a Enid al despacho de Matt.

Maud era una mujer encantadora, enérgica a pesar del sobrepeso y su reducida estatura. Me trataba con la ternura y el afecto propio de las abuelas. A Joel lo mimaba en exceso preparándole sus platos preferidos o sus *guarrindongadas*, tales como mezclar crema de cacao con kétchup, y a Isona, le enseñaba a preparar pasteles y postres.

—Señorita, cuando no viene por aquí, el ambiente recupera el rancio. La señorita Isona se encierra en su habitación y el joven desaparece. —¡Solo había pasado un día! ¡Ni al gobierno se le exigía soluciones tan pronto!

—Ahora está su padre, pondrá orden.

—El señor es un hombre muy ocupado, no creo que...

—Maud, debe de darle un voto de confianza. La situación es abstracta para ambas partes.

—Tiene razón, aunque no se aleje, esta familia precisa de mentes frescas y limpias.

—Soy un peón, esta casa tiene su reina.

—La Srta. Catherine es mala y envidiosa, ingrata mezcla.

—Debe de sentirse algo desplazada, ¿no cree?

—No la defienda, no lo merece —musitó delante de la puerta del despacho.

—No lo hago. —Le hice un guiño y le besé la mejilla.

Ella tocó un par de veces y abrió sin esperar permiso.

—Señor, la Srta. Enid.

—Que entre. —¡Qué voz tan sexi tenía el más soberbio de los Prescott!

—Pase señorita. —Maud me regaló una enorme sonrisa que le devolví mientras ella cerraba tras de sí.

Él estaba concentrado, aporreando teclas tras una pantalla de no menos de veintisiete pulgadas con una manzanita en la parte de atrás.

—Siéntate. —Siempre odié que se dirigieran a mí como quien da órdenes básicas al chucho: «levántate», «estírate» o «dame la patita», por lo tanto, no obedecí.

—Por favor, se añade, por favor.

Dejó de teclear y seguido las ruedas de la silla corrieron a un lado. No disimuló su sorpresa al verme, como si esperara a otra persona.

—Puedo tutearte. —Obvie la mordacidad, si comenzaba a tenerlo todo en cuenta, había altas posibilidades de enviarlo a comer pasto cagado.

—Ya lo estás haciendo.

—Toma asiento... por favor. —Y acompañó las palabras con el gesto de extender la mano. Lo de ir vestida de adulto tenía sus ventajas.

—Gracias.

—Te esperábamos ayer. —Se colocó tras el ordenador de nuevo.

—Estuve ocupada.

—Tenía entendido que tu labor principal era el cuidado de mis hijos.

—Lo tenías mal entendido.

De nuevo dejó de teclear, al final con tanto arranca y para se le encalambrarían los dedos, seguido cerró la pantalla del portátil para apoyarse en el respaldo de la silla con las manos entrelazadas, pellizcándose el labio inferior con los índices sin retirarme la mirada, que de penetrante parecía leer mis pensamientos.

A mí en respuesta, comenzaron a sudarme las manos y controlaba el impulso de secármela en las perneras de los pantalones... ¡En mala hora le

hice caso a Pat escogiéndolos en blanco!

—Entonces, ¿qué haces en mi casa?

—Intentar que tus hijos mantengan un nexo con sus raíces mientras se adaptan a su nuevo hogar.

—¿Cuánto te paga mi hermano? —Eso sonó tan feo, tan a meretriz de céntimo, que necesité de todo mi pasotismo fingido para no escupirle y salir corriendo.

—Creo que no te he entendido bien. —Le di la oportunidad de enmienda.

—Hablas el idioma mejor que muchos nativos, no me hagas repetir la pregunta.

—No estoy aquí por dinero, además de que eso podrías habérselo consultado a tu hermano directamente.

—¿Quieres que me crea que te presentas sin visado de trabajo con la única intención de orientar a un par de criaturas?

—Sí. —Las carcajadas hirieron mi amor propio y lo consideré un tipo que estaba muy bueno, aunque era ridículo e imbécil—. De eso se deducen objetivos más... ambiciosos.

—Deduces de pena. —Alzó una ceja atajando la risa, no debía de estar acostumbrado a gente sin corsés.

—Mi hermano ha puesto grandes expectativas en lo vuestro.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Si afecta a mi familia, sí.

—No sé en qué podría afectaros, la verdad.

—Mi prometida y yo nos casaremos en unos meses. Con nuestro enlace los Prescott recuperarán el título nobiliario del que se desprendieron hace un tiempo.

—No has de darme explicaciones. —Ni atada asistiría a la boda. Antes iría a la de Estela con Carlos.

—No lo pretendía, solo te hacía partícipe de este dato porque mis hijos han de comportarse en consonancia a su posición social.

En ocasiones, ser anónima para el atacante concede instantes de regocijo íntimo para el atacado. De haber sabido que hablaba con una duquesa, la piedra pómez a su lado tendría el tacto del talco.

Sin embargo, ni me sentía orgullosa ni identificada, por eso siempre fue un secreto íntimo y familiar que no le desvelaría al pamplinas aquel por mucho

que se lo mereciera.

—Un discurso de lo más clasista. No te preocupes, no interferiré en su instrucción protocolaria.

—Si tienes pensado formar parte de la familia, deberías de aprender modales tú también.

—Lo dudo, sé sentarme a la mesa, conozco todos los cubiertos y la cristalería... por eso no sufras. —La mirada le brillaba de cólera.

—Eres demasiado altiva cuando deberías mostrarte más respetuosa.

—La humildad es universal, incluso entre clases... Aunque no me molestaré en discutir eso contigo.

—Podríamos debatirlo... tampoco me intriga, la verdad. De hecho, no me interesa nada de lo que tú puedas explicar o exponer, sin embargo, para mi desgracia, mis hijos sienten un aprecio insólito por ti y no voy a negarles tu compañía por ahora. —¿Qué ser más insufrible! Su altanería debía de hacerle creerse el culo del mundo, y lo peor era que le acompañaba la fortuna y un atractivo que no pasaba desapercibido, de hecho, me distraía bastante.

—Y qué propones.

—Necesito pasar tiempo con ellos, ajustando mi agenda para poder dedicarles las tardes.

—Lo considero una gran idea, lo más sensato que he escuchado hasta el momento. —Me observó sosteniendo la mirada, reprimiendo las ganas de escupirme.

—No me interesan ni tus actitudes ni tu vida lo más mínimo, ni considero que puedas aportar demasiado a las nuestras —¿cómo podía hablar con ese desprecio sin mostrar reparo?—. He confeccionado un calendario semanal para que te adaptes a mi disponibilidad, al estar desempleada no te será complicado.

Me tendió una carpeta con una programación exhaustiva de los horarios de los mellizos.

En un primer momento el calor de la rabia escaló hasta mis orejas, hubiera roto la puñetera hojita a pedacitos y se la habría hecho comer trozo a trozo, a palo seco, para que le raspara al tragar... pero recapacité seguido, yo estaba allí para hacerles más sencilla la transición entre culturas, y su padre se había propuesto ser su padre.

—Me parece bien. —Iba a salirme un sarpullido de tanta contención.

—¿Aceptas sin condiciones? Esto es una novedad.

—Tú lo has dicho, yo dispongo de tiempo libre.

—Se te abonará cada semana un cheque por tus servicios.

—No.

—Con el orgullo no se pagan las facturas.

—No dispongo de permiso de trabajo. Para mí esto no es un empleo, puedo combinar mis ocupaciones con las de los niños. Y por mis facturas no has de preocuparte, sé cómo conseguir los fondos —lo dije con toda la idea para que malpensara, y sí, cambió el gesto, pero no recogió el guante.

—Perfecto, todo aclarado.

—Algo más, Isona desea que le ayude a confeccionar un diorama e insiste en hacerlo en mi casa, ¿hay algún inconveniente?

—El único que veo es la mediocridad... —Es que de ser más gilipollas añadirían una nueva acepción en el diccionario con su nombre.

—Intentaré estar a la altura, ya sabemos lo exigente que es Isona con ella misma.

—En eso ambos estamos de acuerdo.

—Si no tienes ninguna sugerencia más...

—No, puedes salir, nos veremos en la mesa.

Caminando hacia la puerta tuve la incómoda sensación de sentirme perseguida por su mirada, sin embargo, conseguí controlar el impulso de girarme a comprobarlo.

—Enid... —Frené ya con los dedos sobre el picaporte, con las manos tan sudadas que temí que se resbalaran de la maneta.

—Dime.

—Tienes una mirada muy impactante, un azul cobalto muy llamativo. Era de justicia decírtelo.

—Gracias, aunque también te lo podías haber ahorrado.

Camino al comedor, supuse que el cumplido respondía a un minúsculo arrepentimiento, y así pretendía aflojar la tensión antes de sentarnos a la mesa, excusando su falta de amabilidad, sin hacerlo.

Me encontré a Jared en el sofá de la sala removiendo un vaso ancho con licor y me senté a su lado.

—¿Qué tal?

—Empate técnico. —No me lo creía ni yo—. No me traga y no lo disimula.

—No le *gousta estuar pour detruás* de nadie *and you le sacuas muchos metruos*.

—*Non capisco*.

—Los *ninios* te *prefieruen* a ti *antues* que a él.

—Le llevo diez años de ventaja, si se pone las pilas acortará las distancias en poco tiempo.

—*¿Quierues* tomar *algou*? —Se levantó hacia al bufete.

—Sí, una cerveza.

—*¿Beer*?

—*¿Qué* hay de malo?

—Te *servirué* una *coupa* de *wine blancou*.

—No entiendo para qué me preguntas.

—Enid, *estuás acoustumbrada* a *desloumbrar*... —*¿A* qué venía eso?

—No pretendo caerle bien a toda la humanidad, a mí tampoco me cae bien todo el mundo, pero jamás trataría a nadie con desprecio gratuito. —Me entregó la copa—. Gracias.

—*¿Por* qué los *ninios* no *mencionan* a su *mother*? —Yo era arquitecta no psicóloga infantil *¿cómo* iba a saberlo?—, sin *embargou*, *you erues* el *sentrou* de su *universe*.

—He estado a su lado desde su nacimiento, es normal.

—*The mama's always the mama*.^[72]

—Evelyn solo pudo ser una madre excepcional durante un corto periodo de tiempo.

—*Countinuas recriminandou* el *compourtamiento* de Matt.

—Dejemos ese tema por finiquitado. Una cosa, Jared, no expliques nada sobre mí, ni bueno ni malo ni regular... *Capisci*?

—*Capisco*.

Chocamos nuestras copas y justo en ese instante entró Isona como un torbellino seguida de Joel.

—*¿Has parlat amb* Matthew? —Con Isona no lo iba a tener fácil.

—Mientras haya una sola persona que no hable el catalán o el castellano, por educación utilizaremos el idioma que entendamos todos, *¿de* acuerdo chicos?

—Sí —respondieron a coro.

—Sí, he hablado con papá.

—¿Y?

—Si hubiera querido que lo supierais, habría grabado la conversación, así también os mantendría en silencio un breve espacio de tiempo.

—Habéis hablado de nosotros... ¡A ver si no!

—Ha sido una conversación privada entre adultos.

—Iní... va...

—Dos preguntas, os concedo dos preguntas, una por cabeza, así que utilizadla y medítad bien.

—¿Seguirás viniendo a casa? —Joel parecía angustiado.

—Sí, aunque papá desea tener más presencia en vuestro día a día y hemos decidido repartirnos las tareas. —Jared negó sonriendo, reconocía una media verdad con una media mentira piadosa.

—Me toca... ¿Podré hacer la maqueta en tu casa?

—Sí.

—¡Bien! ¿Y podré quedarme a dormir?

—Era una pregunta. —Hizo un puchero de enfado y en vistas de que su tozudez la haría enrocarse, intervine de nuevo—. ¡Fin! Dije una pregunta y deseo cenar en paz.

—Isona, si Enid no ve inconveniente, podrás quedarte a dormir con ella. —Me giré estupefacta al sentir su voz, y volvieron a sudarme las manos y acelerárseme el pulso.

—Sin problemas —contesté aturdida.

—¿Y yo? —Joel se apuntaría a un bombardeo.

—Hasta que el trabajo de Isona no esté completo, no. La idea es que vuestros dioramas no tengan similitudes. Isona se sentirá más tranquila si no las visitas por ahora, ¿cierto?

Mi chica sonrió como pocas veces lo hacía.

Comprendí en ese instante de qué iba el juego. Cara a los chicos era complaciente y afable, la técnica básica para granjearse su confianza y paso a paso su cariño.

Y de funcionarle, yo feliz. Solo deseé que sus propósitos fueran honestos, que sintiera apego real y necesidad de ser aceptado por sus hijos, de ocupar el lugar que le correspondía en sus vidas y que Evelyn le negó por miedo.

Me encontré con la mirada de Jared que tras parpadear volvió a

concentrarse en la observación fija del jardín, esperando que brotara un hongo o que se le iluminara el culo a alguna luciérnaga... evidenciando no querer inmiscuirse, ni tomar partido ni estar presente. Para mí su actitud fue desconcertante, adoraba a los chicos y ellos a él.

—Entremos al comedor, van a servir la cena.

Matthew pasó los brazos alrededor de los hombros de los mellizos y no pude evitar sonreír de alivio. Reconfortaba saber que solo era soberbio, engreído y estúpido conmigo.

Nuera y suegra conversaban distendidas.

La abuela atenta y cordial, me dedicó una sonrisa cuando me senté a la mesa, a Catherine la presencia del vulgo le resultaba molesta y ni se dignó en torcer la cabeza. ¿Y era yo la que estaba a medio educar?

Los mellizos insistieron en sentarse a mi lado, y Jared lo hizo enfrente junto a la cuñadísima.

Nos sirvieron el primer plato y todos reclinaron la cabeza, bueno... todos no. Yo llevaba demasiado tiempo enfadada con Dios como para agradecerle nada y Matthew debía sentirse por encima de Él, así que en lugar de atender a la súplica de bendiciones se decidió a observarme con fijeza. Yo, cohibida, le retiré la mirada.

El canturreo de Catherine provocaba somnolencia. Esperaba no tener que ocupar esa mesa en muchas más ocasiones, pero de ser así, tenía claro cómo vendría vestida, alquilaría algún traje de época.

Los niños por respeto siguieron el ritual, a pesar de no estar bautizados.

Tras el Amén y la persignación posterior, todos levantaron de nuevo la cabeza.

—¿Por qué no nos has acompañado en la bendición de los alimentos? — indignada y sin parpadear esperaba ¿una disculpa?

—Para mí no es necesario. —Podía pedirle cuentas a su *futurísimo*, también le tocaba un pie el ceremonial.

—¡Oh Dios mío! ¿Eres atea? —pronunció como si fuera sinónimo de sociópata.

—No. Creo a mi manera.

—Enid, ¿consideras que Nuestro Señor está solo para las conveniencias? —En realidad a mí este Señor debía de tenerme ojeriza, sino ¿a qué aguantar a semejante tonta las coles?

—No, aunque si se dedica a bendecir tantas mesas a la vez es imposible encontrarlo dónde se le necesita de verdad. —De nuevo hizo la señal de la cruz y no me lanzó un crucifijo porque no debía de llevarlo a mano.

—Cathy, debemos de ser respetuosos y plurales. —Amén.

—Amor mío, entiendo tu filosofía, eres hombre... —¿Cómo? Mira que había llegado a escuchar excusas absurdas argumentando ideologías de lo más variopintas, pero justificar el ateísmo con el género, se llevaba la palma—, no obstante, juzgar su omnipresencia y esperar encontrarle cuando se le reclama, es muy egoísta.

—Enid no es egoísta —Joel salió en mi defensa, irguiendo la espalda y increpándole en tono serio. ¡Qué hombrecito más adorable!

—Joel, cielo... no importa —susurré. De continuar conversando sobre semejantes memeces se alargaría la cena, y yo no veía el momento de regresar a mi casa.

—Pero tiene razón y para una vez que tiene razón ¡habrá que dársela!

—De veras Isona, no ayudas...

—Pero es que...

—Vale... —siseé entre dientes—. Tú lo sabes, Joel lo sabe... los tres lo sabemos... por favor.

—¿Podríamos saberlo todos? —¿Ahora se interesaba? Tampoco era necesario tanto teatro delante de los niños.

—No es relevante.

—Lo cuento yo. —Joel no iba a retener la lengua si así conseguía sus minutos de gloria.

—Joel, calla.

—Cuando vivíamos en Barcelona cooperábamos regalando nuestros juguetes a otros niños menos afortunados. Los lavábamos en el patio y los reparábamos... ¿Te acuerdas Isona? —Su hermana asintió sonriendo.

—¡Menuda actividad más repugnante! ¿No es mejor comprarlos nuevos y entregarlos a los servicios de beneficencia?

—Seguro —afirmaba Isona molesta—, aunque no tan divertido.

—¿Y si lo hacemos este año también? —Me atraganté. ¡Qué tipo más impredecible!

—¡Sí! —Los niños saltaron entusiasmados. Yo seguía tosiendo.

—Enid, ¿nos acompañarás?

—No lo creo, además aquí hace más frío.

—Yo tampoco podré colaborar en esa actividad, prefiero extender un cheque. —Cómo iba a estropear la señora sus perfectas uñas esmaltadas...

—No solo es contribuir, es aprender a ser solidario. —Jared pareció volver de su ensimismamiento. Era la primera vez que le encontraba tan ausente, la conversación en el coche le había afectado demasiado. Si es que era esa su preocupación.

—Dar juguetes usados y viejos no deja de ser una manera de deshacerte de la basura acumulada. ¿A que estoy en lo cierto Enid? —No nos caíamos bien, era innegable, entonces, ¿por qué me hablaba?

—No. —Matthew se limpió las comisuras y rio moderado.

—Cathy, nuestra invitada no es muy dada a compartir sus apreciaciones. —Mientras él representaba el papel de su vida yo ideaba la manera de huir, podía excusarme e ir al aseo para escapar por la ventana. ¿Cuánto podría tardar en llegar andando a casa?

—Deberías de disponer de cierta soltura verbal... si tanto estudias. —De hartarme iba demostrarle mi soltura verbal popular.

—No creo que sea falta de léxico, Catherine.

Matthew buscó conectar con mi mirada, yo la esquivé.

Por suerte, Eleanor en un intento de modular el coloquio, se interesó preguntándoles a los mellizos qué deseaban por Navidad. Joel monopolizó la conversación, hubiera sido más práctico conocer lo que no le gustaba, sin embargo, a mí me fue de perlas.

A partir de ese momento, me mantuve totalmente al margen de la tertulia, ante pregunta directa, respuesta monosilábica. Mi opinión no iba a tenerse en consideración, ¿a qué exponer mi parecer?

Tras la cena salimos al jardín. Isona me enseñó las bases de la maqueta futurista. Estaba muy perdida y esa inseguridad le provocaba nerviosismo.

—Isona, primero nos centraremos en cuánto deseas avanzar en el tiempo, si un siglo... cinco o veinte, y a partir de ahí, centrarse en una zona del globo que desees maquetar.

—La zona está decidida.

—Y yo creo conocerla. —Nos sonreímos.

—Una vez todo lo anterior esté claro, esquematizamos... aunque me gustaría que el primer boceto lo hicieras tú sola. ¿Te parece bien?

—Genial. Quiero que sea espectacular.

—Verás como lo consigues. —Se sentó entre mis brazos apoyando su cabeza en mi hombro. Aún era una niña... a mí me encantaba tenerla así, arropada y protegida de ella misma.

—¿Has hablado con los *iaios*?

—Sí, os echan mucho de menos y Edith también.

—¿Podré volverlos a ver?

—Por supuesto. La *iaia* está dispuesta a viajar, y el *iaio*, en cuanto tenga un hueco compra los pasajes y los tienes aquí.

—Matthew quiere que le llamemos papá.

—Es lo justo, ¿no crees?

—No me sale.

—Es pronto.

—Joel se ha rendido a sus pies. —Se mostró molesta por eso.

—Y tú, ¿a qué esperas?

—No le conozco de nada.

—Has de ser más receptiva o no podrás disfrutar de lo maravilloso de tener un padre. Quiere hacerlo bien, intenta ganarse vuestro afecto. ¿Vas a ponérselo difícil? Para él es tan incomprensible esta situación como para vosotros.

—¿Y si no puedo quererle?

—¡Vaya una bobada! Yo no soy tu madre y me quieres un montón.

—No es lo mismo.

—Isona, en cualquier lugar donde haya tierra y una semilla puede germinar una flor si se riega un poquito cada día.

—¿Llegaré a quererlo tanto como te quiero a ti?

—El cariño no se mide, se siente... y estoy convencidísima que de darle una oportunidad, le querrás incluso más.

—La tipa no me gusta nada... no puedo con ella. —Ya éramos dos.

—Has de esforzarte, es la pareja que ha escogido papá.

—Es tan...

—Isona...

—¿Habrá estudiado?

—Menuda pregunta más absurda. —Quise restarle importancia, aunque yo

también me lo había planteado, sin embargo, no podía darle pie a la crítica y eludí ser sincera.

—¿Te marcharás después del verano?

—Esa es la idea, cielo.

—¿Puedes pensártelo?

—¿Quedarme algo más de tiempo?

—Ajá.

—Lo hablaremos más adelante.

—Vale.

Se hizo el silencio.

Alejarme de ellos iba a ser duro, no obstante, tuve la grata sensación de que estarían bien cuidados. Esperaba que aprendieran a controlar a Joel, que su padre ocupara su sitio y el orden regresara a su vida, siempre que Matthew no se dejara embaucar por su carisma y le cediera el trono.

Isona solo necesitaba recuperar la seguridad en el entorno, convertir la mansión en su hogar. Era desconfiada e inconformista, pero se adaptaría no tardando demasiado.

—Isona, cielo. —La abuela se acercó a nuestro sofá—. Deberías de acostarte, mañana has de madrugar.

—Enid, ¿me acolchas?

—¡Pero si es agosto!

—Por favor.

—Eres una chantajista emocional.

Cuando estuvo preparada se introdujo en la cama. Tiré de la sábana y me senté en el colchón.

—¿Vendrás mañana a recogerme a danza?

—Irá papá. El miércoles dormirás en mi casa, así que prepara una bolsa con tu pijama y muda de recambio.

—¡Genial!

Le di un beso en la frente y apagué la luz de la mesita. Me dirigí a la habitación de Joel, las rutinas debían de ser por duplicado si no deseaba estar una semana escuchándole renegar además de solicitar recompensa.

—¿Se puede?

—Sí.

—Venía a besuquear a lo más feo de toda la casa.

—No te creo, en mi clase las chicas flipan conmigo.

—¡Si eres un pipiolo!

—No importa, les he dicho que estoy pillado.

—¡Qué forma más elegante de atajar un conflicto!

—Estar bueno y ser popular, no es un conflicto.

—Ser un creído con el cerebro hueco, sí.

—¿Vas a empezar con lo de la belleza interior y esas cursiladas de Disney?
No se las cree ni Isona.

—No, aunque si lo mencionas es porque lo piensas.

—¡Eso es una chorrada!

—Si tú lo dices.

—¿Vendrás a buscarme mañana? Hay un chico del colegio mayor que le molas. Me regala mogollón de cromos de la Champions League y me ha pedido que os presente.

—Dile que estoy comprometida.

—¿Con el tito? —parecía confundido.

—Con el mayor granuja de diez años del mundo conocido.

—¡Guay!

—Nos vemos el miércoles.

Le di un beso y me marché.

Recorrí el pasillo hasta el balcón, ¿dónde se había metido Jared? Quería irme a casa, allí no hacía nada y necesitaba recuperar la paz que me había arrebatado aquel Prescott engreído y la princesa prometida.

—Está hablando con mi madre. —Me sobresaltó tanto la voz de Matthew a mi espalda que se me escapó un gritito—. No pretendía asustarte.

—No esperaba que estuvieras por aquí.

—Es mi casa. —Suspiré entornando los ojos—. Estaba deseándole a mis hijos felices sueños.

—Un gran gesto.

—También he estado atento a tu conversación con Isona, por si fuera preciso aclarar algún punto.

—Si lo prefieres puedo grabar las conversaciones privadas que mantenga con los niños, así lo compaginas con otra actividad y me listas las

imprecisiones.

—Tu talante orgulloso no combina con el de mujer conciliadora.

—No soy ni una cosa ni la otra.

—Entonces es todo un posado de buena voluntad ante mis hijos. Les convences de algo en lo que no crees y a mí me tratas inapropiadamente.

—Cualquier cosa que diga la he pensado antes. Lo que pueda opinar de ti como persona carece de importancia si tu comportamiento con ellos es el que se espera de un padre. —De nuevo aquella mirada intensa que parecía desnudar mi alma provocándome sudor de manos.

—Tu espíritu es digno de alabanzas, te muestras altiva cuando tienes tan poco a ofrecer... Te aplaudo —sus palabras me hirieron, mas estaba tan acostumbrada a disimular el malestar delante de los niños que le sonreí cínica.

—No pierdas tu tiempo en este tipo de ofensas tan pueriles, no son de tu clase.

—¿Te sientes por encima? —Llegué a pensar que su pretensión era verme llorar—. Asumir lo que somos nos hace mejores ¿no crees?

—No.

—¿Recuperamos los monosílabos?

—Matthew, si no tengo nada para ofrecerte ¿cómo esperas que responda?

Sonrió.

¡Qué buenísimo estaba cuando sonreía! Aquella mirada inmensa aleada con un gesto canalla lo convertía en el diablo con cara de diablo sexi.

—Enid, cielo, ¿dónde andabas?

¡Por fin! Mi capacidad de reacción estaba en servicios mínimos después de aquella sonrisa maligna, no iba a poder reanimarla a tiempo si la réplica era mordaz. Jared apareció en el instante más oportuno, salvándome de mi embobamiento.

—Me gustaría marcharme a casa.

—Cuando gustes.

—Bajo a despedirme de tu madre y de Catherine.

—Te acompaño.

—Y de mí, ¿no te despides? —Si algo pude sacar en claro aquella noche fue que Matthew Prescott era tan guapo como imbécil.

Jared, se volvió molesto, acuchillando a su hermano con la mirada. Un gesto sorprendente teniendo en cuenta las pocas veces que intervino en las

conversaciones o apoyándome.

—Buenas noches.

Tomé la mano de Jared con tal de mostrarme cercana a la única persona en la que confiaba y a Matthew le repateaba tanto la idea de que yo pudiera formar parte de su familia, que aquel insignificante ademán le borró la sonrisa de la cara.

A mi verle con el gesto contrito tragando inquina me ayudó a bajar las escaleras casi flotando, con esa sensación infantil de haber ganado una batallita, pequeña, poca cosa... sin embargo, era yo la vencedora.

De regreso a casa iba canturreando cada canción que sonaba a través de los altavoces, dichosa con mi victoria.

—*Paresues countenta.*

—Lo estoy.

—¿Has *podidou aclaruar algou* con Matt?

—No. Al contrario, creo que lo he empeorado... —Al parecer la respuesta le resultó divertida y lo demostró riendo.

—No te fies, *suelue sacuar ases de debajou* de la *mangua*.

—¡Ay, Jared! No me agües el momento. ¡Hoy ha triunfado la plebe! —Arrugó la frente sonriendo, confundido—. No me hagas caso. ¿Me vas a contar qué te ha pasado? O estabas callado o desaparecido.

—No *souportou* a Matt.

—¡Venga ya! Si siempre lo defiendes o lo disculpas.

—*Defiendou* la unidad familiar... Es un *malditou entrometidou...* *although he won't get away with it.*^[73]—Y esta última frase la pronunció entre dientes.

—Sé por dónde van los tiros... Y no vale la pena, Jared.

—*My mother se poun*e de su *ladou... and it are screwing me!*^[74]

—Te comportas como los críos. —Negó apretando los labios—. Si no te gusta, ¿por qué no pruebas a cambiar la situación? Es lo único bueno de ser adulto, poder hacer lo que nos da la gana.

—Es muy *sensillou habluar*.

—Y quejarse.

—¿*Ruecuerdas* que te *counté* que casi *pierdou* mi *empruesa*?

—Y que un soplo te salvó de la quiebra.

—*Otruas inversiounes repercoutieroun en mis bienes privadous... las deudas se acumulauron y los acruedoures comensaroun a reclamar... my car, my flat...*

—Vaya... —Me olí la tostada—. Y tu hermano te financió.

—*Invirtiou, la reflatuo y la reconvirtiou.*

—Bueno, Jared... eso no es criticable. La familia no solo ha de estar para reunirse a festejar.

—Es *souya*, Enid... no *disponguo* de *pouder* de *desisión*... *Was mine!*

—Cómprasela de nuevo. —Sus carcajadas parecían llamarme o tonta o ingenua.

—*¿Cómou consigo los fonduos?*

—Vende ese apartamento tan lujoso o alquílalo, pide un préstamo... habla con tu hermano y llega a un acuerdo de pago, o mira, mejor aún, véndele lo que te queda de ella y emprende un proyecto nuevo.

—No *quierou deshaserme* de mi *pisou*, ni *pedirlue* a Matt que me *coumpre* el *misuerable dies* por *siento* que *tengou*...

—Pues no lloriquees, Jared.

—Él *desidió* que *io seruia* un *sosio minoritaruio* de mi propia *empruesa*, *funciona*, da *benefisious*, *but*... *esou* no le da *deruechou* a *manuejar my life*.

—¿Y se lo has dicho así de clarito?

—*Siemprue terminuamos* en *pelea* desde *ninios*... no *sabemous comunicarnous* ni de *adoultos*.

—Te ayudó en un momento complicado, cuando podría haber mirado hacia otro lado.

—*Pour complasuer* a *my mother*.

—Pero lo hizo pudiendo no hacerlo.

—*¿Lo justificuas?*

—¿Yo? ¿A ese creído que no pierde la oportunidad de dejarme a la altura del betún? No, en absoluto, sin embargo, aunque me moleste admitirlo, contigo dio la talla.

—*Siemprue obtiene aquellou* que *io deseou*... es *odiosou*.

Me acompañó hasta la puerta del patio como era habitual en él, aguardando a que abriera la cancela y cerrara tras de mí.

Antes de pasar como también era costumbre, me giraba para darle un beso en la mejilla, entonces sujetó mi nuca con ambas manos y me atrajo hasta sus

labios para besarme apasionado y demostrando que deseaba... más.

Y no me hubiera importado continuar si mi cuerpo se hubiera mostrado cooperante. No hubo respuesta a su efusividad, simplemente una sensación desagradable de estar besando al papel de una foto.

Sin brusquedad me separé de él.

Suspiró.

—Enid...

—Por favor, Jared... para mí es violento... yo no...

—*Well, I won't insist. I'll call you.* [\[75\]](#)

—Pásate el miércoles, Isona está en casa, cenaremos pizza.

—Ok.

Y me besó de nuevo, esta vez tierno, sin segundas intenciones.

Jared era bueno, agradable, sincero, me encantaba compartir tiempo con él, sin embargo, su conformismo me había desencantado alejando la perspectiva de un nosotros. Tampoco sumaba a su favor esa necesidad de mantener una posición social a la que sin ayuda no alcanzaba, sometiéndose por dinero a las exigencias de su hermano.

Me acurruqué en la cama desnuda y notando la suavidad de las sábanas sobre mi piel, cerré los ojos.

La brillante mirada de Matthew Prescott unida a su sonrisa sexi y canalla se dibujó con su perfección en mi mente.

Era un cretino que intentaba por todos los medios alejarme de los niños con tal de que solo se refugiaran en él, y por conseguirlo me humillaba haciéndome sentir una hormiga.

Yo jamás me interpondría en la relación con ellos, los adoraba, ¿cómo poner trabas a su felicidad?

Ni mi intención pasaba por arrebatarme el puesto de padre ni que me concediera una medalla por cuidar de ellos durante diez años.

—Pues se va a tener que *ajo-aguar*, no voy a abandonarles. Tomé una decisión y seguiré fiel a ella hasta el final.

Dedicarle minutos antes de dormir al más egocéntrico de los Prescott induciría otro episodio de pesadillas, de aquellas vívidas y del todo imposibles.

GUERRA



SIN TREGUA

Y llegó el miércoles.

Aún debería de agradecerle al rey de Corte Borde la programación de horarios, al parecer se le daba mucho mejor que a mí, tuve tiempo suficiente para preparar mis controles de nivel y centrarme en los requerimientos para el concurso de adjudicación del museo.

Comencé por empaparme sobre el perfil arquitectónico y su evolución histórica con tal de conocer la cultura y los gustos de sus habitantes. También introduje en el programa de diseño la ubicación exacta para adaptar mis conocimientos a su orografía. La idea pasaba por no causar grandes impactos visuales, sino su integración en el entorno sin pasar desapercibido; un espacio vanguardista sin estridencias, que enriqueciera y mejorara la estética de la ciudad manteniendo su espíritu.

Ahí empleaba las diecisiete o dieciocho horas que pasaba despierta, después, durante el sueño, seguían los enfrentamientos entre clases sociales

con Sir Matthew Prescott, que al parecer me había afectado más de lo que a mí particularmente me perturbaban aquellas simplezas.

Mientras Isona acababa con las tareas escolares de la mañana yo preparaba la cena. Jared debía de estar a punto de llegar.

Cuando sonó el timbre ya sabíamos que era él.

—Isona, abre a tu tío.

—Voy.

Los escuché bromeando en el porche y salí a recibirle secándome las manos con un paño de cocina.

El beso en la mejilla fue muy tierno, más intenso que el de un saludo.

—¿*Cómou* va el *proyectou*?

—Mira, tito, este es el boceto inicial.

—*Wow! It's amazing... Congratulations!*^[76]

—Iní, a ti qué te parece.

—Justo lo que ha dicho tu tío... muy *amazing*... —Arrugó el entrecejo sabiendo que a mí no me convencía.

—¿No te gusta?

—¿No tenía que ser realista?

—Enid... no te *pasues* con la *ninia*. *Estuá genuial*... es muy *imaginativou*.

—Como diseño de expresión libre, está de diez. Yo, como diorama de ciudad futurista creíble, lo encuentro surrealista.

—Me gustaría que fuera Barcelona —manifestó desilusionada.

—Y puede ser, pero has de visualizar el mundo en el momento que proyectas. Te recomendaría que no te centraras en un punto concreto.

—¿Por?

—Si aplicamos la lógica, hay pocas posibilidades de que, avanzando siglos, existan zonas terrestres. —No hizo falta facilitarle más datos.

—¡Claro! El nivel del mar habrá subido debido al deshielo de los polos.

—¿*Esou* también vais a *tenerlou* en cuenta?

—Eso determina en gran medida el tipo de ciudad que se ha de prever.

—Tiene *dies anios*... *for God's sake!*^[77]

—No le estoy pidiendo que haga el cálculo de la deriva de los continentes, Jared.

—Tito, tiene razón. Esto es muy Matrix.

—Veamos... sin ser catastrofistas, sabemos que habrá mucha agua y poca tierra firme, ¿dónde podríamos ubicar una ciudad?

—¡En el océano!

—Exacto.

—Plataformas... —Comenzó a dibujar con media lengua afuera.

—Sí... eso ya me gusta más. Debemos de pensar en puertos, helipuertos y canales submarinos... Los podríamos interconectar así.

—*Neselitaremous alimentarnous and ruespiruar... pintau algou verdue...*

Poco a poco la ciudad fue tomando forma sobre el papel. Quedaba mucho trabajo por delante, había que confeccionar las plantillas en tres dimensiones de edificios, mobiliario, organizar el entramado urbano, los servicios públicos... y después modelar las piezas en *porexpan*.

Ni nos molestamos en cenar en la mesa. Pat se unió a nosotros y sentados en el suelo fuimos dando forma a las piezas más sencillas.

Disfrutamos con la labor a pesar de que las virutas blancas se adherían con la estática a la ropa y al cabello.

—Isona, despídete del tito. Mañana hay cole.

—¿Ya? —me esperaba la queja—. Si no hay casi nada hecho.

—Tenemos un mes para acabarlo.

—Nos vemos mañana, tito. —Le dio un beso y él la levantó en volandas.

—*Intentarué pasuar maniana pour casa.*

—Te acompaño a la puerta. —Isona rio especulando.

—*See you*^[78], Jared.

—*See you*, Pat.

En las noches ya refrescaba y me abracé a mí misma para no perder calor.

—*¿Cuándou recouges a los ninios?*

—El viernes. Dejaré a Joel en Taekwondo e Isona vendrá a casa. Luego los llevaré a ambos a la mansión.

—*Quedauté a senar*, los viernes Matt *sacua de paseu* al *chuchou*.

—¿Qué chucho? —Sonrió con picardía—. ¡Ay, Jared! Es tu cuñada.

—A Matt solo le *interesua* su *titulou* de *coundesa*. Su *family* lo *coumprou* a *my mother cuandou my father se marchou*...

—¿Y se casa por recuperar un título rancio que no sirve de nada?

—La *family* de Catherine no lo *venduerá*.

—Y él seduce a Catherine y lo recupera con el matrimonio. —Me parecía estar leyendo una mala novela basada en romances básicos de siglos pasados.

—*Yes*.

—¿Y ella? ¿Sospecha algo? —Encogió los hombros—. Bueno, las conveniencias en ocasiones unen más que el amor.

—*Siemprue que outra moujer no se crouse y le remueva sentimentous que ni conose*.

—O un hombre... Ella es muy hermosa.

—*Perou estuá tan vasía...*

—Eso a mí me toca un pie, no pienso casarme con ella.

Tras mirarnos se nos escaparon las carcajadas.

Se despidió dándome otro beso tierno, esta vez más cerca de los labios. No hice ademán alguno que le invitase a ser algo más apasionado y con las manos en los bolsillos, se marchó.

Isona se acostó en mi cama, dormiríamos las dos juntas, y tras desearle felices sueños, regresé al salón con Pat a recoger todo el tinglado.

Nunca tuve demasiadas mejores amigas, bueno, siendo franca, solo tuve una a la que otorgarle el título, Evelyn. Sin embargo, nuestra relación estaba ligada a la educación de los mellizos sin preocuparnos de otros menesteres ni de nosotras mismas, como si no tuviéramos identidad propia.

Por eso siempre me posicioné en el plano cómodo de distanciarme de las dificultades ajenas, sin contemplar la posibilidad de que preguntando «¿cómo te encuentras?», ayudaba.

Durante mi adolescencia había estado tan volcada en observar cuanto sucedía a mi alrededor para ser el centro, que cuando me di cuenta de mi estupidez opté por seguir sola.

Pat reunía todas las cualidades indispensables para considerarla amiga: calidad humana, inteligencia y sentido del humor. Como deseaba conservar su amistad, debía de demostrarle que era digna de su confianza, y por lo tanto, hacerle notar que me preocupaba.

Llevaba unos días observándola y tuve la sospecha de que algo le sucedía, pero me debatía entre esperar a que ella tomara la iniciativa o preguntar yo.

¡Bah! Mejor ser directa y si prefería no compartirlo conmigo, que no lo hiciera.

—Pat, ¿qué te pasa?

—Nada. —El suspiro que añadió, cambió el nada por un todo.

—Yo creo que algo, sí. No insistiré, aunque de necesitarme... ya sabes.

Y de repente, rompió a llorar desconsolada con el cabello repleto de bolitas blancas, como si fuera la muñequita dentro de una esfera de nieve.

En silencio, le saqué de las manos los papeles arrugados y le di un pañuelo.

—Me ha utilizado. —Tragó saliva cabizbaja.

—¿El tipo con el que cenaste hace unos días?

—Me gusta mucho, pensé que había algo especial. No tengo facilidad para relacionarme con el sexo opuesto.

—Lanzarse siempre cuesta.

—Yo confundí las señales.

—Vaya —cuando no sabía qué añadir, lo solucionaba con un vaya.

—Nos hemos estado viendo durante un semestre de forma esporádica. Pensé que nuestras profesiones eran muy absorbentes y nos costaba compaginar nuestro tiempo libre. Hoy me he enterado de chiripa que está casado y tiene dos hijos. —¿Lo raro es que sacara tiempo! ¡Valiente estafador de sentimientos!

—Vaya.

—He sido un entretenimiento entre horas.

—¿Quieres decir? —A mí me resultaba cansado que otro con tantas responsabilidades manejara el engaño por obtener sexo eventual.

—No comprendo.

—¿Has hablado con él?

—¿Para saber si me usa para sus escauceos?

—Con esas palabras no, pero sí.

—¿Cómo voy a preguntarle eso?

—Entonces, ¿cómo vas a saberlo?

—Está casado.

—¿Y si cree que eres especial en su vida?

—¿Y si soy el polvo de desahogo? Si engaña a su familia, ¿cómo puedo confiar en sus justificaciones? —Ahí estábamos de acuerdo.

—Habla con él y sé franca.

—¿Y si me miente? ¿Y si me va dando largas porque no quiere dejar a su esposa?

—¿Tú quieres que la deje?

—Yo no quiero formar parte del engaño. Me siento una porquería.

—¿Qué responsabilidad tienes tú? El del compromiso familiar es él.

—Estoy tan decepcionada conmigo misma.

—¿Por acostarte con un hombre casado?

—Por no darme cuenta.

—Estás demasiado acostumbrada a utilizar reactivos químicos para obtener respuestas. Esto no es un virus o una bacteria, sucede por encarte. Si él lo oculta, ¿cómo demonios pensabas averiguarlo? La verdad no viene escrita en lo blanco de los ojos. —Suspiró sorbiéndose la agüilla que le caía de la nariz.

—Tienes razón, cuando sea capaz de controlar mis emociones hablaré con él, para saber si me enfrento a una gripe o a una bronquitis.

—O solo es un montón de mocos. —Se nos escapó la risa y la silenciamos tapándonos la boca por no despertar a Isona—. No subas a tu piso, cabemos las tres de sobras en la cama.

—Voy a buscar el pijama y bajo.

—Prepararé un tazón de chocolate.

—Plan de recuperación. Enid.

—Dime.

—Gracias.

—A ti.

Sentí un repunte de envidia, obviamente no por la angustia del engaño, no me consideré jamás tan necia, sino por disponer de esa capacidad para diferenciar el amor del mariposeo.

Yo debía de ser el eslabón perdido, un individuo con carencias hormonales que no necesitaba ni compañía masculina ni el sexo como forma de expresión afectiva.

Cuando escuché los pasos de Pat bajando las escaleras llevé las tazas a la mesa auxiliar y busqué el canal internacional.

—¿Qué dan esta noche? —Cerró la puerta despacio.

—La Milla Verde.

—Me gusta esa película.

—Siempre lloro cuando la veo, me afecta la muerte del ratoncito.

—¡Enid, serás! Espero que lo digas en broma.

—Por supuesto. —Y crucé los dedos detrás de la espalda.

—Eres genial... por eso siempre quise ser tu amiga.

—Eso sí que es broma, ¿verdad? —Negó—. En esa época no me hubieras aguantado.

—Entonces te he conocido en el mejor momento.

—No sé yo...

—Yo sí lo sé.

—Isona. Joel... ¡Basta ya!

—¡Pero si ha empezado él!

—Y has continuado tú... ¡Quiero que os calléis los dos! —Eran como el fuego y la pólvora, no estaban juntos un segundo que no conseguían hacer estallar algo o a alguien, por lo general... a mí.

Llegaron a casa y aún renegando, bajaron del coche cerrando cada uno de tal portazo que el pobre trasto tembló.

—¿Qué les *pausa*? —Jared se aproximaba para darme el beso de rigor con gesto contrariado.

—Una que se cree muy adulta y el otro que es un creído. Estoy por sacar del bolso los *cleanex* y meter cinta americana.

—Hola querida.

Eleonor, siempre elegante, también se acercó para saludarme con un beso, aunque en realidad solo pegaba sus pómulos a los míos. ¡Vamos, igual a mi abuela Edurne, que repartía treinta besos bien prietos en diez segundos!

Nos dirigimos al jardín. Estábamos a finales de octubre, las mañanas eran tibias y aunque el sol seguía siendo el protagonista no llegaba a calentar.

Sentándonos en las sillas de exterior, dejamos a las fieras defendiendo sus bobadas.

—¿Eleanor cómo se encuentra?

—Mejor, aunque entre nosotras, hacía mucho que no lo pasaba tan mal con una simple gripe. Debe de ser la edad que no perdona, querida...

—Se ve perfecta, no sufra por eso.

—Acepto el elogio y me lo creo.

—¿Por qué no nos acompaña al cine? —Jared giró el cuello mirándome como si estuviera tarada.

—Te agradezco el gesto, querida, pero esta noche mi hijo y mi nuera asisten a un evento de arte y me he comprometido con ellos.

—Espero que lo disfruten —mentí, esperaba que fuera aburrido y poco interesante.

Antes de que a la abuela le diera tiempo a describirnos de qué se trataba, un grito clamando mi nombre nos sobresaltó a los tres.

De aquella tarde no pasaba que les cosiera la boca.

Se gritaban en catalán, con la idea de que nadie los entendiera y captar mi

atención. Yo me estiré cerrando los ojos, como si estuvieran utilizando el sueco.

—*Iní! La Isona vol triar ella la pel·lícula.* [\[79\]](#)

—*Em toca a mi.* [\[80\]](#)

—*Això no es cert!* [\[81\]](#)

—*Ah, no? Tu vas canviar el teu torn pels deures de mates el dilluns passat?* [\[82\]](#) —Increíble... Y eso sin ser gemelos idénticos del mismo sexo.

—*Però... Els vas fer malament a propòsit!* [\[83\]](#) —Conociendo a su hermana debería de habérselo imaginado... ¡Qué inocente era!

—*No es veritat.* [\[84\]](#)

—*Bah, Isona! Els teus estaven bé.* [\[85\]](#)

—*Els vaig fer el divendres i estava més desperta que el diumenge.* [\[86\]](#)

—*M'han baixat la nota per culpa teva. Et creus millor que ningú i ets idiota.* [\[87\]](#)

—*Idiota tu, que no saps fer quatre operacions.* [\[88\]](#)

No solía tomar partido por ninguno, sin embargo, no consentía los insultos, y como al parecer ni la abuela ni el tío tenían pensado atajarlo, incorporándome, abrí los ojos.

—¡Tú y tú! Se acabó. Me levantáis dolor de cabeza.

—*Iní... es que tinc raó.* [\[89\]](#) —Joel, modulaba la voz para llevarme al huerto.

—En primer término, os he dicho en infinidad de ocasiones que, cuando estéis en presencia de personas que no hablen ni castellano ni catalán, utilizéis un idioma que todos entiendan... ¿Sí?

—Sí —corearon.

—En segundo lugar, ¿desde cuándo me importan a mí vuestras disputas?

—Él cambió su turno.

—Isona, no me importa. Os tendría que dar vergüenza mercadear con las tareas del cole.

—Yo hice las mías. —Le lancé una mirada de advertencia para que cerrara el pico. Algo que sabía de antemano que no iba a suceder.

—Los dos sois igual de irresponsables. Tú —me dirigí a Joel impidiendo que replicara a su hermana—, por pedir que te las hagan y pagar por ello. Que te hayan bajado la nota es lo mínimo, yo te hubiera suspendido... a fin de

cuentas, no has demostrado que las sepas hacer.

—¿Ves, tío listo?

—Y tú, no te las des de estupenda. Aceptaste y tu obligación era hacerlas bien.

—¡Así que elijo yo! —Joel con sonrisa triunfal celebraba su victoria con un improvisado baile irritante.

—¡Sí hombre! Tus películas son una...

—La escogeré yo. —Isona me miró con la boca tocando las rodillas—. Sí, chavala, no me mires así. Me tienes saturadita de películas de zombis depresivos, vampiros románticos, casas llenas de espíritus o muñecas que hablan y se mueven sin pilas, y por descontado... —Me volví hacia Joel. — Las súper arañas con exceso de cesio, los súper galápagos con *katana* y antifaz o cualquier súper ser que se vista con pijama y los slips por fuera... ya te digo desde este instante que súper no.

—Pero...

—Pero nada. Y no quiero una voz en toda la tarde porque os amordazo, ¿entendido?

—¡No es justo! Me tocaba a mí... ¡No es justo!

—Tampoco es justo que exista el hambre en el mundo, y mira, habiendo recursos nadie la erradica.

—Voy a buscar mi chaqueta. —Joel de un salto se marchó.

—No es justo... —La miré pestañeando—. Ahora vuelvo.

Ella era inconformista de gnosis y no le convencieron mis argumentos, no obstante, como nada iba a conseguir insistiendo se fue con los pies al jorro.

No se habían disipado las voces de los mellizos protestando que resonaron carcajadas a mi espalda y entre ellas las del amo del castillo.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, Enid. Me ha resultado interesante esa manera tan peculiar de solucionar los conflictos.

—No sé otra, no me he formado para eso.

—Deberías, no son las más adecuadas —tercera frase y primer reproche. Este hombre siempre estaba con la espada en alza.

—¡Por el amor de Dios, Matt! ¡Ya me gustaría a mí zanjar los temas con esa facilidad! —Jared salía en mi defensa y me sorprendió el tono.

—Son niños de diez años, la mordacidad sobra. Cualquier psicólogo

infantil lo desaconsejaría.

—En tal caso, haber puesto orden tú. —Me gustó aquel Jared.

—¿Yo? Conmigo jamás hay discusiones, solo se enfrentan entre ellos cuando Enid nos honra con su presencia —si pretendía acusarme de algo podía limitar la carga irónica, ni tan siquiera encontré ingenioso el comentario—. De hecho, creo que llevamos días sin coincidir.

Matizó enseriando el gesto, retándome con la firmeza de su mirada a contestar. Me arrepentí de no haberle pedido a Jared que bajara él con los niños... porque evitando la ocasión sorteaba el peligro o las ganas de asesinar a un estúpido prepotente.

—Hemos estado ocupados con el diorama.

—Espero que no retrases la entrega de la maqueta, Isona es muy exigente y no me gustaría que se disgustase.

—El viernes que viene lo podrá presentar sin falta.

—Es un trabajo excepcional, de matrícula. —Encontré a Jared más dispuesto a plantarle cara a su hermano, impidiendo que me enfrentara yo.

—Lo podremos comprobar en la sala de actos. Isona insiste en que estés presente... si es que todas tus obligaciones te lo permiten. Si lo deseas, puedes acompañarnos.

—Haré un hueco —el desaire con el que le acepté no fue de su agrado y me observó con tanta dureza que cohibida volví la cara. Era una contestona de pacotilla.

—¿Y qué película tenéis previsto ir a ver? —La condesita, que había estado muda y distraída, despertaba, y si bien la pregunta no parecía ser malintencionada, por prudencia preferí ser parca.

—Una divertida.

—Siempre tan tajante. Eleonor, ¿contigo también es tan poco comunicativa?

Ellas se entendían a la perfección, hablaban el mismo idioma, y no me refería al inglés.

La suegra iba introduciéndola en los ambientes selectos de la alta sociedad compartiendo los cotorreos sobre los fulanitos y menganitos que formaban parte de aquel mundo exclusivo.

Conmigo la abuela de los niños se mostraba cordial y cariñosa, aunque yo me sentía más cómoda considerándome miembro de los empleados de la mansión.

—Jared, ¿nos marchamos?

—Sí... los chicos ya deben estar listos.

—Isona y Joel, venid a despediros.

Bajaron las escaleras al trote y jugueteando entre ellos, una tregua momentánea, antes de subir al coche volverían a engancharse por alguna memez.

Ambos besaron y abrazaron a su padre, él sonriendo, despeinó a Joel y a Isona le acarició la mejilla.

Era lo único que me agradaba de aquel tiparraco, su comportamiento con los niños. Tampoco debía de gustarme nada más, aunque hubiera deseado un trato más amable o menos corrosivo...

Me fijé también en lo guapo que era, sobre todo cuando sonreía. Ser más borde que la esquina de una mesa no le restaba atractivo, ni aumentaba mi aversión hacia él, algo que consideré insólito y poco lógico, aunque carente de importancia.

Catherine, por el contrario, me provocaba repelús, y no solo por su manifiesto desinterés con los mellizos a los que besaba sin tocarles la cara, sino por ser ella.

—Espero que disfrutéis —quise ser atenta con Eleanor.

—Gracias, querida.

—Hasta el miércoles, Enid —cada vez que Matthew pronunciaba mi nombre, mi estómago se contraía, ¿cómo podía intimidarme tanto?

—Adiós.

Salimos ¡por fin!

—¿Recogeremos a Pat?

—Nos espera en el cine.

—¿*Dónde os apetese senar, chicous?* —¿cómo se le ocurría preguntarles eso!?

—¡Chino!

—Mejicano. —Estaba convencida de que Isona lo hacía por llevar la contraria.

—Cenaremos pizza.

—Pero...

—Pizza.

Jared me dedicó un guiño de complicidad y una sonrisa.

Al llegar, Pat ya esperaba y los chicos se lanzaron a sus brazos. Siempre mostraban efusividad con todo aquel que les ofrecía afecto y confianza.

Escogí una *americanada*, un filme con un actor guapetón y una protagonista perfecta, llamados a salvar la existencia humana. No era para concederles un Oscar en nada, pero entretenía.

—¡Iní! ¿Has visto cuando...? ¡Boom! He notado el estallido en el pecho.

—Y la chica era una pasada... yo quiero pensar tan rápido como ella, quiero un chip en mi cerebro.

—Hija, si ya cuesta encontrar argumentos para rebatirte sin una réplica por tu parte... con un chip serías la cosa más repelente sobre la faz de la tierra — atestigüé abrazándola. Todos reímos y ella me sacó la lengua.

Entre bromas llegamos a la pizzería y ocupamos una mesa redonda.

—Enid, ¿compartimos una? —sugirió Pat.

—¿Enid, compartir comida? Si es capaz de comerse la suya y la tuya. — Joel siempre dando información de más.

—¿Y dónde lo metes?

—*Io* también me lo *preguntou*.

—Conseguiréis que me sienta una tragaldabas. —Jared frunció el ceño confundido.

—Que come sin límite, tito. Aunque en casa de papá no toca el plato —en hablar de más sí que eran pastados los mellizos.

—¿No te gusta cómo cocina Maud?

—Joel, Maud cocina de maravilla.

—¿*Entounses?*

—He de guardar la línea. ¿Pedimos? —Me escondí tras la carta. No iba a dar explicaciones sobre los motivos por los cuales mi apetito se esfumaba en la mansión Prescott.

—Pat, yo sí compartiré la pizza contigo.

—De acuerdo, Isona... mi estómago no es de rumiante.

La cena fue un continuo probar de platos ajenos, algo impensable en los envarados festines de aquella elegante familia.

Una vez dimos por finalizada la velada, Jared nos dejó en casa y él se llevó a los chicos de nuevo a la mansión.

—¿Te apetece tomar algo?

—Enid, ¿estás segura de que te cabe algo más?

—Bebida... de adulto.

—Ah, vale.

Saqué los escasos licores que tenía en casa y ella bajó con una botella de cava.

—Creo que es del bueno... Lo digo por la botella.

—Me lo envió mi padre en Navidad.

—Vaya.

—Vaya, ¿qué?

—¿No fuiste a casa?

—No, ni este año tampoco lo haré.

—No tengo copas... —Le enseñé un par de vasos.

—No tengo manías.

Abrí la botella en el fregadero, no me consideraba ordenada, pero valoraba la limpieza y eso de que se me engancharan los pies al caminar me daba grima de escalofrío.

Vertí en los vasos el espumoso y brindamos, sentándonos en los taburetes de la cocina con el discreto arsenal de bebidas espirituosas delante.

—No me has preguntado porqué.

—¿Por qué? —Río.

—Eres muy rara.

—¿Lo dices en positivo o en negativo?

—Cuando dejas que te conozcan... para bueno.

—Gracias... supongo. —En esta ocasión reímos las dos y brindamos otra vez. Rellené los vasos mientras ella se miraba las manos.

—Mis padres no están pasando una buena temporada.

—Vaya.

—¡Ay, mira! ¿A qué darle tantas vueltas? —Me encogí de hombros ante la reacción, no era usual que se exaltara, la visceralidad era cosa mía—. Mi madre se largó de casa con otro tipo.

—Vaya.

—Enid, ¿puedes decir algo más interesante a «vaya»?

—Este cava sabe a champagne... ¿más?

—¿Enid? —Rellené el vaso otra vez.

—Pero... a ver, ¿tus padres se querían?

—¡Menuda pregunta! Pues... ¡claro!

—Vaya... —Me tapé la boca, mis «vaya» iban por libre, no los controlaba dentro del vocabulario—, lo siento, quise decir... ¡caramba!

Qué mal llevaba las confidencias íntimas entre amigas, me gustaba compartir con Pat, pero, como no tenía experiencia, andaba nadando en lodo. Sin embargo, ella, tras observarme en pestañeo incesante, rompió a reír a carcajadas, y yo, sin acabar de entenderla, también.

—No, Enid... si se hubieran querido no se hubieran dejado —confesó tomando otro trago.

—Las relaciones se desgastan...

—Eso no es una ley física, las relaciones se echan a perder por no saber compatibilizar vida laboral, social y de pareja...

—Sí, —afirmé sin tener ni idea—, lo interesante es poder buscar hueco para todo.

—Lo más triste es que ambos solo se ponen de acuerdo para señalarme como el único motivo por el que se mantuvieron juntos.

—Y te hacen sentir culpable por alargar su infelicidad. —Suspiró y le dio un nuevo trago a la bebida. La acompañé pensando que estábamos bebiendo demasiado.

—Enid, tienes razón... este cava está delicioso.

—¡Brindo por el cava navideño! —Bebimos.

—Y yo por los padres que ponen excusas tontas. —Un trago más.

—Y yo por los tontos. —Más sorbos.

Con aquellos brindis escurrimos la botella. La efervescencia hacía mella en el estómago y sobre todo en el cerebro.

No le dimos importancia a aquellos pequeños síntomas de embriaguez y comenzamos a tastar el licor de cereza.

El exceso de alcohol iba en detrimento de la expresión oral, ralentizándola, además de asociarse con risas ridículas semejante a la de las hienas histéricas.

También favorecía las confesiones dolorosas... pasando de la alegría a la pena sin detenernos en la casilla de salida.

—La muerte de mi madre convirtió a mi padre en un ser hurraño, volcado en exclusiva en su profesión... yo no fui de gran ayuda, que me fuera a vivir con Evelyn aún favoreció a ensombrecer su carácter jovial.

—Es que... *juff!*, no debió ser fácil.

—Nadie se puede hacer una idea aproximada. Él se culpabilizó porque sus conocimientos no fueron útiles para salvarle la vida.

—Es una eminencia, si él no pudo salvarla... nadie podría haberlo hecho.

Asentí removiendo el vaso y mis recuerdos. De nuevo los rellené con licor de... grosella... *Cassís*, acerté a leer.

Seguimos bebiendo.

—Está muy rico.

—Pat... la estoy pillando.

—¡Bah! Si nos emborrachamos en casa no comprometemos nuestra imagen pública.

—Pues, ¿un poquito más de este?

—Echa. ¿Y cómo se recuperó tu padre? He ido a varios seminarios suyos y es un placer escucharle. Se expresa con sencillez, a pesar de que la micro neurocirugía pediátrica de simple no tiene nada.

—Medio año después comenzó a salir con Amaia, su secretaria.

—Vaya.

Arrugué el ceño... y comencé a reír a carcajadas. Las dos acabamos llorando de la risa como borrachas habituales.

—¿Cómo te lo tomaste? —indagó aún riendo.

—Fatal. Me enfadé tanto, pero tanto, tanto... creo que jamás he dicho tantas barbaridades ni tan alto a nadie en mi vida.

—Recapacitaste... eso cuenta.

—Fue cosa de Evelyn. Después de desahogarme como una estúpida niña malcriada y egoísta, donde cuestioné los sentimientos de mi padre hacia mi madre por no haberle guardado un tiempo mínimo de duelo, me hizo abrir los ojos con una sola pregunta...

—¿Cuál?

—¿Serías capaz de medir ese tiempo? —Comenzó a darle vueltas con el dedo índice al borde del vaso, pensativa.

—Enid, llénalo. —Abrí la botella color azul... *Curaçao*...—. ¿Cómo era Evelyn?

—Rubia, esbelta, algo lánguida, inteligente... excepcional.

—¿Inteligente? ¿Y se enamoró de Matthew Prescott? ¿El mismo que en lugar de hablarte te escupe?

—Para quedarse embarazada no es imprescindible quererse... con follarse,

basta.

—Vaya.

Estallamos de nuevo en carcajadas.

No sabría decir cómo pasamos de tratar temas familiares a confiarnos recuerdos bochornosos de nuestros inicios con el sexo.

Criticamos entre risas a los imberbes muchachos y tan inexpertos como nosotras, que no aportaron demasiado a nuestras vidas ni a nuestra trayectoria sexual.

Incluso con la merluza que llevaba, tuve claro que iba a alargar mi temporada en Pensilvania. ¿Cómo separarme de los mellizos? ¿Cómo alejarme de Pat?

Hubiera sido maravilloso si el estirado de Matthew no me viera como una amenaza o me ignorara, en lugar de vapulearme cada vez que se cruzaba conmigo.

—¡Ya va!

Abrí un ojo. A duras penas era capaz de sujetar mi cabeza sobre los hombros.

El timbre se había propuesto horadar mi cerebro como un trépano, pero con percutor.

Pat estaba tirada encima de la alfombra, al incorporarme del sofá el mundo giró en una espiral borrosa... ¡Resaca! ¡Maldita resaca!

Corriendo torpe y desgarrada, me llevé la mano a la boca camino del baño.

De rodillas en el inodoro vacié el estómago de líquido pestilente. El zumbido del timbre seguía agravando el malestar.

Me senté junto a la taza.

Medio minuto después, Pat entraba tambaleándose. Tuve el tiempo justo para pulsar la cisterna y que vomitara en limpio.

El timbre iba a acabar por volverme loca.

—Quiero que se calle. —Exigía Pat con la cabeza dentro del retrete.

—Como sea Jared, le voy a arrear tal patada en el culo, que va a regresar a su ático en «cero coma».

—Afortunada tú que puedes levantar el pie y atinar en el trasero.

—Ahora te lo confirmo.

A duras penas logré enderezarme. Comprobé que iba con todas las prendas imprescindibles para abrir la puerta y salí al patio.

Hacía frío, el cielo plomizo avisaba de que los días apacibles y otoñales comenzaban a tocar su fin.

Comprobé por la rejilla de la puerta que el tipo no era Jared. Había tenido suerte.

Me sonaba, aunque obligar a mi cerebro a esforzarse en recordarle podría provocar su estallido.

—Hola. Debes de ser Enid.

—Hola... y tú ¿debes de ser...? —Sonrió. Era un hombre atractivo de unos treinta y cinco años. Le tenía visto, pero ni sabía dónde ni cuándo.

—Stephen Ward —como si me hubiera dicho Carl Spencer, me quedé igual, y debió leerlo en mi gesto, porque se decidió a darme más datos—. Soy amigo de Pat.

Y entonces caí qué amigo era y qué aficiones compartían...

—Stephen, he de preguntar a Pat si quiere hablar contigo.

—Será un momento.

—No es cuestión de tiempo, no voy a dejarte entrar si ella no me lo permite.

Cerré la rejilla y girando sobre mis pies regresé al apartamento.

—¿No era Jared? —Removía un vaso con sal de frutas sorprendida al verme entrar sola.

—Vas a necesitar algo más fuerte que el bicarbonato... No era Jared, es Stephen. —Salió corriendo hacia el baño. La seguí parándome en la puerta sujetando mi cuerpo en el marco—. Está en la calle, si no quieres verle o no crees que sea la ocasión apropiada, yo se lo digo.

—¿Y a qué ha venido?

—Pat, hija... ¡a dejarte el periódico! —Cerró la tapa del wáter y se sentó masajeándose la sien—. Llevas evitándole un mes.

—¿Qué hago? ¿Qué le digo? —Buscaba mi mirada pidiendo ayuda.

—Voy a salir a coger algo de comida suave, así me espabilo y os doy el espacio que necesitáis. Entra en la ducha, despéjate, coge ropa de mi armario y cuando estés lista, ábrele tú.

—Estoy a punto de hiperventilar.

—Mientras no le vomites encima...

Me cepillé los dientes a toda velocidad, recogí las botellas apilándolas dentro del fregadero, y sin cambiarme, me calcé las deportivas y marché.

—Vas a tener que esperar un poquito más. Ahora saldrá a recibirte ella.

—Gracias.

Mi aspecto era pésimo y el día no se prestaba para ponerse las gafas de sol. Intenté pasar desapercibida colocándome la capucha.

Callejeando llegué al centro y me senté en el primer banco, aunque en realidad el cuerpo me pedía estirarme. No lo hice por miedo a que la policía me recogiera confundíendome con una sin techo pasada de vino barato.

El frío consiguió desperezar poco a poco la ebriedad de las neuronas.

Cavilaba en cosas peregrinas, sin demasiada conexión, repasando conversaciones difuminadas debido a la ingesta y mezcla de licores.

Ni sé cuánto estuve allí contemplando el parque solitario por culpa de la meteorología, hasta que una gota cayó sobre mi nariz y me levanté.

Ni sé cuánto estuve allí contemplando el parque, solitario por culpa de la

meteorología, hasta que una gota cayó sobre mi nariz y me levanté.

Caminaba sin prisas hasta el restaurante donde tenía pensado comprar algo suave que toleraran nuestros maltrechos estómagos. Los precios en aquella parte de la ciudad no eran populares, y más si anexo al rótulo le añadían la coletilla «*homemade food*^[90]», cuya etiqueta debían de amortizar engañando a incautos como a mí.

Concentrada en los dibujos del enlosado de la acera no me percaté de que un vehículo se había posicionado a mi lado y abrió la puerta.

—Sube. Estás empapada.

La voz de Matthew Prescott me provocó un escalofrío. Vamos, el escalofrío de costumbre.

—No. —Si él no utilizaba el «por favor», yo tampoco el «gracias».

—No es una proposición. Sube, tenemos que hablar —odiaba en un Prescott la frase: «Tenemos que hablar».

—Nos vemos el miércoles. Prepara el orden del día y envíamelo por correo.

Se cerró la puerta con la energía de un ciclón. Suspiré de alivio hasta que se detuvo de nuevo en el cruce. El chófer se apeó del coche con un paraguas y se aproximó.

—Señorita, acompáñeme, por favor. —Y sonó más a súplica que a fórmula de cortesía.

—De esta no me voy a librar —susurré.

Terence sonrió sin decir ni pío. Abrió la puerta del vehículo y entré de mala gana, sentándome enfrente.

Tecleaba frenético sobre el teclado táctil de su iPad.

—Le vas a hacer un agujero —mascullé.

En respuesta, resopló negando.

El traje azul contrastaba con la camisa blanca. Siempre elegante, siempre perfecto...

El coche arrancó. ¿A dónde nos dirigíamos?

—Matthew, habla, no tengo todo el día. —Ni se molestó en mirarme.

—No te has mudado, llevas la misma ropa de ayer. —Pue sí... fijarse se había fijado en algún momento... ¿Y reconoció que iba vestida igual? La habría encontrado poco apropiada y por eso la recordó.

—De saber que íbamos a encontrarnos, me hubiera puesto la estola y traje

de época.

—Me es indiferente tu indumentaria. Tienes un aspecto horroroso.

—No me sentó bien la cena.

—Ni las copas —continuaba hablándole a la corbata.

—No he de dar parte de lo que haga en mi tiempo libre.

—Si ese comportamiento afecta a la educación de mis hijos, sí. —¿Podía ser más imbécil?

—Dile a Terence que pare.

—Tenemos que hablar.

—Pues habla de una puñetera vez.

—¿Sabes quién es Armand Valois?

¡Menudo día menos apropiado para utilizar la memoria! Armand... Armand... ¡Ah, claro!

—Sí, un galerista famoso. Tenemos un gran amigo en común Asier Zubaltegui. —Elevó una ceja sonriendo de lado con cinismo de bofetón aún sin mirarme, concentrado en perforar la pantalla con los índices.

—Ayer estuvimos invitados a cenar en una de sus galerías.

—¿Y?

—¿Conoces el título de su exposición itinerante?

—No estoy familiarizada con su trabajo, hemos coincidido en una ocasión.

—Caperucita y su oscura belleza. —Las fotos de Asier.

—Vaya... ¿y?

—¡Puedes imaginarte el mal rato que nos hiciste pasar! —Ahora sí que me miraba, insultándome con las pupilas. Hubiera preferido que continuara aporreando el iPad.

—¡Pero si son imágenes de lo más inocentes! ¡Cualquiera diría que salgo desnuda!

—¡Exhibes tu belleza! —Vaya... —¿Cuántas de ese estilo, o peores, puedo encontrarme, Enid?

—Muchas, soy modelo fotográfico, y con franqueza, no veo el problema.

—En mi familia prima la decencia. —¿Perdona?

—¡Ep! ¡Frena! ¡Es mi cuerpo, son mis fotos, y ni a ti ni a tu familia les afectan en absoluto!

—¿Sabe mi hermano tu... afición? —Me reí en su cara por ignorar el deje

de burla—. ¡No le veo la gracia!

—Tú no encontrarías «la gracia» ni en una convención de humoristas.

—¡Contéstame! ¡Maldita manía la tuya de dejarme con la palabra en la boca! ¿Lo sabe mi hermano?

—¡Por supuesto! —Ahí estábamos dos energúmenos discutiendo bobadas, como Isona y Joel—. Jared, sí desea saber de mi vida y mis circunstancias.

—No piensas que tus devaneos pueden asociarlo a nuestro apellido... ¡Has estado vendiendo tu cuerpo para que otros disfruten de lo que solo ha de pertenecerle a uno! —O yo era muy susceptible o acababa de llamarme puta en fino.

—Ya hemos hablado, ya me has ofrecido tu anacrónico punto de vista... Dile a Terence que detenga el vehículo, por favor.

—No, está lloviendo. Te dejaremos en casa.

—¡Para el puto coche, joder!

Hacía mucho que no gritaba ni con tanta energía ni con tanto cabreo.

Él soltó el iPad en el asiento contiguo, y con la elegancia, rapidez y precisión de un felino me sujetó de las solapas de la chaqueta adhiriéndome a su pecho.

Su respiración se entrecortaba mientras contraía la musculatura de su torso, apretando las mandíbulas y los labios. No sabría definir si me sentía más sofocada que asustada, o el susto llevó al sofoco... o lo catalogué de miedo por ponerle un nombre, lo cierto fue que perdí toda la chulería.

Pegó su frente a la mía y aquel aroma a colonia cara inhibía las reacciones lógicas ante un ataque. Su aliento restallando en mis labios los abrasaba, aturdiendo mi mente. ¿Desde cuándo el pánico provocaba calor?

Nunca un sobresalto había estremecido mi ombligo con un espasmo tan... placentero.

¡Oh, Dios mío! ¿Y si había estado buscando la ternura y a mí me iba el sado? Eso resolvería muchas de mis dudas, aunque engendraba otras nuevas algo más complejas de contestar.

No fueron más de unos segundos, hasta que inhaló con decisión por la nariz y sin dejar de inyectar la tinta de sus pupilas en las mías, sentenció:

—Apesta.

Me soltó sin más, ocupando su asiento de nuevo... como si nada, mientras a mi organismo le sucedía de todo.

Pulsó una tecla de la consola del reposabrazos y me retiró la mirada. Lo agradecí, el tembleque de mis manos iba invadiendo el resto de las articulaciones. ¿Cómo podía intimidarme tanto?

—Señor. —La voz servicial de Terence resonó en el habitáculo.

—Estaciona en cuanto puedas, Enid no nos acompañará.

Y para mi fortuna pudo detener la limusina de inmediato.

Bajé sin despedirme, apresurada, sin permitir que nadie me abriera la puerta, cerrando después con energía.

El sonido al deslizar el vidrio me puso en guardia.

—Te esperamos el miércoles a cenar.

—¡Sátiro! —contesté sin girarme.

Las lágrimas de impotencia cayeron con el portazo. ¡Esa era Enid! Cuando la adrenalina se diluía la llantera emergía... ¡Qué rabia ser yo!

No entendía esa insistencia suya en lastimarme... ¿y por qué lo conseguía?

Ni esperaba su amistad ni le exigía educación, hacía muchísimo que los desprecios infundados de personajes propensos al uso del insulto o la humillación a modo de defensa habían dejado de molestarme, me sentía muy por encima.

Aunque echando la vista atrás yo también las utilicé para sentirme envidiada por el resto. Tardé en comprender que solo me reportaba vacío y estrés intentando demostrar una superioridad ficticia pisoteando a cualquiera con idea de arrebatarme el puesto.

¿Este era mi castigo? ¿Comprobar la intensidad del odio sin fundamento?

A mi entender ya lo había pagado con creces al perder al ser que más amaba y al que menos veces se lo hice saber. Cuando comprendí que jamás nadie estaría tan orgulloso de mí ni sentiría de nuevo sus besos en mis mejillas.

Lloré doble, recordando todo lo que había perdido desde aquel momento.

Me refugié en una cafetería. Mi aspecto era bastante desaliñado y sumarle la inflamación del llanto, apremió a la camarera a atenderme.

Así es el comportamiento de los humanos, nos reconforta aliviar a otros, valorando en positivo el propio camino que nos tocaba recorrer, cuando en realidad los problemas seguirían ahí por mucho que intentáramos evitar las lágrimas del vecino.

—¿Se encuentra bien? —Asentí a la pregunta del millón.

—¿Puede traerme un poleo con menta, por favor?

—¿De bolsita o de flor natural?

—¿Qué diferencia hay? —Una infusión de poleo con menta debería de componerse de poleo y menta.

—El de bolsita es más intenso en boca, aunque menos aromático. —
Simplemente era una infusión y me explicaba el buqué de un Rivera del Duero.
¿Dónde me había metido? Me entraron ganas de llorar de nuevo.

—De flor. —Aun me duraba la resaca como para darle intensidad con las hierbas.

—¿Con azúcar, sacarina o miel? —Sal, con sal... por darle otro punto.

—Azúcar... —La vi tan dispuesta a enumerar todas las variantes, que levanté la mano frenando su disposición a informarme de todos los tipos y dulzores del azúcar—. Uno que endulce, irá de maravilla.

—Enseguida le sirvo.

Seguía sentada a resguardo de la lluvia tan pensativa y desorientada como cuando entré.

Regresó con una pequeña tetera de cristal a juego con la taza, más unos bastoncillos de madera con un pegote de azúcar moreno, muy artístico, en un extremo.

En esas vibró el móvil con un mensaje de Pat.

«Todo Ok. Salgo a comer con S.

Thanks, hablamos».

Le respondí con un escueto O.K.

Necesitaba hablar con alguien ajeno a todo, con el que desconectar de aquella situación, alguien capaz de hacerme recuperar el ánimo, y marqué el número de Asier.

—¡No es posible! ¿Será cierto lo que ven mis ojos en la pantalla del teléfono?

—Disculpe, Sr. Payaso, ¿podría devolverle el móvil al bobo de mi amigo?

—*Wow!* Tengo cualidad de amigo. Estoy abanicándome los ojos de la emoción.

—De payaso, también. —Resonaron las carcajadas y consiguió que yo sonriera. Asier era siempre una apuesta ganadora.

—¿Qué tal esa catalana *maca*^[91]?

—Mal. ¿Qué tal ese vasco *ederra*^[92]?

—Mejor que tú. ¿Qué sucede?

—El imbécil del padre de los mellizos, me trata peor que los nobles a los campesinos en el siglo XV.

—Oye, si he de ir a repartir hostias como panes, hago el hueco —y no lo decía en plan bravata de dientes para fuera.

—No, olvídalo... capaz de gustarle y todo.

—Muy humillante ha de ser para que justo a ti te toque la moral. Cuéntame.

—Ayer fue a una exposición que patrocinaba Armand Valois y vio tus fotos, quiero decir mis fotos... bueno, esas que no son mías pero que salgo yo... — De nuevo estallaron las risas.

—Sí, entiendo... pero ¿qué hay de malo en esas fotos? Estás fantástica, es puro arte.

—Según el Conde, porque cuando se case será conde, he vendido mi cuerpo cual meretriz...

—¿Y ha usado esa palabra? —El tono cambió a ofendido.

—No, aunque venía dando a eso... incluso más feo. Después me ha dicho que apesto.

—¿A ti? —Eso le sorprendió.

—Tal cual.

—¿Qué tú apestas? *Putasemea!*^[93] Pero... ¿te ha oído? —Y entonces fui yo quien no sostuvo la risa.

—Algo de razón tenía... Ha sido una mañana convulsa.

—Lo pongo en duda. ¡Bah! Solo ibas a quedarte tres meses...

—He solicitado una prórroga de mi visado por estudios. Me concedieron la beca... me gusta esto.

—Chica, no sé... si me dijeras Nueva York, pero... ¿Filadelfia? ¿Qué hay allí aparte del queso?

—Asier, eres muy tonto... —Reímos—. ¿Te contesto con sinceridad?

—No, miénteme... Venga, Enid.

—Nada.

—Ahora, en serio.

—Hablo en serio. No hay nada lo bastante importante para quedarme.

—Los mellizos.

—Tienen a su familia y solo me necesitaban porque tenían miedo a conocer

a su padre, que curiosamente es un cretino conmigo, pero cariñoso y encantador con ellos.

—¿Los estudios?

—Es la manera de convencer a mi conciencia de que no estoy perdiendo el tiempo... de hecho a cuanto me dedico en esta ciudad podría hacerlo desde Solanillos del Extremo... y, a pesar de eso, me apetece estar aquí, por ahora.

—Es una decisión más meditada a condicionada. Yo de todo eso me quedo con la frase final.

—Lo único que me provoca rechazo es el clima, ya ha comenzado el frío y no es invierno.

—Es acostumbrarse, aún mantienes los biorritmos mediterráneos. Yo en Múnich estoy en mi salsa.

—Lo que voy a proponerte se me ha ocurrido mientras marcaba tu número, así que puede que me arrepienta luego, sin embargo, si aceptas, no me retractaré.

—Sí. —La velocidad al responder fue de chiste.

—¿Tanto confías en que no voy a pedirte una sandez?

—Siempre he deseado decirte: Sí, quiero.

—Pues... he pensado pasar las Navidades contigo. Sé que tú nunca las celebras en familia y a mí este año tampoco me seduce la idea, y sentarme a la mesa de los Prescott puede acabar en homicidio o en úlcera... —Dejé de escucharle—. Asier, ¿sigues ahí?

—Joder... no me esperaba ese gesto.

—No quiero que confundamos los términos, quiero que sigamos siendo los mejores amigos. Te necesito como amigo.

—Voy a ser tu amigo, aunque me muera de ganas por acostarme contigo. Eso ya ha sucedido, y no fue nada malo. —Lo que le faltaba a mi cara de difunta era rubor para encarnar a la Llorona.

—No, no lo fue.

—Bien, entonces... ¿para cuándo reservo el pasaje? ¿El veintidós de noviembre es buena fecha? O mejor... ¿el dos?

—Asier... diciembre —vocalicé lento—. Además, la idea ha sido mía, los billetes los sacaré yo.

—La reserva la haré yo porque me apetece, fin de la cita.

—Mira, haz lo que te salga de las narices, eres tan terco como vasco.

—Lo llevo a gala.

—¿Recuerdas que te hable de Pat?

—Aja.

—¿Sería mucho abusar si le pidiera que nos acompañara esos días?

—¿Otra hija pródiga? ¡Qué va! Me encantan los tríos.

—Dame un par de días y te confirmaré si se une y la fecha que será en diciembre, el veintitrés como muy pronto.

—¡Coño! Y como muy tarde. ¿Cuándo pretendes embarcar?

—Vaya...

—Jo, Enid... Estoy pletórico, no quepo en mí mismo.

—Te llamé a sabiendas de que ibas a mejorar mi día... gracias.

—Es un honor. Sigue contando conmigo.

—Te dejo, estarás a punto de meterte en el sobre.

—Sigo manteniendo las malas costumbres españolas... incluso si puedo, sesteo.

—Tú no has sesteado en tu vida.

—No hay quien te engañe.

—¡Ojalá! Soy pura inocencia.

Seguimos bromeando durante un rato más y alargamos la despedida con la pavada del «cuelga tú».

No le había dado ni un sorbo a la infusión y los cristales de azúcar del palito se disolvieron. El vaso estaba frío y de pensar en la sensación hice una mueca de asco.

Me dirigí a la barra para pagar seis dólares por unas hierbas escaldadas que no tomé y que debían de haber sido cultivadas en la trastienda con abono de boñiga de vaca reina.

En la calle continuaba lloviendo, a mí mojarme no me molestaba, mi madre jamás dejó de hacer algo solo por caer agua a cazos... aunque de haberlo hecho, hoy estaría conmigo.

Ni me detuve a comprar comida, el cuerpo únicamente me pedía cama y pasar allí el resto del día.

Tras la ducha, me acurruqué dentro buscando el calor del nórdico, sin embargo, era grande y atemperarla durmiendo sola y desnuda, costaba un rato de enroscarse como un ratoncillo. Si tenía pensado quedarme allí todo el invierno, iba a ser imprescindible acostumbrarme a dormir en pijama o

cualquier mañana amanecería pajarito.

Me despertaron los rayos del sol impactando sobre mis párpados en proyección directa cual láser. Girándome evité penetraran hasta mi lóbulo frontal y con más curiosidad a interés, miré el despertador.

—¡Ángela María! —Llevaba durmiendo desde la tarde anterior.

Envuelta en el edredón salí al comedor al escuchar ruidos.

—¿Qué haces? —Pat andaba mareando objetos trasladándolos con brío de un lado a otro, con cara de enfado o frustración.

—Recoger.

—¿Por qué? —Ha efectos, mientras le pagara el alquiler era mi casa.

—Lo tienes todo desperdigado, hecho una mierda —me sorprendió más el uso de la palabra mierda a la crítica sobre mi desorganización.

—Una casa solo es un hogar si hay desorden, de lo contrario es un museo.

—Bobadas.

—Vaya. —¿Cómo estaba el patio!

—¡Sí, vaya!

—Voy a vestirme y regreso. Me haces sentir una basurilla dentro de un contenedor. —Resopló... ¡Corcho, qué cabreo!—. Sí, unas gomas asquerosas que colecciona Joel...

—¡Ya sé lo que son las basurillas!

Me escondí en la habitación cobardemente y busqué un chándal, me apetecía salir a patinar, los días soleados había que aprovecharlos.

—Esto... Pat... puedes contármelo. Escucho mejor con ropa...

—Lo hemos dejado.

—Vaya.

—Enid... por favor, ni un «vaya» más. Pregúntame u obligame a que hable, necesito escucharme... saber si he hecho lo correcto.

—Mis oídos son para ti.

—Me... me dijo que, bueno... que me quería. Que se sentía como nunca a mi lado... que la relación con su esposa estaba acabada hacía mucho... Que jamás pretendió engañarla pero que al aparecer yo, todo cambió. —Con la saliva tragaba sus emociones.

—Y no sabe cómo hacerlo para no separarse de sus hijos. —Afirmó con el gesto—. A ti no te está mintiendo.

—¡Lo ha hecho durante todo este tiempo!

—Tenía miedo a perderlo todo, es un engaño circunstancial, no es un mentiroso... es un cobarde. —¡Yo ahí cambiando asesinato por muerte accidental! Qué mala era dando consuelo.

—¿Lo defiendes? Enid, tiene dos hijos... ¡Dos niños más pequeños que Joel e Isona!

Rompió a llorar y supe que debía abrazarla en silencio. Lloré con ella, empatizando con sus sentimientos. Siempre me reconocí de lágrima floja, pero solo por dos motivos; o por pura rabia o asumiendo el dolor de aquellos cuyo sufrimiento me afectaba, y cualquier cosa que a Pat le sucediera, a mí me afligía.

Tras unos minutos de llantera paliativa, le sequé las lágrimas enfocando mi mirada en sus pupilas, iba a ser sincera con ella y no deseaba crear malentendidos entre nosotras.

—Si te digo lo que quieres escuchar no te estaría ayudando.

—Me he enamorado como una idiota... ¿qué hubieras hecho tú?

—Yo soy yo, y solo yo puedo entender y soportar mis decisiones.

—Entonces, ¿crees que hecho lo correcto? —Asentí—. ¿Y por qué me siento tan mal?

—Cuando estamos a gusto con alguien queremos alargar esa sensación...

—¿Cómo seguir a su lado cuando sé que llega a casa y comparte lo cotidiano con otra?

—Si ese es tu límite infranqueable, te haría más infeliz continuar de lo que te va a costar olvidarle.

—¿Y si realmente me quiere?

—Que decida él a qué quiere renunciar.

—Sí, yo ya he puesto la reina en jaque.

—¿Te sientes mejor ahora?

—No.

—Vaya... —¡Mierda!

—Ese comodín comienza a ser muy incómodo. —Sin embargo, sonreía, era un buen síntoma.

—Pues... yo he de proponerte algo especial para esta Navidad.

—No irás a pedirme que te acompañe a ver a Papá Noel.

—No, un trío.

—¿De tres personas? —Ojiplática levantaba los dedos confundiendo el

número.

—Vaya... ¿te va la zoofilia?

—¡Enid!

—Solo era un toque de humor.

—Va, en serio.

—Tú y yo, en Alemania con Asier... —Alcé las cejas engrescándola.

—*Wow!* Pero... yo no le conozco. ¿Crees que es una buena idea?

—Si tú no vas, yo no voy... pero le he prometido no retractarme... por lo tanto, vamos a pasar los tres juntos las Navidades en Múnich.

—Pues... vaya. —¡Ja! Le estaba contagiando mis dejes, ¡eso era amistad de la buena!

—¡Decidido! —Le di un beso en la mejilla intentando cambiar su mirada tan estática como perpleja—. Y, como te veo más dispuesta que yo a recoger todo esto, te dejo que acabes... Salgo a patinar.

—¡Menuda jeta!

—A mí el desorden no me molesta... estás en tu casa.

Añadí al guiño la típica mueca de sacar la lengua y le di otro beso en la frente.

Me puse los patines y enfilé la calle hacia cualquier parte, necesitaba oxigenar el cerebro de tantos sentimientos y situaciones tan intensas como inesperadas.

Aquel día sí pasé a recoger comida casera. Lo consideré un intercambio de funciones de convivencia básica, ella adecentaba mi casa y yo me ocupaba de alimentarnos, porque la opción de cocinar para las dos quedaba descartada si deseaba mantener su amistad.

ENCUENTROS



Y DESENCUENTROS

—Cariño, lo vas a hacer perfecto, has de confiar un poquito más en tus conocimientos.

—Iní, yo sé lo que quiero decir, además lo he escrito y lo he ensayado... pero cuando lo leo no es lo que siento que he de expresar.

—Pues yo creo que todo lo que has puesto es muy acertado.

—Sí... ya, si sé que es así... pero, Pat, le falta algo.

—Te van a aprobar con nota. Yo a tu edad no me preocupaba tanto de los detalles y jamás bajé del notable.

—¡Aquí doña exigencia! —exclamó Pat, no sin razón.

—Isona, cielo... intentaremos estar cerca del escenario.

—Y si no es posible, nos haremos notar.

Tras abrazarla y besuquearla todo lo que nos permitió, nos dirigimos siguiendo a la manada de padres y familiares hasta el salón de actos.

Quedamos con Jared que iríamos por nuestra cuenta a ver a los chicos sin

compartir el reservado, y es que, incluso siendo todas ellas familias pudientes existían diferencias. Estaban los que ostentaban el privilegio de disponer una plaza en aquella escuela tan elitista y los que, con sus apellidos, proporcionaban un grado de prestigio al colegio, como era el caso de los Prescott.

Una vez pudimos traspasar las puertas del auditorio fue fácil localizarles departiendo con otros de su especie.

Jared también nos encontró entre el gentío y alzó la mano para saludarnos mientras seguía charlando animadamente con otra pareja. Le devolvimos el gesto esperando pacientes a que se fueran ocupando los asientos para poder hallar uno disponible.

Al alzar la mirada del pasillo de butacas me crucé con la de Matthew, y aún en la distancia, la intensidad furibunda con la que me observaba me espeluscó de pies a cabeza.

—Hola. —Un tipo moreno y alto me saludó con familiaridad.

—¿Hola?

—No me recuerdas. —¿Cómo podía ser tan mala para las caras? Él sonrió divertido.

—Hola, ¿qué tal? —con el saludo de Pat se activó mi memoria y supe quién era, el *pagafantas* de hacía unas semanas.

—¿Os supuse mayores de edad? ¿Estudiáis aquí?

—Ya ves, nos conservamos fatal. —Le reímos la gracia por educación.

—Sí, es evidente... —Entornó los ojos en una mueca medida de halago.

—Yo soy mayor de edad, lo juro —Pat seguía la broma con las manos en alto.

—Buenas tardes, Levi. —Mi mirada de asombro conectó con la de Pat. ¿A qué habría abandonado su espacio VIP?—. ¿Qué tal la familia?

—Bien, Matt. Hoy estoy ejerciendo de tío, aún tengo los dedos endurecidos con el pegamento. Y tú, ¿qué haces por aquí? ¿No nos graduamos juntos? —Con tal de no reírme en su cara, entorné los hombros y la cabeza.

—Mis hijos se presentan con un diorama. Estamos seguros de que constaran sus proyectos entre los finalistas. —¿Perdón?

—Finalistas, ¿de qué? —consulté directa.

—El ganador presentará su proyecto en un concurso interestatal.

—Vaya. —Pat pestañeó negando.

—Aunque nos conformaremos si el de Isona no queda dentro de los seleccionados —¿era una provocación? Sí, ¡por descontado! Sin embargo, no abrí la boca.

—¿Os conocéis? —preguntó Levi confundido.

—De manera fortuita. —Apretó las carrilleras, si algo había aprendido de Don Conde, era a fastidiarle tratándole con indiferencia—. Soy amiga de sus hijos.

Levi pareció no percatarse de la mirada con doble de odio que me dedicaba Matthew. Pat, sí, y me apretó la mano.

—Hemos de coincidir en otra ocasión, fue una noche muy divertida —afirmó Levi despreocupado.

—Enid, ¿me permites un minuto?

Con gusto le hubiera dicho que no, sin embargo, tampoco deseaba que Levi o cualquiera de los presentes se hiciera una composición de lugar.

¿No se cansaba de estar siempre enfadado? ¿Nadie le había dicho cuánto le realizaba el guapo la sonrisa? ¿Cómo le brillaba la mirada?

No sería yo quién haría la mención, para eso tenía a su lado a la Condesa del Guisante.

—Por supuesto —respondí con un aplomo tan ficticio como una moneda de goma—. Nos vemos, Levi.

—Adiós, linda —se despedía usando su rudimentario español aprendido de las telenovelas mejicanas.

Nos separamos unos metros de ellos.

—No pierdes el tiempo... Levi Middleton. Te aplaudo, Enid, siempre apuntando alto. —¡Qué cruz me había caído con aquel hombre!

—Qué problemas tienes ahora.

—Debemos de tener conceptos diferentes sobre la lealtad.

—Estoy convencida de ello.

—Dispones de un espacio reservado junto a la familia. —Cuando alguien ofrece algo con el desprecio que se escupe un gargajo, la puñalada en el orgullo inhibe cualquier posibilidad de ser amable.

—He venido acompañada —aún tuve la consideración de excusarme.

—Hay espacio para ambas.

—No es necesario.

—Solo por curiosidad, ¿sabes decir, sí? —por controlar aquel tremendo

cabreo susurraba entre dientes.

—A ti, no.

Me giré para regresar junto a Pat que ya había ocupado el asiento. Cuando de repente, tomó mi muñeca con fuerza y tiró de ella. Aquel contacto volvió a estimular la sensación confusa de agitación que contrajo mis tripas, igual como había sucedido en la limusina el día que según él ¡apestaba!

¡Valiente imbécil!

—¿Sabes lo que más me jode de ti?

—¿Todo? —acerté a decir.

—Que te comportes como si te debiera algo.

—Suéltame, me haces daño.

Mentí.

Para nada era doloroso... por fuerza aquello era alguna variante desconocida del síndrome de Estocolmo.

Él, obediente, aflojó los dedos y yo sin movimientos bruscos simulando tranquilidad, me encaminé a la butaca junto a Pat.

Al levantar la mirada, aún temblando, me encontré con la de Jared, que me observaba preocupado. Matthew, por el contrario, saludaba a otra familia como si tal cosa.

—¿Qué le pasa a ese? —*¡Uff!* Había llegado a pensar que eran imaginaciones mías, que Pat también fuera partícipe del menosprecio que demostraba me tranquilizó.

—¡Ojalá lo supiera!

—Mira... pues yo lo intuyo —siseó arrugando el ceño.

—Es tan arrogante, tan soberbio, tan... tan... que un día de estos se atragantará con su propia saliva de tanto ensimismamiento.

Negó riendo con la prudencia de no hacerse notar.

Minutos más tarde los asistentes ya habían ocupado su butaca y la directora resumió qué hacíamos allí enumerando uno por uno todos los proyectos y mostrándose satisfecha con la participación de las familias.

La idea era presentarlos todos como ejercicio de expresión oral. Cada niño debía de exponer su mundo futuro y después los trabajos se mostrarían en el vestíbulo para que los asistentes pudieran observar los detalles de cada diorama.

También nos comunicó que el claustro había valorado cada uno de ellos y

tenían previsto informar al final de la exhibición cuál sería el escogido para presentarlo al concurso.

Los alumnos iban saliendo al estrado intercalados chico y chica por orden alfabético.

—Tía, ¿en España los niños son tan repelentes?

—Joel e Isona no lo son.

—Son españoles.

—A medias.

—El chiquitín de antes era tan gracioso.

—Ahora me arrepiento de haber insistido en que el diorama fuera rigurosamente realista. Hay más fantasía que en Narnia...

—Solo tienen diez años, aunque Isona tiene cinco más como mínimo. No te angusties, ella hubiera sido incapaz de añadir dragones ni dinosaurios.

—Va a tener razón el Conde de Corte Borde.

—¿Desde cuándo dudas de ti misma?

—Siempre dudo.

—¡Ja!

Aquel «¡Ja!» necesitaba aclaración, pero anunciaron a Joel Prescott y dejamos la cháchara.

Se colocó al lado de su diorama. Era Nueva York, habían replicado los edificios más emblemáticos añadiendo detalles muy interesantes, como invernaderos con plantas regeneradoras de oxígeno, monorraíles eléctricos dedicándole bastantes horas en su confección, era correcto y mucho mejor a otros de los expuestos.

Saludó a la familia y cambió el gesto al no localizarme entre ellos. Levanté la mano agitándola para que nos ubicara, y el muy truhan, sonriendo nos hizo un guiño.

—Buenas tardes. La ciudad ideada es Nueva York. Creo que no será diferente a la actual, aunque cambiaría el transporte público y los áticos han de ayudar a limpiar la atmósfera. —Me miró y levanté el pulgar. Él esbozaba una sonrisa de niño travieso tocando a malote, pero encantador—. Yo solo habría construido naves sin tripulantes sobre edificios de mil pisos, pero papá insistió en que no era una imagen realista y, como él sabe más de futuro que yo, nos ceñimos a una realidad más aburrida.

Todos rieron. Era un granuja de manual ¡qué adolescencia les esperaba a

los Prescott de no atarle en corto!

Tras despedirse a la francesa, retiraron su diorama y expusieron el de Isona.

La ovación fue generalizada.

Estaba como un flan, enredando sus dedos en la falda del vestido y la admiración expresada por el público no favoreció en eliminar sus nervios.

Me buscaba con desespero y no conseguía verme. Sin más me levanté y sonrió.

Matthew volvió el pescuezo y tomé asiento de nuevo. Isona aclarándose la voz dio inicio a su presentación.

—Bu... buenas tardes —casi susurraba—. Yo he ideado..., pensé en...

Y enmudeció.

Debía de perder tensión, y sin tener la certeza de estar haciendo lo correcto, me levanté de nuevo de la butaca y comencé a aplaudir. Pat me secundó.

El ser humano en términos generales es seguidor, si uno comienza una acción, el resto por simpatía o miedo la imita, excluyendo a los sociópatas, que entre todos los asistentes no deberían de haber más de dos o tres.

Isona me sonrió recibiendo todos aquellos aplausos y deseé que pudiera dirigirse al público alto y claro.

—Mi proyecto inicial era una ciudad con un montón de efectos especiales, hasta que mi hermana mayor vio el boceto —el comentario me infló como un globo—. En un futuro los polos se habrán deshecho y prácticamente no existirán zonas terrestres. No me he basado en una ciudad en concreto, solo he situado una plataforma en cualquier lugar del planeta. Mi hermana es optimista y cree que la humanidad se adaptará creando zonas autosuficientes capaces de usar energías alternativas a las fósiles, como la eólica, la solar o la salina. Se abastecerán con cultivos hidropónicos y fabricarán cúpulas que repelan la radioactividad... Espero que tomemos conciencia antes de que todo eso suceda.

Entonces arrebatada en pasión y orgullo me alcé de un salto para aplaudir hasta picarme las palmas.

Todo el auditorio se puso en pie y tras aquella segunda ovación, se llevaron el diorama para que prosiguiera la presentación del resto del alumnado.

—Ha dicho que soy su hermana.

—¡Qué injusto! —¡Menuda mata emociones! ¡Qué mala era la envidia!

—¡Pat!

—¡Mira mis uñas! Aún no he conseguido retirar el azul de debajo.

Le golpeé en el hombro y continuamos escuchando al resto de los pequeños, hasta que llegó el momento de anunciar el proyecto ganador.

Me sudaban las manos, y lo que no eran las manos, ni cuando defendí mi tesis doctoral sentí tanta ansiedad.

—Ay Pat, me duele el estómago.

—No me extraña, con lo que has llegado a jalar en el desayuno...

—Calla, que sale la directora.

La mujer hubo de reclamar silencio, el salón de actos se había convertido en un avispero con tanto siseo.

—Tras valorar todos los dioramas, el consejo escolar en pleno ha determinado que el proyecto que merece participar en el concurso interestatal titulado: «Las ciudades del futuro», sea presentado por Isona Valeria Prescott.

Y comencé a llorar como una idiota. Ella salió a recoger su diploma colorada como un tomate y todos aplaudimos su esfuerzo otra vez.

La vida la premiaría por tenaz y valiente. Ya había sufrido bastante, por lo tanto, tocaba disfrutar de ella sin andar con miedo a que sucedieran más desgracias.

Salimos al patio de la escuela para felicitarles antes de marcharnos. Quería evitar otro desencuentro con su padre.

Busqué a Jared entre la gente y lo descubrimos charlando animado con un tipo risueño y regordete.

—Buenas tardes —saludamos Pat y yo a coro. Jared, sonriendo, se volvió al escuchar nuestras voces.

—Buenas tardes, chicas. —Nos besamos las mejillas—. Os presento a un excompañero de estudios, James J. River.

—Encantado.

—Un placer.

—¿No ves injusto haberte llevado todos los laureles?

—Jared, eso mismo le he dicho yo.

—¡Qué horrorosa es la envidia! —¡La que estaban montando por pintar, cortar, ensamblar y decorar durante un montón de horas el proyecto de la niña!

—Hubo más colaboradores.

—Pat, Isona no ha dado nombre alguno.

—¿De qué color era el caballo blanco de Santiago?

—Santiago no tenía caballo.

—¡Eres imposible!

El amigo de Jared reía con nosotros, después descubrimos que era uno de los docentes y hablamos de los proyectos, y nos reveló que algunos alumnos le confesaron que sus padres no les habían permitido ni colocar un alambre.

Diez minutos después le reclamaron y marchó.

—Enid, ¿qué ha *pasadou* con Matt antes?

—Insistió para que nos sentáramos en el reservado.

—¿Y por *esou te soujetou* del *braso*? —Vaya.

—Tu hermano piensa que no soy digna de vuestra familia. De encontrarnos más a menudo, se le anudarán los intestinos.

—¡Enid, por Dios!

—*Esperou* que *solou sea pour esou*.

Y sin añadir nada más, calló.

A mí ese silencio me suscitaba incógnitas, pero no era ni el momento ni el lugar de pedir explicaciones sobre algo que en definitiva estaba claro, para Matthew Prescott yo era el enemigo.

Salieron los niños de la mano de su padre. Isona con una sonrisa de oreja a oreja contemplaba el diploma, Joel, que con aprobar se conformaba, ya se había aflojado la corbata y despeinado para volver a su pose de chico popular.

A mí no me quedaba otra que acercarme a saludar si quería abrazar a los niños y compartir sus éxitos.

—Buenas tardes, Eleanor... Catherine.

—Buenas tardes, querida. —La Condesa del Guisante, solo se dignó a estirar la boca en una mueca que de lejos y sin lentes de aumento podría considerarlo alguien una sonrisa. No era fácil ser ella, debía de medir los movimientos o el maquillaje se le podría agrietar—. Deberíais haber compartido asiento con nosotros.

—Eleanor, Catherine... os presento a mi amiga Patricia Salas.

—Encantada, los niños ya nos habían hablado de usted. —La abuela, siempre amable, extendió la mano y se la estrecharon.

—¡Iní! Mira... —Exultante, me mostraba el certificado—. ¡Me han dado matrícula!

—Estoy tan orgullosa y feliz... La exposición ha valido la mitad de la nota.
—Se me abrazó a la cintura.

—¡Bah! Jugaba con ventaja —apuntó Joel desmereciendo el trabajo de su hermana.

—El tuyo también estaba muy logrado y el monorraíl suspendido de las electrovías entre los edificios era muy llamativo.

—Fue cosa de papá, sabe tanto de eso como tú de edificios.

—¿Y por qué entiendes tú de edificios? —¿Y a ti qué te importa?

—Por hobby —contesté observando con detenimiento el diploma de Isona.

—Es arquitecto, papá. —Joel tenía la boca del tamaño de una tronera.

—Jamás lo habría sospechado. —¡La otra! Con lo bonita que estaba sin opinar.

—¿Nos acompañarás en la cena? Por descontado la invitación también es extensible a la Srta. Salas.

—No, gracias. —Tensó la mandíbula.

—Jared, a lo mejor si se lo pides tú, acceda.

—Tenemos otros planes.

—¿También estáis de celebración? —Endureció el tono y no comprendí el motivo, aunque decir que entendía algo de las reacciones de Matthew era mentir.

—¡Oh, sí! —Miré a Pat con gesto confundido, ella se encogió de hombros tan desconcertada como yo, y entonces para rematar, Jared rodeó los míos—. A Enid le han concedido una beca para acabar aquí su máster.

Pero... ¿qué clase de celebración chorra era esa?

—Enhorabuena.

—No tiene importancia.

—Iní, ¿te vas a quedar más tiempo? —El entusiasmo de Isona la hacía dar saltitos y palmadas.

—Sí, unos meses más. —Para desgracia de algunos.

—En tal caso, buscaremos una ocasión para sentarnos todos a la mesa, ¿no, Enid?

—Faltaría más —intenté disimular mi desgana.

—¿El domingo? A no ser que estéis también de celebración —no había frase saliendo de su garganta que no buscara una reacción de mi parte por demostrar con ella lo chabacana que era.

—El domingo para el almuerzo será perfecto.

—¿Almuerzo? —Debía de barajar la posibilidad de que ambos utilizáramos un dialecto del inglés. No había forma de entendernos.

—Si teniais otros compromisos lo podemos dejar para cualquier domingo. —Crucé los dedos esperando oír: «*Sí, nos vamos a Burundi*», por ejemplo.

—Te esperamos el domingo para el almuerzo —sentenció no demasiado contento, es decir, como siempre.

—¡Qué bien! —exclamaron los mellizos, los únicos responsables de que me viera en aquella situación.

—Disfrutad de la cena en familia.

—Un placer, Srta. Salas.

—Ha sido mutuo, Sres. Prescott.

Y tras el cruce de despedidas y acusaciones, nos dirigimos hacia el trasto.

—Jared, ¿se puede saber por qué has dicho lo de mi beca?

—No e *mentidou*.

—Contéstame.

—Va, chicos...

—*Just for fuck.* ^[94]

—Pero... ¡Tú...! ¡Tú eres tonto! A tu hermano le toca un pie que me den una beca o que haya aprendido a tocar la bandurria. —Jared arrugó el ceño al desconocer el significado.

—Es un instrumento de... —Pat intentaba regar el fuego.

—¡Que busque un traductor!

—Lo *dises comou* si fuera *deshounroso*.

—Me tenéis de las honras y las deshonras hasta el mismísimo...

—Enid, por favor... —intervino Pat a tiempo.

—¡Moño! Me has utilizado para molestar a tu hermano sabiendo que no puede olerme a cien metros a la redonda. Ha sido muy desconsiderado por tu parte.

—No me *questiounes*, que sé lo que *hagou*.

—¡Haz lo que te dé la santísima gana, pero a mí mantenme al margen!

—No *estuás* al *maurgen*... aunque sí *estuás* en las *noubes*. —En casa de los Prescott debían de tomar pan de centeno infectado de ergot, así estaban todos... ¡trastornados!

—¡Por favor! ¡Basta! —Pat se interpuso entre ambos—. Tú, Jared, eres un bocazas... y tú, Enid, estás en la inopia. ¿Nos podemos ir a cenar?

Entré en el vehículo y cerré de un portazo. A mi lado Jared. Pat, entre los asientos de la parte trasera.

El viaje fue tenso, la cena fue tensa, las copas... sobraron.

Mi poder comunicativo hizo mutis por el foro, me sentía utilizada desconociendo los motivos.

Algo que me sorprendía de la actitud de Jared era porqué disponiendo de todos los elementos para triunfar, hacía valer el único con el que siempre se perdía, la envidia.

Dimos por concluida la muermo salida cuando le dejé delante del vestíbulo de su apartamento. Pat y yo regresamos a casa en el más absoluto silencio.

—¿Quieres tomar la última?

—No, Pat... no estoy de humor.

—De acuerdo.

—¿Salimos a correr por la mañana?

—Sí, pero nada de madrugar.

—¿A las diez?

—Perfecto... Enid —supe que deseaba decirme algo, aunque parecía indecisa.

—Dime.

—Jared tiene parte de razón con eso de que estás en las nubes.

—¡Venga ya!

—No voy a insistir... pero deberías de abrir un poquito los ojos.

—Pat... imposible a esta hora.

—Descansa.

—Y tú.

Era injusto que me trataran de histérica paranoide. Jamás Matthew me había regalado un gesto amable, solo desprecios y humillaciones... ¿Y era yo que lo sacaba de contexto?

Insinuaban que hacía como los malos estudiantes, culpabilizando de sus pésimas calificaciones al profesor con la burda excusa de que les tenía ojeriza.

A lo mejor el verbo apear en jerga noble significaba lo opuesto a la popular.

¡Vaya desilusión! Yo orgullosa de mí misma por conocer varios idiomas y patinaba en lo básico.

Y me metí en el sobre, esperando recuperar la vista y el oído para el almuerzo del domingo.

Le envié un mensaje a Jared para que no pasara a recogerme, seguíamos molestos uno con el otro, y no me apetecía llegar a casa de los Prescott con humor de perros.

Me respondió con el emoticono del puño con el pulgar levantado.

Que no insistiera fue sorprendente, sin embargo, lo prefería a tener que justificar los motivos o buscar excusas para no ir juntos.

Debía de respetar mi decisión de mantenerme al margen de los desencuentros con su hermano, ni ofrecerle información que, en definitiva, ni al Conde le importaba ni le interesaba. Ya había dejado bien claro que yo no tenía lugar dentro del clan familiar y por lo tanto, que me quedara, estudiara, trabajara o hiciera *puenting* le tocaba un pie... ¡Qué digo un pie! ¡La punta de la minúscula uña del dedo meñique del pie después de cortarla!

Desde que había regresado el amo del castillo, entraba siempre por el acceso de servicio. No tenía ni categoría de cortesana y a Dios gracias que en la época actual no se estilaban los fosos con cocodrilos, de lo contrario ya les habría servido de aperitivo hacía semanas.

Iba a encanecer o me aparecerían calvas de tanto estado de crispación, solo de pensar que debía de aguantar otra tanda de impertinencias, las manos me sudaban, el estómago se contraía y la alianza de mi madre giraba en el dedo sin descanso por rebajar el estrés.

—¡Hola mi niña!

—¿Qué tal, Maud? ¿Cómo se encuentra?

—Feliz de tenerla hoy en casa. —La abracé con fuerza besuqueándole las mejillas, era, sin contar a los niños, lo único bueno de la mansión.

—¿Y los mellizos?

—En el jardín, jugando con el Sr. Matthew. —¡Qué pereza! Había fantaseado con la esperanza de que estuviera ocupándose de asuntos importantes de los suyos.

—¿Y Eleanor?

—Con la Srta. Catherine, han ido al salón de belleza... Aunque, no le va a servir de mucho.

—No entiendo. —¿Cómo le gustaban los cotorreos a aquella mujer!

—Regresará peinada y maquillada por los mejores estilistas y usted la eclipsará con ese ángel que tiene en la mirada.

—¡Ay, Maud! ¡Qué cruel! —Pero me reí, tuvo su punto de maldad y me gustó—. Por cierto, ¿y Jared?

—Avisó que llegará tarde.

—Bien. —Suspiré arrepentida al no poder contar con aliados—. Voy a saludar a los pequeños.

Di la vuelta a la casa.

Los mellizos jugaban con su padre a fútbol, dos contra uno. Le estiraban del suéter, le agarraban de los brazos para detenerle, incluso Isona le sujetaba de las perneras obligándole a tastabillar en un par de ocasiones. Se lo estaban pasando en grande.

Le sentaba muy bien los tejanos combinando con el polo rojo, era un verdadero portento de la naturaleza.

Los hermanos no disponían de demasiado parecido físico, Jared era muy atractivo, nadie diría lo contrario, no obstante, Matthew era más varonil, con un físico más definido... ¡qué *cojullos*! ¡Era lo más de lo más!

Y pensando en él y en todos sus atributos... me acaloré.

Ahí andaba, medio camuflada entre los maceteros que separaban los jardines, hasta que Joel descubrió mi presencia y en su línea de discreción, me saludó a gritos.

—¡Hola, Iní!

—Hola, chicos... ¡Qué entretenidos os veo!

—¿Te unes? —¿¡Eh?! Instintivamente me giré pensando que no era a mí.

—¿Chicos contra chicas? —Disimulé mi turbación tomándome la invitación en serio.

—¡No! ¡Yo voy con Iní! —exigió Joel alterado, tirando de mi mano.

—Isona, hija... como Enid juegue a fútbol igual como monta maquetas... nos van a dar una paliza. —¿Ese era el mismo hombre que intentaba humillarme y lo conseguía?

—¡*Puf!* Es buena en todo. —Encogió los hombros negando. ¡Exagerada!

—Menos hablar y más chutar ¿Les damos *peixet*, Joel?

—Sí, mejor que saquen ellos.

—Si preferís un par de goles de ventaja también os los podemos conceder —añadí sonriendo burlona... ¡Y me devolvió la sonrisa! ¡Y qué sonrisa!

—¡Para nada! Confío en la capacidad defensiva de Isona. —Y esta se llevó las manos a la frente pensando cómo podía ser tan tonto.

Sacaron desde el centro de aquel improvisado campo de fútbol. Isona se quedó retrasada guardando su meta, Joel avanzaba hacia su padre y yo le flanqueaba.

Al encontrarse comenzaron un baile de fintas intentando, uno mantener la posesión del balón y el otro quitársela de los pies. Cuando Matthew consiguió hacerse con ella, de un taconazo se la pasó a Isona que ya corría hacia nuestro campo.

Logré quitarle la pelota y escapé de nuevo hacia la miniportería de nuestros rivales.

Como les sacaba ventaja, con tal de frenar mi carrera, me sujetó de la camiseta.

—Me romperás el suéter... ¡tarjeta amarilla! —Reía nerviosa, disfrutando a la par que intentaba zafarme de los tirones.

—Ah, ¡no! Aquí no hay reglas... vale todo.

—¡Serás tramposo! ¡Roja! ¿Alguien puede sacar la roja?

No parábamos de reír mientras los mellizos animaban cada cual al miembro de su equipo.

De dos zancadas se colocó delante buscando el hueco para quitarme el balón, Joel posicionándose a la espera para que chutara e Isona gritándole a Matthew para que se la pasara. Yo solo intentaba conservarla entre los pies, sin embargo, me marcaba tan de cerca que con suerte podía moverme, pensar en chutar era imposible.

Busqué un hueco por un lateral, él metió el pie para cerrarme el paso, y se me ocurrió saltar, pero al caer pisé la pelota y me fue imposible mantener el equilibrio, y no contenta con ello, le empujé, obligándole a caer de espaldas y yo encima.

Estábamos tan inmersos en el juego que reímos a carcajadas. Joel aprovechó la ocasión para recuperar la pelota y fue ahí, cuando dejamos de reír y nos observamos con tal intensidad que me cosquillearon las tripas.

—Lo... lo siento —me disculpaba escuchando de lejos como Joel celebraba el gol, e Isona nos acusaba de juego sucio.

—No importa.

Le tendí la mano tras levantarme y la tomó con tanta enjundia que la estática recorrió todo el brazo de la palma la nuca.

—Juegas francamente bien —defería aún con el efecto de las carcajadas en

los labios.

—En mi país es el deporte nacional. Veraneaba en un pueblo de... —Y recordé que iba a gastar saliva explicándole anécdotas que no tenía curiosidad en conocer. Me callé.

—Donde veraneabas... ¿qué? —Arrugó el ceño, confundido con mi súbito silencio.

—En España todos los niños juegan a fútbol.

Seguía parapetado delante, inmóvil. Yo, por distraer mi atención, sacudía los pantalones, incómoda con su mirada.

—Matt, ya estamos aquí. —Fue la primera vez que la voz de Catherine me recordó a un carrillón de campanillas—. ¿Qué tal? ¿Cómo me ves?

Me aparté hacia un lado.

—Preciosa, como siempre.

No la engañaba, aunque su belleza era lineal, no del montón, pero tampoco destacaba. Teniendo en cuenta que solo se ocupaba de sus propios cuidados estéticos, era tiempo mal invertido.

Al encontrarse se besaron... fugazmente.

A mí estar de candelabro se me daba fatal y continué jugando con los niños sin saludar, demostrando las mismas buenas formas de la nobleza.

—Enid, si quieres te puedo enseñar el vestido de Valentino que me ha regalado Matt para asistir a la cena benéfica. Me sienta divino. —Vaya, pues muy bien.

—No me cabe duda.

—A ti después de posar, ¿no te regalan la ropa? —Estuve tentada a preguntarle las prestaciones de vuelo de sus escobas último modelo, pero me mordí la lengua.

—No.

Me di la vuelta con la idea de encontrarme con los mellizos que estaban peleándose por unos confites que le había traído la abuela.

—Buenas, Eleonor.

—Hola, querida. Estamos encantados de que hoy nos acompañes durante el almuerzo.

—Gracias por la invitación.

—Oh, oh... al parecer papá y Cathy discuten —anunció Joel sin demostrar preocupación alguna.

—Va, chicos, id y preparaos para almorzar. Maud no tardará en servir la mesa.

No me apetecía compartir conversación alguna con ellos y decidí seguir a los niños y entretenerme intentando mantener el equilibrio en el simulador de una tabla de snowboard.

Nos íbamos turnando y por ganar vidas probé con un salto nuevo, pero al percibir una presencia detrás de mí, me distraje y mi avatar cayó rodando por la nieve... *You lose... game over.*

—¡Jo, Iní! ¡Casi lo teníamos!

—Lo siento, chaval, tengo mis limitaciones.

—Lamento aguaros la diversión, pero la mesa está servida.

—Papá, unos minutos más... de no ayudarnos Iní, no nos pasaremos la pantalla.

—Se enfriará la comida y no me gustaría ver a Maud enfadada, me asusta.

—¿Maud, enfadada? ¿Él, asustado? ¡Venga!

—Va, haced caso a papá. Luego os enseño un par de trucos para que la podáis pasar. —Entre más pronto nos sentáramos a la mesa, antes acabaríamos—. Lavaos las manos.

Salieron a la carrera compitiendo por quién llegaba antes al aseo. Matthew se adelantó para sostener la puerta y cederme el paso, había demasiada amabilidad en aquel hombre y me inquietaba desconocer cuándo aparecería el tipo soberbio con el que solía tratar.

—Te he visto muy hábil en la tabla, ¿has probado en una de verdad?

—Sí —mi idea no pasaba por comunicarme tipo test, sin embargo, no saber a qué atenerme coartaba mi capacidad de expresión.

—¿Y eres tan buena cómo en la virtual? —Caminaba paralelo a él con las manos sudorosas, con un pánico atroz a comentar algo que mutara su humor.

—Sí.

—No te andas con falsas modestias, aunque, alardear no es considerada una virtud.

—La sinceridad, sí... en cambio, si mintiendo te sientes más cómodo, no tengo inconveniente en hacerlo.

—No, Enid... —Otra vez aquella tensión orgánica cuando pronunciaba mi nombre, que no siendo molesta, sí desconcertaba—. Detesto las mentiras, y como no eres idiota, sabes a qué me refiero.

—Vaya. —No tenía ni la más remota idea. Tampoco le di importancia.

—¿Te sorprende que piense eso?

—Matthew, ¿puedo contestarte con franqueza? —Sonrió de medio lado arrugando el ceño.

—Espero no arrepentirme al decirte que sí.

—Me toca un pie.

¡Olé yo!

A ese punto ya habíamos entrado en el comedor y me senté entre los niños.

Él la rodeó sosteniendo la risa y negando a la vez.

—Veo que tu humor ha mejorado, cariño.

—A mi humor no le sucedía nada, Cathy. —¡Ja! ¡Y tanto! ¡No era su humor!

—Maud, ya pueden comenzar el servicio —ordenó la abuela.

Respetando las costumbres de la casa, esperamos a que se bendijeran los alimentos.

Me mantuve en silencio haciendo rodar el anillo de mi dedo encima del regazo. Hacía mucho que no me lo ponía, y solo lo sacaba de su estuche cuando necesitaba un aporte de seguridad extra. Algo sucedía conmigo que no comprendía pero que me superaba.

Levanté la vista un instante con el presentimiento de estar siendo vigilada. Mis sospechas se confirmaron al encontrarme con la de Matthew y la bajé de inmediato, aturdida.

—Amén.

—Amén.

El ruido de los cubiertos sobre los platos rompió el silencio de después. En aquella casa no se tenía demasiada costumbre de dialogar durante la comida, a no ser que vieran necesario reprochar mi conducta plebeya, y por no alargar, optaba aguantar el chaparrón, contestar con evasivas esperando que perdieran el interés y se callaran de nuevo.

Disfrutaba de la sopa de Maud que estaba tan apetecible como succulenta, hasta que escuché mi nombre e instintivamente, me tensé.

—Enid, ha sido una agradable sorpresa saber que nos acompañarás unos meses más —comentó la abuela limpiándose las comisuras.

—Gracias. Hubiera sido una irresponsabilidad desaprovechar la beca.

—¿En qué estudios te la han concedido? —Matthew, ¿interesado? O estaba representando el papel de su vida o la medicación contra la rabia comenzaba a

funcionar.

—Acústica arquitectónica y medio ambiental, una maestría.

—No le encuentro la menor utilidad social para invertir dinero público en un estudiante extranjero —y lo decía una británica. ¡Ah, claro! Yo debía de ser más extranjera que ella... ¡Jesús! ¡Que mal pensado tenía el serrín del cerebro!

—Cathy, esas ayudas se otorgan a los profesionales más brillantes sin importar la nacionalidad. Las universidades invierten en valores de futuro. Si Enid logra ser una arquitecta reconocida, los centros donde se formó se convertirán en referente para otros alumnos. ¿No es así? —preguntó observándome, mientras yo intentaba descifrar dónde estaba la trampa.

—Sí. —Y sin más comenzó a reír.

—¿Qué sucede, cariño?

—Recordaba una conversación sobre la modestia, la vulgaridad y un masaje de pies. —Me atraganté. Definitivamente, aquel tipo sufría de bipolaridad.

—¡Puaj! Papá...

—Por favor, Matt... guardemos la compostura —señalaba la abuela tan asombrada como el resto.

—Nadie ha dicho que íbamos a lavarnos los pies en la sopa —Isona introdujo su aportación haciendo más escatológico el comentario.

—Nena... no tiene gracia —la regañé entre dientes.

—Más sustancias.

—Joel..., fin. —Se nos estaba yendo de las manos.

—Hijo, estamos disgustando a la abuela —advirtió el instigador.

—Retomando la conversación... —¿Qué le sucedía a la condesita? Uno cuando sale de la peluquería se siente contenta, con el atractivo en alza, solo espera que el resto lo note... ¡Para nada molesta!—. Sigo pensando que destinar recursos para becar estudios que a la práctica no son útiles, es malgastar fondos públicos.

¿Iba a cambiar su percepción si le contestaba? No.

—¿Y si utilizas tu supuesta inteligencia en buscar la cura contra el SIDA?

Siempre me consideré tolerante, todos tenemos carencias... pero lo de aquella mujer clamaba al cielo.

—Prefiero usar mi supuesta inteligencia en idear estructuras hospitalarias

seguras, insonorizadas y ecológicamente sostenibles donde los enfermos puedan descansar.

—Arquitectos hay a cientos... lógico que sigas estudiando.

—Médicos también.

—Afirmación mordaz, Enid.

Me confundió, no supe descifrar si defendía a su prometida o aquella sonrisa era cómplice y estaba apoyándome... Por si las moscas, preferí no añadir nada más y seguí comiendo.

Minutos más tarde la puerta principal se cerró apareciendo Jared.

—Hola, familia.

Primero se acercó a su madre para darle un beso en la mejilla, después despeinó a Joel y a Isona. Antes de ocupar su asiento al lado de la niña vino a mi lado y también me besó.

—*Estuás radiantue* —susurró, aunque entre tanto silencio hasta la caída de una hoja sonaría a estrépito.

—Gracias, Jared. —Le sonreí aliviada al no encontrarle enojado conmigo.

—*Luegou hablamous*.

Algo cambió en el talante jovial de Matthew, debía de habersele pasado el efecto del litio.

—¿Cómo fue el vuelo?

—Muy bien.

—¿Pudiste convencerles para el cambio de las cláusulas?

—No. —Negó a la vez con la cabeza, despreocupado—. Siguen reacios, no piensan modificar ni una coma.

—Y se puede saber ¿a qué demonios has ido y qué haces aquí?! ¿¿Todo he de solucionarlo yo en esta maldita casa?!

—Matt, hijo... estamos en la mesa. —La abuela igual que el resto, entendió que no era el lugar apropiado para montar el numerito, aunque poner paz iba a resultarle complicado.

—Si tan seguro estás de poder llevarlos a tu terreno... —Encogió los hombros negando de nuevo y sin perder la calma—, ve tú.

—Eres un completo inútil. —No elevó el tono, sin embargo, resonó en los oídos peor que un berrido.

—¿Matthew Prescott! Tenemos invitados.

Tiró la servilleta sobre la mesa y sin dar explicaciones ni excusarse, se

marchó.

Todos restamos impertérritos... Todos, no. Jared no sentía ni frío ni calor.

Unos segundos después el portazo situaba a Matthew en su despacho.

La tensión se podría cortar con soplete, y seguimos comiendo sin mirarnos, mudos, concentrados en nuestros platos.

—Iní... — Isona se atrevió a romper el silencio—. Ahora que vas a quedarte más tiempo, ¿pasarás aquí las Navidades?

—Nos sentiríamos muy complacidos de tenerte en esas fechas en casa—. A la abuela se la veía disgustada e incómoda, me sentí sobrando y de hecho, me hubiera ido, aunque por educación no lo hice.

—Gracias, Eleanor. Estas Navidades las pasaremos Patricia y yo en Alemania.

—Jared, ¿las acompañarás?

—No, las pasaré aquí con vosotros —disgustado, le contestó a su madre.

—¿Y qué hay en Alemania para no compartir con nosotros esas fechas? Aparte de alemanes, claro. —Había regresado con el cete cargado y el seguro abierto. El servicio con rapidez dispuso el segundo plato frente a él.

—Ha de presentar un proyecto —Jared respondió por mí, ofreciendo la misma excusa que le había expuesto a él días antes.

Debía de haber sido más sincera, contarle los verdaderos motivos del viaje, porque Jared ante todo era un amigo, sin embargo, por no lastimarle omití la verdad.

—No te he preguntado a ti, hermano. —¡Eran peores que los niños!

—He de presentar un proyecto. —Por fortuna entre los talentos de Matthew no se contaba lanzar flechas con la mirada, me habrían atravesado, fijo.

—¿Podrías ser más explícita? No es que sienta especial interés en saberlo, pero es preferible escuchar cualquier voz antes a la de mi hermano.

—No.

—Enid y sus monosílabos.

—Papá... —Joel, mi chico, no le gustó y me defendía como un verdadero caballero.

—¿Te ha ofendido mi comentario, Enid? —A lo peor pensaba que disfrutaba con los vilipendios gratuitos.

—No. —Me giré hacia Joel sonriéndole y él me devolvió el gesto, aunque continuaba preocupado.

—¿Y cuánto tiempo estarás fuera? —hablaba sin levantar la mirada del plato—. Por adaptar el calendario de mis hijos.

—No se verá afectado.

—Como acto de buena voluntad, y en pago a tus servicios, podéis utilizar el jet de la familia.

—Amor... ¿y si lo necesitamos nosotros?

—Podemos alquilar uno, Cathy —ladró.

—Ya tenemos los pasajes. —Nadie iba a tratarme de meretriz sin serlo.

—Devuélvelos —supuse que se lo exigía al plato.

—No.

—Pues no.

Y, para nuestra dicha, regresó el silencio.

Acabamos de comer sin lanzarnos los cubiertos.

Catherine comadrebbeaba con su futura suegra intimidades familiares de los nuevos círculos sociales con los que se codeaba —como buena víbora—, Eleanor simulaba escucharla, pero no perdía dato sobre el comportamiento de sus hijos. Imaginé su disgusto, a pesar de fingir muy bien.

Matthew volvió ha encerrarse en su despacho.

Nosotros, a pesar del malestar generalizado, dedicamos la tarde a jugar con los chicos al Scrabble, hasta que Percival pasó a buscar a Joel para salir en bici y a Isona la llamó su amiga Ruth.

—*Salimous al garden.*

—¿No hará demasiado frío?

—*Pounte el abrigou.* —Suspiré.

Avisó para que trajeran mi anorak y me lo puso sobre los hombros.

Tal como había propuesto, salimos al jardín y ocupamos un sillón doble, uno al lado del otro. Jared pasó su brazo alrededor de mis hombros y me acomodé buscando calor.

—No me *gousta estuar enfadados.*

—Yo no lo estoy.

—*Io, sí.*

—Vaya. —Rio.

—No *contigou, sinou* con la *situación.*

—Jared, cada vez veo menos probable que como pareja tengamos algo a

compartir.

—No es *siertou*, *perou you no sabues* lo que *quierues*.

—Sé lo que no quiero, Jared... y eso tiene más peso para mí.

—*Puedou esperar...*

—Te engañaría de decir que no te quiero, pero no es suficiente para integrarnos como pareja. Si esperas nos condicionas a los dos y no es justo para ninguno. —Me besó la sien mientras friccionaba mis brazos.

—*Tienues fríou*.

—He de acostumbrarme.

—Enid, he de *pedirtue* un *favor*, y has de *desirme*, *yes*.

—Ni firmo en blanco ni afirmo sin conocer la pregunta... un defectillo que tengo. —Rio.

—Cada *anio asistimous* a una *sena beneficua*.

—Algo he escuchado.

—¿Me *acompanias*?

—No.

—Enid, *please*.

—No pinto nada ahí, si he de evitar un rato embarazoso, créeme, lo haré.

—He de ir en *parueja*... lo *exijue* el *protocolou*.

—No asistas.

—No *puedou* negarme.

—Busca entre tus amistades... compra una...

—¡Enid!

—No he dicho que pagues por sexo, eso puede o no entrar en el trato —sabía que hablaba en broma y reía.

—*Quierou* ir *countigo*... *seruá divertidou*.

—¿Qué, el sexo? —continuaba con la broma, haciéndome de rogar.

—No me *impourtará suplicuarte*.

—Vas a ponerte pesado como un escolar, ¿verdad?

—*Yes*.

—No tengo ropa apropiada.

—Sí, la tienes. —Enarqué una ceja mirándole con suspicacia—. He estadou en New York... *aprovechué* el *viajue*.

—Jared, no era necesario... ¿Y cómo sabes mi talla?

—Pat. *¿Me acompañas...? ¿Please...?*

—Como promotor no sé si serás bueno, pero manipulando no tienes igual. A ver, pesadilla humana... ¿cuándo es la cena esa?

—El *primuer sábadou* de *disiembre*. ¿Eso es un... *yes?*

—Sí, Jared, iré contigo.

Quiero creer que la efusión le embargó, y tomándome con ambas manos la cara, me plantificó un beso en los labios bien prieto.

—Eres un *sielo*.

—Y tú un abusón. —De nuevo reía abrazándome—. Jared, por favor, recuerda lo que hemos hablado.

—Tú también.

—Dejaremos de ser amigos, lo sé. —Y no deseaba resignarme, le consideraba importante para mí.

—*Seruemos pareja...* —Su idea era que sonara a guasa, pero los dos sabíamos que no era así.

—Sigue soñando, yanqui.

—*Entruemos*, el *fríou* no te deja *pensuar* con *claruidad*.

—Sí, va a ser eso.

Al levantarnos, una silueta nos observaba desde la ventana, rabiando porque su hermano estaba decidido a emparentarle con una mujer sencilla, sin las cualidades de elegancia y saber estar mínimas para llevar el apellido Prescott.

Media hora después y tras despedirme de todos excepto del señor feudal, me marché a mi casa.

Conducía pensando en el baño de sales que iba a darme, agotando el agua caliente del termo y no iba a salir hasta que perdiera la temperatura.

Matthew debía de padecer algún trastorno de personalidad, no era normal aquellos cambios de humor instantáneos... aunque, tras realizar un estudio de valoración situacional, con la única persona que le sucedía era conmigo.

Con su madre se mostraba gentil y cercano, para nada afectuoso.

Con los niños era todo lo opuesto, les ofrecía cariño donde fuera y ante cualquiera. Ese Matthew me gustaba.

Con su prometida era correcto, no había efusividad, ni arrumacos ni besos robados... demasiado formal para una pareja que estaba a punto de casarse, cierto que era un compromiso mercantil, pero podía esforzarse un poco.

Con su hermano era hostil y directo, no había esa complicidad que suele existir entre hermanos. ¡Hasta Isona y Joel la tenían!

¿Y qué hacía de nuevo malgastando unos minutos semipreciosos en entender a semejante estúpido?

—¡Pasa Enid! No vale la pena.

REVELACIONES



AUTODESTRUCCIONES

¡Ay! Poco faltó para que no llegara a la hora.

De repente mi tiempo se había contraído indirectamente proporcional a la necesidad de expandirlo.

El proyecto del museo me absorbía como un agujero negro, en tanto mi cabeza era un sembrado de diseños innovadores que evitaban concentrarme en otro... personaje.

También estaba el máster, si deseaba mantener la beca y el visado de estudiante, mi media de nivel no podía bajar y si quería trabajar en este país, era la única referencia que tendrían en cuenta ante otro con las mismas aptitudes.

—¡Hola, Iní! —Joel con su energía habitual brincó dentro del coche.

—Hola, Iní —saludaron más comedidos los hermanos Camdem.

—¿No esperamos a Isona? —Percival, el mayor, estaba algo prendado de la nena... ¡Ay, pobre, no le quedaba nada por sufrir!

—No Percy, hoy se ha ido con Ruth a clases de música y canto, la recogerá Jared.

—Tengo una cosa para ti... te la daré en casa. —Joel parecía nervioso por entregar su sorpresa, incluso se debatía por desvelármela antes.

—¡Perfecto! ¿Cinturones abrochados? —El trasto no tenía indicadores, solo era un trasto.

—¡Sí! —corearon.

—Despegamos.

Hicimos el camino hasta la mansión cantando las canciones de la radio a pleno pulmón. Al llegar, la abuela nos esperaba en el vestíbulo.

—Buenas tardes, Enid. Hola, chicos. Tenéis la merienda preparada en la sala. Joel, hoy papá está en casa, será él quien os ayude con las tareas. — Aquella manera de excluirme tan sutil resultó chocante, pero tampoco le di importancia.

—Vale, yaya.

Para mí, estar bajo el mismo techo que Matthew era opresivo. Unos nervios anticipativos hacia sus desaires me encogían el estómago provocándome sudores, por eso llevaba sin coincidir con él desde aquel último almuerzo.

—En tal caso, me marchó.

De encontrarnos, utilizaría el momento para insinuaciones dañinas que después en soledad yo repasaba, y lo peor de todo... las excusaba, sin entender los motivos.

—Quédate a cenar —Eleonor, siempre atenta, mentaba el ofrecimiento con la boca pequeña. Supuse que se habían encargado los Condes de argumentar los motivos por los cuales no era apta mi presencia y había tomado parte también por ellos.

—Se lo agradezco, prefiero llegar pronto al apartamento.

—Como gustes. Pasa por la cocina, Maud ha preparado algo para ti, dice que te estás quedando en los huesos.

—No he perdido ni un gramo, aunque podría haber estirado. —Les hice un guiño a los chicos y rieron.

—Iní, toma... Esto es para ti. —Sacó de su mochila una bolsa de patatas chips súper aceitosas de churrería, de aquellas de papelina verde. No lloré por vergüenza.

—Pero... ¿de dónde has sacado eso?

—Greg, un compañero del cole, viajó a Córdoba con sus padres y se las pedí de contrabando.

—Menudos granujas que estáis hechos... ¡Muchas gracias! Es un súper *regalazo*. —Le di un par de besos en cada mejilla—. Venga, id a saludar a papá, os estará esperando.

Marcharon arrastrando las mochilas como si pesaran dos toneladas y yo me dirigí a la cocina.

No había un alma.

Saludaría a Maud y me escaquearía por la puerta de servicio, como la intrusa que era.

Abrí la bolsa de patatas pringosas y andaluzas. De estrujar el papel llenaría un vaso... ¡Y qué ricas estaban!

Recordaban a las ferias de los pueblos...

Me senté en la encimera disfrutando de aquel detalle de mi chico y reparé en lo humilde del patio trasero, aunque era ideal para jugar a guerras de tinta, todo volvía a estar perfecto con un *manguerazo* a presión... bueno, todo menos algún tiesto y sus florecillas.

—¿De eso te alimentas? —no grité porque tenía la boca llena y necesitaba tragar antes. ¡Cualquier día me dejaba en el sitio! Y qué voz...

¡Maldita sea, otra vez comenzaba a dispersarme!

—No —mentí. Comía más porquería de lo que mi padre aconsejaba para prevenir riesgos vasculares. Por fortuna, mi metabolismo no era acumulativo, de lo contrario estaría redonda como un buñuelo... ¡Uhm! Buñuelos...

—¿Y no sería mejor una merienda más nutritiva?

—¿Un sándwich de crema de cacahuete? —Negó con gesto asqueado.

—No, por descontado. Eso no es comida de adulto. —Y daban comienzo las lecciones.

Levanté la bolsa dándole un par de vueltas, simulando con exageración comprobar la edad máxima recomendada.

—Pues no, no tiene limitación de edad, ¿quieres?

—No. Por supuesto que no. Es... repugnante.

Reconozco que me chupeteé los dedos, uno por uno por fastidiarle.

—Pues peor para ti. No sabes lo que te pierdes.

Apretó la mandíbula conteniendo las ganas de darme un par de azotes y de imaginarlo, me acaloré. ¡Sí, ahí estaba Enid, chuleando en rojo bochorno!

—No sé qué puede ver mi hermano en ti. —Acostumbrada a interpretar indolencias, no demostré que me había dolido el comentario.

—Algo que tú no, es obvio.

Tras arrugar la bolsa ya vacía, salté de la encimera. La tiré y seguido le di la espalda para lavarme las manos.

—Cena con nosotros. No puedes mantenerte de porquerías.

—No, gracias. —En realidad, con mi negativa le evitaba una úlcera.

—Como prefieras, no voy a insistir.

—No lo hagas, te contestaría lo mismo.

Hablaba concentrada en dejar mis manos impolutas, por mantener el tipo en mi línea de indiferencia ficticia.

Entonces pasó por detrás y su fragancia me obligó a cerrar los párpados un segundo más de lo necesario por soportar aquella tensión a la altura del ombligo, tan repentina como aguda.

Si para eso no estaba preparada, menos para sentir su barba de cuatro días rozando mi cuello y mejilla, ni la caricia de su aliento en mi piel ni las vibraciones de su voz a mi oído erizando el vello de mi nuca provocando escalofríos generalizados.

Miles de indicadores aturdiéndome advirtiéndome en silencio: «¡Pero esto qué es!»

—Eres insufrible, contestona y geniuda, jamás encajarás en esta familia.

Y, a pesar de lo duras de aquellas palabras, pude distinguir un punto de sensualidad que se enredó en lo más íntimo de mi anatomía.

En esta ocasión sí pude controlar el escalofrío, sin embargo, concentrarme en ello impidió mi réplica y aproveché para salir de la cocina dejándome inconsciente, con las defensas por los tobillos y lo más ridículo, confusa al no comprender mis reacciones.

Respiraba, porque era un acto motor involuntario, de lo contrario estaría lívida o con espasmos.

—Buenas tardes, mi niña.

—Hola, Maud. —Oía su voz, pero yo seguía en otro plano más difuso.

—¿Se encuentra bien?

—Ah, esto... sí... ¿necesita algo?

—No, mi niña... quería entregarle esto. —Sacó de la nevera una fiambreira y la abrió para mostrarme el contenido.

—¡Hala! ¿Es toda para mí?

—¡Claro! Es la única, aparte de Isona que no cuenta las calorías, y para ella he preparado otra.

—El aroma ya alimenta. A mañana no llega... ¡Ni se imagina lo que le gusta a Pat la tarta de queso!

—Pues disfrútenla, me encanta cocinar para quien sabe apreciarlo —susurró complacida.

—Gracias, Maud... es maravillosa. —Y emocionada la besé.

Me recordaba a mi abuela Edurne. Papá siempre la regañaba por contentarme con su confitería casera, vivía las vacaciones disfrutando de postres y dulces artesanos.

—Quédese a cenar, el Sr. Matthew está intratable, igual a las espinas del pescado. —Miró hacia la puerta para después cuchichear—. Me ha pedido que la convenza.

—Vaya... —Le sonreí afectada—. Pero, no Maud.

—El Sr. Jared también llegará a tiempo, nos ha avisado.

—No importa, prefiero cenar con Pat un vaso de leche con tarta. Me marcho.

—Hasta mañana, señorita.

—Maud, ¿conseguiré alguna vez que deje de llamarme señorita?

—Claro, mi niña, cuando sea señora. —Negué riendo.

—Ay, Maud... no sé qué haría sin sus cuidados.

—Sea prudente.

Salí hacia el aparcamiento de servicio y monté en el trasto acompañada de mi tarta de queso de copiloto aromatizando todo el habitáculo... aunque no era ese el efluvio que me traumatizaba.

Había sido mucho peor a cualquier otro día.

Tuve la maldita sensación de que podría haber hecho conmigo lo que le hubiera venido en gana... ¡Si no le provocara repelús de asco, claro!

¿Se podía saber en qué estaba pensando?

Podía estar rico como una piruleta de cereza, una piruleta cara... pero era el ser más soberbio, creído y vanidoso de la galaxia de los soberbios, creídos y vanidosos.

Al llegar al apartamento no entré en casa, subí directa al piso de arriba y le piqué a Pat en el cristal del balcón.

—Buenas noches, ¿has cenado?

—No, tenía previsto picar cualquier cosa con tal de no cocinar.

—Mira lo que traigo, cortesía de Maud... ¡Ta chan!

—*Oh my God!*

—¿Con cacao? —propuse alzando una ceja un par de veces.

—¡Qué cacao, ni qué niño muerto! ¡Chocolate a la taza bien espeso!
Mañana salimos a patinar y eliminamos cargo de conciencia.

—Como prefieras, yo ya me zampado una bolsa de patatas de churrería de contrabando que me ha costado otro encontronazo con el Conde.

—¿Contrabando?

—Se las encargó Joel a un amigo. Es un primor de criatura.

—Claro... está enamorado de ti.

—Te pasas con el rosa... Joel solo es un niño.

—Entra dentro de la lógica, a su edad ya sucede con las profesoras. Él tiene a una modelo fotográfica en casa y ya viste a las maestras de su escuela
—fingió estremecerse del miedo.

—Modelo gótica.

—Modelo, al fin y al cabo, aunque a mí me interesa más las chispas entre herederos... —comentó llevando el cazo al fuego.

—Siempre consigues dejarme como una caca.

—Dudo que se lo permitas.

—Pues justo eso es lo que no comprendo. Me intimida tanto simplemente con la mirada, que solo consigo dar zarpazos al aire...

—Ajá.

Cortaba porciones de la tarta sin añadir nada más. Esperé impaciente sus conclusiones, pero ¡qué va!, continuó callada preparando la cena mientras yo me impacientaba.

—Podrías decir algo... ¿no?

—¿Qué quieres que diga?

—Nada, hija, nada.

—Si te digo lo que pienso, te vas a enfadar.

—Se me pasa rápido, soy de mecha corta... Va, habla.

—Matthew Prescott te gusta y mucho.

—¡Anda ya! —No pude evitar reír a carcajadas, ella chupaba la cuchara

limpiando los restos de chocolate—. Y lo estarás diciendo en serio... ¡Lo estás diciendo en serio!

—Podemos salir de dudas... sé reconocer las señales fisiológicas, las emociones son parte de mi campo de estudio. ¿Quieres que te realice un test?

—¿Cómo los del Cosmopolitan^[95]?

—Este tiene base científica. Si eres sincera, el resultado puede no satisfacerte.

—Lo haré bien. —Puse la mano derecha en el pecho y alcé la izquierda en juramento solemne.

—Solo puedes contestar sí o no, en caso de dudar es sí.

—¿Por escrito? —Entornó la mirada.

—Oral... sé las respuestas de antemano.

—Comienza, listilla.

—¿Sudoración palmar en su presencia?

—Como cuando estoy nerviosa por mis cosas o asustada.

—Enid, sí o no.

—Vale... vale... Continúa.

—¿Sudoración fría localizada en columna o axilas?

—¿Todo se simplifica en conocer la temperatura y zonas de transpiración?

—¿Vas a contestar?

—Sí.

—¿Y?

—Que sí, que sudo en frío.

—¿Sientes nervios en el estómago o tensión?

—Sí.

—Sensibilidad epidérmica a su tacto...

—Sí.

—¿Piensas en el sujeto sin necesidad? No importa el motivo.

—Sí —mis afirmaciones comenzaron a disminuir en tono.

—Cambio de frecuencia sistémica.

—Sí.

—Insomnio, tirantez entre el ombligo y el bajo vientre, reconocimiento de fragancias, pérdida de racionalidad y perspicacia...

—Sí... al conjunto —susurré.

—Pues ya te has contestado.

—Se me ha pasado el apetito...

—Otro síntoma.

Contemplé la pantalla del televisor y, de preguntarme, no sabría si estaba apagada o encendida.

¿Era consciente de eso y lo había estado negando?

¡Claro que sí!

Intentaba protegerme como el que se cree ciego solo por no abrir los ojos.

Las señales estuvieron presentes desde el primer instante. Yo pensando que tenía un gen defectuoso o pobre para el enamoramiento y mira tú por donde funcionaba... ¡mal!

Escogía, como diría Evita Perón; «¡Con el mismísimo orto!».

Sentir algo tan intenso, tan arrebatador y visceral siendo correspondida debía de ser magnífico... en mi situación era una mierda.

¿Cómo pude enamorarme de una persona para quien era insufrible y molesta?

¡Y a punto de casarse!

Aunque, para el caso, poca importancia tenía eso, no me tragaba ni con embudo.

—¿Y ahora qué hago? —Miré a Pat con el desespero grabado en las pupilas.

—Joderte... —sentenciaba encogiéndose de hombros—, porque lo tienes bien jodido.

Ya no dormía bien. En realidad, no dormía, daba cabezadas.

Tras la conversación con Pat, mi subconsciente se había desinhibido y mis sueños cada vez eran más incongruentes... profundos.

Pude esquivarlo durante las últimas semanas, pasaría tan mal rato con sus desprecios que acabaría llorando a moco tendido.

Notaba tanta negatividad alrededor, que mi mente oscurecía cualquier situación.

Sin embargo, aquella noche no me iba a quedar más remedio que hacer de mi capa un sayo y aguantar el rato que compartiríamos la mesa.

Me había comprometido con Jared a acompañarle a la cena benéfica y no se merecía excusas peregrinas para no asistir.

Fui al salón de belleza y aproveché para retocarme el corte de pelo que decidieron recoger en cascada ondulándolo para darle dulzura y cuerpo al peinado, y con él, romper la estética tan agresiva del vestido. Un Dolce & Gabbana azul petróleo muy brillante con cuello de cisne y manga larga, ceñido a mi anatomía como una segunda piel y acabado en corte sirena.

Me maquillaron enfatizando la mirada en tonos metálicos y chispeantes, aunque sin excesos.

Pat entró cuando me estaba colocando los complementos, unos pendientes, el único accesorio que pensaba añadir.

—¡Madre del amor hermoso!

—¿Qué sucede?

—¿Tú te has visto?

—Sí, creo que me siento bastante bien.

—¿Crees? ¡Estás de alucine! Y mira, he de serte franca, cuando vi el vestido pensé que era demasiado sencillo y brillante en exceso. Pero... ¡chiquilla, te va como un guante! —Suspiré.

—Espero estar a la altura. —Sí, a qué negarlo, estaba desinflada, con el ánimo bajo mínimos.

—Enid, va mujer... no le des más vueltas. —Pat se convirtió en mi paño de lágrimas, en castigo por haberme hecho el maldito test.

—No te puedes ni imaginar cómo me gustaría.

—Venga, en menos de dos semanas nos vamos a Alemania, y quiero pasármelo genial, dispuesta a lo que surja. —Abrí mucho los ojos y me llevé

ambas manos a la boca simulando estar escandalizada.

—¡Descarada!

—¿Has hablado con tu padre?

—No.

—Enid...

—Sí, lo sé, lo sé... mañana sin falta le llamo. ¿Tú imaginas el cabreo que pillaré? No tengo el ánimo para más reproches...

Sonaron las campanitas anunciando a Jared y Pat fue a recibirlo.

—Jared, impresiona verte tan elegante.

—*Gracias, Pat... no soy muy amantue de las bow tie^[96], perou hoy es obligadou.*

Acabé por calzarme con desgana unos espectaculares zapatos a juego, tomé el abrigo, el bolso de mano y salí a la sala.

—Yo también estoy lista. —Jared, se giró instintivamente al escuchar mi voz y su rostro risueño mutó, enseriándose—. ¿Sucede algo?

—*You look gorgeous, that's all^[97]* —respondió con un hilo de voz.

—Gracias. —Tanta admiración comenzaba a brumarme—. ¿Nos marchamos?

Tras despedirnos de Pat, salimos por la puerta principal. Nos esperaba una limosina.

—¿Era necesario?

—El *coubiertou cuestua seis mail quinientous dollars pour* persona... *The limo is indispensable.*

—¿Seis mil quinientos pavos?! Por ese importe deben de meterte la comida en la boca. —Rio la exageración.

—Es *parua* una *buenua* causa.

—¿Qué causa?

—Una *foundation* que *gestionua* un *bancou* de *alimentous*.

—Qué ironía.

—Si *funsionua*...

—Así los poderosos eliminan la mala conciencia.

—Enid... no seas *poupolista*.

—Vale.

—Enid.

—Que sí.

—No sé, llevas un par de *semanuas* ausente. —¡Si supiera lo que jamás iba a saber!

—He de hablar con mi padre, se va a tomar fatal que no vaya a casa estas Navidades. Postergo el momento y empeoro la bronca con eso.

—¿*Pour* qué no *quierues* que os *acompanie*? —tarde o temprano iba a reclamármelo.

—Nos alojaremos en casa de un amigo.

—¿Fuisteis *parueja*?

—No.

—¿Hubo *algou entrue vousotrous*?

—Sí, Jared... y por favor, zanjemos el tema.

Y no volvió a hablarme hasta que el vehículo estacionó frente al Four Seasons.

El bedel se apresuró a abrir mi puerta, el chófer la de Jared, y al poner el pie en la alfombra me sentí en el 6801 de Hollywood Boulevard.

Un cordón grueso nos separaba de los medios de comunicación ubicados detrás, a la espera de recibir a las celebridades.

Posicionándose a mi lado, Jared me ofreció el brazo, le pasé el mío y caminamos como si estuviera acostumbrada a realizar aquel paseíllo hasta el vestíbulo atestado de gente.

Agradecí no tenerles pánico a las cámaras, porque nos recibieron los fogonazos de los flashes, cegándonos.

Al llegar al hall, todo empeoró. De repente nos convertimos en el centro de atención, los periodistas acreditados para el *photocall* insistían en preguntar sobre nuestra relación sentimental. Ambos sonreíamos respondiendo: «*No comments, thanks*».

Jared nos sacó del meollo presentándome a una pareja de amigos.

La mujer me observaba... molesta. Supuse que al no ser de su círculo social me consideraba una intrusa fuera de lugar, nada que yo misma no opinara de mí, y eso la disculpaba.

Juntos e incómodos, nos dirigimos al salón previsto para el evento.

Era un espacio refinado y solemne, lo que me esperaba en realidad, incluso para lo que costaba el servicio lo vi falto de elementos ornamentales exclusivos, como algún cuadro de un pintor de renombre o alguna escultura

abstracta que rompiera la sobriedad.

Sentía las miradas analizándome escrupulosamente. Jared vestía de acuerdo con la etiqueta establecida, muy elegante, le caía fantástico, y mi indumentaria no desencajaba en absoluto, no me veía ni estrafalaria ni extremada, al contrario, era menos llamativa que el resto de las asistentes, incluso recatada si comparaba aquellos escotes, colores y transparencias sugerentes en exceso.

Intuía que la tribu no era muy numerosa y se conocían entre ellos, así era sencillo distinguir al forastero o a un nuevo miembro en su selecto club de esnobs. Yo no dejaba de ser la oveja negra entre un rebaño de ovejas de lana blanca primorosa que les provocaba curiosidad o morbo.

—Enid, sabía que *susedería estou, perou* no en *estua magnitude* —farfulló Jared a mi oído conduciéndome al centro del infierno.

—Pues podrías haberme avisado.

—No me *habruias acompañado*.

—No, no lo habría hecho.

Nos acercamos a un grupo de jóvenes parejas, entre ellas distinguí a Levi Middleton y a su acompañante, una mujer morena de rasgos asiáticos, muy hermosa. Presentí que no era el ligue del momento.

También estaba el rubito pendiente de Pat y el resto de la panda, que tontearon con todas.

—Buenas noches, caballeros —Jared saludaba con sonrisa de triunfador.

—Buenas noches, Prescott... Buenas noches, Enid —cambió el tono al dirigirse a mí... ¡Valiente crápula! Menos mal que solo tomamos unas copas.

—Buenas noches, Levi. —Si yo no tenía apellido, él tampoco.

—Al parecer, es algo más que amistad lo que te une a los Prescott —apuntaba mirando a Jared. Vamos, le faltó hacerle un guiño y darle un codazo.

Yo, por evitarle un mal rato apreté el brazo de Jared para que no le sacara del error y él lo entendió sin más muecas.

—Os presento a mi prometida, Anne Lee Gallagher. —¿Prometida? ¡Menudo mundo de cretinos y conveniencias!

—Encantada. —Tendí mi mano y la estrechó con languidez.

—Un placer señorita... —fingía de pena no saber quién era y cómo me llamaba.

—Enid Recassens.

—¿Y de qué conoce a Levi? —Sonó a acusación, sin embargo, no le daría

pie a ningún espectáculo.

—Su sobrino y los de Jared van a la misma escuela, coincidimos en el auditorio y Matthew nos presentó —no debería buscar disculpas, ni mentir. Estaba convencida de que Levi no pasó aquella noche solo ni con ella, pero tampoco ganaba nada diciendo la verdad.

—Oh... —Parecía decepcionada. Ella sabía que su prometido podría jurarle amor convenido pero lo de la fidelidad era trato aparte.

De súbito se paralizó todo a nuestro alrededor y las miradas se dirigieron hacia la entrada. Desde mi posición no podía ver quién suscitaba ese nivel de expectación, un montón de cabezas con recogidos imposibles me lo impedían.

Jared levantó una ceja sonriéndome, y al no comprender nada, di media vuelta sin mostrar la más mínima curiosidad por conocer a las personalidades que todos admiraban.

—¿Esto siempre es así? —Jared sonrió entregándome una copa de champagne.

—Sí, *cuandou* el *anfritrioun* es él.

Contestó con desgana, aburrido de los rituales ampulosos.

Los asistentes comenzaron a dispersarse, a moverse a nuestro alrededor. Seguíamos comentando banalidades y añadiendo ironías por amenizar la tarde, hasta que una voz golpeó mi estómago dejándome sin aire.

—Hola, hermano. Supuse que te saltarías el protocolo asistiendo sin acompañante. ¿Quién es la afortunada? —el deje era cordial, divertido, para nada cáustico o mendaz.

Me giré confiada en mantener mis nervios atados sujetando la copa.

¡Madre mía! No podría nombrar adjetivos para describir la impresión causada. Era la elegancia y distinción elevadas a su máximo exponente.

Había afeitado su característica barba de tres días, sus rasgos varoniles eran más expresivos... ¡Cualquiera lo encontraría irresistible!

Era como si una científica loca hubiese creado al hombre perfecto uniendo piezas equilibradas y armónicas. Lástima que en la formulación se olvidó añadir un poquito de cordialidad hacia Enid Recassens.

Si con alguien no esperaba toparse aquella noche, era conmigo, de hecho, de haber hallado al diablo con sus cuernos y su rabo, no le habría asombrado tanto.

—Buenas noches, Matthew —procuré no delatar inseguridad en mis palabras y si lo conseguí fue gracias a las dos copitas que ya me había tomado.

—No tenía la menor idea de que nos acompañarías —puntualizaba vacilante.

—Fue una decisión de último momento —aclaró Jared mintiendo y con sonrisa perversa.

—Enid, te felicito, ese vestido te sienta fantástico. Jared tienes un gusto exquisito. —Era una bruja repelente y por mucho perfume caro que llevara, siempre olería a azufre.

—Buenas noches, Catherine. —Punto.

—Es de ser desconsiderado no devolver un cumplido, deberías de aprender cómo moverte dentro de un ambiente tan selecto como este.

—Lo tendré en cuenta.

Matthew no abría la boca, solo me observaba sin pestañear. De poder, me hubiera sacado de allí a coces.

—¿Nos disculpáis? Deseo que Enid conozca a unos amigos. —Jared, en cambio, se sentía el alma de la fiesta, satisfecho como si se hubiera engullido un pavo.

—¿Qué amigos? —ahí el tono fue de advertencia. ¡Ni que tuviera intención de presentarme a un capo de la mafia!

—Nos veremos en la mesa. —La sonrisa de Jared fue un desafío en toda regla—. Cathy, estás linda.

Colocó su brazo para que le tomara del codo y así lo hice, seguido, nos separamos de ellos.

—Jared, ¿qué le sucede a tu hermano? —Aparte de no soportarme ni en la distancia.

—*He's a bloody bastard.*^[98]

—¡Jared!

—Si no *quierues sabuer la verduad*, no *preguntues...* continua en tu *mundou felís*.

—¿De qué hablas?

—¿Sabes quién es *the queen*^[99] de la fiesta *today*?

—Catherine... por como les han recibido. —Comenzó a reír a carcajadas.

—*Inosente*.

—Jared, no me siento precisamente cómoda entre esta multitud, no me enfades con estulticias, porque me largo. —Parado delante de mí, colocó sus manos en mi cintura para fijar sus pupilas en las mías.

—*Debería ser ella, pero eres you.*

—¿De qué hablas? ¡Por favor!

—*Sensilla, elegante... impactuante. You solua despruendes más glamur que el ruesto de women jountas.*

—Es una subjetividad... y no me respondes.

—Te he *contestadou, but... serué más explicit... Matthew is a bastard coun* suerte... *hoy solou is a bastard.*

—Genial, Jared... acabas de explicarte como un jeroglífico egipcio. No importa, paso de inmescuirme en guerras que no me competen.

—Me *gousta* esa actitud. Te *presuentaré a unous amigou franseses*, voy a *presoumir de acompañante.*

Sentía la mirada de Matthew en el cogote. Al irrumpir en su zona de confort mi presencia le incomodaba. Para él yo era un tachón en su correcto mundo clasista.

A mí, me ofendía y lastimaba el ego no ser considerada un individuo del nivel intelectual o urbanidad adecuado... Aunque, si realizaba un somero análisis de la situación real, ni yo ni mi personalidad encajábamos entre ellos.

Tras suspirar una vez más, me dejé guiar por Jared, que parecía entusiasmado de llevarme del brazo. ¡Qué no haría aquel hombre por molestar a su hermano!

Me presentó a una pareja de amigos encantadores, Michel y Nathalie Delorme.

Se dedicaban a la restauración, recuperando todo tipo de mobiliario clásico para devolverle su esplendor. Identificaban la belleza de manera distinta al resto, en rasgos imperceptibles a simple vista. Se mostraban apasionados comentando su profesión y su complicidad era palpable... envidiable.

Reímos con anécdotas no demasiado significativas, sin embargo, el gracejo del acento añadía el plus. Fue un rato de lo más ameno, perdí tensión disfrutando no tanto del ambiente como de la compañía.

—Buenas noches de nuevo.

—Buenas noches, Sr. Prescott —saludaba Michel entre risas—. Ahora me surgen dudas protocolarias para dirigirme a uno u otro.

—¿Para qué sirve la amistad de no poder tutearnos? —se apresuró Jared en contestar.

—Entre amigos no es necesaria la etiqueta. —¿Perdona? Que brotara ese comentario de boca de Matthew me resultó insólito.

—Catherine, estás divina con ese vestido.

—Gracias, Nathalie. Me considero afortunada, todo me sienta ideal —¿y por qué le respondía a Nathalie mirándome a mí?

—Es una suerte. Mi bata llena de manchas de disolventes y barnices no me favorece demasiado. Hoy me siento una princesa.

—*Ma chère*, tú estás preciosa hasta envuelta en lona. —Sin preocuparse de etiquetas, ella le besó la mejilla y sonriendo con ternura le retiró los restos del carmín... ¡Ay, qué bonito!

—Quien nos ha sorprendido esta noche ha sido Enid. —¡Cómo cansaba Catherine! ¡Qué mujer más plúmbea!

—Tampoco debes de encontrarte angustiada al ponerte delante del espejo cada mañana.

—¡Y tanto que sí! Aunque no le presto la menor importancia. —Reímos.

—Es muy significativa la imagen que se ofrece. Lo dice todo de uno mismo. —Catherine no se había reído.

—*Trésor*... —Nathalie se atrevió a darle un par de palmaditas en el hombro que para la condesita fueron dos puñetazos en su vanidad—, la única imagen interesante que debemos proyectar es la de nuestro intelecto, ese debería estar siempre a la última.

¡Punto de partido para Francia!

Disimulé mirando hacia el fondo de la sala por evitar muecas inconvenientes, aunque me nacía darle un par de besos a Nathalie o jalearla.

—Ocupemos nuestra mesa. —Ahí estuvo diestro sacándola del atolladero su futuro esposo.

Y tal como nos había sugerido, nos sentamos alrededor de una tabla circular acompañados de otra pareja, los Philips. Catherine y la mujer eran amigas harpías, junto a ella se sentiría más arropada... ¡Me iban a despellejar!

Nos sirvieron el primero, no obstante, últimamente mi apetito solo se activaba si el chocolate era el ingrediente principal, por lo tanto, aquel salmón a las mil reducciones en caldo de hidrógeno me apetecía tanto como lamer un poste.

Por disimular, cortaba porciones diminutas que masticaba despacio, y así, no dar más la nota.

—Enid Recassens... Enid Recassens... —Levanté la cabeza tras escuchar mi nombre pronunciado con dificultad por Michel—. *Ô mon Dieu!* ¿Cómo puedo ser tan despistado? Nathe, ¿Recuerdas la Catedral de San Giorgio?

—En Italia... *Ô mon Dieu!* Enid Recassens... —Todos los ojos se centraron en mi cara—. ¿Eres arquitecto?

—Sí —asentí tras limpiarme las comisuras.

—Michel y yo parlotando sin cesar y tu nombre constaba en el acta de aquella magnífica reconstrucción...

—Fue solo el proyecto de la tesis doctoral, después el estudio de arquitectura donde realicé las prácticas decidió presentarlo a las autoridades eclesiásticas competentes y tuvo la fortuna de ser elegido.

—¿Fortuna? Hemos visto muchísimos intentos de mejorar edificios ilustres, es de lejos lo mejor que hemos encontrado en años.

—Gracias, me halaga escuchar esto. —Me sonrojé... ¡Cómo no!

—No es un cumplido... Nos cautivó la manera de tratar la identidad propia de la construcción, respetando su historia y su entorno —Michel parecía sincero—. Empleaste técnicas novedosas y eficientes combinando materiales actuales y sillares recuperados de la zona... excepcional. ¡Qué honor conocerte!

Juraría que el pescado no llevaba pimienta en grano, sin embargo, a mí me subió el calor como si hubiera masticado uno.

—En tal caso, tu especialidad debe de ser la reconstrucción. —Nathalie no hizo por disimular su interés.

—Siento cierta predilección por esa rama de mi profesión.

—¿Y qué hay de emocionante en colocar parches en edificios decadentes?

—Nada. —Ni miré a Catherine al contestar. Supuse que preguntaba por fastidiar, como cada vez que respiraba. Me negaba a creer que una persona solvente, joven y formada en escuelas de reseña, fuera tan tonta.

—Es más sencillo restaurar a construir... el trabajo ya está hecho.

—Catherine, de lo que no se sabe, mejor no se opina. —Al escuchar a Matthew en mi defensa temí sufrir una apoplejía. Alcé la mirada y me encontré con la suya, examinándome—. Enid, ¿podrías sacarla de su error?

—Bueno... —Tragué saliva asustada al no intuir por dónde iban los tiros —, restaurar y reconstruir no son sinónimos, seguro que Michel o Nathalie son más exactos definiendo las diferencias.

No deseaba ser el centro de atención, ni que Maléfica con el huso de la rueca afilada y dispuesta a pincharme, encontrara la forma.

La pareja, por el contrario, hicieron alarde de sus conocimientos mientras unos escuchaban y yo por evitar mirar a Matthew, jugueteaba con la comida.

Al dispersarme en mis elucubraciones, no supe cuándo Jared cambió el tema de debate y aparecieron los edificios modernistas que habíamos visitado juntos en Barcelona, sin recordar ni sus nombres ni a sus arquitectos.

Yo estaba convencida de que todos los que estaban sentados a la mesa habían veraneado en España. Eran turistas exclusivos de las principales ciudades.

Como no iba a aportar nada de interés seguía divagando, hasta que la voz de Matthew pronunciando mi nombre atrajo mi atención con una pregunta que no escuché.

—Disculpa, andaba distraída ¿decías?

—Comentaba que conociendo la ciudad tendrás tus preferencias modernistas —y menos mal que añadió «modernistas», porque no tenía la más remota idea de qué ciudad hablaba.

—De mi ciudad me gusta todo menos la contaminación, la humedad y el turismo de borrachera. —Rieron mi sinceridad.

—Enid tiene la facultad de salir siempre por la tangente —comentó bajando la mirada a su plato.

—¡Qué va! Enid, es más de cementerios. —¡¿Podía ser más odiosa?!

—Para nada, soy de playa. —Con mi desenfado rio el resto, algo que molestó a la Condesa del Guisante.

—Nadie lo diría. Tuvimos el gusto de disfrutar de un reportaje tuyo algo... tétrico, en lugares poco sugerentes. —Gesticuló fingiendo escalofriarse o del miedo o del asco.

—Esas fotografías eran bellísimas... —Jared resolvió con aplomo importunado por la insinuación.

—¿Eres modelo? —El interés de Nathalie contagió al resto.

—De posado artístico —musité concentrada en la comida que desmigaba.

—He asistido a alguna exposición de temática gótica —añadió Michel con admiración—, y sin ánimo de ofender, lo menos interesante es la modelo. Suelen ofrecer una visión profunda de los paisajes, una ambientación marchita basada en la literatura inglesa decimonónica...

—Veredas otoñales o atestadas en nieve... —Nathalie continuaba la exposición de su marido.

—Se ha de transmitir nostalgia, decadencia... predomina la fuerza de los elementos —aclaré.

—Comercializas tu... posado. Cualquiera puede tener retratos tuyos, incluso los psicópatas. —En los años de mi vida no había visto un ser tan pérfido e imbécil como era Catherine, merecía un trofeo.

—Además de ser un acto de exhibicionismo —¡Oh milagro! Su amiga muda con risa de lémur... habló.

—¿Y esto no lo es? — Y supongo que, harta de tanto ataque caí en sus provocaciones.

—¡Obvio que no! —exclamó indignada.

—¿Seguro? Debemos de tener una visión distorsionada sobre este evento. Yo desde que he cruzado la puerta únicamente me he encontrado a personas intentando estar por encima de los demás, preocupados por superficialidades tales como vestidos y tallas... Para mí, Sra. Phillips, eso sí es exhibicionismo.

—Es una gala benéfica, Enid... Todos asisten colaborando de manera desinteresada con la fundación que apadrino —el tono fue insultante por condescendiente. Prefería al Matthew mordaz al apaciguador.

—Admirable, puede. Altruista, no. Pocos de los que asisten vienen sin otros objetivos. Esta noche quedarán listos para firma algún que otro acuerdo comercial.

—Es una conclusión ofensiva —resolvió.

—Solo se ofende aquel que se siente aludido.

—¿Y tú? ¿A qué has venido tú, Enid?

—Acompañando a Jared.

—Yo también podría esgrimir otros motivos.

—No hay más —Jared protestó severo.

—También es el lugar ideal para alcanzar otro tipo de acuerdo, ¿no crees? —y no objetaba a su hermano.

—Matt, discúlpate. —El clima de la mesa se tornó hostil y la exigencia de Jared solo lo empeoraba.

—No es necesario, Jared. Cada cual es libre de pensar lo que desee. Yo no he de acreditar mi reputación, me avala mi formación, independencia, profesión, e inteligencia, puedo conseguir mis metas conservando mi apellido.

—¿Y cuáles son? —Parecía divertirse pinchándome.

—Tan humildes e insignificantes, que las considerarías ridículas.

—¿Vendes humildad con altivez? Mala mezcla. —No apartaba sus ojos de los míos.

—No vendo humildad, me defiendo de la humillación.

—¿Te humillo? No era mi intención. —Sin embargo, la sonrisa cínica y el brillo atroz de sus pupilas decían lo contrario.

—Eso es discutible.

Podía disimular ante el resto, pero él sabía que mi blindaje estaba rasgado y de ahí su insistencia.

Por suerte, se fueron generando conversaciones paralelas por disminuir la tensión. Las perogrulladas de los Phillips no merecían ni la curiosidad del figoneo y seguí atenta a las batallitas de Michel que eran infinitamente más interesantes y divertidas.

Compartir con ellos anécdotas de nuestras aventuras viajeras sin que otro intentara satirizar cada una de mis palabras, ayudó a encontrarme si no aceptada, sí algo más cómoda.

Matthew, sin embargo, no abría la boca, en cambio, cada vez que giraba el cuello me topaba con su mirada. Él tampoco debía de estar disfrutando de la noche, era evidente.

Se excusó al ser invitado a colocarse tras un atril y expresar su alegato sobre la importancia de las donaciones cuando había familias padeciendo una situación complicada.

Un discurso muy manido considerando que el noventa por ciento de los que estaban allí les importaba un comino.

Yo aproveché para contemplarle sin descubrirme, todos hacían lo mismo, la diferencia es que yo no le escuchaba.

Estudiaba su expresión corporal, un posado de control y autoridad. Se dirigía a los presentes en una proclama de elegancia ingénita, sin embargo, al examinarle con detenimiento desentrañé algo distinto en él. Le vi cansado, muy cansado.

Parecía tirar de una losa autoimpuesta que remolcaba sin desearlo, mas obligado a hacerlo.

Sentí la necesidad de ayudarle a aligerar su carga y me apenó reconocer que no me lo permitiría. En ese instante nuestras miradas se cruzaron y nos la

sostuvimos, no con rivalidad ni animadversión... y por primera vez fue él quien la retiró.

Aquella sensación tenía mi estómago constreñido y con tal de recomponerme, aproveché para ir al tocador.

Observándome en el espejo, recordé la última vez que había acompañado a mi padre a una cena similar, para nada tan fastuosa. La disfruté tanto, me trataron todos con tanta amabilidad.

—No debería de haber venido.

Salí sin ser vista a una especie de jardín cubierto. El paseo era corto, lo justo para estirar las piernas.

Había una fuente en mármol blanco y me senté en el borde. La imagen que devolvía el agua era una falsificación de mí misma a escala, y molesta con ella, introduje la mano garrapateando el reflejo.

Tomé aire en profundidad y cerré los ojos tres o cuatro veces, y al abrirlos, el sobresalto casi consiguió que me zambullera.

—No pretendía asustarte.

Saqué los dedos y los sacudí mientras me levantaba. Cortés, me ofreció su pañuelo. Yo, tras un segundo de indecisión, opté por no aceptarlo.

Resoplando, tomó mi mano y la secó, para después cerrarme los dedos con su pañuelo entre ellos.

—¿Tanto te cuesta aceptar cualquier cosa que te ofrezco?

—No me gusta la doble moral.

—¿Te refieres a mí? Me estás juzgando mal.

—¿Yo? ¡Dios me libre!

Sonrió canalla mi cinismo.

—¿Qué haces alejada del resto?

—Nada... ¿no lo ves?

—Te he escuchado hablar más en esta noche que en los tres meses que llevas entrando y saliendo de mi casa.

—Me dijiste que no te interesaba conocer nada de mí. Soy aplicada.

Nos separaban dos pasos y dio uno. Entre ambos no mediaron más de cinco centímetros. Podía percibir el calor de su cuerpo y seguro que él escuchaba mis latidos, que de tan acelerados conseguirían mover mis orejas.

—La etiqueta no considera correcto que un invitado atraiga más la atención que el propio anfitrión. —La sensualidad en su voz removía mi organismo y

me aturdí.

—No me he saltado ninguna norma formal.

—Sabes que sí.

—Estás en tu elemento, te mueves con soltura, nadie osaría eclipsarte.

En silencio meditaba la ofensiva, lo encontraba contenido, reteniendo las ganas de hacer o decir algo. Yo confiaba en que no estuviera sopesando la idea de empujarme dentro de la fuente. De aquel tipo podía suponer cualquier reacción, la bipolaridad le daba cancha abierta.

Tras aquellos segundos interminables en los que no había dejado de escudriñar mi mirada, se decidió a hablar.

—Eres un cordero en el centro de una jauría de lobos y aún así esperas salir ilesa.

—Un peldaño clave en la cadena trófica. No vivirían los lobos de no existir los corderos.

—No hay corderos carnívoros.

—Ni lobos que coman pasto.

—¿Qué tipo de cordero eres tú? —Me observaba con tal intensidad que costó horrores contener el instinto de besarlo.

—De los que se esconden del lobo. —Mantener aquella conversación figurada contestando con agilidad subyugada por su fragancia era demencial.

—Enid... —¡Qué tortura de voz sensual inapropiada! ¿Por qué me castigaban las energías del karma de aquella manera tan cruel?—, ¿qué clase de lobo crees que soy yo?

Y he de reconocer que la pregunta fue desconcertante, de nuevo dejó ver su interior y de nuevo me conmovió su oscuridad.

—Tú no eres un lobo, Matthew.

—¿Un perro quizás? —Y su sonrisa burlona atestó mi estómago de aleteos de mariposas... confundidas.

—No, ni perro ni lobo... —suspiré contestando por instinto—. Simplemente eres un hombre.

Debería haber buscado una frase más neutral, ya que conseguí acelerar su respiración. Había bajado la guardia y para postres, le insinué que no me asustaba, cuando no era cierto, y que sus palabras ofensivas no me afectaban, cuando lo hacían ¡y cómo!

Inicié una ofensiva para la cual no estaba preparada. Iba a perder sin

ofrecer la más mínima resistencia.

—¿Enid? ¿Matt? ¿Qué hacéis aquí? —¡Salvada por la campana!

—Manteníamos una amena conversación sobre zoología. —Con disimulo, tomó distancia.

Jared arrugó la frente esperando una respuesta aclaratoria.

—Sí, hablábamos de animales domésticos y salvajes —añadí por no alterar la línea de réplicas delirantes.

—¿Y habéis llegado a alguna conclusión? —Jared se mostraba cordial. Matthew, comenzaba a enfadarse.

—Yo, sí —afirmó mirándome con fijeza—, que ni el lobo era tan lobo ni Caperucita tan inocente.

El desconcierto de Jared se acentuó. Si yo no entendía nada, por lógica, él muchísimo menos.

Sin despedirse, Matthew salió de escena con paso firme.

—¿Te ha *ofendidou*? —Le siguió clavando la mirada en la espalda.

—Me ha regañado.

—Aun *debueré enseñarle* buenas *maneruas*.

—Jared, sé defenderme.

—*Volvamous*, va a *comensar* el baile.

La música de una orquesta llenaba otra sala más espaciosa con acordes de jazz.

Nadie estaba en la pista y nos aproximamos a Nathalie y Michel. Un camarero nos ofreció una copa de champagne y brindamos.

La noche había dado para crear un grado importante de complicidad entre los cuatro y reímos los comentarios ácidos que se dedicaba la pareja, y que él suavizaba pasándole el brazo alrededor de los hombros.

—Creo que tu hermano está muchísimo más interesado de lo que sucede en este lado que en el suyo —advertía Michel despreocupado.

—*Mon coeur*^[100], nadie puede encontrar de interés lo que ese grupo de grullas relatan, menos Matthew que es un tipo inteligente.

—Cuando están juntas, cortan trajes a medida al resto del mundo, nos visten, nos desvisten y disfrutan con la visión... —subrayó Jared del todo acertado moviendo su copa.

—Y por separado... se despellejan vivas —me permití acabar su acotación.

—Lo inquietante es el halo de delicadeza y corrección del que se rodean.
—A Nathalie tampoco se le escapaban los detalles.

—Mi madre siempre decía: «*Señor, líbrame de las aguas mansas que de las turbulentas, me libro yo*».

—Gran frase.

—Refrán —rectifiqué a Jared entornando la mirada.

—¡Por las frases sabias! —Alzó la copa.

—Y los refranes —puntalicé.

—Y las harpías —sumó causas Nathalie al brindis.

—Y al amor. —La mordacidad de Michel nos hizo reír al chocar nuestras copas.

En esas estábamos cuando Matthew y Catherine se colocaron en el centro de la sala abriendo el baile. A media canción algunas parejas comenzaron a unirse.

—Srta. Recassens, le otorgaría el honor de conceder un baile a este humilde siervo. —Jared estaba de un humor inmejorable, y con una reverencia de lo más cómica se dobló para besar mi mano. Siguiéndole el juego, realicé un amago de hincar la rodilla.

—Sr. Prescott, acepto, pero cuidando de dónde coloca las manos, mi padre es diestro realizando lobotomías.

Las bromas se sucedieron y nos movíamos riendo de nuestras propias tonterías.

A media canción, Michel reclamó un canje de pareja y seguimos en el mismo plan de ocurrencias cómicas.

Varió el tema y aún aplaudiendo, Levi también solicitaba el cambio. Me sentí de nuevo en el instituto.

—Estás radiante, Enid.

—Estoy disfrutando, en algo se ha de notar.

—Antes con mi prometida... Sé que no tenías porqué disfrazar la realidad...

—¿Disfrazar? Vaya, Levi... si fuera una marioneta de madera, mi nariz tendría un metro. —Rio la comparación haciéndome girar con suavidad.

—No le parece adecuado que salga con mis amigos. Es muy posesiva.

—Levi, de ingenuidad ando justa.

—No soy ningún crápula.

—¡Va, hombre!

—No salgo buscando sexo.

—A mí no me debes explicaciones. Nos divertimos mucho aquella noche. Si se quedó en eso no entiendo a qué ocultarle nada.

—Podríamos repetirla. —¡Ja!

—Levi, a mí me gustaría salir a pasear sin una diana en la espalda, no causo demasiadas simpatías.

—Han estado meses intentando encontrar la fórmula para destacar y que hablen durante tiempo sobre las mujeres más fascinantes en las tertulias sociales... Llega una desconida y se lleva el gato al agua envuelta en sencillez... No, Enid... no has entrado con buen pie.

Reímos.

Tenía razón, Catherine habría puesto al corriente a toda la cuchipanda sobre quién era y qué hacía allí.

—¿Me permites un cambio de pareja? —No por favor... no por favor...—. El anfitrión ha de bailar con todas las invitadas. —¡Jesús, acabaría con ampollas!

—No hay obligación, puedes escoger a cualquier otra... —Sin embargo, Levi, ya me había soltado de la cintura.

—Enid, un placer. Y gracias de nuevo.

Matthew colocó su mano en el centro de mi espalda, tomó una de las mías y yo puse la libre sobre su hombro.

No podía mirarle a los ojos, me perdería en ellos. Aquella proximidad era devastadora y el calor sofocante.

—Tienes mucha facilidad para relacionarte con el sexo opuesto.

—La mente masculina suele ser bastante lineal.

—Comentario sexista fuera de tono.

—Nada de lo que expreso es adecuado bajo tu criterio.

—No es cierto.

—Bien

—Levi no es buena compañía.

—Gracias, sé cuidarme sola.

—¿Puedes mirarme cuando te hablo?

Expulsando el aire por la nariz, obedecí.

—Qué quieres.

—Los niños insisten para que pases la Navidad con nosotros.

—Esta Navidad han de pasarla en familia.

—Esta Navidad es la primera que la viven en un ambiente desconocido, se sentirán más cómodos si nos acompañas.

—Están perfectamente adaptados, soy prescindible, además de que no me gusta molestar.

—¿Quién ha dicho que molestas?

—Tú.

—No lo recuerdo, debes haberlo interpretado mal.

—No.

—Te lo suplico... —Apretó la mandíbula—, haz el favor de dejar los monosílabos para Cathy.

Me paralizó con el comentario y hubo de estirar de mí para que me moviera de nuevo. —No soy tan lineal como me has catalogado.

—Tú no eres lineal, en todo caso, bipolar o esquizoide. —La carcajada no pasó desapercibida por el resto.

—¿Anulas el viaje?

—Volveré para fin de año... pasaré antes a despedirme de los niños.

—Eres tan jodidamente testaruda. ¿Cuándo irás a casa? He de avisarles. — Otra vez el grado de enojo era visible.

—Llamaré antes, ahora no lo sé.

—Llamarás para esquivarme.

—Exacto. —A este paso le saltarían las muelas.

—Alemania... ¿Qué se te ha perdido allí? ¿Qué hay más importante que mis hijos? —¿Cómo era capaz de recurrir a eso cuando él había estado cuatro meses desaparecido?

—¿Estás practicando conmigo técnicas de chantaje emocional?

—No me has contestado.

—¿Estoy obligada?

—Sí, cuando afecta a la felicidad de mis hijos.

—Vine para tres meses, debería de estar en mi casa y sigo aquí. No me sermonees.

—Estás aquí por motivos personales, no te justifiques con los niños.

—No son la excusa, son el motivo.

—¿Cómo pueden apreciarte tanto cuando no eres diferente al resto?

—Nunca he pretendido marcar contrastes.

—Todos te miran, te desean..., pero ninguno de ellos, exceptuando al gilipollas de mi hermano estaría dispuesto a proponerte nada serio —estuvo fuera de lugar. Había sido un desprecio gratuito... ¡Vamos, lo de siempre!

—Se acabó el baile.

—Eso lo decido yo. —Lo observé sosteniendo las ganas de clavarle el tacón en el empeine. ¿Cómo podía atraerme semejante estúpido? ¡Era insufrible!

—Para mí siempre tienes un comentario soez o impertinente. Matthew, si soy como el resto, ¿por qué me detestas tanto?

—Te puede el orgullo. Has de hacerte valer y quedar por encima... —
¿Esperaba que me arrastrara? ¿Qué le unguiera los pies?

—No me has contestado.

Nos retamos con las miradas y sabía que iba a ser yo quien la retiraría primero. A mí cualquier cosa que hiciera me repercutía y lastimaba.

En ese instante, la canción tocó a su fin y nos separamos para aplaudir.

Mientras todos se reubicaban para el siguiente tema me escabullí entre la multitud, encaminándome hacia donde se encontraba Jared.

—Disculpad la interrupción. Jared... por favor. —Agregué una sonrisa al grupo.

—Dime.

—¿Podemos marcharnos? Me encuentro cansada.

—Ha *vuelto a incomodarte*... —Afirmé y él mudó el gesto.

—Prefiero ir a casa... no hagas nada, por favor —siseé.

—*Salgamous... estou lo solusionaré en privadou.*

Nos despedimos de los Delorme y unos pocos amigos de Jared.

En el camino hasta casa reinó el silencio. Me permití apoyar la cabeza en su hombro, cerrar los ojos y dormir durante el trayecto.

Servil y protector, me acompañó hasta la puerta del jardín, en cambio, no hizo el menor amago para que le invitase a pasar y lo más preocupante, no se despidió besándome en la mejilla.

Repasaba la conversación surrealista entre cánidos y bóvidos, su mirada cansada, su fragancia... ¡No quería sentir aquello!

Me desnudé dejando el vestido en el centro del dormitorio y saqué del recogido las cinco mil horquillas que sujetaban la cascada de mechones ondulados.

Sin desmaquillarme, abrí la cama introduciéndome en ella y busqué calor.

No me había contestado.

Me odiaba en tal grado que no era capaz de ofrecerme los motivos.

¡No eran justos sus desprecios!

¡No era justo que le deseara tanto! ¡No era justo!

Necesitaba distanciarme de él. Pasar aquellos días con Asier me ayudaría a encontrar el rumbo adecuado.

UN SOPLO



DE AIRE FRESCO

-
- Que haya de enterarme por los mellizos que ni te quedas con ellos ni vienes a casa... ¡Mandan huevos!
- ¡Papá! No digas huevos...
- Enid... pues no me los toques.
- ¡Eres un dramático! ¡Por unas Navidades que no pasamos juntos!
- Llevas más de tres meses fuera, jamás hemos pasado tanto tiempo sin vernos y has perdido peso.
- Si lo llego a saber no conecto el *Facetime*.
- Hija, piénsalo, Asier está acostumbrado a pasar estas fechas solo.
- ¡Ostras, papá! ¡Ha sonado bien feo!
- Dile que venga a casa y estamos todos juntos.
- Asier no va a España por no coincidir con la familia, si pasa por Suances no le quedará otra que ir a la de sus padres.

—Justo este año que habíamos conseguido sacar a tu abuela del hórreo.
—Haced muchas fotos, iré llamando. Lo prometo.
—¡Como si una llamada compensara!
—Papi... va, di que sí.
—¿Cuándo he osado a decirte que no?
—Me acuerdo de muchas.
—No las suficientes... ¿Cuándo tienes pensado regresar a Barcelona?
—Bueno... el caso es...
—Enid, sin rodeos.
—La universidad me ha ofrecido trabajo...
—¿Te lo estás planteando?
—También está el proyecto de Stuttgart...
—Empiezo a arrepentirme de fomentar tu independencia.
—¡Jo! ¿Vas a regañarme más?
—En serio, hija... decidas lo que decidas, no olvides que aquí tienes tu casa.
—Os echo de menos, pero en este momento me apetece quedarme.
—No me gusta la idea, sin embargo, sabes que tienes nuestro apoyo.
—Lo sé. Gracias, papá. Eres el mejor.
—Lo intento... Por cierto.
—Sí, en cuanto aterrice en Múnich te aviso.
—¡Solo faltaría! Contaba con eso...
—Dime.
—Enid, pase lo que pase, si me necesitas, sea lo que sea y a la hora que sea... estaré para escucharte y ayudarte.
—Papá, estoy bien... no he perdido peso, es la cámara que adelgaza.
—Lo que tú digas.
—Te quiero inmenso y a Amaia y a Edith.
—Y nosotros a ti, bichito.

Siempre que hablaba con mi padre en la distancia experimentaba un sabor agridulce. Nos queríamos mucho y yo continuaba admirándolo como en la infancia, lo consideraba el mejor hombre del mundo, con muchas virtudes y en todas las facetas.

Intenté seguir sus pasos, no obstante, tras el primer año en medicina,

comprendí que para ser un buen médico no bastaba con tener buenas calificaciones ni estudiar por complacer el orgullo filial, se precisaba de una vocación que yo no disponía.

En ocasiones sentí haberle defraudado, no por abandonar la carrera, sino por alejarme cuando más me necesitaba, en cambio, él siempre estuvo ahí.

—¿Enid?

—Estoy en la cocina.

—¿Pasarás hoy por casa de los Prescott?

—Estuve el viernes, dejé a los chicos y me despedí de ellos. Me dio tiempo hasta para pelearme con Jared.

—¿Otra vez? —preguntó contrariada.

—Esa casa debe de estar construida sobre un campo magnético, revuelve el sistema nervioso de los moradores.

—Estáis imposibles uno con el otro desde la cena. ¿Qué le sucede?

—¡Si lo supiera! Creo que Matthew le está calentando la cabeza con lo del viaje, espera que presionándome ceda y nos quedemos.

—Quiere que estés en casa con ellos.

—Supongo que debe de tener planes con la Condesa del Guisante y no quiere llevarse a los niños... Pero ¡como nadie habla claro!

—¡Hombres!

—No sabes las ganas que tengo de desconectar. Para mí, el buen humor de Jared era balsámico. Ahora parecemos una pareja cansada uno del otro que ante lo más mínimo, se lanza los trastos a dar.

—Sus expectativas se han ido diluyendo y se está dando cuenta de cosas...

¿Tanto se me notaba?

Si analizaba la situación, pistas iba dejando... llamar a los niños para no encontrarme con Matthew, entrar casi a hurtadillas por la puerta de servicio, que los desaires de su hermano me afectaran...

—¡Enid!

—Perdona... pensaba en lo mal que disimulo.

—No creo que vaya por ahí el asunto, pero... ¡bah! Cambiemos de tema... He de hacerte una proposición...

—¿Una cita? —Le hice un guiño cómplice añadiendo un golpe de cadera.

—Acompáñame a la cena de empresa.

—¿Qué hago yo con gente con la que no trabajo?

—Todos van con sus *parteners*...

—¿Quieres que formemos pareja de hecho?

—No seremos la única.

—Vale.

—Es informal.

—Mejor.

Comimos juntas. Me puso al día de los cotilleos laborales. Yo ya conocía a la mayoría de sus compañeros, gente amena y sencilla.

Estaba a punto de meter el pie en la ducha cuando timbró el teléfono.

Hice un barrido mental intentando reconocer el número, de pertenecer a algún amigo de Barcelona no lo recordaba, desde que existían los móviles con sus agendas yo los había eliminado de mi memoria.

No descolgué y cuando volvió a timbrar dejé que sonara. De vuelta en el baño, puse música y permití que el agua me relajase.

Treinta minutos más tarde, estaba como nueva.

¡Otra vez el teléfono!

El mismo número había insistido ¡doce veces! Quien quiera que fuera estaba convencido de que no se equivocaba al marcar.

Descolgué.

—¿Sí?

—¡Por el amor de Dios, Enid! —¡No podía ser!

—¿Matthew?

—¿Para qué tienes móvil?

—¿Les sucede algo a los mellizos? —Me puse a temblar de súbito miedo.

—No, mis hijos están bien. —Seguía temblando... ahora de rabia.

—¿Para qué me llamas? Me acabas de dar un susto de muerte.

—No era mi intención, a mí también me ha asustado que no contestaras. —
¿Perdona?

—Esto... bueno... Estaba en la ducha —¿por qué me justificaba? ¿Y cómo se me ocurría decirle que estaba en el aseo? Me subió el calor hasta las orejas.

—Los niños me han dicho que el viernes te despediste de ellos.

—Sí, estaba Jared y el servicio. Les dejé acompañados.

—Ese no era el pacto, pero lo dejaré correr. El caso es... que mi madre

insiste para que cenes con nosotros esta noche. —¡Ni hablar! Me iba en un par de días y quería mi mente despejada de broncas y fragancias seductoras.

—Agradécele a tu madre la invitación. Ya tengo planes.

—Cáncélalos. —¡Podía ser más mandón!

—No.

—Cansa tu actitud.

—¡Frena! Aquí la única cansada de actitudes desdeñosas soy yo. No te debo nada, no me exijas nada.

—No voy a suplicarte, Enid... No tengo especial interés en verte.

—Genial, otro mal rato que te ahorro. ¿Algo más?

—Eres insufrible.

—Feliz Navidad, Matthew.

Y tras colgar, me desinflé.

Suerte de que había escogido la ropa, de lo contrario estaría sentada delante del armario lamiéndome las heridas.

Los pasos de Pat en el piso superior hacia el balcón me hicieron reaccionar. No podía verme decaída de nuevo.

—¿Estás lista?

—Sí. —Me apresuré a abrocharme la camisa—. ¿Nos marchamos?

—Vámonos.

La cena fue muy divertida y acabamos en un club de ambiente con los colegas de Pat. Mejoró tanto la noche que la alargamos más de lo previsto. Eran casi las tres de la madrugada, una hora intempestiva para las costumbres americanas cuando regresamos caminando a casa.

—Tu supervisor es el típico científico loco. Me ha dado una clase magistral sobre encimas y neurotransmisores.

—Reconoció tu apellido.

—He tenido que estrujar mis meninges intentando identificar cada término químico utilizado... en un punto, solo asentía y sonreía, ya no me enteraba de nada.

—Se emociona con cualquiera que lo escuche. Quienes lo conocemos evitamos mostrar curiosidad, te ha pillado con la ficha en blanco. —Reímos.

—¡Chica! La ha rellenado hasta por los márgenes... ¡Menudo plomo!

—Milton te ha contado doce bostezos.

—¡Eso no es cierto!

—Lo es, has bostezado, con disimulo, pero lo has hecho.

—Estaba previsto que la silla junto al Dr. Bacterio llevara mi nombre...

—Pringa el nuevo... sea o no del gremio.

—Eres una bruja... podías haber avisado. Para esa tortura una ha de venir preparada de casa o...

Pat se detuvo en seco observando al fondo del callejón.

—¿Qué pasa? —susurré.

—Hay alguien tirado en el suelo. —Vi unos pies que sobresalían tras un contenedor de obras.

—Llamaré a la policía... será un sin techo.

—Enid, hace un frío de la leche, no le podemos dejar ahí.

—¡Tía! ¿Estás tarada? ¿Y si no está solo? —Saqué el móvil, pero Pat se introdujo en la penumbra mientras marcaba—. ¡Pat! ¡Me cago en la leche!

Aceleré el paso, ¿cómo iba a dejarla sola?

—Policía de Philadelphia, le atiende el agente Ramdoms, Buenas noches.

—Agente, creemos haber encontrado a un indigente en dificultades en... — Giré el cuello en busca del nombre de la calle. Le hablaba titubeando a causa del miedo, el frío y la carrera por acercarme hasta la descerebrada de Pat.

—¡Cuelga! —me gritó.

—¡De qué hablas!

—¿Señorita?

—Disculpe agente, no era con usted...

—¡Que cuelgues, joder! —Uy... no me gustó, Pat no usaba esos términos.

—Agente... me he confundido... Lo lamento.

—¿Está segura? Podemos enviar una patrulla, es una hora conflictiva.

—No. Era... era un muñeco, nos hemos asustado.

—De acuerdo...

—Buenas noches...

Al acercarme comprendí que no podía ser un vagabundo, de no haber robado unos pantalones y unos zapatos en alguna tienda exclusiva.

Pat estaba arrodillada a un lado tomándole las constantes, y cuando me coloqué enfrente, el teléfono se deslizó entre los dedos igual que el aire de los pulmones.

—¡Ayúdame! Debemos levantarlo. —Estaba paralizada—. ¡Enid, coño!

—Esto... eh... sí... —Entonces desconecté mi lado racional del emocional, tal como me había enseñado mi padre y pude recuperar mi capacidad motora—. ¿Alienta?

—No reacciona. Las constantes son débiles.

—¡Apesta a güisqui! Hay que hacerle vomitar, es una intoxicación etílica... Aparta, Pat, ya lo hago yo.

—¿Estás segura? A mí no me importa...

—¡No me preguntes bobadas! Ponte detrás. Yo lo sujeto por delante...

—¿A la de tres? —Asentí— Una... dos... tres...

Conseguimos levantarlo, pero las piernas no le respondían.

—¡Ostras! ¡Cómo pesa! —Palpé el cuello debajo de la mandíbula—. No creo que haya llegado al coma... las constantes muestran una leve hipotermia.

—Tiene una toña como un piano...

—Si se me cae encima hará una loncha fina de Enid... Apóyalo en el contenedor.

—¿Puedes?

—Sal de detrás, deja que se sostenga en la pared.

—Intento colocarme al costado... Si soy capaz.

—No te pongas debajo. Le meteré los dedos para que vomite, todo sea que

me los arranque.

Pat me ayudó a abrirle la boca y con miedo, estimulé la garganta con el índice y el corazón. Al notar la convulsión de la arcada le giré la cara.

—¡Mierda! Me ha vomitado todo el brazo. —Aquel olor agrio revolvió mi estómago.

—¡Es una fuente! Ha debido beberse un embalse de etanol.

—No comprendo qué hace por aquí. A no ser que le gusten los bares de ambiente y esa mala baba que gasta sea porque no ha salido del armario.

—Dudo que sea ese el motivo y dudo que esté aquí por el ambiente...

—Me da igual —mentí y ella elevó una ceja.

—Parece que respira mejor. Comprueba las pupilas.

—Déjame el móvil.

—Ten.

Activé la ráfaga del flas y después de abrirle el párpado del ojo derecho tiré la foto.

—Pupilas foto reactivas.

—Va a volver a vomitar. —Giré su cabeza a tiempo hacia el contenedor.

—Espero y deseo, que no haya venido desde su casa andando. —Pat negó ante la exageración—. Si no espabila no seremos capaces de arrastrarlo. No me gustaría que esto se conociera.

—¿Probamos a despertarle?

—Venga.

Le pellizcábamos, pero el tipo era pura fibra, no había pliegue donde retorcer los dedos. Opción dos, lo abofeteé.

—¡Matthew! Va hombre... reacciona. —Allí, Enid, a sopapo limpio, cualquiera podía pensar que estaba desquitándome... y a lo mejor, un poquito, sí. Le zarandee sujetándole el cuello, la idea era despertarlo no desnucarlo—. ¡Matthew!

—Si vomita, te baña en licor pestilente.

—*Gruuunnn...*

—Un gruñido es mejor que nada... Matthew... va, pon un poquito de tu parte... intenta caminar.

Nos colocamos cada una a un lado, si debía de pesar ochenta kilos, la inconsciencia los convertía en ochocientos. No se mostraba nada cooperante. De tanto en tanto arrastraba un pie, aunque sin coordinación el avance era

inapreciable.

—¿Qué coche tiene?

—¡¿Yo que sé?! En el garaje siempre he visto cinco.

—Ninguno de menos de noventa o cien mil dólares...

—No entiendo demasiado, por suponer... supón eso. Pero, tía... piensa rápido, está a punto de troncharme la espalda.

—La avenida paralela de donde veníamos no es demasiado glamurosa como para aparcar un coche exclusivo...

—Salgamos de nuevo por ahí.

—¿Derecha o izquierda?

—Se me ocurre una cosa... —introduje la mano en el bolsillo del pantalón y encontré la llave. Volvió a gruñir—. Es el Jaguar. Intenta encontrar el parpadeo de los intermitentes...

—Espero que no le haya dado por estacionarlo en un parquin.

—Entonces no nos quedará otra que llamar a Terence.

—¿Y cómo se te ha ocurrido?

—Así solía encontrar mi Ibiza en los garajes de los centros comerciales.

—Eres increíble... —Reímos nerviosas y fatigadas.

—Huelo que apesto. —Ya había dado un par de arcadas, que contuve de chiripa.

—No eres tú.

—No me puede ni ver... Va a pedir que me extraditen...

—Lo dudo.

—Pat, si vuelvo a escucharte decir «lo dudo» te paso la manga con vómito por la cara.

—¡Enid! ¿Cómo puedes ser tan asquerosa? ¡Ahí, mira! Es aquel.

—¡Ya podrías haberte desmayado más cerca del coche!

No había ni un alma por la calle. Era una noche bien fría, pero nosotras estábamos sudando.

Al llegar al vehículo, lo dejamos caer en los asientos traseros en el sentido literal de la palabra, y tiramos de sus hombros para acomodarlo lo mejor que nuestras mermadas energías nos permitieron.

Tras cerrar, apoyamos la espalda en el chasis para recuperar el resuello, que en contraste con la temperatura ambiente, creaba nubes de hálito.

—Pat, te voy a poner deberes.

—Dime.

—Te dejaré en casa. Habla con Asier y que cambie el vuelo para hoy a la hora que sea, entre antes mejor... ni te preguntará los motivos.

—¡Pero si no puedo ni menearme!

—Por favor...

—Vale... vale... ¿Qué más?

—Este dormirá la mona como mínimo todo el día de mañana, a mí me preocupan las primeras horas...

—Vómito inconsciente...

—El servicio comienza a las ocho, ¿podrás recogerme?

—Si puedo mantenerme centrada y orientada para esa hora... sí. Miraré a ver si soy capaz de dormir un poco.

—Eres la mejor. Este imbécil te debe la vida. Yo, ni me hubiera acercado.

—Va, intentemos llegar todos a casa, a ti aún te queda un buen rato.

Al abrir la puerta del vehículo la fetidez nos abofeteó.

—Ni con las ventanas abiertas hay quien soporte esta peste.

—¿Has conducido alguna vez uno?

—No... pero mira, tiene volante y es automático, funciona como todos. —
Tras arrancar, el cuadro de mandos se iluminó. Sería muy exclusivo, pero era una *sosura*.

—Se nota que es inglés.

—¿En qué? El volante está a la izquierda. —Pestañeó como veinte veces reprobando el comentario.

—En la elegancia y en el gusto por el detalle.

—¿Tú has estado en Londres?

—No.

—Lo de la elegancia es un mito, allí solo hay gente estafalaria.

—Británicos...

—También los hay...

—No debe de ser peor que en Barcelona.

—Son rarezas distintas. —Paré delante de la puerta de su casa.

—Enid... espera. Dame un instante. —Saltó del coche sin darme tiempo a preguntarle y no pasaron dos minutos completos que regresaba con una manta

para tapar al insigne borracho—. Intento asegurarme de que llegue por encima de los treinta y cuatro grados.

—No se va a crionizar, ni merece tantas atenciones. Deberíamos haberlo dejado en la calle —hablaba el orgullo en mi nombre, y le dejé.

—Enid... afloja un poco... A las ocho te hago una perdida de un tono, estate atenta.

—¡Pat! ¡Mierda! ¡Mi teléfono! —Supuse que debería de llevar en la guantera algún boli elegante y en un recibo de compra, anoté el código de cliente de la compañía telefónica—. ¡Otro favor! Llama solicitando un duplicado de la SIM y que la envíen a esta dirección, es el apartamento de Asier.

—Vale... miraré de tenerlo todo en orden para cuando pase a buscarte. — Me besó la mejilla—. Hasta ahora.

Conduje a todo gas por las curvas en dirección a la mansión Prescott. El exceso de confianza me envalentonaba a superar los límites de velocidad.

Al llegar a la propiedad, di un rodeo para entrar por la parte más escondida y menos selecta.

El sistema de seguridad reconoció la matrícula y sin más se abrieron las rejas.

Detuve el vehículo en el estacionamiento destinado a la plebe, seguro que las ruedas ni conocían aquel espacio.

No apagué el motor con la idea de que el climatizador continuara funcionando y me giré para comprobar el pulso. El alcohol en sangre no le permitía recuperar la temperatura y eso también repercutía en las constantes. No vomitó en todo el trayecto y no sabía si era una buena o mala señal.

—Matthew... regreso de inmediato. He de buscar ayuda.

—*Grunggg...*

—Lo tomaré como un vale.

Corrí hacia la vivienda de Maud, el único miembro del servicio doméstico que residía allí de forma permanente en una casita anexa a la principal algo escondida.

Con un movimiento rápido y corto, similar a la picadura de un alacrán, pulsé el timbre. Dos minutos después se iluminó el comedor y seguido la silueta del rechoncho y amoroso cuerpo de Maud caminaba hacia la puerta. Al distinguirme a través de la cristalera, abrió nerviosa.

—¡Mi niña! Pase, cogerá una pulmonía.

—Maud... ¿puede decirle a su marido que salga? —Me castañeteaban los dientes, aunque no de frío.

—No, niña, está con mi hijo pescando.

—¿De noche?

—Aseguran que es la mejor hora. —¡Para pescar un catarro triple!

—Hay que tener ganas —musité—. Maud, has de ayudarme... En realidad, a mí no. Abríguese y coja las llaves de la puerta de la cocina.

—Deme un segundo, señorita. —La preocupación iba dibujándose en su rostro mientras se colocaba la chaqueta encima del camisón.

—Maud, esta noche, Pat y yo nos hemos encontrado a Matthew algo... perjudicado —Abrió los ojos de par en par—. Ha de ayudarme a meterlo en casa.

—¡Oh! Señorita... no me asuste.

—No quiero que se entere nadie, sé que cuento con su discreción.

Asintió.

Nos movimos rápido hasta la cochera, apagué el motor y abrí la puerta de los asientos traseros. Medio cuerpo cayó fuera.

—¡Dios mío, señorita!

—Maud, ayúdeme a sacarlo.

—Jamás le había visto en esta situación.

—Para todo hay una primera vez... Maud, a la de tres... una..., dos... y tres. —Como ya lo sujetaba de la parte más pesada, al tirar, di un traspies cayendo de espalda y él encima—. ¡Mierda!

—¡Mi niña!

—¡Au! ¡Qué dolor! ¡Matthew, joder, reacciona! —Maud se acercó y empujándolo de lado, me lo sacó de encima. Quedó tirado en el cemento helado del patio.

—¿Se ha lastimado? —Se la veía azorada.

—Sí, pero estoy infinitamente mejor que él. —Al palparme la cabeza noté humedad... estaba sangrando—. ¡Genial Matthew!

—No podemos llevarlo al dormitorio, pesa demasiado para nosotras, será imposible subir las escaleras con él en semejante estado.

—Maud, no tenía la menor intención de despertar a Catherine y metérselo en la cama.

—Mi niña, los señores no comparten la misma habitación. —¿Estaría guardando la virtud? Qué pareja más arcaica.

—¿Y el cuarto de invitados? ¿Tiene aseo con bañera?

—No es tan amplio...

—Primero, levantémosle...

Tarea titánica fue conseguir ponerle medio en pie. Se agitaba de manera incontrolada y era bueno dentro de lo malo. También intentaba colocar los pies para caminar... con resultado nulo... aunque un poquito sí se aligeraba el peso.

Logramos entrar en casa sin encender las luces, evitando los golpes con el mobiliario. Seguimos arrastrándole hasta el dormitorio de la planta baja junto a la biblioteca, que era el más alejado del living y las escaleras. La idea era aislar todo el ajetreo que pudiéramos ocasionar intentando espabilar a la bestia.

—¿Lo ponemos en la cama?

—No, sigamos hasta el aseo. ¿La bañera está a nivel del suelo?

—Esta no, mi niña.

—No íbamos a tener tanta suerte. Sentémoslo allí... —señalé un arcón alargado al lado de la bañera—. Llénela graduándola a treinta y ocho grados.

Me observó con estupor.

—¿No será mejor que el señor se asee cuando se encuentre menos indispuerto?

—Está hipotérmico, Maud. El alcohol no le permite remontar la temperatura. En realidad, esto se soluciona con métodos químicos, pero deberíamos de avisar al médico... —Abrió la llave del agua.

—¿Cómo ha llegado a este extremo? —consultó consternada.

—Bebiendo. Podría tener alguna intolerancia, pero sucede bebiendo... y mucho. —Me senté a horcajadas sobre él por sujetarle mientras le desvestía.

—¡Enid! —exclamó escandalizada ¡sin usar el señorita!—. ¿Es necesario desnudarle?

—¡Ay, Maud! Todos los hombres se componen de las mismas piezas. Ayúdeme a sacarle el jersey, a lo mejor debajo descubrimos un pijamita rojo y azul con una S en la pechera.

—No sea irreverente.

—No mujer, lo comento porque como todos pensáis que es Superman,

puede que hoy desvelemos su secreto y la S sea de *Stupidman*.

—Jesús, en las que se tiene que ver esta vieja...

—¿Y yo? Ahora debería de estar en mi cama, calentita, preparando mis vacaciones y no intentando reanimar a un tipo que me aborrece y que apesta a vómito.

—Señorita.

Y tuve la sensación de que el tono escondía algo. Si hubiera sido otro momento tantearía descubrir qué ocultaba, pero no estaba animada para indagar en sus suposiciones.

Le sacamos el jersey y desabotoné la camisa. Y no, debajo no llevaba un traje de súper héroe, ¡qué va! Allí solo apareció un esplendoroso pectoral, unos brazos torneados y un abdomen trabajado... ¡Poco faltó para que no babeara!

Maud me ayudaba a sacar las mangas mientras Matthew se sacudía incapaz de regular la temperatura. Me afectaba su descontrol y en un intento desesperado de atenuar los temblores, me abracé a su pecho.

—Enid... —musitó con voz *paposa*, arrastrando las vocales.

—Dime. —Noté como el rubor alcanzó mis mejillas y me separé cruzando los dedos para que no fuera capaz de recordar nada al día siguiente.

—Golondrina... Alma... Aquella que posee vida.

—¿De qué hablas?

—Es galés... y significa *toooooo* eso... muy cierto. *Sip* —debía continuar hablando, se reorientaría... algo.

—¿Te refieres a mi nombre?

—Hay pocos... ¡Joder, qué frío!

—Maud, aprovechemos que está algo más consciente. Quítele los zapatos. Los pantalones, mejor cuando lo levantemos de nuevo.

—¿La ropa interior también? —El tema del desnudo le asustaba.

—No, no hace falta.

—Me deja más tranquila. —Suspiró con alivio.

—Matthew... —Le sujeté con ambas manos la cabeza.

—Matt... soy Matt...

—Hemos de introducirte en la bañera... No se me ocurre otra fórmula.

Sí, había otra, aunque no le iba a gustar demasiado.

Con ayuda de Maud pude alzarlo. Por fortuna él se mostraba más

colaborador, aunque seguía sumido en un viaje al planeta melopea.

Me saqué las botas.

—He de entrar con él para que no se abra la cabeza con el borde... — Maud gimoteaba—. ¿Qué sucede?

—Tiene sangre, mi niña. —Al tocarme de nuevo la herida, unas cuantas constelaciones aparecieron sobre mi cabeza, pero no era más que un corte superficial.

—Es un rasguño con alguna piedra del suelo, nada importante. —Me introduje en la bañera—. Matthew, pesas una barbaridad.

Tras veinticinco maniobras conseguimos que entrara sin añadir daños físicos.

Apoyando mi espalda en la pared lo sujeté por detrás para deslizarme con toda la lentitud que me fue posible, hasta sumergirnos en el agua... La idea era salir, pero ¡se reclinó acomodándose! Me aprisionó. ¡Era surrealista!

—Señorita... ¿cómo sale ahora?

—No calculé esta posibilidad. En fin... —Suspiré—, nos costará menos sacarlo.

—Voy a buscar algo de ropa para que se cambie.

—No se entretenga, no me apetece estar sola en semejante situación.

—No tardaré.

Se marchó con sigilo cerrando con suavidad la puerta de la habitación. A Matthew los temblores se le agudizaron debido al contraste de temperaturas y crucé los dedos suplicando por no provocarle un choque térmico... Debería haber llamado a papá, él me hubiera orientado mucho mejor.

—Enid... —por lo menos la voz iba mejorando y parecía más drogado a borracho.

—Di.

—Siempre me dices que no... ¿por qué?

—Nunca enuncias la pregunta correcta ni utilizas el tono adecuado —iba a importar poco todo lo que le dijera aquella noche, así, ¿a qué inventar?

—Eres frustrante.

—Vaya.

—No quiero ser tu amigo.

—Vaya. —La máxima de que los borrachos siempre decían la verdad, en él se cumplía... ¡Y yo, imbécil, intentando salvar su reputación de tipo serio y

elegante!

—Ni tu cuñado.

—Lo sé, me lo haces saber a menudo.

—Va a ser difícil... se complicará todo.

—No tengo el menor interés en fastidiarte, mi presencia es temporal. Desapareceré de tu vida. Solo he sido una visita incómoda.

—Eso no sucederá.

—Si tú lo dices.

—Sí, lo digo.

—Ni ebrio dejas de ser un mandón... podría haberte dado por llorar como a la mayoría.

—No estoy borracho.

—No... campeón, ¡qué va!

¡Por fin la puerta se abría de nuevo!

Matthew solo se espeluscaba cuando le tiraba agua tibia por la nuca. Palpé las pulsaciones, iba recuperando frecuencia y con ello temperatura.

—¿Cómo está el señor? —susurraba Maud depositando la ropa encima del arcón.

—En la gloria... —¿Cómo podía ser tan cretino?

—Está como una cuba, aunque con una temperatura normal.

—No... normal... no...

—¡Matthew! Una risa más y te meto la esponja en la boca.

—No te enfades... —Maud se volteó por reír a su espalda.

—Venga, se acabó el baño.

—¡Joder, no! —refunfuñó enérgico como un escolar.

—¡Joder, sí!

—Has dicho sí. —Maud continuaba haciendo muecas por evitar reírse.

—Señor, apóyese en mí.

—Oh, Maud... es maravillosa... la adoro...

—Exaltación de la amistad... sigue borracho.

No era capaz de mantenerse erguido por él mismo, sin embargo, fue más sencillo moverle.

Le coloqué el albornoz y lo trasladamos a la cama, asegurándonos de arroparlo con el edredón. Maud aún estaba metiendo el nórdico entre el

colchón y el somier, que un ronquido suave igual al ronroneo de un gato nos indicó que se había dormido profundamente.

—¡Qué noche más larga! No hay hueso que no me duela.

—El jeep de mi hijo está en la cochera, si desea marcharse le traigo las llaves.

—Pat vendrá a las ocho. Iré a ducharme y la esperaré en la biblioteca. Me asustaba que se ahogara vomitando, pero ahora solo tiene una trompa como un piano.

—Ay, niña... —negó consternada.

—Prepare algún mejunje para la resaca y cuatro cajas de ibuprofeno. Cuando despierte las necesitará.

—Es usted un ángel...

—Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo, esto no tiene importancia.

—Señorita, esta vieja sabe mucho... —Acarició mi mejilla con muchísimo afecto.

—Descansa, Maud... y muchas gracias.

—Me marchó, estírese mejor en una de las habitaciones hasta que llegue la señorita Patricia. Este aseo es compartido con otro cuarto.

—Lo tendré en cuenta.

Maud también debía de estar exhausta.

Necesité quince minutos de agua caliente para desentumecer los músculos que acusaban el frío del súbito baño con Matthew. La sien latía sin piedad avisando de que con un poquito más de presión saltaría el cráneo por los aires.

El porrazo ya no sangraba... dolía.

Me hubiera quedado bajo la ducha hasta las ocho, pero alertaría al resto y esa no era la idea.

Y, por si no tenía suficiente castigo, la ropa que Maud me había dejado con todo el amor de su alma para mudarme, era de Catherine. Unas prendas cursis y formales de mujer elegante de sesenta años.

También había previsto un blíster con analgésicos, pensando en todo.

Antes de marcharme quise comprobar si Matthew continuaba bien y lo encontré tan relajado que una absurda sonrisa se dibujó en mi absurda cara. Siempre me he considerado algo idiota en cuanto a la gestión de emociones, aquella noche no iba a ser la excepción y le peiné el cabello aún húmedo con

los dedos, para seguido acariciar su mejilla con las yemas.

Le arropé de nuevo y en ese instante su mano se cerró sobre mi muñeca.

El susto fue de órdago, no grité, todavía no sé porqué.

—No te vayas... —musitó adormilado o soñando.

—Estaré en la biblioteca, descansa.

—No te vayas... por favor.

Fue la primera vez que le escuche usar esa fórmula cívica conmigo... me gustó.

—Vale, Matthew... me quedo aquí.

No me soltó.

Me senté en la cama esperando que dejara escapar a la presa. La situación no dejaba de mejorar.

Mis párpados caían como guillotinas, primero uno... luego el otro... los abría asustada cuando me daba cuenta... movía las cejas, gesticulaba... y los cerré con la idea de reponerme unos minutos antes de marcharme...

¡Oh! ¡Qué calentita que estaba!

Tenía ganas de orinar, pero... ¡Jo! Estaba tan a gusto en la cama... ¿Cama?

¿Cuándo me había acostado?

¡Ay, Dios!

¡Ay, Dios!

¡Ay, Pat!

Con desespero busqué un reloj, ¡las ocho menos tres minutos! Debía de estar ya esperando.

¡Me había encamado con el enemigo!

Debí de sentir frío y, con toda la cara, me metí dentro.

¡Qué bochorno!

No podía ni imaginar el enfado con el que se habría levantado... seguro que estaba desinfectándose.

Era el momento de huir. Así me ahorraría la vergüenza y sus reproches... ¿Y el pis? Muy a las malas pararía en una cuneta.

Escapé con las botas en las manos.

Los encargados del servicio doméstico estaban reunidos en el cuarto de la colada cuchicheando con las tazas de café entre las manos.

Salí sin ser vista por la cocina. Pegada a la pared amparada por la cornisa, llegué al aparcamiento donde Pat aguardaba. Al golpear en el cristal, se sobresaltó.

—Menuda cara...

—Enid, buenos días. La tuya no es mucho mejor.

—Marchémonos.

—Tenemos el tiempo justo para llegar al aeropuerto y hacer el *checking*... Las maletas van en el coche.

—Eres la mejor.

—Conduce tú. —Sin dar tiempo a negarme, se cambió de asiento—. ¿Cómo está Matthew?

—Supongo que bien.

—¿Supones?

—Anoche me quedé frita en la cama con él.

—¿Enid?

—Me cogió de la muñeca pensando que era otra persona y esperando a que me soltara... me dormí. Mi vejiga me alertó y estaba sola... ¡por suerte!

—¿Aguantas hasta el aeropuerto?

—Espero.

—Llamé a Asier... Está contento de que adelantáramos el vuelo y se sorprendió, aunque no hizo preguntas.

—Propio de él. Ya me las hará a mí.

—¿Se lo contarás?

—No lo sé.

—La verdad no es para escépticos.

—Sí, es como intentar explicarle al maestro que el perro se ha comido los deberes, cuando en realidad se ha comido los deberes.

—O decirle que preferimos avanzar.

—Asier sabrá sacarme la verdad... así que, ni pienso.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—El regreso.

Yo no aparté la mirada de la carretera, aunque sabía que me observaba.

No podía soslayar mis sentimientos ni tampoco podría evitar el mal rato al verlo de nuevo. Aquella situación iba a pasarme factura.

Sin embargo, había decidido disfrutar aquellas Navidades... Ya me tocaría enfrentarme a su desprecio, si no me obligaba a desaparecer de sus vidas.

—Enid.

—¿Pat?

—Alemania nos espera... como a Pepe. —No pude por menos que reír.

—Pat, empieza a dejar de ver el canal internacional.

—¡Sí, claro! ¡Con lo que se aprende!

NAVIDAD,



BLANCA NAVIDAD

Dormimos todo el viaje, abrí un par de veces los ojos para ubicarme y continuar durmiendo. Pat, tres cuartos de lo mismo, si es que llegó a abrirlos en algún momento. Coincidir despiertas, no coincidimos.

De no ser por el asistente de vuelo que nos espabiló antes de iniciar las maniobras de aterrizaje, allí seguiríamos.

—He decidido que a partir de hoy siempre viajaré en primera. —Pat se desperezaba con disimulo.

—Si te lo puedes permitir...

—Ese Asier debe de estar forrado. Cuando le comenté que si podía adelantar el vuelo solo me preguntó: «¿A qué hora podéis estar en el aeropuerto?».

—No le va nada mal. No al nivel Prescott, pero no se priva de nada. Tiene infinidad de contactos para estos trámites...

—Pues a su edad... o es heredado o es robado —sentenció.

—En la universidad le propusieron hacerse cargo de un negocio ruinoso. Y fue capaz de reflotarlo y lo vendió en el mejor momento.

—Qué máquina.

—Sí... poco dado a los sentimentalismos. Era la empresa familiar desde hacía décadas.

—Vaya...

—Le pregunté si se había arrepentido de tomar la decisión y ¿sabes qué me contestó? —Obvio que no.

—¿A medias? —Negué.

—Que si nadie se había sentido responsable en el expolio ¿por qué debería sentirse mal al obtener los beneficios que otros ya se habían cobrado?

—Ese rasgo lo tenéis en común...

—¿El desapego?

—El pragmatismo. ¿Os enrollasteis?

—Este verano. Después de haber estado babeando por una mirada suya, una sonrisa, un gesto... ¡toda mi adolescencia!

—¿Y qué sucedió?

—Que debo de tener el cable de lo conveniente cruzado. Esquivo a un hombre increíble para enamorarme de otro que me detesta.

—No te das cuenta de lo que sucede. —Suspiró negando.

—¡Ya! —zanjé—. No quiero saber nada de ningún Prescott mayor de once años.

Aterrizamos en el Franz Josef Strauß y nuestras maletas tardaban en salir. Al no hacer escalas reinaba el optimismo ya que el riesgo de extravío se reducía, en cambio comenzábamos a impacientarnos.

Era de madrugada, reclamar a esa hora con poco personal alargaría la espera. La opción más rápida iba a ser contactar con Asier.

Una mujer uniformada con ropa corporativa de la operadora de vuelo con la que habíamos viajado se nos acercó... y temí lo peor.

—Buenas noches, ¿las señoritas Enid Recassens y Patricia Salas? —Amaba ese idioma universal que era el inglés... mi alemán estaba oxidado de no usarlo.

—¿Ocurre algo con nuestras maletas?

—No se preocupen, el Sr. Zubaltegui las espera en la sala VIP.

Pat y yo nos observamos confundidas. Asier no nos había comentado nada,

aunque ¿a quién le amarga un dulce?

Nos condujo hasta la zona exclusiva, de elegancia sobria como suele ser todo lo teutón, y allí se encontraban dos hombres conversando sentados en un sofá semicircular. Al escuchar nuestros pasos se levantaron, uno de ellos era Asier, al otro no le conocía.

La asistente extendió la mano invitándonos a adelantarla y bajando la cabeza se despidió sin más palabras ni ceremonias.

Asier me sonreía tunante y apartando las formas selectas, tras acercarse, me abrazó alzándome un palmo del suelo a la vez que me daba mil besos en la mejilla.

—¿Cómo estás, *pinpilinpauxa* ?

—Muy feliz de verte.

—¿Y esa ropa? Me gusta más la Enid de andar por casa.

—Mañana me coloco los rulos para darte el gusto. Asier, mi amiga Patricia Salas.

—Hola, Patricia. Todo un gusto el conocerte.

—Pat, por favor. Gracias por la invitación.

—Chicas, os presento a Dietrich Günther, un amigo. Habla perfectamente el español, su madre es burgalesa.

—Encantada —coreamos.

—Hola, ¿cómo ha ido el vuelo?

—Corto y descansado. —Pat estaba en lo cierto.

—¿Os apetece tomar algo?

—Yo estoy muerta de hambre y necesito una ducha.

—¿No cenasteis en el avión? —Asier sabía lo poco amante que era de saltarme las comidas.

—Era comer o dormir... ya te explicaré, es de novela mala.

Pat charlaba con Dietrich animadamente.

Yo iba colgada del brazo de Asier como una percha mientras me relataba su situación con la familia en Asturias, que lejos de mejorar, empeoraba hasta el punto de no ver ni próximo ni apetecible su regreso al país, ni de visita.

De repente un tipo de unos cuarenta años se detuvo delante, tomó fotos y tras sonreír y darnos las gracias, se marchó con prisas.

—Jo, Asier... ¿tan importante eres por aquí?

—No soy quien suscita tanto interés.

—Pues tú dirás... soy tan anónima como el Lazarillo de Tormes.

—No, Enid... —aclaró Pat—. La foto del vestíbulo en la cena benéfica ha salido en la prensa internacional.

—¿Y me lo dices ahora? —¡Amigas!

—Estabas tan centrada en los planos y los dibujos a escala del museo que no vi necesario distraerte con intrascendencias.

—Dame el grado de... intrascendencia.

—Del uno al diez... ¿un seis? —¿respondía reformulando?

—Las que vi yo sobre un ocho —consideró Asier convencido.

—¡Un ocho!

—Yo te daría el diez, pero te conozco poco. —Dietrich encogía los hombros con inocencia.

—Estabas preciosa.

—Asier, no he preguntado eso.

—La prensa especula sobre tu relación con Jared Prescott, aparte de ensombrecer a la futura esposa de su hermano.

—Vaya... menos mal que no me he cruzado desde entonces con Catherine, pagar seis mil quinientos dólares pensando tener popularidad y pasar sin pena ni gloria, debe de escocer.

Me abrió la puerta del copiloto entre carcajadas, Dietrich también reía, aunque comedido, Pat antes de subir detrás arrugó la frente desconcertada con la actitud de ambos.

—Pat, debe de ser que los efluvios americanos hacen que tenga una gracia especial, porque ni idea de qué se ríe el pavo este ahora. —Y duplicaron las carcajadas, ya en la misma intensidad—. ¡Asier! ¡Habla ahora o deja de reír para siempre!

—Nena, el cubierto de esa cena costaba cuarenta y cinco mil dólares. Asistía lo más granado de la alta sociedad americana.

—¡Imposible! Jared no tendría motivos para mentirme.

—De saberlo, ¿le habrías acompañado?

—¡Por supuesto que no! ¡Yo no soy alta sociedad!

—Hala, pues ya tienes el motivo.

—Además, Filadelfia es un estado importante... ¿pero para reunir un elenco que suelte ese dineral? Lo veo más lógico en Washington D.C... ¡Nueva York!

—Según los medios, es el primer año que se organizaba en Pensilvania para no alejarse de sus hijos.

—Vaya...

—No te queda otra, durante unas semanas continuarás formando parte de la crónica rosa.

—Pasadas las fiestas se olvidarán, estarán ocupados con la boda del conde.

—A no ser que asistas y eclipses a la novia.

—¡Ja! Ahí no me pillan...

No llegaba a ese punto de masoquismo.

Eran ya las seis de la tarde del segundo día en tierras germanas. La mañana la pasamos entre las sábanas, habíamos alargado la cena hasta el alba y al final nos quedamos en el exclusivo piso de Dietrich, algo de lo más paradójico, ya que Asier vivía justo en la puerta de enfrente.

Nos despertamos a las tres y el dueño del apartamento no estaba.

Según la nota informativa, Asier y él debían zanjar temas profesionales, algo lógico teniendo en cuenta que habíamos adelantado nuestra visita sin pedir opinión. Y nos sentimos avergonzadas.

No se entretuvieron demasiado, regresaron recién habíamos acabado de asearnos y de llamar a la familia, no nos dio tiempo ni a sentarnos mano sobre mano.

Pat se interesó por las tradiciones del país, Dietrich que andaba a caballo entre España y Alemania toda su vida, nos hizo un resumen.

Determinaron que la mejor manera de conocer un lugar era a través de su gastronomía popular, por lo tanto, salimos a cenar a los puestos callejeros cuya oferta alimentaria estaba saturada en grasas y mantequillas.

Visitamos también un mercado de Navidad y compré unos cuantos regalos pintorescos para los niños.

Hacía un frío de mil demonios, las ganas de callejear se veían reducidas por los síntomas de congelación en las extremidades, sentía helor hasta en los globos oculares.

Se apiadaron de nosotras y nos llevaron a un club exclusivo. Conseguimos entrar en calor, sobre todo bailando.

Estaba achispada, supuse que por eso vi a Pat y a Dietrich muy cercanos, entendiéndose de una manera... especial.

Ya de madrugada llegamos al apartamento de Asier.

—¿Tomamos la última en mi casa? —propuso Dietrich mirando a Pat.

—Por mí, genial... las chicas deciden.

—Yo me dejo llevar... —Pat se mostraba muy desinhibida y la observé perpleja.

—Tengo una botella de Berlingar esperándonos en la fresquera.

Brindamos, brindamos y brindamos..., y entre brindis y brindis, nos calentamos... calentamos.

Pat y Dietrich desaparecieron. Asier tirando de mi mano me arrastraba

hasta su piso entre traspies y risas.

Todo estaba predispuesto para que la chispa de atracción avivada por el champagne nos condujera al mismo fin de nuestros amigos, y ya dentro, no se anduvo por las ramas. Tomó mi cara con ambas manos para besarme... lo acepté y se lo devolví.

Sus manos comenzaron a deshacerse de mi ropa, tarea nada sencilla teniendo en cuenta que llevaba encima más capas que cascotes de una cebolla.

No sabría decir en qué instante el clima cambió y al notar sus manos en mi espalda el tacto no era el esperado, su aroma no me seducía, ni deseaba sus besos.

—Asier... para... —musité... Lo último que pretendía era dañar su ego.

—¿Qué sucede? —Flexionó las rodillas para conectar nuestras miradas.

—No puedo... —farfullé.

—No pasa nada... —Me besó con ternura en los labios abrazándome después.

Y al abrigo de su afecto, rompí a llorar como una niña.

—Perdona, Asier... Entenderé que prefieras que me marche.

—No seas ridícula. Hablemos mejor en el sofá. —Me rodeó con sus brazos consolándome. Yo, avergonzada pero necesitada de su cariño, me acurruqué en su pecho—. ¿Te has enfadado con Jared?

—No, Jared solo es un gran amigo.

—Yo también soy un gran amigo.

—Tú eres muchísimo más que eso...

—¿Entonces?

—Vas a pensar que he perdido el sentido común —confesé sin levantar los párpados de mis manos.

—Cuéntamelo para que pueda decírtelo.

—Me he enamorado. —Se rio de mí sin contención.

—¿Y quién es el afortunado?

—Matthew Prescott. —Con el índice alzó mi barbilla, yo estaba colorada por el bochorno y seguía sin atreverme a mirarle a los ojos.

—¿Estás segura?

—Sí, Pat me hizo un test. —Volvía a reírse de mí—. Asier, no lo estoy pasando bien...

—Lo siento... lo siento... Es que eres tan... tan...

—¿Imbécil?

—Especial... y exigente contigo misma. —Sonreía, pero no burlándose, sino conmovido—. Crees poder controlarlo todo, eres hábil manejando situaciones límite y encontrando soluciones donde otros nos paralizamos.

—Eso no me hace especial...

—¿Qué no? Eres de las pocas personas a las que no le importa pedir ayuda y tu sentido de la responsabilidad es encomiable. Sabes escuchar y solo opinas si vale la pena. Tienes defectos... ¡Joder, como todos! Pero apuestas por mejorar... ¿Crees que estoy definiendo a un imbécil?

—Ese tipo me odia. Le asquea de mí hasta el detalle más insignificante. No le interesan mis circunstancias y si le llega algún dato lo utiliza para atacarme. Recrimina mi comportamiento. Utiliza su posición para ridiculizarme, y lo peor de todo, lo consigue. —Sí, urgía desahogarme y lo hice entre hipos y sorbidas de mocos.

—Mira, esa sí que es la descripción de un imbécil.

—Tienes razón, pero no me reconforta.

—¿Y Pat que dice de todo esto?

—Que estoy jodida. —De nuevo las carcajadas resonaron en su garganta.

—Es una tía genial, tiene un karma que compensa tu estado neurasténico.

—¿Sabes que estudiaba conmigo en el instituto?

—¿Y no la recordabas?

—Tú tienes una imagen muy sesgada de mi comportamiento adolescente.

—¿Vas a contarme que te drogabas y te hacías con lo más peligroso de Barcelona?

—No, hombre. Yo era la chica popular, queriendo destacar en todo por sentirme envidiada, notar eso del resto.

—No recuerdo eso de ti.

—En verano recuperaba mi auténtico carácter. No aparentaba ser mejor a otro.

—Pero... odiabas los veranos allí.

—No era cierto, lo decía por contradecir la voluntad de mi madre.

—Yo estaba esperando las vacaciones solo por encontrarte. Aunque te liaras con el *agilindrao* de Carlos.

—Pasaba más tiempo contigo que con él... Bueno, y el que no le dedicabas a la conquista de turno.

—No iba a estar esperando de brazos cruzados, igual que ahora no te guardo ausencia. —Me incorporé, mirándole muy confundida.

—¿Estás con otra persona? —Asintió. Intenté separarme y él más estrechó el abrazo. —Asier... ¿podríamos estar ahora mismo en la cama!

—No nos hemos jurado amor eterno, nos vemos de tanto en tanto y si surge... surge.

—Con ella, conmigo o con veinte distintas...

—No mujer, veinte no. —Pestañé incrédula—. ¿Diecinueve?

—¡Asier! —No evité reírme—. A ver, y qué tiene la *number one* que no tengan las diecinueve restantes?

—Es más divertida, inteligente, conversamos de todo, no la considero un clavo puntual, pero es pronto.

—Tampoco somos adolescentes.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

—Me planteé iniciar algo con Jared, pero es conformista, y aunque odie ser un segundón, antepone sus privilegios a su dignidad. Eso no va conmigo.

—¿Y yo? La oferta sigue en pie.

—No sería justo para ti ni para mí... Sé que estoy enamorada de otra persona.

—Podría ser que no vuelvas a sentirlo por nadie, que jamás encuentres a otro que te despierte tantas sensaciones.

—Menuda suerte la mía —reímos—. Asier, tú tampoco sientes eso por mí.

—Me has gustado siempre, te encuentro deseable, llevarte del brazo incrementa mi ego y este verano... aquellas horas... fueron las mejores que he pasado nunca junto a una mujer...

—Pero no es arrebatado e irracional.

—No, ni tampoco es imprescindible sentir eso.

—Asier, búscalo... de veras, esto compartido ha de ser inmejorable. Lo cambiarías todo por disfrutarlo.

—Insinúas que te sería infiel.

—No creo, me dirías: «*Enid, si no quieres cambiar los marcos de las puertas por arcos ojivales, mejor partamos peras*».

—¿Peras? —Reíamos de nuevo.

—Una fórmula como otra cualquiera —resté importancia a la frase.

—¡Uf! No sé, todo el esfuerzo empleado para llevarte al huerto por algo sin

avales de futuro... por probar te engañaría.

—¿Tú sabes lo complicado que debe de ser complacer a dos mujeres a la vez?

—También está la opción mormona.

—¿Siendo ateo?

—¿Prefieres un matriarcado?

—Con uno que me quiera estoy servida.

—¿Uno como yo?

—Sí, exacto, uno como tú, que no me cambie solo me comparta.

—¿Compartir? Ah, no... Lo mío es mío. En todo caso, yo cedo mi tiempo.

—Y tu cuerpo... Es decir, tú me coronas con un par de astas y yo, inocente y servil, te espero en casa tejiendo calceta.

—No, tú con algo punzante... No, no lo veo.

—No estoy preparada para tus devaneos.

—Prueba, mujer... tengo buena actitud, mira que recogidito está todo.

—¿Tú o la asistenta?

—Como si fuera yo.

—A mí el orden no me impresiona —repliqué con desdén.

—No tengo opciones... Alguna habrá que ame el orden, tejer y compartirme.

—Y que esté buena.

—Y que sea inteligente.

—Y comunicativa a todos los niveles.

—Y que quiera seguirte a los confines del universo.

—Y que folle bien. —Suspiré.

—Asier, no te queda otra, acude a la robótica y luego busca la forma de darle vida...

—No soy tan exigente.

—¡No, para nada! —Riendo le besé la mejilla—. ¿Me ofreces agua?

—Sí, pero luego continuamos en la misma posición.

Se descalzó y aún con la camisa desabrochada fue hacia la cocina. Regresó con un par de vasos y la pechera abotonada, sin embargo, en esta ocasión, me sentó en su regazo.

—¿Te ha llegado la invitación de boda de Estela y Carlos? —Ni la

recordaba.

—No he tenido tiempo para dedicar a naderías.

—*Wow!* Chica dura...

—A ti ¿sí? Porque, después del espectáculo en la Magdalena, sería de una hipocresía sin precedentes.

—Sus padres y los míos tuvieron negocios juntos, aún mantienen la amistad por compromiso.

—Pero eso solo implica a tu familia.

—Enid, cielo, por mucho que me joda, también formo parte y los contactos son los que te proporcionan un lugar en el mundo mercantil.

—¿Te ha enviado a ti la invitación?

—A mis padres y ellos la remitieron a mi casa en Madrid, y el portero a mí.

—¿En Madrid?

—Mis padres no tienen ni idea de mi dirección actual, solo saben que no sigo en Bilbao.

—Vaya... Aunque, sí que la han enviado con tiempo, me dijo que se casaban en primavera.

—Nena, estamos en diciembre y la primavera comienza en marzo.

—Entendí que más próximo al verano... ¿Irás?

—¿Y tú?

—A mí no me han invitado... aunque dijo que lo haría. Sintiéndolo mucho, ese día trabajaré.

—Me lo imaginaba.

—Hablando de trabajo, he traído la primera parte del proyecto como me pediste.

—Mañana le echamos un vistazo.

—Asier quiero sinceridad.

—¿No te convence?

—Al contrario, creo que son los planos en los que más me he involucrado aplicando todos mis conocimientos.

—¿Entonces?

—Todos dicen que es espectacular.

—¿Y?

—Que no saben demasiado de estructuras, se fijan en la estética... Ven el cascarón y no deseo pecar de entusiasmo.

—¡Coño, nena! De eso se trata.

—Se trata de que alguien con visión crítica y una sensibilidad especial hacia la estética artística, con una opinión objetiva pueda descubrir fallos o sugerir mejoras.

—Yo no soy arquitecto, Enid.

—No, pero te gusta la historia y si ves extravagancias solapando estilos espero que seas franco.

—Lo examinaremos en profundidad, pero será mañana. En este instante nos vamos a dormir, a no ser que hayas cambiado de idea...

—Te has abotonado la camisa... se te han pasado las ganas.

—¡Bah! Esa es peor excusa que el dolor de cabeza.

Cuando fui a levantarme, él me sujetó, y apoyándose en el brazo del sofá nos incorporamos juntos, riendo.

—Eres como Hércules.

—Sin el como, *pinpilinpauxa*. —Tropezó con la alfombra y nos tambaleamos, aunque por suerte logró recuperar el paso.

—¡Y sin el Hércules!

—¡Oye que hasta los dioses dan un traspies!

Divertidos llegamos hasta la habitación y al entrar una enorme foto donde me balanceaba feliz como una criatura en un columpio, con un vestido de plumas y unas enormes alas negras, presidía la zona más visible del dormitorio.

—Vaya. —Impresionaba y sobrecogía, no yo, sino el escenario.

—Sí, son las últimas que he conseguido.

—Pero la temática era otra... esta captura solo fue un instante de efusión.

—¿Has hablado con Sandrine? —Me depositó en la cama sentándose seguido a mi lado.

—No... Ni ella se ha interesado en mí ni yo en ella... ¿Por?

—Me las envió de extranjis. Al cliente simplemente le ofreció las del encargo.

—Sandrine vendería a su madre a pedacitos si sacara más beneficio que vendiéndola entera.

—No te llama porque han comprado todos los derechos sobre la

exposición pública o privada de tu imagen.

—¡Pues vaya negocio ha hecho quien los haya adquirido! Soy una modelo madurita... poca rentabilidad sacará a mis posados, además, nadie ha contactado conmigo para nuevas campañas. —Aquello me confundía.

—¿Has comprobado tu cuenta corriente?

—No, la verdad, no miro por miedo... Ingreso poco y gasto mucho.

—El comprador ha sido un coleccionista privado. —Eso ya me gustaba menos—. Por lo visto, un aristócrata londinense interesado en disponer todas tus fotografías desde los inicios.

—Asier... ¿he de asustarme? —pregunté ya asustada.

—No lo creo, pienso que es un visionario.

—¿Contactó contigo?

—Sí, su interés nació tras visitar una de las exposiciones de Armand.

—¿Cómo se llama?

—Ni idea, yo hablé con el abogado que representaba a la sociedad que ha adquirido los derechos, aunque conmigo han dado en hueso. Yo no necesito más dinero.

—Es, como poco, inquietante... ¿no crees?

—No. Enid, te movías en un sector limitado, en cuanto tus fotos se han hecho públicas ha sucedido lo que cabía esperar.

—Asier... ¿y tú? Esto se podría considerar... ¿obsesión?

—Yo valoro el arte, y esa sonrisa es fascinante.

—Asier... ¿he de preocuparme? —Me regaló un casto beso en la frente, seguido se levanto metiendo las manos en los bolsillos.

—Tú, por si acaso, pasa el pestillo. Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, príncipe.

—Descansa, la agenda de estos días es muy apretada, no hemos dejado nada al azar.

—¡Ideal! —exclamé emocionada—. Asier.

—Dime.

—Gracias.

—No, Enid... No me des las gracias. No puedes imaginar qué supone para mí que me acompañes en estas fechas.

—No ha sido un gesto del todo altruista.

—Entre mil opciones pensaste en mí, eso me coloca por encima de todas esas posibilidades.

—Sí, sabía que podía contar contigo para reponerme de los latigazos.

—Espero que eso no cambie nunca.

—Espero que no cambies nunca. —Sonriendo, hizo un guiño y me envió un beso volador.

—Estoy aquí enfrente, por si necesitas... calor.

—Lo tendré en cuenta.

—Hasta dentro de un rato. *Good night, good night! Parting is such sweet sorrow, that I shall say good night till it be morrow*^[101] —recitó bromeando.

—¡Ay, Julieta! ¡Qué dientes más largos tienes! —declamaba yo siguiendo la burla.

—No me tientes, no me tientes.

Marchó riendo, aún con las manos en los bolsillos del pantalón a medida y la camisa de firma por fuera.

¿Qué pasaba conmigo?

Estábamos solos, llevaba sin contacto sexual... meses, de hecho, él último hombre con el que me había acostado fue él, y Asier era sensacional en la cama.

¿Por qué no?

¿Por qué ocupaba mi mente con un tipo que no merecía ni un attosegundo de mi tiempo?

¿Por qué le deseaba tanto?

Asier me había asegurado de que no era imbécil, yo ponía en cuarentena su afirmación. ¿Quién despreciaría a una persona fabulosa que siempre intentaba hacerla sonreír y se obsesionaba con otra que disfrutaba haciéndola sufrir? Pues eso, una imbécil.

Había decidido desconectar y lo iba a lograr. Asier se ocuparía de mantenerme alejada de tanta intensidad absurda y dañina.

¡Mejor plan, imposible!

A LA CARGA



MIS VALIENTES

Fueron unos días fantásticos, aprovechamos nuestra estancia para recorrer la ciudad y sus alrededores, exprimimos las horas al máximo.

El día de Navidad los chicos reservaron en uno de los hoteles más selectos y cenamos unos platos de autor exquisitos, tomamos unas copas y bailamos hasta que nuestros miembros perdieron el compás por extenuación.

Pat y Dietrich acabaron en una de las habitaciones, nosotros también, pero con distinta actividad.

Nos llevaron a esquiar, también a un balneario termal en plena naturaleza. Asistimos a una representación del Cascanueces en el Bayerische Staatsoper, y por compensar, a un concierto de rock de una banda icónica alemana.

Acabamos cerrando y comenzando el año en la casa de España, con un grupo divertidísimo de gente de casi todas las provincias y de edades muy variadas.

No podía haber elegido mejor el destino, y sentía cierto cargo de

conciencia sabiéndome lejos de mi familia, pero no me arrepentía de estar allí.

A Asier la primera parte del proyecto le pareció asombroso, aunque me sugirió unos matices muy interesantes que incluiría en el diseño interior. Esa segunda etapa era más preocupante, debía de ceñirme a los usos y normas arquitectónicas de un país que no conocía.

Quien me resultó irreconocible fue la dulce Pat. Dietrich y ella conectaron en mayúsculas, sobre todo, en el plano sexual. Lástima que nueve horas y pico de vuelo sin escalas podría enfriarlo... o no.

Deberíamos de haber estado de regreso el día treinta y uno y aterrizamos el cuatro con más nostalgia que ganas de volver a la rutina.

El cambio de huso horario nos permitió realizar las llamadas de rigor, ella a sus padres y, por descontado a Dietrich. Yo a los míos y a Asier, que consideraba un pilar en mi vida imprescindible.

Más tarde hablé con los mellizos y ellos, aprovechando que el Pisuerga pasaba por Valladolid, me informaron de cuándo no estaría su padre en la mansión.

Jared fue distante, poco comunicativo, supuse que seguía molesto al no comprender qué pintaba yo en Alemania con Asier, y la culpa era mía en exclusiva al justificarme con medias verdades.

A mí el viaje me había hecho desconectar como cuando caen los limitadores térmicos por sobrecarga de tensión. Permanecí incomunicada intencionadamente, ni adquirí un terminal nuevo. Los míos podrían localizarme a través de Asier o Pat, y felicité la Navidad y el año nuevo con una edición de video casero.

Así, el cinco de enero, entré una vez más por el acceso de servicio, a escondidas tal como escapé.

Maud canturreaba en la cocina, me acerqué por la espalda sin hacer ruido tapándole los ojos.

—¿Quién soy? —Dio un respingo de sobresalto.

—¡Señorita Enid!

—Hola, Maud...

—¡Oh, mi niña! ¡Qué gusto tenerla en casa! ¡Y qué guapa está! Ha cogido peso.

—En Alemania la dieta es de aporte hipercalórico.

—Le sienta divino ese exceso.

—Gracias, Maud. —La besé fuerte en la mejilla, abrazándola como merecía su cariño—. Le he traído un detalle, espero que le guste.

—No debía haberse molestado. —Abría la caja con ojos llorosos y manos trémulas.

—Lo he hecho con gusto.

—¡Es precioso! —exclamó examinando emocionada el reloj de cuco—. ¡Esto es artesanal, señorita! Es un detalle muy caro...

—Es muy típico. Lo encontré deambulando por uno de los mil mercados navideños abiertos durante todo el año.

—Qué bonito que se acordara de esta vieja durante sus vacaciones.

—¡Maud! ¿Tan mala memoria me atribuye?

—Es un ángel...

—Esto es para su marido y Ralf Jr., les traigo un par de jarras de cerveza, aunque estuve tentada a obsequiarles un termo para hacerles más templada la pesca nocturna. —No disimuló sus carcajadas mientras me tomaba con ambas manos la cara, dándome dos besos talla abuela.

—Enid quédese a cenar en mi casa. Voy a preparar una crema de verduras de temporada... Sé que estará más cómoda que a la mesa de los Prescott —susurró a mi oído.

—En su casa me siento como en la mía, pero esta noche no podrá ser. La próxima vez que suba a visitar a los mellizos me apunto.

—No es necesario ni que avise... —Me tomó del codo para llevarme aparte—. He de comentarle una cosa, señorita.

—Dígame.

—La mañana después del incidente, el señor... ¡jamás le había visto tan enfadado! —¡Menos mal que abandoné el barco como las ratas en un naufragio!

—La resaca es así, a cada cual le afecta de una manera.

—No, señorita. Bajó a la cocina pensando que estaba tomando el desayuno, yo acababa de entrar, tal como se enteró de que se había marchado arrastró con un brazo toda la cristalería preparada para el servicio de la mañana. Estaba fuera de sí.

—En ocasiones, la suerte me sonrío.

—¡Ay, Enid! Si supiera solo la mitad de lo que intuye esta vieja...

—Maud, de lo que pasa en esta casa, ya me sobra lo poco que sé. —La besé de nuevo—. Voy a ver a los mellizos.

—Están en la sala de juegos... peleando.

—¡Qué cruz!

Con sigilo, fui directa a su encuentro. Tuve que pasar por delante de la habitación donde estuve compartiendo cama con el hombre más gruñón del cosmos. Suspiré recordándole solo con el slip sentado entre mis piernas en la bañera. ¡Maldito calor invernal!

No sé a qué divinidad debía de agradecerle el milagro de hacerme despertar antes de que regresara. No me alcanzaría la vida para devolver el favor.

Toqué un par de veces y pasé sin más, Joel jugaba con la PlayStation, Isona leía desde la aplicación del iPad.

—¡Vaya! Yo me esperaba más ruido.

—¡Ini! —exclamaron al unísono.

—¿Qué tal chicos? ¿Cómo se portó Papá Noel?

Dejaron sus ocupaciones y se metieron entre mis brazos, yo aproveché para besuquearlos sin contención.

—¡Genial! Debemos ser los niños más buenos del mundo.

—Joel, cielo... o se ha equivocado de Prescott o de dirección.

—También dejó algo para ti de nuestra parte... ¡Voy a buscarlo! —Isona se soltó de mi cintura y salió corriendo hacia su dormitorio.

—¡Qué ilusión!

—Enid, el montaje que nos enviaste... ¡Jo! ¡Qué envidia! Has hecho de todo.

—Asier os envía muchos abrazos y besos.

—¿Cuándo vendrá? Tengo ganas de verle.

—En cuanto pueda juntar cinco días.

—¡Ya estoy aquí! —canturreaba Isona nerviosa—. Toma... sé que te va a gustar.

—Estoy segura.

Nos acomodamos en el suelo como los indios.

La caja era cuadrada de cuarenta por cuarenta, al abrirla apareció otra, y después otra... Iba sacando cajas más pequeñas igual que si se tratara de una Matriuska. Yo acompañaba con muecas de desconcierto cada aparición hasta

llegar una diminuta que atesoraba una tarjeta SD de alta velocidad.

Isona me la sacó de las manos para introducirla en la ranura prevista para ella en el iPad, deslizó los dedos por la pantalla y comunicó el dispositivo con el proyector.

Un violín daba inicio a una presentación de fotografías con todos nuestros recuerdos, diez años llenos de emociones a los que segundos después se les unió un piano.

Escogieron la melodía de «*All of me*»... Solo un piano y un violín, solo Isona y Joel... enmarcando nuestra vida como familia.

Y lloré. Lloré de puro amor, podría vivir en cualquier parte del mundo, pero cerca de ellos.

Los abracé hasta casi amarlos aprovechando la efusión para besarlos de nuevo como veinte veces.

—Os quiero hasta el infinito y más allá.

—Y nosotros a ti. Por favor, Iní... no te vayas nunca, y si lo haces, de vacaciones.

—Joel, prometo meditarlo. Por cierto... —Sequé mi cara con la manga, un gesto de lo más elegante—, yo también os traigo regalos de Asier y míos. Pat os lo entregará cuando vayáis por casa.

Tiré de las bolsas y saqué primero las de Asier, y como si jamás hubieran recibido un regalo, abrieron entusiasmados cada cual su paquete.

—*Wow!* Es un violín eléctrico de diseño... ¡Qué pasada!

—Es una lástima que, con lo bien que tocas, no continúes aprendiendo. Si no te va la música clásica hay otras alternativas. ¿No crees?

—En mi escuela de música se imparten clases de violín moderno.

—Vale. Lo probaré a ver si va conmigo, aunque solo sea por aprender a utilizar este... ¡Es sicodélico!

—Jo, Joel, qué feliz me hace escuchar eso.

—Ahora me toca a mí... —Isona no había acabado de desenvolver su caja y al abrirla, la seda rosada le dio una pista. No obstante, cuando la retiró, los ojos casi le caen de las órbitas—. ¿Es lo que creo que es?

—Si crees que son las puntas de ballet con las que representó a Odette en el Lago de los Cisnes Olga Smimova, sí.

—¿Cómo las ha conseguido?

—Cuando hables con Asier, se lo preguntas. Yo hay datos que prefiero no

conocer.

—¡Iní! ¡Están firmadas! Con certificado de autenticidad... ¡Y una foto! ¡Y una nota escrita por ella!

—Pues si está en ruso, mal vamos. —Joel no andaba carente de razón.

—Está el inglés, no todos disponen del coeficiente de una ameba... como tú.

—Tan inútiles no serían si con ellas se inició la vida en el planeta. —Olé...

—Va, chicos... no comencéis. A ver, Isona, ¿nos lo quieres leer? —Se aclaró la voz.

—«Estimada Isona, recibe estas zapatillas con el profundo deseo de que la danza forme parte de ti siempre, ya sea de manera profesional, amateur o como afición. Espero que tu alma continúe emocionándose ante un cuadro de baile y vibre con cada paso, con cada movimiento. Gracias por considerarme tu referente. Con afecto, Olga Smirnova».

—Vaya una dedicatoria más elaborada. —Asier debía de conocer a la bailarina en... intensidad.

—Le llamaré ahora mismo. Voy a darle las gracias como mil veces.

—Isona, cielo... allí son las once y media de la noche, le darás un susto de muerte...

—Solo es el primer impacto.

—Llamadle mañana.

—Ahora los tuyos... ¡Mola esto de recibir regalos! —Joel se frotaba las manos emocionado.

—Toma, espero haber acertado. —Arrancó el papel de dos zarpazos.

—Una maqueta de avión de la Segunda Guerra Mundial... ¡Qué guapo!

—Es un Messerschmitt Bf 109. Un caza Nazi que pilotó Erich Hartmann, Gerhard Barkhorn y Günther Rall.

—Sí, lo conozco... Son los que salen en los juegos de PC antiguos que tengo.

—En Alemania es muy complicado encontrar reliquias que recuerden el holocausto, Dietrich fue nuestro guía. El anticuario nos aseguró que solo existe ese. Yo no me lo acabo de creer, pero tú por si acaso cuídalo.

—Gracias, Iní... me gusta mogollón. —Tras besarme se dedicó a contemplar todos los detalles.

—¿Y el mío?

—Toma. El tuyo es algo... especial. —Lo abrió y sacó un libreto lleno de partituras amarillentas, algunas algo deterioradas y otras con la base descolada.

—No conozco al compositor —apuntó confundida.

—Compositora.

—¿Por qué son tan especiales?

—Son únicas y son pura historia.

—¿La conoces?

—Antes de estallar la guerra, la situación económica del país era ruinoso. La clase media no existía y las pudientes se aprovechaban obteniendo aquello que se les antojaba de los más desfavorecidos. Nizrit era una niña por entonces, hija de una familia judía. Su padre trabajaba como afinador de instrumentos, su madre daba clases de piano.

—Jo, la música era parte de su vida desde antes de nacer. —Asentí—. ¿Qué le sucedió?

—Por fortuna unos amigos alemanes les advirtieron de los propósitos políticos nazistas, y sin esperar, con una maleta bajo el brazo y este cuaderno pegado a su pecho, abandonaron el país instalándose en Suiza, en un pueblo recóndito entre montañas, olvidándose de su fe, y por no levantar sospechas, dedicados a cuidar la tierra, cabras y ovejas.

—¿Cómo lo has encontrado tú en Múnich?

—Nizrit no abrió nunca más el libreto por miedo a descubrir a su familia, pero hace seis años regresó junto a uno de sus hijos, tienen una tienda de instrumentos de segunda mano.

—Entraste a buscar uno para mí.

—Ajá.

—¿Y te las vendió? —preguntó extrañada.

—Me las regaló.

—¿Por qué? —El asombro se marcaba en cada mueca de aquel rostro que comenzaba a cambiar perdiendo las redondeces propias de la niñez.

—Le dije que buscaba un regalo muy especial para una niña de diez años muy sensible, pero poco dada a expresar sus sentimientos, y que era capaz de encontrar en lo más pequeño su fuente de inspiración. —Una sonrisa cándida indicaba cuánto le había satisfecho la respuesta.

—¿Y sus hijos?

—Por lo visto, no iban a saber valorarlas.

—Iní... es toda una responsabilidad...

—¡Y tanto! Tienes entre las manos un pedazo de lo más importante de la vida de otra persona. Si tú las conservas, las mejoras y logras compartirlas con el resto, conseguirás que Nizrit sea eterna.

—Yo prefiero mi avión.

—¡Calla!

Regañamos las dos al aguafiestas de Joel e iniciamos una guerra de bolas de papel de regalo. Él protestaba mientras se cubría la cabeza con los brazos igual que si le estuvieran lloviendo piedras.

—¿Molesto?

¿Podía decir que sí?

Tendió su mano para que me incorporara y la acepté por no hacer un gesto inapropiado ante los niños.

Mantuvo mi mano entre la suya unos segundos más de los imprescindibles, observándome serio y con aquella barba de pocos días tan favorecedora.

—No preguntaré cómo te ha ido, es evidente. —Qué buen actor era delante de sus hijos. Luego, a solas, no iba a rehusar recordarme lo poquísima cosa que le parecía y lo mucho que le incomodaba mi presencia.

—Gracias. Feliz año. —Nos dimos dos besos de rigor y me supieron tan a gloria como a infierno.

—Mira papá lo que nos ha traído Iní de Múnich.

—Es una maqueta muy lograda, de buen material y pintada a mano... muy fiel al original, aunque comparto la opinión de Enid al desconfiar del anticuario.

El tío había estado escuchando cual portera, y sin reparos daba información para que lo supiéramos.

¿Y él era prototipo de buenas costumbres? ¡Venga ya!

—El violín es de infarto...

—Sí, muy estrafalario —y la emoción brilló por su ausencia.

—Papá... mira mis partituras.

Era la primera vez que escuchaba a Isona darle el título a su padre, se me antojó raro, aunque no forzado.

Le sonreí satisfecha, con ternura, me reconfortó saber que comenzaba a sentirse parte de la familia. Matthew buscó adrede mi mirada, yo la esquivé con rapidez.

—Es un obsequio poco común.

—Iní, jamás nos hace regalos normales.

—Por cierto, Isona, hablando de regalos poco habituales, devuélveme el mío, he de verlo hasta gastarlo. —Extrajo la tarjeta del iPad y me la entregó.

—Las puedes ver desde el teléfono.

—¡Pensáis en todo! —Les di otro par de besos a cada uno.

—He avisado para que coloquen un servicio más en la mesa.

—Gracias, pero esta noche no puedo. —Apretó la mandíbula y se abultaron sus sienes. Ni la presencia de los mellizos iba a librarme del rapapolvo por llevarle la contra.

—¿Llevas fuera dos semanas y no puedes compartir con nosotros el tiempo de una cena? —Si le hubiera dado por escupirme no me habría cogido por sorpresa.

—Papá... —Isona le tomó de la mano con cariño—. Iní esta noche colabora con Pat en la Cabalgata de Reyes de la asociación Conviviendo.

—Hacen de pajes, entregan regalos a los niños para mantener las tradiciones de los países donde se celebran.

—Disculpa —el argumento no pareció convencerle... había algo más.

—Disculpado. —Por edulcorar el clima ante los chicos contesté sonriéndole.

—No obstante, acompáñame mi despacho, debemos hablar. —¡Maldita frase! ¡Yo no quería escucharle!

—Me despido de los chicos y voy.

—Bien, te espero allí.

Abandonó la habitación envuelto en aquella elegancia masculina y sexi. ¿Por qué era tan perfecto físicamente y tan borde en sociedad?

No, Enid... Matthew tenía un comportamiento ejemplar en sociedad... Maleducado y grosero, solo contigo.

—¿Qué te pasa con papá? —Incluso Joel, que siempre andaba a la suya, intuía nuestras desavenías.

—Nada, con papá no pasa nada. —El suspiro de desánimo le confundió más de lo que estaba.

—Pues para no suceder nada, cada vez que os encontráis pasa de todo —la conclusión me dejó tan paralizada como fría.

—Joel, eres mayor... —improvisé como pude—, ¿verdad que hay niños con los que nunca harías amistad?

—Sí, pero suelo saludarles y punto, no estoy ciscando por motivar situaciones tensas.

—Vaya... —Hasta ahí mi capacidad de réplica.

—Joel, son cosas entre adultos, déjalos... ellos se entienden. —¡Genial! Si las respuestas de uno me tenían impertérrita las especulaciones de la otra iba a transformar mi sangre en gelatina.

—Chicos, os recojo el miércoles.

Dándoles un beso, escapaba de la quema para lanzarme directa a la hoguera.

Toqué tres veces en la puerta de su despacho y respiré una.

—Pasa. —Imperativo... ¡Malditos imperativos!

—¿De qué quieres hablar conmigo?

—Contigo se pueden hablar de infinitos temas. —¿Para qué iba a mirarme? Eso sería demostrar una educación que no poseía.

—No creo que me hayas hecho venir para una charla epistemológica.

—¿Podrías?

—Superficialidades.

—Siéntate. —No era su lacayo, no me inmuté. Aquella desobediencia le obligó a observarme antes de continuar—. ¿Puedes hacerte una pequeña idea de cuánto me ha costado recuperar el título nobiliario de mi familia?

—Intuyo que mucho. —Pero me tocaba un pie.

—No... —Por enfatizar, negó meneando la cabeza—, no creo que seas consciente en lo más mínimo.

—Vale, pues no.

—¡No me trates como si fuera estúpido! —¿A mí con gritos? ¿¡De qué iba!?

—Aquí la única estúpida soy yo por consentir que me hables en ese tono y con esas formas. —Por no ponerme a su nivel, no elevé la voz, aunque de poder, le hubiera dado un guantazo a mano abierta.

—¿Qué necesidad tengo de pagar a las agencias para evitar publicaciones de tus devaneos?

—Pero... ¿de qué hablas?

Levantándose, me invitó con la mano extendida a visualizar unas fotografías que había sobre su escritorio. Un reportaje a todo color con Asier del brazo, con Asier comiendo y dándome a probar de su plato, abrazando a Asier... riendo con Asier. ¡Demencial!

—¿Qué opinas?

—El fotógrafo es fantástico. —Podía haberme mordido la lengua.

—¡Eso es lo único que se te ocurre decir! —Estaba a medio berrido de taparle la boca con las instantáneas.

—Sí.

—¡Estás prometida con mi hermano!

—¡Yo no estoy comprometida con nadie!

Lanzó una revista encima de la mesa. Una fuente muy cercana a la familia afirmaba que teníamos previsto casarnos a final del año, por no restar brillo a la boda de los condes.

—¿Has hablado con tu hermano de esto?

—No.

—Pues en lugar de aullar como un energúmeno pidiendo explicaciones que no te debo, hazlo, te ahorrarás una úlcera. —De dos pasos rodeó la mesa colocándose enfrente.

—¡Quiero que me lo digas tú! —Su aliento quemaba la piel de mi cara.

—¡Que te diga el qué! —¡Hala a berrear! Eso lo sabíamos hacer todos, por lo menos así controlaba otras ansias.

—¡Quién es Asier! ¡Y por qué tiene los cojones de hacerle regalos a mis hijos! —¿Cojones? Había dicho ¿cojones?

—Pues un amigo de tus hijos y mío... ¿O es que tú no tienes amigos?

—¿Y así te comportas con todos tus amigos?

—Así me comporto con quien me da la gana. Es lo que tiene no pertenecer a la alta alcurnia. —Aunque podría restregarle nuestro secreto familiar, solo para verle caer de culo por imbécil.

—¿Y mi hermano? ¿Has considerado cómo puede sentirse mi hermano?

—Eso no es cosa tuya.

—En vistas de que es mi bolsillo quien sufraga los gastos, sí. —¡Era lo último!

—¿Te he pedido yo que lo hagas? A mí esas fotos ¡me tocan un pie!

—¡A mí no!

Sin más, tomó mi cara con ambas manos, enredando sus dedos en mi nuca con las palmas en mis mejillas y sus pulgares bajo mis ojos. En ningún momento sentí miedo, solo ambicionaba apreciar la humedad de sus labios sobre los míos.

Respiraba agitada por la ansiedad que retenía. Él, atropellado, pero por motivos distintos.

Contraía la musculatura de sus brazos y tensaba su mandíbula controlando aquellos impulsos homicidas que todos conservábamos en la memoria primitiva. Me observaba con tanta intensidad que enardecía mi pasión logrando que mi ficticia soberbia, revelada a modo de coraza, se cuarteara atomizada con mi propio fuego interno.

Besarle, solo anhelaba repasar sus labios con mi lengua, no usarla para defenderme de sus desprecios, sino compartir aquel calor sofocante y consumirnos en él... o elevar las llamas igual a las hogueras de San Juan hasta las estrellas, haciendo realidad mis deseos.

—A mí, no, Enid... —musitó sin pestañear.

Y si fuera otra persona, hasta diría que me suplicaba casi delirante... Lo reconozco, caí en mi propia trampa.

—Tu hermano está al corriente.

Siseé confusa atendiendo a su petición, sin intuir sus motivaciones, sin comprender por qué podía ser para él tan importante conocer aquel dato.

Bajó las manos introduciéndolas en los bolsillos del pantalón y se giró hacia el ventanal frente al fastuoso jardín de la vivienda.

Yo, intentaba serenarme, recuperar un ritmo cardiaco normal, respirar de nuevo, conseguir oxigenar el cerebro y enfriarlo. Era eso o meter la cabeza en hidrógeno líquido.

—¿Me odias? —¿Podía ser más cínico? Yo, allí, casi lívida, implorando un beso y él contemplando las primulas y las caléndulas.

—No —fui tajante... hubiera preferido sonar indiferente. Aunque de tener delante a Hitler y a Bin Laden, y yo disponer de una pistola con dos balas... Matthew Prescott habría muerto de dos disparos.

—Subestimo a Jared... Es más listo de lo que aparenta —dejó aquellas palabras inteligibles en el aire sin esperar réplica.

—Si no tienes nada más a reprocharme, me voy.

De nuevo rodeó la mesa dándome la espalda, apoyó las palmas en ella para

seguido girarse traspasándome en vertical con la mirada. De ser un láser, el corte habría sido limpio en dos trozos simétricos.

Debía de aprender a no entrar a al trapo, contestar con evasivas insustanciales... Pero... ¡Maldita sea! Él sabía manejar cualquier situación, exigir la respuesta completa ocultando sus ganas de enviarme a pastar a la era.

Sin embargo, observándole altiva, sospeché que libraba una batalla por no perder la compostura y disimular la incomodidad del momento. No era tensión, era retención...

¿Qué había en mí para lograr sacar lo peor de él?

¿Cuántas veces me había planteado la misma pregunta?

¿Por qué me cuestionaba tantas veces lo mismo si conocía la respuesta?

—Enid, ¿sabes algo de geología? —¿Eh? Miedo me daba que se dedicara a coleccionar minerales. Resoplé de puro desconcierto.

—Pues... la definición y poco más... A grandes rasgos, es el estudio de lo que el tiempo y la presión provocan en la materia... —Sonrió y no supe determinar si con satisfacción o acritud.

—¿Y sabes qué le sucede a un hombre bajo mucha presión? —Definitivamente, el adulto más cuerdo de aquella casa estaba fuera de ella.

—¿Se desintegra? —reformulé confundida, titubeando... Alzó una ceja y comenzó a reír a carcajadas, negando mi respuesta.

—No, Enid... hablaba en sentido figurado. —¡Disculpe usted!

—Ah... pues ¿yo qué sé?

—Se convierte en piedra.

—Vaya... —Recordé la gala benéfica, cuando me había permitido contemplarle, cuando le humanicé—. Bueno, hay infinidad de tipos de minerales.

—Yo soy como el granito... en eso es lo que, el tiempo y la presión, me han transformado.

—Siempre que sigas bajo tierra.

—¿Qué quieres decir con eso? —Entrecerró los ojos arrugando el ceño.

—Hasta el farallón más pétreo, a la intemperie, se vuelve arena.

No había acabado de pronunciar la última palabra, que la contención enmascarada en frivolidad se le escapó con el aire de los pulmones bruscamente.

La lie... como de costumbre.

Arrugó las fotos cerrando los puños sobre ellas, sosteniéndome la mirada... y yo, como un pasmarote a la espera del siguiente movimiento.

Rogaba que, de coleccionar piedras, no las tuviera en uno de los cajones del escritorio. Ya me las veía y deseaba para esquivar los palos usando las palabras a modo de proyectiles, de lanzar algo sólido iba a darme de lleno.

De súbito, soltó todo aquel papel y volvió a rodear la mesa situándose frente a mí. No era capaz de ordenar en mi mente lo que sucedía, mucho menos buscarle la lógica, en tanto, ahí estaba yo... clavada a la alfombra de seda, rígida como una mata de piña.

Y ya, por acabarlo de arreglar, me sujetó de los hombros atrayéndome hasta su pecho.

Comencé a temblar incontinida y sin capacidad de reacción... ¿Cómo podía oler tan bien?

Sus manos presionaban mis hombros, aunque lejos de causar molestias, avivaba de nuevo otras necesidades más intemperantes.

—Enid... ¿por qué lo complicas todo?

—¿Yo?

—Eres, con diferencia, lo peor a lo que me he tenido que enfrentar en toda mi jodida vida.

Me soltó de nuevo como si fuera basura y apestará... y para hacer honor a la verdad, en aquel instante, así me sentía.

No sé dónde encontré un minúsculo reducto de valor y me giré con falso orgullo. Me apetecía llorar hasta que tuvieran que rellenarme los lagrimales, pero ante él, ¡jamás!

Estaba frustrada, indignada con sus desprecios, sus desaires y aquella palabrería hiriente, y sobre todo... porque no le había besado, porque cuando sus manos atraparon mi cara, solo pensaba en probar sus labios..., y también disgustada conmigo misma por estar mustia al no poder hacerlo.

Me hubiera dado de cabezazos contra un muro si con eso aquel batiburrillo de discordancias desaparecieran, incluso dejándome alguna secuela.

—El miércoles recogeré a los niños —atiné a recordarle.

—Bien.

Caminé bien erguida, con los hombros rectos, dolida por los rechazos... un dolor del todo absurdo, cuando yo sabía que Matthew Frederick Prescott preferiría besar antes a un jabalí verrugoso que a mí.

—Enid. —Escuché mi nombre justo cuando puse la mano en la maneta. No hice la menor intención en girarme.

—Qué.

—Gracias por recogerme aquella madrugada, por la discreción y ante todo... por los cuidados. —Era bipolar, no debería de afectarme tanto sus cambios de humor, tenían disculpa... ¡Era un enfermo!

Retorcí el pescuezo con brío, al mejor estilo Regan MacNeil.

—Llama a Pat y dáselas a ella, fue quien te encontró. De ser por mí, te hubieras quedado tiritando en el callejón.

Comenzó a reír a carcajadas, a pleno pulmón, igual que visionando un video viral de caídas cómicas.

—¡Medícate Prescott!

Di tal portazo al salir, que no se tambaleó la mansión porque estaba bien cimentada, de haber sido de madera la hubiera derribado mejor que el lobo soplando.

—Señorita..., ¿qué sucede? —El golpe la había sobresaltado, cosa lógica, en aquella casa tan silenciosa era posible escuchar hasta las ventosidades de las moscas.

—¿Que qué sucede? ¿¡Que qué sucede!? ¡Que tu jefe es imbécil!

Le di un beso en la mejilla y haciendo aspavientos de rabia con los brazos me dirigí a la cochera, dejándola en mitad del pasillo.

¡Con lo bien que me habían sentado las vacaciones!

El tipo se había encargado de borrar en menos de media hora toda la armonía sensorial acumulada durante doce días... ¡Un crack!

Necesitaba ahogarme en una taza de chocolate. Aquella noche era el paje del Rey Melchor, estaba obligada a proyectar ilusión y alegría, que todos disfrutaran de la cabalgata, los regalos y la emoción. Conseguir traer a Filadelfia la magia de la noche de Reyes igual como en España o en los países latinos que se celebraba.

Desde que definí al noble caballero como el mayor imbécil de la corte, prefería no merodear demasiado por la mansión. Opté por ir con los niños a mi casa después de las extraescolares y allí ayudarles con las tareas, para dejarlos en la puerta de servicio antes de la cena sin tan siquiera apearme del vehículo. Maud salía a recogerlos y siempre me daba alguna suculencia elaborada con todo su amor sobrante.

Para mi dicha, el plan surtió efecto y coincidir solos, no habíamos vuelto a coincidir, así eludía sermones y enfrentamientos.

Mi presencia se había convertido en incómoda para todos los miembros de la familia excepto para los niños.

La condesita no disimulaba su disgusto en el caso de toparse conmigo. Me radiografiaba de cuerpo entero por tener foro de discusión en los almuerzos de la logia infausta donde tan en su salsa se sentía. Tampoco soportaba verme conversar con la abuela y acaparaba toda la atención, excluyéndome sin disimulos. Vamos, no me daba un codazo por miedo a recibir un bofetón instintivo. Ganas no me faltaron jamás.

Eleonor, como madre abnegada, se posicionó al lado de sus hijos, en concreto de aquel que le proporcionaba los medios para vivir manteniendo su estatus social y su opulencia.

En cambio, me satisfacía escuchar como Matthew se comunicaba con los mellizos, ahí perdía su arrogancia, confiaba en sus aptitudes, les hacía sentir adultos dentro de su niñez. El escucharles le hizo comprender que el enfrentarse a la pérdida tan prematuramente y reconstruir sus pilares básicos desde tan pequeñitos, les otorgaba una semimadurez capaz de contemplar la vida y sus circunstancias con relativo privilegio.

La única que no mostraba sensatez era yo, que repetía en bucle la escena en la cual sus manos aprisionaron mi rostro y le supliqué con la mirada un beso que no llegó.

Por suerte Jared volvía a ser el tipo agradable y jovial que esperaba de mí algo que no podía ofrecerle. Se lo pude haber expresado de mil maneras distintas, pero insistía en aferrarse a la idea de querer creer que solo eran reticencias al no desear formar parte de la familia.

De todos los hombres que conocía me había enamorado, cual cateta, del menos indicado. Uno que me consideraba insufrible y me trataba con desprecio siempre que se presentaba la ocasión.

El sonido del teléfono me extrajo de mi soliloquio interno, sobresaltándome.

—Dime, Isona.

—¿Puedes venir a buscarme a danza?

—Es pronto... ¿No iba Terence esta tarde?

—Prefiero que vengas tú, ¿puedes venir?

—¿Qué sucede?

—¡Puedes venir o no! —¡Qué hartura de carácter preadolescente femenino!

—Ahora voy... ¡Empiezan a fastidiarme un poco los genes Prescott!

¿Qué diablos habría pasado?

Busqué las llaves del trasto, la chaqueta y salí al galope grabándome una nota mental: «*No tener hijos, es un continuo sufrimiento*».

La maldita ley de Murphy se interponía al objetivo, entre más rápido quería llegar, más obstáculos encontraba. Primero el camión de reparto parado en el puñetero centro de la calle y cuando tuvo a bien apartarse, a la siguiente travesía un vehículo adaptado recogía discapacitados... Me hubiera encantado que el trasto dispusiera de los ingenios del coche del Inspector Gadget para elevarme y pasar por encima.

Aparqué en el primer sitio apto, despreocupándome de las distancias y caminé ligera hasta la escuela de danza, contemplando mil supuestos a los que restaba valor con un: «*¿Isona? No, imposible*».

Pulsé el timbre y una voz molesta por atiplada respondió. Tras identificarme, abrieron.

Ya me esperaba la profesora con las gafas sujetas a la punta de la nariz y mirando por encima. El porqué las llevaba era todo un misterio. Estaba allí, con los brazos cruzados, tesa cual tapón de corcho y más enfadada que un enjambre de abejas después de golpear el panal. No precisé de muchas pistas para descubrir quién la había alterado hasta el punto de que una hebra del flequillo se le soltara del recogido.

—Buenas tardes.

—*Buenag tagdés segán paga usteg.*

—¿Disculpe? —Mi nivel de cortesía disminuyó hasta el menos diez.

—*Oui, no acogtumbró de dag legsiones de dansá a fiegás sin civilisag.*

—Espero que ese comentario no defina a Isona, porque en ese caso, hoy va a tener que lidiar con otra fiera más peligrosa. —Dio un paso atrás,

escandalizada.

—*Egtá nená nesesitá un corgretivó, es incoguegiblé.*

—Dígale que salga.

—Oh, *oui*, por *supuegtó*... Isoná, sal.

Apareció con los ojos hinchados por el llanto y eso me puso en alerta. Era una niña dura como el pedernal, jamás la veías romperse en público.

—¿Qué ha sucedido? —Se sorbía la agüilla de la nariz mientras se secaba la cara con los puños de la camiseta.

—*Pueg la nigniá*...

—No le estoy preguntando a usted.

—¿Nos podemos ir?

—Sí, cielo.

—*Infogmaremós* al papá.

—Eso puede hacerlo ella misma.

—*Segá su vegsión.*

—Menos florida de lo que va a ser la suya, seguro.

—*Debeguián corgregir su compogtamientó, no es dignó de una señoguitá de su clasé*

—Y usted debería ensayar su acento, porque es evidente que no sabe hablar francés.

Cuántos meses mordiéndome la lengua, me quedé en la gloria.

Montamos en el coche en silencio. Isona continuaba gimoteando, yo no iba a forzarla a que me contara lo sucedido, aunque la curiosidad era mortificante.

Fue todo el camino sin abrir la boca y no apartó los ojos del parabrisas. De tanto en tanto, una lágrima surcaba su mejilla y a mí se me encogía el alma.

Opté por usar la entrada principal y la gran verja se abrió al instante sin leer la matrícula, señal indudable de que habían alertado a su padre. Un escalofrío anticipativo recorrió mi columna, avisando de lo divertida que iba a resultar la tarde.

Aparqué en la cochera desentonando igual a un cardo en un ramo de rosas rojas.

En el interior el ambiente solo reforzaba mis temores, en lugar de una casa parecía un mausoleo donde se oficiaba un velatorio. El servicio caminaba con la cabeza gacha y no nos miraban a los ojos ni para saludar.

Se debía de haber montado un buen sarao antes de nuestra llegada.

Pasamos al vestíbulo e Isona me sujetó de la mano con energía. Kail, el asistente personal de Matthew, con rostro serio se acercó a nosotras.

—Enid, el Sr. Prescott os espera en su despacho.

—Genial —farfullé cerrando los ojos—. Gracias, Kail.

Encogió los hombros mientras torcía los labios, una mueca poco tranquilizadora. Suspiré sugestionada.

Caminamos inseguras hasta llegar a la puerta que golpeé con miedo.

—Adelante. —Por unas décimas de segundo tuve la esperanza de que fueran imaginaciones mías y no aguardara con la idea de sermonearnos.

—Buenas tardes, Matthew. —Isona no articuló palabra.

—¿Quién de las dos va a explicarme por qué he tenido que llamar al padre de Tatiana disculpándome porque mi hija le ha partido una ceja? —Me volví hacia Isona ojiplática... ¡Pistas, nena! Podría haber mencionado ¡algo!

—Entre chicas ya se sabe... —inventar una disculpa sin intuir los motivos de la bronca para poder justificar la agresión que desconocía, era absurdo. No obstante, Isona disponía el mismo grado de violencia de un peluche.

—¿Eres una salvaje? —Ella negó—. Escúchame, no pienso tolerar esa actitud ¡jamás!

—¡No soy una salvaje, papá! —habría sido más inteligente por su parte mantener la boca cerrada, y de decir algo, sin gritar—. ¡Pero lo volvería a hacer! ¡Es mala! ¡Una niña horrible!

—Jovencita... ¡En esta casa el único que levanta el tono soy yo! Sube a tu habitación y medita sobre esto. No hay nada que pueda excusar tu comportamiento.

Isona soltando mi mano, salió del despacho con ademanes de basilisco.

—Los españoles tenéis la maldita costumbre de solucionarlo todo a puñetazos. ¡Joder!

Siseó masajeándose el puente de la nariz con el pulgar e índice y a mí me tocó la fibra la protesta. Lo había escupido como si fuéramos una tribu recóndita pendiente de civilizar. ¿Qué se pensaba?

—Retira eso último, porque sobra.

—¿Pero? ¡Tú quién eres para...!

—Ha sido un comentario ofensivo y exagerado. Tampoco has de tomártelo tan a la tremenda, tiene diez años, los niños se discuten y se pelean ¡no convocan una asamblea para solucionar el conflicto! ¡Por el amor de Dios!

—¡No le haces ningún favor apoyando sus arrebatos!

—No defiendo el acto, intento comprender qué puede haberle llevado a ese extremo... Algo más sencillo que intentar entenderte a ti, que disparas sin tener el tacto de preguntar antes qué ha sucedido.

—No ha de pelearse, ¡y punto!

—¡Y punto! ¡Porque yo ordeno y mando! ¡Muy conciliador, Prescott!

—¡Soy su padre! ¡Sé lo que le conviene!

—¡¿Y eso cuándo lo descubriste?! ¡¿El día que te llegaron los resultados de ADN! ¡¿O cuándo recordaste que tenías dos hijos esperando en casa hacía cuatro meses?!

Me pasé un pelín... puede que un pelón, mas la palabra dicha no se borra, y ¿cuándo volvería a tener los reañes suficientes para hablarle tan claro y, sobre todo, tan alto?

El estar liberando cortisol a litros debido a cómo amonestó a Isona y el desprecio xenófobo que había manifestado, ayudó a que no me intimidara su mirada furibunda, al contrario, continué encarándole y se generaron arcos voltaicos entre nosotros.

—¡Tú! —Golpeó con las palmas abiertas el escritorio y me encogí de hombros con el sobresalto—. ¡Quién coño te crees que eres para reprocharme nada! ¡Tú! ¡No tienes ni puta idea de mi vida! ¡Tú! ¡No eres más que una mujer vulgar e insignificante!

¿Cómo?

¡Hasta aquí!

—¡Cansas, Prescott! ¡Ya cansas! ¡Tu discurso clasista aburre a las ovejas! ¡La próxima vez que te dirijas a mí prueba de sacarte el palo del culo!

—¡Enid! —¡Ja! Una vez que me embalaba con las groserías, ya no tenía mesura.

—¡No me nombres! —exclamé también golpeando la mesa con las manos extendidas, encarándole muy de cerca—. ¿Crees que por ser Conde eres mejor que yo? ¿Mejor que alguien? Mira, tío... para ser noble se ha de demostrar nobleza... Y sí, coincido contigo en que no tengo ni puta idea de tu vida, ¡exactamente igual que tú de la mía!

Ardían sus pupilas inmensas. Yo no tenía el menor interés en escuchar su réplica, mis cabreos eran de mecha corta y explosión rápida, por lo tanto, conociéndome, giré sobre mis talones y salí del despacho.

Tampoco había más a añadir.

Coincidió con dos de las empleadas del hogar, se notaba a la legua que nos habían escuchado y parecían azoradas, como si las hubiera pillado infraganti, cuando por el volumen, no precisaron colocar la oreja en la puerta, seguro que Lucifer en el averno también se había enterado.

Me dirigí a la habitación de Isona pasando antes por la cocina y hacerme con el remedio casero que utilizaba mi madre para entablar conversaciones complicadas... ¡galletas de chocolate!

Toqué en la puerta de su dormitorio.

—Soy yo... ¿Puedo pasar?

—Sí, puedes. —¡Qué menos!

—Venía a darte un beso antes de marcharme. —O de escapar de las fauces del lobo feroz.

—¿Ya te vas? —Arrugó la frente sacando el labio inferior, formando dos comas con las comisuras, un mohín muy suyo.

De pequeñita, cuando no conseguía algo o se enfadaba con su hermano por un juguete, siempre hacía ese puchero... y caí en la cuenta de que no había pasado mucho de aquello.

—Aún puedo quedarme un ratito más. —Me senté en el suelo junto a ella —. ¿Merendaste?

—No.

—Tengo galletas de choco.

—Guay. —Tomó una para mordisquearla sin ganas.

—Me has dejado en bragas, Isona.

—Lo siento... Papá se ha vuelto a enfadar contigo, ¿verdad?

—Eso no importa. ¿Me lo vas a contar?

—¿Es imprescindible?

—No, tendrás tus motivos, además, el mal ya está hecho... Aunque, sabes que papá tiene sus razones para enfadarse.

—No, no las tiene... si él hubiera escuchado lo que dijeron de la yaya, no se hubiera disculpado con nadie.

—Entonces, ¿no crees que deberías de haberle llamado a él? —Bajó la cabeza—. Isona has de estar por encima de esas memeces, aprende a pasar de los comentarios de insustanciales. Por lo general es la envidia la que habla y si a ti no te afecta, irrita el doble al envidioso. Además, ¿vale la pena

enfadarte con papá por eso?

—A nadie le gusta oír mentiras sobre su familia. —Le sonreí reconfortada al incluirse en ella.

—Si sabes que no son ciertas, ¿qué más da? Y si tienes dudas, pregunta.

—Si no defiendo a los míos, ¿no es lo mismo a traicionarles? —No pude contener la risa... ¡Otra con actitudes medievales!

—Cielo, la verdad siempre emerge... sin embargo, la violencia solo engendra violencia y no soluciona el problema de base. Has de conseguir descargarte e indignarte en la intensidad adecuada... y valorar si compensa el esfuerzo de intentar convencer a otro de que existen diferentes puntos de vista.

—¿Tú te has peleado alguna vez?

—De niña pasaba los veranos en casa de los abuelos en Asturias, allí los niños andábamos siempre a la greña... pero eran otros tiempos y eran muchas horas correteando por el pueblo.

—Iní... ¿Y si papá cree que no soy buena persona?

—Te creía más inteligente. Tu padre está tremendamente orgulloso de ti.

—Es que... yo sé que mamá no hizo bien al mantenernos apartados de él... y yo, aún sabiendo eso, no puedo dejar de quererla...

—Mamá en su momento tomó la decisión que pensó más adecuada para protegeros... No sé si fue la acertada, no existen manuales para no equivocarse.

—Yo no deseo ofender a papá, por eso no he sacado las fotos que tenemos juntas... Enid, no quiero olvidarme de ella.

—Nacemos programados para amar a nuestra madre, nos calma su olor, su voz, su tacto, el latido de su corazón... Va inscrito en nuestro código genético y nos permite tenerla para siempre en la memoria... Habla con Pat, podrá darte más detalles.

—Se murió y aún me duele... debería de haberla dejado de querer solo por eso —afirmó enojada.

Era la primera vez que escuchaba a Isona expresar sus sentimientos. Debería de haber usado la técnica de las galletas antes, sin embargo, ¡ya estaba bien de dramatismos!

—Yo no dejaría de quererte aunque vomitaras dentro de mi único bolso Channel, y créeme, eso sería muy doloroso.

Sí, el comentario fue de una frivolidad insulsa, pero conseguí sacarle unas

carcajadas y acabó por tiráseme encima, propiciando que cayéramos de espalda.

Tras recuperarnos del momento divertido, todavía estiradas en el suelo, hice de tripas corazón para ponerme del lado del enemigo.

—Isona has de prometerme que jamás volverás a contestar a papá tan enfadada ni elevando el tono.

—Pero...

—Pero nada. Es tu padre y has de respetarle, él siempre hará aquello que crea mejor para vosotros.

—¿Y si se equivoca?

—Tomas aire, cuentas hasta diez o esperas a que estéis más calmados para comentárselo... pero sin gritos ¿No ves que estar disgustados os perjudica a los dos?

—Si no chilló... no me escuchan... ¡Nadie me escucha!

—¿Sabes qué sucede cuando la gente se grita enfadada? —negó—. Se olvidan de todo lo bueno que les une y con cada berrido se distancian más... Si discutís a voces, sin respetaros, llegará el día que os alejaréis tanto que no encontraréis el camino de regreso.

—Quiero a papa...

—Entonces, has de hablarle como los enamorados, al oído.

—¡Hala! —Las risas volvieron a ser las protagonistas.

—Tendrás deberes, ¿no?

—Ajá...

—Entonces me marchó, yo también he de terminar los míos.

—Iní... A ti también te quiero mucho.

—¡Bah! Bobadas...

Me besuqueó las mejillas mientras yo fingía no necesitar todos aquellos besos.

También tuve la sensación de ver pasar a alguien por delante de la habitación durante el alboroto, como una sombra fugaz, tampoco sería nada insólito, en aquella casa lo que sobraba era gente.

Con Isona más calmada, era el momento de marcharme. Ya en el vestíbulo me encontré de nuevo a Kail, quien me informó que Joel no había llegado aún y, nuera y suegra, no estaban en la mansión. Me reconfortó el no tener que despedirme de ellas.

Con paso ligero llegué a la cochera.

—¡Enid! —Por mucho que escudriñaba en mi pasado, nada hallé para merecer semejante castigo. Ni me giré—. ¡Enid!

Entré en el vehículo cerrando tan rápido que poco faltó para pillarme el pie. Él llegó al tiempo que arrancaba y golpeó la ventanilla.

—Sal, tenemos que hablar. —¡Claro hombre! Para recordarme lo ordinaria y chabacana que era... No estaba de humor para más reproches.

—No tengo nada más que decirte y no me apetece escucharte. Te apartas o te atropello.

Engrané la reversa y despreocupada maniobré para salir de la plaza y abandonar la propiedad.

Mi vida se estaba convirtiendo en una montaña rusa emocional, pasaba de la euforia sintiéndome en lo más alto de la cima a caer repentinamente al foso más profundo, donde justo me encontraba en aquel instante, confundida, triste, sola y perdida.

Aún con el cabreo en tránsito por mi organismo, llegué a casa.

—¿Dónde andabas? Te he llamado veinte veces.

—Lo siento, Pat. Dejé el teléfono en el coche, ni lo he mirado... He ejercido de bombero en casa de los Prescott.

—Tía... como no te expliques...

—Más de lo de siempre... paso de aburrirte y de recordarlo.

—¿Puedo aburrirte yo?

—Inténtalo.

—Me ha llamado Dietrich.

—Menuda noticia... ¿No es lo que viene haciendo desde hace dos meses?

—Esta vez ha sido diferente.

—¿Habéis superado la etapa del «cuelga tú»? —Entornó los ojos...

—Quiere que nuestra relación avance, que demos un paso más.

—Vaya...

—¡Enid!

—¡Ay, chica! No sé que decir.

—Pues... que lo ves arriesgado, ilógico, prematuro, inmaduro, insensato... sin futuro... ¡Como todas mis relaciones!

—¿Piensas eso de verdad?

—¡Enid, estoy enamorada, solo pienso en él!

—Jo, hija... pues has ido a escoger la mejor consejera sentimental.

—Escojo a la única persona que considero amiga de verdad. —Suspiré.

—¿Y qué te ha dicho él hasta llegar a lo del paso?

—Muchas cosas bonitas... que ya no somos niños, que nos complementamos bien en... Bueno, que tenemos mucho en común.

—¿Y tú sientes lo mismo o solo te dejas llevar?

—Jamás había experimentado esto por nadie.

—¿Y cuál es la propuesta?

—Quiere dejarlo todo por estar conmigo.

—¡Vaya! —Entrecerró los ojos... —Perdona, perdona... quise decir...
wow!

—Muy esclarecedor, Enid... aún espero que dejes de preguntar y contestes.

—Tal como me lo explicas es magnífico.

—Argumenta.

—Jolines... no te exige que le sigas, al contrario, prefiere sacrificar su zona de confort para que no abandones la tuya...

—¿Qué harías tú si Matthew determinara dejarlo todo por estar contigo? — Me mordí la carnosidad interna de la mejilla buscando una respuesta que no me comprometiera—. Enid, la verdad.

—Yo... —Solté el aire de un soplido melancólico—. A mí no tendría que insistirme, lo dejaría todo por él.

—Es todo tan convulso...

—No le des más vueltas, todo lo tienes a tu favor. Es un tipo íntegro que te valora y te admira... Pat, quien no arriesga no gana.

—Me agobia pensar que el hecho de renunciar a sus comodidades por estar conmigo pueda pasarnos factura en el futuro.

—¿Sabes lo que opino del futuro? —Encogió los hombros—. Que es una mierda.

—¿Enid?

—Sí, una enorme y apestosa mierda de tiranosaurio Rex... Una vez tomas conciencia de ti mismo todo se orienta para tener un futuro sencillo. Tus padres, insisten en la importancia de ser educada y cordial para poder comportarte acorde a las circunstancias exigidas en un futuro... Al crecer su máxima preocupación es tu formación para poder labrarte un futuro... Buscas tu primer empleo y sigues ampliando tus horizontes por si en el futuro la situación cambia...

—Tiene su lógica... ¿no?

—No, es una mierda... Nadie puede prever si todo ese esfuerzo vale la pena. Pat, si Dietrich está decidido... lanzaos y si no funciona, mala suerte.

—¿Y tú? ¿Por qué no hablas con Matthew?

—Aprecio mi vida y no deseo morir joven... Él me detesta. Según sus propias palabras, soy vulgar e insignificante.

—Qué difícil ha de resultarle esconder la verdad.

—¿Esconder? No se molesta en ocultar que le provocho repelús. —Sonrió condescendiente.

—Estás en lo cierto, el futuro es una mierda y tenerlo programado una mierda doble, y que lo encamines por una vereda llana y algo surja para revolucionarlo todo, es la mejor mierda que puede depararte el futuro.

—Vale... —No entendí nada—, tienes razón... aunque dejemos de hablar de mierda porque se me han pasado las ganas de comer chocolate.

La solemnidad de aquel instante filosófico de pacotilla quedó empañada con nuestras risas.

Cenamos en mi piso y en consenso, le concedimos a Dietrich alojarse con nosotras mientras encontraba un apartamento adecuado a sus necesidades. Pura hipótesis, Pat no iba permitir que se marchara de su casa una vez deshechas las maletas.

Por lo visto, él lo había meditado en profundidad, se instalaría en primavera, tras encontrar a alguien adecuado para sustituirle en Múnich y decidirse entre algunas propuestas laborales interesantes en Filadelfia. Lo único que medio le preocupaba, era no matar del impacto a sus padres. Nada iba a frenarle una vez tomada la determinación, Dietrich deseaba intentarlo y por mucho vértigo que Pat sintiera hacia lo irracional e inesperado, no iba a perder la oportunidad de compartir la vida con quien consideraba la mujer completa.

A ella le resultaba la situación demasiada anárquica e imprevista, estaba habituada a una vida sin sobresaltos, recogiendo lo que dejaba la marea, y él había entrado de repente como un tsunami, devastando su paz mental.

Era el momento de dejar que sucediera, no podía andar dubitativa por el mañana, a resultas solo era otro día más en un cómputo global desconocido que te arrastraba al arrepentimiento por todo lo dejado de hacer o lo nunca hecho.

¿Y para mí? ¿Habría algún remolino esperándome?

Mis expectativas comenzaban a descender de nivel, incluso podría apañarme con una ola con algo de cresta...

¿A quién pretendía engañar? A aquellas alturas era incapaz de conformarme con un sucedáneo de la sacudida orgánica que Matthew avivaba estando cerca, a pesar de ser vulgar e insignificante para él.

A lo mejor una vez casado, tras obtener los frutos por los que tanto había sacrificado, cuando entendiera que no deseaba un puesto numerario en su familia ni interponerme en sus funciones de padre, podría dejarme de considerar una amenaza y sería un poco más amable conmigo o me volvería transparente para sus ojos, que era mejor a insignificante.

Entonces, la llama que abrasaba mi interior se consumiría por dejarle hueco a otra nueva.

Supuse, a la par que descubría como en mi puzle perfecto las piezas ya no encajaban.

EL PUZLE



SE DESMORONA

Algo positivo de estudiar *on line*, era la posibilidad de realizar más horas semanales y avanzar los créditos teóricos. Por lo tanto, estaba a punto de concluir el máster.

La parte práctica la supervisaba el tutor encargado de renovar mi beca, y para ser franca no estaba dedicándole tiempo, le iba presentando la maqueta del museo algo descafeinada por no destacar demasiado.

Me sentía muy segura de mis habilidades para conseguir una construcción innovadora, vanguardista y sostenible, sin embargo, jugaba con desventaja por muchos motivos; no era alemana, no pertenecía a ningún prestigioso estudio de arquitectura, ni disponía de proyectos de obra finalizados que avalaran mis conocimientos. Me presentaba con la ilusión del novato, un *book* de ideas, mis calificaciones y la reconstrucción de una iglesia italiana que fue el modelo para defender mi tesis doctoral.

Asier era más optimista. Él se encargaba de ir entregando las fases según

las solicitaba el consistorio y me animaba adulando mi trabajo... Hasta dónde la amistad cegaba la objetividad, era un misterio.

Sería estupendo conseguirlo, me consideraba buena en mi oficio.

Aquella tarde mis pupilas estaban reseca de no pestañear delante del portátil concentrada en el programa de diseño, y gracias al timbre no se cristalizaron.

Grabé los últimos cambios antes de abandonar mi labor para descolgar el interfono.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Jared, salgo a abrir, que está pasado el pestillo.

—Okey.

¿Qué hacía en la puerta? Debía de recoger a Isona, le puse como excusa unas traducciones atrasadas cuando la realidad era evitar encontrarme con su hermano.

—¡No me lo puedo creer! ¿A qué se debe el honor? —Le di un beso a Isona, a Ruth y a Jared.

—Las chicas han de hablar contigo.

—¿He de preocuparme?

—Sí. —¿Para qué iba a suavizar Isona la situación?

—Entrad, aquí fuera hace frío. ¿Qué tal Ruth?

—Mal.

¡Menudo plan!

Miré a Jared y encogió los hombros.

Al no esperar visitas, en el salón no cabía más papel. Había planos y cálculos esparcidos entre los sofás, las mesas y cualquier superficie plana.

—*Wow!* ¡Qué lujo de imaginación, Enid! —Ruth asistía a clases de canto con Isona. Se entendían a las mil maravillas, supuse que equilibraban sus caracteres, una demasiado adulta para tener diez años y la otra algo infantil para tener dieciocho.

—Gracias. ¿Me explicáis qué sucede?

—¿Recuerdas que ensayábamos para concursar en el festival de talentos?

—¿Al que tú nos animaste a participar? —Isona en tono mordaz lanzó el apunte.

—Exacto, os animé... no os obligué. ¿Lo han desconvocado?

—No... —negó Ruth con pesar—. Me han detectado unos pólipos en la garganta y van a operarme esta semana... No podré cantar.

—Vaya, qué lástima... habíais ensayado muchísimo.

—Necesitamos tu ayuda —en el tono de Isona se mezclaba la súplica y la exigencia a partes iguales.

—¿Yo? Si aquí no conozco a nadie que... —Ambas me observaron con los ojos abiertos, brillantes... igual a un par de gatitos tiernos... ¡y caí!

—¡Tú! ¡Y tú! ¡Flipáis! —Jared comenzó a reír.

—Por favor... va, Iní... conoces la canción, los acordes... cantas muy bien... No queremos defraudar a la academia ni a nuestro profesor.

—No entendéis que yo no puedo concursar. Las bases eran claras: los participantes han de pertenecer a una escuela de música y danza, y no pueden superar los veinte años.

—Bueno... La idea de las chicas es... que te hagas pasar por Ruth.

—¿¿Qué?! ¡Estáis taradas! —Retorcí el cuello hacia Jared—. ¿Esto no será cosa tuya?

—No, solo las respaldo.

—¿Respaldo? ¡Vosotros queréis que me deporten!

—Es un certamen amateur... No te van a expulsar por eso, mujer. —Lo de Jared restando importancia al delito que debía cometer yo, era insultante.

—En vuestra escuela podréis encontrar alguien deseando hacer de sustituto de la vocalista.

—Pero el timbre de voz, la energía, el color, los agudos... ninguno alcanza las notas altas... No sonaría bien en otras voces.

—¡Ostras, Isona! Buscad otra canción... bajad las octavas... ¡No me metáis en vuestros líos!

—Quedan tres días... ¿Cómo nos va a dar tiempo?

—¿Y cómo voy a pasar por una muchacha de dieciocho años? ¡Y por Ruth! ¡Que nos parecemos lo mismo que un huevo a una castaña!

—Eso se puede arreglar.

—¡Oh, sí! Cantando con gafas, peluca... ¡y de espaldas!

—¡Por favor... Iní... por favor!

—Eso es un fraude... ¿no lo entendéis?

—¿Quién va a enterarse?

—En este momento lo sabemos cuatro, a Pat será inevitable ocultárselo...

—Tú solo saldrás a cantar, luego Ruth ocupará su lugar como si nada hubiera sucedido.

—¡Dios! ¡Qué mentes más dispuestas al engaño!

—Si te ven justo a la entrada y a la salida... las posibilidades de que nos enganchemos se reducen. —Aquella resolutiva dolosa me produjo más miedo que estupor.

—Jared... ¿seguro que no las has guiado?

—No..., solo he sido el chófer, me he enterado de rebote —se defendió elevando los brazos mostrándome las palmas. Yo continuaba teniendo mis dudas.

—Isona, de percatarse tu padre...

—De esa parte me ocupo yo.

—¡Sí, igual que siempre! ¡Desapareciendo! —De nuevo aquella mirada de ruego enternecedora—. ¡Que Dios nos coja confesados!

—¡Gracias! ¡Gracias! Mil millones de veces... ¡gracias!

Ambas se lanzaron encima besuqueándome felices de haber conseguido su objetivo, después comenzaron a saltar tomadas de la mano. Jared me empujó con el hombro.

—*Erues... increíble.*

—Soy idiota y blanda... las mismas cualidades del *slime*. —Entre risas, me besó en la mejilla—. Anda, avisa a tu hermano de que os quedáis a cenar y pedimos unas pizzas.

Y mirando al techo, imaginando ver el cielo, le pedí a mi madre que intercediera por nosotras ante algún santo pendiente de los timadores de festivales musicales, para que no notaran la trampa, y ante todos, Matthew.

Me veía incapaz de medir el tamaño de la bronca, ni listar todas las palabritas denigrantes que utilizaría para catalogar mi conducta y mi persona... y con toda la razón.

No iba a madurar en la vida.

¿Por qué accedía a todo cuánto me pedían?

Tenían a su tío, a su abuela, al séquito que pululaba en continuo por la mansión... y cómo obviarlo, a su padre y a la Condesa del Guisante.

No me imaginaba a Catherine tomando partido en semejante enredo, era demasiado estirada y digna para descender del pedestal donde ella sin ayuda se encaramaba cada mañana, como para mezclarse en el embrollo.

Aunque no era reprochable, lo normal hubiera sido comportarse con responsabilidad, no dejarse convencer por contentar a un par de niñas.

Lo que sí me enrabetaba era el escaso o nulo interés que demostraba por los mellizos a todos los efectos. En menos de un mes iba a convertirse en su tutora legal o madre en funciones, y no compartía con ellos el tiempo de un latido, además de no demostrarles afecto ni por descuido.

—¡Iní! —Con los agudos que se gastaba Isona podría cantar y tocar sin problemas.

—No me chilles. ¿Qué quieres?

—Has de estar más atenta... no entras nunca cuando toca. No sé cómo se nos ocurrió presentarnos a ese ridículo concurso.

—Yo también me lo pregunto... —farfullé.

—Nos liaste tú.

—¿Yo? ¡Menudo rostro!

—Dijiste que sería fácil.

—Te sugerí que teníais posibilidades de ganar sin demasiados esfuerzos, y al final soy yo la que ha de dar el cante —nunca mejor dicho—. ¿Cómo sigue Ruth?

—No le permiten hablar, pero está bien. Las cuerdas vocales no han quedado afectadas.

—Me alegro, tiene una voz preciosa... Ahora que pienso, tu hermano también lo hace de lujo.

—¡Y una mierda! —¡Olé la finura de la nobleza actual!

—Controla las expresiones... Va, volvamos desde el principio.

No podía dolerme más la garganta. No llegaría a la audición con voz. Yo no sabía cantar, entonaba y sostenía las notas altas por mi propio timbre, pero nadie me había enseñado a no desgarrarme las cuerdas vocales por sobre carga del nervio laríngeo.

Ensayamos tantas veces la cancioncita que comenzó a antojárseme melancólica en exceso, hasta aburrida... en cambio, deseaba que saliera bien por contribuir a que Isona confiara en sus virtudes en detrimento de sus supuestos defectos.

—Hasta aquí, nena. Te aseguro que de seguir desgañitándome, al sábado no llego.

—¿Vendrás mañana? —No, los jueves iba a clases de danza en la nueva academia y llegaba más tarde, me encontraría a toda la familia.

—No puedo, he de enviar traducciones, estudiar y revisar los planos del museo...

—Vale... vale... No sé por qué insistes en darme tantas excusas para no venir a casa.

—¡*Ep!* ¡Mocosa! Yo también tengo obligaciones. ¡Ni que pudiera convertir el trigo en oro para pagar el alquiler!

—No me expliques tu vida.

—De veras, Isona, si te lo propones eres capaz de sobredimensionar el calificativo de estúpida.

—Me voy a la ducha... ¿Esperarás al tito?

—No, marcho ya. El viernes os recojo en el cole y venimos a ensayar.

—Enid... ¿Te vas a España al final?

—Sí, tengo muchas ganas de verlos a todos.

—Volverás, ¿verdad?

—En principio, sí. Me han ofrecido empleo en un estudio de arquitectura a través de la universidad.

—Enid... eso es ¡guay!

—Es un secreto, por ahora prefiero que no se entere tu hermano.

—Seré una tumba.

—Con que no lo cuentes, basta.

—Por eso quieres ir a casa antes de empezar a trabajar.

—Sí —solo era una afirmación convenida, me largaba para no asistir a la boda de los condes.

—Sabiendo que volverás, no me importa que te vayas.

—Eres una súper petarda.

Se levantó del banco del piano, cerró con cuidado la tapa del teclado y yo salí a la terraza con un vaso de agua. La sentí acercarse dando saltitos, pero no

previne que iba a colgarse de mi espalda. El movimiento hizo que el agua se derramara.

—¡Isona! ¡Tía! ¡Mira la que has organizado! —aunque de poco servía regañarla riendo.

—Te quiero, Iní... Eres la mejor del mundo mundial.

—Anda, ve a la ducha... recojo esto y bajo a despedirme de Maud.

Sabía que mi tiempo en la mansión Prescott se agotaba, iba a echar de menos el contacto habitual con los niños.

¿Extrañaría a alguien más?

Pregunta absurda, sabía la respuesta de antemano y me odiaba por eso, no se merecía ocupar tanto espacio dentro de mi cabeza... ¡de mi ser!

Era el secreto más doloroso que jamás había guardado.

¡Oh, no! ¡Oh, no! ¡Oh, no! Y mil millones de veces... ¡Oh, no!

¿Qué hacían en casa?

¡Sí, era el día de cuestionarme disparates! ¡Era su casa! La intrusa era yo.

Por suerte no me habían visto. En el instante que cruzaron hacia el hall, yo secaba el agua del suelo... Otra idea de lo más inmadura atravesó mi mente, sin embargo, no le daría la oportunidad de restregarme la insensatez, por mucho que me apeteciera mojarle el traje con el resto del agua del vaso.

También debía de evitar las réplicas... Conocía de primera mano qué pensaba de mí, y nada de eso era cierto, por lo tanto, era tan sencillo como escuchar y callar.

—Hola, Enid.

—¡Jesús! ¡Qué susto! —Cualquier día me dejaba estaqueada en el sitio—.
Hola, Matthew.

—No esperaba encontrarte en casa. —Y en mi ilusión enamorada hasta tuve la sensación de verle contento. De ser aquella percepción cierta, indiscutiblemente de coincidir conmigo, no.

—Yo tampoco. —¡Maldita incontinencia verbal! ¿No había decidido ser comedida hacía diez segundos?

—¿Me evitas? —Arrugó el ceño confuso.

—Sí. —De perdidos al río, no me apetecía andar buscando justificaciones y disculpas.

—¿Tanto te intimido? —preguntó riendo.

—No, eludo tu tiranía. —Y las carcajadas resonaron en el estudio—. Te

veo risueño.

—No lo estaba, pero mira, esas salidas de tono tuyas tan delirantes, son únicas para mejorar el ánimo.

—En fin... me marchó.

Me desinflé... y por no perderme en la laguna sin fondo de su mirada o en sus labios jugosos con sonrisa canalla, o en su rostro sexi de chico duro sin afeitar, no alcé la vista. El tipo estaba de buen humor, soltarle alguna impertinencia con tal de romper su embrujo era feo.

—Enid, disculpa si te he molestado, no lo pretendía. —De todo lo que esperaba oír, aquello no había pasado por mi cabeza ni en deje irónico.

—No importa. —¡Y tanto que sí! Si ofendiéndome ya me recalentaba, cordial ¡me deshacía!

—No te vayas. —Sin duda, Matthew debía de estar bajo los efectos de algún opiáceo o habían acertado con la dosis de litio—. Cena con nosotros.

—Te agradezco la invitación, pero prefiero hacerlo en mi casa. —Tocaba sopa de sobre con tostadas y queso de untar, un menú tan apetecible como masticar yeso.

—No me gusta insistir, ya lo sabes.

—No lo hagas, no voy a quedarme.

Su expresión corporal se envaró, que le llevaran la contraria, creyéndose siempre dueño de la razón categórica, le enervaba. No era fácil saber qué ocupaba su pensar, sin embargo, su orgullo no iba a permitirle repetir el ofrecimiento, y en el fondo, lo agradecí.

—Como gustes. Enid... —pronunciaba mi nombre y se me revolucionaban las mariposas. ¿Quién podía cenar teniendo el estómago lleno de bichos equivocados?—, estuve meditando sobre aquello que me escupiste sin reparos la última vez que nos vimos... y aunque no comparto las formas, he de darte la razón.

Le observé intentando encontrar el truco, al no hallar una muestra de mordacidad ni segundas lecturas, tomé aire para contestar con prudencia.

—Matthew tienes unos hijos maravillosos, inteligentes y con una madurez impropia para su edad... tampoco te descubro nada nuevo...

—No puedo sentirme más orgulloso de ellos. —Aquel Matthew calmo y espontáneo, aún se enredaba más en mis tripas, aún debía de esforzarme más por no tomarle abruptamente de la pechera y besarle como si no hubiera

mañana—. ¿Pero?

—Os centráis en exceso en Isona por no ser tan comunicativa, tender al pesimismo restando mérito a sus logros... ¿Crees que eso es preocupante?

—No lo sé Enid, tú misma lo dijiste, no tengo ni idea.

—Ahora es una niña buscando un entorno que apoye su esfuerzo, ella necesita la seguridad de su familia, mas no esperes disuadirla con argumentos fáciles, es inconformista y un «no» solo provoca su rebeldía.

—Hay que darle motivos, no órdenes... —Afirmé con un medido movimiento de cabeza.

—Sin embargo, Joel es lo opuesto, es confiado en exceso, no evalúa los riesgos. Si alguien puede caminar sobre un tendedero entre balcones, él lo hará con una venda en los ojos por ser más temerario.

—¿Qué me aconsejas? —Estaba muerta de la sorpresa, disimulaba haciéndome la viva, respirando por hábito.

—¿Estás pidiéndome opinión? —Fue imposible enmascarar mi desconcierto ante aquel Matthew, y a pesar de que su expresión corporal era relajada, tampoco descarté un repentino e inclemente cambio de actitud—. ¿A mí?

—¿A quién mejor? Los adoras.

—Por mucho que me cueste admitirlo, Joel ve en ti un ejemplo de todo lo que desea en un futuro. Por suerte para él, eres su padre y si estás cerca, atento... corrigiéndole cuando sea oportuno, incluso con rigidez, se adaptará a las normas...

Me observaba con una intensidad arrebatadora.

Debía de pensar en algo con lo que contrarrestar aquel efecto seductor tan agudo o acabaría tirándome encima.

«Eres vulgar e insignificante».

«Eres vulgar e insignificante».

Me repetía a modo de mantra por romper el hechizo de su mirada.

—Enid, por favor... cena con nosotros —la letanía íntima era ineficaz cuando me hablaba en tono sumiso.

—Gracias, Matthew... sabes que aquí no me siento cómoda.

—Lograré que cambies de parecer.

Dio un paso, un paso que nos dejó a ambos a no más de medio metro. Si se acercaba más, podían suceder dos cosas: una violación o un desmayo.

¡Ve tú a saber por cuál me decidía! Mi corazón bombeaba a un ritmo frenético, cualquier posibilidad era factible... Y por atemperarme reproducía la retahíla en bucle:

«*Eres vulgar e insignificante*».

«*Eres vulgar e insignificante*».

Cauteloso, alzó una de las manos para retirar un mechón de mi cabello que cubría uno de mis ojos, colocándolo tras de la oreja y con los nudillos acarició mi pómulo.

—Así mejor —susurró sensual.

¡Oh, qué malo! ¡Y qué mala me estaba poniendo!

—¡Iní! —Nunca el berrido de Joel fue tan oportuno.

—¡Jolines! Esto parece la casa del terror. —Esa faceta interpretativa no la había descubierto en mí, pero, no se me daba mal del todo—. ¿Qué sucede? Te pasas el día vociferando.

—Hola, papá. —Extrañado, intercambiaba la dirección de la mirada entre nosotros, pero pronto perdió el interés sobre lo que interpretaba de la situación.

—¿Qué tal hijo?

—Enid, Isona me ha dicho que te marchas un mes, ¿por qué he de enterarme por ella? —Matthew arrugó la frente, casi llegando a unir las cejas.

—Básicamente, porque no hay quien te encuentre en casa.

—¿Te vas de nuevo?— preguntaba Matthew receloso.

—¿No ibas a quedarte más tiempo? —insistía Joel con terquedad de párvulo.

—Vine para tres meses... hace ocho. He de arreglar asuntos burocráticos.

—Con el tema de los visados puedo ayudarte.

Ahí seguía, observándome sin pestañear. Yo no quería que me mirara más, era vulgar e insignificante... y no podía ayudarme, porque en realidad, huía de él.

—También es una excusa para volver a ver a mis padres y a mi hermana... darle una vuelta a mi apartamento...

—Iní... por fa...

—Joel, seguiremos en contacto. Además, aún faltan días. ¿Es imprescindible comenzar ya con el drama de las despedidas?

—Pues... papá, ya podemos buscar la manera de convencerla.

—Veremos qué se nos ocurre.

Rodeó a Joel por los hombros y se alejaron del balcón cruzando el estudio. Una estampa por la que meses atrás no hubiera apostado un dólar.

En lugar de seguirles, aproveché ese momento para escapar por la escalera de la terraza. Todos estaban en el salón dispuestos para el servicio de la cena.

Por no ser maleducada con la abuela y los niños, decidí despedirme desde la puerta del jardín, sin llegar a entrar. Aún no estaban sentados a la mesa, esperaban charlando en dos grupos, Matthew con los chicos y la abuela con la nuera.

—Buenas tardes.

—¿No cenas con nosotros? —Catherine se esforzó en mostrar una amabilidad falsa y tirante, innecesaria... No nos tragábamos.

—He quedado. —Matthew apretó los labios.

—Querida, ¿vendrás mañana?

—No, Eleanor. Tengo un día muy ajetreado. —Isona estaba en lo cierto, no paraba de dar explicaciones—. Marcho, se me hace tarde.

—Enid, ¿te acerco al apartamento? La carretera es peligrosa con el deshielo.

La condesita atravesó con la mirada a su prometido, si en lugar de sensaciones lanzara un arpón, habría enviudado antes de casarse.

Aunque, el ofrecimiento nos dejó perplejos a todos. Él conducía en muy contadas ocasiones, hubiera sido más propio y menos sorprendente que el gesto lo mostrara a través del chófer, y con formas autoritarias.

Aquel giro fue aturdidor, y si todavía el pulso andaba alocado con el ínfimo contacto de hacía unos minutos, la posibilidad de ir juntos en un habitáculo cerrado respirando el mismo aire, me tenía casi jadeando.

—No es necesario, además, mañana necesitare el trasto —más justificaciones—. Buenas noches, disfruten de la cena.

—Te acompaño a la cochera.

—Como prefieras.

Caminamos en silencio hasta desaparecer de la visión del resto de la familia.

—¿Por qué estacionas en la zona de servicio?

—Por comodidad.

—Para llegar hasta aquí has de rodear toda la propiedad. ¿Por qué me

mientes?

—¿Por qué preguntas si ya conoces la respuesta? —De nuevo aquella sonrisa sexi.

—Adoro escucharte hablar.

—¿Perdona? —Y no pude contener la risa.

—También me encanta tu risa.

Me detuve en seco... ahí había gato encerrado, y no iba a quedarme con la duda o reventaría de camino a casa.

—Matthew, no es que prefiera ser tratada como a un trapo usado y viejo, pero tu súbito cambio de actitud conmigo me confunde.

—Estoy cansado, Enid.

—Vaya...

—Escuché tu conversación con Isona.

—Para la próxima, únete... es más elegante.

—No hubieras hablado tanto.

Pulsé el mando a distancia y saltaron los seguros de las puertas. Él, se adelantó tirando de la maneta para abrir.

—Enid, no aparques más en la zona de servicio.

—¿Por?

—Quiero saber cuándo estás en casa.

—Tú mandas.

—¿Asistirás a la audición de Isona y Ruth? —Sudé en frío... ¡Qué poco iban a durar las buenas maneras!

—Sí, no me la perdería por nada del mundo.

—Esta vez, siéntate con la familia, por favor.

—Pat me acompañará.

—No es problema.

—Vale, entonces hasta el sábado.

—Enid... —Su voz se enredaba en mi interior...

—Dime.

—Voy a hacer todo lo posible para evitar que progrese tu relación con mi hermano. —Hasta ahí la cordialidad.

—Matthew, habla con Jared.

—¿Para evitar una úlcera? —ironizó riendo.

—Y un gasto energético vano.

Giré la llave en el *clausor* y él encajó la puerta en el marco. Introdujo las manos en los bolsillos de sus pantalones de sastre.

Era doloroso tenerle a tan poca distancia y solo obtener un grado de desprecio educado, cuando en mi interior la atracción que ejercía rasguñaba el hueso, y tanto retenerla solo servía para alimentar el deseo, potenciar ese maldito anhelo infantil de querer lo ajeno, esa insalubre necesidad de acariciarle... la odiosa ansiedad de experimentar qué se sentía ante lo prohibido...

¿Cómo iba a deshacerme de todo aquello sin ver mi equilibrio mental comprometido?

Y si por una divina casualidad lo conseguía, ¿volvería a experimentar lo mismo por otro hombre?

Y de volver a vivir algo tan intenso, ¿me tocaría el premio de ser correspondida?

Más de una hora llevaba frente al espejo.

Se iba a notar... ¡No podía pasar por una muchacha de diez años menos!

¿Cómo pude dejarme enredar?

Si nos enganchaban haciendo trampas, el bochorno sería peor que oír a Ruth cantando en playback.

—Enid, ¿puedo pasar? —Escuché a Pat desde el salón.

—Estoy en el baño.

—¿Aún andas así? Jared va a pasar a recogernos en media hora.

—Mira... —Le mostré las manos—, ¡cómo para ir a robar panderetas!
¡Estoy como una cabra!

—A ratos... pero esto te ennoblece.

—Como descubran el pastel me sacarán de la ciudad a patadas.

—¿Por qué asumes que han de enterarse?

—Ruth y yo somos la escenificación de la antítesis...

—Sois morenas, de ojos azules y tez clara... eso son los rasgos que siempre quedan. Aníñate un poquito.

—¿Cabello suelto o recogido?

—Una cola de caballo es más infantil. —Contempló la fotografía de Ruth apoyada en el espejo... y suspiró—. Es que eres demasiado...

—¿Qué?

—Perfecta, tía... Si dejas el cabello suelto llamas la atención y si lo recoges los ojos parecen dos faros...

—No me ayudas.

—Probemos una cosa.

Me peinó todo el cabello en una coleta alta y la sujetó de manera informal y despeinada con unas cuantas horquillas.

Fue sacando mechones por la parte frontal y los onduló a modo de cordón de teléfono. Como broche final, me maquilló en tonos rosados los párpados.

—¿Qué tal?

—No me parezco a Ruth.

—Tampoco a ti. Ponte una camisa no muy ajustada, un tejano y eliminaremos esos diez años que te sobran.

—No tenemos opción.

—No, no hay más.

—Voy a vestirme. Jared debe de estar a punto de llegar.

—Yo le atiendo, pero vuela.

Debía de haber sido categórica en la determinación de no sumarme al fraude. Mi conciencia estaba dividida entre la sensatez y el desatino. Podía haberles instado a abandonar. Existirían otras oportunidades, el talento no se evapora...

Debí desmarcarme, como cualquier adulto ante los problemas de un niño.

Pero no, opté por la alternativa más absurda... por eso recurrían a mí, era tan criatura como ellas.

Sin embargo, ya no había lugar para el arrepentimiento, solo quedaba cruzar los dedos y rezar.

Al salir, Jared me observó sonriendo.

—Puedes reírte, no me enfadaré.

—*Estuás presiosa... aunque parescou you hermanou.*

—De eso se trata, ves Enid... aún saldrá bien y todo.

Pat, como científica podía ser un portento, animando, penosa.

De camino sudaba en frío, estaba muerta de miedo y para nada convencida de lo que iba a hacer. ¡Aún los nervios me dejarían muda!

Al llegar al auditorio, antes de bajar del vehículo tomé una gran bocanada de aire.

—*Todou saldruá bien*

—¿Cómo lo sabes?

—¡Vale, Enid! Es un concurso para padres y hermanos... ¡No estáis compitiendo para X Factor!

—Ya está... no me quejo más.

Entramos por la parte de atrás del teatro mostrando mi falsa acreditación y nos dirigimos hacia la zona donde aguardaban el resto de los grupos. Para mi desgracia, Matthew aún estaba allí alentando a Isona.

—¿Qué hacéis aquí? —¿Si yo te contara!

—Venimos a desearle suerte a Isona. —Jared le hizo un guiño cómplice.

—¿Y os han dejado pasar?

—Conozco al portero —la capacidad de Jared inventando excusas superaba la mía con creces, y en aquel instante, más... El pánico atenazaba mi capacidad de reacción.

—Buenas noches, señorita Salas...

Catherine se hizo la desentendida y yo debía de ser traslúcida.

Matthew y Pat se estrecharon las manos mientras la Condesa del Guisante me radiografiaba. Había fantaseado con la esperanza de que con el total desapego demostrado hacia los niños, se excusaría con un oportuno dolor de cabeza como había hecho en un par de exhibiciones de violín y danza, pero como jamás ocurría nada según mis deseos, no solo se presentó, sino que debía de soportarla entre bambalinas.

—Enid, te encuentro demasiado callada. —El tono, las formas y su mirada eran desaprobatorias. La tregua con Matthew tenía las horas contadas.

—No tengo nada que decir.

—¿Piensas sentarte junto a la familia con esa... pinta? —si Catherine ya solía hablarme con desprecio, aquel día fue con asco, y estaba harta de sus retintines.

—Catherine, en lo sucesivo, evita dirigirte a mí. Puedo vivir sin escuchar tus estulticias.

—Isona, cielo... ¿me enseñas el teatro? —Pat, siempre alerta, entendió mi expresión corporal y sacó a la niña de en medio.

—Cathy, no es asunto nuestro su estilismo —me sorprendió la indulgencia de su futuro esposo defendiéndome—. Aunque, Enid, comprende que algo inapropiado sí es.

—¿Eso quién lo decide, Matt? ¿Tú? —Jared sacó pecho apuntándole con el índice.

—Jared, por favor... no necesito que me defiendas. —Me encaré a él—. No os preocupéis, no me sentaría con vosotros ni pagándome por ello.

—Mi hija copia tu conducta, y tu soberbia no es un modelo correcto de comportamiento.

¿Yo, soberbia? ¿Hablarle en los mismos términos era altivez?

¿Cómo podía ser tan estúpida? Él me detestaba por no dar la talla en su arquetipo de mujer, y a mí me acomplexaba no estar a la altura de sus expectativas. ¡Se acabó!

—Estoy tan saturada de escucharte insinuar lo poco edificante que es mi conducta para tus hijos, que ni voy a quitarte la razón. Yo no he de demostrar nada, te saco diez años de ventaja, así que no me hagas ser grosera y decirte por dónde puedes meterte tus reproches.

Y sin esperar la réplica, giré sobre mis pies, esquivando a la gente, con la única idea de esconderme con tal de recuperar la compostura.

Una vez me sentí más dispuesta, reaparecí buscando a Pat e Isona.

—¿Estás muy nerviosa? —Isona me observaba preocupada.

—No, me ha relajado bastante la charla con tu padre.

—Salimos las últimas. —¿Cómo íbamos a tener la fortuna de cara? Aunque, la verdadera suerte sería que no nos descubrieran.

—Chicas, me marchó... ¡Mucha mierda!

Pat nos besó y abrazó con fuerza.

Comencé a calentar la voz tal como Isona me había enseñado. Ella repasaba la partitura tocando en un piano imaginario.

El resto de los participantes empezaron a desfilar mostrando sus aptitudes sobre el escenario. Todos habían coreografiado su tema, las chicas en un inicio también, pero a mí el fuelle no me daba para bailar y cantar.

Cuando escuchamos nuestros nombres —el mío no, por descontado, yo era una suplantadora de identidad—, el estómago se convulsionó casi al punto del vómito. Las piernas temblaban de rodillas a pies y mis manos se podrían confundir con agitadoras de residuos en una tolva.

Isona se sentó al piano, yo me coloqué con toda la idea en un segundo plano ocupando un espacio del mismo banco semioculta tras su cuerpo por tratar de ser invisible para el público, aunque la luz era tan intensa sobre nosotras, que no nos permitía tomar conciencia de los asistentes.

Tras un par de respiraciones en profundidad, comenzó un suave solo de piano. Segundos después me uní en el tono roto y algo ronco previsto para la canción, que argumentaba el malestar de una joven que incapaz de encontrar salida a su desgracia personal, veía en la bebida y las drogas, la única alternativa. En cambio, era una oda a la esperanza, porque deseaba ser feliz y vivir apasionada en otras inquietudes... y era ahí, expresando su necesidad de recuperar su yo, cuando elevaba los agudos a lo máximo que mi garganta admitía sin desentonar, con tal de que, aquella súplica alcanzase el alma de alguien idóneo para velar por ella y ayudarla a reconducir su camino...

El auditorio se alzó en un aplauso espontáneo.

Retomé el tono del inicio para la segunda parte del tema hasta el estribillo y finalizar repitiendo las últimas frases en tono desgarrado, con la idea de que el piano acallara todo su pesar.

Nadie asociaría a la compositora con una niña de diez años, nadie diría que era ella la creadora de un tema tan bello, tan intenso y tan armónico, nadie que no conociera todo lo que llevaba superado en tan corto periodo vivido.

Al dejar de sonar la última nota, cruzamos las miradas y nos abrazamos con un afecto especial.

Tras despegar los glúteos de la banqueta y evitando la primera línea, saludamos apremiadas por nuestro miedo a ser descubiertas, y con las mismas prisas regresamos al espacio donde habíamos estado afinando. Para nada esperábamos la ovación del resto de los concursantes, y me sentí mezquina... una estafa. Bajé la cabeza fingiendo timidez para que las greñas taparan mi cara.

—Isona, voy a salir para intercambiar los pases con Ruth.

—¿Y si ganamos?

—Pat le envió una foto para que se vistiera y peinara como yo. Salís a recoger el premio como si tal cosa... ¿Ruth es religiosa?

—Protestante... así... así...

—Pues que rece para que nadie sospeche...

—¿No nos vamos a ver hasta el miércoles?

—Te llamaré... Pat y el tito me pondrán al día.

—Creo que papá nos ha pillado. —Se mordió el labio más preocupada por mí que por ella.

—Era lo esperado... Ya hablaré con él... otro día.

—Te quiero mucho, Enid... ha sido genial.

—Tú eres un genio. Nos vemos, enana.

Entré en los aseos, era el momento de volver a recuperar mi edad, me deshice el recogido y los tirabuzones como pude. Introduje la camisa por dentro del tejano y fui directa a la salida.

Iba sin chaqueta, con los malditos nervios la descuidé en el baño y hacía un frío que pelaba.

Ruth esperaba en un callejón lindante con el *noviete* de turno. Parecíamos aprendices de delincuentes.

A mí me castañeteaban los dientes en una mezcla de pánico y helor, que me tenían abrazada a mí misma. Me sorprendió que ella solo llevar una chaquetita primaveral.

—¡Ostras Ruth! ¿No tienes frío? —no pude evitar preguntarle—. Hola

Brian.

—Byron... —Rio aún ronca.

—Disculpa, Byron.

—No importa.

—Ten el pase. Isona te espera en el *back stage*. —Ni frotando los brazos conseguía obtener calor—. Los adolescentes tenéis la temperatura alterada, no comprendo cómo no tiritas.

Ambos rieron mientras le entregaba la acreditación.

—¿Cómo ha ido?

—Por ahora, bien. Isona comienza a estar intranquila.

—Pues entro y nos repartimos los nervios.

Los abracé deseándoles suerte y cuando la puerta se cerró salí al callejón en penumbras.

Era una zona algo deprimida y nada transitada, que contrarrestaba con la entrada principal al teatro, una de las más importantes de la ciudad.

Por allí nadie pasaría ni para sacar el chucho a mear... y yo, en lugar de tener miedo me sentía sola.

A mi puzle le faltaban tantísimas piezas que temí se desmoronara por completo...

—¡Enid!

—¡Joder, qué susto!

Tan inmersa estaba en mis meditaciones que ni me percaté de la limusina que circulaba paralelo a mí.

—¡Sube al coche! —en su línea educada.

—No. —Para nada me apetecía recibir el sermoncito sobre irresponsabilidades y ejemplos dignos.

—¡Que subas al puto coche!

—¡Que te vayas a la puta mierda!

Aceleró chirriando las ruedas y en aquel arranque de ira, derraparon sobre un montículo medio deshecho de nieve sucia, empapándome de arriba abajo.

—¡Serás gilipollas!

Sin meditar las consecuencias, cogí una botella que había en la acera y la lancé.

Prometo que no tiré a dar, en cambio acerté de pleno en el maletero del

flamante Mercedes.

¡Por si no había cometido suficientes delitos en un día, añadiríamos vandalismo!

Se encendieron las luces de marcha atrás y comencé a correr calle abajo. Él me odiaba, era poderoso y yo había visto muchas películas.

Como era evidente, me adelantó cortándome el paso. Giré con la idea de correr en el sentido opuesto, pero abrió la puerta saliendo catapultado, y me atrapó sin esfuerzo tomándome de la cintura. Me volteó con brío entre sus brazos incrustándome a la pared del edificio... apresándome con su cuerpo.

Percibía el vigor de su mirada instalándose en lo más recóndito e impuro de mi interior.

Era un pajarillo entre las manos de un cazador, mi corazón latía con la misma velocidad que batía las alas un colibrí.

Ambos respirábamos con dificultad, yo sabía mis motivos, supuse que él de pura cólera. Entonces, con las mismas sujetó mi cara con ambas manos y me besó.

Forcejeé, no quería que sucediera... ¡Joder! Sí quería, pero ¿qué iba a pasar conmigo después?

¡A la mierda el después!

Y le permití que me besara con toda la pasión de su ira.

Nos despegamos de la pared, no de los labios, y entre trompicones, me condujo hasta el coche. Abrió la puerta de las plazas traseras y a empujones entramos.

Aquello no podía estar sucediendo.

Tantos meses de abstinencia, tantas noches soñándole y retomaría los pecados de la carne en los asientos de piel de una limusina en medio de la vía pública... ¡Para nada era apropiado! No obstante, dejaría que hiciera conmigo lo que le placiera, ni era capaz de retenerle ni de retenerme.

Sus manos desabotonaron mi camisa con habilidad... sin apartarse de mi boca, besándome con un arrebató pasional que jamás había experimentado con nadie.

A tirones, bajó mi pantalón hasta las rodillas y yo me apresuré en desabrocharle el cinturón al suyo. No necesitamos más estímulos que nuestra ansiedad. Anhelaba lo que iba a suceder y notar su ímpetu desencadenó una excitación desconocida y en extremo placentera.

Podría valorar el conjunto de estímulos como el desencadenante de tal estado de desenfreno, comenzando con la brusquedad de los besos que inflamaron mis labios, o cuando adheridos a la pared percibí su erección sobre mi vientre o la morbosidad del lugar, o a la rudeza con la que sacudía mi intimidad cada vez que la poseía... No lo sé, pero conseguí alcanzar el clímax sin más ayuda, sin más dedicación que su cuerpo sobre el mío. Su invasión se prolongó hasta alcanzar el suyo, que seguro no fue nada ni tan espectacular ni especial como para mí.

Sin embargo, ya desahogados, seguía ahí, aprisionándome con su peso.

Me observó aún con la respiración agitada, e intenté hallar en su mirada culpa, rabia... y solo encontré ternura. Era eso o el polvo me había dejado los sentidos obnubilados y veía lo que en realidad deseaba.

Sin más, volvió a besarme.

—Me desquicias —afirmaba acariciando mi mejilla con el dorso de los dedos.

—Ya... Va, levanta. —Uno de los dos debía colocar los pies sobre el suelo.

—¿Qué sucede ahora?

—Estamos en medio de la calle, nos podrían detener por escándalo público.

—No creo que te preocupe demasiado cometer un delito tan insignificante teniendo en cuenta el espectáculo de esta noche.

—Han sido causas de fuerza mayor.

—Me imagino.

—Te multarán.

—A las limusinas no las multan.

—Levanta.

—¿Qué coño te pasa?

—Que estoy chorreando de agua sucia y otros... fluidos...

—Es sexo... ¿qué hay de malo en eso?

Y caí de la nube.

Mira que era obvio, él necesitaba echar un clavo y no le puse el menor impedimento. Mi cerebro comenzó a sugerirme varias definiciones con respecto a mi comportamiento, ninguna grata.

—¡Levántate, joder!

Se arrodilló para acomodarse las prendas mientras yo hacía lo propio con las mías, abotonándome la camisa sin comprobar que coincidieran los ojales. Él continuaba mirándome, sexi, con aquella sonrisa de triunfador que tan bien le caía y tanto daño ocasionaba.

—Te llevo a casa.

—No.

—No era una propuesta, ni tan siquiera te lo estaba preguntando.

—Me toca un pie lo que propongas o no preguntes, no pienso ir contigo a ninguna parte.

Tiró de mis piernas colocándose encima de nuevo, yo, por defenderme de mi debilidad puse mis manos en su pecho, empujándole, mas no conseguí separarlo un milímetro. Tomó mis muñecas y con ellas sujetas, se lanzó a mi boca. Quise resistirme por evitar lo inevitable pero mi voluntad debía de estar fuera de línea.

Otra vez el frenesí se apoderó de los dos y cuando estuvo seguro de que no lo apartaría, liberó mis manos que reptaron hasta su nuca para enredarse en su cabello. Con aquella caricia dejó escapar un suspiro dentro de mi boca. Prolongamos el beso hasta quedarnos sin aliento, hasta necesitar volver al inicio de nuestro sinsentido... debía de ponerle fin de una u otra manera.

Me retiré de sus labios sin brusquedad.

—Matthew, por favor...

—Sabía que te sentías atraída por mí.

—Solo es sexo. Ni me debes nada ni te debo nada.

—Te llevo a casa, tenemos que hablar de esto.

—¿De esto? —¡Claro! Debía de garantizar de mi silencio—. No sufras, para mí tampoco a sucedido... esto.

—Ha sucedido, no me preocupa y vamos a hablar.

—Levanta.

Y, para mi sorpresa, obedeció sin rechistar.

Me dispuse a salir del vehículo y ¡otra vez! sujetó mi muñeca tirando de ella para besarme una vez más... ¡Y cómo besaba! Era una mezcla de todo lo bueno haciendo algo muy malo.

—Es mejor de lo que imaginaba.

Arrugué la frente atónita con lo que sobrentendí, ¿había estado fantaseando con besarme?

¡Imposible!

Esto debía de ser la fórmula drástica y retorcida ideada con tal de que la vergüenza me impidiera volver a la mansión... ¡Mierda! ¡Eso era!

Quería escapar de mi propia ingenuidad al creer que él podía sentir atracción o deseo... pero si me entestaba negándome a que me acompañara, no iba a conseguir salir de aquel bucle.

—Nos vamos.

Vaciló un instante, intuyendo mi objetivo real, sin embargo, abrió la puerta y salió. Yo me lo tomé con algo más de calma, fingiendo atusarme el cabello y planchando la camisa. Cuando montó en el asiento del conductor bajé dejando la puerta abierta y corriendo en sentido opuesto al que estaba el vehículo.

No le daría tiempo atraparme, no le merecía la pena el esfuerzo.

Sin saber muy bien hacia dónde me llevaba la carrera, me introduje en un callejón que conducía a la avenida principal.

Entonces, los planetas se alinearon concediéndome un respiro al detenerse un taxi de donde se apeó una pareja.

Me colé con tantas prisas que poco faltó para apartarles a empujones.

La taxista, volviéndose, me frunció el ceño, yo sin más le di la dirección mientras me acurrucaba en el asiento, arrojándome con mis propios brazos. Me sentía sucia, tanto en el sentido literal como en el figurado.

—¿Tiene frío? —Me observaba de tanto en tanto a través del retrovisor.

—Sí, me he descuidado el abrigo.

—¿Se ha resbalado? ¿Quiere que pasemos por un centro médico? —Por el psiquiátrico, en concreto.

—Un coche ha derrapado en un charco al pasar por mi lado.

—¿Y no se ha detenido? —Sí, para mi desgracia.

—No debió darse cuenta, iba deprisa.

—¡Menudo sinvergüenza! Se ha perdido la educación y las buenas costumbres.

—Sí, está en lo cierto —le seguía la corriente por mantener la mentira y evitar pensar en lo sucedido, o acabaría llorando compadecida de mí misma.

—Subiré la calefacción, así se le irá secando un poco la ropa.

—Se lo agradezco.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio.

Me concentré en contar los vehículos azules con los que nos cruzábamos,

sin conseguir retirar de mi mente ni lo sucedido ni las emociones experimentadas.

Entré en casa remolcando los pies como si acarreará un lastre en los tobillos y me fui directa al baño.

Abrí el agua caliente mientras me desnudaba con repugnancia. Al contemplarme en el espejo, me vi amoral e indigna, y avergonzada retiré la mirada.

Me introduje en la bañera y el agua rebosó, no me preocupé qué podría deteriorarse ni pensé en ello, solo intentaba contener el repunte de excitación que apreciaba al revivir lo sucedido.

¿Cómo podía ser tan mezquino?

Llegar a seducirme por evitar mi presencia... ¿Era imprescindible hacerlo tan bien? ¿Hacerme sentir tanto?

Podría deberse al celibato involuntario que mantenía... o que anhelaba que ocurriera...

En fin, había logrado su propósito con un clavo de propina.

Llevaba a remojo demasiado tiempo... hacía tanto que no me sentía tan mal que comencé a llorar y por ahogar el llanto, me escurrí hasta que mi cabeza quedó cubierta por el agua fría.

De repente unas manos tiraron de mis hombros y el susto me hizo aspirar agua.

—¡Enid! ¿Qué haces?

—¡Toser! ¡Joder, qué susto! —Pat estaba lívida.

—Sal, cogerás una pulmonía triple.

—Eso no existe.

—Existirá llevando tu nombre.

Por evitarme un resbalón colocó unas toallas en el suelo y me ayudó a salir como lo haría con una impedida. Una vez tuve el albornoz cubriendo mi desnudez se encargó de secarme y seguido me condujo al tocador en silencio, dispuesta a secar mi cabello.

—Voy a preparar una taza de chocolate, necesitas recuperar calor.

—Quedaron *cupcakes* de Maud.

Fui directa a empollarme en el sofá, tapándome con la colcha de ver las películas de terror.

Se acercó con las tazas.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—¿Te he dado muestras de lo contrario?

Tras soplar el contenido, sorbió con tiento, para después observar el interior como si pudiera leer los posos. Tras un segundo trago, suspirando, buscó mi mirada.

—Al finalizar la actuación, Matthew se levantó saliendo del patio de butacas. Jared y yo le seguimos hasta las bambalinas. Había mucho revuelo con vuestra actuación y algunos conocidos de la familia paraban a Matthew elogiando el talento de Isona y a la voz madura de la amiga.

—Vaya.

—Sí, vaya... —Sopló de nuevo la taza—. Cuando conseguimos esquivar a todo el mundo, Isona estaba con Ruth. Matthew besó a Isona y sin más, salió como alma que lleva el diablo. Supusimos que había controlado el enfado al encontrarse con Ruth y que volvía con la abuela y su prometida. Hasta que regresamos a nuestros asientos y no estaba allí.

—Vaya... —Bajé la mirada a mi taza.

—Los minutos se sucedieron, el jurado deliberó, dieron los premios y Matthew seguía sin aparecer... ni la limusina. Jared solicitó un taxi para mí, él debía de llevar a la familia a su casa... y ya esperando en el vestíbulo, entró su hermano con las perneras manchadas de agua sucia... como esa ropa de ahí.

—Vaya...

—Jared estaba tan enfadado que le reprochó su comportamiento y Matthew estalló escupiéndole que él no tenía autoridad moral de retraerle nada, que no era más que un tipo inconsciente, inmaduro e incapaz de ver los peligros que corrías al regresar sola a casa.

—Vaya...

—Perdieron los papeles y Jared le lanzó un derechazo a su hermano, que logró esquivar y que le devolvió acertando en pleno pómulo sin meditar en las consecuencias.

—No... —Cerré los ojos, la situación no dejaba de empeorar.

—Por suerte no había demasiado público, sin embargo, entre ese reducido grupo se hallaba Eleonor, Catherine e Isona.

—Vaya...

—El resto del drama, puedes imaginártelo... Ahora te toca a ti.

Removí el contenido de la taza, suspirando sin cesar. Era mas difícil

expresarlo que pensarlo.

—Nos encontramos.

—Bien... dime algo que no imagine.

—Hemos... ¡Uf! Hemos...

—Os habéis enrollado. —Asentí—. ¡Estaba cantado!

—Soy tan idiota y estúpida.

—Dos no follan si uno no quiere.

—Debería de haberme negado... pero... lo deseaba tanto.

—Tú no tienes compromiso alguno.

—¡Me importa un gramo de mierda su compromiso!

—¿Entonces? ¿Por qué estás así?

—Quiero más... —Me abrazó justo cuando me derrumbé, llorando desconsolada.

—Enid...

—Me miraba... me besaba... me hizo sentir especial... ¡Y sé que soy una imbécil! Solo me ha utilizado...

—¿Cómo que te ha utilizado?

—Así me mantiene alejada de su entorno.

—¡Menuda conclusión más absurda!

—Hace unos días se mostró muy amable, cercano... se confesó cansado de nuestras disputas.

—¿Y?

—Que no iba a permitir una relación con Jared.

—¿Y por eso deduces que te ha usado?

—Me conoce, no iba a conseguir su propósito de separarme de los niños mediante sobornos...

—Enid, eres tremendamente retorcida. —Parecía alucinada con mis palabras, para nada con mis hechos—. Es más simple que todo eso, ¿no lo ves?

—¿El qué?

—Matthew no quiere que te alejes... porque está enamorado de ti.

—Pat... ¿te has tomado algo raro? —No andaba fina, veía corazoncitos por todos los rincones desde que estaba con Dietrich.

—Lo que yo vi esta noche acabó de aclarar mis sospechas. Le ha atizado a

Jared de pura frustración...

—No, Pat. Ha sido cólera. Me largué corriendo... ¿Sabes? El muy necio piensa que haré de esto una proclama... Por eso insistía en traerme a casa, para convencerme de mantener el secreto.

—Enid... continúa con los ojos cerrados y los oídos tapados. Aunque, si crees que te servirá de algo, vas lista.

—Quien te insulta, no te aprecia.

—Vas a tener que enfrentarlo, hablar con él escuchando cuanto haya de decirte.

—No, me niego.

—Vale, genial... ¿dejarás de ver a los mellizos?

—Buscaré la forma... él siempre tiene horarios complicados.

—Pero... ¿Tú te escuchas?

—Además, viajaré a España en unas semanas... pensándolo mejor, presentaré el proyecto de la tesis antes y adelantaré el viaje.

—No te van a dar los resultados hasta dentro de un mes como muy pronto.

—No importa, voy a regresar... cuando estén de viaje, después de la boda... mientras recogen la corona.

—Enid, nunca me has dado el perfil de cobarde.

—Siempre lo he sido, no me importa admitirlo. El tiempo volverá a colocar todas las piezas en su lugar.

—¿En serio crees que desaparecerán tus sentimientos mágicamente?

—A la fuerza se irán apagando.

—Te engañas, eso no se pasa como las ganas de seguir un serial de televisión, desengáñate, Enid, no funciona así.

—¿Y qué pretendes que haga?!

—Ya te lo he dicho.

—¡No!

—Entonces sigue ahí, mordiéndote las uñas y con miedo de encontrártelo por casualidad... dejando a los chicos de lado para que no se repita lo de esta noche.

—Pat, no me ayudas.

—La verdad solo hace daño una vez, pero una mentira duele toda la vida... Endulzándote los oídos embaucando tu conciencia no te hago favor alguno, solo alimento un autoengaño.

—No me importa.

—Evelyn lo hizo fatal. —Removió el chocolate, ya frío, pensativa.

—¿De qué hablas?

—Lo hizo de pena.

—No la conociste, no la puedes juzgar.

—Puedo hacer lo que me venga en gana, igual que tú.

—Era una mujer extraordinaria, con innumerables virtudes.

—No el de la honestidad. Encontró un escollo y en lugar de reclamar sus derechos, se escondió en casa de su madre... Te equivocas adoptando su filosofía, tu carácter y el suyo son distintos.

—El mismo hombre, la misma reacción... ¿no será el hombre?

—Habla con Matthew, no seas idiota... no vas a sentirte peor de lo que te sientes ahora.

—¿Y de dónde saco el valor con el que ponerme delante para escuchar tratarme de fulana?

—No va a hacer eso, te lo garantizo.

—He de dejar pasar unos días... ahora me veo incapaz.

—Nadie ha dicho que ha de ser mañana a las ocho.

—Necesito regresar a casa.

—Hazlo, pero no antes de aclarar la situación con Matthew.

Me recliné sobre su falda. Por tranquilizarme ella me peinaba con los dedos mientras yo le empapaba la ropa con mis lágrimas.

Mamá también hacía lo mismo cada noche. Sus caricias y su voz dulce tarareando cualquier canción conseguían adormilarme y cuando el sueño iba venciendo mis párpados, con su voz dulce me susurraba: «*Ma petite princesse, au lit, tu as à rêver des châteaux et des licornes, de bonnes nuits mon amour*». [\[102\]](#)

—Pat...

—Dime.

—¿Quién ganó?

—Isona y tú.

—Bien.

Cerré los ojos.

Tenía la cabeza embotada, la nariz taponada y la cara áspera, todo

ocasionado por el llanto. Me sentía cansada de pensar, y por absurdo que pareciera, para nada arrepentida, simplemente abochornada.

Necesitaba dormir, serenarme. En la mañana habría tiempo para analizar y decidir cómo encarar la situación. Sí, al día siguiente volvería a brillar el sol, aunque fuera tras un manto denso de nubes.

DE GUATEMALA



A GUATEPEOR



Durante una semana estuve recluida en casa cual monja de clausura.

Atendí a las llamadas de mi padre, entusiasmado con mi retorno y a la de Asier, que tuvo el palpito de que me sucedía algo y, entre bromas con la idea de animarme, dejó caer lo de siempre, aunque ¿iba a solucionar algo mudarme a Alemania? No.

También hablé con Jared, sin embargo, debió de dar por hecho que Matthew y yo no nos llegamos a encontrar, ni que Pat me había puesto en antecedentes, porque no hizo alusiones sobre lo ocurrido la noche de la audición, solo conversamos como amigos y estuvo bien.

Hay un refrán muy castizo que dice: «A perro flaco, todo son pulgas», y mi malestar atrajo a las energías negativas deprimiendo mi sistema inmune aparte del psíquico, dando pie a que el virus de la gripe atacara mi cuerpo atormentándolo con mocos, fiebre y dolor muscular.

Aquella mañana me había levantado con febrícula y convencida de que

durante la jornada iría mejorando, me propuse zanjar temas con la idea de dejarlo todo en orden... o casi todo.

La primera visita era a la universidad. En previsión, la tarde anterior había concertado entrevista con el tutor por entregarle el proyecto light del museo. Para el que debía presentar al consistorio faltaban unos meses y agotaría todo el tiempo, no deseaba perder oportunidades. Cada vez era más importante para mi salud mental ganar la ejecución de la obra.

Por otro lado, era el día más propicio para visitar a los chicos; los condes asistían a la ópera en Nueva York e hice por averiguar el horario evitando coincidir.

Matthew intentó contactar conmigo incluso viniendo a casa, pero Pat le había ido disuadiendo con diferentes excusas.

Mientras, yo, releía una y otra vez la nota que dejó él, o Kail, en el buzón la última vez que había sonado el timbre y nadie salió a abrir.

«No te estás escondiendo de mí, soy yo que consiento darte tiempo y espacio. Tenemos que hablar y hablaremos... Mi paciencia, sin embargo, no es infinita e igual que tú usurpas identidades, yo puedo cometer allanamiento de morada. Delito por delito. Matt».

Era Prometeo desafiando a los dioses con talante de Narciso enamorado de su reflejo.

Al llegar a la universidad entré directa al despacho del profesor.

—Buenos días, Enid.

—Buenos días, Dr. Bruguer.

—Asombroso el empujón que le ha dado al proyecto final. —Rodeaba la maqueta a escala 1:500, admirado—. Has incorporado media sección para comprobar los aislamientos.

—He tratado de mostrar los conceptos trabajados en el curso.

—Se valorará el diseño y los costes, no puede suponer una utopía, además de preocuparnos mucho por el tema de la sostenibilidad.

—He previsto todos estos datos, espero que se adecúen a las expectativas.

—No vas a defraudar al claustro, estoy convencido.

—Gracias.

—Abraham me comentó que ha aceptado el puesto en el estudio Carson.

—Sí, reformando y ampliando un par de casas residenciales.

—Enid, tiene mucho potencial para encasillarse en proyectos poco ambiciosos.

Escuchar aquellos halagos fue reconfortante, hasta sentía algo de remordimiento por no haber trabajado con más ahínco en la maqueta.

—Valoraré su consejo.

—Si me da permiso tendré en cuenta su currículum por si surgiera algo más interesante y adecuado a sus aptitudes.

—Por descontado, no era preciso ni preguntar. Gracias por su apoyo durante estos meses.

—Gracias a usted por confiar en nuestra especialidad. —Nos estrechamos las manos—. Y cuídese ese resfriado, tiene mal semblante.

—Nada que el paracetamol no mejore.

Me había levantado con más energías y ánimos que días anteriores, sin embargo, continuaba bajo mínimos. La perspectiva de enfrentarme a los mellizos sin analgésicos era ilusoria; suicida si tenían la mañana cruzada.

Subía la ladera de la montaña hacia la propiedad de los Prescott, aliviada al saber que no iba a encontrarme al lobo feroz.

Un grupo de muchachos saltaban con las bicis en la zona del lago. Aquellos últimos días la temperatura permitió ablandar la nieve endurecida durante los meses más ingratos. Un minúsculo respiro para los frioleros, el servicio de meteorología ya advertía de las malditas nevadas primaverales y por lo compacto de las nubes acompañadas de una brisilla gélida, ese cambio se intuía inminente.

Entré por la zona de servicio, no estaba obligada a hacerlo por la principal. Estacioné en la cochera y pasé directa a la cocina.

—Buenas tardes, Maud.

—¡Señorita! —Antes de fijarse, mostró el entusiasmo corriente. Una vez comprobó mi estado general, la preocupación le cambió el gesto—. Enid, ¿se encuentra bien?

Puso su mano en mi frente tal como hacía mi madre, jamás acertó, y ante la duda, me metía en la cama... suerte de mi padre.

—Solo es un resfrío de final de invierno, de los puñeteros. Ahora queda la

congestión y el malestar general.

—Le voy a preparar un zumito de naranja, le sentará de maravilla... ha vuelto a quedarse en los puros huesos. —Entorné la mirada, Maud tenía el mismo concepto de salud que Fernando Botero de la belleza.

—Voy a ver a Isona.

—Enid, la señora estaba al tanto de su visita... —la suspicacia de su tono me alertó en negativo—. Quiere que pase antes por la biblioteca, deseaba hablar con usted.

—Sin problemas.

Fui dubitativa, con el estómago encogido sin motivos aparentes, era improbable que Matthew hubiera mencionado nada de lo ocurrido, era quien más tenía a perder, para comenzar, su apreciadísimo título que solo obtendría si firmaba el acta matrimonial. Aun con esas, golpeé recelosa.

—¿Molesto? —Abrí para encontrarme a la abuela observando el jardín a través de la vidriera de espaldas a la puerta.

—No querida, entra... te esperaba. —Su voz resonaba trémula... nasal, síntoma inequívoco de haber llorado mucho rato.

—Eleonor, ¿ha sucedido algo grave?

—Cuando... —Se aclaró la garganta con un suave carraspeo que no le restaba elegancia—, mis hijos eran pequeños, su padre siempre les obligaba a competir entre ellos. Premiaba al mejor regalándose su tiempo... ¡menuda nimiedad! ¿No crees?

—Si escasea, es el mejor regalo. —En aquella casa no había un adulto normalito con apellido Prescott.

—Yo jamás les obsequié con eso, me dediqué a ser lo que todos esperaban de mí, una observadora perfecta y muda. Fui educada en las mejores instituciones para manejar una conversación insustancial sobre temas prosaicos.

—Sus hijos la adoran —¿a santo de qué venían aquellas confesiones familiares?

—Jared siempre ganaba, en cambio a Matthew no parecía importarle a pesar de adorar a su padre. El día que nos abandonó, se llevó nuestra tranquilidad económica y la alegría de esta casa... Sin embargo, el fervor competitivo entre mis hijos no disminuyó... No estuve atenta, no supe ver el instante en que Matt comenzó a destacar en todo...

Calló.

Seguía de espaldas, supe que lloraba por los espasmos en la respiración y la contracción de la musculatura de los hombros... También podría estar riéndose, aunque era poco probable.

—Eleanor, a riesgo de ser insensible, me siento muy confundida con su estado de ánimo y los motivos por los cuales me hace partícipe de esto. —Se giró, por fin, con los ojos inflamados como riñones.

—Matt jamás perdía, simplemente se había dejado ganar. Tenía a Jared por débil e inestable, con necesidad de más atención y nada de lo que su hermano poseía, a él le interesó... hasta hace unos meses.

—Simplemente ha sido una riña puntual... —¡Ay! ¡Qué mal rato me esperaba!

—No soy una vieja senil, sé reconocer las señales. Mis hijos no se enfrentaban por un juguete..., y Matt, ha sacrificado demasiado para lanzarlo todo por la borda.

—Sea más concisa, por favor.

—Sabe Dios que me cuesta decirte esto. Te aprecio, Enid, cada vez que entras en casa el aire se renueva... pero deseo que mi familia siga unida o, como mínimo, que lo aparente.

—Entiendo. —Los motivos no, que me estaba largando, sí.

—He de velar por los intereses de mi hijo, no puedo verle fracasar sin hacer todo lo imposible para evitarlo... no sería de buena madre. Por eso he de rogarte que evites regresar a la mansión.

—Si es su deseo, no he de añadir nada al respecto.

—No voy a entrometerme en la relación con mis nietos, pero es preciso que te alejes de mis hijos... te lo suplico.

—Es su casa, usted admite quién la visita.

—Terence llevará a los pequeños a su apartamento siempre que deseen pasar tiempo juntos... pero... —Y toda la entereza fingida hasta el momento se hizo añicos y el llanto ahogó sus palabras.

No pude por menos de probar a consolarla y la abracé sintiéndome más traidora que Judas. Yo, de aquel drama, solo me había llevado un polvo morboso que presumí estar expiando con una desafortunada gripe.

A pesar de no culpabilizarla, veía la norma excesiva, al fin y al cabo con Jared no iba a progresar la relación de amistad y Matthew sentía el mismo

afecto por mí que por una araña de granero.

—No se aflija por eso. Lo comprendo.

Supe que omitía información, era imposible que por un par de puñetazos entre hermanos determinara que la unidad familiar estaba en peligro y que yo fuera la causa.

Contemplé el jardín algo barroco para mi gusto y vi llegar al pequeño de los Camdem corriendo con el semblante desencajado.

—Eleanor, ¿Joel está en casa?

—No... —Secaba con toques elegantes la nariz usando el pañuelo de algodón que sostenía—. Marchó hace horas con los hijos de los vecinos.

No había acabado de contestarme que salí de la biblioteca corriendo al encuentro de Greg. Algo iba mal, lo presentía. Era una sensación del todo nueva y asfixiante que comprimía mi estómago y aceleraba el pulso.

Maud me vio pasar por delante del living como una exhalación y comentó a mi paso que cogiera un higo... Lo de aquella mujer con la comida podía considerarse una obsesión malsana.

—Enid... Enid... —Era tal el sofoco del muchacho que no le permitía encarrilar las palabras.

—Greg, respira... ¿Qué sucede?

—Es... estamos en... en el lago...—Se dobló apoyando las manos en las rodillas para recuperar el hálito.

—¿Has venido corriendo desde allí?

—Sí... es... es Joel, se ha caído y... —Comenzó a gimotear. No había quien le entendiera.

—Vamos a buscarle.

¿Qué sería esta vez? ¿La pierna? ¿El brazo? ¡Si ya tenía más costurones que una *Chimaera monstrosa*!

Tomé al pequeño de la mano palpando el bolsillo trasero de mi pantalón por comprobar si llevaba las llaves del trasto.

—¡Señorita! ¿Cómo sale sin el abrigo? Póngaselo, haga el favor. —¡Era abrigo y no higo! El constipado me tenía sorda a media distancia.

—Gracias, Maud. Vamos a recoger a Joel, se ha caído.

—¡Válgame Dios!

—Regresaremos enseguida. Avisa a Eleanor, por favor.

Greg no cesaba de temblar y frío no podía ser, había venido corriendo y

llevaba una chaqueta para hacerle frente al helor alpino. Estaba asustado, deduje a la reprimenda de sus padres cuando supieran que habían ido al lago en pleno deshielo. Comencé a temer lo peor al comprobar como durante el trayecto el miedo iba transformándose en shock.

Aparqué en el arcén. Los mismos chicos que hacía una hora saltaban troncos con las bicis, se arremolinaban en la orilla de la laguna.

Aquello tenía toda la pinta de ser más grave a roto, y con el mal presagio palpitando en mis sienes, retiré las llaves del contacto.

—Greg, no salgas del coche. —Asintió.

Me temblaban tanto las piernas, que mi coordinación se vio comprometida y me hiqué de rodillas en un par de ocasiones antes de llegar al margen del estanque.

Tomé aire mientras apartaba a los chavales haciéndome hueco y ya en el borde, la imagen no podía ser más descorazonadora.

Dentro del lago, a un par de metros de la orilla, Joel yacía estirado sobre una gruesa placa de hielo. Percy no se movía de su lado e intentaba darle calor friccionándole los brazos y el pecho.

Me introduje sin considerar otras posibilidades, ¿existían? En aquel instante, no. El agua estaba tan fría que cristalizó la glucosa de mis músculos agujijoneándolos. Me cubría hasta los muslos y al llegar al témpano donde mi chico se encontraba, fui incapaz de encaramarme.

—Percy, ayúdame a subir. —Tendió la mano tirando de mí.

Me coloqué al lado de Joel acercando el oído a su boca. Alentaba muy flojito y mantenía los ojos entreabiertos... No temblaba a pesar de estar mojado y eso no era una buena señal.

—Enid, ya casi no le oigo respirar... no... no le he movido, solo... solo he intentado mantenerle caliente.

Debía de conservar la calma, pensar que no era mi hijo... ¿Cómo coño se hacía eso?!

—Lo has hecho genial... ¿Habéis llamado a emergencias?

—No... nadie ha traído el móvil.

—¿Por qué?! —mi pregunta en inflexión alterada rompió el dique del estoicismo de Percy que comenzó a llorar desconsolado. Me quité el abrigo y tapé a Joel.

—Decidimos no estar disponibles... aquí no nos permiten venir. —

¡Menudo día más oportuno para regresar a los ochenta!

—No importa —contuve el resoplido, bastante castigo debía ser para él contemplar a su amigo inánime.

Observé a Joel tomándole las constantes, demasiado bajas... de no remontar infartaría. Le abrí los párpados un poquito más y no reaccionaba a la entrada de luz, ahí reparé en el pequeño reguero de sangre tiñendo el carámbano. Con sumo cuidado, introduje los dedos índice y corazón detrás de su nuca y palpé con suavidad, el hueso estaba hundido...

¡Mierda, Joel!

No había tiempo a perder.

—Percy, sé que estás muy asustado, pero necesito que me ayudes.

—Sí, Enid... —Se secó la cara con la manga temblando al punto de la convulsión.

—Ve hasta el coche, allí espera Greg. Mi teléfono está en un hueco del salpicadero, has de llamar a emergencias y cuando te pregunten has de decir esto exactamente: «traumatismo con deformación cráneo encefálico en zona occipital, con pérdida de consciencia y pupilas isotónicas hiporreactivas». ¿Podrás recordarlo?

Repitió equivocándose un par de veces, pero los sanitarios le entenderían... supuse.

—Ten las llaves, da el contacto y arranca sin engranar la marcha para encender la calefacción, estás empapado. Llama después a tus padres.

—Vale.

Bajó despacio del bloque de hielo, para una vez hubo tocado el fondo moverse a toda prisa sin reparar en nada ni en nadie.

Era muy arriesgado dejar recaer tanta responsabilidad sobre los hombros de un chaval de doce años, pero la alternativa de abandonar a Joel sin vigilancia era incluso peor.

—Mi vida... —le susurré al oído—. Tienes un golpe en la parte de atrás, no has de asustarte si no ves por ahora, eso tiene solución. No voy a permitir que te suceda nada... si puedes oírme apriétame la mano.

Y a pesar de no creer ni en santos, vírgenes ni dioses, imploré por ayuda divina, acabando por suplicarle a mi ángel particular...

—Mamá, por favor... Mamá, por favor... Habla con alguien por ahí arriba, con quién sea... con su madre si la encuentras... por favor, mamá...

De repente percibí una leve presión en mis dedos.

—¡Bien por mi chico valiente! Eres un campeón. Quiero que sigas apretando mi mano todo el tiempo. Percy ha ido a pedir ayuda. De esta no te libras de que te escayolen la cabeza.

Continué hablando por mantenerle en conexión con mi voz. Papá en alguno de sus seminarios exponía que en accidentes con lesiones cerebrales importantes, conservar el vínculo auditivo y sensorial podía ser determinante para evitar la desconexión con el entorno, aunque, ni era una ciencia exacta ni válida en todos los supuestos.

Concentrada en eso seguía cuando su mano languideció y el pecho cesó su leve movimiento.

Con manos heladas y temblorosas busqué el pulso. ¡¿No era suficiente con tener el cráneo abierto?!

Retiré el abrigo para iniciar las maniobras de reanimación cardiorespiratorias, con el pánico de dañar más a recuperar.

—¡Joel, pon un poquito de tu parte!

Estaba de espaldas a la orilla, escuchando sollozos y cuchicheos del resto de los chicos, tampoco prestaba atención a nada de lo que sucedía fuera del témpano donde seguíamos encaramados, así no me enteré de la llegada de los sanitarios.

—Apártese, por favor... ¿Cómo se llama el niño?

—Joel Prescott... Creo... —me castañeteaban los dientes de pánico—, creo que vuelve a tener pulso.

—Está inconsciente —afirmó la evidencia mientras le auscultaba tras comprobar las pupilas.

—Ha permanecido en semiletargo desde la caída, atendía al estímulo externo de mi voz y a la señal básica de presión, hasta la parada.

Se giró hacia los paramédicos que aguardaban al margen del estanque y les gritó.

—¡La cuchara! Solicita el helicóptero. —Se volvió de nuevo hacia Joel—. ¿Cuál es su especialidad?

—Soy arquitecto... —En ocasiones los nervios juegan malas pasadas. Caí, cuando me observó escéptico, que él me había figurado médico—. ¿A qué hospital le trasladan?

—Al Hahnemann... Señora necesitaremos espacio para ocuparnos de su

hijo.

Me introduje en el agua con cuidado de no mover o romper la plataforma, casi no podía flexionar las piernas a pesar de no percibir tampoco el frío. Llegué al borde y uno de los chavales me ayudó a salir.

—¿Se va a recuperar? —logró preguntarme una de las muchachas.

—Sí.

La tensión en la mandíbula por controlar la tiritera era dolorosa en las sienes, si intentaba hablar me seccionaría la lengua.

Estaba allí sin poder hacer nada más que mirar, contemplando como cortaban su abrigo impermeable para poder despegarlo del hielo y lo alzaban entre los tres evitando que la camilla tocara el agua.

Ascendimos tras ellos hasta la carretera, allí el helicóptero medicalizado se posó cortando la circulación en ambos sentidos. La policía también fue alertada para ordenar el tráfico y disuadir a los fisgones que se iban agolpando alrededor.

Distinguí entre ellos a los padres de los Camdem intentando convencer a los agentes para que les dejaran pasar usando las típicas frases amenazantes de la gente con influencias.

—Señora, no nos puede acompañar en el helicóptero, aunque la ambulancia la dejará en el hospital.

—Gracias, iré con mis medios.

—No es prudente que conduzca.

—Solo es frío y miedo.

—Como prefiera, nosotros nos tenemos que marchar.

Cinco minutos después el helicóptero despegó desapareciendo de nuestras miradas.

Uno de los agentes se aproximó a mí, estaba empapada de pecho a pies, sin abrigo y con un tembleque convertido en sacudidas.

—¿Podemos ayudarla? —Me colocó un plástico térmico del todo inútil, en mi cuerpo no quedaba un grado de tibieza.

—¿Podría dejar pasar a la pareja que discute con sus compañeros? Son los padres de los chicos que hay dentro del coche.

—Faltaría más. —Hizo un gesto con el brazo y los Camdem se acercaron a la carrera.

—Enid... ¿qué ha sucedido? —El padre de Percy y Greg estaba

visiblemente afectado, la madre pasó por mi lado directa al coche.

—Joel se ha caído, los detalles debe conocerlos mejor Percival.

Bajaron del trasto para abrazarse con desespero a su madre.

—¿Cómo se os ocurre venir hasta aquí en pleno deshielo?! ¡Sin móvil!
¡Percival, te creía más inteligente! —aquellos gritos eran de pura descarga y alivio.

—Sres. Camdem, sus hijos han demostrado el sentido común y la lealtad de un adulto con valores. Son unos chicos maravillosos de una calidad humana excepcional. —Me volví hacia ellos—. Percy, Greg, muchísimas gracias, Joel saldrá de esta gracias a vosotros.

—Enid, ¿cómo se encuentra?

—Mal... pero se recuperará. —Les di un abrazo y un beso a cada uno—. ¿Podrían avisar a los Prescott de que Joel está en el Hahnemann?

—Por descontado.

—Gracias.

En el coche, el contraste del calor me permitió ver los cinco millones de estrellas de nuestra galaxia. Debería de haberme ido en la ambulancia.

Conduje sin estimar el peligro, mi cabeza era un *spinner* rotando sin cesar sobre la misma imagen y con cada vuelta un ¿por qué?, seguido de un ¿ahora qué? Sin respuestas solo culpa.

Al llegar al hospital iba como pollo sin cabeza, el flujo de adrenalina había descendido convirtiéndome de nuevo en una humana corriente, muerta de pánico y frío.

Debían de estar acostumbrados a ver caminar a los cadáveres, nadie reparó en mi deambular agonizante.

—¿Se encuentra bien? —Un enfermero o celador se acercó con cautela.

—No... ¿Ha aterrizado un helicóptero con un niño?

—¿Es usted la Sra. Prescott?

—No, una amiga de la familia.

—Los sanitarios nos comentaron que llegaría la madre de los chicos y la descripción concuerda.

—Su madre falleció hace años... —¿por qué le ofrecía datos innecesarios? —. Soy la persona que esperan.

—Disculpe la confusión... Han llegado, están atendiéndole. Venga conmigo, le daré algo de ropa, está calada hasta los huesos.

—Si va a traerme un camisón hospitalario de esos que enseñan el trasero, opto por seguir mojada. —Sonrió negando.

—No, mejor un pijama del personal sanitario. Estará más cómoda.

—Gracias.

Me entregó ropa, zuecos y una bata y con amabilidad me acompañó hasta los vestuarios femeninos.

Mientras retiraba las prendas sucias y empapadas me fijé en lo amoratados de mis dedos, casi sin elasticidad. Los pies estaban peor, prácticamente ni los notaba.

Hubiera preferido darme un baño y entrar en calor, aunque ni él me lo ofreció ni yo quise abusar.

Al salir, aguardaba en la puerta para conducirme hasta la planta donde asistían a Joel y me hizo pasar a la sala de espera.

Una pareja de mediana edad ocupaba uno de los sillones. Saludé con timidez y ellos educados, me devolvieron el gesto, después continuaron en la misma postura, observándose las manos por depositar la mirada en algún lugar.

Aquella angustia duplicó la mía.

Saqué el teléfono con la idea de comenzar la tortuosa obligación de avisar a la familia, pero la batería se había descargado y desde que tenía móvil mi memoria era residual.

Lo introduje de nuevo en el bolsillo de la casaca hospitalaria y me dispuse a esperar sentada, subiendo las piernas a la butaca. En aquel momento de tanta incertidumbre y malestar, la elegancia me tocaba un pie.

Todo parecía estar envuelto en un halo oscuro y taciturno, yo deseaba con todas mis ansias ser optimista, incluso si era preciso, recurriría a la fe divina en la que nunca creí.

De todos los que estaban en el lago, le había tenido que ocurrir a él... Sí, sonaba insensible y egoísta, no sería capaz de expresarlo en voz alta, pero hablar consigo misma y mentirse era tan absurdo como perseguir coches aparcados. De elegir, no habría apuntado a nadie, pero sí hubiera preferido que le sucediera a otro.

Aunque, otro no estaría haciendo el café saltando peñascos helados con la bicicleta.

Me fijé en el mobiliario de la sala, por desocupar mi mente de

pensamientos desalentadores quizás, y no era como las recordaba... Nada de banquetas de plástico sujetas por un travesaño de hierro anclado al suelo, ¡qué va! Estaba sobre un cómodo sofá color liliáceo, con mesitas auxiliares y jarrones de cristal con velas aromáticas flotantes rodeadas de pétalos de flores secas. Una estantería con revistas y libros clásicos, también una cafetera de cápsulas de todas las variedades de café conocido suspendidas en un módulo en la pared, con sus tazas de diseño...

Sin embargo, nadie que estuviera allí aguardando información sobre el estado de salud de un ser querido, haría uso de todo aquel despliegue de exclusividad... hasta pasaría desapercibido.

Transcurrió una hora —la segunda más larga de mi vida— mirando el reloj cada dos minutos.

La pareja se había marchado sin despedirse, aunque tampoco me di cuenta cuándo se fueron y eso que no apartaba mis ojos de la puerta. De repente se abrió apareciendo Jared y me permití derrumbarme abrazada a él.

—Enid... *truanquila*. —Me mecía a la vez que besaba mi coronilla.

—¿Has podido hablar con el médico?

—Sí y no. No me ha *podidou desir* nada, están *valoruando* su *estaduo*.

—Está muy mal, Jared.

—¿*Cóumo* de mal? —bisbiseó con la respiración entrecortada.

—Se ha golpeado esta zona... —Le señalé la parte por encima de su nuca con mis dedos—. Con tanta fuerza que... se ha partido el cráneo.

—*Shit!*

Se separó de mí desplomándose sobre el sofá. Yo no tenía ánimo para ofrecer consuelo, y desmadejada, apoyé la frente en el ventanal.

—Enid... *please*, siéntate *conmigou*. —Obedecí.

—¿Y tu madre?

—En casa, no es *nesesario* que *estué* aquí *esperandou* *notisias*.

—Vaya. —A mi abuela paterna no la habrían movido de la sala ni con amenazas de bomba.

—Vaya... ¿qué? Enid.

—Nada.

Siguieron pasando los minutos. Cada segundo, era equivalente a lo experimentado durante la tortura de la gota china.

Jared había iniciado conversaciones con las que disculpar a Eleanor... Yo,

al no compartirlas, enmudecí y al final determinó callar él también.

Mi actitud ante el dolor era egoísta, no quería compartirlo, solo deseaba aislarme y sufrir a modo de purgante.

De nuevo una hora más tarde se abrió la puerta.

No eran los facultativos... y por suerte no venía acompañado.

Clavó sus pupilas en las mías, con desesperación extrema mientras yo trataba de evitar el llanto tragando saliva como los pavos.

—Enid... —el tono era serio, no enfadado, sino impaciente—, ¿qué ha sucedido?

—Se ha caído —debía hablar poco o me derrumbaría.

—¡Es evidente! ¡¿Qué hacía allí?! ¡¿Cómo!? ¡¿Por qué!? —sus reclamos resonaban en mi conciencia recuperando las mismas incógnitas que me había estado cuestionando hacía horas.

—¡¿Solucionará algo saber la respuesta?! —Jared se le encaró gruñendo.

—¡No hablo contigo! ¡Hablo con ella! —Me acusó con el dedo responsabilizándome de lo sucedido sin el menor pudor.

—Saltó con la bicicleta sobre las piedras congeladas, resbaló.

—¿Y qué hacía allí? Hoy ibas a visitarles.

—Tuve que pasar por la universidad y cuando llegué a la mansión, Joel ya no estaba —usé la justificación contra el ataque, aunque prefería esconderme, hacer un agujero y enterrarme en él.

—¿Y tú? ¿Qué hacías en Nueva York? ¿Qué mierda de ópera ha impedido controlar a tu hijo?

—Serás cabrón —masculló indignado.

Acto seguido se abalanzó sobre Jared y por contener el choque de trenes, me interpose entre ambos frenando a Matthew con mis manos en su pecho. Al notarlas, bajó el mentón manifestando con su mirada la misma angustia y culpabilidad que yo sentía.

—No es el momento ni el lugar para montar espectáculos.

Continuó fijo en mis pupilas y yo dejé caer las manos convencida de que obedecería.

—¿Cómo te encuentras? —cambió el tono, no la preocupación.

—Mal.

Me aparté en dirección a la ventana y en ese instante se abrió la puerta. Tanto rato esperando a los doctores y cuando aparecieron con sus semblantes

consternados casi vomito.

—Buenas tardes, Matthew. —Se estrecharon las manos y por el saludo supuse que debían de conocerse—. Los doctores Stuart Mcdowell y Maximillian Thomsom, de la unidad de neurología.

—Eduard... doctores... ¿Cómo está mi hijo?

—Si lo deseas, podemos hablar en privado.

—No, la señorita Enid Recassens es amiga de la familia. —Me sorprendió el título.

—Sentémonos. —Extendió la mano y acatamos sin rechistar—. El pequeño ha llegado al hospital con un traumatismo craneo encefálico occipital, agravado por el impacto con algún elemento romo que ha deformado el hueso y causa presión en ese lóbulo, aparte de un hematoma serio. Debido al golpe el cerebro se ha desplazado con violencia y también ha ocasionado otro hematoma en el hemisferio frontal izquierdo...

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó sabiendo la respuesta y esperanzado en otra.

—En este momento intentamos estabilizarle con medicación para reducir los coágulos, evitar el derrame y disminuir la inflamación... esperando que no surjan complicaciones.

Matthew se observaba las manos girando una alianza de platino que llevaba en el dedo pulgar, justo lo mismo que yo hacía con el heredado de mi madre que vestía mi dedo corazón...

Mi madre... parecía estar reviviendo situaciones pasadas...

Y reaccioné.

—¿Y no han estudiado otra alternativa? —Se giraron insultándome con la mirada, sin embargo, Matthew levantó la cabeza, atento a verme sacar palomas de la chistera.

—Señorita Lickestains, no podemos barajar la posibilidad de operarle, en el estado en el que ha llegado el paciente es impracticable —la condescendencia en el tono del galeno era similar al que se usa para consolar a una niña tras perder a su mascota.

—¿Pueden facilitarme el historial para que un neurocirujano compruebe las posibilidades?

—Enid, este hospital cuenta con los mejores facultativos del país, no debemos dudar de sus... —Nota mental: Jared era idiota.

—No cuestiono sus conocimientos. Yo conozco al mejor en el campo de la micro neurocirugía pediátrica, el doctor Esteban Recassens. —El desconcierto en el rostro de Matthew estaba a punto de desfigurárselo.

—¿Cómo he podido pasar su apellido por alto?! Su padre es una eminencia —y hacía un instante fue incapaz de pronunciarlo... En fin.

—¿Habría inconveniente en que estudiara el caso?

—En absoluto.

Me giré hacia Matthew que seguía conmocionado, observándome estupefacto.

—Matthew, permíteme tu móvil, por favor. El mío no tiene batería.

Sin pestañear ni decir palabra alguna me lo entregó.

Eran las ocho y diez de la tarde, las dos y diez de la madrugada en España. Era inevitable asustarle... y con razón.

Marqué.

Primer tono...

Segundo tono...

—¿Sí?

—Hola, papá... perdona la hora. —Y las lágrimas afloraron.

—¿Qué sucede, bichito? —Aun, ronco por el sueño, se podía percibir alarma en su voz.

—A mí nada, papá... Joel se ha caído y se ha golpeado la cabeza. —Pude escuchar el movimiento de las sábanas y a Amaia preguntando.

—Salgo en el primer vuelo disponible... ¿Cuál ha sido la valoración inicial? —mientras hablaba conmigo, le susurraba a Amaia que le preparara una maleta.

—Conmoción cerebral, hematoma oprimiendo la corteza visual y prefrontal... posiblemente con afectación en el centro del habla... hubo un paro... cuando lo encontré estaba en semicoma... No sé, papá, estoy embotada —todos seguían mis explicaciones ¿atónitos? Tampoco sabía si entendían el español, Matthew y Jared, sí, y justo por eso no quise conjeturar.

—¿Puedo hablar con el neurólogo que lo atiende?

—Ahora mismo te lo paso.

—Enid... hija... ¿estás bien? —Me costaba respirar desde hacía un buen rato y el llanto solo empeoraba la situación, no quería mentirle a mi padre y me separé de aquel quinteto que me observaba como si fuera de Saturno.

—No, papá... no lo estoy... tengo mucho miedo y solo estaré mejor cuando me digas que todo va a salir bien.

—Mi princesa preciosa... en unas horas estaré con vosotros.

Tras limpiarme la cara con la manga, me aclaré la voz.

—Bien, papá. Te paso al doctor... te quiero... no tardes.

Le supliqué como si él pudiera ejercer algún tipo de presión sobre el tiempo o viajar en las ondas de radio, o tuviera la capacidad de mutar las propiedades de la física en cuanto a materia y energía.

Con el teléfono pegado al oído, escuchando a Amaia preguntar a papá qué metía o qué dejaba, nerviosa y angustiada, caminé de nuevo hacia al sofá en donde todos seguían mi conversación atentos.

Se levantaron. Yo no recordaba ni nombre ni apellido de ninguno de ellos, y me dirigí al médico amigo de Matthew.

—¿Doctor?

—Eduard Newman.

—El Dr. Recassens desea hablar con usted.

Le entregué el teléfono y, tal como yo había hecho, se separó del grupo. Había datos que eran mejor desconocer, yo los intuía, pasé muchas horas ayudando a mi padre, preparando sus presentaciones digitales para seminarios y conferencias... En aquel instante todas aquellas lesiones diseccionadas emergían de entre los recuerdos como trozos de corcho en una alberca.

Sentí mis extremidades acartonadas, el frío no me abandonaba y sin más, me senté de nuevo. El resto hizo lo mismo.

—Los sanitarios nos comentaron que la madre del chico le había atendido.

—Sabía que Matthew no perdía detalle, sin embargo, preferí no mirarle.

—No soy su madre, falleció hace unos años.

—Disculpe el error.

—No me molesta que me confundan con ella.

—Dio con el diagnóstico inicial y le practicó una RCP que con total seguridad le mantuvo con vida, ¿tampoco es médico?

—Mi padre insistió en la importancia de conocer las técnicas básicas de primeros auxilios.

—Asombroso.

Necesitaba alejarme a un espacio de retiro íntimo, por desinflarme e ir tomando aire de nuevo para cuanto nos esperaba.

Aquellas adulaciones no eran de ayuda, yo anhelaba silencio, vacío y soledad.

—Si me disculpan.

Se levantaron todos de nuevo. Otra formalidad innecesaria.

Fui directa al aseo, aunque no me entretuve demasiado, al regresar al pasillo busqué las escaleras de servicio y las distinguí al fondo por el hombrecito corriendo encima de las luces de emergencia.

Bajé hasta el primer rellano dejándome caer en el penúltimo peldaño y me apoyé en la pared.

Hacía un frío de mil demonios, en aquel hospital debían de tener una conciencia muy sensible sobre el gasto energético, si no pude recuperar el calor en todo el tiempo de espera, impensable en aquel espacio de paso.

Observaba la pared deseando tener mi mente tan blanca e impoluta. Cerré los ojos por descansar mis párpados y viajé lejos... a Santander. Joel amaba la región y estar cerca del mar y la frescura de sus espacios naturales esmeraldas.

Asier se lo llevaba a la playa de los locos, allí aprendió a surfear, tragó mucha agua del Cantábrico hasta conseguir mantenerse derecho en la tabla.

¿Cómo había logrado sobrevivir once años?

Siempre estaba subido a peñascos, a las copas de los árboles, escalando entre grietas... Siempre en peligro, pero siempre controlado.

Se me había escapado de las manos, no tenía edad para tanta autonomía, permití que él mismo se responsabilizara de sus actos, cuando seguía siendo un niño con exceso de energía y confianza... con el lóbulo frontal sin desarrollar del todo.

Yo conocía a Joel y mi falta de celo podía costarle la vida. Le había fallado.

—¿Qué haces aquí? —Abrí los ojos sobresaltada.

—Conseguirás matarme del susto un día de estos.

—¿Qué haces aquí?

—Nada. —Resopló.

—Enid, te lo ruego... te lo imploro... considérame digno de una frase completa, por favor.

—Me dijiste que no te mintiera... y es lo que hago, nada.

—Aquí hace frío y no tienes buen aspecto. —Suspiré cerrando los ojos de

nuevo.

—Tengo la amarga sensación de que todo lo desafortunado que ocurre en mi vida, acaba en una escalera de emergencias.

Se sentó a mi lado pasando su brazo alrededor de mis hombros y me atrajo para que me apoyara en el suyo. Me resistí, no era ningún títere. Deshizo el abrazo y tomó mi cara con ambas manos, inyectando su mirada en mis pupilas.

—No quiero darte pena —advertí.

—¿Pena? —Sonrió sin llegar a estirar los labios del todo, la angustia no daba para más—. Ven, por favor, apóyate en mí.

Y lo hice. Y lloré calladamente mientras me arrullaba estrechándome con fuerza entre sus brazos protectores y amables.

Dejó que el silencio me reconfortara y eso también fue grato.

—He solicitado fletar un avión privado desde Santander. Tu padre embarcará en un par de horas a lo sumo. He estado hablando con él... es un hombre muy comprometido con su profesión y... con su familia.

Intenté enderezarme, me encontraba algo más repuesta. No me lo permitió y recuperé la posición entre sus brazos.

—Enid, cuéntame lo que me ocultan los médicos. —Moví la cabeza a derecha e izquierda—. Sé que conoces la extensión de las lesiones... por favor.

—No va a ayudar en nada que sepas sospechas... Créeme, solo sirven de martirio.

—Compártelo conmigo.

—No. Yo no soy médico. Mañana mi padre te dirá cuánto deseas saber.

—Enid, has tratado con esos doctores sin la cohibición propia del desconocimiento...

—He vivido rodeada de libros de medicina dos tercios de mi vida... y me encanta escuchar hablar a mi padre.

—Le admiras... ¿por qué no seguiste sus pasos?

—Me matriculé en medicina, acabé primero... ese verano murió mi madre. Las perspectivas cambian cuando sucede algo tan duro.

—Lo siento... no lo supe hasta que lo leí en la prensa después de la gala benéfica.

—Hace mucho de eso y tampoco era imprescindible que supieras ese dato.

—Sí. Sí que lo era. Pero eso va a cambiar, todo va a cambiar.

Mostraba una determinación férrea refiriéndose a hechos que yo ignoraba y sobre los cuales no me apetecía indagar.

Continuamos en silencio y en la misma posición.

—Sigo sin comprender porqué dejaste la medicina.

Me aclaré la voz. No había compartido aquello con nadie, para todos fue una decisión drástica en pleno periodo de duelo.

—Durante la adolescencia fui detestable. Una niñaata egoísta y presumida.

—Eres orgullosa... eso es lo que más me gusta de ti. —Levanté la cabeza, nos observamos—. Continúa...

—Mi padre me inculcó que debía de ser la mejor en todo cuanto me propusiera en la vida... y solo por demostrarle a mi madre que se podían hacer muchas cosas aparte de ser una súper modelo, insistía en destacar y regodearme en cualquier actividad que participara... me gustara o no...

—Sí, eso no ha cambiado demasiado.

—El día... —Tuve que tragar saliva para suavizar el nudo que los recuerdos ingratos hacían en mi garganta—. Cuando mi madre murió, vi a mi padre perdido, llorando como un niño... suplicándole a mi madre que no le abandonara...

—Enid... —En ese punto, ni podía parar de hablar, ni de llorar.

—Comprendí que lo había entendido todo del revés... Mi madre, sin diplomas ni licenciaturas, con una profesión en la cual debía de pasar horas posando estática y sonriendo sin ganas... era el motor de la familia... Yo, ya no tenía nada que demostrar y decidí hacer lo que siempre deseé.

—¿Cómo se lo tomó tu padre?

—Puede que tenga una espinita, él siempre dice sentirse orgulloso de mí... Aunque, salvo excepciones, los padres se enorgullecen de cualquier talento de sus hijos... y lo exageran.

—Salvo excepciones... tú lo has dicho. —Acaricié mi cara colocando su dedo índice en mi barbilla. Enderecé la espalda y nos miramos—. Enid, cuando todo esto pase, cuando mi hijo esté recuperado... tenemos que hablar.

—Déjalo, por favor... Ya te dije, no pienso contar nada de lo sucedido a nadie de tu familia.

—Y yo a ti, que no me importa si lo haces.

En ese instante de confusión se abrieron las puertas y una enfermera descendió las escaleras visiblemente molesta con nuestra presencia allí.

—Hay un cartel indicando «prohibido el paso a toda persona ajena al servicio del hospital». —Y se cruzó de brazos delante nuestro.

—Sabemos leer. —No le había dedicado ni un vistazo de reojo, seguía concentrado en mí—. Volvamos a la sala de espera, estarás más cómoda.

Se levantó tendiendo su mano para ayudarme a ponerme en pie y la tomé.

Muy a mi pesar, una vez comenzamos a subir las escaleras se la solté, bajando la cabeza para no encontrarme con su mirada.

Aquel impase afectivo solo era la respuesta a la unión de nuestra mutua angustia. No podía permitir que aflorara la ilusión de los sentimientos, cuando superáramos ese momento tan dramático él volvería a ser Matthew Frederick Prescott y yo la insignificante Enid.

Sostuvo la puerta permitiéndome pasar y la crucé abrazada a mí misma.

—Enid, a mí también me encanta escucharte hablar —confesó a mi paso.

—Vaya... por lo general, hablamos poco y discutimos mucho.

—Descubrí que era la manera más efectiva de arrancarte algo más de un monosílabo.

—Si en lugar de ladrarme el día que organizaste mi agenda te hubieras planteado una relación más cordial, podríamos haber hablado de muchas cosas.

—Tienes razón, a fin de cuentas, ser un estúpido gilipollas, no ha servido de nada —¿otra vez en clave?

—Matthew, sé que mi carácter no empasta con vuestras costumbres. Para mí educar es encontrar el equilibrio entre normas y confianza... y ese ambiente tan envarado que se respira en vuestra casa me resulta incómodo. No obstante, eres un buen padre, comprometido y cariñoso. Debí de haber sido más insistente sobre la vigilancia de Joel... —hablaba observándome los pies mientras caminábamos hacia la sala, cuando callé me sujetó del codo y nos detuvimos antes de entrar.

—Desde que mis hijos forman parte de mi vida todo cuanto creía importante y absoluto ha cambiado.

—Es natural.

—He luchado, Enid... supe que esto iba a suceder desde la misma tarde que me estrechaste la mano embadurnada de harina... —De nuevo yo cazaba moscas—. Estoy cansado de batallar conmigo mismo guerras perdidas... y me doy por vencido.

—Lamento haberte hecho sentir así... —Sin ser mi deseo, le había desplazado, ocupando un lugar que no me correspondía al interponerme en su ideal de educarles para una sociedad a la que yo no pertenecía—. No te desanimas, en cuanto Joel se recupere, me marcharé. Tienes razón, has de formar una familia junto a tus hijos según tus convicciones. Nadie ha de privarte de esa satisfacción.

Sonrió con calidez.

—Tú no te vas a ningún sitio.

Nos observamos de nuevo, retadores, sin mover los labios, y yo, con unas ansias inapropiadas de besar los suyos.

La puerta de la sala se abrió y Jared, con gesto mohíno aparecía tras ella.

—¿Dónde estabas? —¿era a mí? ¿Y entonando un reproche?

—¿Necesitabas compañía? —Matthew uso la sorna en lugar de la indiferencia.

Me veía de nuevo sacando la manguera para sofocar el conato de ira entre ellos, aunque, de continuar inflándome las narices con sus provocaciones les iba a dejar que se zurraran.

—No te preguntaba a ti. —¿A mí? En deje de novio celoso... Jared había escogido mal la respuesta.

—Estaba en el hospital, como tú.

Y entré apartándole con el brazo.

Aburrida de actitudes infantiles, ocupé uno de los sofás, ninguno de los dos pasó a la sala, en cambio escuché pasos alejándose.

Miré el reloj, eran las diez.

En silencio suplicaba para que mi niño siguiera peleando hasta la llegada del *iaio*. Papá tenía magia en los dedos, lo conseguiría...

Al recostarme mis huesos se quejaron, además sudaba en frío, ya no era cosa de la sala, era mi resfriado empeorando. Los pulmones no se llenaban del todo. Di por supuesto que era más por causa de la angustia que al exceso de moco.

Estaba sola y necesitaba dormir. Cuando volvieran a la sala ya recuperaría la compostura.

Regresé a Barcelona. Estaba de nuevo en la casa de mis padres en el extrarradio de la ciudad.

Abrí los ojos en mi dormitorio, mi maravillosa habitación que siempre consideré un refugio. Seguía tal como la recordaba, con las paredes salpicadas de fotos de mis exhibiciones de danza y patinaje.

Me arropé con el edredón suave y esponjoso de hadas, estrellas y unicornios contemplando el baldaquín lacado en blanco y gasa rosa.

El disfraz de Caperucita Roja con su capa y su vestido colgaban del pomo de la puerta del armario y en la pared, mis primeras zapatillas de ballet.

Tocaron a la puerta.

—Adelante. —Mi voz sonaba raro, añorada... El resfriado estaba atacando todos los frentes y taponaba también mis oídos.

—Hola, Caperucita... ¿piensas pasarte todo el día en la cama? —¿Cómo era posible?

—¿Mamá? —Su risa dulce invadió el cuarto y su mirada brillante y angelical lo iluminó. Era ella, no había duda.

—¿A quién esperabas? ¿Al hada de los dientes?

—No, mami... pero... tú... tú no puedes estar aquí.

—¡Faltaría más! No hay mejor lugar en el universo que al lado de mi Caperucita. —Quería tocarla, abrazarla... quería sentirla de nuevo y estiraba mis manos hacia ella con tal de alcanzarla.

—¡Mami! ¡Mamá! Te echo de menos todo el rato.

Lloraba desconsolada y ella, arrugando el ceño, confundida, se sentó en la cama.

Rodeó mi cuerpo estrechándome entre sus brazos, aspiré para llenar mis pulmones de su fragancia fresca y floral, el aroma a mamá que guardaba mi memoria.

—Cariño, estoy a tu lado... Tú eres una niña muy valiente, nunca lloras, y mamá siempre está contigo.

—No, mami... te fuiste.

—¡Ay, Caperucita! Un día dices que te agobio a besos y al otro que te tengo abandonada... ¡No hay quien te entienda! Solo he estado fuera un par de días.

—Mami... han sido miles de días... y necesito muchos besos, estoy muy triste.

—¿Y eso?

—Joel está muy mal, se ha caído y se ha dado un golpe en la cabeza.

—Bobadas, los niños os recuperáis muy rápido. Seguro que no serán más de un par de puntos, una herida de guerra y a correr otra vez... ¿Quién es Joel? ¿Un amiguito del cole?

—Mamá, soy mayor... Joel es el niño.

—Hija, parece que tú también te has dado un buen coscorrón... —Acarició mi cara colocando la palma en mi frente y me besó la punta de la nariz—. Enid, ¿te encuentras bien?

—No, mami... tengo frío y me duele el pecho.

—Voy a avisar a papi, ahora mismo regreso con él. —¡No! No podía permitir que se alejara y me ceñí a su torso pegando el oído por escuchar su corazón.

—Mami, no te vayas... por favor, no te vayas otra vez... cúrame tú... quédate conmigo.

—Estás ardiendo... —Se separó de mis brazos—. Vuelvo con papá enseguida.

—No... cúrame tú... estaré mejor si no te vas.

—Mi niña, qué tozuda... no llores más.

—No volverás, mamá... saldrás por esa puerta y no regresarás. No te vayas, quédate otro ratito... por favor, mamá... te quiero mucho, mami... no te vayas... te necesito tanto.

—Siempre, escucha... pase lo que pase, estaré a tu lado, de una u otra manera, mamá ahí estará.

—Mami, por favor... un poquito más.

—Ahora regreso con papi.

Se agachó para besarme de nuevo la frente y salió del dormitorio cerrando la puerta. En ese instante la oscuridad se introdujo tiñéndolo todo, ya no sabía dónde me encontraba, sin embargo, no quería estar.

—Enid... Enid...

—Mamá...

Abrí los ojos con temor, y me ubiqué al momento. Seguía en el hospital, adherida al cuerpo de Matthew igual a un Balanus a la concha de un mejillón.

Recuperé todo el color de la cara, incluso podría haber exceso de pigmentación roja.

—Lo siento, perdona... —Intenté separarme. No me lo permitió.

—Tienes fiebre.

—Razón de más para que me siente allí. —Señalé el lado vacío del sofá, reparando en ese momento en que aquella no era la sala de espera donde me quedé traspuesta—. ¿Qué es esto?

—Nos han habilitado un espacio privado.

—Vaya. ¿Me has traído hasta aquí en silla de ruedas?

—No, en brazos.

—Podías haberme despertado. —Cada vez alcanzaba un grado más el rubor de mis mejillas. ¡Qué bochorno!

—¿No estás cómoda? —¡Joder! ¡Estaba en la gloria!

—Prefiero sentarme en el sofá. —Sonriendo deshizo el abrazo—. ¿Sabes algo más de Joel?

—He podido bajar a la unidad de críticos, pude verlo a través del cristal... está abotargado... lleno de tubos y máquinas. —Carraspeó para mantener la compostura.

—Le suministran corticoides para reducir la inflamación del cerebro, eso irá remitiendo.

—Ha sido muy duro... más de lo que imaginaba.

—Mejorará... ya verás, los niños se recuperan rápido. —Esa frase... Mamá.

—¿Qué sucede Enid? —Mi llanto le agravó la preocupación.

—Nada... soñé con mi madre... debe de ser que esta situación me tiene más sensible de la cuenta.

—Y la fiebre... has delirado.

—Necesito un ibuprofeno, me estallará la cabeza en cualquier instante.

—Dame un minuto.

Salió de la habitación y no me había dado tiempo a cerrar los ojos que apareció con un analgésico.

—Tu padre ya ha tomado el avión. Sobre las nueve está previsto que aterrice.

—Bien... ¿Y Jared? —Se movió molesto con la pregunta mientras me acercaba un vaso de agua.

—En la mansión. ¿Necesitas algo de él?

—De él no, de mi casa, sí. He de avisar a Pat, debe de estar intranquila.

—Por eso no te inquietes, ya he hablado con ella.

—Ah... vaya.

—Kail te traerá algo de cena y ropa cómoda antes de ir a recoger a tu padre.

—¿Cómo de cómoda? Juré no volver a disfrazarme de Catherine. —Rio a carcajadas.

—¿Por quién me tomas?

—Solo aviso.

—Ni enferma envainas la espada.

—¿Qué espada? Crucé el océano con su ropa, Pat aún se parte de la risa con el recuerdo.

—Fue una noche interesante. —Sonreía recordando.

—Tuviste mucha suerte.

—Ni que lo digas —tuve la sensación de no hablar de lo mismo.

—¿Qué hacías allí al borde del coma etílico?

—Estaba muy cabreado contigo. —¡Menuda novedad!

—Tampoco me sorprende, pero... ¿por qué?

—Me frustra que siempre me digas que no.

—Vaya... y decidiste ahogar el cabreo en whisky barato.

—Eso fue después, cuando ya no estaba cabreado.

—Vaya.

—Sí, vaya.

—Joel e Isona se nos emborracharon una vez, deberían de tener cuatro años. —No pude reprimir la sonrisa.

—¿Su primera borrachera con cuatro años?

—En verano me los llevaba a Suances y también pasábamos unos días con mis abuelos en Asturias. Tienen un huerto de manzanos con los que elaboran sidra casera en un lagar muy primitivo. El abuelo había rellenado alguna barrica y al salir, se dejó la puerta del hórreo abierta... y ya se sabe, un descuido se convierte en el objetivo inmediato para un niño.

—Se pusieron tibios de mosto fermentado.

—Les habíamos estado escuchando reír y jugar, pensamos que enredaban en el jardín y cuando dejamos de oírles nos asustamos... estaban durmiendo la mona, coloraditos... una paz que jamás hemos vuelto a disfrutar.

Reímos contenidos, pero un inoportuno ataque de tos frenó el momento. Él, sentándose a mi lado comenzó a masajearme la espalda y un escalofrío, que no fue producto de la fiebre, recorrió mi columna.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Me he perdido demasiadas cosas estos diez años.

—También te has ahorrado los tres primeros que fueron horrorosos, en cambio podrás disfrutar de los sesenta restantes.

—¿Por qué no hablan de Evelyn?

—Por lo mismo que no lo haces tú.

—Me avergüenza reconocerlo, pero prácticamente no tengo recuerdos de ella. No puedo comentar nada de su madre porque no la conocí en realidad.

—La neurociencia estima que los primeros recuerdos se forman a partir de los seis años, los anteriores se pierden si no reciben estímulo. Isona es más madura, mantiene viva su memoria, sin embargo, Joel es más pragmático, mira hacia delante.

—Ven. No soporto verte tiritar de esa manera. Ha de visitarte el doctor.

—Es una gripe mal curada, solo sirve el paracetamol.

—¿No decías que no eras médico?

—Me he criado con uno, el mejor.

—Eso también ha sido un descubrimiento. Eduard me ha comentado que podría vivir de conferencias y artículos científicos, sin embargo, trabaja para la sanidad pública.

—Es médico vocacional, ejercer sin valorar la situación económica del paciente es su principal motivación... bueno, eso y demostrarle a mamá que su sacrificio fue recompensado.

—No entiendo.

—Mi madre sufragó todos los gastos universitarios, manteniendo un hogar y a una niña. Infinidad de horas posando, viajes intempestivos, poco tiempo en familia... Y, cuando todo comenzó a ordenarse, a equilibrarse... cuando mi padre empezaba a destacar y a sentirse parte contributiva, se acabó.

Silencio.

—El mío se largó —la confianza me cogía medio adormilada.

—Lo sabía.

—¿Y qué más sabes?

—Generalidades...

—Al principio... ¡Joder! ¡Cómo me enfadé! —no me revelaba nada extraordinario—. Desde hace unos meses, le disculpo.

—Vaya.

—Un día contactó conmigo y retomamos el trato. Tengo una hermana adolescente, su mujer es encantadora... viven en Londres.

—¿Y lo sabe tu familia?

—¿Tú qué crees? —sí, la pregunta por obvia se contestaba sola.

—¿Y Catherine? —rio quedamente—. ¡Hala! Eres un tipo con muchas incógnitas.

Me estrechó con más fuerza entre sus brazos y me removí para que aflojara el lazo, no por ser tan agradable a innecesario, sino porque permitirle estar tan cerca podría generar falsas expectativas... en mí. Sin embargo, no me soltó.

—Jamás había hablado tanto con una mujer.

—¿Y qué hacéis cuándo estáis solos? —Ahí casi se le escaparon las carcajadas. Su risa era grave, varonil... sexi—. Vale... capto, no necesito explicaciones.

Continuó riendo y yo me acomodé entre sus brazos. Para el caso, si a él no le incomodaba, me aprovecharía de la situación.

—Tampoco una mujer me había hecho reír tanto.

—Deberías de ensayar el tema de los cumplidos, no suenan a halago.

—Qué cualidad más bonita la tuya esta de difuminar el dolor.

—Ese sí. Por cierto, ¿dónde está el idiota de Matthew Prescott?

—Aquí mismo, dispuesto a hacer las cosas mejor.

Tocaron a la puerta e intenté incorporarme, no era correcto que nos encontraran en aquella posición, iba a casarse en un mes escaso y yo me estaba aprovechando de su vulnerabilidad.

—Ni te muevas —susurró a mi oído.

—Matthew...

—Es Kail.

—¿Y qué? —Forcejeé sin brío.

—No te esfuerces... ni te inmites —cuchicheó de nuevo—. Adelante.

Kail pasó con dos cajas, una de ellas con el nombre de una tienda exclusiva de ropa casual.

Mientras a mí la situación me encarnaba las mejillas y el calor del bochorno me subía hasta las orejas, él no se escandalizó, ni tan siquiera descubrí un indicio de perplejidad.

Yo obtuve una lectura paralela del momento: estaba acostumbrado a encontrarlo en compañía femenina.

—Buenas noches, ¿cómo sigue el pequeño? —La caja con ropa la depositó en el aparador con revistas, y la otra, encima de la mesa auxiliar frente a los sillones.

—Igual, no ha habido cambios.

—¿Qué tal Enid?

—Bien, gracias.

—No lo está, pero no va a admitirlo. —En aquel instante la fiebre se igualaba a mi soflama—. ¿Has podido cambiar la agenda?

—He anulado todas las reuniones tal como solicitaste, aunque el Sr. Sparrow insiste en que le llames.

—Bien, ¡qué remedio! En un rato lo haré, antes de que sea más acusada la diferencia horaria.

—Pues si no dispones nada más, me marcho. Para cualquier necesidad que surja, ya sabes Matt.

—Te lo agradezco. Ocupate de las eventualidades, solo contacta conmigo si es indispensable. Confío en ti.

—Pierde cuidado. Todos deseamos que Joel se recupere.

—Gracias, estoy convencido de que no va a defraudarnos.

—Adiós, Enid... cuídate.

—Lo haré, gracias, Kail.

Salió de la habitación cerrando tras de sí.

—Ahora puedes incorporarte.

—¡Pues vaya gracia! Pasar el mal rato para nada. Tenía la pose tomada.

—Después de cenar, la buscas de nuevo.

—Matthew, no tengo apetito.

—Me da igual, lo pones. —Abrió ante mi estupefacción la caja con el logo de Embers Crowne Plaza.

—Son las cuatro de la madrugada... ¿quién cocina a las cuatro de la madrugada?

—El dinero no tiene horario.

—Seguro que para el restaurante del hospital tampoco.

—La comida del hospital no abre el apetito.

—No te lo tomes a mal, pero no estoy con ánimo para una cena gourmet, mi paladar no va a ser capaz de identificar los sabores.

—Es comida suave y fácil de digerir.

—Matthew...

—Enid... me toca un pie lo que digas.

—Vaya. —Me la devolvió.

Retiró la tapa de un bol de cerámica y cuando el aroma de la sopa se introdujo en mis fosas nasales el estómago hizo amago de recuperarse. Con la cuchara en la derecha y el cuenco en la izquierda... ¿Pretendía darme la sopa?

Sí, no podía salir de mi asombro, a lo peor mi mente febril estaba intercambiando las coyunturas y el delirio me mostraba a un Matthew solícito en lugar de al lobo feroz, que en vez de tratar de comerme prefería alimentarme... No sé, todo era muy confuso.

—Matthew, puedo sola.

—No, sigues temblando, el caldo no llegaría a la boca.

—Puedo beberla directa del bol. —Parecía escucharme, pero ni soltó la cuchara ni me entregó el cuenco.

—¿Alguna otra objeción?

—No.

—Abre la boca. —Entrecerré los ojos a la par que apretaba los labios, con terquedad de párvulo—. Bien, si no la abres, te taparé la nariz y lo harás a la fuerza.

—No serás capaz.

—Ponme a prueba.

Y la abrí.

Llevó la cuchara a mi boca, olía tan rico que cerré los ojos paladeando antes de tragar, una de mis múltiples manías expresivas de satisfacción cuando el manjar lo valía.

Cuando los abrí de nuevo la intensidad de la mirada de Matthew me agitó más que la fiebre.

De nuevo rellenó la cuchara repitiendo la tarea, sin embargo, en aquella ocasión no le retiré la mirada.

Parecía tan afectado como yo, tomando el aire con dificultad, alterado...

así continuó con su cometido.

Jamás imaginé lo erótico que podía resultar el simple hecho de llevar una cuchara a la boca de una enferma. Podía influir la visceralidad de mis sentimientos capaces de hacerme descender al infierno o volar al paraíso.

Con el último caceo, un silencio lleno de tensión sexual nos embargaba denso. Podría no ser su ideal de mujer, pero me deseaba igual que la noche que no nos importó nada.

Mi cuerpo bajo su embrujo se sacudió de nuevo y los tembleques de la fiebre lo hicieron pasar desapercibido.

—¿Ves? Tampoco ha sido tan malo —la sensualidad de su voz agravaba mi desasosiego interno.

—Estaba muy bueno.

—¿Vamos a por el segundo? —Iba a desmayarme de continuar escuchándole en modo seductor.

—Estoy llena... ¿hay postre? —Rio quedo... sexi... malote.

—No es de chocolate.

—No importa.

Abrió otro envase más plano y una mousse de frutas del bosque convirtió mis papilas gustativas en líquido espeso. De nuevo tomó la iniciativa de darme de comer, y si un simple caldo ya había alterado mi organismo, el postre iba a hacernos padecer lo indecible —sí, hacernos, él también lo sufría — con cada cucharada.

Al terminar, depositó el cuenco sobre la mesa y con una de las servilletas de paño del hotel se cuidó de limpiarme las comisuras. Yo para entonces había perdido movilidad, sostenía el aire en los pulmones esperando acontecimientos.

Nos sostuvimos las miradas al punto de intercambiar el color de las pupilas, hasta que, con ademanes vacilantes posó sus labios sobre los míos.

No lo detuve, la ternura con la que me besaba era deliciosa y supe que buscaba mi complicidad... y la halló.

Nuestras lenguas se iniciaron en una danza ancestral de sensualidad y deseo, reconociéndose, saboreándose... un beso interminable e intenso... por poco, orgásmico.

Su mano inspeccionó mi vientre por debajo del nada sexi pijama de enfermera, y al rozar mi estómago toda la piel se erizó como al contraste con

el frío, aunque no fue peor que el jadeo casi doloroso que se escapó de su garganta al notarme con las yemas de sus dedos.

En ese instante —no sé si para mi desgracia o nuestra fortuna— un atisbo juicioso le obligó a retirar la mano, con una caricia final cuyo cosquilleo trepó hasta mi coronilla. Se separó despacio, cauteloso y antes de apartarse de mis labios, los besó una vez más, como si alejarse de ellos le costara la propia vida. Me sentía tan enferma como poderosa.

—Esto no está para nada bien —manifesté por disculparme, aunque sin expresar la realidad.

—Es maravilloso, Enid... Mi padre estaba en lo cierto.

—¿Tu padre? ¿De qué hablas?

—Ven, acomódate de nuevo, duerme un poco. Mañana nos espera un día muy complicado y estás enferma.

—No me vas a contestar.

—No.

Me acurruqué haciéndome hueco hasta encontrar la pose idónea, y no costó demasiado, nuestros cuerpos parecían dos secciones separadas de un mismo molde, encajábamos a la perfección... Definitivamente, seguía delirando.

—Te aviso para que no te venga de sorpresa...

—Eres inmensa, Enid... —Negaba riendo, aunque el tono fue impaciente, para nada de cumplido.

—Sí, sí... tú ríe, pero en tres días la gripe te va a delatar. La forma más rápida de contagio es el intercambio de fluidos.

—Mi sistema inmune es envidiable, el terror de todos los virus...

—Matthew... ¡venga!

—Y adoro tus fluidos. —Retorcí el pescuezo al punto del nudo, con los ojos fuera de las órbitas, y cómo no, con la cara Rouge Coco Chanel.

—Estás... ¡tarado! —Desenroscando el cuello, retomé mi posición de descanso.

—Enid.

—Uhm...

—Tenemos que hablar.

—Cada vez que escucho de labios de un Prescott esa frase, se me rizan las pestañas. —Rio muy quedo, por no romper la calma de la madrugada, yo lo notaba en el movimiento de su pecho, y ese espasmo tan corriente, me hizo

feliz.

—Eres adorable.

—Adorable..., pues vaya. —Eso pensaba yo de los hámsteres o de los cachorritos de cualquier especie.

—Esa conversación pendiente ha de darse en un marco íntimo y tranquilo. Necesito expresarme y que me escuches... pero, para encontrar ese punto de sosiego, es imprescindible que mi hijo esté fuera de peligro, que nada pueda empañar lo que he de decirte.

—Matthew, no te agobies con temas a zanjarse, no soy una niña, puedo gestionar esto como cualquier adulto.

—¡Ay, Enid! —Suspiró—. No entiendes nada, es eso, ¿verdad?

El sopor febril impedía mantenerme despierta y orientada. Intentaba seguir el hilo, responder con coherencia, y comencé a divagar entre la realidad y los sueños.

—De veras, no importa.

—Sí, y tanto que importa.

Apreciaba más sus dedos acariciando mi cara y cuello a sus palabras. Y supe a ciencia cierta, que de no encontrarme tan débil, no estaríamos hablando tanto.

El teléfono zumbó.

—Disculpa. —Moviéndose lo sacó del bolsillo del pantalón interrumpiendo lo que estaba llamado a ser un momento zen de enfermo—. ¡Joder! ¡Pero qué hombre más pesado!

—No te cabrees y contesta, antes te atiendas, antes te lo quitas de encima. Yo me estiro en el sofá. —¡Jolines, con lo súper a gusto que estaba!

—Ni de broma. Respondo contigo en brazos.

—Vale.

Me acomodé de nuevo como un patito entre las plumas de la mamá pata buscando el calor que la fiebre me arrebató, y descolgó.

—Buenas, Daniel... Sí, te agradezco el interés... No, aún nada, es pronto todavía... Por descontado... Mañana lo valorará un reconocido neurocirujano pediátrico...

Y arrullada por la voz de actor de doblaje de Matthew, saboreando la jugosidad de aquel beso tan esperado y su piel sobre la mía me quedé dormida.

Sin embargo, la maldita fiebre proyectaba imágenes sicodélicas que hicieron del descanso una utopía. Joel, aparecía blanco sobre rojo, inánime... yo corría sin moverme del sitio o me despeñaba, y por tal de frenar el batacazo, estiraba manos y piernas, entonces los brazos de Matthew se estrechaban a mi cuerpo impidiendo la caída también.

—Enid, *komorebi*...

—Uhm...

—Debemos de ir a recoger a tu padre, su avión tomará tierra en una hora.
—*Snip, snap snout, this tale's told out.* [\[103\]](#)

—Oh... sí. —Me incorporé con el cuerpo momificado, y de nuevo mi rostro tomó la tonalidad del punto de la bandera de Japón al comprobar la sudada de la fiebre sobre su camisa—. Lo siento, debería haberme acostado en el sofá.

—A pesar de que la posición no has sido la más cómoda y que mi ropa está empapada igual que después de correr una maratón, solo cambiaría estas horas, por las mismas en otra situación y otro emplazamiento.

—Matthew, no es el mejor momento para andar con acertijos, me cuesta tanto seguirte como levantarme. —Comencé a ver gestos insólitos en su mirada, como la dulzura, y le sonreí porque ese Matthew aún era más perfecto que en mis fantasías.

Levantando un pelín mi mentón se propuso darme los buenos días dejándome sin aliento, con un beso tan exquisito como delicado... ¡Hubiera firmado en blanco por despertarme así cada mañana el resto de mi vida!

—Ten paciencia... —sus palabras cálidas iban acompañadas de una caricia.

—No has de pedirme nada... Matthew, no me debes nada.

Me senté y el cuerpo me dolía de la tensión muscular, no podía desencogerme, aunque aquellos tembleques tan agudos parecían haberme dado un respiro.

—¿Has hablado con los médicos?

—Sí. La medicación que le recetó tu padre ha logrado reducir la inflamación levemente, pero los hematomas no parecen haber menguado. El escáner no mostraba reabsorción.

—Es pronto, los corticoides han de ir mezclándose con la propia química del organismo, que no haya aumentado la presión intracraneal es un dato muy

optimista.

—Confío más en tus palabras que en las de los propios neurólogos.

—Pues muy mal hecho, yo solo sé de edificios...

—Sí, Enid..., ya. —¡Pero bueno! Menuda manera más impertinente de callarme—. Te acompaño al aseo para que te cambies. —Estaba de guasa.

—Frena Casanova, voy solita. —Sosteniéndome del respaldo del sofá me levanté sin prisas, no por no tenerlas, sino por no caerme y que su urbanidad le exigiera acarrearame en brazos.

—Enid, dime, ¿cuándo te lo he preguntado o propuesto? —Y, como me temía, me alzó en vilo.

—¡Que puedo sola! ¿Me has oído?

—Sí, alto y claro.

—Entonces, tu problema es de actitud.

—No, estás enferma, no deseas que te visite otro medico que no sea tu padre... Es mi obligación moral. —No será capaz de... ¿O sí? ¡Oh no! Debía de atajar aquello de inmediato.

—Muy bien, eres todo un caballero. He llegado al baño sin daños estructurales... ahora, yo dentro... tú, fuera.

—No. Podrías caerte. —¡Venga ya!

—Matthew...

—Matt... —Alcé una ceja junto con el índice, mientras él me depositaba cual vasija de porcelana en un taburete.

—No puedo vestirme sin pasar por la ducha... llámalo uso o costumbre, pero suelo hacerlo ¡desnuda!

—Ves, tenemos más en común de lo que piensas.

—He de miccionar.

—¿Te siento en la taza?

—¡Por el amor de Dios, Matthew!

—Matt.

Tendió su mano para ayudarme a despegar mi trasero de la banqueta, con un manotazo rehusé el gesto y pareció divertirle. Me senté en el inodoro con la dignidad a la altura de los tobillos.

—Matthew Frederick Prescott, como esto salga de entre estas cuatro paredes, juro por lo más sagrado de otros, que encontraré la forma de vengarme. —Reía a carcajadas, sin contenerse y el eco rebotaba en los

azulejos devolviéndolas más sonoras.

—¡Bah! Esto quedará en un hecho anecdótico sin importancia.

—Gírate, no me mires y tápate los oídos. —Solo faltaba que aparte de la humillación del chorrillo se sumara un gas furtivo, entonces, ni la muerte conseguiría que desapareciera el carmesí grana de mi cara.

Aún riendo, abrió los grifos de la bañera... ¿pretendería ahogarme?

—¿Para qué narices la estás llenando?

—Es más practico. ¡Demonios, hay que explicártelo todo! —exclamó fingiendo exasperación.

—Pero... tú... tú...—Sí, estaba enfadada. ¡Superada!—. ¡¿A ti qué te pasa?!

Se agachó colocando sus manos en mis rodillas, conectando nuestras miradas.

—Enid, *komorebi*... —¿*Komorebi*? Seguro que me insultaba y yo sin saberlo ¡Lo estaba arreglando!—, la fiebre persiste, no puedes tomarte otro analgésico porque no han trascurrido ni cuatro horas desde el anterior... este es un método efectivo.

—Quita, puedo sola.

—No.

—No quiero que me veas desnuda.

—Tú me has visto desnudo y en circunstancias más denigrantes. —A mí su desnudez solo me provocó deseo.

—Tú estabas alcoholizado y no fue un desnudo integral.

—Cuando me metiste en la bañera, ya no estaba borracho.

—Ni en porretas... No es lo mismo.

—¡Gracias al cielo! Si fueras un tío no me estaría tomando las mismas molestias.

—No te las tomes conmigo, puedo sola.

—Enid, no te canses, no vas a conseguir que cambie de idea, porque tú, a pesar de haber sido un cretino contigo, me llevaste con discreción a casa, cuidaste de mí y ayer tuviste la templanza y los huevos, para mantener a mi hijo con vida.

—No le des importancia, cualquiera en mi lugar habría actuado igual.

—Pero lo hiciste tú, así que..., seguimos el debate dentro de la bañera.

—¡Qué hombre más tozudo!

—Ya. Venga, se nos echa el tiempo encima.

—Me desnudo yo, y como no tengo nada de más ni de menos a otra mujer, no te recrees.

—No hago promesas que no voy a cumplir.

—¡Por qué tendré una voluntad tan pobre!

Yo me desesperaba y él se reía.

Me alcé arrugada por el frío de la fiebre y comencé a desabrocharme la casaca de espaldas a él.

—Estoy impresionado sobre lo bien que se me dan los niños —aludía a su técnica para convencerme que ni de broma habría servido para Isona o Joel.

—A mí me sorprende más que te hayas sobrevivido a ti mismo sin ahogarte en tu propio ego.

Ahí estaba el gran lobo Prescott desternillándose de risa con mi irritación... hasta que me deshice de la parte superior y mi espalda al completo quedó al descubierto.

—Enid... joder... —masculló afectado con la visión.

—Imagino que era lo último que esperabas encontrarte.

Se acercó para repasar el tatuaje de una rama retorcida de cerezo en flor que comenzaba en el pubis y recorría el lado izquierdo de mi espalda hasta el omóplato. Las hojas tenían efecto de desprenderse y volar convirtiéndose en estrellas que se iluminaban bajo luz ultravioleta.

—No, jamás hubiera esperado encontrarme algo tan... maravilloso.

Cruzando los brazos me cubrí el pecho antes de darme la vuelta para que comprobara toda la extensión del tatuaje... No logró disimular el asombro.

—Gírate, voy a bajarme los pantalones—. Pero, en lugar de obedecer, desató el cordón y se deslizaron sin dificultad.

—Siempre me has parecido salida de un cuento de hadas...

—Es un memorial.

Aproveché su fascinación para entrar sola en la bañera, sin embargo, cuando el agua hizo contacto con mi cuerpo comencé a temblar como si recibiera una descarga de doscientos voltios.

Recogiéndome todo lo que pude, pretendí recuperar calor mientras Matthew me lavaba la cabeza. Cualquiera podía pensar que el momento tenía su punto de placer erótico, pero no, el malestar del resfriado sensibilizó hasta la raíz del pelo y cada caricia era un tirón.

Él se empleaba en su tarea sin emitir sonido, después de enjabonarme el cabello tomó una esponja y frotó suave, primero espalda, cuello, brazos, torso... Muy metódico. Muy mecánico.

Yo me concentraba en no temblar.

—¿Puedes inclinar la cabeza hacia atrás? —Obedecí.

—Matthew...

—Matt... ¿por qué insistes con el nombre completo? Tú y yo ya hemos compartido algo más que un café.

—¿Estás molesto? —eludí su pregunta exponiendo la mía.

—No.

—Vaya.

—Es la única manera para que no se evidencie lo que no ha de evidenciarse.

—Me quedo igual.

—Despejarás tus dudas cuando salgas del agua.

Enrolló mi melena en una toalla pequeña.

El baño me había sentado bien, de tener fiebre no lo notaba y salí con menos pudores de los que entré. Él me esperaba con los brazos cubiertos por otra toalla del tamaño de una sábana y cuando estuve fuera me envolvió en ella, aprovechándose de la proximidad para ceñirse a mi cuerpo pegado a mi espalda.

El beso en el cuello recorrió mi organismo y estremeció mi intimidad, aquel hombre disponía de la particularidad de excitarme con un roce y sin apetito sexual.

—Supongo que ahora entiendes mi silencio —musitaba a mi oído a la par que movía las caderas restregándose en mi trasero, notando algo rígido que no era el cinturón.

—Podré vestirme sola, no te apures.

—Yo, con tu permiso, me tomaré una ducha bien fría... esta situación es tan desconcertante para ti como para mí, hasta ahora sabía contener mis instintos primarios.

—Esperaré fuera.

—Enid, no creo que vayas a ver nada que no hayas visto antes.

—Mejor me visto fuera.

—Es imposible controlar el deseo que me provocas...

Me dio media vuelta en el arco de sus brazos y con una ternura al punto de la delicia, besó mis labios reposando después su frente sobre la mía.

—Estás cansado —afirmé... Asintió.

—Tengo a mi hijo debatiéndose entre la vida y la muerte, me siento un ser inútil con una angustia inmensa incomparable con ningún mal anterior... y sin embargo, tu voz logra que toda mi desazón sea llevadera.

—Hasta el peso de una pluma es menos si dos la sujetan... Sabes que amo a tus hijos y empatizo con tu dolor, te sientes arropado... ahora estás confundido, pero cuando todo esto pase te será más sencillo ponerlo en la perspectiva correcta.

—No estoy confundido... eres mi *Komorebi*. —Buscó mi mano entre los pliegues de la toalla y se la llevó al pecho—. Ahora solo necesito que esto que oprime mis pulmones, desaparezca.

—¿Qué significa *Komorebi*?

—Es un término japonés que se traduce como «los rayos del sol que se filtran a través de las hojas de los árboles».

Pensé: «¡Vaya!», pero no lo dije, solo me dejé arrastrar por una fuerza cósmica e irracional que apoderándose de mí me alzó de puntillas para alcanzar sus labios y besarle con una pasión inusitada en mí, que siempre fui más de dejarme llevar.

Tuve que hacer un verdadero ejercicio de contención para abandonar su boca. Me abracé a él, apoyando mi cabeza entre su esternón y cuello, aspirando aquel aroma que me sedujo por encima de las palabras hirientes.

Percibía una conexión profunda e íntima jamás experimentada, más allá del sexo y la atracción física... fue una fusión, como si hubiéramos partido hacia ninguna parte sin saber qué buscar y tras un largo viaje lleno de decepciones, el destino entrelazara nuestros caminos cuando ninguno estábamos necesitados de amar a nadie, solo elegir con quién seguir caminando.

También podría ser que el exceso de temperatura en mi cuerpo hubiera convertido mi cerebro en un plato de casquería y todo fuera producto de una crisis hipertérmica.

Por mi bien, rogué para que fuera eso... Matthew, afligido, buscaba consuelo en aquel que pudiera compartir su dolor con total conocimiento de causa confundiendo el culo con las ténperas...

Aflojé mi abrazo sabiéndome una idiota emocional al aprovecharme de la situación desesperada que aquel hombre padecía, aunque continué fingiendo

no serlo.

—Matt. —Sonrió satisfecho—. Ve a ducharte, me vestiré aquí.

—¿Podrás esperarme? —pestañeé desconcertada ante su tono algo ansioso.

—Te he dicho que me visto aquí. Superaré el mal trago de verte desnudo otra vez.

Rio pegado a mi boca y en esta ocasión fue él quien decidió besarme. Ya eran muchos besos, todos se iban introduciendo en mi torrente sanguíneo y formaban parte de mis células... dividiéndose, multiplicándose... ¿Qué iba a ser de mí cuando no volviera a hacerlo? No podrían completar el ciclo, se detendrían en una interfase perpetua convirtiéndome en un ser lánguido y apático, un residuo de mí misma.

¿Cómo había permitido que sucediera?

¡Con lo inteligente que me creía!

Me separé sin demostrar mis temores, debía de recuperar el sentido común antes de que fuera demasiado tarde.

—Enid... —Él se desvestía y yo me secaba los pies, por no mirar.

—Dime.

—Durante la mañana vendrá el resto de la familia... —Primer golpe sin cubrirme.

—Lógico. No me quedaré por medio, intentaré estar con mi padre tanto como me lo permita.

—¿Vas a dejarme hablar? —Entró en la ducha mientras yo le observaba el trasero—. Justo eso es lo que no quiero que hagas. No se te ocurra desaparecer.

—Sé donde sobro. —Se volvió dejándome contemplar todos sus encantos—. ¡Gírate!

—¡Qué delicada! —exclamó entre risas—. Te cansarás de verme así.

Que me tocara un pie las astas de venado coronando la frente de Catherine, era diametralmente opuesto a convertirme en una de sus queridas habituales.

—Te estás equivocando conmigo.

—Conocerte, te conozco poco, pero equivocarme me equivoco menos.

—Vale, lo que tú digas.

Acabé de vestirme justo cuando cesó de correr el agua. Le acerqué un par de toallas de la estantería metálica. Se anudó una a la cintura cubriendo sus inocencias y con la otra eliminó el exceso de humedad del cabello, pecho y

espaldas. A mí volvía a subirme la fiebre.

Me tomó de la cintura de improviso y me comporté de nuevo como una muñeca de trapo.

—Te gusto más de lo que piensas.

—Tú qué sabrás.

—Te resistes... pero, créeme, es inevitable —no iba a confesarlo.

—Matthew, vístete, no quiero llegar tarde.

—¿De nuevo Matthew?

—Vístete.

¡Ja, para mí, si imaginé que iba a obedecer sin más!

Antes hubo de dejar constancia de sus teorías sobre la atracción, se sabía las leyes de la física a pies juntillas. Le conferí tanto poder sobre mí que había olvidado todos sus desaires transformándome en un pelele a expensas de su disponibilidad y humor.

Me permití observarle de soslayo mientras me ataba las deportivas retirando la mirada por miedo a babear. No comprendía como Catherine y él no compartían habitación, yo no dejaría que durmiera solo, menos que aquel glorioso cuerpo pasara frío.

Tras peinarse con los dedos, se secó la mano y tomó la mía con la intención de salir como si tal cosa de aquel apartamento dentro del hospital. Podía estar enamorada hasta el tuétano, pero algo de moral me quedaba y forcejeé para soltarle.

—¡Eh! ¿Ahora qué te pasa? —Aún se sentiría con el derecho a enfadarse.

—Que tengamos la sensatez sujeta por alfileres no precisa de exposición pública.

—No quiero que nos ocultemos como si fuera algo... indecente.

—¡Joder, Matthew! ¡Lo es, tío!

—¡No! ¡Para nada!

—¡No me grites! —exigí... gritando. Un brillo felino sumado a una sonrisa perversa casi me deja en el sitio.

—Esto promete... —¿El qué? No podía arrugar ni juntar más el ceño, cada vez le entendía menos y a él le resultaba de lo más jocoso—. Salgamos, no quisiera causarle mala impresión a tu padre.

—Papá es un hombre con muchas cualidades, pero solo es puntual cuando ha de operar. Lleva el reloj para saber por cuánto se retrasa, no tendrá en

cuenta ese detalle.

—Yo no soporto llegar tarde.

Me negué en rotundo a ir de su mano, solo faltaría que después de aquel discurso lacrimógeno de Eleonor horas antes, las revistas nos sacaran en portada. Eso sin contar el drama griego que montaría su prometida, no a él al que no osaba toserle, sino a mí, y para qué engañarme, con toda la razón.

Nos dirigimos al parquin del hospital, y para mi sorpresa Terence no nos esperaba.

—¿Conducirás tú?

—Sí. ¿Algún problema?

—No si lo haces bien.

—Yo no hago nada mal. —¿Otra sonrisa maligna...? Iba a desleírme como los azucarillos.

—Matthew, ¿tanto te cuesta ser más sencillo?

—Contigo, sí.

—Perfecto, pues nada... a seguir aguantando machadas.

Abrió mi puerta y besó mi mejilla de sorpresa. Era incorregible.

La piel del asiento del vehículo no era para nada cálida, aun así, me acomodé cerrando los ojos por controlar el dolor de cabeza. Me sentía lenta y con una pesadez al respirar preocupante.

Mi padre iba a enfadarse conmigo y no era el momento para estar intranquilo por un resfriado mal curado.

Salimos del garaje, yo soportando el malestar y él con su mano en mi muslo. No le corregí, me gustaba sentir la presión de su tacto.

—Enid... nena. —¿Me había dormido? La fiebre tenía deprimido mi organismo y funcionaba a ralentí—. Hemos llegado.

—¿Nena? —Me gustaba más el de antes, como mínimo era más original.

—Sí, eres mi nena.

—¿Dónde está el documento de propiedad?

Buscó mi mano y sonriendo se la colocó en el centro del pecho. ¿Cómo respondía yo a ese gesto?

—Enid...

—¿Tienes un analgésico? Me va a estallar la cabeza. —No quería escuchar más frases amables, todo cuanto expresara durante aquellas horas de incertidumbre no tendrían valor después.

—No puedes tomártelos tan seguidos.

—Me tratas de drogadicta. —Entornó la mirada harto de mis quejas, y eso que le gustaba escucharme hablar—. Si revienta mi cráneo cual sandía con un petardo dentro, tú serás el único responsable.

—No permitiré que eso suceda.

¡Y no me lo dio!

De la mano, esta vez no hubo manera de convencerle, caminamos hasta la sala VIP y ocupamos unos sillones que llamaban a mi trasero casi a voces, y no corrí a calmar el desasosiego en aquellos elementos previstos para el descanso por decoro, en cambio, me dejé caer encima con la elegancia de un orco.

Matthew, a mi lado sin perder la suya, comprobaba mi temperatura con un par de dedos sobre mi frente.

—Estás ardiendo otra vez —intranquilo resopló.

—¿Has traído drogas?

Elevó las manos al cielo en un gesto de impotencia innecesario. Sin más, se fue.

Me dolían los globos oculares del exceso de calor y los cerré para darles un descanso.

—*Komorebi...*

—Sí...

—Toma, desayuna algo antes.

—No tengo apetito y me sabe fatal despreciarlo, te estás tomando muchas molestias.

—No son molestias, es lo mínimo que te mereces—. No tenía fuerzas ni para sonreír.

—Lo siento, pero no puedo ni masticar.

—Prueba, yo te ayudo.

—¿Piensas deglutir los alimentos por mí? —Rio contenido.

—Con una tostada sí podrás. Si te medicas, has de comer.

—Eres peor que mi padre.

—No quiero ser tu padre. —El doble sentido era evidente.

—Pásame la tostada y agua.

Me tomé el analgésico y despacio fui masticando el pan. Él repasaba el diario de la mañana, tan serio como sexi.

Las pestañas debían pesar un quintal, de cerrar los ojos me adormilaría de nuevo, e intenté concentrarme en los detalles ornamentales de la sala en cuestión por mantenerme despierta.

Al escuchar deslizarse la puerta que quedaba a mi espalda me volví por instinto, y con paso firme y apresurado vi entrar a mi padre.

Me levanté de un brinco, Matthew separó la cara del diario colocándolo encima de la mesa, también se levantó, pero no se movió del sitio.

—¡Papá!

—Hola, bichito. —Tal como sus brazos rodearon mi cuerpo las lágrimas anegaron mis ojos.

—Papá... ¡Cuánto te he echado de menos! —Me besó la frente.

—Enid, hija... estás hirviendo.

—Solo es un constipado, cogí algo de frío.

—¿Te ha visto un médico?

—Pareces cansado, papá.

—Eres tan cerril... Si estás en el hospital, ¿por qué no te ha visitado un médico? —Un puchero infantil de tristeza infinita fue mi respuesta y estrechó su abrazo en lugar de insistir con la reprimenda.

—Buenos días, Dr. Recassens. Espero que el vuelo haya sido tranquilo. Soy, Matt Prescott.

¿Matt? ¡Matthew! ¡Era Matthew Prescott!

—Ha sido de mucha ayuda el poder utilizar dispositivos móviles para consultar los informes, así las horas han pasado sin apenas enterarme.

—Estoy en deuda con usted, no sé si podré compensar su disposición y preocupación por la salud de mi hijo.

—Sus hijos son parte de mi familia.

—No me cabe la menor duda.

—Me gustaría ver a Joel antes de reunirme con los neurólogos.

Iba flanqueada por los dos hombres que más me hacían cuestionar mi probidad o la carencia de ella.

Llegamos al vehículo, mi padre abrió la puerta trasera y se introdujo en él, mientras Matthew acababa de meter el equipaje en el maletero, yo me senté a su lado.

—Papi... —siseé e inclinando la cabeza y me miró con ternura.

—Estoy muy preocupado, bichito... mira. —Desde su iPad iba

mostrándome partes sin color del cerebro de Joel.

—Está muy inflamada esta sección.

—Hay mucha presión. —Me apoyé en su hombro descorazonada—. Sobre todo, aquí... ¿entiendes?

—Sí. —Comprobé que Matthew buscaba mi mirada a través del espejo retrovisor.

—Luego, tenemos esta zona, está hundida.

—No veo esquiras, solo deformidad.

—Ajá, pero contiene el hematoma... Enid...

—Lo sé papá.

—Me asusta lo que muestra el escáner de ayer. —Debía de evitar la crudeza.

—Papá, aunque utilicemos el inglés con Matthew, habla el español con acento de Castilla... se está enterando de todo —musité sabiendo que nos escuchaba e intentaba establecer contacto visual conmigo.

—Bien.

—¿Cómo está la muñequita y Amelia?

—Con muchas ganas de verte. Pensábamos hacerte una visita a ti y a los chicos por Semana Santa.

—En cuanto Joel se recupere viajaré a España contigo. —De nuevo su mirada se reflejó buscando la mía. Me hice la desentendida.

—Bichito, ¿desde cuándo te cuesta tanto respirar? —Poniéndome los dedos en el cuello medía mis pulsaciones—. Enid, ¿cuándo te has tomado el antitérmico?

—No dramáticas, simplemente son mocos.

—Recuérdame quién de los dos es licenciado en medicina.

—Después de que veas a Joel me recetas algo si te quedas más tranquilo.

—Enid, en ocasiones me haces meditar sobre los correctivos físicos, un par de cachetes a tiempo no te hubieran ido nada mal. —Fui yo quien miré el retrovisor por cerciorarme como disfrutaba con el comentario.

—No te habría servido de mucho.

—Por lo menos tendría la sensación de haberlo probado todo.

—Te quejas por gusto.

—Puedo, soy tu padre, tengo derechos adquiridos que pienso ejercer.

—¡La que me montas por una puñetera gripe!

—¡Qué cruz contigo, hija!

—Podías achucharme y darme un mimo, en lugar de tanto regaño... ¡Jo! A Edith la consientes más.

—Anda, ven... no te mereces ni medio beso.

Y ni dejó de abrazarme ni de controlarme el pulso.

Recibieron a mi padre en el hospital con honores de embajador.

Médicos y directivos se reunieron en el vestíbulo para mostrarle su admiración y respeto. Para mi padre todas aquellas consideraciones eran puro marketing y sin llegar a ser impertinente iba encauzando la conversación hacia el tema prioritario.

Tuvo la deferencia de hablar con Matthew antes de trasladarse con todo el séquito de facultativos de prestigio y mamelucos anexos, hasta la unidad de cuidados intensivos. Sin embargo, se comportó como con cualquier familiar de cualquier paciente; ofreciéndole información tras valorar su estado.

Así, con todas las incógnitas sin resolver, estábamos de nuevo solos en la sala de espera exclusiva donde me había despertado.

Matthew salió a realizar unas llamadas y yo aproveché para estirarme en el sofá tapada con una manta, intentando frenar la tiritera propia de un chucho mojado.

Cerré los ojos y los abrí sobresaltada al escuchar un portazo

—Lo siento, nena... He intentado no hacer ruido, pero una corriente de aire me la ha jugado —supe que mentía.

—No importa.

—Tu padre me ha dado esto para controlar la fiebre.

—Me va ha dejar grogui... ¿Me acercas un vaso de agua?

—Te lo preparo, dame un minuto.

Se afanó en diluir el contenido efervescente del sobre y se sentó a mi lado. Incorporándome saqué la mano para sujetar el vaso.

—Puedo sola.

—Enid, no me cabrees.

—Eres muy mandón.

—Sí, ve acostumbrándote. Abre la boca.

Cual vegetal mustio, me dio de beber la medicina y tras tragarla, acarició mi mejilla con los nudillos. Cada uno de aquellos roces iban llenando mi alma de esperanza e ilusión y me nacía besarle, pero debía de mantener mi estoicidad demostrándome a mí misma que podría vivir sin eso... ¡Ja!

Me apoyé en el respaldo distanciándome medio metro, apaciguando aquel revoltijo de emociones orquestadas por la fiebre, y tirando la cabeza hacia atrás dejé caer los párpados.

—Enid...

—Dime.

—¿Qué te ha enseñado tu padre en el coche? —No disponía de la lucidez ni perspicacia para argüir excusas.

—Un escáner.

—Enid... no recuperemos las viejas y odiosas costumbres.

—Pues no me preguntes aquello que no puedo contestar.

—Aquello que no quieres contestar.

—No soy yo quien ha de hacerlo. —Enderecé el cuello y abrí los ojos, lo que los párpados me permitieron.

—¡Por el amor de Dios! Compártelo conmigo... necesito hacerme una idea, prepararme... saber lo que sabes y nadie se atreve a decirme.

Suspirando me senté de lado para poder conectar las miradas y tras unos segundos de meditar opté por la sinceridad.

—Si mi padre se entera pierdo la herencia.

—Te compensaré.

—No soy médico, solo puedo ofrecerte figuraciones.

—No me importa.

—Bien... —Resoplé desanimada—. Las lesiones tienen pinta de haber afectado la zona del lenguaje y el campo visual bilateral. No se aprecian derrames, aunque la inflamación es significativa agravada por la presión de los hematomas, cuya reabsorción está siendo muy lenta. —Apretó tanto la mandíbula que la tensión se marcaba en las sienas.

—Me estás regalando el punto de vista halagüeño...

—Matthew, eres inteligente...

—Sé mis sospechas... quiero las tuyas.

—¿De qué pueden servir?

—A mí, escucharte me ayuda.

—¿Sincera y cruda?

—Sí.

—Yo preferiría tener un hijo mudo y ciego al que poder enseñar a afrontar la vida con esas dificultades, ha convertido en cenizas dentro de una urna al que solo podré recordar y llorar.

Me pasé. Era un padre aterrorizado y mi delicadeza brilló por su ausencia.

De crisparse estaría en todo su derecho, podía haber buscado una manera de decir lo mismo sin semejante ejemplo.

En cambio, todo lo que pude ver en su mirada, en su gesto... fue una tristeza insondable. Tomó mi cara entre sus manos y aguantando el llanto repasaba con los pulgares mis cejas.

—Yo también prefiero eso, *komorebi*... —Me besó con ternura y pasando un brazo alrededor de mis hombros me atrajo hasta su cuerpo, invitándome a acomodarme en él—. Descansa ese par de horas que te dará de tregua la fiebre.

—Será mejor que me apoye en el brazo del sofá.

—No.

—Matthew, no es *com*...

—Enid, no.

—Pues, no.

La postura era incómoda, yo necesitaba estirarme y poco a poco fui recolocándome hasta que al final terminé por subir las piernas al sofá y me tumbé sobre su regazo. Él se entretuvo peinándome con los dedos, y fantaseé con disfrutar de aquello cada noche.

Pronto el relax y el analgésico se tradujeron en sopor de sueño.

—¿Se puede saber qué sucede aquí?!

La estridente voz de Catherine nos despertó con tal sobresalto que el corazón descontroló el ritmo. Me incorporé temblando, en esta ocasión del susto.

Las manos de Matthew me sostenían los hombros mientras intentaba sentarme. Me costaba un horror respirar, supuse que la agitación lo había empeorado.

—¡He hecho una pregunta!

—Modera el tono —le exigió a Catherine enfadado—. Estamos en un hospital, y, dormíamos porque llevamos en tensión desde ayer... ¿Puedes decir tú lo mismo?

A mí, las peleas propias o ajenas siempre me alteraban, encontrarme cerca ya era un fastidio, estar en el centro... arriesgado. Lo mejor que podía hacer era desaparecer y me dispuse a ponerme en pie. En ese instante, la puerta se volvió a abrir entrando Eleanor y Jared.

Hala, ya estábamos todos.

—¿Enid? —pronunció mi nombre mientras contemplaba la escena con estupor.

—Hola Jared.

Acercándose a Catherine iba endureciendo el gesto y observaba a su hermano con rabia manifiesta. Mi presencia no solo estaba de más, sino que acrecentaba el malestar entre el clan, por lo tanto, con la idea de avisar a Matthew de que me marchaba, giré el cuello y pude comprobar como le sostenía la mirada a Jared con sonrisa triunfal, manteniendo una comunicación no verbal en absoluto amistosa.

No estaba de humor para temprar talentos primitivos y me inquietaba cuánto podía saber Jared o qué tanto sospechaba, aunque, haciendo un análisis situacional, no había mucho margen para la especulación, cualquier cosa que imaginara, iba a ser cierta.

Me levanté entre olas de silencio expectante, todo sucedía en mi mente secuenciado con una lentitud aturdidora, notaba la masa gris densa como el engrudo.

Matthew se incorporó conmigo, mi única intención era escapar del enjambre de ondas de alto voltaje que se dedicaban los hermanos, e, inevitablemente debía de pasar delante de la Condesa del Guisante, ofendida como una reinona.

—Eres una puta. Una asquerosa y jodida puta.

Vaya... me sorprendió que entre tanto rezo y vocabulario refinado constaran las groserías, ni yo, más habituada al uso de alguna, hubiera hilado en una frase tan corta semejante ristra de insultos.

No sabría decir si en otro momento le hubiera contestado, en aquel instante ni me detuve a mirarla.

Entonces, presumo que al sentirse ignorada, me trabó el paso esquivando a Jared para soltarme un bofetón a mano abierta. Yo, con las energías justas para la supervivencia, no conseguí mantener el equilibrio y caí de nalgas sobre la mesa auxiliar, que gracias al cielo no era de vidrio y soportó el golpe.

Matthew se había apresurado por intentar sostenerme... mas no llegó.

—Eres una tarada —le espetó en una inflexión desconocida.

A mí, jamás me había hablado en ese tono, ni en los peores momentos de tensión entre nosotros, y puedo asegurar que de haberlo hecho, no hubiera tenido reños a contestarle.

—A un hombre se le pueden perdonar los deslices propios de su género...

pero ella no es más que una ramera.

—¡Cierra la boca! ¡Jamás! ¡Graba esto en esa mente estúpida tuya! ¡Jamás vuelvas a referirte a Enid en esos términos!

—Matthew, por favor... —probé de moderar los ánimos, la situación era bochornosa —. No me afecta ni me importan sus disparates.

—¡A mí, sí! —exclamó a la par que le dedicaba un repaso de pies a frente con el gesto de repugnancia que se reserva a las babosas y a punto estuve de apartarme por temor a que le vomitara.

Ella solo hacía que tragar aire, similar a los pescados recién depositados en las lonjas boqueando agonizantes por unos mililitros de agua donde sacar algo de oxígeno.

—¿Cómo eres tan cretino para hablarle así a la mujer con la que vas a casarte en un mes?!

—No me sermonees, Jared... hace semanas que agoté mi paciencia con vosotros. —¿Qué me había perdido?—. Enid, vamos a ver al médico, tienes los labios muy amoratados.

De repente, en mi visión periférica algo se movió hasta desplomarse sobre la moqueta.

Jared y Catherine se apresuraron a socorrer a su madre, aunque con la delicadeza medida y controlada que había caído, podían tenerla en cuenta para alguna película de época.

Por el contrario, Matthew, ni se inmutó.

—Os la vais a cargar —musité.

—Mi madre representa ser débil y desvalida... ¿recuerdas nuestra conversación sobre lobos y corderos?

No pude por menos que arrugar el ceño desconcertada. Yo ya conocía la técnica de dominación que empleaba la abuela, ser sumisa y conformista le garantizaba mantener a sus hijos bajo su yugo, pero que Matthew lo confesara compartiéndolo conmigo podría considerarse de alta traición.

—¿Entiendes ahora por qué no debía de estar aquí?

—Tú no te vas, los echaré fuera —afirmó enfadado con aquel sainete.

—No, tú necesitas a tu familia, yo necesito a la mía y descansar de verdad.

—Enid, no te escondas. Voy a solucionar esto y te quiero de vuelta. A mí me sobran todos menos tú.

—Me marchó...

—Enid.

—Me voy.

—Daré contigo, no te molestes en ocultarte.

En el escaso minuto que había durado nuestra conversación, Jared pudo reanimar a su madre ayudándola a ponerse en pie y la condujo al sofá.

Mientras todos estaban pendientes de su recuperación teatral, me escabullí con sigilo, aunque perseguida por la penetrante y atenta mirada de Matthew.

Entre los nervios, los mocos y las ganas de devolverle la hostia a la Condesa del Guisante, las pulsaciones seguían a un ritmo frenético con el que alentar se convertía en un esfuerzo sobrehumano.

En cambio, de haber estado en su lugar, yo también me habría sentido herida y eso la disculpaba.

Descendí un nivel por las escaleras jadeando como un asno asmático, apoyándome en la baranda con la intención de no acabar por bajarlas rodando. Debía de encontrar a mi padre, pero antes necesitaba recuperarme un poco.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —Una enfermera se acercó asustada.

—No, la verdad... Mi padre está atendiendo... a un paciente, es el Dr. Recassens... ¿Podría... indicarme dónde... encontrarle?

—Acompáñeme, formo parte del equipo que trata al pequeño Prescott. Al doctor le han asignado un apartamento en el hospital.

—Gracias...

Sujetándome del brazo como a una enferma terminal, nos dirigimos hacia los ascensores y subimos un sinfín de plantas o eso me pareció a mí.

—Me llamo Joe.

—Yo... Enid.

—Eres una heroína.

—Vaya...

—Has demostrado muchísima sangre fría.

—Será genético.

—Ese chico llegó con vida gracias a ti.

—El mérito... es de Joel... no mío.

Nos detuvimos en medio de aquella conversación de halagos.

Al abrirse las puertas me sorprendió hallar un ambiente distinto al de un hospital dentro del mismo recinto. Era lo más similar al vestíbulo de un edificio de apartamentos de lujo.

Continuamos caminando hasta un mostrador donde una chica de unos veinte años nos recibió con una sonrisa encantadora.

—Buenas tardes, Tina. La hija del Dr. Recassens desea ocupar el apartamento, necesita descansar.

—Por descontado, el doctor ya lo había previsto.

—Gracias —hablar se estaba convirtiendo para mí en un acto suicida.

—Enid, avisaré al médico de urgencias.

No fui capaz de negarme.

La recepcionista tomó el brazo que había dejado Joe y me ayudó a llegar al apartamento asignado a papá.

Abrió con la tarjeta y seguido me la entregó.

Una vez dentro, las comodidades de un domicilio exclusivo se evidenciaban a primer vistazo, no obstante, yo solo deseaba dar con la cama, estirarme y dormir.

Pasé por delante del baño, un despacho, un dormitorio completo con el equipaje de papá y ¡al fin!, otro dormitorio más modesto, excelente para mí.

Me saqué las zapatillas y, como si la cama llevara mi nombre en el cabezal, me tumbé con la ropa puesta.

Estaba tan agotada, tan exhausta física y emocional, que hubiera llorado hasta vaciar los lagrimales, sin embargo, de hacerlo mis pulmones se colapsarían antes de ser reconocida por el médico.

El caso fue que no tardé en dormirme de nuevo.

—Enid... hija... Enid... por favor... Va, hija... —la voz de mi padre me llegaba lejana, con retumbes, como si estuviera escuchando el mar con una caracola—. Ponedle una vía, hay que entubarla, casi no ventila... Enid, bichito...

—Papa... —Moví los labios, pero el sonido no surgió. Al abrir los ojos, comprobé aterrorizada cómo me asistían con la técnica bolsa-válvula-mascarilla...

—No te alteres, cielo... tienes una infección respiratoria muy grave. Vamos a inyectarte antibiótico y como tu saturación es demasiado baja, debemos entubarte.

—Joel...

—Sigue estable.

—Papá... no...

—¡No me lo pongas más difícil! —Las lágrimas rodaban por mi cara introduciéndose en mis oídos. Temblaba de pánico. —Te sedaremos.

—No... —Moví la cabeza hacia un lado sin fuerza para volver al otro.

—Eso no lo decides tú.

—Aquí...

—No, hemos de trasladarte a una habitación vigilada.

—Joel...

—Cariño, no hay cambios, su padre está con él. Ahora necesito que te recuperes.

—Solo... Joel.

—Pues hazme caso.

El líquido comenzó a pasar a través de la subclavia y segundos más tarde el cóctel de drogas derribaron las murallas físicas y caí en un sueño profundo y vacío.

CEDIENDO



TERRENO

—Hoy respira mucho mejor. El neumólogo ha extraído el drenaje del pulmón. —¿Era Pat? ¿De qué drenaje hablaba?

—Esto es una maldita pesadilla...

¿Matthew? Era él, reconocería su voz aun con la cabeza dentro de un tanque con aceite.

El sonido me llegaba nítido, aunque lejano, debían de estar hablando en el pasillo.

—Se está recuperando, sabes que sigue sedada por exigencia de su padre.

—Es una pésima paciente. Por lo visto iba a ser la única manera de tenerla controlada y seguir centrado en la operación de Joel.

Ahí estaba, inmóvil, escuchando cual portera conversaciones ajenas y cruzando los dedos para que no fueran malas noticias.

—Me alegro infinito que todo haya salido bien. —¡Bien por mi chico!

Pero... ¿cuánto tiempo llevaba dormida?

—Han sido las peores horas de mi vida. Me sentí tan solo sin ella. —¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

—La cirugía se alargó mucho, fue muy angustiosa la espera.

—La reconstrucción del hueso dañado ha sido pura artesanía. Lo mantienen en coma inducido por prudencia, aunque los escáneres ya no muestran hematomas.

—Es fuerte y valiente, la mayor secuela con la que deberá convivir, serán las explicaciones en los aeropuertos cuando haga saltar las alarmas de los arcos de seguridad. —El entusiasmo de Pat ante aquella información se tradujo en lágrimas de alegría.

—Esteban está esperanzado, la reabsorción ha sido completa y limpia, la isquemia no fue severa... confía en que no haya daños importantes, a mí, con que esté vivo me basta.

—Han sido dos semanas muy largas. —¡Dos semanas! ¡¿Había estado sedada catorce días?! ¡Menudo abuso de poder!

—Debí de haberla obligado a que la visitara un médico, tanta fiebre no era normal.

—¿Obligarla? Matt, te ira mejor cuando aceptes que Enid contradice por principio. —Y yo considerándola mi amiga...

—¿Me aconsejas la sicología inversa?

—Es lista, sospechará de la técnica. —Y rieron a mi costa... ¡Genial!

—¿Te importa que pase? —supliqué por escuchar un no.

—Faltaría más, Matt. —¡Traidora!—. Aprovecho para llamar a Dietrich, prometí darle el parte.

—No me moveré hasta que regreses, no tengas prisa.

Los escuché apartarse de mi puerta, como se cerraba otra y como la mitad de los pasos anteriores se acercaban después.

Con las tripas engurruñidas con el azoramiento no sabía qué hacer, así lo único lógico era continuar durmiendo, aunque el corazón iba a delatarme, los latidos eran audibles.

Ahí estaba yo, fingiendo seguir narcotizada mientras él se sentaba en el margen de mi cama.

—Hola, *komorebi*, hoy tienes mejor cara. —Tomó mi mano—. Las gafas nasales te favorecen más que la mascarilla y mucho más a los tubos. —Colocó mi palma en su mejilla. —Has recuperado la calidez, aunque me muero de

ganas de ver ese electrizante azul sin la vidriosidad de la fiebre.

Besó las yemas de mis dedos.

—Tu padre va a retirarle la sedación a Joel esta tarde. Por lo visto, han realizado sondeos y responde a estímulos externos. Es una buena señal... y yo debería estar dando saltos de alegría, sin embargo, de nuevo estoy muerto de miedo. —Su pulgar recorrió mi frente trazando una línea hasta los labios—. Todo está sucediendo demasiado concentrado, en dos semanas casi pierdo a un hijo y a la mujer más increíble que jamás he conocido. Te he necesitado, *komorebi*...

Acarició la mejilla con el dorso de sus dedos.

—¿Sabes cuánto odio tus monosílabos?, pues no te puedes imaginar qué suponen para mí tus silencios...

—Estoy despierta...

—¡Dios, qué alivio!

Pasó los brazos por debajo de mi espalda y con el abrazo casi me parte las costillas.

Notaba mi cuerpo laxo, carente de energía, supuse que los sedantes aún andaban aletargando mi organismo, casi no podía levantar la mano donde colgaba el pulsioxímetro, enganchado del índice como un perro chico a un frankfurt.

Sostuvo mi cabeza con una mano detrás de la nuca para besarme muy contenido. Con gusto le hubiera respondido de no ahogarme.

No fueron más de tres segundos, pero el regocijo de aquel instante entre sus brazos me supo a privilegio... ¿Y qué es la felicidad sino eso? Nadie puede declarar serlo si antes no ha experimentado la desdicha o el fracaso.

Me recostó en la cama de nuevo, aunque continuaba acariciándome con los pulgares el rostro.

—¿Cuánto hace que despertaste? —suspicious fue el tono. Tuve la impresión de que conocía la respuesta.

—Abrí los ojos con la voz de Pat.

—Nos diste un susto de muerte.

—¿De qué hablas?

—Tu padre te encontró *¿cianurótica?* Me volveré loco con tanto término médico.

—Cianótica... sufrí una hipoxemia, lo sé.

—Una bacteria anidó en tus pulmones... neumococo.

—Vaya...

—Si tu padre no hubiera ido a cambiarse...

Y me besó de nuevo con algo de ternura y mucho desespero, en cambio tenía tomado el tiempo justo para no asfixiarme.

Mi cerebro comenzaba a espabilarse recuperando los momentos de complicidad de días anteriores, mientras él enredaba la mano libre con los cables de la parafernalia médica que me asistía sin apartar la mirada ni cesar sus caricias.

—Pareces muy cansado. —Pude levantar el brazo por repasar las ojeras, estaba más delgado y con la barba más poblada que de costumbre.

—Lo estoy, *komorebi*, lo estoy.

—¿Y Joel?

—Le apodan «El Guerrero». Fue una operación de seis horas de neurocirugía y cuatro de reconstrucción del occipital...

—Uf, debía de tenerlo hecho añicos. —Él asintió y a mí un escalofrío me sacudió por entero.

—La fortuna estuvo de su lado. No hubo imprevistos ni complicaciones añadidas. Tu padre salió de quirófano muy satisfecho. Todo evoluciona favorablemente y atiende a las reacciones básicas motrices.

Aquel cúmulo de buenas noticias, tras tantas incógnitas y datos desalentadores, relajó las emociones sostenidas y las lágrimas se derramaron entre hipo y suspiros.

—*Shuuu...* todo está bien... todo recuperará su orden...

Y él volvería a buscar a la Condesa del Guisante para convertirla en su esposa, y vivirían felices por siempre en su castillo rodeado de súbditos. Y lloré doble por la miscelánea de sentimientos contradictorios.

—¿Qué haces aquí? —le confundió mi pregunta, aunque no sonara a reproche. Los tubos habían convertido mi voz en un ronquido afónico carente de entonaciones enfáticas.

—¿Cómo que qué hago aquí?

—Sí, no lo sé... este no es tu sitio.

—Enid... ¿Qué piensas?

—Me desconcierta tu actitud.

—Es comprensible.

—¿Entonces?

—Enid, quiero que estemos juntos.

Cerré los ojos esperando que al abrirlos me encontrara en mi piso de Barcelona, aún en junio del año pasado, despertando de una pesadilla muy vívida.

—Princesa... ¿estás bien?

—No, Matthew...

—¿Sientes malestar?

—Físico, no. ¿Qué intentas decirme?

—¡Ay, Enid! No da pie a muchas interpretaciones. Quiero estar contigo, y no a ratos... siempre.

—¿Conmigo? ¿cómo? —Si bien es cierto que mi lucidez estaba limitada por los narcóticos, tampoco se expresaba para entenderlo mejor.

—De todas las maneras posibles. —El descaro en su sonrisa fue mucho más esclarecedor que aquellas palabras susurradas a mi oído.

—Vaya. —Y me alteró la temperatura al punto del escalofrío—. Matthew, ¿te estás tomando algo? ¿Prozac?

Comenzó a reír a mandíbula batiente.

—Sé que te gusto, incluso más que eso... A mí, princesa, me sucede igual.

—Pretendes que seamos... ¿pareja?

—Sí, si eso es a lo máximo que pueden aspirar un hombre y una mujer.

—Matthew, ¿te has golpeado también la cabeza? —negó sonriente—. Entonces ha de fallarte la sinapsis...

—¿Tan malo te parece?

—No es esa la cuestión, somos adultos.

—Y como tales hemos de comportarnos, ¿a qué perder el tiempo? ¿no crees?

—No es cuestión de mis sentimientos o mis deseos... eso no importa, Matthew.

—¿Cómo que no importan? ¡Joder! ¡Es lo único que merece tenerse en cuenta!

—Estás a punto de conseguir tu título... —musité tragándome el orgullo.

—No pienso casarme con Catherine. —A punto estuve de solicitar que me administraran el oxígeno a litros.

—¿Has anulado la boda? —La perplejidad invalidaba mi satisfacción.

—Ajá.

—¿Por Joel? —negó—. ¿Entonces? ¿Qué te ha hecho cambiar los planes?

—Tú.

—¿Eh?! Ah, ¡no! A mí no me cargues de responsabilidades que no me corresponden.

—¿Piensas que no he intentado evitarlo? ¿Crees que no hubiera preferido no complicarme la vida?

—¡Pues no te la compliques!

—No dispongo de un interruptor para desconectar los sentimientos. — Intenté incorporarme, pero con suavidad lo impidió.

—Escucha, por favor... sé que el accidente de Joel te ha sensibilizado. No has de sentirte en deuda conmigo. No has de sacrificar aquello que deseas por una emoción momentánea que...

Se aproximó a mi boca para callarme y me besó lento, tierno... apasionado, separándose en el instante preciso para que no perdiera el resuello, pero sin apartar sus labios de los míos, repasándolos con una dulzura que podía dar forma al sentimiento.

Al colocar su frente sobre la mía percibí el calor de su aliento y la sugestión de su fragancia... Volvía a tenerme enjaulada entre los barrotes de la pasión, del encanto y el deseo, justo donde quería.

—Enid, ojalá fuera una determinación tomada por el bien de mis hijos, entendiendo que ellos se merecen lo mejor y eso conlleva a tenerte cerca... pero no. No, princesa... no lo hago por ellos, es por mí. Soy así de egoísta. — Encogió los hombros resignado a su propio carácter.

—Matt... —suspiró satisfecho—, de veras, ¿estás seguro?

—Nunca he hecho nada con tanta voluntad.

—Tu familia no lo va a aceptar.

—Es mi vida. He ido cediendo durante tanto tiempo que ni sé dónde están mis ilusiones de juventud.

—¿Y si te equivocas?

—¿Por pretender ser feliz a tu lado? —Asentí con timidez—. La noche que dormimos juntos fue con diferencia la más grata de mi vida. Me prometí repetirla hasta el final de mis días.

—¿En el hospital?

—En la mansión...

—¡Me metiste tú en la cama! —la indignación consiguió que mi voz sonara a ladrido.

—Y me cabreé... ¡ni te imaginas cuánto! Al regresar a la habitación y no encontrarte.

Golpearon una sola vez en la puerta. Me dio un beso rápido y se separó de ellos, aunque no se levantó de la cama.

—Adelante, Pat.

—¿Cómo sabes que es ella? —farfullé.

—Tenemos un código.

—Vaya. —Tal como traspasó el umbral se llevó las manos a la boca, estupefacta—. ¿Tan hecha polvo estoy?

Matt —ya era tontería intentar poner distancia utilizando el nombre completo— se levantó, no sin antes besarme los nudillos, para que Pat ocupara su sitio.

—No, estás más gótica que nunca... pálida, ojerosa, lánguida y delgada en extremo. Me sorprende más verte despierta. —Me abrazó enérgica, y con un par de besos en las mejillas, dejaba constancia de su afecto y alivio.

—Mi padre se ha pasado un infinito. ¡Dos semanas! Debo de haber aburrido a Morfeo de tanto acunarme.

—En un par de ocasiones te estuvo meciendo Tánatos... —Por instinto me volví hacia Matt que asintió.

—Vaya.

—De ahí el drenaje. Uno de los pulmones se colapsó en pus...

—Vale, Pat... te creo. —No me consideraba aprensiva, pero todos tenemos un limen.

—¿Cómo te encuentras? —Me acomodaba la almohada comprobando la saturación de oxígeno.

—Bien... aunque con hambre. —Las carcajadas cómplices me resultaron entrañables.

—*Komorebi*, qué buena señal. —Y, ¡sin cortarse ni medio pelo! Me besó desde el lado opuesto de la cama, ¡con un beso de mayor!, delante de Pat, sin el menor pudor, y ella... ¡ni se inmutó! —. Princesa, voy a avisar a tu padre... a ver si podemos darte de comer.

—Vale.

—También me pasaré por la UCI, hay una enfermera muy simpática en este turno y me permite estar algo más de tiempo.

—Ya me imagino la finalidad de su deferencia... —¡Qué sexi el *jodío* cuando sonreía! Aquel gesto canalla le definía como un dandi de talla diamante.

—Me encanta la Enid celosa.

—Deliras, Prescott.

—Sí, por ti —musitó pegando sus labios a mi oído para erizar mi piel con el cosquilleo de su voz.

—¿No ibas a avisar a mi padre?

—Cuídamela, Pat. Regreso en un rato. —Me besó en la frente.

—Si me veo incapaz la ato o le inyecto un chute de morfina.

Riendo salió de la habitación. Ambas nos contemplamos unos segundos.

—Pat, si te dijera que entiendo algo de todo esto, te mentiría —confesaba entre suspiros.

—Imagino.

—Ha dejado a Catherine... insiste en... ¡estar juntos!

—¿Y eso te sorprende?

—Hasta hace no más de tres semanas me tuvo declarada una guerra psicológica sin cuartel...

—Eran las barreras que interponía a la atracción que sentía por ti... y lo hacía de puñetera pena, se le notaba a la legua.

—¡Venga ya!

—La única que no lo ha visto... tú. Estabas obcecada con la idea del rechazo.

—Estoy en una nube... supongo que por el exceso de opiáceos rulando por el organismo.

—Las drogas no tienen nada que ver con eso.

—Me siento dando saltitos en la cuerda floja. Estoy tan feliz como confusa, ¿qué sentimiento es ese?

—Pues el ambiente familiar es para cortarlo con amoladora...

—No, Pat... dime que no ha sido capaz de... explicarlo a nadie —asustada esperé la respuesta.

—Pude convencerle para evitar más enfrentamientos, aunque todos conjeturan con tanto viaje de una UCI a otra como una pelota de tenis.

—¿He estado en la UCI?

—Hace cuatro días que te trasladaron aquí.

—Vaya.

—Tuviste un pie en el otro barrio.

—Papá debe haberlo pasado horrible.

—Se crece ante la adversidad... es admirable.

—Gracias por mantenerte a mi lado, sentir que no me abandonaba le ha ayudado, seguro.

—Matt ha pasado muchas más horas que yo.

—Está tarado...

—Está enamorado, como tú.

—Confundido...

—Sigue a lo tuyo... además, su padre le apoya.

—Vaya... ¿te ha contado su secreto? —Las horas muertas de hospital daban para confesiones sobre confesiones.

—Lo he conocido.

—¿Cómo? —Me incorporé tirando de la vía introducida en la clavícula y se me saltaron las lágrimas, pero de dolor—. ¡Ay! ¡Mierda!

—¿No puedes estarte quieta?

—¿Dónde está el timbre? ¡Quiero que me quiten esto ya!

—No seas niña, aún te está pasando el antibiótico. —Enfadada con el mundo seguía peleándome con los tubos estrechos que pendían envolviéndome como una maldita tela de araña.

—Dame detalles.

—Cuando tu padre le dio a Matt el parte de tu estado cayó en barrena y se desquitó enfadándose con todo el mundo, echando del hospital a toda la familia de las peores formas, producto de la desesperación.

—O no..., Matt es bipolar. —Pestañeó objetando mi afirmación.

—Su padre le llamó en ese impasse de impotencia y sin preguntar se presentó en el hospital. Es un hombre encantador, comparte con Matt ese rasgo.

A mí jamás se me habría ocurrido formar una frase uniendo el nombre de Matt al calificativo encantador, como tampoco escribiría el mío y el suyo en la corteza de un árbol, y por lo visto él sería capaz de tatuarse Enid a fuego.

—Es de psiquiátrico.

—Jared no ha vuelto desde que se lo cruzó en el pasillo.

—Aún he de agradecerle a mi padre que me mantuviera sedada.

—Sí, debes.

La puerta se abrió con el ímpetu de un vendaval y papá entró dirigiéndose a mi cama, dándole a Pat el tiempo justo de ponerse en pie antes de estrecharme a su pecho con un abrazo de oso desesperado.

—Bichito, ¡queda prohibido por decreto paterno darme otro susto como este, jamás!

—Lo intentaré, papá.

Sacó del bolsillo de su bata blanca e inmaculada el lápiz linterna y enfocó con ella mis pupilas, para comprobar después el registro del Holter, el pulsioxímetro y la cadencia en la perfusión de los medicamentos y el suero.

—¿Cómo te encuentras?

—Igual que si hubiera corrido una maratón.

—Es lo que esperaba escuchar.

—¿Cuándo me quitarás todo esto?

—Cuando estés bien.

—Estoy bien.

—El neumólogo te visitará una vez acabe con la ronda de pacientes. Él decide.

—Quiero levantarme, ¿porqué en la subclavia? Es incómodo...

—¡Enid, ya!

—¡Joder!

—¡Enid!

—Enid, tu padre tiene razón. Ten un poco de paciencia, sé razonable. —La bombera en jefe Patricia Salas... puso paz.

—¿Has hablado con Isona?

—Fui a visitarla. Esa niña dispone de una inteligencia y madurez impropia para su edad. —Eso aún era más preocupante, sufría igual a los adultos.

—¿Cómo está?

—Muy asustada, hasta que no vea a su hermano de vuelta no se le pasará la angustia.

—La he ido a recoger estas semanas al colegio, no le hemos comentado que

estabas también ingresada. —Pat era de una catadura humana fuera de lo habitual.

—Gracias, Pat. Mi chica no se merece tanto sufrimiento.

—Se huele algo, y en casa el ambiente no es el más adecuado —aseguró mi padre con pesar.

—Pat, ya me ha puesto al corriente. —Esperé que la curiosidad de mi padre no fuera en tono de burla...

—¿Solo Pat? —Y como siempre que esperas algo con anhelo, sucede lo contrario.

—Sí, papá, Matt también ha estado por aquí. —De mis mejillas se podría extraer cinabrio.

—¡Y tanto que ha estado por aquí! De haber dominado la división molecular completa estoy convencido de que se habría desdoblado.

—Tengo tanta hambre que mis paredes estomacales se han solapado —no mentía, estaba famélica, sin embargo, la idea era desviar la vertiente fisgona de todo padre con título de padre. Antes de ofrecerle datos, debía de saber cuánto conocía.

—Eres tan quejica... Cuando venga el Dr. Morris decidirá qué hacer contigo y con tu pésima paciencia.

Tras la visita del especialista volví a sentirme dueña de mi cuerpo. Libre de sondas y vías, podía moverme a mi antojo.

Al neumólogo no le satisfizo que solicitara el alta voluntaria, insistió en la necesidad de seguir con la medicación intravenosa y el descanso controlado, había escuchado ruidos residuales al respirar... yo insistí en que firmara el informe.

A regañadientes, lo hizo, admitiendo que mi estado general era bueno. Me recetó antibióticos orales, además de programar otras visitas de control.

Estaba floja, me fallaban las piernas y la flacidez se había apoderado de mi musculatura. Por suerte Pat estaba allí ayudándome con el aseo integral, tanto tiempo estirada había cambiado mi punto de equilibrio.

No obstante, el vestir con ropa de calle y estar sentada, incluso en plan contemplativo, me convertía en persona y fue revitalizante.

Me encontraba sola a la espera de que Pat regresara con más comida. La sopa estaba deliciosa, el pescado más soso que el agua filtrada y el postre lo habían previsto para diabéticos, repetí un par de veces y seguía con hambre. Así que se vio obligada a incumplir las normas hospitalarias de no ofrecerle comida a los enfermos... A fin de cuentas, a mí ya no podían considerarme paciente, y tampoco ella me la ofrecía, era yo quien la exigía.

Golpearon la puerta y supuse que era Pat, no me levanté, disponía de la tarjeta del apartamento. Al saltar el pasador me giré para recibir a mi amiga con el avituallamiento y me convertí en estatua de sal con la inmediatez que se disuelve el café soluble en leche hirviendo.

—¿Quién es ese saco de huesos? Pareces un anime... ojos grandes en rostro enjuto.

—¡Asier! ¡Dietrich! —Me levanté cual pato mareado tirándome a sus brazos.

—Intenté por todos los medios de que no se enteraran —se excusaba Pat tras ellos—, pero me pillaron en un renuncio.

—¿Cómo estás? Pat ya nos ha explicado que has conseguido cabrear a dos médicos en las pocas horas que llevas despierta. —Dietrich también me abrazó con cariño.

—Uno de ellos era mi padre, no cuenta.

—Os tendríamos que haber secuestrado, el clima yanqui te sienta fatal.

—Dietrich, el próximo encuentro en España, a disfrutar de sol y playa.

—Este me abandona a mi suerte. Se queda en el continente enemigo —manifestaba Asier en tono de puya.

—No dramatices, a ti te va muy bien solo —se defendió el ofendido entre risas.

—Pat... qué callado lo tenías.

—¡Eh! Yo me he enterado diez minutos antes que tú.

—Chica, si te hace más ilusión que me vaya y vuelva para cumplir con tu organización, a servir.

—¡Sí hombre! Ahora que ya he asimilado la sorpresa.

Nos reímos todos y Asier aprovechó la confusión para sostenerme por las corvas y alzarme en brazos.

—De pedírmelo no me hubiera negado.

—Sería la primera vez. —¿Sería cierto eso de que negaba por principio?
— Te traemos un tentempié.

—Me apetecen alimentos vacíos de nutrientes y cargados de calorías.

—Te has de conformar con bombones.

Dietrich nos entregó una caja a cada una envuelta en papel dorado y grueso, con un gran lazo de tafetán verde manzana muy brillante. Retiré el papel sin ceremonial alguno, y al ver los dulces la saliva se escapaba de la boca.

—¡Godiva! Con esto no voy a necesitar más antibióticos.

Mientras me atracaba de bombones, Pat les ofrecía las últimas noticias.

Agradecí infinito la compañía, fueron horas muy largas, y sola me hubiera costado horrores mantenerme en la habitación, a pesar del arresto domiciliario dictaminado por mi padre tras enterarse del parte del neumólogo donde indicaba bien claro que no recomendaba el alta hospitalaria.

Dietrich y Pat, ocupando los sofás de enfrente, jugueteaban con las manos. No iba a permitir que pasaran la noche allí, velando mi sueño, yo me encontraba bien y, además, estaba papá.

—Pat, es tarde. Este par lleva un montón de horas surcando el océano. Llévatelos a casa.

—Yo de aquí no me muevo.

—Pat, no voy a estar sola.

—Yo me quedo con ella. —Se ofreció Asier.

—No necesito niñera. Os vais los tres a casa, os dais una ducha y

descansáis de la travesía.

—Iní hemos venido en avión, no remando. Incluso dormimos parte del trayecto.

—Me toca un pie en qué hayáis empleado el viaje. Hoy dormiréis en el apartamento, aquí no os quiero... He dicho.

—¡Qué tipa más impertinente! —Pat alzó los brazos a la desesperada.

—Pero subidme antes un zumo de naranja.

—¡Ostras, Iní! Te has tomado en serio lo de recuperarte rápido —añadió Dietrich sorprendido y nos reímos de su perplejidad—. Acompáñame, Pat. Aunque, no sé, me preocupa dejar a Asier aquí, le aprecio y me inquieta abandonarle con Annibal Lecter.

—No tengo fuerza en las mandíbulas, hoy podré contener mis instintos.

—Yo me dejo...

Marcharon coreados por nuestras risas y tras encajar la puerta... silencio.

—Es curioso como se puede complicar todo en segundos —meditaba Asier con gesto ausente.

—Yo ahora debería estar en Santander.

—¿De regreso?

—Por un par de meses, hasta después del enlace de los condes.

—¿Por qué?

—Supuse que, si él se centraba en su vida familiar y yo pasaba a un segundo plano en la vida de los chicos, este sentimiento tan aturdidor se consumiría igual a la llama de una vela dentro de un recipiente cerrado.

—Pero...

—Matt dice estar... ilusionado.

—¿Ilusionado? Tiene a un hijo en la UVI... ¿qué puede entusiasmarle de esa situación?

—Podría haberme expresado mal... está confundido.

—Enid, cielo... como no te expliques mejor. —Solté tal suspiro que el aire movió el lazo de la caja de los bombones.

—Cree sentir algo especial por mí... insiste en comenzar algo juntos.

—¡Coño, qué fuerte!

—Me ha idealizado, Asier... salvé a su hijo.

—A ver, es un motivo de peso.

—Para mí, no. Yo no quiero que me mitifique y esté conmigo por puro agradecimiento.

—¡Chica! ¡Es que tú lo quieres todo!

—Quiero, lo que quiero.

—Quieres que te quieran a tu manera. ¡Cada uno ama como sabe!

—¿Y tú qué?

—Ahí andamos.

—¿Sigues con la rubia espectacular de Navidad? ¿O hay otra igual de espectacular?

—Es morena. Espectacular y con un genio... ¡Me carga las pilas! —Reímos cómplices—. Hemos avanzado, vivimos juntos.

—¿Y qué haces aquí?

—Turismo... ¡Hay que joderse!

—Asier...

—Cielo, somos especiales uno para el otro, tú te preocupas por mí y yo por ti. No quiero que eso cambie jamás, y la persona que venga a compartir mi vida ha de ser capaz de entender eso. Si no lo puede tolerar, no vale la pena intentarlo. —Me apoyé en su hombro satisfecha y feliz.

—Pienso igual. —Tocaron a la puerta. Pat debía de haberse dejado la llave y me levanté a abrir.

—Deja, voy yo.

—No, he de desentumecerme.

La persona que esperaba encontrarme no era, sin embargo, no pude evitar la sonrisa bobalicona a la que él respondió tomándome de la cintura hasta adherirme a su cuerpo, para besarme con un grado de pasión superior al de la mañana.

—Qué gusto verte así, nena.

—Me han traído chocolate, eso es un resucitador de momias. ¿Y Joel? —Cerró de un taconazo.

—No necesita el respirador, sus pupilas responden a la luz y cuando escucha voces conocidas el encefalograma muestra actividad, sin embargo... le cuesta...

—¿Qué opina mi padre?

—Que no es aritmética y me pide paciencia... cuando ya estoy al límite.

—Matt, no hay otra, tu desánimo no es de ayuda.

—Nena... —No había acabado la frase que se separó mirando al fondo de la sala, tenso—. No sabía que tenías visita.

—Perdona, os presento. —Le tomé de la mano y juntos nos acercamos al sofá. Asier se levantó—. Matt, mi amigo Asier Zubaltegui.

—Matthew Prescott, un placer.

—Lamento el accidente.

—Gracias por el interés, aunque no creo que hayas volado hasta aquí para saber de mi hijo. —¿Podía ser más grosero? Le solté la mano indignada, él la buscó de nuevo, pero crucé los brazos bajo el pecho con toda la idea de que no la encontrara.

—Habría venido antes de haberlo sabido, por el afecto que le tengo a tus hijos y a Enid.

¿Qué estaba pasando?

Lo último que me esperaba era un ataque de celos infundados. ¿Quién era Matt en mi vida para pedir explicaciones a mis amigos? Eso no me gustó en absoluto.

Tocaron de nuevo y seguido al golpeteo entraron.

—Hola, Matt. ¿Cómo sigue Joel? —preguntó Pat, que, tras fijarse en la indignación de mi gesto y la tensión entre los lobos, arrugó el entrecejo indagando entre muecas qué sucedía.

—Continúa estable. Le comentaba a Enid que se resiste a despertar.

—Y ni se te ocurra pedirle paciencia... no conoce el término. —Aunque en realidad no me refería al aguante.

—Dietrich, perdona, cariño... Matthew Prescott.

—Un gusto.

Se estrecharon las manos y la expresión corporal de Matt fue mucho más cordial que con Asier.

Tras unos minutos buscando un tema afín, hablando de todo por no callar y que la incomodidad nos estorbara, se dedicaron a charlar de negocios en sectores comunes y el ambiente se apaciguó, sin embargo, yo no dejaba de analizar aquel comportamiento tan impulsivo con Asier, cuando no lo conocía... y caí.

¡Claro que sabía quién era! Las fotos... ¡Aquel día fue otra escena de celos!

—Princesa, estás demasiado callada.

—Aprovecha mis silencios, te vas a cansar de escucharme.

—Vaya.

—La muletilla es mía...

—¡Uhm! Me encanta la Enid guerrera.

Le observé con un brillo de rabia en la mirada y él respondió con otro más astuto... sugerente. Intenté mantener el cruce de información no verbal y cuando el estímulo de su intensidad cosquilleaba en mi estómago, la retiré, fingiendo prestar atención a la proyección de mercado de productos desconocidos para mí.

Nos quedamos solos. Sentados en el sofá, rodeaba mi cintura con sus brazos y pintaba círculos sobre el dorso de mi mano.

Era aquel un silencio reflexivo para mí y relajante para él que apoyó la cabeza en el respaldo permitiéndose cerrar los ojos.

El Matthew cansado no perdía atractivo sino ganaba admiración y aprecio.

Me recosté sobre su hombro haciendo caminitos de hormigas con la punta de mis dedos en su pecho. Gruñó.

—Princesa, no hagas eso.

—Vaya... ¿te molesta? —Los espasmos de una risa contenida marcaba sus abdominales.

—No... *Komorebi*, me activas. —Que activaba... ¿el qué? Aquel hombre era un enigma... ¡Ah! ¡¿Pero cómo podía ser tan cochino?!

—Qué simples y básicos que sois los hombres. —Se incorporó abriendo los ojos.

—¿De veras piensas eso de mí?

—En algunos aspectos, sí.

—El plural me inquieta.

—Se podrían compilar en un par.

—¿Y puedes compartirlos? —inquiría divertido.

—En primer lugar, la mayoría de los hombres os orientáis por lo que trasmite la retina al cerebro y acaba revolucionando vuestro organismo.

—Eso no es cuestión de género, y no me vengas con que las mujeres no se guían por eso.

—En diferente grado.

—¡Ja! Por ahí no paso... —¡Menuda novedad!—. Si la memoria no me falla, la noche de la limusina no encontré impedimentos. —¡Hala! Ya tenía la cara como un mapa de temperaturas otra vez. —Sé que te atraigo... y mucho, ¿vas a rebatírmelo?

—No. Tampoco estoy orgullosa de lo que sucedió. —Aunque lo soñé mil veces en otros emplazamientos menos morbosos.

—Fue circunstancial, aunque habría ocurrido igual en otro momento... en otro lugar más idóneo, con más tiempo... —Ahí estaba Prescott, encantado de haberse conocido seduciéndome con mirada magnética y sonrisa granuja—. Suceder, cariño, habría sucedido... y podrías haberte lanzado tú o los dos a la

vez... Así, princesita, ese argumento no me vale, yo simplemente me anticipé.

—¿Esperas un premio?

—Ya lo tengo. —Y ciñó más los brazos a mi cintura—. Prosigue con tu argumentario machista de dos fases.

—¿Para qué? Vas a buscar cualquier superficialidad para desacreditarlo.

—No seas refractaria... Expón.

—Por el gusto de escucharme llenar el espacio de palabras.

—Ajá, me relaja tu voz. Me fascina esa manera tan locuaz de describir situaciones complicadas.

—Estás chalado.

—Hasta que te conocí me tenía por un tipo cuerdo, desde que entraste en mi vida no ando fino, no.

—¿Te has parado a pensar que tiendes a culpabilizarme de todo tu caos?

—Eso no es cierto, lo comparto contigo. Hasta ahora todo lo cargaba sobre los hombros, intentaba solucionarlo sin ayuda, y por lo general, siempre he obtenido buenos resultados... Pero ¿sabes? —Negué atenta a sus palabras—. He descubierto que me alivia integrarte... me aligera.

—Vaya. —No reprimió la risa.

—Enid, a mí no me impresionan las caras bonitas.

—Ah, ¿no? —Chico chasco acababa de llevarme. Toda la vida sintiéndome capaz de detener el tráfico y al único hombre que deseaba delirante con mis cualidades físicas, estas, no le perturbaban.

—¿Te disgusta?

—Me afecta un poco, la verdad.

—¿En serio te molesta que tu físico no sea lo que más me cautive de ti?

—Ya se sabe, sobre gustos y colores... —Me repuse digna—. Aunque, viendo el perfil de mujer por la que te sientes atraído, tampoco debería extrañarme.

—El único perfil de mujer que me gusta es el tuyo, princesa.

—Claro... arréglalo ahora... eso en mi país es ser un «*bienqueda*». Una frase muy conveniente.

—Mas no convincente.

—De cumplido obligado.

—¿Celosa?

—¿Yo? ¿De tu Catherine? ¿Ese dechado de virtudes intelectuales? Sí, como puedes ver me soliviantan unos celos enfermizos. —Mi desdén le provocó otro ataque de risa contenida.

—No es mi Catherine, y puedo garantizarte... —puntualizaba aún riendo—, que fue un instrumento para obtener un título que le corresponde por derecho a mi familia.

—¿Y ya no?

—Sí, aunque intentaré recuperarlo por otros medios.

—¿No te preocupa que se sienta herida o utilizada?

—Ella también lo ha hecho.

—Matt, por favor... Esa justificación no compensa la humillación de verse rechazada.

—Su carácter proclive al victimismo le será de ayuda para superar la posible crisis de ego.

—Os casabais en pocas semanas, a lo mejor no es victimismo, es la víctima.

—Enid, la disolución de nuestro compromiso conlleva una compensación económica con la que podrá sobreponerse con creces.

—¡Qué bizantino suena eso! El dinero no lo es todo, Matt. En vuestros círculos sociales quedará estigmatizada.

—Me cabrea que la defiendas. Te comportas como el abogado de las causas perdidas... ¡Si no la soportas!

—Me pongo en su lugar. A mí me afectaría, no tendrías con qué indemnizarme para que dejara de sentirme como una mierda.

—A ti te mueven otras emociones que a mí personalmente me satisfacen muchísimo más.

—Que reconoces por tu vasta experiencia entre bragas...

Ahí se desinhibió riendo a carcajadas incluso sujetándose el estómago. ¡Cretino!

—Eres tan adorable. Hasta celosa me encantas.

—Pues tú celoso tienes un comportamiento de lo más imbécil —era hablar o reventar, sería aquella noche u otra más tarde... a mí nunca me gustó perder el tiempo.

—¿Perdona? —preguntaba risueño y extrañado.

—¡Venga, Matt!

—Es decir, soy imbécil por considerar inadecuado que un tipo cruce medio mundo para acompañar a mi mujer.

—¿¡Qué mujer!?! —No me incomodaba el título, al contrario, sonaba muy bien, pero las connotaciones añadidas le restaron brillo.

—Enid no tengo veinte años para andarme con juegucitos de seducción. Sé lo que quiero, lo que no también, y sí, me jode que otro hombre con el que no solo has disfrutado del café, se tome tantas molestias y manifieste ese nivel de preocupación por ti.

Perpleja, pestañeando con la boca abierta, asimilaba cada término buscando interpretaciones menos drásticas... encontrarme cómoda contextualizándolo distinto... y no, se expresó sin dobleces, y no, nada de lo que dijo me había gustado.

—Matt... vamos mal.

—¿De qué hablas?

—Lo que quiero yo, ¿dónde queda?

—Tú quieres estar conmigo.

—No a cualquier precio.

—¿También necesitas un contrato que preserve tus intereses? —¿Podía ser más idiota?

—¿Lo preguntas en serio?

—¿Lo necesitas? —Era muy idiota.

—¡No! ¡Por descontado que no!

—¿Entonces?

—Soy una mujer independiente, que como tú tiene un pasado y es bien feo que lo señales.

—No lo hacía con esa intención.

—Y también es desconsiderado descartar conquistarme por sentirte correspondido basándote en nuestra atracción.

—¿Quieres que te regale París? ¿Te adule con joyas? No veo inconveniente.

—¡Joder, Matt! ¡Que no es eso!

—¡Pues dímelo!

—¡No me manipules! ¡Lo odio! No soporto que piensen por mí, mucho menos que me organicen la vida y decidan qué me conviene y con quién debo de compartirla.

—¿Esa es la impresión que te causo?

—¡Tío! ¡La emites a destellos!

—Enid... —Se incorporó para conectar las miradas—, no cambiaría nada de ti, me gustan hasta tus defectos.

—Entonces has de aceptarme con todo el bagaje igual que acepto yo el tuyo.

—¿Pretendes que me trague el orgullo tratando a Asier como amigo? ¿Quedar todos juntos en plan colegas?

—¿Por qué no? Yo lo haría por ti, por satisfacerte —preferí obviar la ironía de su respuesta.

—¿Sí? ¿Por complacerme? —no detecté en esta ocasión mordacidad, pero ¡jo! ¡cualquiera se fiaba! Me perdía más que un paraguas entre tanta versatilidad de tono y forma.

—¿Lo preguntas en serio?

—Totalmente.

—Lo haría por contentarte, por contribuir en tu bienestar... por verte feliz. De eso se trata, ¿no?

Moviéndose se sentó de medio lado y tomando mi cara entre sus manos con la delicadeza que se sostiene una figurita de cristal de Murano, acarició con sus pulgares mis pómulos.

—Es la primera vez en toda mi vida que a alguien le preocupa hacerme feliz.

—Eso paga tributo, Matt...

—Te lo remuneraré con creces.

—Sellado queda nuestro acuerdo verbal de respeto y confianza.

—Sin letra pequeña.

—Ni asteriscos.

—Princesa...

—Caballero...

—Me gustas mucho... demasiado.

—Para no impresionarte mi físico es todo un cumplido.

Rio ya pegado a mis labios.

Mis manos traviesas tiraron de su camisa sacándosela del pantalón y deslicé la mano por sentir la piel de su estómago y como esta reaccionaba con el contacto de mis dedos.

Jadeó dentro de mi boca, con un gemido ronco... seductor y mi vientre se contraía. Cada roce me otorgaba el poder del deseo y nuestras lenguas se entrelazaban en un baile sensual y jugoso que nos satisfacía a medias.

Nuestros cuerpos se iban caldeando y como muestra, nuestros resuellos exigiéndonos más... Hasta que, de repente, paralizó mis manos a la par que se apartaba de mis labios, aunque con dificultad.

Dejó su frente apoyada en la mía, concentrándose para respirar con algo de calma.

—No soy un yunque, mi voluntad tiene límites físicos y mentales.

—Sí, lo sé... recuerdo lo que provocó una pedrada en la limusina.

—No quieras imaginar lo que puede suceder si sigues tocándome.

—Me has rechazado, esto tiene una penalización.

—Sin piedad. —Se recompuso la camisa mientras me besaba de nuevo, aunque muy contenido—. Por cierto, que no me impresionen las caras bonitas, no significa que no te encuentre impresionante.

—¡¿Ahora?! ¡Convenido! —le espeté aún con el orgullo lastimado.

—¿No me crees?

—No.

—Eres preciosa.

—Ya lo sé.

—Te lo deben de decir a diario.

—Cientos de veces, tipos básicos muy impresionables... —retomé la baza de los celos juguetones, pero con el retintín del ego herido.

—Será posible... Te vas a enterar.

Sin dar pistas comenzó a cosquillearme y por más que me retorció amenazándole con acciones de las más absurdas, no se detuvo.

Reía contagiado con mis grititos histéricos. De aquel Matt despreocupado era aún más fácil enamorarse, así despeinado y con el sonido de su felicidad momentánea rebotando entre las paredes.

—Hola pareja.

—Hola, papá.

Comenzaba a sentirme un camaleón, mutando del amarillo Nápoles al escarlata. Con la escandalera no le habíamos escuchado entrar. ¡Qué sofoco!

Me separé sentándome como una señorita educada... a pesar de haberle dado la imagen de pendón desorejado.

—Buenas tardes, Esteban. ¿Ha habido cambios?

A Matt tal parecía que la situación de «pillados infraganti» no le afectaba en absoluto, y bien mirado, a mi padre tampoco, incluso parecía divertirse la escena.

—Hijo... —¿Hijo? ¡¿Dios, en qué dimensión estaba?!—, has de ser paciente, el cerebro es aún una incógnita.

—Papá, me gustaría ver a Joel.

—Hasta mañana no se permiten visitas.

—¿Y no puedes usar tus encantos con las enfermeras para que me dejen entrar?

—Enid, no me gustan tus insinuaciones...

—Cambio encantos por influencias... va, papa...

—¡Hija, qué cansina eres!

—¡Ep! Me has tenido sedada por antojo dos semanas, ¡no me ha dado tiempo a molestarte! De veras, ¡un favorcillo que te pido! —Cruce los brazos a la altura del pecho, molesta. ¡Indignada!

—Matt, hijo... piénsatelo, tú aún estás a tiempo... ¡huye!

¿Pero bueno? ¿Qué tipo de asociación era esa? ¿Y a qué venía reírse en comandita estúpidamente de mí?

—Bueno, familia... he de marcharme, quiero dedicarle tiempo a Isona y cenar hoy con ella.

—Dale un beso muy fuerte de mi parte, dile que tengo muchas ganas de verla.

—Venid mañana a cenar, se alegrará enorme.

En ese instante regresé al mundo real asentando los pies sobre la tierra.

—Papá, ¿te importa pedir la cena, por favor? Acompañaré a Matt al vestíbulo, me han tenido encerrada aquí todo el día.

—Obedecían órdenes. —Nada que no imaginara—. Nos vemos mañana, Matt. Descansa y abraza a mi chica.

—Si hay algún cambio, llámame a la hora que sea, por favor.

—Pierde cuidado.

Salimos en silencio hasta el vestíbulo de recepción de los apartamentos, necesitaba ser sincera con él y no tenía intención de inventarme excusas justificando las decisiones de terceros.

—Princesa, ¿qué sucede? —Le confundió mi cambio de ánimo.

—Matt, no puedo ir a tu casa. —Arrugó la frente, agudizando el desconcierto.

—Llevas más de medio año entrando y saliendo por la puerta de atrás, quiero que comiences a usar la principal.

—El día del accidente de Joel yo estaba en la mansión para despedirme de los chicos, de la familia en general...

—Esquivándome a mí... como de costumbre.

—Tuve una charla complicada con tu madre y le prometí no volver a poner un pie en la mansión.

—¿Cómo?! —En ocasiones trasfigurar un poquito la verdad podría no considerarse alta traición—. ¿De qué hablas?!

—No te alteres, por favor.

—¿Cuándo tenías pensado decírmelo?

—No iba a hacerlo. —Dando muestras de mi divina mano izquierda.

—¿No? —Era más sencillo enfadarle que encender papel con un mechero.

—Tú te ibas a casar y yo me iba a marchar. Tampoco importaba demasiado tener prohibido el acceso.

—¡Eso lo decido yo, Enid!

—No creo que...

—Es mi maldita casa... ¡Joder!

—Matt... va hombre...

—Nadie va a prohibirte la presencia en mi casa. ¡Nadie!

—A mí no me apetece ir.

—Pues ya puedes ir descubriendo las ganas.

—Matt, ¿no comprendes que la situación es muy incómoda? —Dejó de mirarme para observar la ciudad a través del ventanal.

—No voy a esconderme, llevarte de la mano me llena de ego.

—Me emociona escucharte tan apasionado, pero debemos de ser consecuentes.

—Estoy harto de hacer lo que todos esperan o aquello que es políticamente correcto. —Seguía molesto hablándole a la vidriera, observando el exterior con las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Y si te lo pido yo? —Se giró con semblante serio y seguido las comisuras se elevaron con una leve sonrisa. Sacó la mano del bolsillo para acariciar mi cara, y alcé la mía cubriendo la suya pegada a mi mejilla.

—¿Qué quieres que haga?

—Habla con Isona, exponle la situación sin darle detalles de lo nuestro... —mover la cabeza a ambos lados—. Matt, hasta que Joel esté recuperado... por favor.

—No voy a permitir que mi madre te haga el más mínimo desprecio. La mansión me pertenece, es mía.

—Tú madre sabe algo o lo intuye. No añadamos más preocupaciones al único apuro que es Joel.

—Hasta que salga del hospital, ni una hora más... ese día nos acompañaréis a casa... a mi casa.

—Me parece bien —mentí. Esa batalla la libraríamos otro día.

—Enid, sin treguas ni tretas.

—No te fíes de mí...

—Eres muy persuasiva... demasiado inteligente. —Alzó la otra mano para retirar el flequillo de mi frente y besarla.

—Mi padre se quedó con ganas de verte despierta.

—Estuvo a la altura, me alegro por ti.

—Se ha comportado como lo que es, un padre.

—A mí me sorprende esa alianza que os traéis el mío y tú.

—Gracias a él, al mío y a Pat no he enloquecido.

—Me asusta preguntar por el resto de tu familia o qué le has exigido...

—Romper el compromiso con Catherine me ha distanciado más de Jared, y no le culpo, le he robado a su chica... el pataleo está legitimado.

—No era su chica.

—Para él sí.

—¿Y tu madre?

—En su limbo de dolor donde tan cómoda se encuentra. Adora interpretar su papel de mártir.

—No debió ser fácil la reunión entre tu padre y el resto de la familia.

—Jared protagonizó un espectáculo de lo más penoso, y mi madre sufrió un desvanecimiento sobre una superficie acolchada, sin pensar que mi hijo estaba a punto de someterse a una operación muy complicada sin garantías de éxito y mi mujer gravemente enferma... —Su mujer... sonaba a promesa.

—Y los invitaste a que no regresaran. —Asintió—. Lo lamento.

—Princesa, la unión de los Prescott es una pantomima. Aparentamos sentimientos que desaparecieron hace mucho.

—Los mellizos adoran a su tío y a su abuela, se merecen un mínimo de estabilidad emocional. Siempre están aprendiendo a despedirse de aquellos a quienes aman.

—No voy a renunciar a lo que deseo en mi vida a partir de ahora. Deberán adaptarse y conformarse.

—Eres su padre, tú decides...

—Tú estás en esto conmigo, y cuando Joel abandone el hospital reconduciremos juntos esta situación.

—No será fácil.

—Eso no va a disuadirme de mi objetivo. —Me besó con mucha ternura para después estrecharme entre sus brazos con esa energía que proporciona el entusiasmo—. Me marchó, Isona insiste en venir al hospital, aunque no considero prudente que vea a su hermano rapado y con esos apósitos tan exagerados.

—El pelo crece y en unas semanas no se verán ni las cicatrices.

—Nos vemos mañana. Cena y descansa.

—No te preocupes por mí, no podría estar en mejores manos.

—Sí, entre las mías.

—Matt, por favor... —Sonreía besándome en el cuello—. Mañana me cuentas cómo está de ánimos Isona.

Lo acompañé hasta el ascensor y nos comportamos como adolescentes delante de las puertas, aprovechando la ausencia de la recepcionista y la necesidad de satisfacer a medias nuestras ansiedades.

Me sentía correspondida y era tremendo el revoltijo de emociones gratas que apreciaba, incluso conociendo todos aquellos aspectos complicados que las empañaban.

Por mucho que deseara liarme la manta a la cabeza y desatar mi pasión, debíamos asumir y gestionar nuestras decisiones con coherencia, tender puentes en lugar de levantar muros.

Al regresar a la habitación encontré a mi padre hablando por teléfono. Era tarde para España, aunque a Amaia la hora poco le importaba.

Escucharles conversar me resultaba tan divertido como enternecedor, parecían estar siempre de broma, aun en los momentos más peliagudos se

arrancaban una sonrisa.

Tocaron a la puerta y recogí el carrito con la cena, aquel nivel de excelencia era más propio de un hotel resort al de un hospital, supuse que todos los centros privados debían de constar de zonas exclusivas para personalidades de nivel.

—¡Uhm! Bichito, huele que alimenta.

—Este no debe de ser el mismo menú que ofrecen a los pacientes.

—La crema de langosta no se recomienda en una dieta suave, la verdad.

—Pues se ahorrarían más de una RCP.

—Un menú gourmet en un hospital restaría recursos que emplear en investigación y personal cualificado.

—¡Bah! Esos recursos, ni llegan para eso ni para que los enfermos se alimenten mejor.

—Enid, no politices una conversación superficial.

Serví la cena bajo la atenta y recelosa mirada de mi padre. Quería decirme algo, sin embargo, no debía saber cómo encararlo o comenzar la conversación.

Intuía por dónde iban los tiros y evitando otro subidón de colores, no intentaría ayudar arrancándole las palabras. Tratar temas sentimentales con él resultaba embarazoso, y considerando en el tremedal que estaba metida, la situación empeoraba.

—La visita de Asier ha sido toda una sorpresa. Ese muchacho te tiene en gran estima.

—Somos grandes amigos, nos cuidamos. —Frunció el ceño en desacuerdo con la respuesta.

—Y Matt, ¿qué opina?

—Papá, ¿te ha prometido nuevo equipamiento para tu consulta? Porque esa alianza vuestra me desconcierta.

—Es un tipo muy directo, sabe lo que quiere. Me gusta.

—Ya, y directamente... ¿qué te ha dicho?

—Que quiere estar contigo. —No hubo inflexión de discrepancia o conflicto moral.

—¿Y te parece bien?

—¿Ha de parecerme mal?

—¡Ay, papá! ¡¿Y yo qué sé?! Eres mi padre, algo deberás de pensar al respecto. —Incapaz de contener la risa, en lugar de contestar, se carcajeó a

placer.

—Bichito, para mí siempre serás mi niña, a pesar de que eres una mujer, una mujer preciosa e inteligente. Has de saber qué quieres de la vida y a quién... además, tampoco me has pedido consejo antes.

—Es una situación un tanto anómala.

—Te cruzaste en el destino de un hombre sin ambición sentimental y le abriste el alma a emociones mucho más gratas a las que proporciona el poder o el estatus social... y para redondearlo, le correspondes.

—Hay muchas incógnitas, papá —resoplé decepcionada de mí misma.

—Enid, yo amo a Amaia, pero es una pasión templada, de las que van creciendo con el día a día. Con tu madre, bichito... —Sonreía con el recuerdo —, desde el primer instante fue puro desenfreno, nos tomábamos con ansiedad. Había un nivel de complicidad y sacrificio sin parangón y puedo garantizarte que no hay sensación más completa que esa.

—¿Piensas que Matt siente igual por mí? —pregunté con inocencia, creyéndome que sí, esperando oír que sí.

—Matt no es un niño caprichoso. No rompería con todo por un antojo. Quiere ser feliz y hacerte feliz.

—¿Haciendo desdichado al resto?

—¿Por romper un contrato mercantil?

—Que a ambos les satisfacía.

—Cuando no se destruyen sentimientos no provocas infelicidad, a lo sumo oprobio durante un lapso inapreciable en el transcurso de una vida.

—A mí como se siente Catherine me toca un pie... pero Jared.

—Deberá aceptar tu elección.

—Tampoco sé si ha sido mi elección, Matt decidió por ambos, yo caí como un insecto en la trampa de una araña.

—Curioso símil, que por cierto, compartís.

—¡Venga ya!

—Mañana os ponéis al día en cuanto a metáforas y comparaciones, y os otorgáis el título al más imaginativo.

—Papá...

—Hija...

Di por zanjada la conversación, no iba a sacar nada en claro, él apostaba por nosotros basándose en su percepción subjetiva sobre lo que nos sucedía a

ambos.

—¿Sigues pensando en mamá? —No me atrevía a mirarle a la cara.

—Cada día me despierto agradeciéndole que te trajera al mundo. Estas dos semanas me vi suplicándole para que no se apartara de nuestro lado.

—Su energía nos protege...

—Nunca lo he dudado.

—Yo de un tiempo atrás noto como si se estuviera evaporando.

—¿Por qué?

—Antes cuando algo se torcía otro algo lo enderezaba... de repente todo se ha complicado. ¿Recuerdas la Colt Python con el cañón retorcido en Manhattan? —Asintió—. Pues así veo mi situación en este momento y nada surge para deshacer los nudos.

—El milagro de la fe no es conseguir la solución de forma inmediata, es saber aprovechar las oportunidades para lograrla.

—Nada hay de milagroso en eso, se llama perseverancia.

—Joel se abrió el cráneo justo el día que les visitabas. ¿Cuántas veces bajó sin permiso al lago? ¿Cuántas saltó? Sigo creyendo en esa energía, Enid, jamás dudaré de ella.

—Eres un hombre sabio, papá. Gracias por estar siempre cuando te necesito.

—Estoy muy orgulloso de ti. Contribuir en tu formación como individuo con valores positivos, me hace pensar que no lo hicimos nada mal.

—No estuve siempre a la altura...

—Pudiendo escoger destruir tus talentos naturales en aquel periodo inconformista, te exigiste ampliar tus aptitudes, hasta para ser rebelde fuiste brillante.

—Papá... te quiero.

—Y yo a ti, bichito.

Aquella conversación no despejó mis dudas ni tampoco el reconome de estar traicionando de una u otra forma a Jared, sin embargo, su bendición fue de ayuda para dejar fluir mis sentimientos hacia Matt, al que únicamente se los había dejado entrever con timidez y miedo, aunque, esto último todavía costaría aceptarlo, estaba atrincherada a la espera de acontecimientos, temiendo que el entusiasmo desapareciera cuando la vida de Joel estuviera fuera de peligro, y aun con la cota de malla puesta, una sola muestra

despreciativa me arrasaría igual a una plaga de langostas en un campo de trigo.

DESPERTANDO



Imposible dormir, llevaba demasiado tiempo en letargo obligado para malgastar otra noche en el mismo estado.

Me levanté cuando estuve segura de que papá dormía en modo hibernación plantígrada. Tomé su iPad y me dispuse a leer cualquier cosa que tuviera en la aplicación de lectura. Fue imposible, nada captaba mi atención lo suficiente como para concentrarme sin procrastinar.

Daba vueltas por el salón moviendo papeles, abriendo cajones... y, cuando no pude entorpecer más mi impaciencia, decidí saltarme la orden paterna de no visitar a Joel.

Había pocas probabilidades de poder observarle ni a través del cristal, y eso siempre que la fortuna estuviera de mi lado y algún sanitario, conmovido con mi expresión de gatito abandonado, me permitiera pasar a la zona y corriera las cortinas.

Con un descaro desconocido en mí, entré en la UCI utilizando el pasillo para personal autorizado, y sí, debía de ser mi madrugada de suerte, ya que al final la enfermera que me acompañó al apartamento hacía dos semanas

comprobaba datos en la pantalla de un portátil detrás de un carro metálico con carpetas y vasitos.

—Buenas noches, ¿me recuerdas?

—Lo raro sería haberte olvidado... ¡Menudo susto! Veo que ya tienes mejor aspecto.

—Gracias, estoy recuperada... Aunque debo de tener exceso de descanso, soy incapaz de dormir.

—Y has pensado en pasar a ver a nuestro hombrecito.

—Sí.

—No es una hora prudente para las visitas.

—Me conformo contemplándole a través de las ventanas del pasillo.

—¡Bah! Lleva mucho tiempo durmiendo, le irá bien algo de compañía.

—¡No te imaginas cuánto te agradezco el gesto!

Extremando las medidas de higiene, entré a la habitación. El primer impacto fue duro. Estaba consumido, su piel era cetrina y a su aspecto desmejorado se sumaba los costurones de la cabeza curados en yodo ya sin tapar. Matt estaba en lo cierto al no desear enfrentar a Isona a aquella visión, no era necesaria, una vez se clavaba en la retina, retirarla iba a resultar complicado.

Intentando hacer de tripas corazón, me senté a su lado para sujetarle la mano. Me la esperaba fría al asociar la temperatura con el tono ceniciento de su piel y encontrármela tibia me sorprendió. La llevé a mi mejilla y la sostuve entre la mía.

No quería llorar, así tragaba saliva cuando la angustia colapsaba mi garganta.

Respiré todo lo profundo que mis pulmones maltrechos me permitieron y fui desinflándome lenta, concentrada en él y no en mi desconsuelo.

—Hola mi vida. Menudo sueñecito... ni de bebé dormías tanto. ¡Bah! ¿A quién pretendo engañar? Tú no dormías, dabas cabezadas, no nos permitías descansar dos horas seguidas. —Apreciaba mi voz rota, en lugar de animarle a despertar seguro le estaba deprimiendo—. El *iaio* ha estado uniendo tus sesos y ahora te llaman «*The Warrior*»^[104]... pero de verte con tres años escalando el roble del patio te hubieran apodado Tarzán, o Tritón, cuando decidiste que ya no debías nadar con manguitos... Aquel día casi apareces en Mallorca arrastrado por las olas desde la Barceloneta. Tienes un montón de anécdotas

que contarle a papá, y a mí me debes un concierto de violín moderno a lo Apocalyptica...

No pude sostener por más las lágrimas.

—Puede que te preocupe despertar pensando que estamos muy enfadados, pero no es así, hemos asumido tu intrepidez como un rasgo de carácter que te hace especial... Yo prometo ayudarte a valorar el peligro antes de lanzarte al vacío, sin detenerte solo orientándote... Te queremos tanto, Joel... no puedes hacerte una pequeñísima idea de cuánto te necesitamos de vuelta.

Y me callé. La garganta ardía de tantos nudos mientras seguía su mano huesuda pegada a mi moflete. De repente percibí una leve presión, un intento de pellizco... ¿Serían mis ansias o serían sus dedos?

Carraspeé para que la emoción no ahogara mi voz.

—Mi vida, si me oyes... pellízcame de nuevo.

Y me vi rezando para que no fuera un reflejo, la tensión de un nervio o la contracción de un músculo involuntario.

Entonces, más decidido, presionó.

Contener el llanto fue una tarea absurda y por calmarme, le besaba la mano aun lánguida, mientras buscaba el pulsador para avisar a la enfermera. Si había sido capaz de hacerlo dos veces, podía cuatrocientas.

—Eres el chico más granuja de cuantos universos existan.

Presionó con algo más de energía.

La enfermera entraba justo en ese momento y retiré la mano de mi cara para que él rodeara mi dedo índice. En cuanto ella observó la proeza de mi chico, marcó desde el teléfono de la habitación a los médicos.

—Joel, démosles una lección a todos los de las batitas blancas y azules... prueba de abrir los ojos, solo hay una luz encendida sobre tu cama que no alumbra mucho, no te molestará.

Sus pupilas se movieron adormecidas bajo los párpados de izquierda a derecha. Tanto la enfermera como yo, seguíamos la evolución, atentas, reteniendo los nervios apretando las mandíbulas, a la espera de ver agrietarse el cascarón... y no nos defraudó, aunque no pudo abrirlos más de medio centímetro y volverlos a cerrar.

—¡Oh, Joel! ¡Muy bien mi amor! ¿Lo intentas otra vez?

De nuevo volvimos a observarle, aunque ya más emocionadas que expectantes... y tras diez segundos con la cadencia flemática de diez horas, los

entreabrió lo justo para que la pupila absorbiera luz y la convirtiera en imágenes.

—¡Oh, mi chico! ¡Me haces caso sin replicar! ¡El *iaio* te ha activado la obediencia! ¿Puedes verme? Si es así, apriétame el dedo.

—Mal.

Mi suerte fue estar sentada, la sorpresa al escuchar su voz, aún afónica, casi me desmaya.

—¿Mal? —pregunté con las lágrimas recorriendo mi cara.

—Fea. —Reía y lloraba... y le besé mil veces, y continué riendo y llorando.

—Vaya.

—Verde... —Tragó —feo.

—¿No te gusta el pijama que llevo? A mí tampoco.

—Papá.

—Con Isona, pero ha estado contigo todo el día.

—¿Gordo? —Me giré hacia la enfermera. Ella negó restándole importancia al lapsus... ¿A qué debía referirse? Y se me encendió la bombilla.

—¿Enfadado? —Asintió pestañeando—. Ni un poquito, aunque está muy preocupado.

—¿Tú?

—¡Bah! Yo no sé enfadarme contigo.

—Joel... ¿cómo te encuentras? —preguntó la enfermera.

—Tijeras. —Esta vez entenderle iba a ser más complicado. Ella apretó mi hombro.

—¿Te sientes mareado? —Un par de pestañeos contestaron a Joe.

—El yayo te ha reparado la placa base, chaval... vas a fardar de cicatrices a lo Frankenstein del cogote a la mollera.

Se rio un poquito, sin fuerza, aunque cualquier mueca suya a mí me sabía a triunfo.

Besukeándole andaba cuando la puerta se abrió y papá entró con prisas. Nadie diría que acababan de despertarle, me dio el tiempo justo de levantar el culo de la cama para cederle el espacio.

—¡Será posible! ¿Toda la tarde de guardia y eliges las dos de la madrugada? ¡No tienes remedio!

—La bruja... no duerme.

Papá se giró buscándome con una sonrisa, sin darle importancia a aquellos deslices afásicos.

—Hijo, no sabe acatar órdenes. Le prohibí que te visitara hasta mañana.

—Pesada...

—Y terca.

—¡Ep! Me voy a enfadar.

La puerta se abrió de nuevo apareciendo uno de los neurólogos que le asistieron el día de la caída. Nos saludó sin disimular la alegría para comentar después con papá unas gráficas y los encefalogramas de Joel.

—Cielo, voy a salir, necesitan realizar un reconocimiento para valorar tu estado.

—Aguja... no.

—No, ya no tienes espacio donde colocarte otra.

—Viajar... no.

—En cuanto me dejen entrar de nuevo, vuelvo contigo.

Le di unos cuantos besos antes de marcharme y otros tantos de propina.

Al llegar a la salita de espera de aquella planta, más modesta y parecida a cualquier sala de un hospital, marqué al móvil de Matt.

—¿Qué sucede, princesa? —Descolgó al primer timbrazo.

—¿No duermes?

—No. He aprovechado para resolver unos asuntos pendientes en Europa. ¿Tú que haces despierta? Has de descansar.

—Necesitaba hablar con mi chico.

—¿Más? —Reía con deje cansado.

—Contigo, no. Con mi chico.

—¿Enid? ¿Celos a esta hora? ¿Qué chico?

—Un rubito de diez años...

—Enid... —pronunció cauteloso... contenido.

—Despierto y orientado...

—¡Oh! ¡No puede ser!

La voz se le quebraba intentando no demostrar las emociones, pero le fue imposible y el alivio se tornó llanto... y yo, lloré con él.

—Cariño, está bien. Débil y algo mareado, pero todo en orden. Mi padre y el neurólogo le atienden en este momento.

—En media hora estoy ahí.

—Matt, no importarán que sean cuarenta y cinco minutos, o una hora. No quiero que llegues en ambulancia.

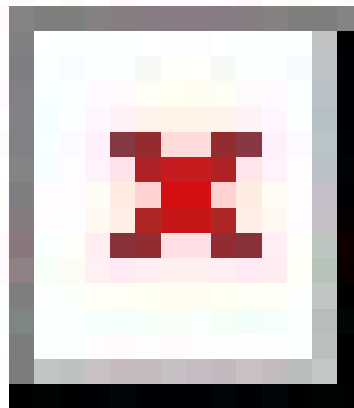
—No te angusties, soy el primer interesado en llegar.

—Te espero.

Perdí la cuenta de los paseos entre el pasillo y el vestíbulo, con probabilidad las baldosas debían de tener un surco de tanta ida y venida.

En una de las rondas, reparé en la revista olvidada sobre un asiento e intentando distraer mi atención la cogí para hojearla.

De costumbre, solía comenzar a leer —aquello poco instructivo— del final al principio, por lo tanto, al llegar a los artículos de los titulares creí morir.



Acompañando a la noticia se mostraban instantáneas de la pareja en diferentes eventos, un par más en las cuales la Condesa del Guisante caminaba sola con unas enormes gafas de sol, y centrada entre el collage, otra en la que Matt y yo bailábamos durante la cena de Navidad.

Atolondrada, comencé a leer.

«Fuentes fiables y cercanas a la pareja han revelado que Matthew F. Prescott, tras cuatro años de compromiso y con todo previsto para el que estaba llamado a ser el enlace del verano, ha decidido de forma unilateral no dar el ‘Sí quiero’ a la hija del Conde de Lexintong, Catherine Nouville, alegando motivos íntimos y personales.

La razón de peso para que el esquivo magnate de los negocios

haya cambiado sus planes, ha sido un desdichado incidente en el que una inoportuna caída mantiene a uno de sus hijos debatiéndose entre la vida y la muerte. Al cierre de la crónica, lo único que ha trascendido sobre la salud del pequeño es que fue operado por un prestigioso neurocirujano pediátrico.

Algunos os preguntaréis: ¿hijos? Sí, hace unos meses Matthew obtuvo la patria potestad de los mellizos nacidos fruto de una relación adolescente, y esa también sería otra de las hipótesis, el inesperado aumento de la familia podría haber generado tensiones entre la pareja.

Sin embargo, ya se especula con la posibilidad de que otra mujer esté ocupando el corazón del empresario, y de ser cierto, el romance tendría tintes de telenovela, puesto que las malas lenguas hablan de Enid Recassens, la pareja de su hermano Jared e hija del facultativo que asiste al pequeño Prescott. Una preciosidad tocada por un ángel de la que ya nos hicimos eco en la gala benéfica al desbancar a la propia Catherine en elegancia y belleza.

Esta última información nos ha sido imposible de contrastar, puesto que ninguno de los involucrados se ha pronunciado al respecto, así que será el tiempo quién nos ayude a esclarecer todas estas incógnitas.

Desde la redacción solo deseamos la inmediata recuperación del pequeño».

Tras cerrar la revista comencé a masajearme las sienes. Intentaba recuperar momentos en los cuales pudieran habernos fotografiado juntos. Solo habíamos compartido unos minutos en público el día que fuimos a recoger a mi padre y no hubo muestras de afecto.

¿De dónde se habían sacado la suposición? Para lanzar un argumento tan bien expresado, debían de tener datos certeros... pero ¿quién los ofrecía?

—Hola, princesa.

—¡Jolines con los sustos! —No escuché la puerta y lo inesperado de su voz casi me deja en el sitio.

—No era la intención... ¿Sucedo algo?

—Nada trascendente. ¿Has pasado por la UCI?

—Sí, he estado con mi campeón diez minutos. Ahora van a realizarle un

escáner. —Miré el reloj de la sala.

—¿Has venido en helicóptero? —Con una falsa mueca de culpa se rascaba la nuca.

—No.

—Pues tu coche debe de tener más gadgets que el de Batman o le han salido alas... o tú eres un murciélago.

—Enid, estoy aquí... ¿Tiene caso discutir por la velocidad a la que he conducido?

—Sí, tienes razón, no soy nadie para recordarte que tienes dos hijos que te necesitan.

—¿Y tú no? —contestar a obviedades no era mi estilo y menos para aumentar su ego.

—¿Qué impresión te ha causado Joel?

—Me había preparado durante estos días para los supuestos menos optimistas y encontrármelo así, para mí es un milagro.

Pasó su brazo alrededor de mis hombros atrayéndome hasta su pecho, sin embargo, me envaré no permitiéndoselo. Aquella no era una sala exclusiva, por allí podía pasar cualquiera.

—Enid... ¿qué pasa?

—He estado leyendo.

—¿Y leer te hace ser tan esquiva?

—Sí, cuando mi nombre sale en una publicación a página completa en la prensa rosa.

—Ah...

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Son todo teorías...

—Bastante acertadas, ¿no crees?

—Ajá.

—¿Por qué no detuviste el rotativo? En otras ocasiones lo has hecho.

—Tratan el tema con respeto sin buscar la polémica... tampoco mienten. — Y caí con todo el equipo. ¡Valiente chismoso!

—¡Lo has filtrado tú! —Sonrió de medio lado—. ¡Gracias, Prescott! ¡Sobre todo por contar conmigo!

—¿Vamos a reñir por semejante idiotez?

—¡Sí!

—Debía de comunicar la anulación de la boda.

—¿Y el resto de los datos de más?

—En pocas semanas saldrán fotos nuestras. ¿Qué más da ese apunte extra?

—Estás acostumbrado a hacerlo todo a tu manera, sin consultar. ¡Yo no soy un mueble, Matt! ¿Lograrás metértelo en la mollera?

—De esto sé más que tú, no iba a pedirte opinión, además, estabas sedada.

—Matt, tú y yo... tenemos poco en común, y digo poco siendo atrevida.

—Eres una exagerada. Han pasado de puntillas.

—¿De puntillas? Dan a entender que le has robado la novia a tu hermano, eso en mi pueblo es ser muy concreto.

—Interpretas una frase a tu antojo. —En ningún instante la inflexión de su voz denotaba arrepentimiento o culpa... ¡al contrario!

—Cualquiera poco instintivo llega a esa conclusión.

—Me trae sin cuidado.

—Esa actitud me corroe de ti. Como al señor no le importa, a mí no debe preocuparme.

—Así es.

—A ver Matt, a ver si consigo hacértelo entender sin moldeártelo en plastilina. ¡Quiero que me lo expliques antes! —¡Y reía!

—Princesa, lo hubiera hecho igual fuera cual fuera tu opinión.

—¡De matrícula Prescott! Además, ¡sigues con los oídos taponados! Que no es cuestión de tomar en consideración mis opiniones, sino de intercambio bilateral.

—No tengo por costumbre realizar un informe cada vez que decido algo.

—Hazte un apunte mental, para que cuando algo me repercuta te acuerdes de hacerlo.

—En serio, Enid..., ¡qué berrinche más tonto! Cualquier mujer estaría encantada de que la relacionaran conmigo.

—¡Pero! ¡¿Tú que te has creído?! —Le empujé separándole de mí. El momento de indignación lo requería—. Atiende, Matthew Frederick Prescott... ¡Yo no soy cualquier mujer! ¡Soy una mujer! Y si estás dispuesto a ser mi pareja ¡aprende a compartir la información o puedes irte a...!

Me tomó de la cintura revoleándome, y todo mi organismo cambió la soberbia por efervescencia.

—Adónde... —protestó rozando con sus labios los míos.

—A la...

Y el arrebató de aquel beso consiguió que me temblaran las rodillas igual a gelatina.

—No me ha quedado claro... decías que debía de irme...

—Si crees que así con... —Y de nuevo su lengua se introdujo dentro de mi boca con el afán de cambiar palabras por deseo.

—¿Alguna objeción? —Negué. Después de cómo asediamos sin pudores uno la boca del otro no conseguí recordar los motivos del cabreo—. Estupendo. Tratemos ahora temas importantes.

—¿Cuáles? —Suspiraba la muñeca de trapo en la que me había convertido.

—Tú estilismo.

—¿Perdona? —¿De traca!—. Matt, harás que acabe la frase de antes.

—Princesa, ese pijama mata pasiones—. Con el índice repasó el borde del cuello de la camisa hospitalaria, rozando la piel que quedaba a la vista.

—Tenía entendido que el disfraz de enfermera era uno de los más eróticos.

—El verde no te sienta bien.

—Vaya... Joel opina lo mismo.

—Es un Prescott —afirmó con una mezcla de orgullo y desgaire.

—Un peligro.

—Ansío ver de nuevo tu tatuaje... —su voz a mi oído era sensual... un ronco y varonil quejido de deseo con el que mi piel se alborotaba de inmediato—, seguir con mis yemas la sinuosidad de las curvas de esa rama retorcida.

—Pues espero que goces de buena memoria, porque como vuelvas a tocarme la moral vas a necesitar tirar de recuerdos para todo.

Reía pegado a mi cuello y trazando un camino de besos llegó a mis labios.

Su mirada, aún cansada, disponía de un fulgor emocionado y supe que lo había visto antes, una mañana muy divertida jugando a fútbol con los chicos.

Matt era ese tipo de dandi vanidoso y mandón encantado de haberse conocido, y eran a todas luces, los atributos no físicos más sobresalientes en él y también más irresistibles. Sin embargo, se apagaron esos rasgos de carácter al pisar el hospital, y a pesar de seguir ahí, emergían sin garra.

Esperaba verle en pleno apogeo, ese era el Matthew Prescott del que estaba enamorada, y no de un sucedáneo mal equilibrado en cuanto emociones

y sentimientos... aunque con ello acabara la vorágine pasional que también parecía mantenernos unidos.

DESPEDIDAS



DESESPERADAS

Joel Nicolás Prescott, se convirtió en una curiosidad médica, un individuo digno de estudio.

En el hospital habían sido muy críticos en cuanto a su recuperación desde que le recogieron del témpano de hielo que podría haberse convertido en un altar mortuario. No apostaron por su recuperación y vieron algo de esperanza cuando papá le hurgó el cráneo, sin embargo, que despertara con unas insignificantes secuelas en cuanto a movilidad y habla, les tenía anonadados. Y la verdad, le costó mucho más sanar la pierna rota años antes.

Papá le pidió permiso a Matt para publicar un artículo sobre la capacidad de regeneración de los tejidos cerebrales, exponiendo el caso de Joel. Él, en su infinito agradecimiento, no solo no puso inconvenientes, sino que decidió financiar la renovación de los equipos quirúrgicos de la unidad pediátrica del hospital de Santander.

Fue triste despedirme de papá. No sabes cuánto necesitas a un padre hasta que vuelves a tenerle cerca y ha de marcharse de nuevo. Yo, entendiendo que

su presencia no era imprescindible, no le insistí en alargar su estancia. Todo el tiempo dedicado a Joel le había obligado a retrasar compromisos y delegar el cuidado de sus pacientes en otros facultativos, además de estar alejado de Amaia y Edith.

Asier también regresó a Múnich al lado de su chica. La relación entre él y Matt se suavizó, aunque juntar en el mismo espacio a dos alfas era delicado, sentían la constante necesidad de miccionar sobre cualquier superficie, dejando bien regadito el terreno.

Dietrich y Pat seguían de un empalagoso que a su lado las princesas Disney se convertían en los ángeles del infierno.

Me alegraba enorme por ambos, se les veía sincronizados, formando un conjunto perfecto. Fluía entre ellos un cariño sin sobresaltos, tranquilo... me encantaba la pareja que formaban.

Matt y yo no nos movimos del lado de Joel. Bueno, Matt sí hacía alguna escapada para pasar tiempo con Isona, pero regresaba a dormir al hospital.

Guardábamos las distancias a pesar de ser muy complicado. Disimular la ansiedad rozando la angustia, por poder disfrutar de intimidad, nos mantenía en el límite del estoicismo impúdico, y en alguna ocasión, ya consumidos por el deseo, tuvimos que tirar de freno de mano recordándonos que el baño de la habitación donde se recuperaba el niño no era el lugar apropiado.

Y por fin llegó el ansiado día del alta hospitalaria, que no la médica. Así después de más de un mes abandonaríamos el centro, en donde nos conocían hasta los payasos que adornaban las paredes.

Matt, muy a disgusto, se vio obligado a resolver un imprevisto profesional, y mientras Joel estaba en fisioterapia para recuperar el tono muscular yo recogía los escasos enseres de la habitación.

—Buenos días, Enid. —La visita de la abuela era la última que me esperaba.

—Buenos días, Eleanor.

—¿No está mi nieto? —La inflexión de su voz sin repunte dramático marcando la propiedad, me puso en alerta.

—Acaban de llevárselo a rehabilitación.

—Es grato encontrarte tan recuperada.

—Gracias.

—Me apena no haber podido agradecerte con anterioridad que

comprometieras tu salud por salvar a mi nieto. —De nuevo remarcó el «mí» con énfasis.

—No hay heroicidad en atender a quien se quiere.

—Mi hijo no es de la misma opinión.

—Vaya.

—Tuvimos una conversación un tanto tensa hace unos días...

—No ha de darme detalles de cuanto trata con su hijo.

—Cuando el motivo de nuestras discrepancias eres tú, creo que sí.

—Las conversaciones, si son privadas, no le interesan ni al causante de estas.

—Mi edad, querida, me acredita para decir cuanto desee.

—La mía, a escuchar si me parece oportuno. —De acobardarme, en dos dentelladas acabaría conmigo.

—Demasiado carácter para ser una mujer consorte...

—Sea clara, ¿adónde desea llegar?

—Mi hijo está... cegado. Ve en ti todo lo fascinante de una mujer, belleza, inteligencia, sagacidad, determinación... mas no te engañes, para él eres el fogonazo de un flash.

—Perfecto. Sigo sin tener interés en conocer nada al respecto.

—No pienso permitir que mi hijo lance por la borda todo su sacrificio por satisfacer aquello que le provocas a la altura de la entrepierna.

—Eleonor, eso lo trata con él directamente.

—Matt ya no atiende a razones... por eso apelo a tu juicio.

—Si hago caso a eso, usted no sale bien parada.

—Yo he sido sincera... de ti espero lo mismo.

—Usted es la única interesada de mantener a Matt subyugado a caprichos heráldicos.

—La voluntad de toda mi familia es la misma.

—No, en absoluto. Su carácter dócil y sumiso de madre abnegada, obliga al que tiene conciencia a buscar complacer sus excentricidades.

—¿Me estás tratando de manipuladora? Es una acusación muy osada, querida.

—El derecho a réplica es lo que tiene, no siempre se dice lo que otro desea escuchar.

—Entonces, según tú, Matthew es un mártir y Jared un pusilánime.

—Eso lo dice usted, aunque no le niego que sabe utilizar la debilidad de uno en pro del sacrificio del otro.

—Presentí, desde el primer día que pisaste mi casa, que no traerías nada bueno. Cedí por mis nietos y por la ilusión de Jared, pero este giro era lo último que necesitábamos.

—Me cerró las puertas hace casi dos meses, no tengo por costumbre molestar si no soy bienvenida, así que no ha de preocuparse por encontrarme sentada en los sillones del jardín.

—¿Por qué se lo explicaste a mi hijo? Era un tema personal entre nosotras.

—Solo miento por causas significativas.

—¿Sabes lo peor de toda esta sinrazón? Que mi hijo va a renunciar a sus expectativas por alguien que no va a saber hacerle feliz.

—Catherine, sí.

Sonrió con una ironía vomitiva. No era producto de la casualidad que me mostrara su lado oculto, toda ella era una fachada de sofisticada ternura cuyo interior estaba hueco, frío... amargado.

—Desengáñate Enid, no eres la mujer adecuada... ¿O realmente crees que va a pedirte consejo ante cualquier decisión? ¿O tener en cuenta tu agenda para cumplir con sus compromisos sociales? ¿Y tu proyección profesional? ¿De veras crees que la tendrá en consideración?

—Usted habla de acontecimientos que están lejos de suceder...

—Tus aspiraciones no casan con sus necesidades. Debe escoger una mujer que se sienta orgullosa de ir de su brazo disfrutando de su poder y posición social... el resto de tus cualidades están de sobra. Sé su amante, serás más feliz que como esposa.

Me observó sonriendo de nuevo satisfecha y consciente de haber logrado su objetivo. En esas, Joel entró en la silla de ruedas y la abuela retomó su talante afable y cálido, con el corazón de dulce caramelo... como las brujas de algún que otro cuento.

Su único propósito era sembrar la semilla de la duda, y por más que me fastidiara reconocerlo, yo ya lo había valorado antes.

Matt solía mantenerme al margen de sus decisiones, aunque era algo que se podía negociar, no obstante, seguían sin convencerme sus sentimientos, que yo consideraba temporales y efímeros, todo lo contrario a los míos, que se

consolidaban con cada hora que pasábamos juntos.

Y lo vi claro, le amaba, y el amor también consistía en la renuncia... y yo solo deseaba hacerle feliz. A mi lado no lo sería. Y dolió decidir por los dos.

Mi plan de huida imprevisto e inmediato, en connivencia con la mejor amiga que jamás imaginé tener, progresaba sin titubeos.

Me despedí de Joel prometiéndole regresar tras mi visita a la familia como ya tenía previsto antes del accidente. No me extendí, sería justificar mi mala conciencia al abandonarle cuando más me necesitaba.

Además, de alargar el momento, Matt aparecería y ¿qué excusa le iba a ofrecer? Todos aquellos celos ya los habíamos hablado con anterioridad y él afirmaba que mis inseguridades eran miedos infundados que la convivencia iba a solucionar. Si estaba cerca, mi determinación se esfumaría.

Dietrech, no estuvo de acuerdo, pero nos ayudó consiguiendo un pasaje en un vuelo sin escalas a Madrid que iba a costarme la mitad de mis ahorros de un año. Pat más en divergencia conmigo que su chico, a regañadientes, me preparó una maleta de cabina con lo imprescindible, el resto de equipaje lo enviaría a través de la agencia de transportes.

Fue a recogerme al hospital para despedirme de Isona, no podía ser tan cruel de alejarme de ella sin decirle adiós, y en todo el trayecto hasta la mansión articuló palabra, estaba saltándose sus principios morales y de amistad con Matt por una trastornada emocional.

Encogida en el trasto sentía el peso de las semanas sin salir de aquellas paredes asépticas. Seguía absurdamente cansada debido a los antibióticos que, aparte de debilitar a las bacterias evitando su réplica e invasión, también abatía el resto del organismo agravado por la situación de estrés vivida durante tantos días. Mi estado anímico tampoco era de ayuda.

La verja se abrió una vez leída la matrícula y pasamos hasta la zona de servicio.

—Intentaré no alargarlo mucho.

—Dedícale el tiempo que sea preciso.

Entré por la cocina, no encontré a nadie y lo agradecí.

Me sentía un caco de tres al cuarto ascendiendo por la escalinata, y de repente me vi sonriendo al recordar las mil peripecias realizadas bajando.

Me sorprendió no cruzarme con nadie, en aquella casa siempre había movimiento de empleados.

Ya en su habitación contemplé la pared artística en blanco, algo curioso, siempre garabateaba frases interesantes o dibujaba aquello que su mente le exigía... el suelo estaba cubierto por burujos de papel arrugado y aquella

imagen era desazonadora, si Isona no era capaz de expresarse a través del arte sería de nuevo hermética.

De súbito, la voz inconfundible que engendraba tantas reacciones físicas en mí parecía acercarse.

¿Dónde ocultarme? No quería verle... sí quería, pero no debía. Me metí en el ropero dando un brinco, y, justo al tiempo que la puerta de la habitación se abrió yo deslicé la del armario hasta trabarla. Inmóvil cual estatua de cera respiraba lo imprescindible para no ahogarme, aunque temía que los latidos de mi corazón en modo tambor Sioux me descubrieran.

—Déjame ir papá... me habéis apartado como a un cacharro.

—Hija, un hospital no es un lugar adecuado para un niño sano. Tu hermano regresa en unas horas, ya podrás pelearte con él en casa.

—No voy a pelearme con él...

—¿Seguro?

—Por lo menos durante un tiempo.

—El tiempo puede ser un solo minuto.

—Intentaré alargarlo un poquito más. —Rieron cómplices. A mí aquel Matt siempre me produjo ternura y admiración—. Papá, Enid lleva mucho sin venir... He hablado con ella en estos dos meses como mucho cinco veces.

—Estuvo muy enferma y evitamos decírtelo para no angustiarte más.

—¿Enferma? ¿Cómo de enferma? El *iaio* no me dijo nada...

—Cariño, está recuperada. No te alarmes. Conoces cuánto os quiere y nos fue imposible separarla de la cama de tu hermano.

—Tengo unas ganas enormes de verla.

—La queréis mucho. —Afirmó.

—Papá... estoy harta de perder. —Ese arranque de sinceridad me resultó inesperado e insólito en ella.

—Isona, hija, Joel está bien y con un poquito de terapia volverá a ser el de siempre, y Enid en breve pasará a verte. —Y tan en breve.

—¿Puedo contarte algo? ¿Algo que puede que no te guste?

—Puedes contármelo todo, especialmente aquello que no me guste.

—Papá... yo... yo sigo queriendo mucho a mamá. La echo de menos cada día, recuerdo sus besos al acostarnos y sus caricias... Era muy buena.

—¿Y eso por qué debería de disgustarme?

—No soportas a la gente que miente.

—Sí, la detesto, pero no puedo sentir otra cosa que agradecimiento hacia ella por traeros al mundo.

—Enid es la extensión de mamá. Siempre se ha preocupado por hacernos felices. La abuela era rancia, poco cariñosa, pero no importaba, Enid nos daba cariño de sobra.

—Enid es una mujer fuera de serie. —Escuchaba sollozar a mi pequeña y me costó horrores no dejar de hacer el panoli para salir a consolarla—. Cielo, no llores... ya todo está bien.

—No papá, no lo está. Perdí a mamá y fue malo, malísimo... después a la abuela y con ella mi casa que era preciosa... Y perdí a mis amigos, y las tardes en la playa y los veranos en Santander con el *iaio* Esteban y la *iaia* Amaia... y perdí ver cómo crecía Edith... y a los bisabuelos asturianos...

—Lo recuperaremos todo... No llores mi amor.

—Me he conformado porque la yaya Eleanor y el tito Jared nos han demostrado mucho afecto... Y tú papá, que nos tratas como si hubiéramos vivido juntos siempre... También ha estado Enid y parecía que todo se iba compensando... pero, papá... estos meses... casi pierdo a Joel, que es un estúpido y aun así le quiero mucho... y Enid... Enid se irá, lo sé... Y Catherine no nos soporta...

—Hija... cálmate, preciosa...

—No quiero seguir perdiendo nada más... Papá ¡no es justo...! Soy una niña, quiero pensar en cosas de niña.

Deseaba salir y abrazarla, sin embargo, no podía hacer falsas promesas, quedarme en Filadelfia no era una opción.

Debía de escapar para poder enfrentarme a Matthew con voluntad, después de que él retomara su relación con Catherine o cualquier otra de su condición. Regresaría una vez que su aroma y su voz se tornaran opacas... manteniéndome a una distancia prudencial para no recaer en las mismas adicciones, pero cercana a los niños, porque los necesitaba y porque yo también estaba harta de perder.

—Isona, no hay nada en este mundo que me proporcione más dicha que veros felices a ti y a tu hermano. Te prometo que haré cuanto esté en mi mano para que solo seáis niños hasta que dejéis de serlo.

—Sé que lo vas a intentar.

—Lo conseguiré, hija.

—Gracias, papá. Te quiero mucho.

—Y yo. No puedes imaginar ni cómo ni cuánto. —Se hizo el silencio, roto por los sorbos nasales de Isona—. He de marcharme al hospital. Cuando regrese y riñáis un poquito, seguimos hablando, ¿de acuerdo?

—Sí, papá.

Escuché unos besos y unos pasos.

Segundos después de que la puerta de la habitación se cerrara, deslicé la del armario.

Isona ocupaba el escritorio, me situé tras ella sin hacer ruido y le tapé la boca evitando el berrido que habría dado de verme allí.

—Te la destapo si hablas bajito. —Asintió.

—Papá me ha dicho que estabas en el hospital —susurró obediente mientras se lanzaba a mis brazos.

—No soy un holograma como has podido comprobar.

—Papá debe de estar en casa todavía...

—Lo sé... estaba en el... armario.

—¿Por qué? —Unió sus perfectas cejas confundida.

—Cosa de mayores.

—Estás horrible... debes de haber estado muy enferma.

—No hay bicho que pueda conmigo. —Me abrazó con más energía—. Isona, he venido a despedirme.

—¡Lo sabía! ¿Por qué ahora?

—No grites, por favor... ¿confías en mí?

—Siempre.

—Entonces entiende que tengo motivos personales muy importantes, que no puedo compartir contigo, y que me han llevado a tomar esta decisión.

—No estoy conforme.

—Te suplico que lo aceptes... por favor. Lo necesito.

—¿Y lo que necesitamos nosotros? ¿En qué lugar queda eso?

—No puedo ceder. Tu padre os adora, tenéis una familia estupenda... yo llevo mucho tiempo alejada de la mía.

—¿Volverás?

—Sí —fui categórica—. En unos meses, aunque es un secreto que ha de quedar entre nosotras.

—Enid, llámame cada día, aunque solo sea para decirme hola.

—De acuerdo.

Nos abrazamos llorando flojito. Al separarnos le sequé las lágrimas con los pulgares y por último le besé la frente.

—Te voy a echar de menos infinito.

—Y yo, pero es temporal, y ya sabes que el tiempo vuela. Cuida de Joel, va a demandar mucha ayuda, ten paciencia. Haz caso a papá y confía en él, sabe escuchar... no se lo pongas difícil. Y si precisas ayuda Pat estará ahí para vosotros.

—Sí, lo sé.

—Me voy, cariño. De entretenerme más perderé el avión.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana. —Le sonreí llorando de nuevo.

Salí secándome la cara con las manos. La obligué a no acompañarme por no alargar la tristeza de las despedidas. Fue de las pocas veces que tomé el ascensor para bajar al vestíbulo, y a hurtadillas lo crucé hasta la cocina.

—Señorita, ¿qué sucede? El señor debe de estar aún en la cochera, ¿desea que le avise?

—No, Maud. Pat está esperándome. He pasado a despedirme.

—Señorita... —Se tapó el rostro con el mandil llorando sin consuelo.

—Esto iba a ocurrir. Yo siempre he estado de paso.

—Usted devolvió la vida a una casa muerta...

—Cuídemelos muchísimo, por favor.

—No se marche, se la ve muy cansada para emprender un viaje tan largo.

—Bicho malo nunca muere, Maud.

—¿Usted un bicho? Un ángel. —Tomándome con ambas manos la cara besó mis mejillas con mucho afecto.

—Pat debe estar impaciente.

—Que tenga un buen viaje.

Nos abrazamos y le pedí que subiera a consolar a Isona, no fue necesario insistir.

Tal como abrí la puerta del trasto dejé caer mis huesos en el asiento. Pat maniobró mientras me abrochaba el cinturón y vaciaba con lentitud mis pulmones de aire, aunque no de tristeza.

—¿Todo en orden? —Asentí—. Estás a tiempo de cambiar de idea. Una vieja despechada y con kilos de resentimientos no puede joderos la vida a los

cuatro.

—Pat... en mi fuero interno siento lo mismo que ella.

—Esa situación solo le beneficia a su ego.

—Ya sé que a ella no le mueve el amor maternal, pero tenía razón en cada palabra.

—Matt no se merece esto.

—No, él se merece hacer su vida como tenía dispuesta y ordenada.

—Te quiere.

—Ha estado años intentando recuperar los honores vendidos de su familia... ¿dónde encajo yo, Pat?

—Enid...

—Le llamaré cuando tome tierra en Madrid o cuando llegue a Santander... o cuando tenga fuerzas para hablar sin llorar... o cuando recupere un ridículo grado de entereza y consiga mentirle diciéndole que me he equivocado y no siento nada por él.

—Yo no voy a mentir, Enid.

—Nunca te pediría que hicieras eso por mí.

—Lo haría si te beneficiara.

—Me conformaré si no le explicas nada.

—Te ama, y vas a renunciar por idiota.

—Voy a renunciar porque lo amo como una idiota.

Ante Pat no podía negar la evidencia. Le amaba. Le amaba, mucho... quizá demasiado.

De él me gustaban tanto sus formas bruscas como las delicadas. Sus palabras tiernas o sus comentarios mordaces. Me atraía su físico perfecto y su mente locuaz... sus enfados, sus sonrisas... aquellas miradas penetrantes... las de suficiencia. Su fragancia a esencias exclusivas aleadas con el aroma de su piel. La barba de tres días recortada marcando sus facciones cuando arañaba mi cuello... sus labios pegados a los míos para enlazar después nuestras lenguas en un baile íntimo y sensual preñado de promesas.

Le amaba y no sabía si dejaría de hacerlo en algún momento a lo largo de mi vida, en aquel instante tan amargo lo vi improbable.

La energía de mi madre debía de haberse cansado de sacarme de los atolladeros, estaba resuelta a dejar que me enfrentara a mi desgracia para aprender a espabilarme como la adulta que era... Mamá me había

abandonado.

Así, llorando llegué al aeropuerto donde mis lágrimas pasaron desapercibidas entre llantos de alegrías y penas.

Llorando me despedí de Pat que hasta los últimos minutos insistió en que recapacitara... después, en que volviera.

Llorando embarqué y realicé parte del trayecto, durmiéndome de pura extenuación con el alma —si es que tenía o existía— a rebosar de dolor.

AIRES



DE CAMBIO

[105]

Desde el momento que aterricé en Santander advertí lo disgustado que papá estaba conmigo. Los días sucesivos no mejoraron su actitud de fingida indiferencia, ni me preguntaba ni se interesaba, y nuestras escasas conversaciones versaban sobre insignificancias que se disolvían inconclusas consumidas por el silencio de ambos.

En cambio, con Matt sí mantenía el contacto, que yo tuviera la certeza como mínimo lo hizo en dos ocasiones. La primera justo después de poner los pies en casa, tranquilizándole, y la segunda, cuando decidí silenciar mi móvil tras recibir mil llamadas suyas que no tuve valor a contestar.

Amaia esperaba paciente, las mujeres gozamos de la propiedad ingénita de olfatear la debilidad anímica entre nosotras, y su instinto le decía que la manera de llegar a mí radicaba en dejarme rodar por el despeñadero. Lo que no intuyó fue lo mucho que ya había caído y lo lejos que presumía aún el fondo.

Yo me evadía de los reproches taciturnos de papá y la curiosidad latente de

Amaia disfrutando de mi hermana, tan divertida y vital que conseguía pintar mi humor de fucsia con purpurina durante el rato que compartíamos.

Desde el jardín de la casa de mis padres el Cantábrico se veía inmenso y era frecuente que el viento portara partículas de agasal en su soplido. También traía frío.

—Ten. —Amaia siempre atenta, siempre alerta, me trajo un impermeable, prenda imprescindible por aquellos lares—. Esta humedad no les beneficia a tus pulmones.

—Gracias.

—Tu padre me ha dicho que te vas mañana.

—El avión sale a las doce del mediodía.

—Hacia Barcelona.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es mi casa, Amaia.

—Es un apartamento vacío en donde has pasado intermitentes periodos de tiempo.

—¿Adónde quieres llegar?

—Esteban no cuenta nada, tú no cuentas nada... entre vosotros no habláis... ¿vas a decirme qué sucede?

—Nada.

—Enid, por favor.

—¿Qué no te imaginas ya?

—No imagino nada.

—Estoy triste.

—Ya, pero me preocupa el porqué.

Tomé una bocanada de aquel aire tan frío como salado por contener unos minutos más las lágrimas y me decidí a hablar.

—Me he enamorado del hermano equivocado.

—¿Y el de ti? —de escandalizarle mi confesión, lo disimulaba con maestría.

—Se siente atraído... y lo ha confundido con algo más profundo.

—Ya, claro... y por eso llama a tu padre cada día.

—Salvó a su hijo, estrecharon los lazos durante aquellas semanas.

—Que tengas el teléfono apagado siempre podría ser otro motivo.

—No me despedí de él... —Suspiré.

—Eso es muy inmaduro... ¿Desde cuándo optas por la huida para evitar situaciones desagradables?

—En menos de un año me he enfrentado a más sentimientos que en los diez anteriores... Me he dado cuenta de que no sé desenvolverme bien ni actúo siguiendo criterios racionales para encararlos.

—Obvio, porque las emociones no se racionalizan, se disfrutan.

—Papá insiste en que no deje escapar la posibilidad de ser feliz junto a Matt.

—¿Y tú, Enid?

—Yo deseo que seamos felices los dos.

—¿Tomando la decisión de marcharte de forma unilateral?

—A él no le correspondía tomar parte de ella.

—¡Y tanto que sí! ¿No está implicado igual? No le has dado la oportunidad de defender sus sentimientos ante tus recelos...

—Habría flaqueado... seguiría allí envuelta en una nube artificial.

—Si a Matt le resulta tan sencillo hacerte cambiar de parecer es porque tu determinación responde a un impulso.

—Papá está muy enfadado.

—Decepcionado.

—Vaya.

—No encuentra algo descabellado que intentes poner algo de distancia para aclararte, le afecta tu cobardía.

—Siempre lo he sido.

—Sí, ya... Por eso fuiste a casa de una desconocida a ayudarle a cuidar de sus hijos. Vuelas años después a otro continente por no perder el contacto con ellos sin preocuparte de lo que podías encontrar y, para cerrar el círculo, le salvas la vida a uno de ellos arriesgando la tuya...

—Solo es humanidad, Amaia.

—Son actos llenos de amor hacia unos niños que consideras hijos propios. Matt se merece tu sinceridad, y tú te mereces que él lo deje todo para estar juntos.

Rodeó mis hombros en un abrazo tierno y apoyé la cabeza sobre los suyos mientras dejaba que la visión de la inmensidad de aquel mar revuelto y bravo

despejara mi mente.

¿De dónde iba a sacar el valor para exponerle la verdad sin tapujos? ¿De dónde!

La cena resultó de nuevo monótona. Amaia proponía diversos temas de conversación que se apagaban con monosílabos mientras yo separaba la comida en el plato casi sin probarla.

—Enid.

—Sí.

—¿Mañana has de facturar?

—No es necesario que me lleves, papá. Tomo el autobús.

—¿He preguntado eso?

—No, papá... —respondí suspirando y desganada—. No he de facturar... pero no es...

—Enid, ya.

—Pero yo no *quie*...

—¡Ya basta!

Acompañó la exclamación con un palmetazo en la mesa que hizo saltar los cubiertos. Amaia, viendo el percal, se marchó con Edith sin hacer ruido.

No recuerdo, ni siendo niña, una situación similar. Mi padre no era un hombre de imponer su criterio con un arranque de violencia.

—Papá, ¿a qué ha venido esto?

—No te comprendo, hija. Me lo propongo cada minuto, pero es imposible.

—¿Qué no entiendes?

—Tu comportamiento. —Exhalé cansada de tanta reprimenda.

—Puedes ahorrarte el sermón, Amaia se te ha adelantado.

—¡Pues entonces, reacciona! Siempre te he tenido por una persona íntegra y brillante, justo cuando has de demostrarlo te comportas como una adolescente consentida e imbécil.

—¿Sabes, papá? Estoy cansada... ¡Agotada!, de hacer lo correcto bajo la opinión de los demás. ¡Siento haberte defraudado! Soy un ser humano que no siempre hace lo que se espera de él, y por mucho que te fastidie, eso soy, ¡un individuo corriente cargado de defectos! ¡Como tantos!

—¡Pon remedio! ¡Tu madre no hubiera permitido que actuaras con tanta irresponsabilidad! —la nombró adrede, el motivo no lo entendí del todo, pero fue hiriente.

—Para desgracia de ambos, no lo sabremos nunca.

Conocía a papá, no habría réplica por su parte. Dijo cuanto necesitaba y

consciente de haber abierto la grieta que durante tanto tiempo enlucí, lijé y lustré por disimularla, regresó a su mutismo.

Tal como cerré la puerta de mi habitación me abandoné al llanto de cada noche, hasta que me dormí. Para mi desdicha el destapar la caja de los truenos regurgitó la pesadilla que estuvo acosándome tras fallecer mamá y me desperté sobresaltada con pánico a cerrar los ojos.

Las manecillas del despertador apuntaban a las tres cuarenta y nueve de la madrugada, las nueve y cuarenta y nueve en Filadelfia... Allí era una hora prudente, mas ¿atendería mi llamada? ¿Y si estaba con Catherine?

Lo peor que podía suceder era que no contestara, y armándome de valor con el estómago encogido, marqué.

Primer tono... Segundo tono... Tercer tono... Cuarto tono... Quinto tono...

Aquello para mí contaba como intento de sinceridad, así que, con cierto alivio, me dispuse a colgar.

—Hola, Enid —su voz me hizo estremecer a pesar de ser seria y tajante.

—Hola, ¿molesto?

—No.

Silencio.

No me había preparado ningún discurso sobre incompatibilidades u otra sarta de pretextos, y no sabía ni cómo comenzar.

—Enid, no he descolgado para oírte respirar.

—Mejor busco otro momento.

—No. Di lo que hayas de decir, tengo prisa.

—Lo siento.

—¿Y qué es lo que sientes? ¿Largarte como una delincuente? ¿Manipular a mi hija para ocultarme cosas? ¿Evitarme durante estos días? —había mucho resentimiento, cada palabra era de doble filo.

—Todo.

—Un comportamiento ejemplar.

—Ya.

—¿Piensas dedicarme algo más a tus patéticos monosílabos? —Siempre oí el término «patético» definiéndome.

—No, no diré nada más.

—Pues yo sí, yo sí he de decirte muchas cosas, tantas que ni sé por dónde empezar.

—¿Y es imprescindible?

—¿Cómo puedes ser tan cínica?

—No es cinismo, de veras, es que no creo que sirva de nada.

—A mí, sí. Por más vueltas que le doy no comprendo tu actitud. —Nadie en realidad. Incluso yo la ponía en duda.

—Matthew, no somos compatibles... —Me reconocí poco imaginativa buscando excusas.

—¿Ya no soy Matt?

—Es mejor así.

—Eso lo trataremos en otro momento. —¿Qué otro momento? Yo no iba a pasar por aquel trago otra vez en mi vida, el masoquismo emocional tenía sus lindes—. Y retomando la soplapollez de la compatibilidad... Enid, ¿me tomas por imbécil?

—Sabes que tengo razón.

—Bien, crees que lo soy, porque de lo contrario no comprendo cómo se te ocurre pensar que me conformaré con semejante perogrullada.

—No es cuestión de conformarse o no...

—Dime la jodida verdad... ¡y ojo con «no eres tú soy yo»! —acababa de desmontar la segunda evasiva—. ¡¿Piensas contestarme?!

—¿Quieres la verdad?

—La exijo.

—Tú necesitas organizar la vida de todos los que te rodean sin dar explicaciones ni pedir las... Yo no solicito un detalle de tus ocupaciones diarias, pero si me afectan o me implican, sí.

—Qué más.

—Luego está tu boda con Catherine...

—Sí, ya... —Seguía sin creerme—. Prosigue.

—Y ese título que tu familia tanto desea recuperar...

—Ajá... Continúa.

—No hay más —obvié reseñar la charla con su madre, era añadir drama y acritud a una conversación sujeta por las puntas.

—¿Y todo esto no podíamos haberlo hablado antes de marcharte como una fugitiva?

—No.

—Por qué.

—Porque no.

—Porque de habérmelo expuesto estarías conmigo —afirmó.

—No.

—No me mientas.

—Voy a colgar, ya me he disculpado y ya te he dado los motivos.

—Qué te dijo mi madre. —Vaya.

—Esto... mira... pues... certezas, solo certezas.

—¿Te amenazó?

—No, pero somos de la misma opinión.

—Una opinión un tanto egoísta... Tampoco te exonera.

—No estoy suplicando para que me perdones, nada ha cambiado en esta semana.

—Sí, Enid, sí que ha cambiado. Me he dado cuenta de lo equivocado que estaba contigo.

—Yo lo supe desde el principio.

—Siempre he sido sincero.

—Eso nunca lo he puesto en duda, sin embargo, no soy la persona adecuada para ti.

—No, no lo eres. —Noté el golpe de gracia de un verdugo poco diestro en el arte de rematar, que, en lugar de acabar con mi sufrimiento acentuó el dolor.

—Bien, ahora todo está aclarado.

—Si tú lo dices, lo está.

—Adiós, Matthew.

—Hasta pronto.

Y con el eco de su *see you soon* di por finalizada aquella tensa y angustiosa conversación. Ya no tenía caso estirar un diálogo por apreciar una despedida más amable, cuando ninguno atinaría con el conjunto de palabras que nos acercara.

¿En qué momento pude creer que aligeraría mi conciencia ofrecerle una explicación? ¿Al contrario! Estaba padeciendo el temido efecto rebote.

Cerré los ojos esperanzada en volver a dormir, con ese deseo infantil de que el sueño fuera un emoliente con el que disminuir el pesar acumulado. Ya ni valoraba la posibilidad de hacerlo desaparecer del todo, me conformaba con

una mejora... y tuve la convicción de que iba a ser más difícil de superar de lo imaginado.

La mañana me encontró con los ojos inflamados y la cabeza como una olla de grillos. La conversación con Matthew lejos de aliviarlo aumentó el regusto amargo en el paladar.

Podía sonar insensible, pero ni a mamá la lloré tanto, y lo más lamentable de la situación era reconocer que todas aquellas lágrimas no mitigaban la tristeza, solo me concienciaban de lo duro que iba a ser aprender a vivir con ello.

Al bajar al salón mi padre ya esperaba listo para trasladarme al aeropuerto y temiendo a una repentina aparición de su alter ego, no insistí en ir por mi cuenta.

Cruzamos los buenos días y poco más, en ese plan nos montamos en el coche tras despedirme de Amaia prometiéndole lo de siempre y achuchando a Edith cuanto se dejó.

—Enid, anoche...

—Papá, déjalo, no importa.

—A mí, sí, y a ti, también.

—Si vas a decirme que estabas enfadado y que no lo sentías, no te esfuerces en mentir.

—No me arrepiento de la conversación que mantuvimos.

—¿Conversación?, bonito eufemismo. —Apartó un par de segundos la mirada de la carretera reprobando el apunte.

—No eres una criatura, nadie ha de imponerte nada, pero soy tu padre y estoy en mi derecho de exponerte mi parecer sin andarme por las ramas.

—Uno acaba siendo esclavo de lo que dice y dueño de lo que calla.

—Pues sí, y me duele haber utilizado la memoria de tu madre para conseguir una reacción.

—No fue un argumento acertado.

—Tampoco lo fue decir que me habías decepcionado.

—Papá... ayer, después de la bronca, hablé con Matthew... me disculpé... y si es que hubo algo entre nosotros, se acabó.

—Ese hombre te ama.

—Se acabó.

VOLVER



A COMENZAR

Desperté desubicada y más cansada de como me había acostado.

El día anterior, según llegué, hice algo inconcebible en mí, puse el apartamento patas arriba adecentándolo al punto de la asepsia integral. Descubrí que mantenerme ocupada y con los oídos ensordecidos por música atronadora, conseguía que desconectara parcialmente agotándome a la vez. Así, al meterme entre las sábanas no di un bostezo que ya dormía.

Aquella mañana favoreció a mi ánimo salir a correr por la Villa Olímpica, pisar la arena de la playa, disfrutar del clima que, aun algo fresco, era mucho más amable al de Filadelfia.

Volver a escuchar a la gente expresarse en castellano o en catalán resultaba tan agradable como extraño, y lo cierto fue que analizar la paradoja de sentirse extranjero en la propia patria, sumado a otras trivialidades, también ayudaba a mejorar mi humor.

La soledad social me ofrecía la posibilidad de comenzar el proceso de cura

y no iba a desaprovecharla.

De nuevo ante el portátil, concentrada en el proyecto del museo, me evadí sin darle medida al tiempo, hasta que el zumbido del timbre rompió la abstracción.

—¿Quién es? —El vídeo portero devolvió la imagen de un chico vestido de azul corporativo con las siglas de la agencia de transporte en el bolsillo del polo.

—¿Enid Recassens?

—Sí.

—Venimos a dejarle el equipaje.

—Suban por favor.

Les abrí la portería y minutos después sonaron las campanitas del timbre del piso.

—Buenas tardes, ¿dónde dejamos las maletas?

—En el recibidor, por favor.

Mi móvil comenzó a sonar, sin embargo, el apartamento estaba tan ordenado que no sabía en dónde diantres lo había metido.

—Señora, ¿puede firmarme?

—Esto... sí... voy.

¿Y si era Matthew? Me agobiaba tanto la idea de no responder como de verme obligada a devolverle la llamada.

—Aquí, por favor.

Extendió una PDA y firmé con un garabato que nada tenía de parecido a mi rúbrica. Nerviosa con el sonido del teléfono cuya insistencia era preocupante comencé a mover los planos de la mesa y los cojines del sofá...

—Cierre al salir, por favor.

—Adiós...

El tono me resulto extraño, entre confundido y cohibido, el portazo al marcharse, inapropiado. En cambio, tan obstinada estaba en localizar el teléfono escondido entre los asientos del sofá, que ni me giré a preguntar si precisaba algo más.

Impotente, solo restaba mirar debajo de los sillones, hacía unos segundos que ya no timbraba y si no fui capaz de encontrarlo sonando, en silencio la maniobra se complicaba. A pesar de ser muy triste perder un objeto en un lugar cerrado de unos cien metros cuadrados, me tranquilizó el hecho de saber

que estaba en algún lugar dentro del piso. Todo fuera que, por descuido, hubiera descargado alguna aplicación dotándolo de la cualidad de reptar y anduviera escondiéndose de mí.

Lo puse todo patas arriba en vano. ¡Con el tiempo que había empleado el día anterior en tenerlo todo como no me gustaba!

Estaba enfadada conmigo misma, con mi suerte, con el mundo y con el transportista que casi tumbó el marco. Desahogándome escupiendo sapos y culebras mientras recogía los planos de cuclillas.

De repente, desde esa posición, unos Aubercy granates impolutos me obligaron a alzar la mirada, perdiendo la propiedad prensil en los dedos y cuanto llevaba entre ellos volvió al suelo.

Me fue imposible separar mis ojos de los suyos, él tendió la mano y la acepté temblorosa. Tal como me puse en pie me solapó a su pecho.

—¿Estás muy enfadado? —de cuantas cosas se podían preguntar, opté por conocer el dato más absurdo y evidente.

—Sí, Enid, mucho.

—Vaya.

Tomó mi cara con ambas manos para besarme con un arrebató cercano a la violencia, al que yo correspondí apasionada.

Mis manos, más resueltas que mi mente, le descamisaron, desabotonándola después con una habilidad desconocida hasta entonces.

Él tampoco estaba por perder tiempo, y bajó la cremallera de mi chaqueta entre besos febriles. Sus manos se posaron en mis caderas y fue retirando la camiseta con una cadencia abrasadora.

Separándose de mis labios me despojó de la prenda que era la única cubriendo mi torso, para dejar todos mis encantos expuestos a su mirada fogosa.

—Eres tan perfecta... me excito observándote.

—Y a mí lo hace que me observes.

Disfrutábamos de nuestra anatomía a dos manos. Su boca en mi cuello podía aportar nuevas epístolas a la novela de Bram Stoker. Cada mordisco transformaba mi cuerpo y lo acondicionaba para recibirlo. Alzándome por las nalgas, continuó devorando otras zonas igual de erógenas, y por aliviarle parte del peso en vilo, anudé mis piernas a su cintura.

Pateó los planos que encontraba en el camino hasta el sofá gateando sobre

él conmigo atada, sin dejar de besarnos.

Se deshizo a puntapiés de los zapatos sin importarle dónde caían, ya fuera en el suelo o dentro del centro de mesa con velas flotantes.

Abandonó mis labios por emplearlos, delirantes, en mi pecho turgente que hambreada sus atenciones. Mi interior palpitaba en aquella mezcla armónica de ardor y deseo.

El resto de la muda estorbaba y la retiramos descubriendo nuestra desnudez. Nos costaba respirar y obligados por el anhelo, jadeábamos uno pegado a la piel del otro. Él luchaba con el cierre de los gemelos, que una vez desabrochados dejó rodar sobre el parqué con la misma delicadeza expuesta con los zapatos.

Su boca, empeñada en revolucionar mi frenesí, reconoció recovecos tan deliciosos como prohibidos y cuando se creyó satisfecho con la hazaña, con la punta de su lengua fue repasando el dibujo del tatuaje desde el vientre hasta la cadera. Allí, el camino le llevó de nuevo hasta mis labios, para estirarse sobre mí, apoyado en los codos, y con la yema de los dedos acarició mis mejillas sin apartar su mirada de mis pupilas chispeantes mientras encajaba sus caderas a mi pelvis.

No hubo brusquedad ni ímpetu tomando mi intimidad. Pude apreciar en la lentitud de su movimiento la posesión más absoluta, y él en mí, la total entrega de voluntades. Encontraba tremendamente excitante la tensión de su mandíbula intentando controlar su instinto de satisfacción, a la par que examinaba mis reacciones enardeciendo su entusiasmo al arquear mi espalda recibéndole, y disfrutamos en plenitud de la inigualable sensación de articular nuestros estímulos en la sintonía idónea.

—Dios... princesa, no imaginas cuánto necesitaba esto.

—Y yo.

El ritmo fue cambiando a medida que nuestro mercurio interno se encumbró e hizo imposible contener el éxtasis acrecentado por el erotismo de los gemidos.

—Matt... no te detengas ahora...

—Ni que suplicaras conseguiría retenerme.

Yo le cercaba y absorbía en cada acometida, percibiendo todo el mal que le hacía al dominio de su clímax, y cuando se retiraba, un hormigueo residual insistía en recordarme la agitación que originaba allí dentro. Fue imposible alargar aquel momento de goce, nuestros organismos ya dispuestos, exigían

desahogarse entre espasmos y sacudidas del placer más intenso. Preferimos no castigarnos más y ambos nos aliviamos con la efusión esperada y no sostenida.

Restamos estirados, satisfechos y sudorosos uno encima del otro.

Aún con el pulso alborotado, me dedique a peinarle con los dedos. Durante las largas noches de hospital, guardando la compostura, nos relajábamos los dos de aquella manera tan sencilla, e igual que en esos días, adoraba escucharle ronronear con mis caricias.

—¿Continúas enfadado? —Yo, a lo mío.

—Sí.

—Corcho, pues si esto es lo que consigo cabreándote, te arrugarás pronto.

—El sexo contigo se había convertido en una necesidad vital.

—Chico, pues no te ha salido caro el polvo. ¡Menudo gasto tonto en queroseno y tiempo!

—Amortizaré pronto el derroche de recursos.

—Vaya... ¿He de asustarme? —Alzó la cabeza sosteniéndose con los codos en el asiento para mirarme muy serio.

—Puede.

—Matt... ¿a qué has venido?

—A buscarte. —Aprovechando el pasmo, me besó y, como continuaba perpleja, repasó mis labios con el pulgar.

—Vaya. —Sonrió.

—Enid, expusiste tus absurdos argumentos, ahora es mi turno.

—Tú mismo afirmaste que no era la mujer que necesitabas, todo está claro.

—Te dije que no eras la mujer que definías, no la mujer que no quiero en mi vida.

—Me lías...

—Toda mi jodida existencia ha servido para compensar los errores de mis padres, me he esforzado en lograr obtener solo cosas.

—¿Y ahora es cuando decides acabar con eso?

—Sí.

—Vaya... y la causa soy yo.

—Pues, después de meditarlo en profundidad, no.

—¿No? —Movi6 la cabeza confirmando su respuesta—. Eso me quita un peso de encima.

—No entiendo. —Recuperó la sonrisa sexi.

—Si decides romper con todo drásticamente, que la determinación sea meditada y no adulterada por el subidón de un revolcón morboso en una limusina, me da esperanzas.

Las carcajadas resonaron en mi caja torácica, eliminando sin más la angustia pasada. En respuesta le sonreí y él besó la punta de mi nariz.

—Enid, suscitadas en mí reacciones nuevas y extrañas. Me excitas, confundes, apasionas, preocupas, alteras... me cabreas ¡joder! ¡como me cabreas!

—Bueno, eso te aleja de los orangutanes alopécicos, bípedos y de pulgares oponibles, por eso las llaman emociones humanas. —Negó sonriendo—. Matt, ¿puedo preguntarte algo íntimo?

—*Komorebi*, te has ganado el derecho a preguntarme cualquier cosa que desees conocer de mí.

—¿Te has enamorado antes? —indagué dando por supuesto que lo estaba.

—No.

—¿Y Evelyn? —Con los labios formó una línea de tensión—. No importa, era curiosidad.

—Ella no entró en mi vida por amor. Sus padres eran los depositarios del maldito título que vendió mi madre para no perder su estatus social.

—Vaya... ¿Y estaba al tanto de tus propósitos? —¡Imposible! A ella le preocupaba el bienestar de su entorno, vivía con su madre atendiendo a sus caprichos y pensando en sus hijos. Tenía su consulta y se sentía realizada en su profesión, jamás hubiera asumido el papel de Condesa del Guisante.

—No.

—Matt...

—Unos meses después me confesó que sus padres se estaban divorciando, y descubrí a través de otros contactos que el título forma parte de los bienes de su padre.

—Pues sí que ha dado vueltas el bendito papel.

—Catherine es hija de la segunda esposa del padre de Evelyn.

—Jo... vaya... no se te escapa una. —Entornó la mirada criticando la sorna—. Pero... ¿no se transmiten siguiendo la línea sucesoria?

El mío me tocó por eso, de haber encontrado mi abuela otra posibilidad, la habrían enterrado con una sonrisa más amplia que la del Joker. En verdad lo

acepté por no dejarla descansar en paz.

—Eso sucede entre los reyes y según lo estipulado por cada casa real.

—Vaya...

—Mi madre al enterarse de la metedura de pata, comenzó a presionarme para que rompiera con Evelyn. No precisó de mucho drama, éramos muy jóvenes y nunca sentí la más mínima atracción por ella, sin embargo, se quedó embarazada.

—La abandonaste igual —musité decepcionada.

—No puedo justificar todos mis actos culpando a mi madre, lo sé, pero en aquel momento asumir la paternidad no era una opción.

—Matt, aun reconociendo que la edad no era la apropiada para tener hijos, ambos gozabais de una situación económica holgada.

—Presionado por mi madre y mi aversión a formar una familia con alguien que me alejaba de mis propósitos, le entregué un cheque para que abortara sola y discretamente en alguna clínica europea.

—Y regresó a España. Conozco esa parte de la historia.

—Su determinación, sacrificio y valentía me hicieron conseguir el mejor título al que un hombre puede aspirar, incluso siendo un cretino. —Alcé la mano por acariciar su cuidada barba de tres días.

—Ya no tiene caso que te culpes.

—Que ame a mis hijos no significa que sienta remordimientos por mi determinación.

—Es evidente, utilizaste la misma técnica con Catherine con la idea de conquistar tus objetivos.

—Yo nunca he deseado a ninguna mujer, me conformaba con ella como quien pasea con un maniquí elegante y sofisticado. Me era indiferente el cuerpo, ¿qué importaba? Simplemente deseaba restituir el legado de mi abuelo.

—Eso es mezquino.

—Con ella no hubo trampas emocionales. Se pactó y se firmó un contrato.

—Sí, ya. —Sonrió para besarme después con ternura.

—No me ha gustado ese «sí, ya».

—«La belleza física no me impresiona» —le recordaba en tono burlón y mueca satírica.

—La tuya, sí.

—Claro... claro...

—Me eclipsaste, princesa. Supuse que era el efecto que debías de causar siempre, no obstante, desde el momento que nos estrechamos las manos, no ha habido un día en que no haya pensado en ti.

—Vaya...

—Y al tiempo comencé a notar que te atraía, eso era tan grato como irritante, porque aumentaba mi deseo y desconocer qué relación tenías con Jared me alteraba.

—Matt, tú y la Condesita del Guisante, tampoco manteníais el celibato hasta la noche de bodas.

—Me encantas celosa... pero ¿de Catherine? ¿Qué puede tener para envidiarla?

—A ti —no contuve mi sinceridad, a ver si con tanto exceso de efusión iba a asustarle.

—Es toda una declaración de intenciones, princesa. —Al sonreír mis temores se disiparon. ¡Jo qué guapo era cuando parecía feliz!

—Matt, yo no quiero ser un elemento ornamental.

—Ni pretendo que lo seas, pero entiende que hay circunstancias en las cuales no puedo esperar a consensuar contigo.

—Si me afecta, has de buscar el momento —sentencié.

—Así será. —Nos besamos cerrando el trato. Al separarse de mis labios, sus pulgares trazaron el dibujo de mis cejas, la órbita de los ojos, el perfil de mi nariz... caricias sutiles que iban cosiéndose a mi alma—. Enid, cuando enfermaste, la desesperación se apoderó de mí. Siempre supe que no era simple atracción y cuando todo comenzaba a encauzarse, no me diste la oportunidad de decírtelo... te marchaste.

—¿Y cómo supiste que estaba en Barcelona?

—Tu padre.

—¡Vaya con papá! Es polivalente en su máxima expresión, tanto repara las venas del cerebro como se coloca el hábito de franciscano y a obrar de Fray Lorenzo.

—Tu padre es de una calidad humana prodigiosa.

—Que lanza a su hija a los pies de los caballos... ¡Fantástico! —Rio pegado a mi boca.

—Princesa, agradecería continuar la conversación arropado.

—No es necesaria la ironía para llevarme al catre.

—Nena, tengo frío, solo necesito saber dónde está. —Se levantó con agilidad y yo le tendí los brazos—. ¡Ah...! ¿La señorita pretende que la lleve en vilo?

—Lo exige. ¿Para qué si no tienes esos bíceps? —Aquella sonrisa de suficiencia burlona era deliciosa. Atendió mi solicitud tomándome por debajo de las rodillas y la espalda, yo rodeé su cuello con mis brazos.

—¿Sigo por el pasillo dando puntapiés a las puertas?

—Es la última, no alertes a los vecinos.

—Este apartamento es muy pequeño.

—Eres un esnob.

Me dejó sobre la cama ya deshecha observando el entorno antes de ocupar el lado vacío. Yo me deleité contemplándole sin pudor, disfrutando de la visión de aquel físico glorioso. Cuando dejó de fingir no percatarse, sonrió de medio lado, jactancioso.

—¿Algo que objetar? —Tan seguro de sí mismo, utilizaba la ironía a placer.

—Que tienes frío. —Apunté con un medido movimiento de ceja y con toda la mala idea a sus encantos.

—Ya... —Se tumbó junto a mí arropándonos con el nórdico. Aunque me proporcionaba más calor su abrazo, la suavidad de su pecho pegado al mío y nuestras piernas entrelazadas—. No disimules con la mordacidad, te encanta mirarme.

—¿Quieres un aplauso, Matt?

—Esta cama es pequeña, se me salen los pies.

—¿Hay algo que no encuentres pequeño? Si necesitas espacio tumbate en el suelo de la terraza... solo.

—No, podré adaptarme, tampoco vamos a pasar demasiado tiempo aquí.

—¿Te refieres a aquí en la cama o aquí en mi casa? —pregunté sabiendo a qué se refería.

—Princesa, debemos de volver a Filadelfia, Joel e Isona nos esperan.

—No sé si estoy preparada para afrontar lo que supone estar juntos allí.

—Si la situación fuera distinta, si únicamente dependiera de tus circunstancias o las mías, te garantizo que viviría aquí contigo o dónde tú dispusieras. Puedo atender mis negocios desde cualquier lugar... pero

nuestros chicos no se lo merecen.

—Me ha gustado eso de «nuestros chicos».

—Lo sé. —Yo me apreté a su torso, él me besó la frente.

—Matt, no vamos a vivir juntos —no había acabado de sonar la «s» final que toda su musculatura se tensó.

—¿Por qué?

—De veras, ¿necesitas los motivos?

—Para convencerme, sí.

¿Cómo explicárselo evitando que comenzara a soltar espumarajos?

—Matt... lo más importante en toda construcción son los cimientos, ya sea una choza o un rascacielos. Debemos de asentar los nuestros...

—He volado casi diez horas dejando todo en *stand by* por venir a buscarte, ¿qué otra peripecia he de hacer para convencerte?

—No pienso jugar contigo. Estás aquí, no necesito más, pero formar pareja va a levantar ampollas y deberemos de superar unos cuantos escollos. —
Deshizo su abrazo para colocarse boca arriba tapándose la frente con el antebrazo. Yo me apoyé sobre su pecho por no sentirme desarropada y me rodeó con el brazo libre.

—Mi madre... —siseó.

—Y tu hermano, además de esa sociedad elitista en la que te mueves.

—¡Joder! Ellos nunca me han preguntado... ¡Jamás han mostrado el menor interés en conocer mi criterio al respecto!

—Va, Matt...

—Princesa... se acabó. He trabajado millones de horas para posicionar a mi familia en un lugar que no se merecen por méritos propios. He perdido la cuenta de las veces que he salvado a mi hermano de la ruina... No pienso sacrificar ni un minuto más de mi vida por ellos.

—Deja de lamentarte, tuviste la opción de ser el pastor y preferiste ser otro borrego.

—¡Hostias, Enid! —Se incorporó molesto.

Ya no era una criatura para andar suavizándole cada frase. Seguido barajé el choque de culturas y... ¡qué narices! También debería acostumbrarse a eso. No obstante, me senté apoyando la espalda en el cabezal, con talante conciliador.

—Matt, ahora ya no eres tú, los chicos y yo estamos involucrados en tus

conflictos por el simple hecho de quererte, así, ¿por qué no elaboramos un plan para...?

Tapó mi boca. Yo le observaba confundida y él sonriente... Entender sus reacciones era tan complejo como resolver un sudoku respetando la posición de veinte números estratégicos.

En pleno estado de perplejidad, subí a horcajadas sobre sus piernas mientras me deshacía de la mano que me silenciaba.

—¿Vas a contarme a qué viene esa sonrisita?

—Acabas de confesarme que me quieres.

—Bueno... sí. —A lo mejor me había precipitado.

—Eso lo cambia todo.

—Matt, va... venga... estábamos tratando un tema peliagudo. —Tomó mi cara con ambas manos para besarme justo como él sabía—. Matt, por favor.

Me besó de nuevo.

—Luego...

—Pero... Matt...

—Luego, princesa.

Me olvidé de bajar las persianas y la luz de la mañana me fue desvelando a medida que se colaba entre las cortinas. No me apetecía despertar, estaba junto al hombre que amaba, el mundo podía esperar. Sin embargo, el mal ya estaba hecho y el estómago, estimulado por el aroma de las especias de los restos de pizza de la cena, comenzó a emitir antiestéticos gruñidos.

Bostezando, desperecé los músculos entumecidos, al abrir los ojos me topé de frente con la mirada de Matt.

—Buenos días... ¿cuánto llevas en plan contemplativo?

—Una hora.

—¿Por qué no me has despertado?

—Mientras te observaba he podido meditar.

—Vaya... ¿he de preocuparme?

—No, princesa. —Sonrió acariciándome la cara aún embotada por el sueño—. Ayer fue fantástico.

—Sí, no estuvo mal. —Quise restarle brillo al asunto, se lo tenía muy creído... aunque hubiera sido para creérselo.

—¿Intentas herir mi ego?

—¿Yo? ¡Bah! No conseguiría ni arañarlo, tu ego es infinito. —Sus carcajadas colapsaron el dormitorio.

—Eres la única persona que lo has hecho en alguna ocasión.

—¡Venga ya!

—Cuando te fuiste a Alemania y me enviaron aquellas fotos, por ejemplo.

—¡Qué piel más fina! Si a mí me hubieran afectado todas tus groserías, estarías acostado junto a una lombriz de tierra.

—¿Podrás perdonarme?

—No he mutado a anélido, debe de ser porque no lo he tenido en cuenta.

—Intentaba poner obstáculos entre nosotros. Moría de deseo cada vez que te tenía tan cerca.

—Ves, eso me confunde, si tanto énfasis hiciste por evitar esto, ¿por qué no has aprovechado la oportunidad que te he brindado poniendo un océano entre nosotros?

Me miró.

Me sonrió.

Me acarició... me desbarató.

Cualquier gesto amable conseguía aumentar todo cuanto sentía por él, estaba cautiva y a su merced.

—Uno de mis mejores amigos vive en Nueva York, estudiamos juntos en la escuela de negocios, aunque ahora coincidimos poco, solo en algún cóctel o evento social. Esta Navidad, después de atender algunos compromisos, salimos a tomar una copa.

—Ah, vaya... ¿y qué tiene que ver con mi pregunta?

—Oliver está casado con una mujer espectacular que impresiona más por lo que esconde que por lo que muestra. Por pura curiosidad me interesé en cómo se habían conocido.

—¿Y eso?

—Es española.

—¡¿Española?! ¡Vaya! Debe de ser epidémico.

—Me confesó que se encontraron de manera fortuita un verano hacía unos años y desde aquel preciso instante no consiguió sacársela de la mente; que nada le hacía tan feliz como estar junto a ella.

—Oh, qué bonito.

—Entonces, en aquel clima de confesiones, me tocó el turno y también le expliqué mi trauma personal con otra española terca y geniuda, con la que no tenía nada en común, sin embargo... ¡joder con la española!

—¡Venga! No fuiste capaz... —Imaginándome la situación no pude contener la risa.

—Sí. Tal cual. ¿Sabes qué me contestó?

—¿Qué eras un crápula algo degenerado?

—No tienes igual cargándote el clima.

—Va, ¿qué te dijo?

—Que teníamos en común mucho más de lo que pensaba y me aconsejó que no te dejara escapar, y yo siempre hago caso de los buenos consejos.

—¿Y qué tenemos tú y yo en común, Matt? En realidad, somos galaxias a millones de años luz una de la otra.

—Te quiero, Enid.

—Matt... —Un «vaya» no pintaba nada en medio de tanta emoción contenida—. Eso es...

—Eso es lo que nos une. La atracción influye, pero este pulso lo mantiene vivo otro sentimiento... nos amamos, princesa.

Y, sin más, en un reflejo tan absurdo e incomprensible, rompí a llorar sin consuelo inmediato.

Pretendí culpabilizar a la tensión de aquellos meses pasados, pero eran lágrimas de alivio y regocijo.

—Va, nena... —Reía—. Eres un pelín llorica.

—Déjame... una no puede ni emocionarse.

—Me encantas.

—Tú, a ratos.

—¿Qué ratos? —Se situó encima de mí para besar y beber mis lágrimas, aún riendo.

—Pocos.

—Pero intensos. —Se creía simpático con aquella sonrisita de persuasión y orgullo.

—Matt, debemos dar gracias a que ser presuntuoso no provoca hemorragias... ¡estarías seco!

—Te quiero... te quiero... y no me canso de decirlo. Eres la mujer de mi vida.

—Y yo a ti, Matthew Frederick Prescott.

Feliz de tenerlo entre mis brazos busqué sus labios e iniciamos el día disfrutando de nuestros sentimientos y aceptando sin recelos que nos lleváramos dentro de la piel, para mal de algunos.

EN LA CASILLA



DE SALIDA

—¡Ostras, Enid! ¿Cómo puedes ser tan tardona?

—Si tanta prisa tienes, adelántate, ya iré yo por mi cuenta.

—No seas tan chula y acelera.

—Matt, cielito... cómprate un centavo de campo y piérdete.

No me esperaba el cachete y del sobresalto pasé el cepillo de la máscara de pestañas por debajo de la ceja.

—¡Tío! Luego exiges rapidez. —Buscaba un hisopo de algodón para arreglar el estropicio sin necesidad de retirar la sombra y volver a maquillar, le habría dado un síncope al señor.

—De estar en la mansión, esto no sucedería. ¡Doy más vueltas que la rueda de un molino!

—Te dije de encontrarnos en el colegio.

—Y yo que quiero dormir contigo cada noche.

—Matt, tu y yo, dormir, dormimos poco.

—Mejor todavía.

—¿Pero era imprescindible que me recogieras para ir al festival de los niños? Podría haber ido con Pat y Dietrich.

—Sí.

—Pues, sí. —Estaba llamada a ser el próximo prototipo de paciencia, desbancando al Santo Job.

—Va, Enid... por favor.

—¡Ya voy! Matt, de veras, me estresas. Deja que me calce y nos marchamos.

Subí la cremallera de la bota, tomé el bolso y él extendió el brazo. En respuesta le besé, sin embargo, que eludiera el gesto de cogerle de la mano le fastidiaba en grado extremo.

—Estarán todos en el colegio, ¿verdad?

—Sí. —Habría preferido escuchar que se habían ido de crucero por Noruega, pero era poco probable.

—He perdido mi trabajo por culpa del maldito artículo de hace unas semanas. Me veo traduciendo toda la vida —fue inevitable mostrar pesar en mi tono.

—La historia es succulenta. A esos medios sensacionalistas les reporta más beneficios la gloria de unas semanas vendiendo revistas al prestigio. Un trato con ellos es absurdo.

—Nos pillarán.

—¿Tenemos algo que ocultar? No estamos cometiendo ningún delito. Algo que tú no acabas de asimilar. —Abrió la puerta del copiloto y subí al vehículo.

—No te estás tomando esto con la calma y madurez que requiere.

—Esto de escaparme de casa cada noche crispa mis nervios, estoy harto de tanta prudencia.

—Ya te he sugerido que no hace falta que vengas cada noche —le replicaba con el orgullo muy elevado, y el deseo de que tomara en cuenta mi propuesta del tamaño de un ácaro.

—De volver a insinuar algo tan absurdo comenzaré a hacer las cosas a mi manera. —Exhalé mentalmente de alivio.

—¿Qué manera?

—La mía, Enid —abrí la boca para objetar de nuevo—, y punto.

—Vaya.

—Vaya, ¿qué?

—Nada.

—Enid, ¡no me jodas!

—Eres un grosero.

—Me siento gilipollas. —Vaya.

—¿Por qué estás de tan mala uva desde que regresamos de Barcelona? ¡Chico, todo te afecta!

—Estoy muy cansado, Enid. Disimulo para no ofender a mi madre, por no fastidiar a mi hermano, por no confundir a los niños... ¡Joder!

—Quedamos en dos semanas más para comenzar a dejarnos ver en actitud más cercana.

—El sábado de la semana que viene he de viajar a Nueva York a una cena de negocios ¡solo!

—Si es profesional te acompañara Kail... no veo a qué tanto drama. —Nos detuvimos en un semáforo y me dedicó una mirada de enfado cercana a la ira, y, para ser sincera, no la comprendí—. ¿Qué?

—A estos compromisos he de ir acompañado por mi pareja, no por el asistente personal, a no ser que el asistente personal sea también mi pareja...

—Es que tú y yo no somos pareja. —Pudiendo ser más prudente opté expresarme sin retén.

—Sabe Dios cuánto te amo, pero consigues hacerme trepar por las paredes con la facilidad de un lince.

—Matt, si estamos encubriendo nuestra relación para no alterar la familiar, ¿cómo voy a ir contigo?

—Por eso estoy cansado de tanto teatro.

Era ridículo andar a hurtadillas con la edad que teníamos, pero debíamos de ir con tiento por mucho que nos incomodara la situación.

Estacionó el coche delante de una cafetería un par de calles apartadas del colegio de los chicos donde Pat y Dietrich aguardaban.

Antes de bajar me volteé por tomar su mano. Él suspirando, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento, mantenía su indignación. Tras otro suspiro, los abrió y giró la cabeza para encontrarse con los míos.

—Tienes una mirada llena de luz. —Sonreí sonrojándome.

—De pánfila enamorada. —Me devolvió la sonrisa—. Dos semanas, Matt,

¿qué significan en el transcurrir de toda una vida?

—Después deberemos seguir con la comedia un tiempo más.

—¿De veras que solo es eso? Creí que estábamos de acuerdo.

—No, para nada. Trago porque te quiero, pero mi resignación es finita.

—¿Es un ultimátum? —Había algo más, no iba a convencerme de lo contrario.

—Sí. En dos semanas se acabó la broma, Enid.

—Ahora no puedo sonsacarte la información que omites. Yo tampoco me siento cómoda con esto, pero estás intratable. Tienes toda la tarde-noche para hallar la forma de explicármelo.

—¿Noche? —Imposible avanzar guerreando las mismas batallas.

—Hoy cenas con los chicos, llegaréis tarde a casa.

—Cuando todos estén dormidos... —Se aproximó a mi boca acariciando mis labios con los suyos—, furtivamente, me fugaré.

—Te mantendré la cama calentita.

—O la calentaremos los dos. —Lo besé sin entretenerme en saborearle lo que mi deseo exigía.

—Matt, ¿me lo vas a contar?

—Deberías dejar de traducir y comenzar a escribir, tienes una imaginación excelsa.

—¡Eres imposible! Nos vemos en un rato.

—Te quiero, princesa.

—Y yo, y no te lo mereces.

Me apeé del vehículo que estaba parapetado entre dos furgonetas con toda la idea, y entré en la cafetería directa a la mesa que ocupaban mis amigos.

—Hola, chicos.

—Hola, preciosa. ¿Qué tomas?

—Uhm... —Clavé las pupilas en la carta—. Un *coulant* con helado de vainilla y nueces de macadamia bañado en sirope de chocolate, si se lo pides así le ponen un cacillo por encima, y... un *smoothie* de frutos rojos, para compensar. —A Pat no le sorprendió mi apetito, a Dietrich aún seguía asombrándole.

—Verte comer, quita el hambre —determinó Pat riendo.

—Vaya... mejor tráeme un café.

—Enid, cariño, toma lo que te apetezca, ¡faltaría más! —Dietrich, de atento, era entrañable.

—Lo prefiero, el café últimamente no me sienta nada bien, me produce ardores.

—La edad no perdona, y te has pasado una temporada a base de tazas hasta arriba. —Dietrich se disculpó antes de ir al mostrador.

—El café americano es aguachirri... Amaia encarga Guilis Black Blend a una tetería de Santander y lo muele antes de ponerlo en la cafetera... ¡Eso es café! Ni cápsulas, ni Starburks, ni mandangas.

—El atracón de chocolate que te vas a dar ya me había advertido, ¿a qué se debe este cabreo? —Una vez su chico se alejó lo suficiente, Pat mostró el interés que disimulaba segundos antes.

—Matt, ¡bah! Está intratable...

—¿Por? Si es un cielo. —¡Ja! ¡Ya me gustaría verla a ella mediar en una de sus pataletas!

—Se empeña en dar a conocer nuestra relación.

—Es razonable.

—A mí también me gustaría poder ir de la mano y evitarle todos los paseos de su casa a la mía, pero opino que la familia ha de adoptar una posición menos intransigente.

—¿Ocultádoselo? —Dietrich dejando frente a mí el desayuno con pinta de merienda para cuatro, se unió a la tertulia.

—Desvelándolo poco a poco.

—He hablado con Matt sobre esto, su madre no va a ceder ni de manera gradual ni directa. Ella ve peligrar su reinado, además de no asumir la pérdida definitiva del título familiar cuando casi acariciaba el papel con la yema de los dedos.

—¿No entiendo lo del reinado, Dietrich? Él sabe que no voy a poner un pie en esa casa.

—Eso a Matt le afecta...

—Enid, ahí he de darte toda la razón, la nuera y la suegra, entre más lejos, más felices. —Me atraganté con una porción del dulce.

—Te traigo agua, es menos densa que el batido —Dietrich se levantó sin puntualizar el comentario de su chica, que siempre era tan comedida y delicada hasta que dejaba de serlo.

—Pat, mujer... —musité aclarándome la voz.

—Ya te contaré.

—Agua.

—Gracias, eres un primor...

—¿Has comentado algo de esto con Jared?

—Bueno... A Matt le molesta que hable con él, he de buscar ese momento idóneo para llamarle o vernos... Eso me fastidia, siento que les engaño a los dos y tantos nervios afectan a mi estómago.

—Sí, es evidente... te retrae el apetito. —Ahí Pat estuvo simpática, con chispa. ¡Qué tía!

—¿Pero le has llegado a decir algo de lo vuestro?

—Bueno... así hablando..., no. —Pat, perpleja, pestañeó muy rápido negando confusa.

—¿Se lo has dibujado en una servilleta?

—¡Ay! ¡Déjame! ¡No! No le he dicho nada.

—¿Sigues pensando que entre Matt y tú solo hay amistad? —la incredulidad en el tono de Dietrich resonaba más que la pregunta.

—¡Yo qué sé!

—Esta tarde podrás averiguarlo.

—Somos adultos civilizados...

—¡Oh, sí! Yo ya pude comprobar hace unos meses lo civilizados que son los Prescott.

—Pat, cariño, vamos a confiar.

—Podríamos ponerle un cirio de penitente a un santo afín... se me ocurre el de los despechados, ¿sabemos quién es? —Pat estaba sembrada, tenía el día ocurrente.

—San Antonio de Padua. —Ambas miramos a Dietrich, ojipláticas.

—¿Y tú como sabes eso?

—Estudié teología antes que económicas —Giró el cuello exageradamente hacia Pat, a quien la mandíbula le rozaba el esternón, hasta que comenzó a reír a carcajadas—. Era broma... lo leí en algún sitio.

—¡Payaso! —espetó Pat sin contemplaciones.

—Va, chicas, dejemos la charla para después, llegaremos tarde.

—Me llevo el batido.

—Sí, hija, no vayas a quedarte con sed.

Aquel colegio inspiraba lo opuesto al de España, que era un centro pequeño y acogedor de una clase por curso donde la línea educativa se fundamentaba en la convivencia, integración e inclusión, así los niños mayores y los más aventajados se encargaban de orientar a los más pequeños o con dificultades, creando vínculos afectivos que impulsaban el respeto entre el alumnado, padres y profesores. No era algo inaudito pasear por Las Ramblas un sábado, encontrarte a un maestro y que este los saludara como si no los hubiera visto el viernes anterior o no los fuera a encontrar el lunes.

En Filadelfia la mayoría de los chicos los traía el chófer de la familia, y pobre de aquella criatura cuya situación económica no estuviera a la altura estratosférica del resto, lo estigmatizaban.

Isona y Joel disfrutaban de una posición privilegiada y se sentían acogidos, a pesar de echar en falta aquella sensación de ir a la escuela no solo a aprender las materias, sino a formar parte de una familia que apostaba por la diversidad.

Antes de pasar al auditorio, Levi acompañado por su prometida —con complejo de lapa—, vino a saludarnos. Le presentamos a Dietrich y la conversación se alargó para disgusto de esta.

—Buenas tardes, ¿molesto? —Jared, tomándome de la cintura por la espalda me besó la mejilla. A mí, el gesto no me incomodó, pero sin duda, no era el lugar más adecuado.

—¡Por supuesto! —Le hice un guiño simpático distinguiendo la broma.

—Me quedo.

A Pat también le dio un par de besos y estrechó la mano de Dietrich, Levi y de la pavisosa con la que iba a casarse. De nuevo se colocó a mi lado y volvió a pasar su brazo por mi cintura. En aquel instante percibí un mal augurio, como si su atrevimiento afectivo demostrando posesión estuviera dirigido a alguien en concreto.

—Aún no has perdido el color de las semanas en España.

—¿Has estado en España? —se interesó Levi divertido.

—Sí, visitando a la familia. Regresé hace tres semanas.

—Debes de tener el pasaporte con más sellos que un nómada.

—No es para tanto, mis viajes son triangulares... Filadelfia, Múnich, Barcelona.

—Y gozando de ciertos privilegios —podría haberse mantenido callada aquella botarate con complejo de sello—. Pocos pueden presumir de haber viajado en el avión privado de los Prescott.

Yo no era tan inocente como para no entender la insinuación, pero Levi simplemente era culpable de tener mal gusto escogiendo pareja y me mordí la lengua por no disgustarle.

—Es una chica afortunada, se encontró con mi hermano en el aeropuerto.

—No es tan extraordinario, Barcelona es una de las ciudades más importantes a nivel mundial, se mueven muchos negocios. —Yo seguía sin intervenir, Pat ya se encargaba de justificarme.

—Aunque sigo preguntándome qué hacía mi hermano allí pudiendo gestionarlo todo desde aquí.

Pat sin encubrir sus sospechas me dedicó una disimulada mirada atónita, ambas convencidas de que Jared estaba al cabo de la calle.

—No osaría a consultarle eso, en tal caso, tú que tienes más confianza con él, pregúntale.

—Responderá aburrido: «negocios». Para Matt, todo son negocios. —Mi radar para detectar dobleces estaba activado y si el tono me gustó bien poco, la indirecta bien menos.

—Pues no le preguntes lo que ya sabes. —Y fingiendo buscar algo en el bolso, le obligué a soltarme de la cintura.

—Ahí te doy toda la razón.

Su expresión corporal, la seriedad de sus palabras y su mirada de desprecio vinieron a confirmar mis sospechas. Como también deduje, que de mis respuestas evasivas él coligió que yo sabía que él lo sabía.

Así con tanto conocimiento de misterios ocultos, el clima entre todos se enrareció, empeorándolo.

—Tu hermano ha debido de quedar muy tocado tras el accidente de su hijo... —Levi entró a modo de rompehielos, aunque no escogiendo el mejor asunto—. Dejar a Cathy a las puertas de la iglesia lo demuestra.

Todos leyeron el artículo relacionándonos publicado mientras estaba sedada, y mas tarde las fotos saliendo juntos de la terminal de vuelos privados —no en actitud cariñosa, ni tan siquiera tomados de la mano— nos colocaron en el centro de la crítica social sin añadir comentarios, no obstante, tampoco debías de superar el coeficiente intelectual promedio para hacer las cábalas correctas.

—En casa hemos llegado a la conclusión de que se le han cruzado los cables. ¿Tú qué opinas?

—No opino. —Comenzó a resultarme impertinente, y en cada palabra de Jared distinguía una acusación.

—¿Vendréis a cenar con la familia? El restaurante es el mejor de Pensilvania, has de reservar con un año de anticipo, aunque para Matt nada es imposible.

—Tú lo has dicho, Jared. Es un día para disfrutar en familia.

—Te marchas y no avisas, regresas y no pasas por casa... eres cara de ver —¿cómo tenía valor para reprocharme eso? ¿Y por qué no lo hizo alguna de las veces almorzando juntos durante las tres semanas pasadas?

—He estado ocupada.

—Imagino.

Mi inconsciente traducía cada comentario subliminal en otro obsceno y en respuesta ¡yo tomaba el color de la vergüenza! Al final, por no descubrirme, iba a necesitar enlucir mi cara con polvos de arroz.

—Deberíamos buscar sitio y sentarnos —Dietrich, que había desviado el interés de Levi en otro diálogo, nos interrumpió justo antes de que enviara a Jared a recoger boñigas de cabra, y en cierto modo lo agradecí, aunque callarme en aquella ocasión me produjo ardores y ganas de vomitar.

—Nos veremos después de la función.

No contesté. Ni me apetecía verle después ni cruzar con él otra palabra que no fuera «mierda».

Buscamos un lugar no muy alejados del escenario, salvando las filas reservadas para los padres ilustres.

La función era una versión de Hamlet adaptada a la edad de los alumnos.

Isona, como era de esperar, ganó por méritos el papel de Ofelia y Joel, debido a su leve afasia temporal participaría con un solo de violín moderno, un tema de un grupo heavy alemán del que yo no recordaba el nombre.

—¿Sabes si Matt dispone de facultades paranormales? —la pregunta de Pat me cogió desprevenida.

—Tu café, ¿era café?

—Enid, como exista una vaga posibilidad de que tenga la mitad de los poderes de Carrie, ya podemos correr antes de que se enciendan las luces de platea.

—¿De qué hablas?

—Cielo, Enid estaba de espaldas —aclaraba Dietrich en deje condescendiente, algo que aún me preocupó más.

—A Matt le ha faltado el grosor de un folio para venir a cortarle las manos a Jared.

—¡Qué mentalidad más bizantina!

—No excuses lo inexcusable. —Pat era de mi parecer, se había percatado de las intenciones.

—Tampoco ha traspasado ningún límite de decoro —hipócrita como nunca, le defendía restándole hierro al asunto.

—Tus límites, no. Los de Matt, seguro —si lo confirmaba Dietrich, que era la cautela con patas, era oficial que Jared había medido con mucho tiento los gestos afectivos para molestar a su hermano. ¡Pedazo de cerdo!

—Los nervios me están revolviendo las tripas.

—Matt es algo temperamental.

—Yo también.

—Pues espero que se relaje con la actuación de los chicos, enfadados podéis provocar un seísmo.

Aquella conversación anticipaba la tragedia y no disfruté de la obra preocupada por mi futuro inmediato pendiente de una mirada furtiva de Matt. Tampoco entre él y su madre parecía haber demasiada comunicación, ambos eran un par de estatuas. Todo lo contrario a Jared, quien parecía no tener el escenario delante.

Escuchar a Joel me abstraigo de mis intrigas pasionales, tañía el violín con una maestría impropia para su edad y me emocioné hasta el punto de la lágrima recordando la pesadilla de tres meses antes.

Aplaudí efusiva, levantándome para hacerle partícipe de mi admiración y él, granuja como siempre, me hizo un guiño.

Salimos al patio tras bajar el telón, a mí me recorría un incómodo sudor helado por la columna y la mezcla del chocolate con el batido de frutas ácidas fermentaron en mi estómago y de tanto en tanto regurgitaba el contenido.

Pat reconoció entre el gentío apabullante agrupado alrededor de las mesas de canapés con ponche, a un compañero del laboratorio y se acercó a saludarle.

—Enid, ¿qué te sucede? —Dietrich, preocupado, me acarició la parte

superior de la espalda.

—Me duele el estómago.

—Se te habrá indigestado con el chocolate.

—El chocolate nunca me ha sentado mal.

—No te angusties, no hay nada que no pueda solucionarse hablando. —
Sonrió por animarme.

—¿Y a nadie se le ocurrió convencer a Hitler arguyendo eso antes de provocar con su terquedad sesenta millones de muertos? —Dietrich me observó pestañeando con ese gesto indefinido de alguien entre perplejo y desconcertado—. Creo que me ha sentado mal el batido.

—Estás algo pálida, ¿prefieres que nos marchemos?

—No, antes he de evitar el apocalipsis... —Al menear la cabeza en una mueca de fastidio situacional vi que Eleanor se dirigía hacia nosotros con paso distinguido y sonrisa postiza—. Lo que me faltaba para hacer la tarde memorable.

—Enid, estamos en público, no va a desenmascararse.

El optimismo de Dietrich comenzaba a molestarme, la señora podía ser igual de dañina sin cambiar la expresión de mujer satisfecha y feliz.

—Buenas tardes, Enid... Sr. Günther.

—Buenas tardes, Sra. Herrick. —Escuchar su apellido de soltera le era tan agradable como almorzar un bol de limo. No sé si Dietrich lo hizo a conciencia, pero a mí me supo a pequeña venganza.

—Enid, querida, desde tu regreso no hemos encontrado el momento de conversar.

—He estado ocupada.

—Mis nietos me han informado. Ellos se muestran más comunicativos que mis hijos.

—Tampoco hay demasiado que contar.

—No opino igual, aunque charlar con una vieja suele resultar aburrido. —
Rio gentil para restarle tirantez al momento, mas yo no tenía por hábito hacerlo por imitación—. Haces mal semblante, querida.

—Se me ha indigestado el desayuno.

—Buenas tardes, Eleonor, un gusto verla de nuevo.

—Es mutuo, Patricia.

—¿No han salido aún los chicos?

—Por lo visto los profesores han reunido a los padres antes de que marcharan. Yo he preferido saludar a Enid y tratar un tema con ella a solas.

—No hay nada que usted y yo debamos de comentar a espaldas de Pat y Dietrich.

—Es sobre mi familia.

—Entonces puede hablar delante de la mía.

—Yo me sentiré más cómoda si lo hacemos en privado.

—Yo no.

—En tal caso, no me andaré con rodeos. —Y por fin su gesto perdió impostura—. ¿Estás con mi hijo?

—No. —Jugué al despiste, tenía dos hijos, las medias mentiras también son medias verdades.

—¿Lo jurarías con la mano sobre la Sagrada Biblia?

—Eleonor, para mí jurarlo sobre la Biblia tendría el mismo valor que sobre un libro de recetas de cocina.

—¿Por qué has regresado?

—Nunca tuve intención de quedarme allí.

—En dos ocasiones te he pedido que guardes las distancias.

—Eleanor, no voy a invadir su hogar, pierda cuidado.

—Ya lo has hecho. Lo has descompuesto todo, eres corrosiva.

Pat, tan acertada como de costumbre, me sujetó de los hombros, no sé si por darme apoyo moral o evitando un mal mayor.

—No me apetece escuchar nada más.

—Aún no he acabado.

—Pues continúe hablando sola.

—Haré lo imposible para que mi hijo no cambie el caviar por el pollo, se merece algo menos vulgar.

—Haga lo que considere conveniente y a mí manténgame al margen de sus chaladuras.

Le di la espalda, no iba a tomar sus palabras en consideración después de cómo Matt luchaba por estar juntos, sin embargo ¿a quién no le afecta ser repudiado? Somos seres socialmente dependientes desde el nacimiento, y yo me había puesto en contra a la matriarca.

—Pat voy al aseo.

—¿Te acompaño?

—No, prefiero que te quedes para saludar a los niños.

Anduve ligera hacia el interior de la escuela, dentro ya no quedaba casi nadie, se escuchaba el jolgorio de los muchachos disfrutando de las jornadas artísticas previstas en el curso.

—¡Ostras, Matt! ¡Me vas a dejar en el sitio con estos sustos!

—Te he seguido.

—¿Qué sucede?

—Eso lo debería de preguntar yo.

—A mí no me pasa nada —imaginaba por dónde iban los reproches, pero preferí darle tiempo a recapacitar la pregunta, no estaba para muchas gaitas.

—Puedo comprender el tema de fingir con Jared, aunque, ¿era imprescindible el manoseo?

—Mira, Matt, no me encuentro en condiciones de soportar una escenita de celos, ya he tenido suficiente con aguantar las estupideces de tu madre.

—¿De qué hablas?

—De lo de siempre, de lo poca cosa que soy para los Prescott. Así que, o confías en mí o esto se acaba.

—No podemos continuar escondiéndonos, ¿no lo comprendes?

—Hacer las cosas con un poco de tacto no siempre es lo idóneo, es tu familia, es tu guerra... yo desisto.

—Enid...

—Además, Jared lo sabe.

—Sí, estoy enterado. —El enfado y el malestar difuminó el ademán de confusión con mis cejas.

—¿Desde cuándo?

—¿Qué más da?

—¡¿Desde cuándo, Matt?! —Ahí ya todo fue cabreo.

—Ayer me esperó en la cochera cuando salía para regresar a tu apartamento.

—¿¡Ayer!?! ¿Pasamos la noche juntos, hoy toda la mañana y no has...! ¿Ibas a contármelo?

—No.

—¿¡Por que!?! —¿Seríamos capaces de comunicarnos alguna vez en la

vida?

—Justo por evitar esto. —¡Tenía valor de tratarme de histérica!

—¡Estaría advertida! ¡Joder, Matt, siempre igual!

—No pienso seguir con el teatro.

—No cambies de tema.

El repicar de unos pasos acompañados de una risa mezquina que palmoteaba la función, nos hizo callar. La cara de Matt se contrajo en una mueca de rabia suprema, la mía era de puro hartazgo.

—¿Estoy asistiendo a vuestra primera pelea de enamorados? No lo creo...

—Jared, largo. Aquí no pintas una mierda. —Matt no usaba lo de ser ponderado.

—Enid, ¿qué le ves? Es un engreído cargado de pasta... Tú no necesitas un tipo así.

—Jared, por favor... no es el lugar, ni algo que pueda explicarte... —Yo tampoco era una joya, le consideraba un amigo y le había estado engañando.

—¡No has de explicarle una mierda! —¿Dos mierdas en dos frases? La cosa no dejaba de mejorar.

—¡No le hables así! —exclamó Jared apuntándole con el índice casi a la altura de los ojos.

—¡Es mi mujer! ¡Puedo hablarle como me dé la gana! —¡Ja! Iba fino.

—Matt, contrólate... —Por no aumentar la tensión y darle a Jared la satisfacción del triunfo, intenté mostrarme conciliadora... Ya le expondría a «mi hombre» mi tesis sobre las formas y el tono, en privado.

—Eso, mejor cierra la boca, contigo ya he hablado.

—¿Crees que no he estado al tanto de tus provocaciones? —Se encaró Matt dando un paso.

—El gran Matthew Prescott celoso... ¡qué cómico!

—Vale, por favor... va, tíos... venga...

Era claro que Jared buscaba el enfrentamiento directo con Matt y este lo esperaba, lo deseaba en realidad, y yo, ahí, intentando detener dos trenes con las palmas de las manos, cargándome de los miliamperios de estática que desprendían sus cuerpos.

—¿Celoso de ti? ¿De un maldito perdedor? ¡Deliras!

—Matt, te lo suplico... Salgamos. —Yo adquiriré la cualidad de los seres etéreos, ni me escuchaban ni me veían.

—¡Aquí, Matthew Frederick Prescott! ¡La promesa! ¡El elegido! Siempre por encima de todo, frío y esquivo... y, ¡Oh, Dios mío! ¡Es humano! Tiene sentimientos de nuestra especie...

Dio un paso más aproximándose a Matt como un lobo que reclama su lugar en la manada.

¡Odiaba que Pat tuviera razón siempre!

No sé que instinto necio me sugirió colocar ambas manos en su pecho, como si tuvieran un poder hipnótico para relajar la tensión que en parte yo con mis embustes había provocado.

—Jared, por favor... márchate. Hablaremos tú y yo a solas, en un lugar más adecuado, otro día...

—Se interpuso entre nosotros, Enid.

Aquel deje consternado aún me hizo sentir peor. Debí de haberme mostrado más tajante cuando tuve la oportunidad y por miedo a perder su amistad, fui dándole largas... o esperanzas.

—No, Jared...

—Se cansará... Te abandonará. —Sujetó mi cara con ambas manos para hablarme con un matiz de ternura y preocupación que sentí sincero.

—¡Sepárate de mi mujer!

Aquel giro posesivo me confundió, en realidad, todo me sobrepasaba. Ya no sabía a quién dirigirme ni qué postura adoptar. Estaba por largarme y dejar a los dos gallos aclarando sus diferencias a *palabrazos* o a puñetazos... y lo habría hecho si no me importaran tanto ambos.

Me volví hacia Matt por encontrar una grieta para alcanzar su fibra sensible, si es que no la había olvidado en casa aquel día, así con manos temblorosas le tomé del mentón.

—Matt, amor... está herido... por favor... Matt, por favor. —Conseguí que bajara la mirada.

—¡Va, Matt! ¿Quién tiene ahora todo el poder? —Se carcajeó ridículo—. Enid ¿el gentleman no te habrá mencionado por un casual nuestra conversación del día que os conocisteis?

—Cierra la boca —protestó entre dientes dedicándole una profunda mirada de odio.

—Jared... por favor, hablemos en otro momento.

—Este es el momento, Enid.

—Te repito, cierra la puta boca —Matt gruñía de nuevo.

—No me interesa lo más mínimo —insistí.

Yo continuaba de espaldas a Jared. Dándole a entender a Matt que estaba de su lado. No podía haberle manifestado de mí nada peor de cuánto me había dicho directamente.

—¿Sabes? Me previno, como buen hermano, que eras una fulana busca fortunas, y de proponérselo serías su amante por una mísera limosna.

Pues sí, acababa de descubrir que conmigo fue moderado.

—¡Maldita sea, cállate! —le susurró la exigencia observándome.

—Lo único que podía joder el tema era la posibilidad de que fueras ambiciosa y te quedaras preñada.

Solté su cara dejando caer los brazos sin fuerza. Podía habérmelo explicado. De entre todo cuanto me contó de su pasado, de sus inquietudes y errores, compartir esto conmigo no habría estado de más.

Me asaltaron las dudas... ¿Aún estaría jugando a la caza de la liebre? ¿Seguiría intentando demostrarle a Jared lo que pensaba de mí?

En parte no estaba equivocado, conquistarme le costó el chasquido de los dedos.

Podría habérmelo dicho.

—¡Ah! —La risa de Jared se me antojó maquiavélica—. Sigue siendo eso... ¿verdad?

—¡Qué calles!

Y, apartándome de un empujón hacia un lado, por segunda vez en pocos meses, le arreó a su hermano un puñetazo en pleno pómulo. Jared, para haber estado buscando brega, no se esperaba el golpe y se tambaleó. Aún no hubo recuperado el equilibrio que, sin más aviso, lanzó un derechazo que frenó mi omóplato derecho.

¡Dos veces en menos de un año me pegaba un tío al interponerme de parapeto! ¿Cómo podía ser tan imbécil?

Así logré recuperar la corporeidad que temía haber perdido ante aquel par de mendrugos.

—¡Enid! —Matt asustado, quiso inspeccionar mi hombro, pero rehusé la ayuda con brío mientras lo sujetaba dolorido—. ¿Estás bien? ¡Jared, te voy a hundir!

—Lo siento, Enid... Lo lamento... no quería... Esto se me ha ido de las

manos... —Se acercó con la misma intención que Matt, más apesadumbrado que enfadado.

—¡No la toques! —Matt insistía en comprobar el golpe. Yo me concentraba en friccionar la zona sosteniendo las lágrimas, no de dolor, sino de impotencia.

—¡No me digas qué puedo o no hacer!

Me incorporé aún sosteniéndome el hombro separándome de los dos, sin dejar de observarles indignada con aquel comportamiento colegial e inapropiado.

—Ahora hablaré yo —advertí sin elevar el tono ni mostrar histeria—, y, por lo que a mí respecta, podéis ir los dos juntitos tomados de la mano a la mierda.

Pasé entre los dos haciéndome un hueco a empujones para regresar al jardín. Divisé a los chicos reunidos con Eleonor, Pat y Dietrich, y tal cual me vieron avanzar hacia ellos se lanzaron a mis brazos.

—¿Te ha gustado?

—No... ¡Me ha encantado!

—¿De veras? Se me han ido un par de... Eh... de... a...

—Pues sí, alguna nota se te ha escapado, pero has disimulado a la perfección.

El logopeda insistía en no ayudarle diciéndole la palabra que su cerebro no le devolvía, sino contextualizándola con el objetivo de recuperarla por asociación en otra ocasión.

—¡Y a mí un montón de frases! ¡Bah, Joel! Nadie se sabe los acordes exactos. —Isona apoyaba a su hermano sin condescendencias, era admirable cómo buscaba la manera de ayudarle sin tratarle de inválido. ¡Igualito que otro par de hermanos algo más crecidos!

—Sois fabulosos, lo habéis bordado y estoy orgullosa de vosotros hasta el infinito.

—Enid, blanca tú eres.

—He debido de tomar algo que me ha sentado mal. Se me pasará.

—¿Quieres un ponche?

—No, gracias.

Al escuchar la palabra «ponche» mi cerebro me plantificó el albumen de un huevo escurriéndose de la cáscara con su textura densa y gelatinosa, mientras

el vitelo se mantenía en precario equilibrio sujeto por algún resto de chalaza... Una arcada hizo que me girara con miedo a vaciar el desayuno sobre el césped del patio.

El malestar iba in crescendo, no atendía a la conversación, asentía y sonreía, quise pensar que con acierto.

Los mellizos se marcharon al rato con sus compañeros y Dietrich, haciendo gala de su amabilidad, escuchaba a Eleonor parlotear sobre música de cámara.

—¿Qué ha sucedido ahí dentro? Los chicos salían con Matt y regresó a buscarte —Pat preguntaba figurándose la respuesta.

—No llegué a entrar al aseo, la han montado en el pasillo.

—¿Se han...? Ya sabes.

—Sí.

—Viene Matt.

—Quiero irme a casa, ¿podéis acercarme?

—Faltaría más.

Se aproximó primero a saludar a Dietrich, aunque me miró de reojo y seguido, propinándole un par de palmadas amistosas en la espalda se dirigió hacia nosotras.

—Buenas tardes, Pat.

—Hola, Matt.

—¿Nos disculpas?

Antes de encaminarse hacia Dietrich, Pat apretó mi brazo. Eleonor nos miraba con descaro. Matt colocó su mano en mi zona lumbar con tal de alejarnos algo más del grupo, supuse que aquel gesto tendría a la abuela al punto del desmayo.

—¿Cómo te encuentras?

—Jodida.

—Enid... entiende que...

—Enid, siempre entiende. Enid, siempre excusa. Enid, Enid... Matt, déjalo... quiero marcharme.

—¿Te has creído las estupideces de Jared?

—¿Qué gana con mentir?

—Escucha, yo no...

—Matt, basta.

—Por favor, no me hagas esto.

—Me despido de los chicos y me voy.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Justo eso.

Me encaminé de nuevo hacia dónde estaban todos... todos excepto Jared. Me sentía francamente mal por él. Necesitaba explicarme y que me entendiera.

—Con vuestro permiso, me voy.

—¿El lunes vendrás a recogernos a música?

—Sí, y cenaremos juntos como os prometí.

—Matt, hijo, ¿crees oportuno que lleguen tan tarde? Todo el día fuera entre el colegio y las extraescolares. Casi no disfrutamos de tiempo en familia.

—Es lo que hacen en casa de Enid, disfrutar. Pueden ir allí siempre que lo deseen —la réplica no fue cordial y la expresión corporal tampoco acompañaba al tono.

—También podrías visitarnos. —¡Cuánta astucia! En este cuento quien tenía más de lobo era la abuela.

—Me va a resultar complicado.

—Querida, si no estudias por fuerza has de tener más tiempo.

—No sé gestionarlo bien.

Pat se acercó a los chicos para despedirse con un beso y así interrumpir aquella farsa tirante que nadie se creía. Yo aproveché para hacer lo mismo bajo la atenta mirada de Matt.

Llegamos a casa en el más absoluto silencio. Mi estómago seguía quejumbroso, pero se comportó.

Dietrich estacionó por la parte principal de la vivienda en lugar de por el corredor del patio trasero como acostumbrábamos, así me obligaba a entrar en casa con Pat que se negaría a dejarme sola.

—Cielo, iré a buscar comida china para cenar —era la excusa para darnos nuestro espacio de confidencias.

Su chico era la clase de tipo con el que toda mujer sueña, bueno, todas menos yo, que prefería a un engreído grosero.

—Trae tostadas, a Enid le asentarán el estómago.

—¿Piensas ponerla a dieta?

—Por encima de mi cadáver.

Cuando se cerró la puerta de nuevo, me dejé caer en el sofá como si fuera

una mole de hormigón.

—Te veo muy afectada.

—Jared me ha endiñado un puñetazo sin querer en el omóplato.

—¿A ver? —Levanté la camiseta—. ¡Ostras! Voy a por hielo.

—No te molestes.

—Pero ¿cómo ha sucedido?

—Jared está muy dolido... y por compartirlo desveló una conversación entre hermanos, en la cual yo formaba parte de un reto...

—¿Qué reto?

—Algo así de a ver quién se llevaba el gato al agua... o, mejor dicho, la puta al catre...

—¿Eso es cierto?

—Matt no lo ha negado...

—Piensas que sigue jugando.

—Algo parecido.

—Se ha tomado demasiadas molestias para considerarte un instrumento erótico.

—No sé qué esperar de todo esto.

—Enid, no seas dramática, ha demostrado de mil maneras que te quiere...

—Ya.

—Te asusta lo que te espera.

—¡Va, Pat!

—Es así, niégalo, míentenos... esas dudas son una cortina de humo, pero para ti misma.

—Ahí te voy a dar la razón, todo está borroso.

—Es a ti a quien le toca pasar el trapo y conseguir nitidez, a fin de cuentas, tú eres quien se empeña en empañarlo.

—¿De qué hablas?

—Enid, ¿a quién le debes explicaciones? ¿No fue ese tu consejo conmigo?

—No era el mismo caso.

—Matt tiene dos hijos, estaba a punto de casarse, su madre presionándole por su propio lucro y el hermano está enamorado de ti a pesar de saber que no tiene posibilidades. Hay muchos frentes abiertos, pero no es tu guerra... Enid, tu chico te necesita como aliado, no en estado neutral.

—¿Y por qué me siento tan mal?

—Decidir es perder... y quieres a Jared, pero amas a Matt.

—¡Qué asco que el amor duela y el chocolate engorde! —y fue una exclamación sentida que nos hizo reír. Suspiré después—. Me preocupa Jared, no es justo para él.

—No es estúpido, sabía que algo pasaba entre su hermano y tú desde el primer día.

—¿Tanto se me notaba?

—Enid, la conexión que tienes con Matt es brutal.

—Pat..., gracias.

—Ya sabes dónde encontrarme...

—Suerte de vosotros... Espero que nadie haya presenciado el espectáculo.

—Nos hubiéramos enterado...

—Se han comportado como criaturas y no he podido atender a los niños como se merecen.

—Te has perdido cuando a Eleanor le ha caído una mosca en el ponche.

La imagen, lejos de producirme regodeo imaginándome la mueca de repugnancia rasgando su aspecto exquisito, revolvió mi estómago y conseguí llegar al baño a tiempo por muy poco.

Cuando entregué todo el contenido a la red de alcantarillas y depuradoras de agua de la ciudad, Pat me ofreció una toalla.

—¿Te encuentras mejor?

—Más ligera. Maldito batido, debía de estar pasado.

—¿Te preparo una manzanilla?

—Te lo agradezco, pero prefiero darme una ducha y meterme en la cama. Mañana amaneceré mejor.

Y eso hice.

Con un manual sobre tipos de revestimientos entre las manos, me concentré en mis temores inmediatos.

¿Estaba preparada para todo aquello?

¿Para sentir el rechazo de una mujer que persuadió durante años a uno de sus hijos con tal de recuperar un legado que, acariciándolo ya, se alejaba por culpa de una intrusa?

¿Para apreciar la decepción de un amigo que durante unos meses se sintió por encima de su hermano al que envidiaba en todos los aspectos conocidos?

¿Para continuar siendo la madre en funciones de unos niños a los que amaba como a mi vida, pero sin potestad alguna sobre ellos?

¿Para residir en una enorme mansión fría en donde jamás me sentí cómoda?

Supuse siempre que lo complicado del amor era ser amada, y la emoción de saberme correspondida ocultó todo a cuanto me debía de enfrentar, mas, preparada o no, quería estar junto a Matt y despejar juntos todas aquellas incógnitas.

Cerré el libro sin haber logrado leer un párrafo, necesitaba dormir. Ya meditaríamos al día siguiente todos mis temores buscándoles otra perspectiva más amable y como había sugerido Pat, no manteniéndome al margen, sino bien pegada a su lado.

SIN RETROCESO



Vivía en una zona tranquila de casas pareadas con un angostillo en la parte de atrás sin aceras, donde permitían estacionar a los vecinos dejando servidumbre de paso hacia los jardines. Durante la semana solo se escuchaban el eco de los pasos y de vez en cuando, el motor de algún vehículo arrancando o deteniéndose. Los sábados, en cambio, el callejón era una romería.

Aquella madrugada en concreto, a un insensato le pareció divertido golpear la puerta del patio. Al ser de metal el repiqueteo se introducía en la psiquis gestando ideas homicidas. No contento con eso, comenzó a tocar al timbre con tal insistencia que el zumbido ya sonaba afónico.

No quería levantarme. Matt disponía de llaves y no usaba la callejuela, entraba desde la avenida principal usando el paso lateral. Me asustaba salir y pedirle al gánapiro de turno, en deje cordial, que fuera a molestar a su santísima madre y en respuesta me lanzara la botella escurrida hasta la última gota.

¿Y si avisaba a Dietrich? ¡Menuda sandez! ¿Qué podría hacer él? ¿Recibir el botellazo?

¡Bah! Saldría con el bote de laca en la mano y el móvil en el bolsillo de la bata, de no desistir en su obstinación de tumbar la puerta, marcaría a la policía. Lo extraño era que los inquilinos adyacentes no hubieran avisado ya.

—¡Eh, tú! —grité valiente—, para de hincarle el dedo al timbre y aporrear la puerta o llamaré a la policía.

—Ábreme mujer... no llames a nadie.

—¿Pero? ¿Matt?

—Sí, princesa... el mismo. El gilipollas más gilipollas, entre todos los gilipollas... ¡El rey de los gilipollas! ¡No! ¡El Dios supremo de los gilipollas, si existe un mundo llamado Gilipollas! —Menuda melopea que llevaba el muy gilipollas. Tal como abrí la puerta cayó de espaldas.

—¡Matt! Estás como una cuba. —Reía tirado en el césped bocarriba, como contando las estrellas. Le empujé los pies a un lado para cerrar de nuevo y lavar la ropa sucia en casa.

—¡Oh, princesa de ojos de mar! Qué bonita se te ve desde este ángulo. — Encuadraba mi cara perpleja con el índice y el pulgar de ambas manos, pero sin atinar entre ellos.

—¡Levanta! Si te quedas aquí dormido no podré trasladarte dentro sola. — Tendí las manos para ayudarle y las tomó, sin embargo, en lugar de alzarse tiró de mí y acabé cayendo sobre él. —Matt, te doy la razón, en el país de los gilipollas acuñarían monedas con tu cara.

Sin parar de reír rodeó mi cintura impidiendo que me levantara.

—¿Sabes que te quiero?

—Estás pasadísimo de copas, lo acabas de reafirmar con esa exaltación de la amistad.

—Solo tomado.

—Va, entremos en casa y continuas con el resto de los comportamientos tópicos de los borrachos ocasionales.

—Dime que me quieres.

—Te quiero —obedecí su requerimiento con fastidio.

—Así no vale.

—¡Matt! ¡Levántate, jolines! ¡Qué plomo de hombre!

—Vale, vale... no te enfades conmigo.

—Pues suéltame y arriba.

—Dame un beso.

—No beso a borrachos.

—En singular, princesa... tu borracho. Dale un beso a tu borracho gilipollas.

—Tendría que estarlo y serlo yo también. No te lo mereces.

—¡Joder! ¡Qué tipa!

Tenía su punto cómico, la verdad.

Tras soltarme me puse en pie. Él, con la dificultad motora por la falta de equilibrio, primero se sentó, luego dando dos traspiés y tambaleándose consiguió levantarse. De no sujetarle iba a caerse de nuevo, y por evitar males mayores, rodeé su cintura para guiarle hasta el apartamento.

—Princesa... espera... he de decirte una importancia.

—Si es tan importante, dímelo dentro.

—Dentro no hay luna.

—¡Pero si está nublado, Matt! Se va a ver lo mismo. Va, entra y te busco una foto en Google.

—Princesa, no tienes igual borrando la magia.

—Sí, es tan romántico arrastrar a un *borrachuzo* apestando a whisky. —Se detuvo en seco.

—Esto no lo he hecho jamás antes.

—Prescott, eres de memoria volátil.

—No, eso no.

—¡Matt! ¿Otra vez al suelo? ¿Has tomado malta fermentada o hierro fundido?

Hincó una rodilla en la hierba y tomó mi mano... ¿Pensaba hacer lo que creía?

—Enid Recassens Dacheux, ¿me concedería el inconmensurable honor de ser mi esposa?

—Matt... —Reaccioné con un ataque de risa, la verdad es que era un borracho muy gracioso—, levanta... decir que es la primera vez que haces esto.

—No te rías... a la Condesa del Guisante le entregué un contrato. —Las carcajadas ya provocaban punzadas en los ijares y las lágrimas llenaron mis párpados.

—Va, arriba que has de ducharte, así se te pasará la torta.

—No me moveré sin un sí.

—Vaya.

—Estoy esperando.

—Matt... por favor, hace fresco, es de madrugada, estoy cansada... tú con un pedal del tamaño de un piano... ¡Venga, hombre, no seas caprichoso!

—No me moveré... Lo he decidido.

—Si digo que no, ¿te levantas igual?

—No, solo con un sí.

—¡Anda que me das opciones!

—Sigo esperando y me duele la rodilla... pero sigo esperando.

—¿Si te digo que sí me prometes levantarte, ducharte y dormirte?

—Sí... pero...

—¡Matt! ¡Cojullos! ¡Al final sacarás otro contrato!

—*Shu*... ¡Calla! Un sí y un beso.

—Vale.

—Un vale no vale.

—¡Sí, Matt! ¡Qué sí! ¡Que me caso contigo! ¡Dios mío qué incordio de hombre!

—El beso.

—Cuando te levantes —probé a presionarle. Me veía allí hasta que su grado de alcoholemia disminuyera y el ridículo le hiciera recapacitar.

—El beso —reclamó y sellé el acuerdo pegando los labios a los suyos—. ¡Oh! ¡Gracias, gracias! ¡Te haré la mujer más feliz del mundo!

—Perfecto, no espero menos. Empieza por levantarte, me ilusionaría verte en pie. —¡Y por fin obedeció!

—Y viajaremos... formaremos una familia...

—Claro, cariño y viviremos felices y comeremos perdices.

—También.

Lograr entrar supuso una odisea, cada medio metro se detenía para besarme la mejilla, que en su catastrófico estado era lo único que le permitiría.

Le dejé caer en la cama a peso muerto y me dirigí al lavabo para prepararle la bañera, dudaba que la ducha le espabilara lo suficiente, así, de quedarse grogui dentro, con vaciar el agua y tirarle un par de toallas por encima, sería suficiente.

Sin embargo, cuando regresé, ya roncaba. No iba a conseguir despertarle y

le desnudé para acurrucarme a su espalda soportando la pestilente mezcla de licores. Él, al notar mi presencia, se dio la vuelta para abrazarme.

—Enid... me has dicho que sí.

—Matt, o te duermes o te duchas. —Río quedo.

—Duermo.

—No debería de darte opciones, apestas. —Subió el volumen de la risa.

—Soy el tipo más afortunado del mundo.

—Como no cierres la boca y te duermas, te meto en la bañera. Te lo juro.

—Me duermo. —Continuaba riéndose y yo también, aunque con la cabeza sobre su pecho.

Cuando despertara por la mañana con una importante resaca y le explicara que me he había pedido matrimonio, se haría abstemio.

A mí me costó conciliar el sueño. Aquel batiburrillo de olores vomitivos me revolvió las tripas, aunque, si conseguí dormir, fue gracias al ritmo de sus latidos, el ronroneo de su respiración sosegada y al calor de su cuerpo.

—Enid.

—Uhm.

—Es muy tarde.

—Uhm.

—Va, princesa... he de ir a recoger a los niños, debemos de hablar con ellos.

Abrí un ojo para observarle.

Se acababa de duchar y cubría los encantos con una toalla, a la par que con otra friccionaba la cabeza por eliminar el exceso de humedad del cabello.

Debería de ser un delito contra el amor propio estar tan rico con tan poco acicalamiento.

¿Había dicho «debemos»?

—¿De qué vas a hablar con los niños? —marqué el singular a propósito para ver la reacción.

—Enid... princesa, que mal se te da hacerte la desentendida.

—Ah, vaya.

—¿Vaya? Simplemente, ¿vaya?

—Acabo de abrir los ojos, dame un minuto para sacarte de quicio con otras palabras.

—Venga, arriba. He reservado en el restaurante preferido de los chicos y aún hemos de pasar a buscarlos.

—¿A dónde?

—¡A casa, Enid! Te veo lenta.

—Yo no voy a ir a tu casa. —Paró de frotar la cabeza.

—Por qué —no sabría catalogarlo si como pregunta o como amenaza.

—¿Tienes resaca?

—No.

—Nadie lo hubiera dicho viéndote hace unas horas.

—Contéstame.

—Me duele la cabeza —usé la excusa de mujer frígida por no comenzar con la bronca recurrente y acabar con jaqueca de verdad.

—Esa evasiva no va a servirte ni para eludir el sexo.

—No quiero sexo. —Le di la espalda.

—Tampoco tenemos tiempo. Va, por favor, aligera.

—Matt, no insistas, sabes los motivos y no voy a ir.

—Enid, date la vuelta.

—No.

—No seas niña.

—Si me giro acabarás por convencerme con ese poder que tienes sobre mí y no quiero que lo hagas. —Rio tan divertido como satisfecho. Sentándose en la cama, tiró de mi cintura colocándome sobre su regazo.

—Ayer fui muy sincero con mi madre.

—Pues debe de haber acabado con todas las reservas de antiácidos de Pensilvania.

—Ha de aceptarlo, con o sin sales de frutas, yo no voy a renunciar a ti.

—¿Por eso estabas aporreando la puerta teniendo llaves?

—No.

—Hablaste con tu hermano.

—No —suspiré entristecida—. Princesa, ahora no es un buen momento.

—¿Y cuándo lo harás? Será tan malo este como otro.

—Mi único deseo es tirarle los dientes al suelo y cada vez que veo tu hombro, esa necesidad aumenta.

—Fue accidental. Él nunca me haría daño a propósito.

—Sé que no quiso golpearte, pero sí dañarme a mí lastimándote a ti.

—Le he engañado... es mi amigo. Jared para mí es importante.

—No es más que un parásito improductivo.

—Él ha estado conmigo cuando más sola me he encontrado.

—No es merecedor de tanta gratitud.

—Es amistad y a un buen amigo no se le oculta nada que le afecte.

—Todo cuanto escupió ayer respondía a un patético intento por separarnos.

—Vaya.

—Habla, Enid.

—Él solo me informó. —Estrechó sus brazos al rededor de mis hombros atrayéndome a su pecho.

—Entré en pánico cuando creí que me habías dejado.

—Se me pasó por la mente.

—Yo, Enid...

—No arguyas una defensa, yo sé que todo ha cambiado entre tú y yo, el resto, me toca un pie.

—Mi único objetivo con aquello era separarte de él. No me veía capaz de romper con todo para probar la felicidad a tu lado, sin embargo, verte de su brazo, sentándoos juntos, riendo cómplices... me corroía. Quise que dejara de idealizarte y conseguí lo contrario... te utilizaba para joderme.

—¿Tienes por costumbre emborracharte cuando la situación va en tu contra?

—He de meditarlo, hasta conocerte, todo salía tal como planeaba.

—Vaya.

—Aunque, princesita... a partir de ahora nos embriagaremos los dos juntos.

—A mí la resaca sí me afecta.

—Enid... Jared no mintió, yo sí... jamás he pensado eso de ti. Es evidente que no necesitas nada de cuanto poseo, sabes valerte por ti misma y hacerte valer.

—Esos halagos emocionales ¿los tenías ensayados por si seguía cabreada contigo? —Riendo me besó en la frente—. Me estás convenciendo.

—Anoche te conquisté del todo.

—¡Bah! Eso te crees tú, parecía que habías atracado una destilería.

—Exagerada, vine pedo no en coma.

—Te faltó poco para dormir en el patio.

—La idea era llegar con menos alcohol en sangre, pero cuando me di cuenta no era capaz de acertar con la llave en la cerradura. Aunque... tal como acabó, no me arrepiento.

—¿Por dejarte dormir conmigo?

—Por acceder a ser mi esposa. —¡Qué bobo! Seguía con la broma.

—Y tú a ducharte.

—Me he duchado.

—Matt, no es que prefiera verte ebrio, pero estabas de lo más cómico. ¡Menuda ocurrencia!

—Me ofendes.

—Perdona, sé que reírse de un borracho no está bien.

—Enid, hablaba completamente convencido. —Levanté la cara de su hombro aguantando la risa con los labios prietos y estallé a carcajadas en su

cara.

—Lo siento, Matt... te prometo que me enserio... espera. —Con mil muecas intentaba controlarme, pero era imposible, estaba en pleno ataque de risa.

—Enid... no estoy bromeando. —Aún, entre espasmos jocosos, lo observé confusa—. Quiero casarme contigo.

—Esto ¿también es habitual en ti?

—A nadie le he pedido matrimonio antes. Era cuestión de intereses.

—Matt, no nos conocemos ni logramos comunicarnos con facilidad, tienes la mitad de la familia en contra... acabas de anular una boda...

—Me quieres.

—Mucho, pero ¿es necesario precipitarnos? Eres un hombre socialmente comprometido.

—¿Insinúas que de ser tu vecino te lo pensarías?

—No, tiene más siglos que las puertas de las pirámides...

—Enid...

—Matt, no lo sé... nadie me ha atraído tanto como para planteármelo, además de que la idea del matrimonio siempre me ha parecido antediluviana. Una hipoteca a treinta años une mucho más.

—Hipotequémonos.

—Tienes dos hijos.

—Que te consideran más madre que la biológica.

—Matt... no es el momento.

—¿Y cuándo lo será?

—¿A mí me lo preguntas?

—Si lo prefieres, salgo y le consulto al faraón apergaminado de la casa diez.

—Hablas como si el mundo fuera a acabarse mañana.

—Quiero que formemos una familia, llegar y encontrarte junto a mis hijos.

—No voy a vivir en esa casa.

—Es mi casa.

—Está a tu nombre, pero es de tu madre. Es su imperio, me sentiría más cómoda viviendo en un hotel.

—Refórmala a tu gusto, dale calidez.

—Matt, no voy a iniciar una relación contigo, peleando con la suegra. Nos desgastaría.

—Yo no puedo separarme de los chicos, Enid.

—Ni te pediría eso. Los mellizos a mí no me molestarían jamás, al contrario.

—Mi madre, sí.

—Somos mujeres con temperamento de distinto tono, pero muy intenso. Nos toleraremos viéndonos lo imprescindible.

—No estoy dispuesto a seguir dando paseos.

—Instalaos en el apartamento.

—¿Aquí? —articuló asustado—. Si con suerte cabemos los dos.

—Hay espacio suficiente. Sería por una temporada, mientras alquilamos un piso más amplio.

—No me desagrada esa posibilidad. —Sonrió de medio lado, con entusiasmo excesivo.

—Te veo venir... y has de ir reteniéndote.

—¿Por?

—Estoy desempleada, no puedo alquilar porque mi visado es de turista.

—No voy a alquilar nada.

—Mi inglés no debe de ser el mismo al tuyo.

—No quiero que esto se eternice. Yo me encargo de encontrar alojamiento y tu de decorarlo.

—¿Puedo decir algo más?

—No.

—Adoro tu talante flexible.

—Os quiero a los tres a mi lado. Se ha convertido en primordial. Necesito formar algo sincero, nuestro. Sin mediar contratos, cesiones o intercambios. Quiero la felicidad que logró mi padre al largarse de casa y la quiero junto a mis hijos y a ti.

La admiración hacia aquel hombre de extremos me embargaba al punto de precisar desahogarla con un beso entre tierno y arrebatado.

—*Wow, komorebi.*

—¿Ves como no debía de haberme dado la vuelta? ¡Siempre acabas convenciéndome!

—Eres una mujer inteligente, sabes qué te conviene. —Aquella sonrisa de conquistador nato acabó por diluir mis reticencias.

—Pues este dechado de virtudes intelectuales va a vestirse. Tú sube a recoger a los chicos y os espero en el restaurant.

—Te supuse más valiente...

—Todos lo somos hasta que el escarabajo vuela.

Riendo me tumbó en la cama colocándose sobre mí. Con ternura retiraba los mechones que cubrían frente y pómulos.

—Enid, me haces feliz. —Al final conseguiría hacerme llorar—. Incluso en este entorno tan hostil, me siento mejor que nunca.

—Matt... —¡A llorar!

—No, princesa... va, cielo.

Mientras yo derramaba mi alegría, él me besaba recogiéndola de mis mejillas. Con cariño secaba mi cara y al llegar a los labios la ternura mutó a frenesí.

Ahí mis manos tomaron autonomía y arañaron con medida intensidad su espalda, provocándole un gemido reflejo aún pegado a mi boca, al que yo respondí jadeando.

El sexo con Matt era algo indescriptible, ya fuera brusco y morboso o lento cual guiso de abuela, jamás decepcionaba. Yo me sentía algo insegura justo por ese motivo, no jugábamos en la misma liga, porque, de todos es conocido que la experiencia es un grado, y la mía era algo justita. No había llegado a intimar con nadie lo suficiente como para avezarme a según qué prácticas y a él se le veía muy sueltito en todas.

—Matt... —Le observaba vestirse desde el espejo del baño.

—Dime, princesa.

—Yo... bueno, no importa. —Cada cual ocupaba el pensamiento en sus incertidumbres y a mí aquella mañana me preocupaba saber si sexualmente era aceptable.

—Sí importa. Dime.

—Que, viendo que llegaremos tarde al restaurante, se me ocurre ir al parque y almorzar de picnic.

—Es una idea extraordinaria. Haremos un partido de fútbol.

—Ve a buscar a los chicos y yo preparo unos bocadillos.

—No, conozco un sitio donde elaboran unos emparedados exquisitos.

—Bien.

—Y ahora, ¿qué ibas a decirme en realidad? —¡Jo! ¡Qué tío!

—Es una estupidez.

—Dímela.

—Es que... ¡uf! Me da... vergüenza... —Me tomó por la cintura buscando mi mirada en el espejo.

—¿Se te ha escapado un pedo durmiendo? —¡Qué imbécil! Anda que ayudaba reírse de semejante ordinariez.

—¡Matt!

—No te sonrojes, princesa, era por quitarle hierro al asunto.

—¡Linda manera!

—Va, tontita... ¿qué te preocupa?

—Matt, cuando tú y yo... esto... ya sabes... cuando tú y yo... nos acostamos... —me subió el rubor hasta las orejas.

—Sí...

—¿Tú disfrutas todo lo que estás acostumbrado a disfrutar? —Bajé la mirada al grifo por no encontrarme la suya en el cristal.

—Enid... ¿piensas que no? —Me giró con suavidad, sentándome después sobre la encimera del lavabo.

—Más bien creo que esperas más de mí.

—Princesa, el sexo contigo es sensacional. Jamás había experimentado tanto placer con nadie y me preocupa que no lo percibas.

—Sé que disfrutas... y eso me excita, pero... temo no ir acompañados...

—Que no tengamos las mismas horas de práctica no te resta destreza. Adoro la calidez de tu interior, la entrega, cómo tomas la iniciativa y peleas por quitarme la ropa...

—Entre más ensayos menos errores.

—No has cometido ni uno, con cada encuentro consigues que espere con anhelo el siguiente.

—Yo no he tenido sexo tan continuado jamás.

—Te quiero, princesa.

—Y yo a ti... por cierto, Matt.

—Qué.

—Si alguna vez me desahogo de manera inconsciente mientras duermo...

no me lo digas, puedo vivir sin saberlo

Comenzó a reír con energía. Entre carcajadas, tomó mi cara entre sus manos para apoyar su frente en la mía.

—Enid, me llenas. No puedes imaginar cómo me siento a tu lado, tanto fuera como dentro de la cama.

—A mí me sucede igual. No acabo de creérmelo.

—Conseguiré que lo hagas.

—No te costará demasiado, ejerces poderes fácticos sobre mí voluntad.

—Me encanta.

Nos besamos largo y apasionado, sin embargo, no permití recalentarnos. La ración matinal de sexo ya nos había retrasado y los niños esperaban.

Le despedí desde la puerta del patio con una sonrisa babieca que no fui capaz de disimular.

Me sentía cenicienta después del baile, recogiendo la casa canturreando y moviéndome entre el mobiliario con gracilidad. Saqué la cesta de mimbre que incluía un mantel grueso y amplio, vasos, platos y cubiertos de plástico e introduje servilletas de papel.

¿Cómo se tomarían los chicos nuestra relación?

Por un lado, era parte importante en sus vidas y ellos me demostraban su cariño en cada minuto compartido, sin embargo, de nuevo les obligábamos a cambiar de domicilio, y debido a los enfrentamientos con la mitad de su familia, también les separábamos de ellos.

¿Y si me tragaba el orgullo accediendo a residir juntos en la mansión?

Me espelusqué por completo.

La realidad era más cruda. No se trataba de pundonor, iba más allá, había roto el equilibrio que mantenía a tres miembros unidos entre sí, y eso Eleonor no me lo perdonaría jamás.

A LA VELOCIDAD



DE LA LUZ

-
- Tira de este lado Isona.
- ¿Y con qué se sujeta? Por aquí no hay... uhm... grapadoras.
- Joel mientras estemos sentados el aire no lo moverá. No necesitaremos piedras.
- Así de simple, hijo.
- Eres muy pesadito apostillándolo todo, Matt.
- Princesa, confundes apoyar con apostillar. —Los mellizos nos miraron riendo cómplices—. ¡Me he descubierto!
- Nos lo imaginábamos hace tiempo, papá.
- Isona me lo dijo al salir del hospital. —Matt y yo nos observamos perplejos. —Sospeché cuando anulaste el campanario con Cathy.
- Compromiso, Joel —le corregía Isona a su manera—. También que papá llamara al *iaio* todas las noches.
- Y la madrugada que rompió el cristal de la ventana del despacho. —

Vaya, de eso no tenía idea. Le miré arrugando el ceño.

—Eres una mujer muy frustrante. —Se encogió de hombros.

—Y la trola del aeropuerto...

—Os hemos ido dejando muchas miguitas.

—¿Miguitas, Iní? ¡Señales de *frenón*! —aclaró Joel.

—Neón...

—Y la idea ¿qué os parece?

—Malísima.

—Horrorosa.

Matt y yo fruncimos el hocico sin tan siquiera pestañear. Los hermanos nos miraron estallando en carcajadas.

—¡Qué par de granujas!

—Papá, es la mejor noticia que nos podíais haber dado. —Isona se sentó encima de su regazo. Joel, a mi lado.

—Enid y yo queríamos que lo supierais por nosotros. La prensa comenzará a especular en cuanto nos vean juntos. Además, la abuela y tío Jared apreciaban a Catherine y que haya roto el compromiso con ella ha ocasionado asperezas en la familia... —¡Qué sutil! ¿Asperezas? ¡Durezas sería lo acertado!

—Lo del tito puedo entenderlo... —Isona tenía olfato de sabueso—, ¿pero la abuela?

—Ella piensa que Enid no va a saber hacernos felices.

—¡Menuda tontería! Iní hace feliz a todo el mundo.

—No, Joel, cada uno tiene sus preferencias según el carácter.

—Mientras pensaba que eras la novia del tito le caías genial.

—Bueno, también se crean expectativas en cuanto a...

—Princesa, no te esfuerces en defender una actitud ridícula.

—Matt... por fav...

—Hijos, os considero personas dotadas de una madurez e inteligencia avanzada para vuestros escasos once años, y por eso vamos a ser sinceros con vosotros.

—Matt... no es necesario...

—Sí, se lo debemos.

Y apartando las situaciones íntimas, fue relatando con respeto los entresijos

familiares que nos habían llevado hasta aquel momento. Los mellizos escuchaban sin parpadear.

—Papá, si la abuela no acepta que estéis juntos, yo sí —afirmó categórico Joel.

—Y yo. —Isona parecía preocupada.

—Gracias, hijos, eso nos hace muy felices.

—Papá... ¿vamos a vivir todos juntos?

—Como os podéis imaginar, Enid no se siente cómoda en la mansión y hemos decidido mudarnos a otra residencia donde poder estar los cuatro... holgados. —Y el pánfilo me miró elevando una ceja.

—¡Ideal, papá! —La reacción de Joel era la esperada, siempre se adaptaba a todo con entusiasmo, era positivo por principio nato. Su hermana era, quien, ovillada entre los brazos de su padre, veía la cara menos grata.

—Isona, y a ti ¿te parece bien?

—Yo quiero estar contigo y con papá, pero sin dar de lado a la abuela y tío Jared.

—Cariño, sería tan desconsiderado como ellos de permitir que nuestras circunstancias os alejaran.

—Parece que no te enteres, Isona... ni la abuela ni tío Jared quieren que estén juntos.

—No soy imbécil, Joel.

—Pues ¿de qué parte estás? —Joel admitía nuestros argumentos sin cuestionar nada más, pero Isona, al ser reflexiva evaluaba la versión que desconocía. Los vi venir.

—Chicos, esto es justo lo que ni papá ni yo deseamos que suceda. Nuestras decisiones no pueden interferir en vuestra relación con el resto de la familia y mucho menos propiciar peleas entre vosotros.

—Es un daño colateral —su afasia le hacía intercambiar palabras o asociarla a otras que hacían perder el sentido a sus locuciones, que de entre su vocabulario de niño escogiera «colateral» me dio a entender que veía demasiadas películas americanas.

—Esto no es una guerra, Joel. Vamos a intentar que se solucione sin perjudicar a nadie.

—Podéis visitar a la abuela y a vuestro tío siempre que os apetezca.

—¿Podemos comer ya? Tengo hambre caníbal.

—Joel es como Iní, si hay comida sobran las palabras.

Repartimos los bocadillos riendo a carcajadas con las contorsiones de Matt y Joel intentando recolocar las piernas para no ocupar todo el perímetro del mantel.

—¿Te apetece este, Iní? Es vegetal con atún y huevo. —El batido de frutos del bosque había sacado a la luz una *ovofobia* desconocida hasta la fecha. Al punto de sentir náuseas con escuchar el nombre.

—Isona, apártalo de mi cara.

—¿Qué sucede, princesa? —El tono de inquietud de Matt ante mi mueca de asco hizo reír a los chicos.

—Ayer mezclé un jugoso y exquisito Coulant con un *smoothie* de fresas, arándanos, moras...

—¡A ti eso no te afecta! —Isona estaba en lo cierto, mi estómago era un receptáculo acondicionado para desarticular bombas.

—La edad. —Exhalé teatral—. Siempre pasa factura.

—Pero si solo tienes veintinueve años.

—Papá te pasa por cuatro.

—Mi estómago está nuevecito. —Y con unos abdominales admirables.

—Comiendo únicamente aquello que ha pasado una criba microbiótica, ¡solo faltaría!

—Me cuido, justo para que no me suceda eso que te está ocurriendo a ti.

—Eres un melindroso, tú en Logroño no pasabas de la primera tasca.

—No soy delicado, soy exigente.

—Eres un pedazo de pijo. —Los chicos observaban la disputa con sonrisilla traviesa.

—¿Qué acabas de llamarme? —¿era pregunta o amenaza? ¡Ay, cuánta ansiedad!

—¿Pedazo? —reformulé con temor al castigo.

—Papá, te ha llamado pedazo de pijo, y ha pensado «que te cagas». — ¡Menudo pedazo de traidor!

—¡Tú! ¡Niño repelente! No te metas y no añadas tus especulaciones, sean ciertas o no.

—Princesa... —Se arrodilló sobre el mantel en dirección a donde me encontraba. Vislumbrando su objetivo, yo retrocedía arrastrándome apoyada en los talones—, te vas a enterar.

—Matt, ¡no! ¡detén tus propósitos! —Atrapó mi tobillo—. ¡Para!

Su objetivo era martirizarme a cosquillas, y eso hizo. No hubo receptor que no palpara para que se enviaran las señales a las regiones del cerebro encargadas del tacto y las sensaciones agradables. Yo me retorcí bajo su cuerpo entre grititos y carcajadas, escuchando la algarabía de los chicos animándole a que continuara. Cuando consideró que me había torturado suficiente, besó tan tierno como fugaz mis labios antes de acercarse a mi oído.

—Te quiero, princesa.

—Te quiero, pijo.

—Papá, ¿un partido?

—¡Venga! ¿Cómo nos repartimos?

—Yo me pido a Iní... controla que te mueres.

—¡Joel! Tienes un lenguaje bien pobre.

—Es cosa de la afasia, Iní. —¡Qué granuja!

—Voy a hacer que no te he escuchado.

Comenzamos a jugar con la idea de que las chufas no se notaran demasiado, pero los cuatro intentábamos mantener la posición del balón a base de tirones de camisetas. Matt, en su euforia, incluso llegó a cargarme al hombro como a un saco de patatas.

Ni Isona ni yo cejamos en la lucha de demostrarles que no éramos tan vulnerables, sin embargo, no obtuvimos el resultado deseado, ni ella lograba alcanzar nuestra área ni yo pasar de medio campo.

De repente, un súbito sudor frío traspasó mi organismo con una flecha de hielo. Sentí el movimiento de traslación y rotación bajo mis pies girando a una velocidad impropia e intenté conservar el equilibrio separando brazos y piernas, pero mis esfuerzos fueron infructuosos ante el firme inestable.

—Enid, princesa... —Abrí los ojos entre los brazos de Matt. Los chicos observaban angustiados, y yo me sonrojé, por no perder la bonita costumbre.

—¿Me he caído?

—No, por suerte Joel llegó a tiempo.

—Iní... ¿te encuentras bien?

—Sí, Isona. —El trío seguía mirándome incrédulo—. De veras, e hiperventilado entre la risa y la carrera.

—Nos vamos al hospital —sentenció Matt.

—Dame agua y deja el drama.

—Iní, estás muy blanca.

—¿Cuándo tienes la revisión con el neumólogo? —Ah, ¡sí! Esa a la que no pensaba acudir.

—A finales de la semana que viene. —Supuse.

—Iremos ahora.

—¡Ay, Matt! No seas aguafiestas. Estamos disfrutando de un día magnífico no lo estropees, estoy genial. —Ceñudo e desconfiado, torcía el hocico uniendo las cejas—. Me quedo en la manta tomando el sol mientras vosotros acabáis el partido.

—Enid... no me cabrees.

—¡Bah! ¿Yo enfadarte? Eso es pura entelequia.

—Papá, yo me quedo con ella —se ofrecía Isona comprobando el grado de *cejijuntez* de su padre.

—Al menor síntoma de ahogo o mareo me avisas —le advirtió como si yo fuera la hermana chica... ¡demencial!

—No necesito a una aprendiz de enfermera.

—Iní, estoy agobiada de sus fulllerías. Si no juegas me darán la ventaja de la discriminación positiva y a mí me gusta ganar sin ayuda.

—De acuerdo, teniente O'neil, estirémonos cual reptiles por acumular calor.

—¿Seguro que estás bien?

—Matt, ¡sí! —Se alzó conmigo en brazos—. Puedo andar.

—No me presiones, Enid... —malo si bajaba el tono—, aún estoy a tiempo de sentarte en el coche y llevarte al hospital, no pienso volver a pecar de incauto contigo.

—¡Todo lo has de llevar a los extremos!

—Dos paradas cardiacas y tampoco te pasaba nada. No me jodas, Enid.

—No me hables así o en vez de besarte te fregotearé la boca con el detergente de los platos. —Nos llegaron las risas de los niños a nuestras espaldas—. ¡Ves! Conseguirás que nos pierdan el respeto.

—Eres insufrible.

—Pero me quieres.

—Por ahí te libras.

Le di un tierno y efímero besito de consolación antes de que me depositara con exceso de mimo sobre la manta, y todavía desconfiado, se alejó con Joel

para seguir jugando.

Isona y yo nos estiramos cerrando los ojos por disfrutar del baño de sol.

—Iní.

—Uhm.

—¿Cómo sucedió?

—Me resfrié y confundí una gripe con una neumonía.

—No, eso no. Me refiero a saber que estabas enamorada de papá.

—Vaya —esa no me la esperaba.

—¿Me lo puedes contar?

—No sabría qué decirte...

—Va... —insistía incorporándose. Cuando su cuerpo tapó la luz, abrí los ojos.

—Me sentí atraída por tu padre desde el mismo día que le conocí.

—Es muy guapo.

—Sí, lo es. Sin embargo, hay algo más profundo y eso es lo que nos ha llevado a esta situación.

—¿Y papá?

—¿Eso no deberías preguntárselo a él?

—¿Por qué no me lo puedes decir tú?

—Entra dentro de su intimidad, Isona. No estoy autorizada a compartir esa información, no me apetece provocar un conflicto bélico. —Se rio de la exageración y yo deseé haber satisfecho su curiosidad.

—Hacéis muy buena pareja, se os ve felices.

—Saber que lo habéis entendido y aceptado nos quita un gran peso de encima, no obstante, contentar al resto de la familia va a ser complicado.

—Os quiero mucho a los dos y poder estar los cuatro juntos es un premio.

—Gracias, cielo. Vosotros sí que sois un regalo.

Nos abrazamos antes de recostarse de nuevo a mi lado. El sopor divino me relajó hasta el punto de adormilarme y soñar... Soñar con aquella purpurina milagrosa que mamá solía llevar en su bolso con la que conseguía solucionar los momentos desastrosos de un niño, capaz de hacer desaparecer las nubes de tormenta el día escogido para visitar el parque acuático o restituir la bola de helado más gustosa cuando se espachurraba contra el suelo al poco de tenerlo entre las manos... ¿Dónde la habría guardado que no logré dar con ella?

—¿A dónde me llevas?

—Primero recogeremos a los niños en el conservatorio.

—Bien... ¿y después?

—Ya te enterarás.

—Por extraño que parezca no me gustan las sorpresas, me dan dolor de tripa.

—Eso lo ocasiona tu forma desordenada y caótica de alimentarte. — Aseguran que el amor idealiza a la persona amada, a mí me concedió paciencia extra.

—¿Has hablado con tu hermano?

—No —tajante y desabrido, tampoco me esperaba otra respuesta.

—A mí no me coge el teléfono.

—Mejor.

—No, mejor, no.

—Eres muy, pero que muy pesada.

—Igual que tú de antipático.

—No comprendo ese súbito interés por hablar con el imbécil de Jared.

—Ni es súbito mi interés ni imbécil tu hermano. Me afecta que no quiera hablar conmigo... —Una sonrisita astuta estimuló el sentido para deducir las dobleces enmascaradas con muecas... ¡Ja, lo había calado!—. Tú no tendrás nada que ver en eso, ¿verdad, amor?

—¿Será posible?! —Le estaba viendo todo el plumero—. Esa acusación es inadmisibile... ¿me crees capaz de eso?

—¿He de contestar?

—¡Me ofendes! —¡Bah! Teatro, era puro teatro.

—Vaya.

—¿Qué?

—Sigues sin responder... ¿o sí?

—Enid, no le he dicho que desatienda tus llamadas.

—¿Y disuadido bajo alguna amenaza?

—Yo no he coaccionado a nadie.

—¡Matt! ¡¿Cómo puedes ser tan... tan...? —solo conseguía encontrar adjetivos peyorativos para definirle y de los que se consideraban insultos

graves.

—Tan, ¿qué?

—¡Cenutrio!

—¿Eh?

—¡¡Bonita manera de apagar fuegos!!

—Te pegó. —¡Alucinante! ¡Menuda excusa más superficial!

—¡Vete a la playa! El puñetazo iba dirigido a ti... ¡Tendría que haberte dado! ¡Por idiota!

—Enid, te estás pasando.

—¡Es mi amigo!

—Dijo cosas hirientes.

—¡Tú también, Matt! ¡Y un montón!

—Yo tengo dispensa.

—¡Me lo pones muy difícil!

—Hablar con él no va a solucionar nada.

—Si tú no deseas poner punto y final a esta situación, perfecto, es tu hermano, es tu decisión, pero no te entrometas en la mía, porque yo sí voy a intentarlo, así haya de ir a tocar a la puerta de su apartamento.

—Ni se te ocurra.

—Tú no mandas en mí.

—Es un tema familiar.

—Quieres que nos casemos, ¿y yo no soy familia?

—No quiero que hables con él.

—Dame motivos.

—Sus argumentos irán directos a minar tu confianza en mí y mis sentimientos hacia ti.

—Matt, si no lo consiguió hace unos días, ¿a qué puede recurrir para lograrlo ahora? ¿Hay algo peor que yo no sepa?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—¿Entonces?

—Enid, ¡no quiero! ¡Y punto!

—Tú ya sabes lo que opino de tus «¡y punto!», ¿cierto?

—Sé el poco caso que me haces en general.

—¡¿Tendrás valor?! ¡Consiento muchísimo!, pero cuando tus propuestas son

sensatas... ¡No me vengas con que el abuelo fuma!

Él calló.

Yo callé.

Ambos en nuestro sitio de orgullo incapaces de ponernos en los zapatos del otro, él mirando a través del parabrisas atento al tráfico, yo observando el suceder de las avenidas desde mi ventanilla. Por suerte el trayecto era corto.

Llegamos a la escuela de música. Había resoplado un centenar de veces en mi supino mosqueo agravado por su silencio. Estacionó... mudo, igual al enano de Blancanieves pero con el rictus de Gruñón y con metro y medio más de altura. ¡Hasta el silencio esperaba que dijera algo!

Una vez detuvo el motor, bufé con más ahínco cruzándome de brazos mientras le miraba ceñuda. De precisar una pista más sobre mi estado de ánimo saltaríamos a la violencia.

—No es grato para mí saber que estás a solas con él.

—¿Desconfías de mí? —Negó—. Entonces, ¿cuál es el problema?

—No lo sé. Pero que estés con él, que disfrutes con él, es una sensación desagradable que me pone de mal humor.

—Matt, a ti hay poquísimas emociones que no te trasmuten el temple.

—Venía contento. Como insistes en sacar temas escabrosos...

—¡El asesino, el mayordomo! —Alcé los brazos en señal de protesta, ¡más crispada! En respuesta comenzó a reír—. Menos mal que tus fases bipolares fluctúan con inmediatez, porque... ¡no hay Dios quien te aguante!

—Va, princesa, aparquemos el tema, hoy ha de ser un día especial.

—Vale, pero solo aparcado.

—No tengo opción, eres la representación de la terquedad.

—Tú la hipérbole.

Me resultaba extraño realizar aquellas actividades domésticas juntos, tenía la incómoda sensación de estar igual de vigilada al Pink Star durante la subasta en Sotheby's, y aunque me tocaba el esmalte de la uña del dedo meñique del pie izquierdo las habladorías sobre mis intenciones, que nuestros chicos se vieran afectados socialmente con ellas, no.

Matt, en previsión, se había apresurado en hacer llegar un comunicado de prensa a las principales publicaciones por evitar cabildeos desagradables que ya se habían escampado como harina tras un estornudo.

Utilizó un léxico sobrio por normalizar lo que para los círculos en los que

hasta entonces se movía era un suceso chocante, y ante todo, escandaloso.

Ya no evitaba ir tomados de la mano, ¿a qué continuar luchando contra las aspas de un molino? ¡Bah!, harta estaba de tanta quijotada para acabar aceptando.

Como supuse, fue entrar en el vestíbulo y padres chóferes, canguros y demás representantes de aquellas familias ilustres, nos dedicaron una mirada acusadora en busca de la primera vocal en mayúsculas en color escarlata cosida a su ropa. En la mía llevar «A» era poco castigo, para mí se reservaban palabras completas más contundentes.

—¡Hola, papá! ¿Qué tal Iní?

Se acercaron entre saltitos para darnos un beso con abrazo incluido por si los allí presentes no tenían de qué hablar. Yo me relamía pensando en el ratito agradable que esas escenas iban a proporcionarle a la abuelita, hasta se estiraban mis labios con sonrisa tan inconsciente como maliciosa.

—Te veo contenta —Isona colgada de mi brazo también iba más feliz de lo usual.

—Lo estoy, por lo visto tu padre tiene preparada una sorpresa para mí y ya sabéis, ¡me encantan!

—No... ¡Las odias!

—Joel, tras ir recibéndolas de todo tipo le estoy encontrando la gracia.

—¿Quieres decir? —El escepticismo de Isona era más representativo en su gesto que en su tono.

—Sí, es como una canción que odias al principio y a fuerza de escucharla se convierte en tu favorita. —Matt negó entornando la mirada, aunque parecía divertirse.

—¡Bah! Eso no sucede, si no te gusta, no te gusta.

—Enid tiene trescientas capas, y va escogiendo según el día, la hora, el tiempo y la presión.

—Sí, Matt, sobre cualquier motivo, la presión.

—Venga, entonces, comprobemos si hoy Enid tiene el día asombrosamente complaciente.

Preferí no replicar por no darle pie a más mordacidad, aún no había conseguido descubrir el punto de inflexión en el cual pasaba de ser el Dr. Jekyll a Mr. Hyde.

Subimos al coche, Isona comenzaba a ser menos comprensiva con Joel,

retomando la odiosa costumbre de pelearse introduciéndome en sus cuitas. De ir en el SUV con pantalla de separación trasera los habría aislado, pero el Jaguar era uno de los vehículos de recreo y no disponía de ella, por lo tanto, no había forma de librarse del insistente: «*Iní, ¿a que tengo razón?*», seguido de: «*¿A que no la tiene?*».

No contestaba, impensable ponerse a favor o en contra de cualquiera de los dos, sin embargo, no desistían en su empeño de hacerme saltar la tapa de los sesos por los aires.

Matt los observaba desde el retrovisor, divertido.

—No sé qué puede hacerte tanta gracia.

—Parecemos una familia normal. Me gusta esa sensación.

—¿Normal? Si esto parece una jaula de grillos, no me escucho ni pensar.

—Antes de que llegaras y desmontaras mi vida... —Apartó un segundo la vista de la carretera para dedicarme un guiño—, me era indiferente estar en la mansión o en un convento adscrito al voto de silencio. Este ruido ambiental es pura maravilla.

—¡Que inocente he sido al pensar que estos habían firmado un tratado de paz!

—Son Prescott... —la alusión fue de lo más acertado que había dicho en todo el día—. Además, creo que les ocurría una cosa.

—Ah, ¿sí?

—Es más, lo sé.

—Cuenta.

—No. Hice la solemne promesa de no hacerlo y no voy a romperla.

—Genial.

La zona de Filadelfia por donde callejeábamos era una de las más exclusivas de la ciudad. Las aceras anchas bordeadas de árboles frondosos cada cuatro metros embellecían el recorrido. El barrio se componía de casas pareadas de estética gemelar con no más de tres plantas de altura y a ninguna le faltaba su escalinata cuidada hasta el porche de la vivienda.

Aquel complejo urbano no debía de tener más de veinte años, los diseños arquitectónicos eran actuales.

Continuamos hasta el final de la calle y giró a la derecha, a pesar de que la señal vertical advertía de no tener salida, para recorrer los quinientos metros que nos separaban de una verja alta forjada con lascas de bronce envejecido

por una pátina verduzca, flanqueada por arbustos tupidos a la misma altura, cuya función consistía en evitar el husmeo del interior más que a la de engalanar. Y allí, frente a la puerta, una pareja con un maletín con pintas de agentes de la propiedad o vendedores de seguros o enciclopedias.

Matt bordeó la placeta para detenerse junto a ellos.

—Hemos llegado.

Los chicos se apearon sin esperar. Yo, dubitativa miraba a Matt, que exhibía una sonrisa pícara con doble de sexi.

—Podrías haberme advertido —reconvine entre dientes.

—Era una sorpresa.

—Mírame, Matt, voy en tejanos, con la sudadera de la universidad y zapatillas de deporte... Obsérvalos a ellos —sugería alzando el mentón con disimulo mientras nos acercábamos—, parecen salidos de un stand de elegancia... Desentono.

—Tú jamás desentonas, eres perfecta. —Besó mi mejilla pasando después su brazo alrededor de mis hombros, ciñéndome a su cuerpo. Yo seguía haciendo pucheros.

—Para ti, sí, no para el resto del mundo.

—Yo tampoco me he afeitado. —Me detuve para dedicarle un pestañeo de indignación—. Va, no seas idiota, estás radiante.

Nos acercamos a la pareja que nos aguardaba con una sonrisa postiza y comercial.

—Buenas tardes, Sr. Prescott.

—Matthew, por favor. Les presento a mi familia, mi futura esposa —*wow!*—, Enid Recassens y mis hijos, Joel e Isona.

—Un gusto. Mi nombre es Alexandra Abbot. Mi colega Trenton Curtis. —Extendieron la mano y se la estreché a ambos. No fui capaz de abrir la boca, solo estiré las comisuras—. Pasemos. Os mostraremos la propiedad.

Comenzaba a descubrir la sorpresa, había encontrado el apartamento asequible y modesto del que hablamos para poder vivir todos en familia.

—Acompaña a Alejandra, yo ya la he visto.

¡Uno... dos... y tres...! ¡Yo me calmaré, todos lo veréis! Declamé para mis adentros con la absurda idea de conseguirlo mientras caminábamos por el acceso de vehículos alquitranado que conducía hasta la entrada.

—Enid, como puedes comprobar, es una propiedad espectacular. La casa

está catalogada como construcción contemporánea.

Teniendo en cuenta que contemporáneo se designaba a todo lo comprendido entre la Revolución Francesa y la actualidad, no erraba, sin embargo, mucho me temía que para nada se refería a eso. En realidad, la edificación era un compendio de estilos donde predominaban las líneas rectas y la ausencia de ornamentos. Existían elementos neoclásicos conjugados en el entorno con gran maestría, nada estaba colocado al azar, incluso se había tenido en cuenta la ubicación respetando el movimiento del sol para conseguir aprovechar la luz natural el máximo de horas posible. En definitiva, era una vivienda tan funcional como bonita.

—Posiblemente—prosiguió—, no estará familiarizada con este tipo de materiales, puesto que el cemento y el hormigón no suelen ser de uso frecuente en los inmuebles populares.

Levanté una ceja observándola de soslayo. No saber a qué me dedicaba y pifiarla por desconocimiento, era comprensible, pero la coletilla final podría habérsela ahorrado, y si preví hacer el sobrehumano esfuerzo de mostrarme interesada, acababa de perderlo por completo.

—Ya. —Matt me miró, y sonriendo, negó.

—Dispone de estos grandes ventanales para iluminar el interior sin necesidad de prender una bombilla, y están provistos de un sistema para opacarlos de manera gradual...

—Ajá. —Iba escuchándola sin valorar aquellos detalles domóticos y prescindibles, en cambio comprobaba otros acabados más relevantes, como la permeabilidad, la canalización pluvial, la colocación de las baldosas...

—El jardín trasero cuenta con una piscina que se incorpora a la vivienda y se climatiza mediante acumuladores de energía solar.

El exterior estaba cuidado con deleite. Combinaba colores claros con otros luminosos y llamativos. Los toldos se sujetaban sobre una balaustrada de madera y se recogían de forma mecánica o programada.

El ambiente estaba diseñado para la placidez de sus moradores y eso sin contar todavía con el mobiliario de jardín.

La tipa continuaba en su incansable parloteo semejante al retumbe de voces en el rellano de cualquier comunidad de vecinos, a mí, de preguntarme sobre sus explicaciones no sabría repetir ni media palabra.

—Enid... ¿Enid? —Volví el cuello por educación—. ¿Entramos?

El interior era un amplio espacio diáfano pendiente de tabicar. Las únicas

zonas acabadas eran la cocina, los baños y la escalera para acceder al piso superior, que intuí también sin repartir.

Los chicos, incapaces de frenar su curiosidad, subieron y contentos se les escuchaba asignarse las imaginarias habitaciones.

Tenía tantas posibilidades, las plantas eran tan espaciosas sin columnas entorpeciendo las separaciones, que comencé a idear un salón en tres ambientes cerrando la cocina, creando un lugar confortable y cálido.

—Enid... —Escuché mi nombre y atendí la llamada de aquella estirada—. Podría recomendarle un estudio de arquitectura para que se encargara de...

—Alexandra, ¿puede dejarnos a solas, por favor? —Matt apareció en el momento oportuno. Ni me apetecía seguir oyendo su soniquete de fondo ni ofrecerle explicaciones que no le incumbían.

—Oh, claro... esperaremos afuera.

Me detuve a observar el hall mientras la pareja salía ofreciéndonos algo de intimidad.

—¿Te gusta?

—Matt es magnífica. Sofisticada a la par de funcional... ¿Te has fijado que está orientada de Este a Oeste? —Asintió sonriendo satisfecho—. Y creo que el invernadero dispone de un hipocausto para dar calor a la casa de manera orgánica... —Fue imposible disimular mi entusiasmo.

—Entonces ¿le ves posibilidades? ¿Podría ser nuestro hogar? —Mordía la carnosidad interna de mis mejillas al no saber encarar el asunto sin desanimarle.

—¿De quién es esta casa? —no se esperaba la pregunta.

—De alguien que no la quiere.

—Vaya —ni yo esa respuesta.

—Enid, es frustrante andar descifrando que hay detrás de cada uno de tus «vaya».

—Impacta que alguien pueda encargarse de una construcción tan particular y compleja para desencantarse cuando a la práctica está finalizada.

—El ser humano es muy caprichoso, sobre todo si antepone otras necesidades.

—O si otro le persuade...

—Todo tiene un precio.

—Ay... Matt... —Entre suspiros negué.

—¿Qué hay de malo en eso?

—Nada, pero lo has hecho sin pensar en mí.

—¿¡Perdona!?! ¡Joder, nena! ¡Joder!

—Me he expresado mal. Sí has pensado en mí, aunque no en mi situación económica. No puedo permitirme ni el coste de las obras ni del alquiler.

—No es de alquiler.

—Mejor me lo pones.

—Enid, ya he realizado el pago de la reserva.

—¿¡Ya la has comprado?!?

—No podía permitir que se retractara. Solo falta tu firma para el intercambio de la escritura por el cheque con el importe final.

—Lo lamento, Matt... yo no puedo contribuir con la parte que me corresponde.

—No has de contribuir en nada. Es mi regalo de compromiso.

Hubo unos segundos eternos similares al tiempo esperando delante del microondas a que se calentara el vaso de leche, en los cuales solo pude observarle ojiplática y boquiabierta.

—Enid, es tuya.

—Pero... Matt, yo...

—No necesito de ningún documento acreditando que eres mi esposa, yo ya me siento tu marido. —Acababa de derribar mi paupérrima línea defensiva.

—Eso es muy profundo...

—Lo que siento por ti, también.

—Matt, pero es demasiado... podemos, no sé...

—Podría obsequiarte algo tan frío como un diamante y al considerarme un hombre fiel a ritos pasados, lo haré..., no obstante, princesa, urge un hogar donde empezar los cuatro y deseaba que fuera especial para ti.

Mis pupilas comenzaron a titilar emocionadas, iba a llorar, estaba cantado.

—Es perfecta... —afirmé intentando aguantar las primeras lagrimillas. Él alzándose ciñó sus brazos a mi cintura.

—¿Acorde a tus expectativas?

—Muy por encima de ellas.

—En tal caso, simplemente necesitas los planos para darle el toque Enid.

—Yo no soy decoradora...

—Eres arquitecto, tú sabrás mejor que nadie darle alma.

—No quiero un estilo Enid, ha de ser Prescott-Recassens... Aquí vamos a pringar todos.

—Me parece muy legítimo el reclamo. —Besó mis labios con brevedad—. Dado que ya tenemos nuevo hogar, demos la noticia al resto de la familia.

—Matt...

—Dime, princesa.

—Te quiero.

—Dímelo otra vez.

—Te quiero.

Tomó mi rostro entre sus manos repasando con sus pulgares mis pómulos, sonriendo... feliz.

—Te miro y noto tanta... paz.

—¿Ya no eres una roca? —aludí aquella conversación pasada de sentimientos encubiertos que yo confundía y él disimulaba.

—No, *komorebi*... soy arena fina y tamizada. —¡Ja!

—Eso no te lo crees ni tú.

Se aproximó a mis labios y sin importarle que las ventanas no estuvieran oscurecidas nos besamos sin pudor alguno.

A pesar de todos los pesares, incluso con aquel sinnúmero de cabos sueltos, era la primera vez en diez años que veía brillar la luz de nuevo para mí en mi vida.

—Hola, papá.

—Hola, bichito.

—¿Qué haces?

—Intentando recuperar la inspiración para darle el empujón final al proyecto del museo... me encuentro estancada.

—Era de esperar, demasiados acontecimientos.

—Sí, muy comprimido.

—Ayer estuve hablando con los niños. Están entusiasmados.

—¿Qué te han contado ese par de chismosos?

—Muchas cosas, pero bajo secreto de sumario.

—Vaya.

—Dime, a ver si se han dejado algo sin cotillearme.

—Tengo un nuevo proyecto entre manos... la reforma decorativa de una casa.

—Pero, si tú odias remodelar interiores.

—No si es la mía.

—¡Eso no me lo habían contado ese par de granujas!

—Nos iremos a vivir los cuatro en cuanto se acaben las obras... Matt me la ha regalado.

—Es un obsequio muy significativo, bichito.

—Sí, y abrumador... Esta mañana cuando se ido al despacho he pensado en compensarle con algo igual de simbólico.

—¿Y puedo ayudarte?

—Papá... me gustaría cederle mi título nobiliario.

Se hizo el silencio. Resté paciente, era el legado de mi madre y si a él no le parecía oportuno, no lo haría.

—¿Estás segura?

—Yo nunca lo quise, papá.

—Has de perdonar.

—Se perdona cuando sientes la necesidad de eliminar carga a esa persona, y ni ella tuvo pesar ni yo ganas.

—Tu abuela falleció hace años, el rencor te afecta a ti y a nadie más.

—No guardo ni buenos ni malos sentimientos hacia ella.

—Ese título huele rancio. Tu madre jamás hizo mención ni uso de él. Si estás convencida, adelante.

—Gracias por tu apoyo, papá. ¿Podría tramitarlo todo el Sr. Gorraiz?

—Cuenta con ello. Por cierto, ¿cuándo vendréis? Edith y Amaia tienen ganas de ver a los chicos.

—Ahora es complicado, está todo revuelto. Llevo intentando hablar con Jared desde el domingo pasado y estamos a viernes.

—Enid, bichito... no pretendas solucionarlo todo a la velocidad de la luz.

—Me conformaría con la del sonido.

—Hija, podría alargarse o incluso no arreglarse. Acepta que no para todos es indispensable cerrar capítulos antes de iniciar otros.

—¿Y si para mí lo es?

—¿Y si Jared está utilizando esa ventaja? La conciencia en ocasiones nos juega malas pasadas. No te obceques en mantener lazos con el peso de maromas. Apoya a Matt, te venera.

—Lo sé. Está tan ilusionado con la idea de formar una familia que comienza a asustarme.

—No le des más vueltas, la vida no se dirige por estatutos universales.

—Cuánta filosofía para darle tono a lo que yo veo tan oscuro.

—Acepta un sí porque sí.

—Tienes razón, lo haré.

Había vuelto el padre afectivo, poco dado a las regañinas y orgulloso de su hija mayor, aunque la decisión de vivir en otro continente no le hacía nada feliz.

Continuamos charlando un buen rato sobre el día a día, todo cuanto no podíamos compartir por culpa de la distancia, y a pesar de que desde hacía cosa de una década era lo habitual, la desazón de las despedidas seguía siendo igual de dolorosa.

Pensé que, tras regresar con Matt, la necesidad de volver a hablar con él cara a cara se atenuaría y el malestar de aquellas últimas horas juntos desaparecería, pero ¡qué va!, germinaba en mí el deseo de tenerlo a mi lado integrando su familia a la mía.

El teléfono timbró aún entre mis manos y al leer la pantalla del móvil la sorpresa paralizó mis dedos, luego el enfado los reactivó y descolgué.

—¿¡Se puede saber qué pasa contigo!?

—Hola, Enid... *sorry*.

—Ni perdona ni lagartos en licor de arroz. ¿Por qué no has atendido mis llamadas?

—*Esou no impourta...*

—No insisto porque en realidad lo sé.

—Enid...

—¿Tienes algún compromiso que te impida almorzar conmigo hoy?

—No.

—Genial, apunta en la agenda: Talula's Garden sobre las doce.

—¿Me dejas *desirte algou*?

—Sí, almorzando. —Rio sin fuerzas, como obligado.

—Okey.

Mientras me colocaba los tejanos sonó de nuevo el móvil. Saltando, con ellos a medio subir y la blusa sin abrochar, comprobé que era Matt. Iba a alegrarle la mañana.

—Hola, guapo.

—Hola, princesa. ¿Cómo va?

—Genial, aunque sigo dándole vueltas a los planos del templete del museo, me resulta complicado integrarlo sin dañar la estética o romper las líneas básicas del edificio.

—Lo debes presentar en noviembre, ¿cierto?

—Sí, si logro acabarlo.

—Lo harás. Te acompañaré.

—Ostras, Matt, no es necesario. Son fechas complicadas para todos.

—Puedo combinármelo si lo sé con antelación.

—¿Y los niños? ¿Vamos a dejarlos solos? Como mínimo será una semana completa... siendo optimista.

—Nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento. ¿Has revisado los planos de la casa?

—Desde ayer, no... Aunque he pensado en un par de modificaciones. ¿Vendrás esta tarde?

—Ajá. Cenaremos todos juntos y luego Kail se llevará a los chicos a casa.

—Podrían quedarse a dormir con nosotros, ya sabes que Pat tiene dispuesta siempre una habitación para ellos.

—Enid, mañana cenamos en Nueva York, ¿recuerdas?

—Lo raro sería olvidarlo, has enganchado post-it en todas las superficies lisas incluidos los azulejos del baño... además de un par de mails esta mañana temprano—. Sus carcajadas invadían mi pabellón auditivo.

—Saldremos a primera hora, así aprovechamos para ir de compras.

—Como prefieras, me encanta Nueva York.

—Te dije de almorzar juntos... —¡Ay, madre! ¿Me lo dijo?—, lo siento, princesa, pero he retrasado un par de reuniones y no sé a qué hora podré escaparme.

Pasé de sudar en frío a secar la frente con el dorso de la mano suspirando de puro alivio, para volver a sudar en frío. Tanto cambio de temperatura descompensaba mi organismo.

—Vale... Bien.

—Enid, ¿qué sucede?

—Me llamó tu hermano hace un rato y almorzaremos juntos.

Silencio.

Se podían oír los «cri-cri» de unos imaginarios grillos al fondo... ¿o eran en realidad el rechinar de sus dientes?

Que fueran grillos, que fueran grillos...

—Te lo supliqué... pero tú debías de hacerlo. —Pues no, no eran grillos.

—Y yo te dije que hablaría con Jared.

—¿Y es imprescindible salir con él?

—Prefiero aclarar temas delicados a la cara. No entiendo el drama, Matt.

—¿Dónde vais?

—Al Talula's. ¿No es apropiado? —A mí me tocaba un pie si no le gustaba.

—Enid, aparta el sarcasmo. Intento controlar el impulso cerril de lanzar el teléfono contra la pared.

—Si con eso consigues desahogarte, hazlo... Mañana en la Quinta Avenida, Apple te recibirá con los brazos de par en par.

—Eres una enana insufrible.

—Y tú un titán gruñón.

—Si no te quisiera tanto no podría odiarte más.

—Ambos son sentimientos bien intensos. Yo solo te quiero, aunque te enfades y rompas cosas. Mientras no sean más y no esté cerca, controla tu ira

como mejor puedas. —Supuse que el tono displicente fue el resorte de su risa.

—No entiendo cómo consigues que pase del cabreo a la felicidad con semejante rapidez.

—Cuando hables con mi padre, pregúntale, puede ofrecerte un listado de trastornos mentales definiendo los síntomas... aunque no recuerdo que ninguno de ellos lleve mi nombre.

—Al mío, le bautizaremos Enid... me vuelves loco.

—¡Ja!

—Pasaremos a recogerte a las seis.

—Perfecto.

—Princesa... si te sintieras incómoda o Jared intentara algo impropio, no dudes en llamarme.

—¡Exagerado! Somos adultos, no sucederá nada desagradable.

—Te quiero, nena.

—Yo más. Nos vemos en unas horas. Un beso y muchos más.

—Nos vemos, *komorebi*.

En todos mis años de adulta emancipada, no recordaba haber sido puntual jamás de no ir con alguien respetuoso de la hora. Cuando llegué al restaurante Jared ya esperaba sentado en un taburete frente a la barra

—Hola.

—*Hi, honey.* —Giró sobre la banqueta y sonriendo me besó el pómulo. Su mirada era triste y el gesto cansado—. *¿Oucopamos nuestrua mesa?*

—Sí, por favor. —Me guiaba hasta ella con su mano colocada en la zona media de mi espalda. Tomamos asiento.

—Enid, estoy muy *avergonsadou* con lo *susedidou*...

—No he venido para escuchar disculparte por algo fortuito.

—*I hit you*^[106], Enid —susurró tragando saliva.

—¡Jared, ya! A mí me ha dolido infinitamente más que no me devolvieras las llamadas.

—No he *sabidou gestiounar* la *situación*.

—Me afecta verte tan pesimista.

—Es que... me cuesta *coumprenduer*. Enid, *¿cómuo susediou? ¿Desde cuándou?*

—Surgió.

—*Te dejuas arruastrar pour él. Io lo hise igual hastua Philadelphia.* —
¿Eso había pensado durante todo el tiempo? Vaya.

—Jared, fueron tus sobrinos y las circunstancias... no tú.

—Hubo *algou*, no puedes *negarlou* ahora a *conveniensa*.

—Jamás lo haría. Cuando nos conocimos me sedujeron tus ademanes arrogantes, tu inconformismo...

—*Then, what happened?*^[107]

—Pasó que me di cuenta de que era una fachada, que nunca apostarías por un cambio, que te asustaba perder tus privilegios.

—No soy un *parasitou*.

—Ni lo he insinuado, sin embargo, no me lo invento, me aseguraste que no prescindirías de las comodidades que te ofrece el dinero.

—Matt no me *mauntiene*, ¿te ha *dichou esou?* —Negué.

—Sé que no formas parte de la junta directiva en la empresa de tu hermano, en cambio sí recibes una fracción de los dividendos. Jared puedes no vivir del

éxito de Matt, pero disfrutas de los beneficios que ese extra aporta a tu economía.

Bajó la mirada a la carta.

Mi respuesta le desmoralizó más si cabe. Había esperado de mí la caricia en el lomo, algo que, de conocerme como aseguraba, era poco probable.

Entre otros tantos secretitos familiares, Matt me ofreció su versión de la actitud desentendida de Jared ante los negocios. La interpretación de uno de los implicados siempre es sesgada, medio coja, cada cual lo tornea para orientarte hacia su verdad en lugar de al centro, no obstante, Matt no era amante del victimismo procurándose el beneplácito de la razón, ¿para qué?, él actuaba e imponía su voluntad de ser preciso.

—¿Qué te *apetese toumar*?

—Pide por mí algo suave, llevo una semana con el apetito bajo mínimos.

—*God, that's frightening!*^[108]—Vaya, al parecer mi glotonería había conseguido arrancarle una carcajada—. ¿*Estuás enfermua*?

—No, malas mezclas, dulce con ácido no casan en mi estómago.

—¿Y tu *hombrou*?

—¡Bah! Jared, siento decirte que pegas como una *nenaza*. —Esta vez ambos reímos.

La camarera se acercó a tomarnos nota.

—¿Han decidido los señores?

—Sí, dos *Breakfast Burguers* y...

—Jared, disculpa. ¿Lleva huevo? —La mujer pestañeaba como si estuviera consultándole el peso atómico del *salchichonio*.

—Sí, señora.

—¿Me sugiere otro sin ese ingrediente?

—¿Un *Parisian Brunch* le va bien?

—Perfecto.

Acabó de tomar la comanda y se marchó.

—¿Desde *cuandou* no *sopourtas* el *huevo*? Te *ruepugna noumbrarlo*. — Sonreía ante la confusión.

—Es un problema con mi imaginación y los jugos estomacales.

—*Estuás* tan bonita...

—Jared... va.

—No..., no es una *adulasioun*... —Alcé mi ceja mostrando incredulidad —. Okey, un *pouquito*, *but*... tienes un a... *sparkle*^[109] en la *miruada*.

—Con el tiempo que llevas practicando el español...

—Yo no lo *apruendí* de *ninio comou* Matt... —Jugeteaba con la cucharilla, pensativo... lejano—. Enid, que él se haya *enamourado* de ti es *coumprensible*, *but*... ¿qué ves en mi *hermanou*? —Hubiera sido más sencillo enumerar todo lo que no veía.

—Me resulta violento responder a eso. —Además, a las seis debía de estar en el apartamento, y de comenzar a hablar de cuánto Matt aportaba a mi vida iba a alargarse el almuerzo.

—No te *pidou* detalles *intimous*... —Me atraganté.

—Ni por asomo te los daría, la amistad dispone de cotos privados.

La camarera regresó interrumpiéndonos, al darse cuenta se sonrojó aunque no hizo por disculparse, simplemente aligeró sus movimientos.

Una vez tuvimos el almuerzo frente a nosotros comenzamos a comer en silencio.

—*Sabues* que *my mother*...

—Sé que ella tiene sus intereses, ha sido clara y concisa al respecto. No lo comparto, mas fundamenta su actitud.

—*Intuenté* que no *pasuara*... supe desde el *prinsipio* que habías *eclipsadou* a Matt. *Counfié* en que *seruía* leal y me *respetaruía*.

—Te obstinas en considerarle un miserable cuando entre tú y yo nunca hubo nada.

—*Nothing*... —Dejó escapar el aire de sus pulmones con sonoridad.

—Me duele que te sientas traicionado por tu hermano o engañado por mí... pero, Jared... esto del amor no funciona así.

—¿Y *cóumo funsiona*? *Explain to me, please*.

—Amo a mi familia, a los niños, a unos cuantos amigos muy cercanos y a ti..., y a pesar de que estar alejada de todos vosotros me apena, puedo racionalizarlo como algo necesario, asumirlo y superarlo...

—Ajá...

—Jared, ¿puedes creer que hasta conocer a tu hermano estuve muerta emocionalmente? Mi madre me dejó tan vacía... Nada me ilusionaba lo mínimo para cambiar mi vida, aún repitiéndome que debía de avanzar... ¿qué importaba estancarse o seguir? No había nada de nada... conocí y acepté la

nada absoluta... Ese nada que significaba nada.

—*¿Y ahora?*

—Necesito a Matt a mi lado llenándolo todo.

—No me has *dadou* la *opourtunidad*.

—Pretender que lo entiendas no es mi objetivo, pero, por favor, respétalo... quiero continuar contando contigo.

—Es *difísil*... *It hurts like hell*^[110] —susurró.

—Para nosotros también es duro.

—No me *sientou preparadou* para *habluar* de *todou estou* con Matt.

—Ni yo pensaba exigírtelo, cada cual que pelee su guerra.

—Okey.

—Jared, hay más. —Parpadeó entre expectante y asustado.

—*¿Estuás embaruasada?*

—¡Serás bobo! ¡Por supuesto que no! —Y muté al tono del Bloody Mary bien cargadito de zumo de tomate—. Nos iremos a vivir los cuatro juntos en unos meses.

—No me *sourprende*, *ió tampocou* te *dejaruía dourmir soula*.

—¡Qué cafre eres!

Nos carcajeamos con la tontada observándonos sin dejar de sonreír. Creí ver que articulaba un «*so beautiful*» bisbiseado, aunque no podría asegurarlo, y seguimos comiendo.

—*Nesesitou... tiempou*, Enid.

—Tómate el que precises, pero no me apartes.

—Me *encantarúia desealous felisidad*, *but...* no *puedou*. *Sientou desepsioun* y *ruabia*... Enid, *this is too much for me*^[111] —aseguraba con la voz rota.

—Lo sé. —Una lágrima espontánea surcó uno de mis pómulos. Me apresuré a secarla.

—Se *pasarúia*. —Alargando su mano, secó otra con el pulgar.

—Lo sé.

—*¿Tendrué las puertuas abiertas de vuestrua casa parua entonses?*

—De par en par, como siempre.

—No *puedou ayuduarde* con *my mother*... *sorry*.

—No importa.

—Sí, *impourta... perou...*

—Jared, lo sé.

Nos sostuvimos la mirada unos segundos eternos en los cuales intercambiamos más información que en toda la mañana. Tras una leve sonrisa pusimos fin a la transmisión de datos y seguimos con el almuerzo, que, por fortuna, consistían en platos fríos.

—¿*Cómou* sigue el *museou*?

—Pues intentando introducir elementos en lugares que no corresponden.

Nuestra conversación derivó a temas menos escabrosos y viscerales. Él tenía previsto iniciar una serie de viajes al viejo continente para tomar contacto con nuevos clientes... emprendiendo otros proyectos, a mí me sonaba a huida encubierta. Le dejé hablar, ¿no había recurrido yo semanas atrás a la distancia por superar lo mismo?

Recuperamos la comunicación ácida y la complicidad que tanto valoraba. Jared siempre sería una pieza fundamental en mi puzle existencial y no estaba la vida para ir perdiendo fichas.

Estuvimos alargando aquel almuerzo porque tardaríamos en volver a compartir de nuevo tiempo juntos. Ahora le correspondía a él mostrar madurez de sentimientos y dar el paso.

Debía de sanar esa falsa idea de insidia y estafa, a mi modo de ver, sin fundamento, al suyo con evidencias de puñalada trapera.

Ya no éramos párvulos, y la amistad no se recuperaba con dos besitos y un abrazo.

Matt y yo habíamos decidido erigir un castillo sobre las ruinas de otro. Que aguantara la construcción en pie sería una apuesta arriesgada, cuando ya desde el comienzo subía torcida y tambaleante.

NEW YORK...



NEW YORK

[112]

Nunca seré capaz de hallar una definición adecuada ni amplia con la que describir cuánto me transmitía visitar la ciudad de las ciudades.

En Manhattan se perdía la identidad entre edificios imponentes, el tráfico denso y la diversidad que recorría sus avenidas. Absortos, los turistas se detenían ante los escaparates de lujo fotografiando de extranjería el bolso de sus sueños para después adquirir una falsificación bien lograda en Chinatown.

Era sin duda un lugar de contrastes donde los transeúntes se movían a su antojo siempre en masa y sin tenerse en cuenta.

Nosotros caminábamos de la mano entrando y saliendo de boutiques y comercios. Matt se reveló ante mí como comprador compulsivo algo extravagante. Se permitía excentricidades sin utilidad, arguyendo la necesidad de reactivar la economía, ¡excusas a sus excesos! Sabía, como cualquiera, que era la clase media en su día a día quien lograba eso.

En cambio, disfrutar de aquel Matt desenfadado, relajado, divertido, jovial... feliz, me alborotaba el alma.

—¿Dónde te apetece almorzar?

—Vas a decir que no, por lo tanto, donde tú decidas.

—No voy a decirte que no...

—Vas a ver como sí.

—Enid, no te hagas de rogar.

—Pues me encantaría poder hacerlo tirada en la hierba frente al Conservatory Water. Creo recordar que es la entrada a Central desde la setenta y dos.

—Me parece una estupendísima idea.

Le sonreí igual a una niña ilusionada y apoyé la cabeza en su hombro. Con mi pecho henchido de aquel sentimiento tan maravilloso, tuve miedo de estallar y también de compartirlo al repasar supercherías.

Habíamos visitado el Guggenheim y nos tocaba desandar unas cuantas travesías. Decidimos realizar el trayecto a pie curioseando por Madison Ave.

Matt, con cierto olfato para lo exclusivo, descubrió un establecimiento delicatesen, el Marché Madison, donde pedimos unos bocadillos con una pinta y aroma de los que te devuelven la fe en la resurrección.

—¡Mira! ¡Es ahí!

—Princesa, no hemos traído nada para sentarnos en el suelo.

—¡No seas esnob! Has comprado ropa de recambio por si ensucias ese glorioso trasero de verde.

—No soy un esnob. —Lo era, aunque se estaba reformando—. Te perdonaré por la denominación que le has asignado a mis posaderas.

—Culo, Matt... y pongamos el tuyo y el mío justo allí. —Apunté con el índice copiando el gesto con el que Colón señaló en su día hacia el nuevo mundo.

Arrastré de él entusiasmada y nos sentamos en el suelo. Por suerte no estaba mojado, ese sí hubiera sido un contratiempo, mancharse un pelín tenía un pase, ir meado, no.

—¡Matt! *Wow!* Está riquísimo. —Todas mis papilas gustativas atesoraban cada partícula saboreándola con pasión.

—Sí... espera, tienes... aquí... —Pasó el pulgar por la comisura para limpiar un resto del mejunje mágico y se lo llevó a la boca—. Está exquisito.

—Deja que pruebe el tuyo. —Me acercó el emparedado—. ¡Oh! Está sabrosísimo... me recuerda a... no sé algo muy bueno que cocina Amaia.

—Ostras, Enid... verte comer así me produce alegría.

—¡Están tan buenos! Y estar aquí al sol, el agua de fondo... ¡Jo! No puedo disimularlo.

—Desde que aterrizamos y pisaste suelo neoyorquino estás exultante de dicha.

—Tú también.

—Es fácil mimetizar tu emoción. Vengo con frecuencia y esta es la primera vez que disfruto de la ciudad.

—Para mí es inspiradora y creo que soy arquitecto intentando romper este exceso de verticalidad. —Le di a mis palabras un fingido tonillo ampuloso con el que rio a carcajadas.

—¿Y por qué has insistido en este lugar?

Estaba tan contenta como sensible y me concentré en un grupo de muchachos que jugaban con sus barquitos teledirigidos por evitar las lágrimas.

—La última vez que estuve en la ciudad nos acompañaba mi madre... Era tarde, papá compró unos perritos calientes en uno de los *foods trucks* de los alrededores y los comimos aquí.

—Es un bonito recuerdo. —Negué arrugando la nariz por evitar llorar, algo a lo que me estaba acostumbrando a hacer con una frecuencia insólita para mí.

—Estuve enfadada todo el tiempo, por el gusto de estar enfadada... por el maldito disparate de llevar la contraria.

—Princesa, la adolescencia es así. Se revela el espíritu crítico y dejamos de ser clones de nuestros padres... Yo no disfruté de eso, soy un viejo prematuro.

—Te conservas asombrosamente bien.

—No quiero ni imaginarte en la adolescencia, con las hormonas descontroladas, locas... confundidas. ¡Y con ese carácter! —Un ataque de risa reprimió el llanto... el amor también me tenía sufriendo todo aquello.

—Tienes dos preadolescentes con un genio para regalarles una lámpara y meterlos dentro.

—Para mi fortuna, te tengo a mi lado. Me asusta Isona, lo voy a llevar fatal.

—¿Isona? Es muy brillante, Matt. Es inconformista de origen, pero sabe escoger las amistades y darse a valorar. Por eso nunca formará parte de grupos numerosos.

—Todo eso ya lo sé. A mí, lo que va a joderme mucho, muchísimo, es su

primer amigo...

—Eso es muy machista.

—Lo que tú digas, pero me va a joder.

—Deja que imagine la escena... —Uní mis dedos índice y corazón para hacer círculos sobre mis sienes, simulando ver el futuro—. Se abre la puerta y encontramos a un muchacho muy guapo vestido demasiado informal... con la camiseta de Sariola y pantalones negros muy ajustados.

—¿Sariola? ¿Qué es eso?

—Una banda de metal gótico alemana...

—¡¿Cuervos?! —exclamó asustado negando a la vez—. No.

—Saludará con un: «¡Hey, tíos! ¿qué tal todo?».

—No tendrá el valor de hablar así. Por cierto, he decidido que tendremos un perro... dos... un par de Dobérman.

—Aunque... papá, no sé si es así como tratan a la familia política las promesas del heavy... a lo mejor son más cercanos: «¿Viejo, nos tomamos unas birras bien frías?».

—Enid, te estás pasando.

—Mejor viejo que abuelo, ¿no? —Encogí los hombros y saqué la lengua—. Va, no te angusties, conociendo a Isona vendrá de buena familia, todos ellos antiguas glorias olvidadas del metal sinfónico... que eructaran en la mesa en señal de agradecimiento.

—Eso es un rito árabe en desuso...

—Seguro que llevará los labios, párpados y uñas pintadas de negro... ¡Qué bonito! Isona le prestará el maquillaje...

—Enid, ¡respétame!

—Piensa en el lado positivo... si trae el labial corrido, recordarás tu pubertad y las ganas de... ya me entiendes —apuntaba con despreocupación y picardía.

—No tiene ninguna gracia, de hecho me estás cabreando.

—Con piercings y tatuajes satánicos.

—Te gusta enfadarme...

—Sí. Estás muy sexy... La mirada se te oscurece y te das un aire a uno de los chicos Martini.

—¿Qué chico Martini?

—Uno, ¿qué más da?

—Enid... Tú te lo has buscado.

—¿El qué?

—¡Esto!

Tiró de mis tobillos de forma inesperada con tal de inmovilizarme con sus piernas y a pesar de intentar escapar entre risas, sujetó mis muñecas con una de sus manos y con la otra se dedicó a torturarme a cosquillas. Yo continuaba retorciéndome bajo su peso, mas era débil y pequeña, desvalida ante un coloso perfecto y fascinante.

—¡Detente!

—Dime que soy tu chico Martini.

—Eres más feo. ¡Para, jolín!

—¡Serás impertinente!

—¡Eres pijo hasta insultando! —Intensificó el castigo—. ¡Para, por favor!

—Discúlpate.

—Eres el tío bueno más Martini de todos los vermutos.

—Y que me quieres.

—Si es bajo amenaza... ¿qué valor tiene?

—Tú me quieres y a mí me gusta escucharlo... Siempre tiene valor.

—Dame un beso.

—Ven a buscarlo.

—¿Cómo? Si estoy aprisionada.

No iba a despreciar un beso y me soltó. Aprovechándome de su vulnerabilidad esperando mis labios, le empujé para dejarle extendido sobre el césped. Todo fue permitido, de ponerse tozudo no hubiera sido posible moverle un centímetro. Pasé una pierna por encima para dejarme caer entre el vientre y las caderas a caso hecho, con toda la mala idea.

—¡Enid! Eres una bestia.

—Yo pensando que de tus abdominales se podía sacar acero y con suerte, aluminio.

—¡Qué ofensiva eres Recassens! Casi me dejas sin respiración.

—Vaya. —Puchero al canto.

—¿Qué?

—En mi egolatría pensé que te dejaba siempre sin aliento.

—En sentido figurado, sí. Por cierto, sigo a la espera.

—Se me han pasado las ganas. —Suspiré figurando apatía.

—¿He de suplicar?

—Prueba.

—Oh, mi hermosa dama de mirada cielo de verano, tenga a bien resucitar esta alma con una caricia de sus aterciopelados labios, un ósculo húmedo, tierno y cálido o bien feroz, ardiente... arrebatado.

—Vaya. —Si de manera improvisada era capaz de eso, había infravalorado su romanticismo clásico.

—¿Qué? ¿Suficiente?

—Para darte dos o tres como mínimo.

Me lancé juguetona a su cara con el objetivo de llenársela de besitos peloteros, seleccionando mejillas, mentón... esquivando la boca, mientras él entre risas intentaba alcanzarla.

—¿Prescott? ¡Matt Prescott!

Una voz masculina muy atractiva detuvo la diversión. Me volví curiosa por saber, y Matt, alzándome de la cintura me depositó en la hierba para seguido incorporarse.

—¡Qué coincidencia!

Se levantó de un salto y tendió su mano ayudándome a ponerme en pie.

Una pareja se aproximaba a nosotros risueña en ropa deportiva. Eran... *wow!* Jamás había visto nada igual, ni cuando acompañaba a mi madre en alguna campaña de alta costura vi modelos con aquel porte.

Él era muy atractivo... ¡Bah! Estaba macizo, sin embargo, Matt tampoco tenía nada que envidiarle de centrarnos en el físico... porque de comparar acompañantes, la cosa se ponía peliaguda para mí. Aquella mujer disponía de una belleza indescriptible.

—¿Quiénes son? Ella es... —le susurraba tan asombrada como cotilla.

—Es muy bella... aunque hoy tiene con quien medirse, y ganas tú.

—Sí, claro... Eres un adulator de manual.

Río negando.

Tomados de la mano, nos encontramos a medio camino.

—Venir a Nueva York y no avisar. ¡Qué tipo más desconsiderado! —reconvino el hombre en deje cínico.

—¿Se te ha quedado pequeña Pensilvania, Matt? —Qué magnetismo tenía la mujer en la mirada... ¿yo competencia? ¡Ja!

—No tengo las fronteras bien definidas. —Rieron jubilosos de encontrarse—. ¿Qué tal, Adha?

Hasta el nombre le acompañaba.

—Entusiasmada como puedes comprobar, ¿nos presentas?

—Faltaría más. Enid Recasens, mi prometida.

—Un placer conocerte en persona —afirmaba sin reparos el hombre.

—Ellos son Oliver y Adhara Breil^[113].

—Encantada. —La mirada de aquella mujer me coartaba de tal manera que acabarían por pensar que superaba en lerdez a la propia Catherine.

—Un gusto conocerte. Llámame Adha.

Sentía cierta parálisis al desconocer el protocolo a seguir, ¿extendía la mano para estrechárnosla? ¿Acercaba los pómulos para besarlos sin llegar al roce?

Ella se adelantó, plantificándome un par sin aprensión alguna y seguido su marido, con la misma efusividad.

—Matt ya me había hecho alguna confianza. —Oliver le hizo un guiño cómplice—. Sin embargo, he de serte sincero, no apostaba por verle dar el paso.

—No me ha gustado esa insinuación, Breil. No me tengo por gallina —el tono era amable, se comunicaban en la misma frecuencia.

—¡Oh, no! Una nueva sesión de bravatas. —Reímos del gesto exasperado—. Me alegro por los dos, aunque más por Matt, nunca consideré a Catherine una mujer a tu altura.

¡Ja! La caló.

La satisfacción estiraba mis músculos faciales en tanto yo intentaba contraerlos para no reír, suerte de Matt, que al rodearme con su brazo atrayéndome hacia sí pude enmascarar la sonrisa de regodeo con otra de afecto.

—Adha, soy un triunfador. —Ahí, demostrando sencillez—. Uno no descubre un bombón y se conforma con un chicle mascado.

—¡Matt! —Le propiné un codazo separándome indignada—. ¿Cómo eres tan desagradable?

—¿Si te he llamado bombón? —entonó fingiendo inocencia.

—¡Qué paciencia contigo! —Mi salida de madre pareció causar más risa a estupor.

—Enid, ¿recuerdas? Te comenté que Adha y tú teníais algo en común—. Pues, como no fuera el blanco de los ojos, ni idea... Y de fijarte, hasta su blanco era más luminoso.

—Ambas somos españolas —se adelantó sacándome del atolladero.

—Ah, ¡sí! ¿De dónde?

—Mi última residencia fue Sitges —informó cambiando el idioma.

—Yo he vivido siempre en Barcelona. ¿Cómo llevas esto de estar lejos?

Los chicos hablaban casi dándonos la espalda muy distendidos. Me sorprendió esa actitud de Matt, siempre mantenía las distancias, mostrando cercanía solo con Dietrich y Pat.

—Bueno, en realidad estoy ahora más cerca de la familia que antes, no me pesa estar tan lejos. A ti, ¿sí?

—Intento no pensar demasiado, pero les echo de menos.

—La patria no la asigna el lugar de nacimiento, la escogen los seres queridos.

—Ajá, no obstante cuando estoy allí no veo el día de regresar.

—A Matt lo conozco por las referencias que Oliver me ofrece, hemos coincidido en muy contadas ocasiones, en cambio siempre que conversamos me transmite confianza, honestidad...

—Pues tiene un punto de intransigencia que consigue frustrarte. —Su risa era musical semejante a un carillón de campanillas.

—Me gustas. No es fácil hallar en el ambiente donde ellos se mueven, gente sencilla que no pretende demostrar que merece estar en esa élite, con léxico y modales de hace dos siglos.

—¿También te cuesta encajar? —Casi silbo de alivio. ¡No era la única!

—Me cuesta no enviarlos a todos a la mierda —susurró sonriendo—. La próxima vez que nos encontremos, conocerás a mi amiga Silk, es más fácil contenerse cuando asistimos juntas a esos soporíferos eventos organizados para tomarse el pulso entre los poderosos.

—Yo he de asistir sola y por ahora me retengo, pero llegado el momento si he de soltar un «mierda» o un «joder», lo haré, joda a quien joda.

Transmitía tanto aplomo y fortaleza que te impregnaba de ella haciéndote sentir desinhibida y cómoda, así surgieron las carcajadas tan espontáneas como la conversación.

—Qué acertado ha estado antes Matt con la comparación.

—Catherine tendrá sus virtudes.

—Pues lo mejor que debe de saber hacer es ocultarlas.

—¿A qué te dedicas?

—Ingeniería mecánica. —¿Eh? Vaya—. Pareces sorprendida.

—Te hacía en una profesión menos masculina... economista.

—De contar algo, prefiero que sean amperios o caballos de vapor. ¿Cuál es la tuya?

—Arquitecto, pero sin ejercer de forma seria.

—Eso no es verdad.

—¿Perdona?

—Reformaste la Catedral de San Giorgio.

—¿Cómo sabes eso?

—Mi mejor amigo es un reputado fotógrafo al que le hacen encargos de todo tipo. Cuando Matt nos ha presentado pude recordar la placa en una de las paredes. —¿Si era minúscula, y mi nombre ocupaba el último renglón! Que los Delorme lo supieran entraba dentro de la lógica... Lo de Adha, sobrecogía.

—Vaya —acerté a decir.

—No te asustes, solo es buena memoria.

Sonrió con cierto pesar, como si en lugar de poseer un don sobrellevara una desgracia. Y le habría preguntado asumiendo pasar por imprudente de no haberse acercado nuestros chicos de nuevo.

—Nos debemos ir, Peke. —Oliver la tomó de la cintura y la besó en la mejilla con energía. El magnetismo que emanaban podía visualizarse en colores.

—Matt, te felicito... —Sonrió Adha dedicándome un guiño—. Enid, espero que podamos coincidir más a menudo.

—Buscaremos la manera, adoro esta ciudad.

—Están invitados a la inauguración de nuestra casa.

—¡Oh! Claro... —¿cuándo pensaba decírmelo? Estos yanquis siempre festejando.

—Enid, ha sido un placer conocerte, hacéis una pareja estupenda, muy equilibrada.

—Gracias, Oliver. El placer es mutuo.

Breil era uno de los tipos más poderosos e influyentes en los mercados mundiales. Si una de sus operaciones tiritaba, en la bolsa de Nueva York se

producía un cataclismo de magnitudes globales, y curiosamente, fue de las pocas amistades de Matt que no tuvo reparos en mostrarse cordial y afectuoso conmigo.

Tras las despedidas se alejaron jugueteando al «tú la llevas» y supe que el carácter cercano y jovial de Oliver era reflejo directo al de Adha.

—Parecen estar muy compenetrados.

—Tampoco el suyo es un romance sencillo.

—Ninguno lo es.

—Como esto que nos ha sucedido a nosotros, no debe haber demasiados casos, no trates de convencerme.

—Menos intrincados, pero mira, una pareja no deja de ser un par de individuos, cada uno de su padre y de su madre, unidos por un sentimiento más o menos agudo adaptándose a las idiosincrasias de ambos. —Encogí los hombros—. Yo eso no lo encuentro fácil.

—Continúas sin confiar en mí, ¿es eso?

—Matt, si no puedo averiguar la temperatura tras chupar el índice y levantarlo en dirección al viento, menos prever el futuro. Mi deseo es estar juntos siempre... pero ¿sabrías graduarle el tiempo a un «siempre»?

Su mirada fija en mis pupilas me dejó fuera de línea. No sabía qué podía estar pensando ni cómo iba a planteármelo. Él era así, antes de exponer o replicar intensidades necesitaba meditarlas, no evitando ofender al interlocutor, su idea era dejar claro y meridiano su punto de vista, que tampoco expresaría utilizando sutilezas.

—Enid, a estas alturas de la película he invertido demasiadas horas de insomnio, muchos enfrentamientos familiares y agotadoras disputas entre mi «yo sensato» y mi «yo emocional» para no saber que quiero estar contigo todo «el siempre» que dure mi vida.

—Vaya —musité con la voz entrecortada. Iba a llorar, continuaba con el sensible elevado.

—Sí... vaya. —Y aún clavando sus ojos a los míos tomó mi cara entre sus manos—. Dicho lo cual, ¿cuánto esperas que dure el tuyo?

—El resto de nuestras vidas suena muy bien —balbucí con las lágrimas asomando.

—¿Ves qué sencillo es querernos?

—Sí... —Sorbí la agüilla emotiva que escapaba de mi nariz—, lo

complicado es aguantarse.

Reía con su frente pegada a la mía secando mi sensiblería con sus pulgares.

—¿Y no le da eso brillo a la relación? ¡Qué aburrido estar de acuerdo en todo! Yo me conformo con seguir en armonía.

—¿Consideras que estamos en consonancia? —Y no era candidez, sino incredulidad.

—Sí, princesa, en la misma frecuencia de onda—. Llegó entonces el premio a tanto sentimiento y le besé saboreando nuestra comunión—. Considero que con semejante besazo, queda bien aclarado.

—Ajá.

—¿Nos vamos?

—Sí, mejor en el hotel que en el césped... más íntimo.

Caminamos de la mano hacia el hotel Viceroy donde nos alojábamos en un lujoso ático con unas vistas espléndidas.

—Adhara es una mujer espectacular. Impresiona e hipnotiza, de presentarse a las elecciones sería la primera presidenta de USA.

—A Oliver también le has cautivado... menos mal que no soy un hombre celoso. —Me detuve reprobando la apostilla frunciendo labios y entrecejo, el tiró de mi mano entre risas.

—Entre Adha y yo, ya sé a quién le toca el rol de chicle sin sabor.

—Eres preciosa, incomparable.

—¿No te das cuenta? Emanas misterio y exotismo...

—No te cambiaría ni por trescientas Adharas.

—Ni que yo me entere.

—No eres un capricho eventual, sino mi elección. Te quiero mucho.

—Te creo.

—¿Sí?

—Sí.

Seguimos transitando abrazada a su cintura y él rodeando mi espalda, sin prisas.

—Ayer no me explicaste nada de la conversación con Jared.

—No me preguntaste.

—Estaba en plena crisis de hidrofobia canina, no era el momento.

—¿Muy aguda?

—No llegué a espumar saliva de bien poco.

—Hicimos medias paces.

—¿Tendrá valor de creerse la víctima el muy cretino?!

—Se siente así, no lo comparto, aunque lo respeto y me duele que no disponga de ánimo ni para aceptarnos como pareja ni como familia.

—Afortunadamente hace mucho que dejé de preocuparme de sus desatinos. Se refugia en las faldas de mi madre por pura conveniencia. Aunque opinara diferente eso le exige posicionarse de su lado.

—Lo sé.

—Pero al final todos acabamos huyendo del carácter sumiso y pesimista de mi madre. Mi padre lo hizo cuando lo opuesto tropezó en su camino... igual que me ha sucedido a mí.

—Pensándolo así, puede que él daba por hecho que seguirías asumiendo el papel de centinela y estaba dispuesto a romper los hilos que le atan a vuestra madre...

—¿Siendo tú su tabla de salvación? —Encogí los hombros, yo eso ya lo imaginaba—. Que se joda.

—¡Matt!

—Sí. Me importa una mierda... —Giré la cabeza reprendiendo el término, la expresión era innecesaria—. No me mires así, te repito, me importa lo mismo que ver una enorme y humeante mierda.

—Déjalo, Matt. Conseguirás que vomite.

—¿Aún andas con el estómago revuelto? —inquirió preocupado.

—Cuando me hablas de mierdas y huevos, sí. Pero, me sentaría de lujo un helado de tres bolas bien cremoso de nata con fresas silvestres...

—¿Silvestres? ¿Dónde vamos a encontrar fresas silvestres en pleno Manhattan?

—Ví un sitio camino del Guggenheim. ¿Tenemos tiempo?

—Sí, y de no llegar, que esperen.

—Seré tu lazarillo, guiándote a ese lugar de ensueño.

De regreso, ya en la limusina que dispuso el hotel para trasladarnos al lugar de la convención —un restaurante rancio con decoración aburrida hasta para las polillas—, iba apoyada dormitando sobre su hombro. Matt se entretenía jugueteando con mis dedos.

Me esperaba un evento triste —en vistas de cómo estaba ambientado el salón— y carente de interés para mí. Imaginé que estaría allí sentada en plan de sonreír y asentir... ¡nada más lejos de la realidad! Fue amena y los asistentes se mostraron interesados en conocer mis opiniones sobre temas que conocía someramente.

Fue tan grata la sorpresa de verme aceptada que participé en todo cuanto me invitaron a compartir, a pesar de reconocer que el hecho de que Matt me presentara orgulloso como su futura esposa había sido la nota determinante.

—Princesa.

—Uhm.

—Hemos llegado. —Besó mi coronilla estrechándome entre sus brazos.

—Ha sido una noche muy entretenida.

—Ha sido un día fantástico, como todos los días desde que estamos juntos.

—Qué blandito este Prescott. ¿Lo recordarás cuando te cabree por algo mañana?

—Sí, después, haciendo las paces.

—Me gusta que me presentes como tu prometida.

—Te presentaría como mi esposa, pero... conociéndote.

—Pues... si aún estás dispuesto a casarte conmigo, yo estoy dispuesta a casarme contigo.

—Vaya. —Y sentí en mis carnes la duda que suscitaba la maldita muletilla.

—¿Qué?

—Pensaba que iba a costarme más.

—Eso tiene arreglo inmediato.

—No. Ya no hay marcha atrás, además, ninguno de los dos estamos borrachos.

—¿Subimos y sellamos el acuerdo?

—Estamos tardando.

Fue la primera vez en mi vida que decidí hacer algo sin dedicarle ni medio minuto a la incertidumbre. ¿Qué podía suceder? ¿Equivocarnos? ¿Separarnos

ante diferencias irreconciliables? ¿Y eso no sucedía entre parejas con cincuenta años de matrimonio?

Al alimón, superarlo sería igual de difícil sin tener un contrato formalizando nuestra relación que disponiendo de él.

ACCIDENTAL



Y COMPRIMIDO

—Enid, ignoro el porqué no eres capaz de sincronizarte con Cronos. Vayamos a dónde vayamos ¿hemos de llegar tarde por norma?

—Yo con Cronos no me he peleado jamás, le procuro espacio y tiempo... nos va muy bien.

—Me desquicias.

—¿Y lo que te gusta? —A la vez que le hacía un guiño le sacaba la lengua.

—No en todas las situaciones.

—Matt, solo es una consulta rutinaria a la que, de no haberte puesto tan insistente, me habría saltado. —Negó con desespero alzando la vista al techo.

—Vi el pus supurando a través de una goma colocada entre tus costillas. Nos advirtió que esa yaga interior no es fácil de cicatrizar... y hace unos días te desvaneciste tras una carrera. Así que no me cabrees.

Su palabra fetiche era «no me cabrees», y entonces, el *demoniete* que todos tenemos en el hombro se acercaba a mi oído y repetía: «cabréalo».

—¡Qué exagerado!

—Me toca un pie.

—¡Matt!

—Puedes seguir perdiendo tiempo o espabilar y llegar a la hora concertada, pero ir a la revisión, iremos.

—Joer...

En vistas de que el pataleo no iba a servirme de nada, acabé de arreglarme sin esmero, sin darle importancia a la combinación de colores ni al uso de complementos.

Matt había gastado en Nueva York lo que cualquiera consideraría una pequeña fortuna en ropa, zapatos, bolsos... todo de firmas exclusivas desconocidas para mí, que curiosamente, armonizaban entre ellas sin esfuerzo.

Salí calzándome uno de los zapatos a saltitos bajo su siempre atenta y sexy mirada a conjunto con una sonrisa canalla que invitaba a besarlo arrebatándole el aire. Disimulé las ganas incontinentes representando fastidio.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú, como es obvio.

—¿Tengo un mono colgando de la nariz? —Continuó jocoso mientras ayudaba a colocarme el abrigo Chanel fucsia apagado, subir la cremallera y recolocar las solapas, porque a las puertas de mayo un frente Ártico nos había devuelto al invierno.

—Eres puro caos hasta para vestirse.

Me di un vistazo rápido y lo hallé todo en su sitio.

—Pues no llevo la blusa del revés ni los zapatos cambiados de mano.

—Eres *holocáustica*.

—Tienes una facilidad para magnificarlo todo... ¡Qué hombre! Además, esa acepción no se contempla en los diccionarios.

—Podría proponerla para definirte.

—A ti también.

—Imposible, yo no lo soy en absoluto.

—Pues cócora eres hasta la agonía.

Llegamos a tiempo sorteando el tráfico de la mañana como bien pudimos y aguardamos en la salita de espera.

Matt hojeaba con poco interés las páginas de sociedad del diario. Las de economía las había revisado en casa como hacía cada mañana y las de

deportes solía repasarlas cuando tenía previsto almorzar con algún cliente, por ser un tema socorrido ante silencios incómodos. Yo, me aburría.

—Los médicos siempre se retrasan, va en su naturaleza.

—Tú también. —No se molestó en levantar la vista del periódico.

—Cuando hacen el juramento de Hipócrates deben de comprometerse de manera velada a fastidiar al paciente con las esperas —siseaba intentando captar su atención.

—Enid, tu responsabilidad es estar a la hora.

—Vaya.

—Qué... —resonó a hartura.

—Me esperaba otra contestación con más jugo, para poder sacarle punta... me aburro.

—Lee.

—Las revistas me irritan y los artículos médicos me aturden.

—Eres más criatura que Isona.

—O que ella sea una anciana mental.

—Tú sabrás.

—¿Yo?

—La has educado tú, poco he podido intervenir yo en su carácter.

—Si te parece poco haberle dado la mitad de la carga genética...

—Me estás llamando ¿viejo? —Por fin había conseguido distraerle.

—Mayor de pensamientos.

—Tu concepto sobre mí es totalmente equivocado.

—Matt, eres un carca psicológico... solo me refiero a tus formas...

—Pensaba que mis «formas» —enfaticó sensual— te gustaban.

—Sí... mucho.

—La experiencia es un grado, princesa.

—Por eso dicen que sabe más el diablo por viejo que por diablo.

—Sí, el mismo que cuando se «aburre» —acentuó de nuevo— mata moscas con el rabo.

Con la boca abierta y sin palabras, así me dejó... y claro, esa victoria le hizo reír. A mí, no. Por suavizar mi indignación, colocó su mano en mi pantorrilla apretándola, otro gesto también muy nuestro.

Una enfermera abrió la puerta del despacho del doctor para dirigirse a la

sala.

—¿Srta. Recassens?

—Sí.

—Pase a consulta, por favor.

—Gracias.

Nos levantamos y, sin preguntar si podía acompañarme, se tomó la libertad de entrar conmigo. Tampoco me importó.

—Buenos días, Dr. Sullivan —saludé al galeno.

—¿Qué tal, Darius? —Matt debía de conocer a medio universo, que recordara caras y nombres de tanta gente me resultó siempre un talento prodigioso.

—Bien, Matt. ¿Y los chicos?

—Avanzando, Joel sigue maravillándonos con su recuperación.

—Me alegro. Enid, tienes mucho mejor aspecto de hace unas semanas.

—Me encuentro fenomenal, doctor.

—Ha sufrido desmayos y cuando camina media hora se le amoratan los labios. —No debía de haberle dejado pasar.

—Un desmayo —corregí entre dientes—, y cuando hace frío se amorata todo.

—Ocupa la camilla, por favor.

Me colocó el *pulsioxímetro* en el dedo corazón y seguido comenzó a palpar los ganglios. No parecía gustarle demasiado la lectura del aparato y me auscultó. Tampoco le convenció el resultado. Decidió realizar una oximetría que me obligó a repetir tres veces y por último observó la coloración y reacción de las pupilas. No parecía del todo satisfecho y comencé a inquietarme.

—Te voy a ser totalmente franco Enid, la saturación de oxígeno es aceptable pero muy justa, eso suele ser causa directa a la cicatrización pulmonar. —La cara de Matt se desencajó, hasta el doctor percibió la mueca de angustia—. No es alarmante, es pronto y la regeneración alveolar es lenta, eso dificulta la oxigenación de los vasos más extremos, de ahí el tono azulado de los labios o enrojecimiento de los dedos... Sin embargo, no explica los desvanecimientos...

—Uno doctor... un único mareo.

—Hay que vigilar hasta que mejore la climatología, evitando lugares fríos

y húmedos.

—Darius... ¿a qué podría deberse el desmayo?

—Sucedió mientras jugábamos a fútbol, doctor... Matt todo lo amplifica.

—Podría ser la explicación más acertada. Para deportes aeróbicos de alta intensidad no andas sobrada. Haremos una radiografía torácica para comprobar la lesión. —Se dirigió a su mesa y pulsó el intercomunicador—. Clementine, acompaña a la Srta. Recassens a radiología, por favor.

—Sí, doctor.

No había acabado de bajar de la camilla que la enfermera tocaba en la puerta.

—Srta. Recassens, si es tan amable...

—Dejo aquí el bolso y el abrigo.

Matt asintió.

Nos dirigimos hasta una sala más reducida con un colgador y un sofá, había un par de puertas y en una de ellas se advertía de peligro de radiación al traspasarla.

—Srta. Recassens.

—Enid, por favor.

—El protocolo del hospital exige que se someta a un test de embarazo antes de realizar cualquier prueba radiológica.

—No es problema.

—¿Cuándo fue su última menstruación?

—Utilizo un anticonceptivo de nueva generación. —Le mostré el implante bajo el brazo en forma de cerilla—. No menstruo.

—Pase al aseo. —Señaló la puerta sin avisos—. Encontrará un set de diagnóstico. El uso es muy sencillo, ha de orinar en el recipiente, introducir la tira reactiva hasta impregnar una marca horizontal y después la deposita en plano sobre el blíster que lo acompaña. Deberá desnudarse de cintura para arriba, incluido el sostenedor y deposite en la bandeja prevista para enseres, cualquier objeto metálico. Hay una bata dispuesta para usted al lado del lavamanos. Espere aquí a que la avisemos, por favor.

—Ah... bien...

No le respondí un «¡Sí, señor!» porque su voz era muy dulce. Debía de dar esas mismas premisas de continuo, yo me habría dejado algo, o como mínimo, me habría trabado tres veces.

Jamás había utilizado un predictor de embarazo, mi vida sexual había sido tan sana como abreviada hasta conocer a Matt, con el que estaba recuperando el tiempo de celibato, como tampoco le permití a nadie, excepto a él, tener relaciones sin contraceptivos de barrera. ¡Y luego insistía en que no le tenía confianza!

Seguí las instrucciones a raja tabla y regresé a la salita a esperar. Pude entender el motivo por el cual había un sofá. Se lo estaban tomando con calma.

—Enid —la voz de la enfermera rebotó en las paredes de la habitación y como si llevara un resorte, me levanté.

—Sí —contesté al vacío, me sentí hablando con fantasmas.

—Ha surgido una eventualidad. Vístase de nuevo, por favor.

—Oh... esto... sí.

—El doctor la espera en la sala contigua al aseo.

Aquel lugar tenía más puertas que el búnker secreto de CONTROL, la agencia del Superagente 86. Raro que no usaran *zapatófonos* para comunicarse.

Me sorprendió que con el prestigio que legitimaba al hospital, este dispusiera de una única sala dedicada a la diagnosis radiológica, aunque podría ser que estuviera en otra planta y por evitarme salir con la batita rosa preferían que me vistiera de nuevo. ¡Jo, menudo trajín!

Hice por obedecer a la enfermera, sin embargo, el pomo estaba trabado, y suponiendo que aquella puerta conducía al mismo despacho donde se quedaron tanto Matt como el doctor, salí al pasillo, mas los aspavientos de Matt mesándose el cabello con nerviosismo mientras el facultativo intentaba calmarle con movimientos más templados, daban a entender que las máquinas funcionaban a la perfección.

No sé qué impulso me llevó a esconderme de ellos y tras cerrar con cuidado, esperé a que entraran a la consulta para seguido pegar la oreja a la puerta como un sello se engancha a un sobre.

—¡Joder! No es posible...

—Matt... estas cosas suceden... —¿Qué pasaba? ¿Iba a morirme?

—Es tan surrealista... ¿no lo comprendes?

—La noticia va a ser igual de sorprendente para Enid, has de respirar y mantener la calma. —¿Por qué?

—Esto lo va a cambiar todo, Darius... me siento interpretando el puñetero

día de la marmota.

¿Qué iba a cambiarlo todo? ¿De qué marmota hablaba?

A mí, me sonaba a una estulticia supina que realizaban en aquel Estado para conocer cuándo iba a cambiar el tiempo y a la comedia de Bill Murray, en el que un meteorólogo revivía una y otra vez el mismo día por mucho que intentara cambiar... ¡Mierda!

Habría preferido saber que iba a morirme.

¿Cómo sucedió? A fuerza de práctica, eso era seguro, la ilustración de las abejitas la tenía clara, pero ellas no llevaban un implante *subdérmico* inhibiendo la ovulación para no ir polinizando a diestro y siniestro.

Y ahora, ¿qué?

De dónde sacaba el valor para mirar a Matt a la cara. Debía de ser una broma de pésimo gusto... o la prueba estar adulterada, podía ser un falso positivo, ¿existían los falsos positivos?

¿Y si no era mi orina?

Lo primero que debía de hacer era salir de allí, comprar tres o diez test de embarazo, y ya, con el alivio de la verdad, mostrarle a Matt que no nos haría semejante putada.

Vino a mi mente los reproches de Jared el día de la pelea en el colegio... ¡Qué vergüenza!

Con desespero busqué otra salida por la que escabullirme, pero estaba en un aseo. De nuevo solapé la oreja a la puerta. Por lo visto, durante mi tiempo de negación y bochorno, habían abandonado el despacho ya que lo único que logré escuchar fueron los latidos apresurados de mi corazón como tambores indios presagiando tempestades.

Torcí el pomo y se abrió sin hacer ruido. Asomando un ojo comprobé que no había nadie al fondo del pasillo y me apresuré a recorrerlo evitando ser vista hasta el ascensor, allí bajé hasta el vestíbulo y me mezclé entre la gente que deambulaba de la recepción a las consultas.

Caminaba por las calles sorteando semáforos y avenidas como un dron sin frecuencia a punto de estrellarse contra algún muro. No sabría calcular el tiempo con exactitud, pero paré cuando mis pies comenzaron a quejarse dentro de aquellos zapatos de suela roja y elegante tacón, que no servían para andar.

Aún sonámbula con lo acontecido y perdida, llegué hasta un parque sin público, pequeño en comparación al tamaño de la ciudad, y me senté en uno de los columpios meciéndome desvalida, como si estuviera en aquella hamaca de

mimbre del porche en casa de mi abuela que, desvencijada, amenazaba con romperse.

—Hola —saludó un chico de melena lacia con enormes ojos ambarinos y más joven que yo.

—Hola.

—¿No eres algo mayor para estar en esta área de juegos? —Un gracioso. Pues no tenía el ánimo para imbéciles.

—¿Quieres subirte?

—Si con eso consigo que sonrías, lo hago. ¿No tienes frío? Vas demasiado ligera. —Encogí los hombros, ni cuenta le había echado—. Mira, aquí cerca hay una cafetería, vamos, entrarás en calor.

—Estoy bien, gracias.

—Nadie lo diría.

—Agradezco la preocupación, pero de veras, no necesito tu ayuda. —Un milagro, ¿haría milagros? ¿O una máquina del tiempo? ¿U otra para desintegrar la materia sin dolor?

—No sé cómo has llegado hasta aquí, pero tu ropa cara no es de este distrito. Has tenido suerte de dar conmigo y no con la banda del barrio. Será mejor que vayamos a tomar un café.

—¿Y tú quién eres?

—Uno de los pocos que no están enganchados a alguna droga de los que viven por aquí.

—Vaya.

Me fijé mejor y pude comprobar que en todas las paredes abundaban los grafitis, no como arte urbano, sino como advertencia limítrofe. El óxido corroía la pintura de los balancines, a la escalera del tobogán le faltaban peldaños y donde debería haber césped, tierra reseca y mugrienta minada de excrementos y basura, ocupaba su lugar.

Nadie en su sano juicio llevaría allí a sus hijos.

—¿Me acompañas? —Tendió su mano, sin embargo yo me alcé sin ayuda.

—Y si tan peligroso es, ¿qué haces tú por aquí?

—Fotografío la decrepitud en blanco y negro. Es parte de mi tesis.

—¿Qué estudias?

—Imagen y sonido. —Se quitó el abrigo para colocarlo sobre mis hombros—. Te estás azulando.

—No, por favor... qué vergüenza.

—Mi jersey es más grueso que tu blusa.

A paso ligero llegamos a la cafetería. Desde ese lado de la calle la zona ya no parecía tan peligrosa. Al ocupar una de las mesas junto a la ventana le devolví la chaqueta.

—Gracias, aquí se está más calentito.

—Tenemos el radiador justo en la pared de debajo. —Sacó su móvil y tomó una foto del exterior, una vía anodina sin ningún atractivo. —Es parte del proyecto —me informó aun sin preguntarle.

—Ajá.

—Llevo haciéndole una fotografía a esta calle y a ese parque cada tarde desde hace casi tres años.

—¿Documentas los cambios?

—No, los muestro.

—Vaya.

—En realidad en todo este tiempo no había sucedido nada digno de mención... algún cartel publicitario, nuevas pintadas, cambios sutiles del mobiliario urbano...

—Es una calle... un espacio inerte.

—¡Qué va! Solo las aceras y los edificios. —¡Menudo imán tenía para los excéntricos!

—Vaya.

Un hombre con el cuerpo para albergar tres, se nos acercó a tomarnos nota.

—Buenas, Tobias.

—Hola, Josh.

—¿Y esta ricura?

—Me llamo Enid —contesté disgustada con el halago pero sin energías para enviarlo a la mierda.

—Tráenos dos cafés bien calientes, por favor.

—Para mí no... —¿Cómo iba a pagar? Mi bolso estaba junto al abrigo, en la consulta del neumólogo.

—Sí. No me gusta beber solo. —Sonriendo me dedicó un guiño.

—Gracias.

—Tu nombre es bien lindo. Enid... como Enid Blyton.

—Vaya... —y esta vez fue un «vaya» de sorpresa real—. Eres de las pocas personas que lo relacionan con el de la escritora.

—Crecí rodeado de Los Cinco y sus cinco mil aventuras. —No tuve por menos que sonreírle—. *Wow!* ¡Qué lujo! Una sonrisa.

—No estoy en mi mejor momento.

El camarero nos dejó dos tazas, azúcar en dados y una jarra de cristal hasta arriba de café. El muchacho me sirvió y al sujetarla me estremecí con el calor que desprendía.

—La vida no es más que una sucesión de buenos y malos momentos.

—Eres muy joven para despachar pensamientos tan filosóficos.

—¿Es malo?

—No. Raro.

—En ese cruce, —torció el mentón hacia la calle—, o creces rápido o te quedas niño para siempre.

—Entiendo —mentí.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Caminando.

—¿No eres de Filadelfia?

—Me instalé en la ciudad no hace un año todavía.

—¿Lo has dejado con tu chico?

—No. —Aún.

—¿Te deportan? —Consiguió hacerme reír de nuevo.

—No. Ando desde hace una temporada en un bucle de infortunios y hoy me siento una desgraciada. —Frucciendo el ceño calló para observarme.

—Tú no conoces la desdicha —afirmó.

—Bueno, cada cual se queja de su tragedia personal.

—Vienes a insinuar que lo cotidiano es un espejismo.

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo, lo que es normal para la araña es un caos para la mosca.

—Sí, podrías tener razón.

—¿Quieres llamar a alguien? —Asentí y me pasó el móvil.

—Gracias.

Mientras él le daba sorbos a su taza, yo marqué a Pat que descolgó al primer timbrado.

—¿Dónde te has metido? Matt está desesperado.

—Pues... no lo sé... estoy en... espera —llamé la atención del muchacho que miraba distraído el exterior por darme un poquito de intimidad—. Tobias, ¿dónde estoy?

—Vernon Street esquina con la treceava.

—¿Has escuchado?

—Pero... ¿con quién estás en semejante lugar?

—Con un amigo.

—Paso a buscarte, no te muevas.

—Tampoco sabría a dónde ir.

Tras colgar le devolví el teléfono.

—¿Estás enferma? —¿Vale preñada?

—No.

—Prometo no preguntar más.

—Te lo agradezco.

—¿De dónde eres? ¿Eso sí me lo podrás decir?

—España.

—¿Madrid?

—Barcelona.

—No he estado, pero sí he visto fotos y es muy bonita.

—Más si las imágenes son retocadas. —Recordé el Parque Güell y la pésima conservación de aquella obra del modernismo.

—En ocasiones las fotografías son bellas justo por lo contrario.

—Supongo.

—Sé de lo que hablo.

—No lo dudo —le respondía de manera mecánica, era incapaz de concentrarme en algo distinto a mí misma y mi preñez.

—¿Podría poner una foto tuya en mi proyecto?

—¿Quieres tomarme una foto? —negó ante mi pregunta y confusa arrugó el ceño.

—Me dio tiempo a hacerte unas veinte.

—Vaya. —Sin percatarme, al salir del hospital debí escoger la trocha tenebrosa en lugar del sendero de las flores, de ahí lo siniestro que se me antojaba la revelación.

—¿Me lo permites?

—No sé qué decirte.

—He de confesar algo, estuve en Londres de intercambio y había una exposición sobre cuentos infantiles. Tú eras Caperucita.

—Vaya. —Comenzaba a arrepentirme de aquella sesión de fotos, me ponía en demasiados apuros.

—No voy a venderlas, te lo prometo. —Suspiré. ¿Qué importaba?

—Son tus fotos, haz con ellas lo que quieras.

—¿Tu amiga tiene un Jaguar?

—No. —Cerré los ojos, con doble de angustia.

—Pues debe de ser tu chico, viene con un abrigo de mujer entre las manos.

Escuché la puerta abrirse, que el establecimiento estuviera completamente vacío descontándonos a nosotros y al camarero ayudaba a percatarse de los movimientos. Yo giré la cara para mirar por la cristalera, a él iba a ser imposible, era tanta la vergüenza que de encontrarme con sus ojos, empequeñecería.

—Enid —pronunció mi nombre conteniendo un berrido.

—Te presento a Tobias —hablé sin volver la cara.

—Matthew Prescott, gracias por tu ayuda.

—No se merecen. Ha sido un placer conversar un rato con alguien que escucha.

—Gracias por todo.

Le dediqué una sonrisa franca y cuando se levantó, giré el cuello de nuevo simulando contemplar aquella porción de mundo abandonado.

Matt ocupaba ahora el espacio que dejó libre el muchacho.

Yo no le había dado un sorbo al café, estaba frío pero seguía sujetando la taza entre las manos.

—No se te ocurra volver a hacerme esto nunca más en la vida —hablaba sin alterar el tono, a pesar de matizar cada una de las palabras con una mezcla mal calibrada de nervios, disgusto y preocupación—. ¿Me has escuchado?

—Sí, aunque de todo cuanto te he hecho hasta ahora, no sé qué quieres que no repita.

—¿De qué hablas? —exigió ya confundido.

—Prefieres que no vuelva a entrometerme en la relación con tu madre, o que no anule los escasos lazos que te unen a Jared, o que no te obligue a

abandonar tu casa y a tus hijos... o que no me quede preñada tal y como habías pronosticado cuando me conociste.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas sin permiso y las sequé de un par de manotazos furiosos, para continuar concentrada en la papelera de la esquina. Él reflejo del cristal me indicó que se levantaba de aquel banco de escay con respaldo de madera para sentarse junto a mí.

—Princesa.

—Déjalo, Matt... odio la condescendencia.

—Enid... mírame.

—Me resulta imposible.

—Enid, mírame... por favor.

Aquel ruego consiguió que dejara de observar la calle, sin embargo, fui incapaz de levantar los ojos de la taza. Él con suma delicadeza tomó mi mentón obligándome a volver la cara y alzarla.

—No se te ocurra volver a alejarte de mí.

—Esto no debería de estar sucediendo. Soy una inconsciente.

—La responsabilidad es compartida.

—Escuché la conversación con el doctor. Estabas tan enfadado...

—No contigo, sino conmigo. He vuelto a poner tu vida en peligro.

—¿Qué dices?

—Tu pulmón no ventila como debería y el embarazo aún lo hace más vulnerable a enfermedades respiratorias que no podrían tratarse con la medicina convencional.

—No tenía que haberme quedado embarazada.

—La combinación de antibióticos en vena redujeron la efectividad del anticonceptivo. —¿Cómo pude pasarlo por alto?!

—Te he fallado, cualquier mujer sabe eso.

—¿Perdona? Tú... ¿fallarme? Enid, tú me has devuelto la vida. —Secó mis lágrimas con los pulgares—. No te engañaré, este embarazo no ha llegado en el mejor momento, todo está revuelto y...

—No quiero tenerlo, Matt. —Le estaba tomando el gusto a decir las cosas sin meditarlas. Él arrugó el ceño con expresión desconcertada.

—¿Estás segura?

—La maternidad se ha de planificar. No estoy preparada para tener un hijo.

—Princesa, no se puede decidir a la ligera... no nos precipitemos.

—¿Tú quieres tener otro hijo?

—Yo anhelo tener más hijos contigo, por supuesto. —¿Hijos? ¿En plural? Definitivamente lo estaba trastornando—. Sin embargo, no entraba dentro de mis prioridades inminentes, la verdad.

—Entonces estás de acuerdo conmigo.

—No he dicho eso tampoco.

—¡Joder, Matt! No juegues al despiste.

—Enid, no lo sé.

—Yo... no puedo...

—Pienso apoyarte tomes la decisión que tomes.

—¿Y tú?

—No me opondré. Está en jaque tu salud, y eso me asusta muchísimo.

—Llévame a casa, Matt.

—Bien. Te prepararé un baño caliente y más relajados hablaremos de todo esto.

—Acepto el baño, pero no quiero pensar más.

—Como prefieras.

—Quiero que me ayudes a encontrar... —Tragué antes de proseguir, recomponiéndome—, una clínica que te ofrezca confianza y discreción. Me gustaría solucionar esto a muy tardar el miércoles.

—Vamos a casa.

—¿Lo harás? —Asintió.

—Y te acompañaré.

—Se lo diré a Pat.

—Iré contigo. Estaré a tu lado.

—Matt...

—Es cosa de dos, princesa.

—Gracias por entenderlo.

Se aproximó para besarme con ternura y después secó mis lágrimas que caían en cascada.

¿Era lo que deseaba hacer? No, en absoluto.

¿Era lo que debía de hacer? Sí, por descontado.

Nuestras vidas se habían entrelazado de una manera inconcebible. De estar en otro siglo las convertirían en un sainete... y todos sabíamos cómo acababan

los sainetes.

¿Existiría un cupo de sufrimiento? ¿Un techo para la amargura igual que un fondo para la desesperación?

De ser así, yo debía de estar rozando el mío, cada vez remontar era más complicado, cada vez me costaba más poner las ganas de hacerlo.

No podía darle mil vueltas al asunto, un embarazo no estaba dentro de mis planes, como tampoco enamorarme de una persona comprometida y con un futuro pactado. ¿Y si un giro inesperado nos colocaba a cada cual en un emplazamiento diferente? Él siempre sería Matthew Frederick Prescott y yo no solo perdería mi apellido.

Por mucho que doliera tomar aquella determinación tan difícil, debía de hacerlo.

La sala de espera de la clínica donde solicitó visita Matt era más acogedora de lo que me merecía. Los tonos escogidos inspiraban ilusión y calidez, sentarse allí rodeada de aquella armonía optimista y entusiasta clamando vida, podía considerarse un castigo.

No debí dejarle elegir conociendo su inclinación por la excelencia, mis escrúpulos habrían preferido un dispensario limpio y austero, evitando pensar en todo cuanto sugería aquel espacio tan apacible.

Pero insistió en que debía de ser atendida por una prestigiosa obstetra, cuando a mí, un ginecólogo con experiencia ya me hubiera servido, sin embargo, preferí no ejercer presiones innecesarias. Había tomado la decisión de manera unilateral sin permitir someterla a debate, y en la semana que debimos esperar a que la doctora regresara de sus conferencias y seminarios, no tocamos el tema ni de refilón. Puro reto en un Prescott, especie programada para discutirlo todo.

Mantuve aquellos días la mente atareada y excluida del futuro inmediato trabajando en el proyecto del museo, que alternaba con la remodelación de la casa, a pesar de no tener la menor idea de cómo nos afectaría o en qué modo pasaría factura a nuestra relación aquel imprevisto. Tampoco me veía con fuerzas ni ganas de visualizar situaciones alejadas del presente, esa era mi manera de encararme al miedo, haciéndome la sorda.

—Princesa, ¿cómo estás? Tienes las manos heladas —susurró friccionando las mías con las suyas.

—Fatal... estoy, fatal. —Entornó el cuerpo por hablarme a la cara.

—Enid, no pienso moverme de tu lado.

—Lo sé. Es este ambiente de anuncio de pañales que me revuelve. — Sonrió de medio lado. Empezaba a vincular muecas con símbolos en el mapa gesticular de Matt, y no supe si era un ademán de apoyo u omitía algo.

—¿Sabes que te quiero? —Asentí—. ¿Prefieres que hablemos ahora?

—No. —Se acercó más a mi cara hasta unir su frente a la mía.

—Bien, pero lo haremos.

Con ternura besó mi nariz y mis labios.

Al abrirse la puerta de la sala una enfermera con uniforme rosa —¡rosa dulzura!—, se dirigió a nosotros con una sonrisa.

—¿Señores Prescott?

—Sí.

—Acompáñenme, por favor.

Obedientes, la seguimos hasta la consulta.

La elegante placa curva sobre la mesa indicaba que estábamos en el despacho de la Dra. Nathalie O. Culligan. Una mujer rubia de mediana edad, recia aunque con rostro amable, que atenta se levantó con la mano extendida hacia nosotros.

—Sres. Prescott, lamento no haberles podido recibir antes.

—Le agradecemos que haya podido encontrar un hueco en su agenda.

Estaba en tal estado de nervios que hubiera salido corriendo, no me sentía segura ni para saludar.

—Bueno, Sra. Prescott, ¿cómo se encuentra? —¿Importaba?

—Enid, por favor. —Sonrió amable y realizando un gesto con la mano, nos invitó a tomar asiento mientras ella rodeaba la mesa por colocarse enfrente.

—Dígame, ¿cómo se siente?

—Nerviosa... muy nerviosa.

—Es normal, son muchos cambios los que sufre su organismo. He estudiado su historial, me lo hizo llegar el Dr. Sullivan. —Me asaltó la incógnita de por qué, y seguido le resté importancia pensando que deberían de seguir un protocolo... ¡Malditos protocolos!—. Según su informe médico hace muy poco superó una neumonía provocada por *Staphylococcus Aureus*. Hubo un colapso en el pulmón derecho y el izquierdo también se vio afectado... los procedimientos para tratar la infección fueron muy agresivos. Enid, es una luchadora, un cuadro muy preocupante y una recuperación insólita.

Comentaba sin apartar la vista de la pantalla del ordenador. Matt apretó mi mano dedicándome una mirada de orgullo inmerecida.

—Antes de continuar necesito comprobar cómo se encuentra el feto. Le realizaré una ecografía.

—De acuerdo.

—Pase al cuarto contiguo y desnúdese de cintura para abajo. Salga con la bata cruzada por la parte de delante, por favor.

Seguí sus instrucciones con un tembleque incapacitante y un frío desagradable. Me sentía ridícula con aquella batita de papel —también rosa— anudada a la cintura y mis calcetines tobilleros. Por cierto, ¿no había dicho de cintura para abajo? ¡Genial!

Opté por sentarme en la camilla colocada detrás de un biombo ¡rosa!, a esperar, sin darle importancia al estilismo.

—Enid, ¿está lista? —No, en absoluto.

—Sí.

Matt se colocó a mi lado buscando mi mano para cubrirla con las suyas.

Tanto la doctora como la enfermera quedaron a mis pies.

—Enid al llevar colocado el anticonceptivo, que retiraremos antes de abandonar la consulta... —Que había sido tan útil como el claxon en un avión —, la gestación ha de ser de pocas semanas a juzgar por el tiempo que le estuvieron administrando antibióticos vía parenteral, con lo cual la eco ha de ser *transvaginal*. Es algo incómoda, pero si logra relajarse será menos molesta.

Con ayuda de la enfermera chicle, subí las piernas colocándolas en aquel potro de tortura. Tomó la sonda a la que le colocó un preservativo —¡menuda paradoja!—, y tras lubricarlo, lo introdujo con cuidado.

Comenzó a manipular el teclado anotando datos y ofreciéndoselos a la enfermera, yo giré la cabeza y por no encontrarme con la mirada de Matt, cerré los ojos. Quien no ve, ni siente ni padece.

—Pues, bien... aquí tenemos a nuestro pequeñín o pequeñina. Cinco milímetros... casi seis semanas, por lo tanto, ha de existir latido. Vamos a ver si logramos escucharle...

No, por favor... No, por favor... Oír era ver...

Y de repente un sonido metálico, apresurado como el aleteo de los colibrís y enérgico cual tambor, invadió mis oídos y me enamoré de él.

Abrí los ojos para encontrarme con los de Matt que observaba embelesado la pantalla. Cuando reparó en mi mirada rompí a llorar con desconsuelo.

La doctora sacó la sonda y estiró mis piernas sobre la camilla.

—Les daré unos minutos.

Sin más ceremonia abandonaron la consulta.

—Matt, perdóname... no puedo... Lamento hacerte esto, pero... no... Te juro, lo he intentado...

—*Shuuu*... princesa. Mira la pantalla, es nuestro hijo, inesperado pero nuestro.

—He... he querido no quererlo.

—Lo sé, princesa.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Se apoyó en la camilla acercándose a mi cara y tras secar mis lágrimas continuó acariciándola con el dorso de sus dedos.

—Quererlo o quererla muchísimo —resolvió conteniendo la emoción que refulgía en sus pupilas.

—¡Ay, Matt!

—Princesa, somos una familia solvente, madura... y esos cinco milímetros simplemente pueden aportar felicidad a nuestras vidas. Además, me ofrecerás la oportunidad de vivir la paternidad desde su inicio.

—Estoy tan asustada.

—Y yo, pero si otros en peor situación se arriesgan y lo consiguen, nosotros también lo lograremos. —Me besó con ternura. Después, descendió hasta mi vientre y abriendo la bata hizo lo mismo—. Hola cinco milímetros, somos papá y mamá —aquel susurro me deshizo. —Te queremos mucho, a pesar de llegar así sin avisar, y como has escogido tú el cuándo, sé buen chico o chica y pónselo fácil a mami.

—¡Dios mío, Matt! Los chicos...

—Sí, tienes dos hermanos, aunque de Joel intentaremos mantenerte prudentemente alejado.

Debía de ser aquel desequilibrio hormonal el que hizo que rompiera a reír a carcajadas, incluso llorando.

—Enid, no sé porqué el universo decidió ponerte en mi trayectoria ni si me lo merezco, pero desearía gritar que me siento el hombre más afortunado del planeta.

—Recuerda esto dentro de unos meses, cuando cinco milímetros mida medio metro y se pase la noche berreando. —Entre risas pegó sus labios a los míos.

—Lo seguiré pensando.

La puerta de la consulta volvió a abrirse con lentitud. La obstetra debía de tener los tiempos emocionales calculados. Bien es sabido que la experiencia era un guía sinigual en cualquier labor, pero en aquellas que intervienen sentimientos, dar con un profesional demostrando tacto era reconfortante y tranquilizador.

—Disculpad. ¿Mejor, Enid?

—Algo más sosegada, sí.

—Por lo que he comprobado, todo está en perfecto estado para el tiempo de gestación, en concreto cinco semanas y seis días.

—¿Y no habrá repercutido en su desarrollo el anticonceptivo?

—Puedes vestirte —propuso dándome un par de palmaditas en el tobillo, sonriéndome—. Es pronto para determinar patologías del tubo neural.

Y la intranquilidad ante el desconocimiento comenzaría a formar parte de mi existencia. Miré a Matt, que en apariencia estaba más sereno, y tan considerado como acostumbraba me ayudó a bajar de la camilla para seguido tomar mi cara con ambas manos y sin el menor reparo besarme a voluntad cuando la doctora regresaba a su mesa.

Me uní a ellos una vez estuve lista, Matt escuchaba con la frente arrugada, su singular mueca de preocupación.

—¿Sucedo algo?

—Nada, Enid. A Nathalie le inquieta los valores de la oximetría del informe.

—El Dr. Sullivan dijo que no era alarmante.

—Uno de los pulmones no acaba de remontar, no podemos permitirnos una enfermedad respiratoria.

—Comprendo.

—Todavía quedan unas cuantas semanas de humedad, deberías evitar lugares con moho y contacto con enfermos.

—Si no ha de salir de casa, no lo hará —apuntó categórico. Aquel giro protector autoritario me resultó inquietante.

—A ver, Matt, no es cuestión de encerrarla y tirar la llave —le amonestó, yo le habría dado una colleja—. Enid, el embarazo no es una enfermedad, es una experiencia inigualable. Has de caminar y tomar el sol, ayuda a sintetizar ciertas vitaminas beneficiosas para el feto.

—No hay riesgos, ¿verdad? —Escuchar esa palabra en boca de Matt sobredimensionaba su significado.

—No, solo ha de seguir las recomendaciones que ya he comentado y acudir a las revisiones de manera puntual.

Nos entregó un librito morado con las fechas programadas de pruebas, visitas y análisis. También extendió unas cuantas recetas con vitaminas prenatales, ácido fólico y complementos de hierro. Salimos de la consulta con la mente atascada en datos y con una emoción confusa, un cóctel de alivio,

euforia y vértigo que nos acercaba como nunca lo habíamos estado.

LA SEMILLA



Transcurrieron un par de semanas más desde que Cinco Milímetros irrumpió de manera rotunda y determinante en nuestras vidas.

De aquellos días mantengo muy fresca la inseguridad que sentía ante el más mínimo cambio en mis biorritmos. Tenía un miedo atroz a que padeciera alguna anomalía, a que no evolucionara de acuerdo con los valores estándares, y ante todo, a perderlo.

Matt se empapaba de artículos y libros sobre la gestación y el parto cuyo objetivo consistía en sacarme de quicio con sus obsesiones sobreprotectoras. Yo prefería incordiar a Nathalie, su despreocupación me tranquilizaba muchísimo más.

Decidimos esperar a la ecografía de las doce semanas para informar a los niños, ya que en las primerizas el riesgo de aborto espontáneo era elevado.

También comencé a odiar el término «riesgo».

Mi apartamento definitivamente se nos había quedado pequeño. Matt no volvió a la mansión desde que supimos del embarazo. Madrugaba para

recoger y llevar a los chicos al colegio, y desde la sede me llamaba unas treinta y siete veces por si debía de documentar algún cambio en una aplicación chorra que había descargado en el móvil. Hasta Siri preguntaba en qué podía ayudarle con ademanes exasperados.

Yo los recogía por la tarde y cenábamos todos juntos. Habíamos comenzado a comportarnos como una familia clásica con matices, ya que no más tarde de las ocho Kail los devolvía a la mansión por no dañar la relación que mantenían con la abuela.

Pat y Dietrich no eran del mismo parecer e insistían en que los chicos debían de quedarse en casa, en concreto en la suya. No permitían que durmieran en el sofá cama de mi apartamento. Estaban encantados de que les invadieran con sus peleas y risas, mas no era cuestión de abusar ni de su amistad ni hospitalidad, e intentábamos que Isona y Joel no se escaparan al piso superior y usaran sus mañas persuasivas melosas en exceso.

La necesidad apremiaba y en un tiempo récord fui capaz de acabar los planos del interior de nuestra casa. Los contratistas que habíamos empleado operaban con diligencia, a pesar de que la obstinación de Matt encargando materiales y acabados exclusivos europeos retrasaban el ritmo de ejecución de las obras.

Mi chico experimentaba una explosión interna de emociones, a las cuales no estaba habituado, que eran tan deleitables como enervantes, y exhibiendo su intransigencia más extrema pretendía que nos casáramos antes del nacimiento de Cinco Milímetros.

No me opuse, ¿a qué montar una tormenta en un vaso de agua? Así se entretenía en buscar el espacio adecuado para la ceremonia fastuosa, repleta de gente a la que yo desconocía pero cuya presencia era imprescindible... bajo su criterio.

¡Bah! Ni cuenta, no era más que un día y entre ellos también estarían los chicos, papá, Amaia, Edith, Pat, Dietrich, Asier...

¿Y Jared?

Lo vi improbable. A mí me haría muy feliz tenerle entre los míos, en gran medida, aquello no estaría sucediendo si no hubiera decidido pedirme ayuda para controlar a Isona.

¿O sí?

Al fin y al cabo eran los hijos de Matt. En ocasiones me daba por pensar todo tipo de disparates, como que nos podríamos haber conocido bajo otras

circunstancias y el resultado vendría a ser el mismo.

¿O no? *Chi lo sa!*^[114]

Demasiados contratiempos nos habían conducido hasta donde nos encontrábamos, y la verdad, mirando hacia atrás cambiaría sutilezas como puñetazos... palabras fuera de tono, pero nada más.

Estirada entre las sábanas con el sol penetrando por la ventana, todo tomaba una cromática empalagosa a la que me estaba acostumbrando a una velocidad extraordinaria.

—¿Miraste los mails que te pasé ayer? —preguntó de camino a la cama.

—Ajá.

—¿Hay alguno al gusto de la Sra. Prescott? —Me incorporé para tomar la taza de chocolate entre mis manos y se introdujo a mi lado—. Aquí hace frío.

—No es para tanto. El técnico de la caldera pasará esta tarde a repararla.

—Volvemos a las situaciones incoherentes, además, en nuestro estado no es aconsejable... ¿y si se nos resfría Cinco Milímetros?

—Imposible, así juntitos ni se nota que la casa no alcanza los veinticinco grados con los que tú estás cómodo y yo me aso. —Me alzó de la cintura como si estuviera hueca colocándome sobre sus piernas—. Conseguirás que vierta el chocolate.

—Así entro en calor más rápido. —Tiró del edredón por cubrir el máximo de piel posible de mi cuerpo. ¡Que ocho mesecitos me esperaban!—. No me has contestado.

—Pensé que me habías enviado un pasatiempo...

—¿De qué hablas?

—Supuse que debía de encontrar entre ellos las siete diferencias, son todos tan... ostentosos.

—Ostentosos.

—Y excesivamente elegantes.

—Y elegantes en exceso..., ya.

—Carecen de originalidad.

—Estoy abierto a sugerencias. ¿Alguna idea que se adecue a nuestras expectativas?

—Invertir todo ese montón de dólares que vas a gastar en una boda más íntima y romántica.

—¿Cómo de íntima y cuánto de romántica?

—Orbitando tú y yo alrededor de la tierra—. ¿Para qué ir a las Vegas pudiendo salir al espacio?

—Y la propuesta será en serio.

—No me digas que no sería algo increíble.

—¡Oh, sí, Enid! Casarme en un envase de refresco, con no sé cuántos miles de toneladas de queroseno pegadas al culo siempre ha formado parte de mi lista de deseos.

—¿Ves? Todos contentos.

—Princesa, si no te apetece acompañarme a escoger el lugar para el enlace, solo has de decírmelo.

—Matt, pasarme el sábado mirando jardines y salones de ceremonia no me seduce en absoluto.

—Te aguantas, no estoy dispuesto a seguir posponiendo el enlace por más tiempo.

—Es que me aturdes...

—¿Y qué pretendes hacer?

—Pues, como ya hemos comenzado la casa por el tejado, vamos a montar las paredes.

—Concreta.

—Hablemos con los niños primero. Luego con tu madre, esperamos prudentemente a que no le dé un pasmo o se recupere si le da, y yo informo a mi familia, que tras el primer impacto se alegrarán muchísimo.

Parecía estar sopesando mi propuesta, aunque no podía comprobar los gestos al tenerlo a mi espalda y como era un hombre mercurial resultaba imposible prever su reacción.

—Prosigue.

—Busquemos un apartamento donde nos encontremos todos más cómodos hasta concluir las obras...

—Y esperar a que nazca Cinco Milímetros.

—Sí... —mascullé.

—Te propongo otra posibilidad. Si aceptas, te compro el lote anterior.

—A ver, dime.

—Cásate conmigo mañana.

—¿Cómo? ¡Estás tarado! No hablas en serio, ¿verdad? —giré el cuello para comprobarlo, y sí, no era broma.

—¿Lo tomas o lo dejas?

—Espera, espera... ¿eso se puede hacer de un día para otro?

—Yo, sí.

—Pero soy extranjera, mi visado está a punto de expirar...

—Enid, yo puedo hacerlo.

—¿Solos tú y yo?

—El juez y un par de testigos para darle validez. Después emitiré un comunicado de prensa informando del enlace.

—Vaya.

—¡Ay, Enid! ¡Eres infinita!

—Todos pensarán que nos casamos porque me has dejado preñada. —Pestañeó varias veces, seguido dobló el cuello cuarenta y cinco grados levantando las cejas y mordiéndose el labio. Me estaba llamando idiota en señas—. Okey... borra esto último.

—¿Entonces?

—Recapitulemos—. Entornó los ojos suspirando—. Nos casamos mañana y nos relajamos.

—Nos casamos mañana y esperamos a que nazca cinco milímetros para celebrarlo.

—Vaya.

—¡Dios mío bendito...!

—No voy a librarme de una ceremonia clásica y aburrida.

—No, ¿lo tomas o lo dejas?

—Una cosa más...

—Enid, desesperas... ¡Dime la cosa de más! —replicó crispado. Yo no tenía la menor intención de cabrearlo aquella mañana... me salía sin pretenderlo, espontáneo.

—Va a sonar como no quiero que suene y no sé cómo decirlo para que suene como quiero que lo haga.

—Habla.

—A ver, tú eres un tipo de clase alta tirando a desorbitante y yo una desempleada... ¿tú no deberías blindar tus intereses?

Arrancó a reír en mi cara, yo no entendía el chiste y pestañeé perpleja. Tras palpar la mesita, dar con el iPad, listar los mails recibidos y descargar el documento adjunto a uno de ellos, me entregó el dispositivo.

—Lee.

—¿Qué?

—Dame la taza y lee.

Obedecí.

El primer apartado correspondía a un encabezado «tipo» enunciando nuestros datos civiles. No le presté atención ni a eso ni al inventario de bienes que poseíamos ambos, aunque sí me desconcertó verlos expuestos. Deslizándolo el dedo sobre la pantalla di con el artículo de las capitulaciones matrimoniales que establecía una serie de matices perturbadores.

De entrada mis posesiones materiales e inmateriales antes del enlace quedaban excluidas del contrato, en tanto las suyas se me irían confiriendo de manera porcentual y progresiva.

Determinaba que formaría parte de la junta directiva de su sociedad con poder de decisión y firma, con la posibilidad de delegar en él la asistencia a las reuniones si lo consideraba oportuno. En un inicio me asignaría un veinte por ciento de la participación en la misma y se iría ampliando gradualmente, fijando un máximo de cinco años para que todos sus haberes se integraran en el matrimonio, gestionándose por ambos de forma indistinta.

Por si no fuera suficiente ni apabullante, consideraba imprescindible asignarme un sueldo recompensando mis nuevas atribuciones empresariales, estimado en quince mil dólares mensuales, que en el supuesto de disolución del matrimonio seguiría percibiendo al estar excluido del acuerdo de divorcio.

Una de las disposiciones más inquietantes estipulaba que, en el hipotético caso de que cualquiera de los dos determinara finalizar el matrimonio, lo devengado durante el tiempo compartido pasaría a pertenecerme en exclusiva, responsabilizándose de no haber conseguido satisfacer mis expectativas.

Sobre la custodia de los hijos era más comedido, y asumiría lo dictaminado por un juez.

Aunque fue la última cláusula la que me resultó más llamativa a razón de aquel despliegue altruista innecesario, al denegarme la posibilidad de compartir, ceder y otorgar atribuciones sobre los derechos de autor que poseía de una colección fotográfica privada.

Suspiré turbada ante aquel exceso de generosidad, con infinidad de sentimientos encontrados desde la impresión de conocer todo su patrimonio a la conmoción al saber su deseo de compartirlo conmigo, valorándome por encima de toda su fortuna.

Le devolví el iPad con las lagrimas titilando.

—Mañana lo firmaremos ante notario.

—Matt... —No pretendía herir su ego, pero yo me consideraba una persona justa y aquel contrato no lo era—. ¿Tus asesores fiscales le han dado el visto bueno a ese documento?

—No —negaba orgulloso de su decisión, vanagloriándose de su necesidad—. Opinan que he perdido el sentido común.

—Pienso igual —murmuré—. Matt, ¿cómo pretendes que firme esto?

—¿Has de incluir alguna condición? Enid, sé que debería de haberte consultado...

—¿Incluir? ¡Matt, por el amor de Dios! ¡Solo ha faltado que me cedas un riñón! —rio hueco.

—Son tuyos —apuntaba despreocupado como si fuera lo natural, aunque pensándolo bien, yo también se lo entregaría sin pensar.

—Matt, seamos serios.

—No bromeaba.

—A ver... —¡Otro suspiro! —. Yo te amo, tú me amas... —canturreé en español por centrarme.

—Nosotros nos amamos... primera, segunda y cuarta forma verbal del presente indicativo, ¿verdad?—. Resopló molesto.

—Me inquieta la cuarta del pretérito pluscuamperfecto. —Lo hice pensar.

—Nos habíamos amado...

—Reconozco que cualquiera se sentiría dichoso... que no pondría objeciones...

—Cualquiera menos tú, claro.

—Matt, escúchame, yo quiero que todo lo tuyo continúe en tu poder. Yo no he contribuido en la obtención de todas esas cifras y propiedades... piensa...

—¿Cuál era la manera rápida de callarme? Tapándome la boca con un beso.

—Princesa, si tú no estás a mi lado simplemente es dinero.

—Pero hay más personas implicadas, tu familia...

—Mi madre y mi hermano, a pesar de no merecérselo, tienen el futuro asegurado, gestiono sus dividendos de manera eficaz y nunca les faltará un sueldo con el que mantenerse.

—Me siento tan abrumada... ¡yo no necesito formar parte de la junta directiva de tus empresas! ¡Ni tener un sueldo! ¡Ni la mitad de tus bienes! Yo

con estar a tu lado ya me siento recompensada.

—Enid, escucha, esto tiene un motivo. Tú y yo debemos mirarnos sin pensarnos diferentes, ni yo por encima ni tu por debajo.

—¡Coi! Pero... ¿qué valor tiene si tú me lo obsequias? La idea es contribuir con mis aptitudes, con mi esfuerzo, con mi profesión... ¡Con mi trabajo!

—Si de algo estoy convencido, es de que no posees cualidades radicícolas. Eres brillante y resolutiva, sé que lograrás hacerte un hueco entre los arquitectos de renombre... considérate mi inversión de futuro.

—Matt, me casaría contigo mañana sin dudarlo, aunque no quisieras compartir nada conmigo.

—Por eso mismo deseo que lo compartamos todo.

Y hasta ahí llegó la no negociación, que sellamos con besos apasionados dando calor a aquella mañana para comenzar llenos de energía.

SRES. PRESCOTT



—Iní... ¿Vendrán Pat y Dietrich?

—No, tenían cosas que hacer... —Joel me miró con picardía—. Sí, cosas de pareja.

—Esas cosas que...

—¡Ya! Todos sabemos qué hacen las parejas, no es necesario que nos des tu interpretación.

—¿Y papá?

—Está en el despacho, dejándolo todo listo para que no le molesten en todo el fin de semana.

—Eso es tan improbable como imposible —apuntaba Isona tirando de su trolley escaleras abajo.

Nos habíamos trasladado a un impresionante ático doble equipado con las comodidades más insólitas, añadiendo el servicio del hotel de cinco estrellas superior donde Matt se había encaprichado en vivir.

—Nena, hará todo lo posible y en el supuesto de que no le dejen en paz,

lanzaremos el teléfono al Atlántico.

—Desconectándolo será suficiente —aclaró Matt a mi espalda.

—No me fio.

—Sra. Prescott, ¿lista? —me giró dentro del arco de sus brazos adhiriéndome a su pecho.

—¡Y entusiasmada! —Nos besamos.

—Sois muy empalagosos. ¡Puaj! Tanto besito... tantos cariñitos... —se burlaba Joel con el tono y las muecas—. ¡Sois muy pesados! Os falta ir saltando de la mano lanzando corazoncitos.

—Joel, los recién casados han de hacer esas cosas de pareja que ibas a describir antes... hasta que se les pasa la tontería. —¡Qué impertinente que era la niña!

—Venga, tirad al vestíbulo con las maletas —les ordenó su padre divertido.

Obedecieron dándose empujones uno al otro, en eso no había novedad.

—¿Lo llevas todo, princesa?

—Creo que sí.

—¿Cómo se está portando Cinco Milímetros? —preguntaba con su mano en mi vientre.

—Mejor que esos dos elementos corrosivos del descansillo.

—Pues salgamos, Kail ya me ha informado de que la tripulación nos espera.

Llegamos a Long Island a media mañana, a la hora del almuerzo.

El padre de Matt conservaba una propiedad de recreo que se pasaba desocupada la mayor parte del año, aunque siempre disponible por si decidían pasar unos días disfrutando de la playa y el mar, él, o cualquiera de sus hijos.

Únicamente Matt había aceptado aquella muestra de generosidad. Dudé de que Jared supiera de la existencia de aquel refugio con acceso a un recoveco de playa privada.

Me sorprendió la sencillez de la casa, no era ni espectacular en diseño ni ostentosa en decoración, en cambio, la homogeneidad entre sus acabados y el entorno, la conferían de una belleza singular.

Los chicos, tal como pusieron los pies en la arena no la abandonaron, habían crecido al lado del mar y mandaba la nostalgia.

—¿Cómo estás mami?

—Con sueño. Duermo más que un perezoso.

—Eso es cosa de Cinco Milímetros, te absorbe la energía porque está creciendo.

—Me veo incapaz de obligarlos a comer en la mesa del porche.

—Si lo hacemos en la playa masticaremos más arena a alimento.

—Hala, pues llámales tú. No me apetece discutir.

Besó mi frente antes de levantarse y llamar a los chicos apoyado en la baranda que separaba la casa de la playa.

—Joel, Isona... la comida está lista.

—¡Jo! ¿Por qué no hacemos un picnic casero?

—Enid está cansada. —¿Qué típico de un hombre poner a su mujer de excusa!

—Comeremos sentados, igual que en la silla del porche —a justificaciones bobas respuestas obvias.

—Hace viento.

—Y sol.

Supe que de no intervenir, con suerte merendaríamos.

—¡Los dos a la mesa, ya! —Matt volvió la cabeza mirándome con la ceja levantada—. No entiendo tanto debate.

—Pero... Iní... —Lloriqueó Joel.

—¡Ya! Y antes de entrar os sacudís la arena y os laváis cara y manos.

—¡Jopé! No es justo—. Isona por fuerza estudiaría para juez.

—Cuando acabéis de comer podéis regresar haciendo la croqueta hasta la orilla o sacáis un par de cubos y os entretenéis haciendo castillitos...

Refunfuñando al no salirse con la suya, rodearon la propiedad para entrar por la cocina y asearse allí.

—Eres implacable... no das opción a convencerles.

—No les doy la posibilidad de convencerte a ti...

—Habrían venido al final sin tanta exigencia.

—Al final del día... Eres muy blandito.

Ocupó la silla continua a la mía y de nuevo colocó su mano sobre mi vientre, ansioso de notar cualquier movimiento, aunque fueran los de la digestión.

—Siento curiosidad por conocer un dato.

—¿Sobre mí?

—He intentado responderme, por si es algo de lo que debería haberme dado cuenta, pero no lo descubro.

—Vaya... ¿y qué es?

—¿Por qué los niños, tu padre, Asier, incluso el imbécil de Jared te llaman Iní?

Comencé a reír. Por lo general la gente se sumaba al carro utilizando el alias, pocos se cuestionaban de dónde venía el apelativo.

—¿De qué os reís ahora? —Isona derrochando dulzura.

—De alguna bobada de novios, seguro —ahí los hermanos apoyándose para incordiar.

—Papá se pregunta por qué respondo por Iní. —Los mellizos se observaron y estallaron en carcajadas.

—Me veo llamando al *iaio* Esteban para salir de la duda.

—Papá, ¿conoces a Edith?

—¿La hermanita de Enid? —asintieron.

—Es una muñequita y tan graciosa. Cuando comenzó a hablar no le salía el nombre y si la corregías te contestaba enfadada: ¡No, Iní! —recordaba con emoción Joel.

—Tengo tantas ganas de verla —suspiró Isona.

—Intentaremos convencer a los *iaios* para que pasen con nosotros el verano, ¿de acuerdo?

—¡Sí!

Exclamaron ambos llenos de júbilo y yo busqué la mirada de mi esposo y al encontrarla vocalicé un: «te quiero».

—¿Comemos ya? Tengo hambre. —En realidad era prisa por volver a la playa.

—Huele de maravilla, esto Iní no lo ha cocinado —el apunte de Joel era prescindible, pero el niño era así de mono.

—Ha sido papá, aunque más que cocinar ha calentado.

—Mami, ¿era necesario que me descubrieras?

—¿Por qué la has llamado mami? —Mat y yo cruzamos las miradas, habíamos pensado darles la noticia tras los postres, pero aquel despiste unido a la perspicacia de Isona obligaba a ofrecer la primicia antes de lo previsto.

—Dadme unos segundos.

Matt se excusó para entrar en casa.

—Iní, ¿qué sucede? —Joel parecía asustado.

—Vuestro padre os a pedido unos segundos y siempre es puntual.

—¿Nos has adoptado, Iní? —Isona me sorprendió más por la mirada de ilusión con la que lo dijo que con la pregunta.

—¿Por qué piensas eso?

—Bueno, ahora que estáis casados... a lo mejor, no sé, te lo has planteado.

Joel se acercó a su hermana refrendando las palabras.

—¿Vosotros queréis que os adopte?

—Cuando la abuela murió pensamos que lo harías.

—Vaya...

Nunca me planteé adoptarlos por no considerarme capacitada para ser madre. Tampoco pensé que ellos habían esperado ese paso por mi parte.

—Chicos —canturreó Matt saliendo al porche—. Enid y yo os hemos de dar una noticia muy especial.

—Cariño, espera un momento. —Se sentó junto a mí observándonos a los tres de hito en hito.

—¿Me he perdido algo?

—Isona y Joel desean proponerte una cosa... y ambos entienden que, antes de contestar, has de meditar la propuesta.

—¿He de preocuparme?

—No, además no estás obligado a dar una respuesta inmediata.

—A ver, decidme. Estoy en ascuas.

—Papá... —se lanzó Joel tras el codazo de su hermana—. Pues... bueno, Isona y yo hemos pensado que, bueno... como ahora os habéis casado... y vuestros anillos pone que para siempre...

Isona, harta de balbuceos, alzó los brazos exasperada, un gesto muy Prescott que provocó mi risa. Matt, confuso, buscaba respuestas en mi mirada.

—Papá, lo que este pazguato intenta decirte, es si cabe la posibilidad de que Enid nos adopte.

Matt abrió los ojos de par en par.

—¿Tú tenías idea de esto?

—No, jamás me habían hecho la menor insinuación.

—Papá, nosotros antes de saber que teníamos una familia aquí, pensamos que nos acogerían Enid y los *iaios* —confesó Joel.

—Como ibas a casarte con Catherine aceptamos que Enid iba a ocupar otro lugar en la familia... —apostillaba Isona encogiéndose de hombros.

—Pero ahora os habéis casado y nos gustaría que Enid fuera nuestra madre —y ahí a Joel no le titubeó la voz.

—¿Es lo que deseáis? —Matt les observaba sonriendo, ellos asintieron—. Pues en tal caso no hay nada que pensar. Iniciaremos los trámites para que Enid sea vuestra madre.

—¡Ep! ¡Algo he de decir yo al respecto! ¿No?

—¿No quieres? —preguntó Joel entristecido.

—No quiero... —hice una pausa dramática para asustarlos un poquito—, lo deseo con toda mi alma.

Se levantaron de un brinco de la mesa saltándome encima, haciendo que la silla se tambaleara.

—¡Eh, chicos! ¡Con cuidado! —advirtió Matt en su afán protector.

—Eres un exagerado, no pasa nada porque estos monos hagan de monos. —Les di un beso muy apretado a cada uno en las mejillas.

—A ver, pareja... Sentaos de nuevo. Nosotros también os hemos de dar una noticia importante.

Ocuparon sus sillas mientras Matt activó el iPad hasta dar con un archivo de vídeo. Giró la pantalla hacia ellos y pulsó el *play*.

—¿Eso es un alien? —La palabra asco se hizo gráfica en el gesto de Joel.

—¿Serás idiota?! Es una ecografía 4D —respondió su hermana sonriendo.

—Isona para explicar no hace falta insultar —la reprendió suave su padre.

—¿Una ecografía?

—Ese renacuajo que nada ahí, es Cinco Milímetros... vuestro hermano o hermana.

—Pero... ¿cómo es posible?

—Papá, ¿estás seguro de que Joel está completamente recuperado?

—Sí, hija... —respondió riendo.

—¿Cinco milímetros? —Joel no le hizo el menor caso al comentario.

—Sí, la primera vez que nos saludó eso era lo que medía, ahora ya ha crecido.

—¿Y cuándo nacerá?

—Si no se alarga, en Navidad.

—¡Un bebé! ¡Qué pasada!

—Enid... ¿te encuentras bien? —Isona preguntó preocupada.

—Sí, perfecta aunque algo llorona, con el estómago revuelto y más sueño que once viejas, por lo demás, tanto Cinco Milímetros como yo estamos fenomenal. —Se levantó de la silla de nuevo y con más delicadeza me abrazó con fuerza rompiendo a llorar.

—Isona, cielo... ¿qué sucede?

—Están sucediendo tantas cosas buenas en tan poco tiempo que no me lo creo... ¡Una hermana! ¡Voy a tener una hermana!

—O hermano. Hemos decidido no saber el sexo hasta su nacimiento.

—Así os tendremos entretenidos buscándole nombre.

—Si es un chico se llamará Max. —Joel parecía estar visionando el futuro.

—¿Max? ¡Ese nombre le pega más a un chucho! —determinó su hermana sorbiéndose los mocos.

—Sí, hijo, sigue buscando. Que os demos la posibilidad de escoger el nombre no significa que no podamos oponernos.

—Será una niña... —vaticinaba Isona convencida—, y ya sé su nombre, pero no os lo diré hasta que nazca.

La miramos todos extrañados mientras acariciaba mi tripa, aun lisa, con cariño.

Si tuviera que buscar un símil para describir nuestras vidas sería con una

colcha tejida por manos inexpertas, con puntos saltados, algún nudo, mezclando colores poco parejos... y sin embargo, tricotada con el cariño y la ilusión con la que siempre comienzan los nuevos retos. El tiempo y la práctica ya nos concedería la experiencia para consolidarnos como familia, para tejer con más maña y conciliando los tonos.

—Hola, papá... —Supe que en cuanto viera el mail con la ecografía de Cinco Milímetros sonaría mi teléfono.

—¡Bichito! ¿Cómo no nos lo has dicho antes?

—Por prudencia, papá.

—Hola, Enid ¿cómo te encuentras? —Me encantó escuchar la voz cálida de Amaia.

—Bien, si no pienso en huevos no hay problema... bueno y que ando sonámbula todo el día.

—¿Y cómo ha sido? —la pregunta del millón.

—¡Ay, Esteban! Que seas tú siendo médico quién pregunte eso, tiene su guasa —apuntaba chistosa Amaia.

—Deja que responda mi niña...

—La verdad es que no ha sido premeditado, el antibiótico, la cortisona y los anticonceptivos se repelen entre ellos.

—Bichito...

—Ahora, tras el impacto inicial, nos sentimos muy felices y deseando ver si tiene más de Recassens que de Prescott.

—¡Cómo nos gustaría tenerte más cerca para acariciar esa tripita! Debes de estar preciosa.

—Amaia, de cintura para abajo no se nota, sin embargo... la parte superior...

—Oh, sí... ¡Qué lujo! Durante el embarazo de Edith tu padre *disfr...*

—¡Amaia, por el amor de Dios! Buscad otro momento...

Nos reímos a carcajadas. Yo a fuerza de enfrentarme a situaciones vergonzantes ya la estaba perdiendo y me costaba menos tratar temas algo íntimos delante de mi padre, a pesar de reconocer que cuando me planteé cómo darle la noticia, mi primer pensamiento fue: «*va a saber que Matt y yo nos acostamos juntos*».

—Bichito, ¿y el tema de la neumonía?

—Todo en orden. La última oximetría muestra que los niveles son normales.

—Te noto tan feliz, incluso más que después de vuestra boda relámpago—. Debió de olerse algo.

—Aquello no fue más que un trámite, sin embargo, estaba impaciente por

daros la noticia del bebé.

—A nosotros también nos has hecho muy dichosos.

—Lo sé, papi.

—En cuanto tengamos un hueco iremos a visitaros —afirmó Amaia con rotundidad—. Iní, tu padre debe de comentarte algo en privado. Os dejo, pero quiero que me mantengas bien informada.

—Por supuesto. Dale un beso muy fuerte a Edith.

—Os echamos de menos. Besa a los niños muchas veces de mi parte.

—Bichito... —El pitido de la desconexión del manos libres me devolvió la voz de mi padre sin ruidos ambientales—. Estuve el otro día con el abogado tratando el tema de la cesión.

—¿Y cómo va todo?

—Lento.

—Vaya.

—Los estatutos marcan la línea sucesoria. No pueden ser objeto de mercadeo y han de ostentarlo mujeres.

—Y no puedo cedérselo a Matt.

—Sí, pero no sería Marqués d'Alençon.

—Menuda gracia.

—Hay más, la sucesión es entre mujeres de la casa Belleme.

—Mis hijas.

—Exacto.

—¿Y ha de mediar consanguinidad?

—Es un título del medievo, bichito... los bastardos no contaban.

—Papá, menos mal que pasando consulta no muestras tus orígenes astures... —Rio—. Me refiero a legítimos... adoptados.

—No me ha comentado nada el abogado. ¿Estáis pensando en adoptar?

—Bueno, es otra noticia que debía de darte... los niños han decidido adoptarme como madre.

—¡Oh Dios mío! ¡Mis chicos! ¿No será broma?

—No papá. Matt se ha mostrado encantado y eso también incrementa mi felicidad.

—¿Sabes cuánto queremos a esos niños? Los hemos sentido siempre parte de nuestra familia... Hija, no puedes hacerte una minúscula idea de la emoción

que siento en este instante.

—Por fin he dejado a un lado todos los dramas.

—Nos lo merecemos.

—Sí, papá.

—Hablaré con el abogado de la posibilidad de cesión a Matt y concesión a Isona.

—Perfecto.

—En cuanto tenga unos días libres, iremos a visitarlos.

—Os estaremos esperando con los brazos abiertos.

—Cuídate y cuida mucho a mi futuro nieto y a la familia. Abrázales fuerte de parte nuestra.

—Lo haré. Os queremos.

Al colgar le sonreí al teléfono de manera bobalicona.

Los chicos seguían embadurnándose de arena y yo respiré disfrutando de la visión, de las risas. Unos brazos me tomaron por la espalda anudándose a mi vientre, y recliné mi cabeza sobre su hombro dándole acceso para que besara mi cuello.

—¿Tu padre?

—Ajá.

—En España es de madrugada.

—Papá siempre está en alerta, le habrá despertado la campanita del mail.

—¿Entusiasmado?

—Daba por sentado que los nietos vendrían por parte de Edith y de una atacada se encuentra con tres. —Reímos ante la singularidad.

—¿Te apetece pasear por la playa?

—Sí, vamos.

Antes de salir tomó la manta del sofá y la dobló dejando un pico para ponérmela sobre los hombros.

Caminamos de la mano por la orilla con las olas remojando nuestros pies descalzos.

—Se van a resfriar —determiné viéndolos húmedos hasta las pantorrillas.

—Un catarro de tanto en tanto ayuda al sistema autoinmune.

—Has de evitar leer tanto libro de embarazo... no te van a servir de nada.

—Quiero estar a la altura.

—No seas bobo, ya lo estás... ¿Matt?

—Dime, mami.

—¿Estás seguro del tema de la adopción?

—¿Y tú?

—Para mí es un honor.

—No podrían tener mejor madre que tú, princesa.

—Mejor, no lo sé, pero que sienta más adoración por ellos, lo dudo.

—Yo no he de pensar nada, Enid, has sido su guía desde que nacieron—.
Me rodeó con sus brazos y besó mi sien.

—Me asusta que estalle esta burbuja de felicidad en la que me encuentro.

—El miedo guarda la viña.

—¿Tú también tienes miedo?

—A todo cuanto no puedo controlar.

—¡Ay, Matt! Ya me dirás qué no puedes controlar tú —manifesté entre risas.

—A que enferméis, por poner un ejemplo. A lo que no temo en absoluto es a que nuestra familia se desintegre, ¿sabes por qué?

—Porque nos queremos.

—Y porque el elemento aglutinador no lo va a permitir nunca.

Me detuve para reírme con ganas.

—Matt, ¿elemento aglutinador? ¡Eres de un rebuscado! ¿Y de qué pegamento hablas?

Torció la cabeza buscando conectar las miradas, con esa sonrisa sexi de derribar murallas.

—Tú, Enid.

—¿Yo?

—Aportas ese componente que nos une, tu amor.

—Vaya.

—Sí, vaya —repitió riendo.

—Matt, los niños tienen razón.

—¿En qué?

—Somos más empalagosos que el algodón de azúcar recubierto de caramelo y encima un glaseado.

Entre risas me levantó de la cintura para girar conmigo en el aire.

—Seguro, princesa, pero... me toca un pie.

Y nos besamos apasionados hasta que un par de mocosos empapados y rebozados en arena se nos tiraron en lo alto.

Nuestro tiempo en pareja se reducía a minutos y eso contando que se entretenían solos. Cuando naciera Cinco Milímetros no dispondríamos de segundos.

Era una arquitecta que construía su vida colocando primero el sombrero de la chimenea en lugar de haber cavado las zanjas para los cimientos y, sinceramente, en aquel momento también me tocaba un pie.

El fin de semana de playa acabó entre quejas el domingo por la tarde.

De vuelta a Filadelfia a Matt le aguardaba el mal trago de hablar con su madre dándole la feliz noticia de que volvería a ser abuela de la mujer equivocada.

Aunque si alguna vez a Matt le asaltaron las dudas sobre su carácter mezquino, el día que le informamos de nuestro enlace las despejó como la bruma el viento de levante, mostrándole a su hijo la cara que hasta el momento me había enseñado a mí. Aquel día Matt me tomó de la mano y sin despedirse nos marchamos.

Yo, en esta ocasión, no le acompañaría y creí por cómo estaba el ambiente entre ellos, que él preferiría comunicárselo por teléfono, o de tener el día cruzado, enviándole un mensaje formal.

Me apenaba distinguir la desunión entre todos los miembros adultos de la familia, alcanzando tal grado que requería a Kail obrar de correo para que los niños continuaran en contacto con su abuela.

Matt disimulaba, pero había conseguido descifrar sus silencios reflexivos y también le entristecía la situación. Yo intentaba ir tirando agua para enfriar la incandescencia de su rabia al no ser respetada por mi suegra, aunque nunca tuve esperanzas de que la buena mujer me aceptara.

Mi situación podría compararse —salvando las distancias— a la del Marqués de Comillas, no importaba cuánto pudo hacer por el país y por la corona, para la nobleza siempre sería un indiano con suerte mal mirado por todos ellos, aun disponiendo más probidad y amor a la patria que la mayoría.

Bajo aquel espectro que no dañaba nuestra felicidad pero le añadía un filtro para restarle brillo, regresamos a las rutinas. Matt al despacho, los chicos al cole y yo intentando acabar el proyecto del museo, además de ir retocando los interiores de nuestra casa sobre la marcha.

La melodía del teléfono me informaba que Asier también sabía de la noticia.

—Hola, chaval...

—¡Loca! Menuda sorpresa...

—Te mantienen bien informado...

—No, estás de casi tres meses... llevo doce semanas de retraso.

—¡Anda! Las mismas que yo.

—¿Cómo te encuentras?

—Cinco Milímetros se comporta. Espero que cuando esté fuera del huevo siga en la misma línea.

—A Pat la tienes enfadadísima con el nombre.

—Sí, cada vez que nos escucha cambia el gesto.

—Me alegro mucho por vosotros y por los chicos.

—Sé que eres sincero. ¿Y vosotros cómo estáis?

—Al final nos hemos mudado.

—¡No me lo puedo creer! Con lo claro que lo tenías. —No pude por menos reírme de él por bocazas.

—Lo que no consigáis las mujeres de un hombre...

—¿Y dónde os habéis ido a vivir?

—A cuarenta y cinco minutos de Múnich, en plena selva.

—¿Y qué haces tú rodeado de tanta vegetación?

—Kristen cree que es un buen lugar para enraizar. Es un pueblo muy similar a cualquiera cerca de los Picos de Europa, se llama Bad Wiessee.

—Suen a cerveza.

—Por qué crees que accedí.

—Eso de echar raíces... es ir en serio, ¿no?

—Yo siempre voy en serio, cosa distinta es que me aguanten.

—Eso es un hándicap.

—¿Cómo llevas el proyecto?

—Matizándolo, pienso que le falta algo. Llevo estancada semanas, a ver si recupero la creatividad.

—Lo que me has ido pasando ya es espectacular, lo conseguirás.

—No sabes cómo lo deseo, no se me presentará otra oportunidad como esta jamás...

—Eres una mujer todoterreno, puedes con una familia y la restauración de la Basílica Bizantina.

—No soy restauradora.

—¡Perdón!

—¿Tenéis previsto visitarnos antes o no nos veremos hasta la presentación?

—¿Piensas venir? No es imprescindible, puedo contratar a un arquitecto para que exponga el proyecto por ti.

—Seré yo quien lo haga.

—Pero, Enid, para entonces estarás embarazadísima... ¿es prudente?

—¡Ostras, cómo sois los tíos con la sobreprotección!

—No te van a dejar volar. Y Matt, si es tan sensato como se muestra, tampoco.

—Hablaré con la ginecóloga, si ella no ve inconveniente, iré a Alemania a exponer mi proyecto.

—¿Esto lo has tratado ya con tu marido? —¡Sí, hombre! Con la de meses que faltaban.

—Esa guerra ya la libraré cuando toque.

—Vosotros dos no debéis tener tiempo para aburriros... —aseguró entre carcajadas—. Por cierto, ves enviándome fotos de mi sobrina o sobrino.

—Te mantendré informado de la evolución puntualmente. Saluda a Karen de mi parte.

—Se lo transmitiré a Kristen.

—*Ains...* —La culpa era suya por cambiar de pareja con tanta frecuencia.

—Estoy medio convencido de que será casi la definitiva.

—¿Medio y casi? Vaya... otro nombre para el olvido.

—No, esta vez es distinto... tiene algo. Nos entenderemos.

—Haceos felices durante el tiempo que estéis juntos, es lo importante.

—¡No confías en mí!

—Asier es un consejo de amiga, disfruta de Kristen sin marcarte objetivos, porque si encuentras a la mujer que estimule tu sinestesia, no dejarás de pensar en ella.

—Ay... Iní... Iní... La encontré y ella encontró a otro...

—Eso era ilusión.

—Lo dice la voz de la experiencia.

—Lo digo porque te quiero, eres mi amigo y te lo mereces.

—Pues si ha de aparecer que lo haga, pero con unos mínimos esenciales en cuanto a físico e inteligencia.

—¡Qué feo!

—Lo que te has perdido rechazándome.

—Lo que tú ganas al no aguantarme.

Nos mantuvimos un rato en línea entre risas y anécdotas. Fueron muchos

veranos juntos compartiendo amistades y confianzas familiares que siempre acababan por manifestarse en cualquiera de nuestras conversaciones como referencia a algo presente. Al colgar me envolvió, como ya era usual, un tonto sentimiento de soledad que ahora podía atribuir a las hormonas, aunque eso me sucedía desde antes.

De nuevo retomé los planos del museo removiendo papeles a ver si entre aquel sinfín de posibilidades proyectadas y desestimadas, daba con lo que la construcción requería para sentir que toda mi esencia creativa se veía representada.

De súbito, un portazo repentino hizo tambalear los cimientos del hotel.

Salí del despacho al encuentro del único capaz de provocar un seísmo. Había soltado el maletín y la chaqueta encima del sofá —algo insólito en él— y tras quitarse la corbata como si fuera un látigo, la hizo una pelota para lanzarla a propulsión de lado a lado del salón.

—¿Problemas? —Sí, fue como ver a alguien tirado en el suelo y preguntarle: «¿te has caído?».

—¡Estoy hasta los huevos!

—¡Eh! Frena, yo no tengo la culpa... —antes de enfadarme por osmosis recapacité—, ¿o sí?

Se acercó para tomar mi cara entre sus manos y con su frente pegada a la mía suspirar.

—No, tú solo eres culpable de hacerme feliz.

—Buena respuesta. —De premio al ingenio y cambio de tono le di un beso —. ¿Y quién te ha dado de cenar después de las doce de la noche? Me asusta ofrecerte un vaso de agua.

—Mi madre.

—Vaya.

—Es tan... tan...

—Ya sabías que no le iba a hacer especial ilusión volver a ser abuela si yo era la nuera.

—¿Y qué se supone que he de hacer?

—Tú ya has cumplido con la obligación de informarla.

—No lo entiendes... si hubieras estado allí...

—Explícamelo.

—Estaba con la Condesa del Guisante. —Descubrí que esa legumbre me

daba tanto asco como el huevo, aunque podía ser que la aversión viniera de antes.

—Se entendían, no tenían motivos para romper sus lazos afectivos.

—Podría tener la consideración de no llevarla a ¡mi casa!

—Es su casa, Matt. Vive allí y puede invitar a quien le plazca.

—Sabía que iba a ir. ¡Por el amor de Dios!

Se separó de mí, estaba tan enfadado que no evitaba los ademanes crispados en forma de manoteo. Se dirigió al mueble bar para servirse un whisky.

—¿Me pones otro a mí? —Alzó una ceja con un mohín muy particular suyo de retén de berrido, sabía que no se lo pedía en serio, pero le molestó la forma mordaz de llamarle exagerado—. Chico, es que todo te lo tomas como una ofensa a tu dignidad.

—¿Tú de qué parte estás?

—De la razón.

—¿Y aquí quién la tiene?

—No es una patente única, Matt.

—¿Ves acertado que una madre le diga a su hijo que no va a considerar al suyo como nieto? —¡Menuda cerda! Representé no ofenderme y di gracias de no haber acompañado a Matt aquella mañana—. ¡Y delante de Catherine!

—Tu madre no acepta que estemos juntos y nuestro pequeño le da motivos a especular sobre mis intenciones —debía de admitir que no habíamos llevado la relación con la prudencia indispensable para ir tendiendo puentes.

—¡Me jode!

Me acerqué para sacarle el vaso de entre las manos obligándole a que rodeara mi cintura —ahora que aún tenía— y yo pasé los míos alrededor de su cuello.

—Te jode porque Cinco Milímetros es muy importante para ti y los desprecios a un hijo duelen más que los propios.

—Odio que no lo entienda.

—Matt... ¿por qué tú no quieres hablar con tu hermano?

—Bah, Enid... ¡no compares!

—Es lo mismo, no deja de ser orgullo.

—En el caso de mi madre es por esas estúpidas ideas sobre las clases.

—El concepto de lealtad, dignidad y entrega es diferente para cada

individuo, y no cuentan los parentescos.

—Debería de alegrarse por mí, por nosotros... por nuestros hijos.

—Nuestra familia está rodeada de gente que la quiere.

—No iba a ser tan sencillo, ¿verdad? —aceptaba suspirando.

—Ajá. ¿Piensas ir esta tarde al despacho?

—No me apetece.

—¿Le envió un mensaje para que recoja Kail a los niños?

—Esto de saltarme mis obligaciones profesionales podría crear un precedente.

—Hoy has de atender otras en casa.

—Suena bien.

—Pues vas a saber cómo sienta.

Introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el móvil.

—Buenas tardes, Kail. Anula la agenda de hoy... Sí... Encárgate tú... Sin llamadas... Eso puede esperar... Kail, eso puede esperar...

—Que recoja a los niños... —le susurré sin sentir culpabilidad alguna.

—¿Puedes recoger a Isona y Joel? Salen a la seis... Gracias. Hasta mañana. —Abandonó el teléfono en la barra americana del salón—. Listo. ¿Te apetece un baño, princesa?

—¡Ay! —suspiré soñadora—. Me apetecen tantas cosas.

—Pues enumera, se han de complacer los caprichos de las embarazadas.

—Todos, todos, todos...

—Sin fallar uno.

Me alzó en brazos y así me condujo al baño de la suite, donde dejamos aparcados los malos ratos de aquella bruja amargada empeñada en arruinarnos el cuento.

Era una lástima que su clasismo anticuado, le obstinara a no formar parte de nuestra felicidad e intentar atormentarnos.

Un día, cualquier día, miraría hacia atrás y simplemente hallaría tiempo perdido, y ¿hay algo peor, en el ocaso de tu vida, a reconocer que lo has malgastado?

NUESTRO



TRIUNFO

—Enid, entérate de una puñetera vez, ¡estás embarazada! —cada vez que renegaba entre susurros exclamados, esa lucecita roja homicida que todos tenemos entre los pulmones parpadeaba.

—Vaya... yo pensando que sufría gases. Gracias, muchísimas gracias por sacarme del error.

—Por más que lo intento, no lo comprendo.

—Pues, chico, tampoco es astrofísica...

Me libré de la réplica porque se abrió la puerta de la consulta de la obstetra que pasó con un dossier en las manos. Nos levantamos para saludar a Nathalie.

—Escucha... —susurró gruñendo—, una sola pega, una insignificante y no cederé.

—Sres. Prescott, he estado valorando el expediente y las últimas analíticas. Todo marcha de maravilla.

—No coge peso, eso no es demasiado normal. —La ginecóloga le sonrió por no llamarle idiota.

—El bebé crece y engorda dentro de las curvas establecidas para el periodo de gestación en el que se halla. Enid ha ganado el peso necesario para que la criatura se forme y madure, ¿a qué más?

—Si la ven de espaldas ni imaginan que está embarazada. —Ya me veía con un cartel publicitario.

—¿Serías más feliz si mi culo fuera del tamaño de la Cúpula de Brunelleschi?

—Enid... —me amonestó entre dientes descalificando el comentario.

—Matt, todo está bien, ni Enid ni el bebé precisan de ningún cuidado especial.

—Nathalie, para los padres obsesionados e híper preocupados, ¿no tienes alguna pastilla? ¿Opiáceos?

La doctora debía de estar curada de espantos y nos observaba amena, justo lo contrario de cómo lo hacía mi *maridín*, que no podía mostrarse más irascible.

—Ya has entrado en el último trimestre. El bebé se mueve, el vuestro en concreto es tremendo, y eso es sinónimo de bienestar fetal.

—Matt cree que mi idea de viajar a Alemania a finales de octubre es irresponsable.

Nathalie movió la nariz como Samantha, la brujita de la serie de los sesenta, abriendo de nuevo el informe.

—Es que es una insensatez —dilucidó él.

—A Alemania... Son muchas horas de vuelo.

—Sería privado.

—Estamos hablando de la semana treinta y seis.

—No pasaríamos allí más de cinco días.

—¿Es imprescindible tu presencia?

—No, puede nombrar a un representante, de hecho hasta él mismo se ha ofrecido por evitarle el viaje... pero ¡ahí, terca!

—Yo no suelo aconsejar un desplazamiento de tantas horas en este punto del embarazo, estamos en esa linde donde todo puede suceder.

—Enid, ya tienes tu respuesta.

—No lo comprendo, ¿puedo cruzarme el país en coche pero no hacer ocho

horas en avión?

—Tu estado físico y el del bebé son buenos, me baso en el principio de prudencia.

—Siguiendo esa premisa cualquier cosa que haga conlleva un riesgo, que ande, que salga a correr, que conduzca...

—Doctora, si se lo propone mi esposa es capaz de sacar de quicio a un koala. —¡Qué pescozón le hubiera dado! Se volvió para amonestarme como a un escolar—. Eso son riesgos mínimos y la verdad, si no salieras a correr todas las mañanas estaría más tranquilo.

—Si para tu equilibrio mental prefieres esposarme a la cama antes de irte al despacho, no te cortes.

—Enid... no me des ideas.

—A ver pareja. Veo que este tema os tiene tensos y ese malestar se trasmite al bebé. Valorando tu historial no puedo prohibirte el viaje, aunque opino que es mejor postergarlo, sin embargo, también se ha de considerar que el vuelo no será estresante al poder estirar las piernas y caminar...

—Doctora, Enid no tomará ningún vuelo ni comercial ni privado.

Me volví con tal ataque de rabia que de ser yo un zombi lo hubiera descabezado, pero... me desinflé igual a un soufflé sacado del horno antes de tiempo. ¿Iba a servirme de algo responder como una energúmena? Nathalie no se pronunciaba, mantenía una postura neutral que no era de ayuda, y papá fue incluso más rotundo.

Asier también se puso del lado de Matt.

Pat directamente me dijo que estaba tarada de diván de psicólogo.

Dietrich no se pronunció, muy en su línea de no mojarse si no era indispensable.

Y Jared... Jared no me devolvía las llamadas desde que Matt y yo nos casamos.

Al salir de la consulta mi marido parecía haber ganado una medalla olímpica, le faltaba una corona de laurel y un arpa para cantar su triunfo, incluso parecía caminar más erguido, a pesar de parecer imposible.

Yo por el contrario, cada vez me sentía más insignificante a su lado... una figurita de exposición. Deseé que fueran cosa de las hormonas.

—Esta semana estás de lo más introvertida.

—Ah... ¿sí? No sé, estoy bien —respondí distraída separando los guisantes asquerosos de la salsa.

—Podríamos llevar a los chicos a la playa este fin de semana, a Spring Lake.

—¿Nueva Jersey?

—No hay más de hora y media de camino.

—Vale. —Continué jugueteando con las molestas legumbres.

—¿Va a durar mucho esta situación?

—¿Cuál?

—Estás apática, alicaída, no sales de casa prácticamente y has perdido el interés en el proyecto del museo.

—Salgo cuando lo necesito y he concluido la revisión de los planos. Asier ya los tiene.

—¿Y por qué no me has comentado nada?

—Imaginé que a las fechas que estamos lo habías supuesto. —Yo seguía concentrada en mi tarea de amontonar guisantes.

—¿No ibas a incluir unas mejoras finales? ¿He de dar por supuesto que lo hiciste?

—Eran cambios sobre la formulación de la fragua de hormigón, para que el presupuesto fuera más atractivo. No he añadido ni eliminado nada visible ni estructural.

—Antes me lo habrías explicado.

—¿Antes de qué? —suspiré cansada de la conversación de reproche.

—De que me negara a que viajaras a Múnich. —Levanté la cara del plato y deposité el cubierto a un lado.

—Matt, tú no puedes impedirme que vuele al Congo si decido hacerlo, así que no busques fantasmas donde no los hay. —¡Ja! No me lo creía ni yo.

—Entonces... ¿puedes explicarme qué coño te pasa?

—Nada.

—¡Y una mierda! Te conozco, tú piensas que no, pero casi podría leerte el pensamiento.

—Si tanto sabes, no preguntes.

—Odio que me trates con indiferencia.

—Estás fatal.

—¿Quieres que te suplique para que me digas qué piensas en realidad?

—Matt... créeme, no pienso nada.

—No mientas, tú jamás dejas de hacerlo.

—Pues ya no. Ya solo me ocupo de tareas domésticas superfluas además de la familia, como todo está perfecto, mi mente está en blanco.

—¿Y bien?

—No hay más.

—¿Esperabas algo distinto? —No quise entender lo que entendía, preferí darle el beneficio de la duda.

—¿Perdona?

—No me hagas repetir la pregunta. —Como seguía entendiendo lo mismo, obedecería contestando a bocajarro.

—Esperaba que Jared no hubiese estado en lo cierto al afirmar que siempre me dejo arrastrar.

—¿Pero qué soplapollez es esa?

—Una certeza empírica. Navego siempre a la deriva, de repente alguien me remolca hasta el muelle, me amarra y ahí me quedo hasta que el cabo se afloja de la noray y las olas vuelven a alejarme del puerto.

—¿Te sientes así de verdad? —preguntó en deje consternado.

—Sí.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo? ¿De estar esperando un hijo mío? ¿De haber formado una familia?

—No. Me arrepiento de no haber escogido el mismo destino pero por diferente ruta.

—¿Pues no veo la diferencia! —Era inevitable que no se alterara. No entendía su insistir en saber, mis respuestas no le agradarían nunca.

—Yo, sí, y la acepto.

—Aceptas, ¿el qué?

—Ser una extensión, un holograma, una sombra... Acepto que soy tu esposa.

Vinieron a mi mente las últimas palabras que crucé con su madre en el hospital advirtiéndome... La sabiduría popular ya lo decía «El perro viejo, si ladra, da consejo».

Matt se llevó las manos a la cabeza para segundos después golpear con ambos puños la mesa haciendo saltar platos y cristalería. Recordé la acción de mi padre meses atrás... suspiré.

Se alzó con brusquedad y la silla cruzó la sala tras recibir una patada. ¿Todo por responder que me sentía nada?

—¡Enid! ¿Qué tengo que hacer? ¡Joder! ¡Lo tienes todo! ¿Qué quieres? ¡Cualquiera en tu misma situación se sentiría dichosa! ¡Mira a tu alrededor! ¿Qué mujer no desearía vivir así?

—Yo.

Cortó su cuestionario de reproches tal como escuchó la respuesta. No supe desentrañar qué decían sus ademanes perplejos o su mirada.

—¡Joder!

Tomó las llaves del coche, el móvil y sin más se fue.

En otro momento habría ido detrás... ¡Qué va!

A quién pretendía engañar, mi orgullo me habría mantenido en mi poyete de dignidad mordiéndome las uñas y mirando el teléfono cada diez segundos, sin embargo, hasta sentí alivio una vez se cerró la puerta. En realidad lo único que me pedía el cuerpo era dormir, ni tan siquiera llorar y eso que me provocaba el llanto hasta los anuncios de comida para gatos. Así, obedeciendo a mi organismo, me estiré en la cama y me dormí.

Abrí los ojos cuando ya había oscurecido... ¿Y los niños? Miré el reloj de la mesita. Por la hora ya deberían de haber llegado, pero ¿dónde estaba el ruido?

Despereándome y con Cinco Milímetros revolucionado, me dirigí al salón. El servicio había recogido el desastre organizado durante la comida, allí el único que se hacía notar era el silencio, algo insólito en aquel ático.

Un rumor interno que no provocaba mi bebé comenzó a alertarme. Busqué mi móvil.

¡Cinco llamadas perdidas! ¿De Kail? ¿Por qué no había contactado con el hotel al no recibir respuesta? Marqué inmediatamente.

—Buenas tardes, Enid.

—Hola, Kail. ¿Y los niños?

—Los ha pasado a recoger Matt. —No quise enfadarme con el emisario, pero me sentó igual a una patada en los huevos, esa que le habría dado a mi marido de tenerlo enfrente.

—Ah, genial.

—Me dejó el recado de decirte que no le esperaras para la cena. —
¡Perfecto! Se largaba y en lugar de llamar él, utilizaba a su asistente personal.
Kail se merecía un aumento de sueldo.

—¿Y dónde ha ido?

—Está con la Sra. Herrick.

—Bien. Gracias, Kail.

Me sentí tan... traicionada.

En su resentimiento no deseaba comunicarse conmigo ni para informarme de dónde llevaba a mis hijos.

En este siglo, pocos preguntan por el gusto de saber, lo hacen esperando la recompensa del halago, la razón o la compasión. A Matt nunca le creí de ese grupo, pero por lo visto me equivoqué.

Si iba a pasar la noche sola prefería hacerlo en mi apartamento. Necesitaba recuperar mi desorden y con él el ánimo perdido.

Presioné el timbre de la entrada principal, Pat no debía de estar, no vi luz adentro. Desandando los pasos, crucé el patio por el paso lateral.

¡Qué fría estaba la casa! Entrábamos en otoño y salir sin chaqueta era impensable, en Barcelona aún andaríamos en manga corta, quejándonos de tanto estirar la ropa de verano.

No tuve la previsión de comprar algo de cena, tampoco tenía hambre pero Cinco Milímetros era muy exigente con el tema de la alimentación y si estaba más rato de la cuenta sin comer, absorbía la glucosa de mi organismo de dónde fuera. Ya había sufrido algún mareo —de dejarme como un pez borracho— ante un desayuno escaso.

Marqué al restaurante asiático donde Pat solía encargarse de la comida oriental e hice un pedido de fideos tres delicias... con eso sería suficiente para calmar la voracidad de mi alien.

Sentada en el sofá con una manta zapeé canal arriba canal abajo. No sabría decir el número de veces que pasé toda la parrilla en un sentido u otro, eso España y USA lo tenían en común, emitían a través de doscientas mil frecuencias distintas y en ninguna ofrecían nada interesante con lo que entretenerse.

Detuve el dedo en el canal internacional, por eso de sentirme cerca de casa y por darle algo de ambiente al piso, había tanto silencio que hasta mi

respiración la devolvía el eco.

—Bebé, ya sé que tienes hambre, no hace falta que te enfades tanto con mami. Verás lo buenísimos que encontrarás los fideos con sucedáneo de todo lo comestible existente en el planeta. Así son los chinos, lo copian todo.

—Te he traído la cena.

El sobresalto fue tal al escuchar la voz de Matt que se me escapó un grito.

—¡No puedes imaginar hasta dónde estoy de los sustitos!

Dejó una caja de un establecimiento de comida preparada encima de la mesa.

—No era mi propósito, yo también me asusté al llegar a casa y encontrármela vacía.

—Vaya. —Pero fue un «vaya» desapasionado, sin prestarle atención.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba estirar las piernas. —Seguí fingiendo estar concentrada en una serie muy aburrida que narraba las desventuras de Isabel la Católica. Él preparaba la cena, presumí por el cacharreo que había organizado en la cocina con platos y cubiertos.

—¿Por qué no me has dicho dónde ibas?

—No quise molestar a Kail.

El ruido cesó. La reina Trastámara continuaba su disertación en un lenguaje demasiado coloquial para la época y yo esperaba con el corazón en un puño acontecimientos.

Los pasos de Matt se acercaron al sofá. Dejó la bandeja en la mesa camilla y se acuclilló ante mí buscando mis manos aunque no mi mirada.

—Lo siento.

—¿Qué sientes, Matt?

—Que una riña acabe con un portazo.

—Eso de que ha acabado, lo dices tú.

—Yo no continúo enfadado. —Alzó la mirada confirmando sus palabras.

—No hablaba de ti —le aclaré sin pestañear—. Continúa.

—Me avergüenza haber pasado la nota en lugar de avisarte yo.

—Sí, ese ha sido un gesto tan maduro como probo.

—Y que no te haya prestado la atención que mereces.

—El conjunto suena a disculpa de manual para el buen esposo. Matt, no las

acepto. —Suspiró jugueteando con mis dedos.

—Enid... te juro que no sé qué me ha sucedido. —Colocó sus manos en mi barriga por calmar a Cinco Milímetros, que cuando conectaba con las vibraciones de la voz de su padre, se movía frenético.

—Pasa lo de siempre, Matt, llevas mal que te hablen sin reparos.

—No ha sido eso en realidad... —Enarqué una ceja incrédula—. Vale, sí... un poco, aunque la reacción fue producto del pánico.

—¿Pánico? ¿A qué? No he sido yo quien casi parte la mesa.

—Tuve la sensación de que ibas a abandonarme.

La voz se había ido convirtiendo en un murmullo y de nuevo me miraba como un niño que tras romper el vidrio de la ventana del vecino, le habían enganchado escondiendo los cristales dentro de una maceta.

Lo intenté, quise mantener la solemnidad de la confidencia, de su emoción... pero, por más que mordía mis labios cosiéndolos por evitar reír, no pude, y se me escaparon las carcajadas.

En un primer momento, el rictus de la confusión marcaba su faz, algo que duplicó las risas, después contagiado, me acompañó y a ambos nos saltaron las lágrimas.

—A ver, almita del Señor... ¿cómo has llegado a ese término? —pregunté aún afectada con los espasmos de la risa.

—Te vi tan desanimada... —Se sentó en el sofá colocándome sobre su regazo. Yo, dejándome querer, apoyé la cabeza en su hombro.

—No te equivocas. He de buscar la manera de reactivarme. Considero que tengo talento, creatividad y conocimientos para desempeñar mi profesión, me gusta... y estoy desaprovechando mis aptitudes.

—Soy de la misma opinión.

—¿Pero cuándo voy a hacerlo, Matt? Un bebé absorbe energía y tiempo. Cuando nazca todo se va a reducir a sus cuidados.

—Enid, yo no pienso dejar mis obligaciones por atender un bebé, ni espero que lo hagas tú tampoco.

—Es sencillo pensar así cuando comenzaste a ser padre con hijos de diez años...

—Eso es indiferente. Jamás he pretendido que dediques tus horas a la intendencia de la casa o al cuidado de los hijos en exclusiva. Tendremos ayuda para poder gestionar nuestro tiempo en familia, para nuestras profesiones y

para nosotros.

—Lo necesito, Matt... Suena horroroso, ¿verdad?

—¿El qué?

—Parece que quiera desentenderme.

—¿He dado a entender eso en algún momento?

—No... pero eso se lo reproché infinidad de veces a mi madre.

—Enid, ¿por qué te torturas con los recuerdos negativos? —encogí los hombros, perder una madre en la adolescencia deja un sinnúmero de disculpas sin ofrecer—. La mujer tiene otro rol en esta sociedad. Estoy convencido de que nuestros hijos jamás nos echarán en cara falta de atención, porque el tiempo que les dedicaremos será de calidad, contará. —Cinco milímetros se movía sin cesar—. Cena, nuestro gordo tiene hambre.

Tomé el bol con la crema de champiñones que había estado estimulando mi apetito con el aroma a especias y a tierra mojada que desprendía. En esas sonó el timbre del patio.

—Matt, había encargado comida china, ¿puedes salir?

Me depositó de nuevo en el sofá.

Acomodé mi cuerpo a lo largo y subí los pies. Sosteniendo el cuenco encima de mi tripa, fui dando descuento del contenido que sabía mejor que olía.

De regreso, tal como pasó por delante de la cocina abrió la tapa del cubo de residuos y lanzó el contenido de la bolsa sin tan siquiera separar los envases de la materia orgánica.

—¿Qué haces? —señalé la evidencia.

—Lo que ves. Esa comida no es adecuada ni para ti ni para Cinco Milímetros.

—La comida oriental es riquísima.

—Cuando te apetezca tomar productos asiáticos, escogeré yo el restaurante.

—Eres tan estirado que un día de estos te fragmentas. —Se sentó de nuevo con mis pies encima de su regazo—. ¿Ha llegado Pat? ¿están los niños con ella?

—No, están con su abuela.

—Vaya.

Desde que asumí la custodia, no acababa de gustarme demasiado que pasaran la noche en la mansión. Los chicos mantenían un contacto regular con

ella, los conflictos de los adultos no debían de afectarles, sin embargo, Matt, que continuaba sin tolerar los desaires de su madre, aparecía por allí lo imprescindible.

—Se quedarán con ella un par de semanas. —¿Sin consultarme? ¡Este hombre era imposible!

—Matt, explícame por qué te cuesta tanto tomar una decisión así, sin preguntarme... ¡No imaginas lo que me irrita! —Me incorporé dejando el bol vacío sobre la mesa por no cometer un *maridicidio*.

—No te alteres, no estaba previsto... lo pensé de camino...

—Sigue, lo estás bordando.

Se calló.

A mí su silencio me provocaba gritar y para colmo... ¡dio un suspiro melancólico!

—Hasta hoy no he sido consciente de que no puedo seguir tomando decisiones como había hecho hasta ahora.

—Y para celebrarlo, retomas la costumbre de no informarme.

—Enid, por favor...

—Continúa... continúa...

—La situación ha cambiado, he de adaptarme.

—¿Te refieres en este siglo o tras reanimarte de la criogenización?

—Eres infinita... ¿me dejas acabar?

—Sí, hombre... faltaría. —Estaba ganándome las alas por aguantar sus insolencias. El día del juicio final tanta resignación debía de garantizarme un lugar preferente.

—Interpreté mal lo que suponía la convivencia, he estado llevando la relación como si fuera el gerente, en ocasiones comportándome como un tirano imponiendo mi voluntad mediante ultimátums.

—A mí, la verdad, tus ultimátums me tocan el dedo meñique del pie, Matt —. Se rio.

—Sí, pero acabas por aceptar. —Vaya, me había calado—. Ven.

—Estoy enfadada, no pienso meterme entre tus brazos para que me amances.

—Ven... —Me crucé de brazos aunque la estampa era algo ridícula y perdía fuerza—. Va, mami... ven, por favor.

¡Qué poca voluntad demostraba ante un por favor con pucherito

incorporado!

—Me siento aquí por pura comodidad. —Besó mi mejilla riendo.

—He cancelado todos mis compromisos para las próximas dos semanas.

—¿Pero? —Me tapó la boca con su manaza.

—Estuve hablando con Nathalie de nuevo y... he solicitado a la tripulación del jet que gestionen los permisos para volar a Múnich este mismo sábado. —Retiró la mano y temí se me desencajara la mandíbula, podría haber entrado sin dificultad una pelota de tenis en mi boca.

—Matt...

—Me recomendó que nos acompañara un servicio médico por si surgía alguna eventualidad durante el vuelo, y eso he hecho.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Piensas que habría hablado tanto para decirte al final que era una broma?

Me abracé a su torso emocionada ante aquella determinación, no me había equivocado al enamorarme. Ahora era yo quien debía de estar a la altura.

—Matt, este gesto es el paso más difícil que has dado por nosotros ¿verdad?

—Antepongo mis principios de prudencia por verte feliz.

—Con saber cuánto te importa ya lo consigues. —Le besé con esa dulzura con la que se demuestra el amor y la admiración.

—Entonces, ¿preparada?

—No es necesario, Matt. Asier ya tiene el proyecto completo, ha seguido su desarrollo durante estos meses, será un magnífico representante.

—Nadie puede exponer mejor una obra que su propio diseñador.

—¿Y todos tus temores?

—Ahí están, pero minimizaremos riesgos. Si nos marchamos esta semana ganas días de descanso entre los traslados.

—¿Y todas tus obligaciones? Esas reuniones tan importantes... ¡La cena con Taylor & Harpers!

—Kail puede llevar la negociación, sabe dónde puede ser más flexible y a qué no renunciar.

—Tú no puedes desaparecer dos semanas así sin más.

—¡Joder, que si puedo! Soy el jefe.

—Matt...

—Estaré conectado con el despacho virtualmente.

—Escucha, yo no he pensado dejarte ni a ti ni a mis hijos en ningún momento... No sería capaz, te quiero..., os quiero muchísimo.

—Princesa, me ha costado un horror darme cuenta de que esta no era una decisión de competencia propia. Tu opinión pesa más porque le has dedicado al proyecto mucho tiempo y esfuerzo, y mereces ser tú quien lo defienda, no dejarlo en manos de terceros. Yo tampoco lo consentiría.

—Es muy importante para mí.

—Lo sé.

—Tú también.

—Lo sé.

Me senté a horcajadas sobre sus piernas con Cinco Milímetros entre nosotros, ocupando su espacio.

—¿Sabes cuántos puntos sumas con esto?

—Muchos... muchísimos. —Besé su cuello acariciándole con mis labios esperando la respuesta de su piel.

—Y sabes que puedes elegir en qué emplearlos.

—Ajá. —Continuaba mimándole enredando mis dedos en su cabello.

—¿Tienes idea de cómo gastarlos?

—Sorpréndeme.

Desabroché el cinturón de su pantalón para desnudarle como a mí me gustaba hacerlo, sin prisas, repasando aquel cuerpo prodigioso y tan receptivo a mis caricias.

Un reguero de besos del cuello hasta su estómago consiguió acelerarle el pulso a un ritmo apresurado. Ese fue el instante ideal para despojarme de mi ropa. Jamás hubo una ocasión que verme desnuda no le provocara un jadeo, ni sus ojos repasaran mi anatomía deleitándose como si de una obra de arte se tratara.

Depositó ambas manos en mi vientre y yo me senté sobre sus piernas.

—Vas a coger frío.

—Lo dudo.

No sé dónde escuché una vez que el sexo durante la gestación era complicado o poco apetecible, cuando en realidad todos los sentidos se intensificaban.

Mi piel era más sensible a las caricias, cualquier roce la erizaba y toda yo

era una zona erógena. El pecho, aumentado en volumen y peso, experimentaba la turgencia de la excitación y si se aprovechaba de ellos succionando cual lactante, activaba un miliar de sensaciones placenteras que entonaban el resto del organismo. Sentirle en mi interior, friccionando mi intimidad entre jadeos y gemidos llevaba al éxtasis más absoluto, a pesar de que Matt, por ese absurdo temor de lastimar al bebé, decidió entregarme el bastón de mando durante el embarazo. No importaba, ya le había tomado el gusto a capitanear, sabía cómo moverme para llegar a dónde quería y llevarle a él también conmigo.

Habíamos conseguido transformar la atracción en pasión para darle media vuelta y convertirla en amor sin treguas, sin pausas, el mejor condomio con el que nutríamos todos aquellos encuentros inconfesables de los que no parecíamos saciarnos.

Después, escuchando el suave ronroneo de su respiración durante el sueño, me convencí de que íbamos a lograr entendernos sin portazos ni huidas.

Nuestro vuelo transoceánico fue tan tranquilo como el flotar de un corcho en una balsa de aceite, de hecho pasé durmiendo todo el trayecto. Matt, al contrario, acabaría por padecer un ictus de continuar sufriendo todo.

Trasladaría a la familia a vivir en un castillo hinchable cuando Cinco Milímetros cumpliera un año y comenzara a caminar. Incapaz de superar un raspón en una rodilla o un chichón en la frente, ¿cómo soportaríamos el resto su extremo sentido de la protección y el celo? Supuse que comprando sedantes en el mercado mexicano de estraperlo.

—¿Te encuentras bien? —Me sentía más controlada que un cangrejo en un cubo.

—¡Matt! Es pis... Las embarazadas hacemos pis continuamente. El doctor ya te ha dicho ¡siete veces! Que estamos bien. ¡Eres muy pesado!

—Tienes razón, he de relajarme un poco.

—¿Un poco? Eso era un eufemismo, ¿verdad? —Me levanté del sofá para dirigirme al baño—. Ahora regreso.

—Te acompaño.

—Como levantes el culo del asiento no sé en qué animal puedo convertirme. ¡Lograré subir la taza del inodoro sin ayuda!

—No te sientes en la taza, no es aconsejable...

—Matt, estoy a un consejo más de enviarte a la mierda.

Hizo un gesto con el índice y el pulgar de cerrar la boca y yo me encaminé hacia los aseos, a disfrutar del minuto de libertad que su compulsión protectora iba a otorgarme como máximo.

Al salir, más aliviada, vi a Asier saludando a Matt amistosamente. También los acompañaba... ¿Caroline? ¿Karen? ¿Kloe? Ahora sí que me estaba poniendo mala.

—¡Iní! Estás... ¿Cómo te sienta de bien esa tripita? —Se apresuró a darme un abrazo y un beso en cada mejilla, aunque no osó a levantarme. ¡Ja!

—Eso dicen...

—Hola, soy Kristen... —No se me escapó el pis de alivio al escuchar el nombre porque acababa de orinar—. Qué barriguita más recogida, mi hermana cogió veintinueve kilos.

—¿Y podía moverse? —Yo no había perdido la agilidad, pero, aun reconociendo no tener una tripa prominente, iba tropezando con ella por todos

lados.

—Con dificultad. —Reímos su cara de espanto.

—¿Cómo ha ido el vuelo?

—Ni me he enterado. Vine durmiendo desde el despegue hasta el aterrizaje.

—Hemos tenido la fortuna de no sufrir turbulencias. La ruta que nos asignaron nos hizo ganar más de media hora —añadía Matt.

—Yo también estoy planteándome invertir en un avión privado.

—Es como tener un vehículo de alta gama, no te proporciona rentabilidad, ahorras en tiempo y disponibilidad.

—Matt, hablando de coche... ¿te han traído las llaves del que alquilamos?

—Aún no, nos esperaban más tarde.

—He reservado en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Dejadle la dirección de nuestra casa.

—Que lo lleven al hotel, Matt.

—Voy a avisar a la compañía.

—¿Cómo que a un hotel? —inquirió Asier molesto—. No voy a permitir que os alojéis en otro lugar que no sea en nuestra casa.

—No es necesario, Asier.

—Enid, el embarazo debe haber taponado tus oídos.

—Matt, di algo, a mí no va a querer escucharme.

—Me parece estupendo.

—¿Perdona?

—Si Asier y Kristen nos brindan su hospitalidad, ¿a qué hacerles el desprecio?

—Decidido —determinó Asier—. Desfilemos hacia el restaurant antes de que Enid comience a tener hambre.

Caminamos las parejas tomadas de la mano cruzando el aeropuerto internacional. Matt y Asier comentaban aspectos del vuelo y de las innumerables ventajas ante los viajes comerciales. Kristen y yo manteníamos el silencio, supuse que cada una pensando en lo que podía estar pensando la otra sobre aquel par de pijos exponiendo pijadas.

Yo, de no saber de que hablar, hubiera recurrido al clima, por lo visto eso iba asociado al estatus, entre más elevado en la pirámide social los temas a tratar eran más superficiales o ridículos.

La comida en cambio fue bien amena. Asier y yo monopolizamos la charla

con anécdotas muy divertidas de nuestra adolescencia que nos hicieron reír a todos.

Kristen se presentaba como una mujer alegre y jovial, su sentido del humor iba muy en línea con el de su chico y la primera impresión fue la de estar ante una mujer inteligente y locuaz que no le importaba dar su opinión o preguntar aquello que desconocía.

También era bonita, no hermosa o espectacular como los ligues de Asier que yo recordaba, sin embargo había algo en ella que la hacía especial, podría ser la sonrisa o la mirada... o la armonía de sus rasgos, no sabría concretar, el caso es que me gustaba.

Tras el avituallamiento de tres tenedores, callejamos por la ciudad, deteniéndonos en algún comercio por adquirir fruslerías para los chicos y el bebé.

Kristen fue relatándome las travesuras de sus sobrinos descubriendo que, quien más quien menos, más tranquilo o nervioso, durante la infancia esa necesidad de experimentar con todo cuanto les rodea provoca cataclismos.

Ella conocía por boca de Asier cómo había llegado a ser madre de dos niños de diez años y le resultó conmovedor.

Pero los ocho kilos de más que arrastraba mi cuerpo pasaban factura y comencé a sentirme algo fatigada. Matt, siempre atento, lo distinguió.

—Princesa, ¿nos sentamos?

—¿Qué sucede? —Asier, alarmado, retrocedió unos pasos. Iba a arrepentirme de no dormir en el hotel, ¿no tenía ya suficiente con la preocupación de mi marido?

—Estoy un poco cansada.

—No demos más vueltas.

Y eso hicimos. Lo agradecí, necesitaba un baño, ponerme ropa cómoda y sentarme con los pies en alto.

Kristen se ofreció a viajar en los asientos traseros conmigo, pero Matt insistió en ser él. Yo lo prefería, no me encontraba con ánimos de mantener una charla, de hecho tal como comenzó a rodar el vehículo apoyé la cabeza en su hombro y se acabó el viaje para mí.

Me desperté con sed.

¿Dónde estaba? Ah, ¡sí! En casa de mi amigo y su chica. No recordaba cómo me había apeado del coche, imaginé que de la misma manera que habría llegado a la cama, en brazos de mi esposo.

—Mami... —la voz ronca de Matt me acarició el cuello y busqué el contacto con su cuerpo para acabar de ubicarme.

—Me he despertado perdida y con mucha sed.

—Ayer ni cenaste. El desfase horario te pasó factura, no quise despertarte.
—Se movió con ánimo de levantarse.

—Quédate en la cama, prefiero ir yo, he de pasar por el aseo.

—Está tras esa puerta de ahí.

—Vale, iré a la cocina a tomar un poco de agua.

—No vas a saber llegar.

—Ni que fuera el palacio de Buckingham.

—Bajas y a la derecha... luego todo al fondo.

—¿Quieres algo?

—A ti... Así que no te entretengas. —Me senté en la cama estirándome para darle un beso.

—¡Me has desnudado y puesto el camisón!

—No iba a meterte en la cama con el vestido que llevabas, se veía incómodo... aunque muy sencillo de quitar —afirmaba con picardía.

—Es ropa de premamá, Matt... estás enfermo.

—Tú muy sexi...

—¿Dónde está la bata?

—Encima de la angarilla... Enid, la que estás organizando, despertarás a toda la casa.

—¡Calla! ¿Y las zapatillas? —Se dio la vuelta colocándose bocarriba y estiró ambos brazos reseñando su impotencia—. Déjalo, ya voy en calcetines.

—¿¡Cómo vas a bajar descalza!? —¡Dios nos libre de tocar el parqué sin una suela de goma!

—Poniendo un pie detrás del otro.

—Mira detrás de la otomana, creo que ahí dejé la maleta con el calzado.

Siguiendo sus indicaciones las encontré y tras colocármelas le di un beso

de consuelo.

—Eres un cielo, también un cascarrabias, pero un cascarrabias divino.

—No tardes, sin ti no conseguiré retomar el sueño.

Salí de la habitación, la más alejada de las escaleras. No necesité de encender la luz, la luna iluminaba cual faro a través de un ventanal sin cortinas.

Al salón también llegaba el haz del satélite natural y dejaba de manifiesto una decoración sencilla, moderna y sin excesos... parecía acogedor, aunque eso se apreciaría mejor por la mañana, bañado por los rayos del sol rellenando los huecos donde se escondían los fantasmas.

Continué sin detenerme hasta la cocina y tentada estuve a beber directamente de la botella, no tenía la menor idea de dónde encontrar los vasos. Comencé a abrir y cerrar puertas de las alacenas, hasta que descubrí una vitrina con toda la cristalería... ¿sería la de uso común o la de exposición? Debería de haber bajado Matt.

A fuerza de movimiento, Cinco Milímetros se despertó con hambre, así que opté por tomar leche en lugar de agua sentada en uno de los bancos de la isla de la cocina. Ya con la luz encendida pude fijarme más y lo cierto fue que lo habían escogido todo siguiendo el principio de homogeneidad.

—¿Qué tal la Bella Durmiente? —Di un brinco sobre el taburete.

—Asier, tenéis una fea costumbre.

—¿Cuál? —Besó mi mejilla.

—La de no avisar cuando entráis a los sitios.

—Son las tres de la madrugada, no pretendas que anuncie mi llegada con clarines y trompetas.

—Delataros con el movimiento sería suficiente. ¿Te he despertado?

—Soy de sueño ligero, sobre todo si escucho a un elefante entrar en una cacharrería.

—Asier, ¿no había otro símil? —Río quedo.

—Estaba en el despacho.

—Kristen es muy divertida. —Enarcó una ceja acercándome una magdalena esponjosa con pinta de ser casera.

—Sí, nos lo pasamos bien juntos —comentaba con despreocupación.

—Me imagino... esta casa es demasiado acogedora para ser de prueba.

—¡Bah! No pienso disimular, me gusta mucho... tampoco quiero

precipitarme.

—Pues hazlo, hacéis una pareja lindísima y equilibrada.

—Matt es un buen tío —afirmó con seguridad.

—Nos cuesta alear caracteres...

—¡Si lo tienes comiendo de la palma de tu mano! Te adora.

—Eso es mutuo.

—Yo no habría cedido. Reconoce que estás muy avanzada para este viaje.

—Estoy embarazada, no inválida.

—Estás preciosa. —Besó de nuevo mi mejilla—. Al contrario de Estela...

Uff, ¿cómo puede deformarse tanto un cuerpo?

—¿Cuándo has visto tú a Estela?

—En su boda.

—¿Y no me habías dicho nada?

—No me preguntaste.

—Me extraña de ti esa omisión de datos con lo cotilla que eres... mi padre tampoco ha hecho mención.

—El doctor y Amaia solo estuvieron durante la ceremonia religiosa. Tras darles la enhorabuena y saludar a la familia se marcharon.

—¿Y qué tal?

—Aburrida como la mayoría de las bodas de postureo social. Él en su estilo de tío sobrado pero con chaqué... Ella muy peinada, muy maquillada y con un vestido intentando disimular el estado de buena esperanza con el que podían confundirla con una de las mesas del banquete. Exceso de rosa, blanco y crema... con millones de adornos y flores. Todo más cursi que una mierda con flequillo.

Me atraganté con la magdalena por culpa de la risa que se tradujo en un inoportuno ataque de tos. Golpeó mi espalda con suavidad.

—¡Qué salidas tienes! —articulé levantando la mano por detener las palmadas.

—Ya debe de haber puesto el huevo.

—A lo mejor eso ayuda a que el crápula de Carlos siente la cabeza.

—¿Cuándo el nacimiento de un hijo reforma a un hijo de puta?

—Asier...

—Estela ya tiene lo que deseaba, posición social y euros sin pegar un palo

al agua, con el heredero se asegura la inversión.

—Eres cruel.

—¿Te lo has tomado como un reproche? —preguntó abochornado.

—¿Lo ha sido?

—¡¿Cómo crees?!

—No me había dado por aludida.

—Estoy encantado de tenerte en casa. —Apretó mi mano con cariño.

—¿Vendrás a Filadelfia esta Navidad? Cinco Milímetros será demasiado pequeño para viajar.

—Nos organizaremos para sacar unos días.

—No hace falta ni que avises, mi casa es la tuya.

—Es un regalo tenerte como amiga.

—Eso mismo opino yo de tu amistad.

Se escucharon los ecos de unos pasos en el salón.

—Te echan en falta —musitó dándome un fugaz beso en la mejilla levantándose del taburete.

—¡Qué paciencia!

—Protege su inversión.

—¡Qué *idiotón* eres Asier!

Matt entró en la cocina con la angustia de esperar encontrarme pariendo.

—Pensaba que habías ido a buscar el agua a un manantial.

—Me decidí por ordeñar una vaca frisona.

—Nos hemos entretenido despellejando a antiguos conocidos comunes, tiene la hormona del cotilleo secretando al máximo —Asier especificaba sonriendo con picardía.

—Si fuera simplemente esa, yo feliz.

—Me voy a la cama —avisé bajando del banco—. Os dejo a los dos discutiendo sobre las funciones químicas de mi organismo.

Matt se apresuró a levantarme en vilo bajo la mirada divertida de nuestro amigo.

—Asier.

—Dime, tío.

—Gracias de nuevo.

—Era de justicia.

—Nos vemos en un rato.

—Descansad, pareja.

—Buenas noches.

De aquella rápida conversación deduje que algo me perdía, aunque preferí estar a solas con Matt para sonsacarle.

—¿Has de contarme algo? —Lo mío tampoco era dar rodeos.

—Será cierto la teoría de Asier sobre el incremento de tu gusto por el chisme.

—¡Ay, Matt! ¡¿Qué os traéis entre manos?

—Nada que te afecte, me ha hecho un regalo de bodas.

—Será: nos ha hecho... ¿o te has casado contigo mismo?

—Este obsequio está excluido de nuestro acuerdo matrimonial, es solo para mí.

—Fotos... ¿no serán guarras? —Nunca se sabía, yo no las había visto. Arrancó a reír a carcajadas y le tapé la boca por miedo a que despertara a Kristen.

—Princesa, son tus posados. Compré todos los derechos comerciales y de distribución de tus fotografías a través de nuestra filial que opera en Londres, sin embargo, Asier se negó a vendérmelas. Hace unas horas, tomando una copa mantuvimos una charla muy interesante...

—¿Sobre qué?

—Puedes imaginártelo, fue franco y yo me disculpé. —No me estaba enterando de nada. Si eran cosas tuyas, que entre ellos se quedaran—. Después me entregó un documento traspasándome todos los derechos de las dos colecciones que posee.

—Vaya.

—Es un tío excepcional. No ocultó que le habría encantado estar en mi lugar...

—Asier es lo que ves, para bien o para mal.

—De lo contrario no seríais amigos.

—No.

—Eres buena seleccionándolos.

—Lo sé.

Se detuvo delante de las escaleras, sopesando el desafío de subir las conmigo cargada y afianzó los brazos a mi cuerpo para sujetarme con más

seguridad. Proponerle el ascenso por mi propio pie iba a ser gasto de saliva de lo más inútil.

—Con lo prudente que eres, me sorprende que no hayas calculado los peligros.

—¿Dudas de mis capacidades varoniles?

—Tu masculinidad está probada por triplicado, te puedes ahorrar la machada.

—Mi intención es probarla alguna vez más.

—Te permitiré que entrenes todo lo que quieras, pero por un tiempo, bastante tiempo, sin contar los tantos.

—Nos daremos una tregua, pero habrá más goles, ya puedes contar con ello.

Consiguió subir hasta el pasillo aunque descansando tres veces. Al llegar a la cama me depositó sobre ella estirándose a mi lado, y como ya era habitual, colocó su mano en mi vientre.

—Eres preciosa, ¿te lo he dicho alguna vez?

—No llevo la cuenta, deberás de empezar desde cero para contestarte la próxima vez que me lo preguntes.

—Te quiero, princesa... —se agachó hasta la protuberancia que emergía desde mi estómago y la besó—, y a ti también Cinco Milímetros. Sé bueno, no nos des ningún susto, ya tenemos suficiente con los que nos regala tu hermano.

—¿Has hablado de nuevo con los chicos? ¿Le diste las buenas noches de mi parte?

—Sí, Joel estaba con Percy... me ha prometido que nada de bicis ni patines hasta la vuelta. —Podría caerse andando, sin embargo, me alivió conocer ese dato—. Isona estaba con Ruth preparando la audición de Navidad.

—Este verano en Miami se lo han pasado en grande, ¿te das cuenta de que se pelean solo si se aburren?

—Están entusiasmados con la llegada de Cinco Milímetros, sobre todo Joel.

—Espero que el síndrome del rey destronado no nos afecte.

—Son preadolescentes, tienen otras preocupaciones.

—¡Ay, Matt! Preadolescentes y un bebé, nos internarán en una clínica de reposo.

—Disfrutemos de estos días por si son los últimos de tranquilidad.

—¿Tranquilidad? Defíneme esa palabra que no la conozco.

—¿Quieres que te diga una locura?

—Claro... —Se colocó de lado y yo hice lo mismo, acomodándome a su cuerpo tanto como mis nuevos volúmenes me permitían.

—Me encanta la vorágine en la que me veo rodeado cada día, le ha devuelto el color a mi vida.

—A mí los colores flúor me levantan dolor de cabeza. —Bostecé y él besó mi cuello.

—Durmamos un ratito más, seguro que Asier tiene algo previsto para nosotros.

—Hoy. Ya es hoy.

—Hoy...

—Matt, te quiero.

—Y yo, princesa.

Poco a poco arrullado con su respiración y el rítmico latir de su corazón me dormí de nuevo... inmensamente feliz.

DOBLE



NACIONALIDAD

[\[115\]](#)

—Princesa, cálmate, no va a servirte de mucho entrar a vender tu proyecto con semejante tembleque.

—Es incontrolable, Matt... Han aceptado más diseños de los iniciales, de ahí que hayan pospuesto la exposición al final de la semana, en lugar de al lunes como estaba previsto.

—Mira el lado positivo, el tuyo ha vuelto a pasar la tercera criba.

—¡Qué poca formalidad! Luego hablan de la impuntualidad de los españoles. Menuda fama más innmerecida. —Levantó una ceja recriminando el comentario. He de reconocer que yo tampoco podía considerarme modelo de fidelidad horaria.

—No íbamos a regresar antes del domingo, tampoco nos han hecho cambiar los planes, y si debemos quedarnos una semana más, no será un trastorno.

—No podemos tener a los niños medio abandonados en otro continente y tú gestionándolo todo desde aquí... Estamos tan lejos.

—Cuanto sucede en la sede está controlado, los niños están bien y lo sabes, y te recuerdo que las distancias no se miden por lunas... así que haznos el favor de tranquilizarte.

—Vale... —Suspiré continuando con el tic nervioso de la rodilla. Él, la inmovilizó con la mano.

—Has repasado el proyecto tantas veces que hasta yo podría recitarlo. Lo único que puede jugar en tu contra son esos nervios.

—No puedo hacerlo en alemán, pierdo soltura...

—Asier te ha repetido hasta el aburrimiento que no va a representar ningún hándicap la exposición en inglés... Va, princesa...

—¿Y si verme panzona es mi desventaja?

—Eso es una memez, ¡ni que el embarazo fuera a perpetuidad o tuvieras que ir a cavar tú las zanjas para los cimientos!

—Un buen arquitecto ha de estar a pie de obra, por si surgen imprevistos o se puede mejorar... Además, una mujer con hijos ante un hombre... pierde posiciones.

—¡Eso es un pensamiento muy machista!

—Y muy real...

—¿No me estarás metiendo en el saco de expresiones típicas de mujeres amargadas?

—¿Ni tú a mí en el de mujeres amargadas?

—Para nada, además, sobre el tema de las gestiones domésticas y familiares ya hemos hablado.

—Hala, tú mismo te has contestado.

—Hacia una barbaridad que no conducía tanto.

Supe que aquel cambio de tema era su inteligente manera de liberar algo de presión de mi mente y funcionaba.

—Múnich de Stuttgart están bien alejados...

—Y de la choza de tu amigo, más.

—¡Qué ofensivo eres!

—A ver, princesa, ¿nos aclaramos? Un día soy un estirado, ahora que practico con el vocabulario coloquial me tachas de grosero... ¡No hay quien acierte!

—Eso no es vocabulario coloquial, es jerga callejera y no te va. Si su casa es una choza mi piso de Barcelona debió de parecerse una barraca.

—Tu piso era pequeño y la casa de Asier es muy acogedora.

—¿Ves? Mucho mejor.

—¿Cómo está tu espalda? Ayer al llegar al hotel vi como te llevabas las manos a las lumbares y esta mañana te ha costado levantarte.

—Voy con una mochila sobre la barriga que tiene mi punto de equilibrio disperso, es normal que tenga alguna molestia.

—Para lo que suele escucharse sobre el embarazo el nuestro está siendo muy relajado.

—Por lo visto, más para mí que para ti... eres plúmbeo, Matt.

—Lo siento, no puedo evitarlo.

Me acerqué a sus labios y sin el menor pudor le espeté un beso de vuelta y media —por no abusar— ante todos los prestigiosos representantes de despachos de arquitectos que, al igual que nosotros, aguardaban a ser llamados.

—¿Y esto?

—Por ser el mejor esposo del mundo, por dejarme formar parte de tu proyecto de vida, por Cinco Milímetros, por quererme tanto y porque te quiero.

—Esa ducha de elogios sienta divino siempre. —Me devolvió el beso, esta vez discreto.

—Has conseguido tu objetivo, apúntate el tanto.

—¿Cuál? —Amparaba su impostura con una mueca de confusión mal simulada.

—Venga, chaval, que ya nos vamos conociendo.

—Lo vas a conseguir —declaró serio, jugueteando con mis dedos.

—Ahora sé de dónde ha sacado nuestra hija el don de la precognición.

Se abrió la puerta de la sala de plenos del consistorio y la traspasó uno de los postulantes. Nos saludó frío y triunfal.

—*Frau Prescott?*

—Ahora regreso.

—A por todas, princesa.

Abandoné su mano protectora entrando en el salón con cierto sigilo.

No debía de ser peor a la ponencia defendiendo la tesis doctoral, además el ambiente era menos solemne, solo formal.

El diorama estaba situado en el centro de la sala, aquella era una técnica en

desuso, pero para mí era más sencillo de exponer aun representando más trabajo, que utilizando la novedad de la presentación virtual holográfica. Yo había prescindido de ella, aunque sí utilicé otros mecanismos visuales digitalizados para mostrar mejor las secciones.

—Buenos días, *Frau* Prescott —que se dirigieran a mí en inglés resultaba todo un alivio.

—Buenos días. Agradezco de antemano la oportunidad que me han ofrecido seleccionando mi proyecto.

—Somos nosotros los que debemos agradecer la presencia del arquitecto titular en lugar de un representante, más si cabe, en su estado. Enhorabuena.

—Gracias.

—Por lo que indica en su expediente, es española afincada en USA.

—Sí, es correcto.

—Muchas horas de vuelo para una embarazada —convino uno de los jueces manifestando admiración o sorpresa. —¿Cree que la movilidad territorial podría ser un inconveniente?

—No lo ha sido hasta ahora.

—Tampoco dispone de experiencia demostrable sobre la edificación de este tipo de construcción.

—Hasta los grandes arquitectos como Otto Bartning necesitaron una oportunidad. He participado en diversas iniciativas de éxito reconocido y dispongo de formación en campos tan importantes como el aislamiento térmico y acústico estructural, o sobre la eficiencia energética mediante el uso de energías naturales y renovables. Considero que este proyecto concierne esos conocimientos adquiridos.

—¿Por qué cree ser merecedora de esta obra tan importante para nuestra ciudad?

—Como pueden comprobar estéticamente mantiene la línea que el Bundesland de Baden-Wurtember sustenta desde sus inicios, sin embargo el museo expondrá obras de todos los tiempos y centrarse en el conservadurismo no sería acertado, tampoco trasladarlo a extremos que desvirtuarían el espacio concedido para la construcción. —No sé si fue cosa de los nervios, pero de nuevo tenía unas incontenibles ganas de orinar. Menos mal que en previsión llevaba una compresa específica para el apuro, aunque mucho me temía que garantizaba la absorción equivalente a un escape controlado, no a un chorro *elefantil*—. Mi idea es una mezcla equilibrada de estilos donde se engloben

trazas arquitectónicas del imperio carolingio, griego y romano con otras más expresionistas y de aspectos biomorficos.

—Si nos basamos en el exterior, no podría considerarlo sobrio, no obstante tampoco muestra un diseño trasgresor muy al uso en los museos contemporáneos.

—Opino que esta edificación, dado que no representa a un grupo concreto de expresión artística, debía de destacar por el diseño de sus salas, invitando a encontrarse en ellas desde un autorretrato de Albrecht Dürer a una serie fotográfica de Günter Förg.

—Personalmente —comentó la única mujer entre los jueces dirigiéndose a quién yo le había contestado—, el espacio central emulando un claustro me parece una idea surrealista dentro del concepto general que ha ofrecido.

—Es ese espacio donde el visitante dispone de tiempo para la meditación momentánea contemplando la parte más vanguardista del edificio.

—Háblenos sobre los materiales escogidos, *Frau* Prescott.

Ahora comenzaba el juego de verdad.

Activé la presentación en la pantalla digital mostrando los planos y los datos técnicos. No cortaron mi intervención en ningún instante y eso ayudaba a no perder el hilo expresándome con aplomo, sin olvidarme de aquellos detalles únicos para decantar la balanza a mi favor.

No fui diestra en escoger calzado adecuado, aquellos zapatos altos de tacón fino me obligaban a desplazar el peso a mis lumbares y los riñones me estaban matando.

Podría haber expuesto sentada, pero no deseaba dar la impresión de debilidad y por ir descansando la espalda, mientras escuchaban interesados, yo iba apoyándome con disimulo en la mesa desde donde mi portátil proyectaba las imágenes.

Tras dedicar cerca de una hora de mi vida a darle voz a los ángulos, vértices, columnas proporciones di por finalizado mi alegato, quedando listo para sentencia el trabajo de un año.

Así, tras responder a cuatro preguntas más, desconecté el dispositivo de exposición. Ya era indispensable sentarme e ir al aseo.

—*Frau* Prescott, disculpe... —No aguantaría otra tanda de consultas de pie.

—Dígame.

—Voy a hacerle una pregunta indiscreta, espero no ofenderla. —Acababa de caer el mito de que los alemanes no eran fisgones.

—Si puedo contestar, no será imprudencia —respondí con una sonrisa forzada. Nadie es capaz de reír sincero cuando la ciática te parte por la mitad.

—¿De cuántos meses está? —Vaya.

—Acabo de superar la semana treinta y siete.

Me observaron perplejos y después entre ellos trasladando su asombro... Yo, para entonces, ya soñaba con sillas o sofás mullidos y zapatillas de andar por casa, también imaginé a mi esposo dándome un agradable masaje de pies... y tuve que censurar a mi imaginación porque el gozo también estimulaba mi vejiga.

De repente, se alzaron de sus asientos cómodos de tela azul aterciopelada y comenzaron a aplaudir. El rojo tiñó toda mi cara hasta las orejas.

—Gracias —balbucí incómoda.

—*Frau* Prescott, es un ejemplo a cuanto a responsabilidad y profesionalidad. Un honor que haya tenido la deferencia de participar en este proyecto. Le deseamos un feliz alumbramiento.

—Muchas gracias por la acogida y sus ánimos.

Los halagos recibidos sobre mis capacidades me tornaban torpe y carente de perspicacia. Así, casi oculta detrás del portátil abandoné la sala, aturdida con lo que acababa de suceder allí dentro.

Matt cerró la tapa de su iPad levantándose de inmediato.

—¿Qué ha sucedido para tal jolgorio? A los que han pasado no les han aplaudido —comentó riendo con recato.

—Cosa de Cinco Milímetros, incluso invisible conquista al personal. —Tomé su mano tras entregarle mi portátil.

—Pareces extenuada.

—Lo estoy. La tensión me ha pasado factura... y estos malditos zapatos.

—En el coche te los quitas o si prefieres te llevo en brazos.

—Voy andando.

—¿Han comentado cuándo tendrán el fallo?

—No se pronunciarán hasta marzo. Han de valorar las partidas presupuestarias destinadas a la ejecución de la obra, debemos entrar en la provisión de fondos.

—¿Debemos?

—Claro, tú eres el socio principal.

—Yo no he intervenido en nada.

—¿Quién ha costeado la logística? —Aquella sonrisa sexi de satisfacción me alelaría toda la vida.

—Nosotros, princesa. Todo es nuestro.

—Pues, chaval... mis triunfos son nuestros triunfos.

—Suenan prometedor.

—Acostúmbrate, si esto funciona, no será el último en el que nos veamos envueltos.

—Tu entusiasmo es contagioso. Me enamoras.

—Ya lo estabas.

—Cada día más.

—Yo te gano. —Me besó en la mejilla—. ¿Comemos? Los nervios han despertado mi apetito.

—Y una siesta antes de volver a la casa de Asier.

—No me apetece pasarme tres horas largas en coche. ¿Lo dejamos para mañana?

—Si así lo prefieres, no veo inconveniente. Esta tarde confirmaré los permisos para volar el domingo.

—Necesito volver a la rutina.

—Pues ya somos dos.

—Tres. —Apunté a mi vientre. A Cinco Milímetros parecía faltarle espacio.

—Cinco.

Tenía un buen palpito, esa sensación gloriosa de que existían posibilidades ciertas de formar parte de la historia de Stuttgart. Proyectar un hogar para obras de arte de todos los tiempos y que los visitantes no simplemente admiraran el contenido, sino el continente. Deseé con toda mi alma que no fuera una apreciación subjetiva producto de la efusión, sería como si vaciarán en mi espalda un cubo de agua helada, aunque, tampoco me afectaría como en etapas anteriores aferrándome a cualquier corcho por no hundirme, así encontré a Evelyn... a Jared... en ningún caso a Matt o a mis hijos, ellos no eran una tabla de salvación, venían inscritos en las páginas de mi destino de manera inalterable.

—¿Dónde estamos? No reconozco esta carretera, Matt.

Había ido dormitando desde que abandonamos el hotel. La espalda me atormentaba, Nathalie me había previsto de la posibilidad de padecer ciática... y no erró. Aguantaba el malestar por no preocupar al *angustias* de mi esposo, pero estaba tan atento a cada mueca que resultaba difícil engañarle.

—Me he desviado. Por aquí se llega antes. ¿Te encuentras mejor?

—El paracetamol no es muy efectivo, esto de sentir dolor en cualquier posición es un incordio.

—Ya queda muy poco.

—Lo peor... parir.

—En el plan de parto que presentamos a Nathalie especificaste tres veces el uso de la epidural. Quedó claro que no te emocionaba la idea de un parto natural.

—Solicité la sedación total. —Rio ante el recuerdo de la cara de la obstetra ante mi reivindicación—. Matt, ¿por qué el navegador insiste en que des la vuelta cuando sea posible?

—Porque antes no lo hice.

—No comprendo para qué dejas a la señora que se desgañite, si no le haces caso a sus indicaciones.

—Hago caso —salmodió aburrido con el reclamo—, pero por aquí ganamos casi cuarenta minutos.

—¿Y eso no lo calcula el satélite?

—No, si no sale en la cartografía del sistema de navegación.

—¡Si el coche es último modelo! ¿No ha de estar actualizada? —Me moví incómoda, no sabía cómo colocarme.

—Esta noche he tenido tiempo de encontrar una vía alternativa.

—También podías haber dormido en la habitación vacía y ahorrarte el reproche.

Observé a mi alrededor. Circulábamos por una carretera amplia de doble sentido que dividía un campo de viñedos con troncos retorcidos y ramas engarzadas despojadas ya de los frutos y de las hojas. El paisaje no llamaba a la melancolía, las hileras estaban bien cuidadas y la luz de aquel día espléndido ayudaba a no asociar la falta de color con la tristeza, aunque lo habría disfrutado mejor de no tener tanto dolor lumbar.

—Recuerda a la zona del Penedés.

—Un buen número de ese sucedáneo del champán al que llamáis cava se produce allí.

—No es un sucedáneo, es un tipo de vino... Señor melindres.

—Es buen paladar.

—Matt... —Seguía confusa ante la insistencia del asistente virtual—, ¿le has preguntado a alguien si vamos por buen camino?

—¿Has visto a alguien a quién consultarle? Además, sé que vamos bien. —Alzando mi ceja a la vez que retorció el cuello le hice partícipe de mi incredulidad—. Me estás cabreando, Enid.

—Es admirable lo poco que te cuesta sentarte a negociar con un grupo de desconocidos y el horror que te supone consultarle la dirección a un oriundo de la zona.

—¿No tienes sueño?

¡Hombres! Al parecer la teoría de la evolución no mejoró todos los rasgos.

Estaba convencida de que no había ninguna ruta más directa ni rápida a la marcada por el satélite a través del navegador. No insistí, al fin y al cabo todos los caminos conducían a Roma o al mar, y si no, nos tocaría dar la vuelta...

En eso iba cavilando cuando se me escapó el pis... pero no era pis.

Mierda, no podía ser... Respiré por serenarme, hasta que un dolor intenso acompañado de muchísima presión sobre la pelvis obligó a sujetarme al asidero del apoyabrazos, evitando dar un berrido más alto que el de Tarzán.

Inspiré en profundidad y solté el aire con lentitud.

Papá hablaba del oxígeno como una de las mejores curas paliativas existentes y que controlar la respiración contribuía a calmar el sufrimiento, aunque él tampoco había parido nunca.

¿Por qué me negué a asistir a las clases de preparación al parto? ¡Ah, claro! La idea era un parto indoloro... ¿Y si taponaba la salida hasta llegar al hospital?

—Matt... —lloriqueé cuando la contracción fue remitiendo—, para dónde puedas, pero hazlo ya.

—¡Qué ratito me estás dando! No puedo hacerlo ahora.

—¡Pues puede! ¡Estoy de parto!

Fue lo único que conseguí decir antes que otra contracción me sacudiera

con el propósito de desgarrarme entera.

—¡Imposible! ¿Tú cómo sabes eso? —¡Por qué coño debía de discutirlo todo!

—¡Joder, Matt! ¡Para! ¡Hazlo y punto!

Respiré, pero me desconcentraba y en lugar de tomar aire poco a poco, jadeaba. Matt logró apartarse al llegar a un desvío por donde debían de circular los vehículos en las vendimias.

—Enid, ha de ser una falsa alarma... nos avisó Nathalie...

—He roto aguas... —informé gimoteando de miedo y para qué negarlo, de dolor también.

—¡Joder!

Se mesó el cabello muy nervioso y segundos después marcó el número del ginecólogo que formaba parte de la tripulación contratada para el viaje. Yo, me concentraba en inspirar y expirar todo lo lento que aquel martirio me permitía.

—Sí, Matt, ¿todo bien? —respondió al primer timbrazo.

—No, doctor. Enid se ha puesto de parto.

—Ante todo, calma. ¿Continuáis en el hotel de Stuttgart?

—No, íbamos circulando en medio de no sé dónde. Las contracciones son muy seguidas, no llegan al minuto —advertí apretando los dientes.

—¿Has roto aguas?

—Sí.

—¿Hay posibilidad de estirarte?

Matt mantuvo pulsado un mando electrónico que reclinó el asiento.

—Ya está. —Por el tono empleado, mi marido estaba igual de asustado que yo, pero sin dolor.

—Bien, Matt... has de realizar un tacto vaginal. Lava las manos e introduce los dedos. Dime cuántos entran en plano.

Me desnudó de cintura para abajo, incluidas las deportivas y me ayudó a subir las piernas en el asiento emulando una camilla. Tomó la botella de agua de las Fiji —una de sus tantas excentricidades pijas— y siguió las instrucciones del doctor sin salir del coche.

Con manos temblorosas y húmedas separó mis muslos vaciando después el resto del agua sobre mi pubis y lo agradecí.

No percibía aprensión en su rostro, miedo mucho.

—Princesa... ¿lista?

—¡No! ¡Dios, viene otra!

—Matt, deja que pase. —Obedeció callado y tenso.

Yo no quería gritar y que al final se desmayara.

—Ya... —le informé y él procedió.

—Doctor, son cuatro.

—Bien... ¿Enid desde cuándo tienes contracciones? —¿preguntaba o acusaba?

—¿¿Importa eso?! Yo solo quiero que deje de doler —sollozaba en tono poco amable—. ¡Yo qué sé! Solo tuve dolor lumbar.

—Estás dilatada al completo. Matt, ahora introduce la mano sin brusquedad e intenta tocar la cabeza.

De nuevo metió la mano, esta vez hasta la muñeca. ¡¿Cómo era posible?! Hurgó dentro igual que si estuviera buscando unos clínex.

—¡Doctor! La toco... está relativamente cerca —exclamaba con una mezcla de alarma y emoción.

—Enid, ¿qué notas durante la contracción?

—¡Dolor, joder! ¡Mucho dolor! ¡¿Qué espera que sienta?!

—Sé que duele. —¡Ja! De saberlo no lo preguntaría—. Enid, has de guiarme.

—Princesa, estoy aquí... —Agarré con fuerza la mano de Matt. Tomando aire apreté los dientes.

—Siento ganas de evacuar... y al empujar un leve alivio.

—Enid el servicio de emergencias se dirige a vuestro auxilio, os tenemos localizados por GPS, pero no van a llegar para atender el alumbramiento.

—¡No...! —comencé a llorar desconsolada—. Matt, voy a parir como una vaca, en medio del prado...

—Mami, estoy a tu lado... —susurró besándome la frente y secando mis lágrimas.

—Enid, has de encontrar una posición cómoda, la gravedad puede ayudarte.

Pensar entre tanto dolor era complicado. Estirada como estaba, los riñones acabarían por estallar. Pensé en la recomendación del doctor y me incorporé ayudada por Matt.

Me di la vuelta en el asiento colocándome de rodillas apoyando los antebrazos en el cabezal. La pose era de todo menos atractiva, nada similar a

las películas, en cambio, atenuaba el dolor de las lumbares y cuando el espasmo aparecía la presión se hacía más llevadera. Matt me sujetaba de la cintura y el contacto de sus manos también era reconfortante.

El doctor continuaba al teléfono animándome a empujar con fuerza durante el tiempo interminable de la contracción.

Fue la media hora de transcurrir más lento y doloroso de mi vida, hasta que lo sucedió otro más profundo con el que fue imposible evitar un alarido.

—Enid, princesa... hálame —suplicaba Matt cuando estiré mi cuerpo intentando calmar el sufrimiento de alguna forma.

—¡Quema! Es como si tuviera una antorcha....

—Enid, estás coronando, es la cabeza del bebé. Matt deberías de tocarla ya.

Una de sus manos abandonó mi cintura para aparecer entre mis piernas.

—¡Oh! ¡Sí! Cariño, está ahí... —¿Que si estaba ahí?! ¡Que si estaba ahí!!

—Enid, una vez salga la cabeza la sensación desaparecerá. —Comenzaba a hartarme de que me explicara lo que podía imaginar sola.

—Otra contracción...

—Empuja princesa.

—Esto es muy cansado.

Me abrazó por la espalda colocando ambas manos en mi vientre. Yo estiré mi cuerpo hacia atrás y pasé mis brazos alrededor de su cuello, aquella posición parecía ayudar en el expulsivo.

—Princesa, lo estás haciendo de primera.

No pasaban ni treinta segundos entre aquellas sacudidas, y yo empujaba y empujaba... Matt de nuevo dejó caer una de sus manos entre mis piernas.

—¡Doctor! La cabeza está fuera... ya... ¡ya está fuera!

Se apoyó en el respaldo del asiento prácticamente bajo mis piernas y un crujido indicó que las bisagras se acababan de partir.

—Atiende, Enid... —ordenaba el doctor—, ahora has de aguantar el pujo.

—No voy a poder... no voy a poder... —Aún me pregunto cómo lo hice.

—Matt, saca el cordón del cuello del bebé.

Las manos de mi marido tocaban nerviosas la piel de entre mis muslos.

—Hola, Cinco Milímetros... —le hablaba a nuestro bebé con voz trémula. Yo bajé la mano por palparle la cabeza,

—Matt, ¿está bien? Doctor, no llora... ¿Por qué no llora? —el sufrimiento

se esfumó cubierto por el pánico y pasé de gemir de dolor a clamar de histerismo.

—Enid, calma... todavía no ha nacido. Lo estás haciendo de maravilla —ni me animaba ni eliminaba el miedo.

—El cordón está fuera... Princesa, es precioso... —Matt hablaba atragantado con la emoción.

—En el instante que aparezca la próxima contracción, empuja. Matt, puedes ayudar tirando con suavidad de la cabeza del bebé, pero solo mientras dure.

—Otra, Matt.

—Sigue, princesa... sigue... un poquito más... casi está...

—¡Ay...! No puedo más... —estaba exhausta, derrengada... —. Otra vez.

—Así, mi amor... sigue... sigue... Está entre mis manos, un último esfuerzo...

—Es horroroso... —afirmé recuperando un ápice de energía—. Matt... otra... ¡Ay... Dios mío!

—Un poquito más... un poquito... —noté como se escurría de mi interior con más suavidad de la que esperaba—. ¡Oh, Enid! Es... es preciosa!

—Una nena... —Apoyé la frente en el reposacabezas del asiento llorando a moco tendido. Con las fuerzas justas para respirar.

—Matt, introduce el dedo meñique para sacar la mucosidad. Enid, ¿cómo estás?

—Sigo con contracciones.

—Has de expulsar la placenta, será rápido. Matt, el bebé puede seguir unido a ella unos minutos. Busca algo con lo que puedas anudar y después corta el cordón cuando deje de latir. Da unos centímetros por delante, los sanitarios ya colocarán después la pinza. Cubre a la pequeña, que no pierda calor.

Me di la vuelta dejándome caer desmadejada sobre el asiento. Matt entonces me colocó aquella minúscula y azulada bolita de pelo muy moreno maullando como un gatito.

No podía hablar. Me desabroché la sudadera y levanté la camiseta para que mi niña notara mi piel y mi calor.

Yo continuaba con contracciones, menos intensas, menos seguidas... ni cuenta le echaba aquel dolorcillo.

Matt nos arropó a ambas con su abrigo, que ocupaba el asiento trasero con

tal de no arrugarse, y accedió al maletero abatiendo el respaldo.

La maleta más próxima era la mía, la abrió sacando el neceser y de ahí tomó una maquinilla desechable y una goma de pelo fina pero muy resistente.

Desmontó la hoja de afeitar y la higienizó con el agua de otro botellín.

—Matt... Enid... —la voz del doctor invadió aquel instante tan íntimo—. Los sanitarios me informan que llegarán en menos de quince minutos.

—Doctor, gracias por sus indicaciones.

—Enid, ha sido la naturaleza la que te ha guiado.

—Es muy pequeñita...

—Llora a pleno pulmón, estoy convencido de que todo está bien.

Matt, en silencio, ató primero el cordón y seguido lo cercenó.

—Os dejo. He de informarme del hospital al que os trasladarán para recibiros. Felicidades pareja, podéis estar orgullosos de cómo os habéis enfrentado a este momento.

Se cortó la comunicación.

Matt nos observaba embobado y de súbito arrancó a llorar casi con el mismo desconsuelo que lo hacía nuestra pequeña.

—Cariño, míranos, estamos bien gracias a ti. —Me besó sin contener las lágrimas.

—No, princesa...

—Matt, ha sido cosa de los dos, somos un tándem... mira nuestro milagrito.

—Es tan bonita. —Se limpió las lágrimas con la palma de la mano—. Tan pequeña.

—Isona acertó.

—Sí... —afirmó sonriendo—. Hola chiquita, menudo susto nos has dado. Lo tuyo son las apariciones espontáneas.

—Espero podamos corregir ese rasgo en el futuro.

—Mírala... es tan perfecta. —Besó su cabecita cubierta de restos de sangre y vérnix caseosa—. ¿Cómo estás?

—Como una mierda feliz. —Rio aún emocionado.

—Os amo tanto... que la palabra resulta corta.

—Mira bebé las cosas tan lindas que nos dice papá.

—Estaba cagado de miedo.

—Lo has hecho genial. —Volvió a besarme.

—Pequeñita, soy papi... —Con el índice acariciaba su mejilla y ella al contacto hizo un puchero minúsculo.

—¡Ay, Matt! Cómo hemos dejado el coche. Ya podemos olvidarnos de la fianza.

—Justo en eso estaba pensando ahora. —Entornó la mirada dando empaque a su ironía—. Hija, tu madre en ocasiones ocupa la mente en disparates.

Escuchamos el eco de las sirenas aproximándose.

—A buenas horas. —Aún que habían podido dar con la ubicación.

—No te separes de nosotras, Matt... sigo muy asustada.

—Princesa, ni con agua hirviendo.

Los sanitarios se detuvieron detrás de nuestro vehículo de desguace. Tras bajar tocaron en la ventana. Matt accionó los seguros y yo cogí su mano. Le necesitaba cerca.

—*Herzliche Glückwünsche* —exclamó felicitándonos con efusión.

—*Entschuldigung? Sprechen Sie Englisch?*^[116] —le solicité con la frase que mejor pronunciaba en alemán—. *Ich drücke mich viel besser.*^[117]

—No hay inconveniente, ¿permite que mi compañero revise al bebé?

—¿Se la llevan? —Afloró el sentido de propiedad instantáneo.

—Atenderemos a la pequeña mejor en la ambulancia. Por ahora a usted es preferible no moverla, la trasladaremos tras comprobar que todo está en orden.

Envolví a mi tesoro en el abrigo de Matt y se la entregué.

—Prefiero que la lleve mi marido. —Debió de pensar que éramos miembros de alguna secta extraña.

—Venga muñequita, han de mejorar tu primera cicatriz. —La besó en la frente y en la minúscula naricita.

—Matt, que no coja frío.

—No te preocupes. —Abandonó el coche con mi pequeña, a mí me asaltaron todos los temores más inverosímiles, desde un secuestro a una abducción alienígena.

—Si todo está en orden en unos minutos os reuniréis.

—Bien.

Me ayudó a subir las piernas al asiento y al encontrar la placenta entre ellas, la revisó a conciencia, introduciéndola después en una bolsa azul. Tras separar mis rodillas realizó un tacto que me resultó molesto y frunció el ceño.

—¿Sucede algo?

—Todo parece estar correcto pero el sangrado es muy abundante para ser un parto eutócico sin desgarro perineal.

—Yo me encuentro bien... agotada.

—Le suministraremos una medicación para ayudar al útero a contraerse.

—Doctora, no comente nada a mi esposo del tema de la hemorragia, es muy alarmista.

—Nadie lo diría, esto que han vivido no es apto para maridos impresionables.

—La adrenalina... deje que disminuya y no habrá quien lo soporte.

—Voy a intentar que esté menos expuesta.

Con habilidad, delicadeza y rapidez me colocó un enorme pañal, y de no ser por el dolor me habría reído asociando mi estampa a la de alguna escena divertida de filmes de humor ridículo.

Aún estaba colocándome los refajos cuando otro sanitario se acercó con una camilla para trasladarme a la ambulancia.

—¿Cómo está la niña? —Matt la sujetaba en brazos ya envuelta en una mantita suave y otra térmica.

—Perfecta —se adelantó uno de los médicos—, aunque a juzgar por cómo se chupetea los labios... hambrienta.

La doctora que me había atendido en el coche palpaba para localizar la vena dónde colocar una vía. A Matt le cambió el semblante, bien parecía que se la estuvieran clavando a él.

—¿Qué le sucede a mi esposa?

—Le voy a administrar Carboprost, ayuda a reducir el sangrado después del parto —¡Dios! Había dicho sangrado, acababa de despertar a la bestia—. Todo está dentro de la normalidad.

—Y esa normalidad es... ¿bien? —entorné la mirada negando y la doctora, dándome dos palmaditas en el brazo, mostró su apoyo y comprensión.

—Mira qué sexi estoy... llevo el último grito en ropa interior.

Sonriendo me devolvió a mi preciosa muñequita, e intenté, infructuosamente amamantarla. Otra cosa que sabría de haber asistido a las clases de lactancia materna, un bebé podía estar cuarenta y ocho horas sin alimentarse tras el parto y que la desesperación no ayudaba en la producción de leche.

Nos trasladaron a un hospital público. A Matt, amante de la exclusividad, no tener reservada la planta para nosotros le resultaba incómodo, sin valorar que la habitación era amplia, luminosa, él tenía un sofá cama dónde descansar y no era compartida. De habernos sucedido en España, no habría evitado el desplazamiento a otro privado.

Tal como entramos en urgencias nos aguardaba el equipo de neonatología para realizarle a nuestra pequeña un chequeo más completo, aunque el test Abgar lo había superado sin mella. A mí, no tenerla a una distancia máxima de dos metros me perturbaba.

El Dr. Laurence, guía en la distancia de aquel alumbramiento surrealista, nos felicitó por activa y pasiva. Insistió a someterme a otro reconocimiento tras leer el informe, puestos a exponer mis intimidades deformadas, que las viera uno más ¿importaba?

No obstante, su falta de prudencia al satisfacer la curiosidad de Matt sobre la sustancia del gotero, me fastidió, alimentando el grado de disgusto que le ofreciera detalles innecesarios con los cuales reactivar al enano mandón sobreprotector retenido hasta el momento.

—Enid, me voy a cabrear de verte en pie de nuevo.

—¿Tú cabreado? ¡Imposible! Eso es una fábula mística.

—Eres desquiciante. ¡¿Acuéstate de una puñetera vez?!

—He de ir al baño.

Se acercó a la cama y antes de acabar de poner plano el pie en el suelo ya me sostenía en brazos.

—Matt, si he podido parir sin epidural, también puedo caminar sin ayuda.

A la lluvia se le hacía más caso.

Me dejó ante el inodoro.

—¿Qué haces? —Se acuclilló y sin responder me bajó la braga pañal, comprobando los restos. —Esto no es necesario.

Ni caso.

¿En qué momento una acción entre pareja deja de mostrar deferencia y comienza a ser humillante?

Resoplé... ni recuerdo el número de veces.

—Necesito intimidad... me haces sentir ultrajada.

Le confesé a la par que me sostenía en su hombro para acabar de retirar

aquella prenda monstruosa. Tras depositarla en la papelera se levantó y antes de continuar me besó con ternura, y sin atender a mis ruegos, orientó mis nalgas hasta la taza.

—Princesa, he tenido mi mano hundida en ti hasta casi el codo. — ¡Exagerado!—. Creo que podemos ahorrarnos la timidez.

—Como le cuentas a alguien esto ¡no volverás a meter nada ahí abajo!

Reía agachado delante, yo sin fuerzas ni para sostener el hipo ¡y él ahí! ¡Atento al chorrillo! ¿Sería capaz de superar eso? Menos mal que la hemorragia me tenía sin color.

—Te dije que quería formar parte activa en el parto de Cinco Milímetros... ¿Has acabado?

—¡Matthew Frederick Prescott! ¡Ni se te ocurra hacer lo que estás pensando! —Dejó caer las toallitas higiénicas al enseñarme las palmas de las manos con una falsa mueca de inocencia—. ¡Una tiene su dignidad!

—Aún sangras mucho.

—No, ya es menos.

—No me mientas.

—No te miento.

Obviamente, si me había bajado aquellas indiscretas bragas iba a repetir el proceso a la inversa. Enfadarme, suplicar o llorar no le desviarían de su propósito, así, me dejé hacer.

—No puedo obligarte a dormir, pero te advierto, como te muevas de la cama, juro que te ato —y lo decía tan convencido que me estremecí.

—Matt... ¿llamamos a los niños y les damos la noticia?

—Sí, ya deben de estar a punto de salir para la escuela —marcó al mismo tiempo que afirmaba activando el altavoz.

—Domicilio Prescott, buenos días.

—Buenos días, Maud.

—¡Sr. Matthew! ¿Cómo va todo?

—Bien, muy bien en realidad.

—Y la señorita... ¡Ay, disculpe! Señora... quise decir.

—Maud, no sufra, estoy perfectamente.

—¡Cómo se la echa de menos! ¿Y esa barriguita? Nos visita tan poco...

—Pues... cuando nos volvamos a ver, en lugar de en la tripa llevaré el contenido en brazos.

—Pero no dijo que... ¡Ay, mi niña! ¿Qué fantástica noticia? —Emocionada comenzó a llorar y yo, por simpatía la acompañé—. ¿Cómo están?

—Bien, es una niña sanísima.

—¡Joel! ¡Isona! Bajad, vuestros padres al teléfono... —era la primera vez que la escuchaba gritar para avisarles—. Pero..., ¿no tocaba por Navidad?

—Se ha adelantado un poquito... —comenté avergonzada.

—Estaba ansiosa por nacer. —Matt secó mi cara con ternura y contestó por sacarme del atolladero—. Luego enviaremos una fotografía para que la conozcáis.

Escuchamos a los chicos zapatear sobre el mármol al entrar en la sala.

—Hola, papá... Hola, Iní —saludó mi chico eufórico como siempre.

—¿Qué sucede? —Isona, tan precavida como pesimista, seguro que imaginaba desastres—. ¿Cuándo regresáis?

—Os llamamos para anunciaros que vuestra hermana es europea.

—¿¿Qué?! Pero... —El entusiasmo de Joel decayó—. Iba a nacer en Navidad...

—¡Hermana! ¡Una niña! —Se habían intercambiado los papeles, Isona no entraba en sí de gozo—. ¿Cómo está? Papá, envía una foto al móvil de Maud... quiero verla... va, papá...

—Iní... — Joel pronunció mi nombre atragantado, con más angustia que alegría. Durante el embarazo estuvo en alerta de un gesto, de un quejido... no supe qué significaba agacharse a recoger un papel, por si con la compulsión del padre no tenía suficiente—. Tú..., tú... ¿cómo estás?

—Bien, cariño. Tanto yo como vuestra hermanita, que es pequeña como un pollito, nos encontramos perfectas.

—¿Cuándo regresáis? —El nerviosismo de Isona contrarrestaba con la preocupación del hermano... ¡Qué dúo!

—Ha nacido hace unas horas, en cuanto nos lo permitan volaremos a casa. Os echamos muchísimo de menos.

—Esta tarde cuando regreséis de la escuela pasáis al despacho y nos conectamos por FaceTime desde el iPad de Isona y conoceréis a la pequeña.

—¡Genial papá!

—Otra cosa... nos han preguntado mil veces cómo se llama la bebé, necesitamos saber la lista.

—No más de cinco, por favor —supliqué.

—Bueno, en realidad... no hay lista, papá... —Joel seguía atragantado. ¡Pobre muchacha la que le tocara como pareja!

—Ah, ¿no? —Matt arrugó la frente contrariado, mirándome como si yo supiera qué se traían entre manos. En respuesta me encogí de hombros.

—No, papá... —Ahora Isona también parecía afectada—. Si era niña pensamos en uno simplemente.

—¿Pensamos? —¡Uy! Aquello era sospechoso, ¿desde cuándo el dúo Pimpinela se ponían de acuerdo en algo que no fuera molestar?

—Va, chicos, sin pausas dramáticas —solicitó Matt intrigado.

—Creemos que sería bonito llamarla Cleare Mylène.

Tal como escuché el nombre unas gruesas lágrimas saltaron de mis párpados para continuar llorando desconsolada por la emoción. Pudiendo escoger el nombre de su madre, habían elegido el de la mía, ¿podía haber un acto de amor y gratitud más grande de unos chicos de once años?

—¿Qué sucede, princesa? —susurró Matt asustado.

—Papá, así se llamaba su mamá.

—¿Cómo? ¿No era Odette Blois?

—Era su pseudónimo artístico, su nombre era Cleare Mylène Dacheux —le aclaraba Isona entre sorbidas de mocos.

—Creo que a vuestra madre le gusta mucho y a mí me encanta.

—Papá, ¿podemos ir nosotros a Alemania?

—Joel, si se alarga más de dos semanas, le pediré a Kail que os acompañe.

—Voy a inventar esta tarde con las herramientas de Terence una máquina para *teletransportarnos*... —Rompimos a reír a carcajadas.

—Joel, hijo..., no entres a la garita de Terence sin su permiso —¡mal expresado! Sobraba la coletilla final—. Además, vas a tener que echarles más horas a las clases de física, confundes las ondas con las partículas.

Continuamos riendo todos mientras Joel intentaba explicarse.

—Papá... —musitó Isona pegada al micrófono del teléfono.

—Dime, cielo.

—Viene la yaya.

—Bien. Es tarde, Terence debe estar esperando que salgáis.

—Sí, papá.

—No le hagáis esperar más, luego hablamos otro ratito y nos vemos las caras.

—Hasta luego, papá. Hasta luego, Iní... Dadle a la pequeñita muchos besos, os queremos mucho.

—Y nosotros a vosotros más.

—Os quiero... —acerté a vocalizar, demasiadas emociones, demasiadas hormonas...

—Papá, te paso a la yaya.

—De acuerdo, Joel.

Desactivó el altavoz y cambió el gesto, recordando al Matt iracundo que conocí hacía un año... ¿Solo un año?

—Hola, madre... Gracias... No, en breve... —el tono era tan seco que raspaba—. Madre..., madre... escucha, ¿piensas que eso me importa en este momento...? No me digas... ¿Ofendida? No esperaba otra cosa... ¡Sí que me afecta! —el berrido me hizo estremecer—. No vas a joderme el mejor día de mi vida, ni tú ni esos celos de mierda... ¡Por descontado!... ¿Cómo?... Espero que esto último no lo hayan escuchado mis hijos... Si consideras que te están causando demasiadas incomodidades, busca un apartamento, puedes permitirte... No... ¿He de recordarte que te hospedas en ¡mi! casa y en la de ¡mi! esposa? ¿Y que sigues ahí porque ¡mi! esposa considera que así ha de ser?... ¡Exacto!... ¡Y deberías agradecerle mucho más que eso!... ¡Te sugiero que no me presiones, no mereces la mitad de los sacrificios que he hecho por contentarte!

Colgó.

Por cómo asía el aparato entre las manos tuve la certeza de que lo lanzaría contra alguna pared de la habitación... Yo, inconscientemente encogí los hombros y entrecerré los ojos.

Sin embargo, quiso la providencia que en ese instante tocaran a la puerta para devolvernos a nuestro bebé, recuperando aquel clima de dicha que hasta hacía diez minutos se respiraba. Jamás, por tiempo que pase, podré borrar la mirada llena de ternura y amor incondicional que mi esposo le dedicó a nuestra pequeña Mylène.

—Ten, mamá. —La enfermera me la depositó entre los brazos. Era española y su acento andaluz aportaba calidez a un país bien frío—. Aquí está la moza, limpiita y calmada. Nos ha dejado claro a toda la sala que sus pulmones están desarrollados y son funcionales.

—Es muy pequeñita, ¿no crees?

—¡Ay, mujer! ¿Para qué más grande? ¿Imaginas alumbrar a cuatro kilos de

criatura en las circunstancias que has parido? —¡Imposible!

—No sé ni como he podido expulsar dos y medio

—Debéis tranquilizaros, ha nacido adelantada y aunque no se la considera prematura esas semanas le habrían ayudado a ganar algo de peso. No os angustiéis, lo que no engordado en la tripa lo cogerá a base de teta... ya crecerá como crecen todos.

—Estoy algo perdida... —Ya estaban otra vez las lágrimas titilando a puntito de caer. ¿Volvería a ser normal alguna vez?

—¡Como todas! Y cuando venga el segundo, te asaltarán otras dudas... ¡Bah, sin miedo! disfrutad de ese pimpollo y preguntad cuanto os preocupe.

—Es un placer dar con alguien tan diligente estando tan alejados de casa — le agradeció Matt aquella disposición a ayudarnos. Los tres estábamos en pañales, aunque físicamente solo dos los utilizáramos.

—¿Sabemos el nombre de esta muñequita para registrarla?

—Sí —afirmó el papá, orgulloso y feliz a la cabecera de la cama. — Nuestra hija se llama Cleare Mylène Prescott.

—¡Oh! Virgen de la Macarena, qué bien suena, qué bonito es.

—Sí, como ella... como lo era su abuela.

Os podéis imaginar lo que sucedió después.

HOGAR,



DULCE HOGAR

—Se pasa el día desconsolada, no descansa y cuando por fin se queda dormida, llora... Me preocupa.

La voz de Matt surgió ente las marañas de un sueño que de sicodélico mareaba, y cuando empecé a interpretar las palabras como reales, el sonido provenía de fuera de la habitación con el retumbe de las paredes del pasillo.

—Entra dentro de la normalidad, es tristeza postparto una descompensación hormonal...

¡Era papá! ¡Había venido papá!

Salté de la cama sin recordar que era una recién parida superando una hemorragia por atonía uterina causada por la rapidez del alumbramiento, y sí, la punzada recordándomelo de cintura a rodillas era para doblarse aunque no para detenerme.

Lo único frenando mi impulsividad fue Mylène, un bebé lindo como el de un spot de leche de fórmula pero con la mala uva de una cría de erizo. Tenía la

qualidad de llorar hasta amaratarse, así los escasos minutos que no berreaba, ni Matt ni yo respirábamos, y como en aquel instante dormía con una paz enternecedora demostrando que sabía hacerlo, salí sin colocarme las zapatillas.

—¡Papá! ¡Amaia! —Me lancé a los brazos de mi padre.

—¿¡Por qué te has levantado?! —Matt, a lo suyo.

—Hola, Bichito.

—Tienes aspecto de debilitada —Amaia susurró al abrazarme—. Hazle caso a tu marido.

—Hola, Iní.

—*Hi, my blonde*^[118], ¿qué tal el viaje?

—¡Genial! En el avión del tito puedo levantarme y correr por el pasillo. — Me giré para sonreírle, no tenía idea de que les había enviado el jet—. Iní... ¿puedo ver al bebé?

—¡Y tanto! Ven, ahora está dormidita.

Matt, sin preguntar, me tomó en brazos y Amaia, arropada por los de papá, reía.

—¿Recuerdas qué te dije ayer?

—¿Que me quieres? —si bien es cierto que me lo repitió muchas veces, no se refería a esa afirmación, sino a otra advertencia que yo desobedecía a pesar de mosquearle.

—Una vez más, una sola vez más y te engrilleteo a la cama.

—Tito, ¿qué es engrilletear? —¡Ja! Por listo ahora ya podía buscar la respuesta sacando de dudas a mi hermana sin confundirla más.

—Sujetarla con eso que los policías usan con los ladrones.

—¿Ha robado algo? —¡Chúpate esa!—. ¡El bebé!

—Te has salvado por la campana, chaval —bisbiseé a su oído cuando me depositaba en la cama.

—Mira, Edith, esta personita tan pequeña es tu sobrina Cleare Mylène.

—¿Puedo cogerla en brazos, tito? —Brillaba en los ojos de mi hermana el fulgor ante un juguete nuevo, esa ansiedad por abrir la caja y hacerle de mamá.

—¿Te parece bien si la dejamos dormir?

—Vale, tito —respondió bajando el tono pero sin separarse de la cuna.

Matt y Amaia se engrescaron con un diálogo entretenido sobre las peripecias del día anterior.

Mi padre se sentó en mi cama. Me peinaba con los dedos en silencio, supe que quería decirme muchas cosas, pero así éramos los Recassens, callábamos para no mostrar emociones, nos alejábamos para no compartirlas.

—Te hemos traído chocolate, ayuda a mejorar los niveles de hierro —el tono era tierno, contenido.

—Mejor que las espinacas.

—Enid, mi nieta es preciosa. Dormida se le parece a Matt, sin embargo, en las fotos con los ojos abiertos, incluso abotargada, eres tú.

—Es muy pequeñita para encontrarle parecido.

—Está angustiado —afirmaba musitando con un sutil movimiento de cabeza señalándole.

—La etimología británica del apellido Prescott debe de venir del término preocupación.

—Bichito... soy médico, ayer podían haber sucedido muchos imprevistos.

—Sé que fue un acto irresponsable por mi parte insistir en volar hasta Alemania.

—Estáis bien y es lo esencial, pero ahora, déjate cuidar... prueba a descansar un rato.

Arrimándome más a papá cerré los ojos y disfrutando de sus mimos, me dormí. Una hija nunca crece por encima del amor de un padre, siempre sus brazos estarían dispuestos para consolar, tuviera la edad que tuviera.

—Eres una muñequita preciosa... Sí... tú, tú... no hace falta que me mires con esos luceros... ya me tienes en el bote, bandida.

Cuando logré abrir los ojos del todo vi a Amaia sosteniendo a Mylène contemplándola embelesada, y sorprendentemente, estaba sola.

—Me asombra que Matt te haya dejado de vigía.

—No creas que ha sido sencillo. Tu padre insistió y se han ido a comer.

—¿Y tú?

—Yo almorcé aquí. La enfermera es un primor.

—Es de Sevilla.

—Lo sé, me ha puesto al día. —Reímos—. Voy a avisar para que te traigan la comida.

—No tengo apetito.

—Lo pones. —Presionó el intercomunicador de la pared y a los cinco minutos contestaron.

—*Guten Tag, was darf es sein?*^[119]

—*Would you serve the lunch, please?*^[120]—Amaia de alemán sabía el saludo y la respuesta fue intuitiva.

—*Of course.*

Observó la habitación con una sonrisa juguetona.

—Mylène, a mami no le caben más flores en la habitación. Hay más aquí que en los parterres del jardín.

—Matt no tiene medida y Asier compite con él. No imaginas el trajín a las ocho de la tarde. Nos obligan a sacar todas las macetas y floreros. —Reímos ante lo absurdo de la situación.

—¿Y ya se entienden esos dos?

—No les queda otra. No pienso renunciar a ninguno. —Mylène ya se movía incómoda entre los brazos de la abuela.

—¿Pruebas a darle el pecho?

Al entregármela, mi pequeña me miró como si hubiera estado esperando recuperar mi aroma... mi tacto, con los ojos muy abiertos y la boquita redonda en un círculo de admiración indescriptible, como si en realidad pudiera verme, a pesar de guipar menos que un topo con doble de miopía.

—Hola, mi amor... soy mami y lo sabes, ¿a que sí? —le hablaba suave y

aunque tenía el pecho delante de su boca, escuchaba atenta embrujándome con sus enormes faros azules—. ¿Me has echado de menos vida mía? ¿Quieres los mimitos de mami? ¿No tienes hambre?

—Es preciosa, Enid.

Le introduje el pezón entre los labios y succionó con fuerza. Cuál fue nuestra sorpresa cuando en lugar de salir aquel líquido parduzco, denso y poco apetecible, fue leche. Al no esperárselo, se apartó asustada para medio segundo después, cuando sus papilas detectaron que estaba rica, volvió a buscarlo con avidez.

¡Por fin! Las horas anteriores habían sido un martirio, se cansaba o no ponía la boca en la posición adecuada y las dos nos frustrábamos, ella por no alimentarse y yo por no saber cómo alimentarla.

Suspiré de alivio y a continuación rompí a llorar.

—¿Cielo, qué sucede? —Amaia, sentada a mi lado, me consolaba abrazándome los hombros por la espalda.

—No lo sé. Estoy tan triste... y no quiero estarlo. Matt no se lo merece, pero no puedo evitar sentirme así.

—Háblame, te escucho.

—Tengo tanto miedo, Amaia... confundo el hambre con el sueño, el frío con el dolor... ¡Me asusta hasta cuando bosteza!

—Nena, si criaste a los mellizos... Mylène no es diferente.

—A los chicos los atendía su madre, yo solo le ayudaba en lo básico... Y ella...

—Contaba con la suya, con sus consejos... es eso.

—¡Ay, Amaia! ¡La echo tanto de menos! Siempre la tengo presente, pero ahora la necesito, y puedo... —Tragué por no ahogarme llorando—, puedo estar rodeada de familia preocupada por mí, pero ella no va a aparecer, ni va a conocer a su nieta... Era tan dulce... la colmaría de besitos y la arrullaría con dulzura canciones en francés... la amaría tanto...

—Enid, sé que es difícil, pero a esta muñequita no le va a faltar amor.

—Lo sé...

—¿Quién no se enamoraría de semejante preciosidad?

—Su abuela paterna.

—¡Bah! Porque aún lo la ha visto.

—Ni ha preguntado por ella, eso duele.

—No hay nada que más afecte a los padres que los desprecios a los hijos.

—Me encantaría teneros cerca.

Buscó mi mirada sopesando secretarme algo o no hacerlo. Al final, tras un suspiro se decidió.

—Tu padre se plantea un cambio de domicilio... en otro continente. Pero si comenta algo, hazte la sueca.

—¿En serio? —Asintió.

—Lo expuso después del accidente de Joel y cuando estuvimos en julio volvió a mencionarlo.

—Pero... ¿vosotras? Edith tiene sus amigos... y los abuelos, tus padres... el hospital —a medida que iba enumerando, la efusión inicial decaía, era improbable trasladar a todo un clan a un lugar con costumbres diferentes donde no iban a entender ni los buenos días del vecino.

—Los abuelos no van a querer abandonar su casa, seguirán asistidos en su domicilio y los visitaremos en vacaciones, como hacemos ahora. Edith hace amigos cada medio minuto y tu padre está recibiendo ofertas de los hospitales más prestigiosos desde que publicó el artículo sobre la operación de Joel.

—Lo tenéis bastante meditado... —No sé cómo contuve el grito de júbilo que apesaba mi garganta.

—Pero tú, como si no supieras nada.

—Que no sepa nada, ¿de qué? —Nos sonreímos.

—Iní...cariño, ningún hijo viene con un manual de instrucciones, sin embargo, no me preguntes cómo, logras ir superando el día a día y es maravilloso.

—Amaia, tengo sentimientos encontrados... amo a los mellizos, no dudaría en anteponer sus necesidades a las mías, pero... ¿por qué Mylène es diferente? Todo me asusta más.

—La has llevado en tu vientre, protegida y ahora la ves indefensa. A medida que vaya a siendo más autónoma esa sensación irá decayendo aunque jamás se supera.

—Bueno, eso con los chicos ya pasa, y desde el accidente de Joel, aún acusamos más un retraso, que salga con la bici o a patinar.

—Si a Edith le hubiera sucedido algo similar, créeme, no iba a salir sin casco ni de paseo.

—Matt lo lleva peor, intenta disuadirlo de realizar ciertas actividades. No

acaba de comprender que nuestro chico es energía en estado puro.

—Es un padre primerizo con hijos preadolescentes. En menos de dos años ha tenido que enfrentarse a su custodia, a ser aceptado, a educarlos, a superar el mal trago de tener a uno con el cráneo en pedazos... cambiando una vida más o menos estructurada, por otra sujeta por pinzas, y ya, por rizar el rizo, por darle otra vuelta de tuerca, viene a unirse a la troupe, esta belleza...

—Visto así...

—Opino que tu esposo tiene una maestría en control de la presión.

—Nos adora, ama a su familia, disfruta de esa sensación de unidad y nos consiente... por eso estamos en Alemania y él ha tenido que hacer de obstetra en prácticas... ¡Jesús! ¡Cómo duele parir! —Reímos, ahora que podíamos.

—No es lo más agradable de tener hijos...

—Amaia, sé que nunca te he agradecido que cuidaras de mi padre después de perder a mamá. Yo tomé las de Villadiego, en lugar de consolarnos.

—Tu padre y tú sois de la misma pasta. Os encapsuláis intentando seguir con vuestras vidas sin compartir los sentimientos. Esteban nombra a tu madre en muy contadas ocasiones, a pesar de pensarla siempre... —Levanté la vista de la carita de mi niña que tras saciarse dormía con la boca abierta y la lengua blanca—. Ya no me afecta, pero he llorado mucho.

—Tú no viniste a ocupar el vacío que dejó mi madre, Amaia —afirmé convencida—. Hiciste un hueco nuevo, ni mejor ni peor. Uno diferente y especial que nos regaló a Edith.

—Lo sé.

—Te quiero mucho, aunque no os lo pusiera sencillo al principio.

—Bueno, a ti no te duran demasiado las rabietas.

—¿Sabes?

—Dime.

—Me siento más animada. Ten, sujeta a tu nieta.

—Estaba a punto de arrancártela de los brazos.

—Aprovecharé que mi caballero andante me ha dado un respiro para poder ir sola al aseo, disfrutar de una ducha y de intimidad femenina. —Reímos contenidas por no despertar a Mylène.

—Ve, debes estar en tiempo de descuento.

—Por si acaso, atranca la puerta con la silla, porque de entrar y no hallarme en la cama, de esta vez me ata, fijo.

Resulta asombroso la facilidad con la que la mente humana se recompone y conforma. A mí, que mi bebé hubiera conseguido alimentarse sin dificultad logró cambiar mi ánimo.

También saber que mis padres y hermana iban a estar cerca de nosotros en un futuro inmediato me emocionaba. Era egoísta por mi parte no hacer por desalentarles, pero tampoco podía mentir, y si dependía de mi opinión o mi respuesta tuviera peso, con total sinceridad les confirmaría que no habría nada más ilusionante que tenerles junto a mí.

—Gracias por acompañarnos estas semanas, doctor. —No consintió marcharse como hizo el resto del equipo médico una vez nació Mylène.

—Ha sido un placer.

—Un chófer lo espera para trasladarle a su domicilio. Su familia debe estar deseando verle entrar en casa.

—Están habituados a que viaje, son mayores... hacen su vida. Aprovechad esta edad, es la menos complicada.

—Nosotros lo experimentaremos todo a la vez —apuntaba Matt orgulloso.

—Y después o durante... al psiquiátrico.

—O le tomamos el gusto y criamos a un par más.

—¡Estás tarado!

—Formáis una pareja encantadora. Sois jóvenes, tenéis tiempo para todo —comentaba jocosamente dándole unas palmaditas amigables en el hombro a Matt que sostenía a nuestra hija.

—Estaremos en contacto, doctor.

—Por descontado.

Nos tendió la mano y se la estrechamos. Terence tomó sus maletas y le acompañó al vehículo.

Treinta segundos más tarde aparecía Kail, que al conocer a nuestra joya, quedó maravillado.

—Matt, se parece mucho a ti.

—Espera a que habrá los ojos.

—Enid te veo estupenda, no parece que hayas dado a luz hace diez días.

—Me he recuperado rápido, aunque el maquillaje hace milagros... Esta preciosidad es una llorona.

—Pues parece un ángel.

—Espera a que habrá los ojos.

—Es un bebé, ha de expresarse de la única manera que sabe, mami. — ¡Matt y su psicología de libro malo eran desquiciantes!

—Papá, en el coche ha de ir en su sillita de seguridad —avisé mientras subía. Kail parecía divertirse introduciendo el equipaje de mano en el maletero.

—No creo que haya lugar más seguro que los brazos de papá.

—Sí, la sillita.

—Mylène, mami está celosa —afirmaba colocándola en la silla. Al estar acostumbrada a ir todo el día en brazos, tal como notó el acolchado abrió los ojos y gruñó.

—¡Dios mío, Matt! Definitivamente es Enid... —exclamó Kail asombrado.

—Y también es igual de exigente.

Mylène demostró a Kail la fuerza lírica de su llanto sostenido y lo poco que le gustaba la silla.

Matt intentaba convencerla hablándole como si en lugar de tener diez días tuviera cinco años. ¡Qué ingenuo! No conseguiría calmarla con argumentos ni cuando tuviera edad de entenderle.

—Quiere que la levantes de la silla, la odia, igual que dormir en la cuna o pasear en el cochecito.

—¿Y si son cólicos?

—Matt, quiere brazos, porque la tienes encima todo el santo día y cuando no la sostienes tú, está mamando.

—¿Cómo evitarlo?, no puedes imaginar cuánto quiero a este trocito de cielo... además, ¿cuando tú lloras no necesitas abrazos y mimos?

—Eres un papá muy empalagoso. Te recuerdo que tenemos dos hijos y podríamos hacerles sentir desplazados.

—He leído sobre eso, debemos hacerles participar en sus cuidados, dándoles ese espacio en la crianza de Mylène.

—Debemos de continuar nuestra rutina de familia, aunque la chiquitina precise más de todos...

—Mami, te quiero. Ya me sentía recompensado con la vida, pero la llegada de Mylène le pone el broche de oro.

—Y mis padres se trasladan en junio. ¿No te asustan tantas cosas buenas seguidas?

—No... Te mereces eso y mucho, mucho más, y me encargaré de que lo consigas.

Y nos besamos apremiados por el insistente llanto de nuestra hija que exigía salir de aquella prisión de seguridad donde se encontraba.

Lo reconozco, fui yo la que perdió el pulso, demostrando que tenía más boca que voluntad.

—Esta relación que tenemos no es sana, Mylène. Has de aprender a viajar

en tu sillita y a no llorar tanto, hija. —Tal como la sujeté entre las manos cesaron los quejidos.

—Es como papá... sabe lo que quiere y si fija un objetivo no cambia el rumbo.

—Pues, marido... no sé si alegrarme o llorar con ella.

Esta vez con más calma nos volvimos a besar

No sabría decir en qué momento me di cuenta de que no nos dirigíamos al hotel, sino que serpenteábamos por las calles de la urbanización donde estaba nuestra casa inacabada.

—Matt, ¿no hace frío para estar allí con la niña?

—No, es alemana, sufre menos las temperaturas bajas.

Se traía algo entre manos, aquella despreocupación no era propia de su carácter.

Con mis interrogantes saltando entre hemisferios llegamos a la placeta y se abrieron las puertas de aquella verja moderna e imponente.

Contemplé el entorno anonadada. Habían desaparecido los contenedores de obra y los palés de los materiales. Las antiestéticas calvas del césped dejadas por las pisadas de los operarios o las rodadas de la maquinaria, estaban cubiertas con un manto verde cortado a tijera, y el camino hasta la entrada principal, tal como sugirió Isona, se había asfaltado en tono ocre. Parecía la postal de un hogar de ensueño.

Kail detuvo el vehículo delante de la entrada principal, yo estaba en tal estado de estupefacción que fui incapaz de abrir la puerta.

—¿Qué tal princesa?

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—¿Dónde estaría la sorpresa con lo que a ti te gustan?

—Matt, gracias por escogerme...

—A ti por aceptarme.

Esperé a que mi esposo abriera para ayudarme a salir. Entramos en el vestíbulo y contemplar aquellas paredes, tan desnudas hacía unos meses, ya convertidas en un hogar cálido, complicaban el esfuerzo para no desbordarme en emoción.

Caminamos hasta el salón y tal como se deslizaron las puertas apareció un enorme cartel dándole la bienvenida a la pequeña Prescott acompañado de una lluvia de confeti con colores brillantes y una ovación inesperada para ambos.

Nuestros hijos se aproximaron a la carrera para abrazarse a nuestras cinturas.

Todos estaban allí recibiéndonos con cariño, alegrándose de nuestra felicidad, no faltaba ni Pat, ni Dietrich, ni Maud con su familia al completo, tampoco Ruth y el *noviete* de turno, ni los amigos de Joel y sus padres los Sres Camdem... más unos amigos íntimos de Matt, y por descontado Kail... Todos deseando conocer a nuestra pequeña. Fui consciente entonces de que no estaba tan sola como pensaba.

La impresión de sentirme tan arropada, tan cuidada, tan querida en definitiva, fue tan apabullante que precisé de apoyarme en el pecho de mi marido por no caer.

Fuimos —reconozco que yo algo zombi— saludándoles y presentando a nuestra hija. Matt me ayudaba a quitar el abrigo a la par que yo repartía besos repitiendo la misma frase de agradecimiento con cada enhorabuena, incapaz de decir nada más elaborado. Los chicos me flanqueaban, bien pegados.

Pat y Dietrich esperaban retirados en un segundo plano a que fuera pasando la tanda, reconociéndose más que simples amigos. Sabían que disfrutarían de otros privilegios.

Mi ego materno crecía de manera exponencial con cada palabra de nuestros invitados, podrían ser las mismas utilizadas para cualquier recién nacido, sin embargo, yo me las creía. Para mí no habría jamás bebé más bonito que el nuestro.

Estrenaba por fin el enorme sofá de rincón bajo el ventanal con mis tres hijos como pollitos pegados a mis alas.

—¿Todo bien, mamá? —Yo asentí y Matt sonrió.

—Mami, déjame que la tenga en brazos —¿Mami? Nunca se habían dirigido así, ni yo lo pretendí jamás.

—No es un juguete, Joel —le recordó su padre, ¡el mismo que no podía verla dormir en el moisés!

—No va a pasar nada, hombre de dios... Ten, Joel, sostenla. Cariño, no has de llamarme mamá si no lo sientes.

—Eres mi madre y así no confundiremos a Myle.

—¿Myle? —Busqué la mirada de Matt y él encogió los hombros.

—Mami, es muy bonita... —Isona tenía los ojos cuajaditos en lágrimas. La abracé con fuerza besándole la sien.

—Cielo, ¿qué sucede?

—Tenía mucho miedo de que pasara algo.

—Ahora ya estamos todos juntos, así que fuera miedos —que lo dijera yo tenía su guasa, pero ¿no consistía en eso? ¿No eran las madres seres mágicos capacitados para espantar el miedo de sus hijos mientras perdían el pelo con los propios?

—Yo también quiero llamarte mami.

—Podéis llamarme como más rabia o gusto os dé. Soy tan madre vuestra como de Myle, y a los tres os amo.

—¿Puedo cogerla?

—Deja que le pase la ansiedad a Joel. Os cansaréis de tenerla en brazos, papá la malacostumbrado a dormir así y no consiente ni conoce otra manera más cómoda.

Nuestros amigos y vecinos iban y venían del sofá al salón con los platillos del catering encargado para atenderles como se merecían. Yo, la verdad, no podía estar demasiado tiempo en pie, no me encontraba mal pero tampoco enérgica.

Maud contemplaba a la niña con embeleso de abuela y de tanto en tanto se limpiaba una lagrimita que su hijo y su marido usaban para burlarse de su sensibilidad. ¡Deberían de haberme visto a mí una semana antes! Llegué a pensar que no volvería a tener el cutis seco jamás.

Por fin conseguimos un hueco para poder charlar con Pat y Dietrich, al rato Matt y él se alejaron, estaba ilusionado con mostrarle unas cavas que había diseñado con bóvedas de revoltón forjadas en piedra y la colección de vinos encargada en las mejores bodegas conocidas.

Se crearon conversaciones paralelas y Myle, tras la toma, se había vuelto a quedar dormida.

—Te veo cansada... —afirmó Pat—. Asquerosamente recuperada, pero agotada.

—La anemia me tiene bajo mínimos. Los loquios han empezado a disminuir hace un par de días y esto tan diminuto con pinta de ángel, tiene más carácter a estatura.

—¿Puedo?

—Tuya.

—Enid... menudo susto.

—Fue de película gore. Dentro del coche parecía que hubiéramos descuartizado a alguien. —Se tapó la boca por disimular la risa—. Sí, tú ríe, ríe...

—Nos lo estamos planteando, no está del todo decidido...

—No tengáis demasiada prisa, disfrutad... Nosotros llevamos diez días a la expectativa, cuando no llora o duerme sin quejarse, vigilando por culpa de todos esos manuales que estuvo leyendo Matt... Cuando berrea y está recién comida y con el culo bien limpito, intentando descubrir qué le pasa, entonces alguien menciona los cólicos y desde ahí, siempre son cólicos, así la moza no conoce lo que es dormir estirada... ¿sabes?

—No... imposible saberlo... —negaba riendo de lo lindo.

—Eso de los cólicos es un mito urbano, en realidad es la excusa de los bebés para tener a los padres cogiditos por los cataplínes.

—Si es un sol, mírala... una muñequita.

—Ese es otro de sus talentos, dejarme siempre por mentirosa. Si comento con alguien: «no duerme más de media hora seguida», como ese alguien comparta tres horas con nosotros no se despertará ni para mamar.

—Y Matt, ¿se comporta?

—Es tan padrazo, puede levantarse sesenta veces para calmarla, cambiarla o dormirla. Si ha de comer, me la trae a la cama, la baña, le cura el ombligo... Está muy implicado, no nos descuida un instante.

—Te admira, Enid... no se va o vuelve que no te dé un beso. Trasmítis mucha complicidad.

—No todo es tan idílico, no llegamos a un acuerdo de manera sencilla nunca.

—Cosa del temperamento, debe de ser hasta entretenido.

—En ocasiones lo mataría... sin embargo, debí haber sido menos egoísta con el viaje a Múnich... y aún teniendo motivos, no me ha dicho ni una sola vez «te lo advertí».

—¿Para qué? Ya sabe que lo piensas. —Suspiró dejando caer la mirada a mi pequeña—. Nosotros somos lo contrario, más calmados.

—¿Eso es malo?

—Somos sosos... aburridos, ¿a que sí?

—¿Qué dices?! Os hacéis la vida apacible, encajáis sin esfuerzo, hacéis una pareja elegante e ideal.

—No lo cambiaría por nadie.

—Y es muy guapo.

—No al nivel de Matt...

—Ya... hasta cabreado es tan sexi... —Reímos igual a dos secuaces de la misma fechoría.

Sonaron de fondo unas campanitas y las supuse el timbre o alguien jugando con el móvil de la cuna de Myle.

Una de las asistentes domésticas a las que no conocía se aproximó unos minutos más tarde.

—Sra. Prescott.

—Enid, por favor. —Sonrió asintiendo con la cabeza.

—Al Sr. Prescott le gustaría hablar con usted en el vestíbulo. —Giré el cuello hacia Pat confundida.

—Ve, ya me ocupo yo de Myle.

—Este hombre cada día es más enigmático.

Pero al llegar al vestíbulo no era el Sr. Prescott que yo esperaba encontrarme.

—Jared... —Tragué la emoción.

—Hola, Sra. Prescott.

—¿Cómo...? ¿Cómo estás?

—*Ahoura me sientou fuerua de lougar.*

Me acerqué de dos zancadas abrazándome a su cintura. Vacilaba devolverme el gesto, pero no iba a soltarle hasta que no lo hiciera y tras unos segundos de indecisión, me estrechó con fuerza.

—Esta también es tu casa.

—Pat me *invitou, but no countestué.* Matt no lo *sabue.*

—Eché de menos una llamada tuya, un mensaje... no respondiste a ninguno de mis mails... Jared, ¿no me has enviado ni un meme por WhatsApp! —Estiró los labios en un intento por sonreír pero sus ojos no mentían.

—Sabes *pourqué.*

—Somos familia... y amigos.

—Es *difisil haserse* a la idea. *But... tengou una soubrinua, la situacioun* cambia.

—Ven, acompáñame al salón está con...

—¿Qué haces tú aquí?

Matt se había materializado detrás nuestro como si sus moléculas se hubieran reconstruido de súbito.

—Enid, *mejour me marchou*.

—Has venido a conocer a Mylène y no te vas a ir sin hacerlo.

—Enid, él no es bienvenido en nuestra casa —matizaba con un enfado rozando los límites para el berrido.

—Jared puede venir a visitarnos cuando desee, no necesita ni carta de invitación ni aviso previo.

—No es el momento de discutir esto —siseó apretando la mandíbula.

—Exacto, por eso tu hermano, mi cuñado, que se ha tragado el orgullo y ha venido a darnos la enhorabuena, se queda.

—Enid... No es *nesesariou*...

—Me toca un pie lo que vayas a decirme, Jared. Luego más tarde, los dos bajáis a la bodega... allí podéis hablar tomando un vino civilizadamente o solucionáis esto a botellazos, ¡pero lo arregláis ya de una maldita vez! —Matt pretendió replicar pero mi mirada de advertencia fue suficiente para frenarle —. ¡Perfecto! Todo aclarado.

Abrí las puertas del salón y entramos los tres. Quise suponer que de nuestros conflictos familiares pocos estaban al corriente, nadie hizo un gesto de sorpresa ni se escucharon murmullos maliciosos, tampoco hubiera sido lógico, quienes estaban en aquella reunión no solían preocuparse si no podían ayudar.

Pat le colocó a Myle a Jared entre los brazos. Mi pequeña lo observaba sin extrañar demasiado, arrugando el ceño y con la puntita de la lengua fuera. Él, hipnotizado.

—Eres una niña preciosa, con unos ojos muy grandes para una carita tan pequeña.

—Siempre matizando... —Matt, no solo estaba molesto y cabreado, se sentía vendido.

Por mí, podía contar hasta mil o salir a tirarle piedras a los murciélagos, el siguiente paso debía darlo él.

—Se parece tanto a ti, Enid... es preciosa —y Jared tampoco cooperaba con los comentarios.

—Tiene mucho de Matt... exige como un adulto.

—Pues parece una princesita...

—Intenta dejarla en el moisés, a ver si mantienes la misma opinión.

Muy lenta, la tensión fue bajando de intensidad durante la cena. Jared dedicó tiempo a conversar con los mellizos a los que no veía desde hacía meses y con buen ánimo participaba en las charlas del resto, sin embargo, entre los hermanos no se cruzaban ni las miradas.

¿Quién era yo para solucionar batallas ajenas? No obstante, intuía que Matt estaba sufriendo con todos aquellos enfrentamientos familiares, y tomé la iniciativa de proporcionarles un empujoncito para que lo resolvieran o se acabaran de matar.

—Matt, amor...

—Dime.

—¿Me acompañas? Voy a cambiar a Myle. —Pestañeó juntando las cejas, sabía que yo no necesitaba ayuda para eso.

—¿Qué sucede? —confuso preguntó mientras yo desnudaba a la nena por primera vez en su lindo dormitorio de cuento... que mucho me temía no iba a usar hasta los veinte años.

—¿Piensas hablar con tu hermano hoy o prefieres que le invite a dormir y lo haces desayunando?

—¿Tú verás? Yo no he de tratar nada con él.

—¿A veces eres tan irritante?

—Enid... dime, ¿qué esperas? Sabes los motivos que han provocado esta situación.

—¿Cómo puedes ser tan rencoroso? Nos hemos casado, he adoptado a tus hijos, acabamos de ser padres de nuevo... ¡Matt, por el amor de Dios! ¿Crees que puede decir o hacer Jared algo que ocasione nuestra ruptura?

—No.

—¿Entonces?

—No me gusta perder mi tiempo con imbéciles.

—Matt, es muy cansado hablar contigo cuando concluyes viendo la imbecilidad de otros y no la propia.

—Vamos a ver... ¿te impido yo que mantengas contacto con él?

—Tampoco lo facilitas.

—¡Enid! ¡Casi se me había pasado el cabreo! ¡Siempre tienes algo a exponer! ¡Eres frustrante!

—También puedo escuchar y no opinar...

—Odio que hagas eso... ¡me frenetiza!

—Entonces no soy yo quien te frustra.

—Es un día de celebración, ¿a qué joderlo?

—No entiendo ese pánico por oír lo que haya de explicarte tu hermano.

—Él sigue obstinado en que eres un capricho... se comporta como un coyote al acecho.

—Matt, sé sincero, ¿soy un capricho?

—¡Por supuesto que no! —exclamó categórico y en un tono que sobresaltó a Myle.

—Si es así, y yo te creo, ¿importa lo que él opine?

—Enid, no le des la vuelta... ¡No quiero! ¿Tanto cuesta entender eso? ¡No qui... e... ro! —¡Pero qué hombre más testarudo! ¡De darle un mazazo en plena mollera rebotaría el martillo!

—Sujeta a tu hija. —La tomó entre los brazos y aprovechó para besarla en la frente y rozarle la nariz con la suya.

—Tu mami me saca de quicio —se quejó buscando apoyo en Myle que le observaba como si lo entendiera.

—¿Sabes qué me dijo tu padre cuando vinieron a conocer a su nieta?

—Lo mismo que a mí, que no le diera la espalda al cretino de mi hermano.

—No —Levantó la vista de las muecas de Myle—. Dijo que no te dejara pasar ni una.

—¿Cómo?

—Sí, lo que oyes... ¡ni una! Confiaba en mí para que, de equivocarte, te hiciera ver la verdad.

—Y eso, ¿a qué vino?

—Te conoce, Matt.

—Mi padre no sabe las circunstancias reales de...

—Tu padre es un hombre de una calidad humana excepcional... y está enterado de todo.

—¿Pero? Si yo he sido cauto... esquivo...

—Fue tu madre... —Se paralizó como si una ola de frío catastrófico de menos trescientos grados le hubiera atravesado.

—¿Pero cómo coño...?

—Imagina el motivo... —balbucía intentando hablar—. Matt, los amigos los escogemos y a ellos nos une simplemente la amistad... eso no es garantía de durabilidad, igual aparecen que marchan... pero la familia viene impuesta, no ha de gustarte, mas tampoco debes obviarla porque, de alguna manera, ha contribuido en el moldeado de tu carácter...

Tuve que callarme.

—Princesa...

—Es muy doloroso, Matt... —admití ya llorando—, que un día falten y no hayas podido despedirte ni recordarle cuánto los querías.

—¿Tan significativo es para ti que me reconcilie con Jared?

—Si yo tuviera la convicción de que no iba a afectarte en un futuro, no insistiría...

—Nunca hemos tenido una buena relación.

—No pretendo que os comportéis como no habéis hecho en vuestra vida... ¿tan difícil es mantener la conexión que os unía? Además tu padre espera que logremos asentar unas bases para que consigan acercarse.

—Jared está muy lejos de desear ningún tipo de relación con él, menos aún con la nueva familia que ha formado.

—En una mesa todos reunidos nadie montará un *zapatiesto*, a no ser que los propios anfitriones muestren una mala actitud.

—¿En serio? —La sonrisilla de suficiencia con repunte cínico daba a entender la poca confianza que tenía en eso.

—Lo sé —afirmé con aplomo.

—Mi madre no pondrá un pie en esta casa jamás...

—Tu madre tiene las puertas tan abiertas como cualquier amigo o miembro de la familia..., pero, tal como ha hecho Jared, el primer paso ha de darlo ella.

Me observó sin abrir la boca. Yo no tenía nada más a añadir. Bajó la mirada hacia Myle y le besó la minúscula naricita para ponérmela después entre los brazos.

—Mi padre ha depositado en ti todas sus esperanzas. Sabe que eres la única persona en este mundo capaz de hacerme recapacitar, aun estando convencido o la decisión esté tomada. —Suspiró, y sujetando con ambas manos mi cara acercó sus labios a los míos depositando en ellos amor y ternura—. Voy a hablar con mi hermano. Tú, princesa, me debes una.

—Lo pagaré con gusto.

—¿Cuarenta menos diez?

—¡Oh, qué cochino! Respeta la inocencia de tu hija.

—Tiembra...

—Mejor espero el momento... sea que aguardando para un espectáculo pirotécnico encuentre un petardo con la pólvora mojada.

El beso que siguió a mi desconfianza fingida acreditaba su disposición y ansiedad. Después de inflamarme los labios, peinarle las cejitas a nuestra pequeña que no se había perdido detalle, se marchó.

—¡Ay, Mylène! Lo que cuesta convencer a tu padre cuando se obstina.

EL DUCADO



—¡Jo, princesa! ¡Cómo lo necesitaba! Esto es lo peor del embarazo.

—Clásico y machista, eres un tópico bípedo —Me senté a horcajadas sobre su vientre—. Podría enumerar una ristra de síntomas mucho más desagradables.

—¡Oh, sí! Es verdad... —Torciendo la cabeza mostró su sonrisa de medio lado de acalorar, y fui consciente de que estaba de guasa—. ¡Tu humor llorica!

—¡Eres tan gracioso y sensible! Sobre todo, gracioso... Acabaré hipando con las carcajadas. —Reía incontinente ante mi mueca enfurruñada.

—Te quiero, mami.

—Y yo, papi —suspíré trazando caminitos con el índice sobre su pecho, erizándole la piel.

—¿Qué sucede, princesa?

—Soy una mala madre...

—Pat y Dietrich están encantados con los mellizos y ellos les ayudarán con la enana, se pasan el día disputándose.

—Por eso lo digo, no siento el menor remordimiento al dejarles a cargo de los chicos.

—Necesitamos tiempo en pareja, entre las obligaciones laborales, los niños y sus peleas, la enana y sus llanteras, los nuevos proyectos, cuando tocamos el colchón los parpados caen como guillotinas.

—Suerte que no nos debemos de ocupar de las tareas domésticas...

—Por cierto, ¿cómo lleva tu padre la organización de la Navidad? Nos vamos a juntar una buena panda en su casa.

—Imagínate, entusiasmado.

—Será la primera vez que celebro esta fecha sin corsés. Me apetece.

—El ambiente será opuesto a lo que estás habituado... apretujados, sin respetar el turno de palabra. A Asier con unas copas de más lo canta todo. Tú, mi amor, a ser posible, no bebas... —Entornó la mirada levantando los brazos y dejándolos caer al segundo—. Y tu padre, su mujer y tu hermana, ¿estarán a gusto?

—Seguro, piensa que la familia de Rose es sencilla como la nuestra, por cierto, mi hermano me ha confirmado que vendrá en fin de año. La única que no desea compartir estas fechas con nosotros es mi madre.

—Ella ha de decidir cómo prefiere disfrutar el resto de su vida.

—Tendría que afectarme más, ¿no crees?

—Desprecia a su nieta, no hay mucho que añadir.

—Como siempre en la diana, princesa.

—Me haces feliz Matthew Frederick Prescott.

—Y tú a mí Enid Prescott, y por eso, tengo algo para ti. —Arrugué la frente extrañada—. Abre el primer cajón de la mesita.

Obedecí. En el interior había un sobre cerrado por una cuerda entre los típicos *eyelets* tan al uso para los *scrapbook*, aunque sin adornos y en color ocre. Lo saqué tan curiosa a confundida. Al abrirlo apareció un dossier con unas escrituras y comencé a leer. A medida que iba descubriendo qué contenían mi corazón más se aceleraba. Necesité sentarme apoyándome en el cabezal para no caerme de la cama.

—Matt... has... ¿has abierto un despacho de arquitectura a mi nombre?

—Falta tu firma, es tu bufete de ámbito internacional. Yo simplemente consto como socio capitalista, no participo ni en la gestión, ni en la administración, ni en la toma de decisiones ni de los beneficios, es tuyo. La

sede está en el centro de la ciudad, en uno de los edificios más representativos preparado para que inicies el proceso de selección de personal y comience la actividad en cuanto lo creas conveniente.

—Esto es... ¿sabes cuánto lo deseaba?

—Me lo dejaste entrever en el proyecto de Isona...

—Lo hizo ella...

—Sí, como Joel el suyo... Cielo, es la manera de decirte que creo en ti y en tu vocación... en tu talento.

—Pero... yo... —Movía los folios con azoro.

—Enid... ¿qué sucede?

—Yo no tengo idea de gestiones empresariales, ni contables, ni sabría escoger al personal administrativo ni comercial...

—Contrata un equipo de selección de recursos humanos.

—Matt, no me entiendes... —arrugó la frente confuso—. Necesito que formes parte de esto, que te impliques con tus conocimientos en cuanto a la organización interna y jerárquica... No quiero un socio capitalista, quiero que seas mi socio universal. —Las carcajadas resonaron en toda la habitación.

—Eso no existe, princesa.

—Inventémoslo.

—¿Quieres que participe activamente?

—Sí, como propietaria de ti, lo exijo. —Rio satisfecho, adoraba que lo cosificara adueñándose de él. Así somos los humanos, ansiosos por sentir la libertad pero encadenados a la felicidad que proporciona el amor.

—¡Hecho! Seré tu socio universal.

—Matt, ¿por un casual te he dicho alguna vez que eres el mejor hombre del mundo?

—Bueno... no todas las veces que a mí me gustaría escucharlo, pero sí, me lo has dejado caer.

—¿Y que te quiero? —Retomé la posición sentada sobre su regazo repartiéndole besitos por toda la cara.

—Mira, ahí fallas, no me lo dices ni la mitad de lo que necesito oírlo.

—Pues... te quiero... te quiero... te quiero... te quiero... te quiero y diez mil *hexadecillones* de veces... ¡te quiero!

—Yo a ti diez mil millones de *gúgolduplex* de veces.

—¡Venga! Eso te lo has inventado.

—Te lo demuestro.

—¿Me estás vacilando?

—Te encanta incitarme... —El deje sensual le desenmascaraba, aparte de cierta protuberancia bajo mi trasero.

—Y a ti que lo haga.

Con aquel baile de seducciones nuestros labios se encontraron para recuperar los días reteniendo pasiones por prescripción médica, mantenida tan a rajatabla que un roce provocaba un gemido.

Necesitábamos el sexo para comunicar nuestros afectos como cualquier pareja que comienza, porque Matt y yo en realidad éramos eso, aunque saltándonos el orden general. No quería pensar en futuros, ni en rupturas, ni en pérdidas ni en broncas... Deseaba explotar nuestra felicidad al máximo y hacer feliz con ella al resto.

Entre juegos y risas cambiábamos la zona de recreo sexual, pasábamos de la ducha al jacuzzi, de la cama a la piscina interior... y así bautizamos cada espacio de aquella lujosa cabaña en el Blue Mountain.

En el exterior hacía un frío de mil demonios. El espesor de nieve era significativo, creando la falsa ilusión de estar aislados, sin embargo, allí dentro sobraba calor.

Los rayos templados de un sol lejano se encargaron de despertarme y el aroma a café, me desperezó.

Matt, como buen esposo, siempre me permitía remolonear un rato más entre las sábanas y yo alargaba esos minutos hasta que venía a espabilarme a besos. Esa rutina era esencial para comenzar el día con buen talante, además tampoco teníamos prisa aquella mañana.

Pensé en nuestra hija, convencida de que sus exigencias tendrían a toda la casa revuelta haría horas, ella no se regía por el huso horario de Nueva York, era alemana.

Al escuchar los pies descalzos de mi marido sobre la madera cerré los ojos con ese nerviosismo infantil de ser descubierta fingiendo dormir. Con cada paso mis latidos se aceleraban emocionados y para cuando se sentó en la cama, ya estaba en tensión. ¿Cómo podía ser tan pava?

Me besó el cuello.

—Princesa, tienes el almuerzo preparado —susurró y me estremecí con el aliento de su voz a mi oído.

—No dormía —le devolví el beso—. Buenos días, papi.

—Estás radiante...

—¿Has desayunado? —Sin pedir permiso, me senté en su regazo y él me cubrió con el nórdico.

—No, te esperaba.

—¿Te duchas conmigo? —Con la yema del índice trazaba círculos en su pecho.

—¿Te estás insinuando?

—No, te estoy invitando. ¿Prefieres que te lo exija? Le estoy tomando gusto a esto de mandar.

—Se nos va a enfriar...

—Lo calentamos después.

Le besé el cuello, él ante aquel contacto siempre respiraba profundo. Conocer sus zonas erógenas me confería un poder muy excitante que empleaba sin recelos, acariciando con suavidad su torso, sus costados, el dibujo sublime de su estómago, de sus brazos...

—Me enciendes —admitió sobre mi boca.

—Por eso es mejor en la ducha, aquí hay demasiado material inflamable.

El recorrido hasta el baño fue una sucesión de besos frenéticos y jadeos enardecidos.

Nos introdujo en la cabina, él aún con el pantalón de deporte puesto. El agua comenzó a caer a modo de lluvia gruesa, lenta... cálida y el vapor empañó la mampara al instante, aunque ese efecto fue causado por la temperatura de nuestros cuerpos.

Me deshice de la prenda que sobraba sin perder el contacto de mi boca con su piel, y cuando realicé el camino de regreso a sus labios, él me tomó de las nalgas apoyándome en la pared. Mis dedos se enredaron en el cabello mojado y fino de su nuca, mientras mis piernas se anudaban a su cintura y alzaba mi torso para que tomara mis pechos, pesados y turgentes... voluptuosos debido a la lactancia, que ante el pulso efervescente derramaban la provisión de la mañana. Matt, lejos de sentir aprensión, decidió disfrutar de ella.

Era altamente erótico sentir su boca succionando con fruición sicalíptica.

—Fóllame, Matt —clamé ardiendo.

—No me hables así... no sabes cómo me cuesta mantener el tipo cuando te veo tan excitada.

—¿He de suplicarte?

Y de nuevo le musité la misma ordinariez pero con doble de sensualidad. Tentó mi intimidad encarando la suya, acariciándola para preparar el terreno y salir triunfante. Cuando se aseguró de que íbamos a disfrutar los dos entró suave y lento, para que percibiera su anatomía milímetro a milímetro.

—¿Bien, princesa?

—Más... necesito más.

Su musculatura se contraía bajo mis manos, su mandíbula se tensaba por procurarme más gozo y yo me estremecía deleitándome con el conjunto. Los gruñidos y jadeos que emitía por controlar su clímax enarbolaban el mío, sin embargo, sabía controlar el vaivén, la intensidad y el tempo para alargar aquella unión de pasiones, hasta que al fin, nuestros cuerpos exigieron la rudeza impetuosa con la que desahogarse sin censurar la intensidad de los gemidos.

—¿Satisfecha?

—Sí, aunque la verdad, me volvería a meter en la cama, me dejás exhausta —ensalcé el ego troglodita del que todos los tíos alardean, pero sin mentir.

—No es mala idea, aunque vamos a desayunar antes, tanta actividad sexual tiene mi glucosa bajo mínimos.

—¿Acabas de admitir agotamiento por plétora de sexo?!

—Y lo negaré ante quien sea, de ocurrírsete comentarlo con alguien — aseguró mientras se enjabonaba el cabello y yo frotaba su espalda.

—Matt, yo no comparto nuestras intimidades con nadie. Bueno, a lo mejor le doy a Pat pinceladas de corte genérico e inocente, ya sabes. —Dejó de aclarar su cuero cabelludo dándose la vuelta por observarme con los ojos entrecerrados.

—Define eso último. —Mi capacidad de ir directa al lodazal continuaba innata.

—Pues... eso... que lo haces muy bien. —Me encarceló entre sus brazos y la pared de mármol de la ducha.

—¿Besarte? —Con el furor de un huracán entró a mi boca arrebatándome el aliento.

—Sí, eso es genérico...

—¿Morderte? —preguntaba tras arañar con sus dientes desde mi nuca hasta la clavícula.

—Eso no tiene nada de inocente...

Con la energía que debía reservar para imprevistos desenfundados sujetó mis nalgas de nuevo y, esta vez sin dulzuras, entró impetuoso aunque mi intimidad lo recibió sin reparos, muestra de ello fue el grito que ahogó con su lengua.

—¿Y follarte? —Qué poder erótico tenía la obscenidad viniendo de su boca.

—De eso... —jadeaba con cada investida espaciadas a conciencia —. Solo... solo de pasada.

—Concreta.

—Únicamente le digo que nadie me ha hecho sentir tanto como tú... jamás.

Y volvimos a hacernos el amor con la misma intensidad, dedicación y deseo de no hacía demasiado rato.

Era pronto para hacer balances futuristas sobre nuestra pasión, sin embargo, deseaba mantenerla intacta, reinventándonos cada día, sin perder la disposición a sentirnos, contribuyendo a que la atracción perdurara. Me hice la solemne promesa de impedir que el aburrimiento, las rutinas o las cargas familiares nos embargara hasta el punto de alejarnos. Haría cuanto fuera por mantener encendida la llama de nuestra sexualidad, demostrándole cuánto le

amaba en cada entrega y cuánto le agradecía que hubiera roto con todo por estar juntos.

—¿Has hablado con los de casa?

—Ajá. Pat asegura que tu hija es una terrorista del sueño y que los mellizos son peores que la niña, pero que está todo bajo control —me informaba sin alzar los ojos del iPad, tecleando en la pantalla.

—Me dejas más tranquila. ¿Qué haces?

—Devolviendo unos mails a Kail.

—¿Te sirvo café?

—Sí, con leche y un bocadillo de esos que tú solo sabes hacer con tomate, aceite, jamón curado y queso de cabra.

—Pues sí que te has propuesto recuperar las energías rápido, el aire desde luego no va a levantarte. —Negó riendo sin retirar los ojos del dispositivo.

—Ayer cené poco.

—Ah, ¿sí? —puse en la pregunta toda la picardía. La alusión erótica le desconcentró de su tarea para dedicarme una de sus miradas canallas y sexis.

—Sí, princesa... fue poco —el tonito seductor me estremeció de puro gozo. Él al advertirlo se carcajeó.

—Mucha complicidad hay ente tu voz y mi piel. —Apartando el iPad a un lado se ladeó para encontrar mi mejilla y besarla.

—Saber que provooco este tipo de reacciones es sumamente excitante.

—Hoy te excita todo...

—No, me excitas tú... —Y esta vez buscó mis labios—, siempre.

—Ten, come... —Le entregué el bocadillo— y bebe.

—¡Uhm, qué pinta más apetecible! —susurraba a un centímetro de mi boca sin darle importancia al desayuno.

No iba a perder la oportunidad de besarle con ganas ahora que no teníamos a Joel o Isona señalando con asco cada muestra de afecto entre nosotros.

Mientras untaba la tostada con la mantequilla, continuaba dándole vueltas al exceso de generosidad y confianza que había depositado en mí como profesional y en nosotros como pareja.

Yo venía con lo puesto, apostaba poco cuando decidimos concedernos la oportunidad, mientras él siempre estaba a la expectativa, deseando complacer cualquier deseo, anhelo o capricho, fuera algo simple y sencillo, u otro obsequio tan insólito como un negocio a la carta.

¿Cómo compensarle? Él iba un paso por delante. Mi única oportunidad de

sorprenderle era con el regalo de Navidad que decidí adelantar aprovechando aquel enclave tan romántico.

—¿En qué piensas, mami?

—En ti. —Sonrió desconfiado.

—¿Y en qué más?

—En que... ya que los dos sabemos que Papá Noel son los padres...

—¡Venga! ¿En serio?

—Sí, Matt... siento ser yo quien te lo diga, pero no existe. Es solo un hípster cano con sobrepeso y mal gusto estético.

—Pues vaya chasco, acabas de enterrar mi espíritu navideño.

—Podrás superarlo, eres un chico valiente.

—Y ahora, tras desbaratar mis ilusiones, ¿qué querías decirme?

—La idea era entregarte tu regalo... aunque, después de esto, me siento fatal. ¿Prefieres que te lo deje bajo el árbol?

—¿Tienes un regalo para mí? —no había ironía en el tono, solo sorpresa.

—¿Crees que no te lo mereces?

—Bueno, acabas de darme una hija, es el mayor regalo que puede recibir un hombre.

—Algo has tenido que ver tú en eso... mal me habría apañado para fecundarme sin ayuda.

—¿Entonces?

—¿Es que no me ves capaz de encontrar algo material para obsequiarte?

—Princesa, no te ofendas, es complicado, aunque no importará que sean un par de calcetines... de escoger prefiero una corbata, el tema de las costuras en los dedos de los pies es incómodo... —Y yo, allí, pestañeando con cara de gato atónito sin dar crédito a lo que escuchaba—. Cariño, sé agradecer cualquier detalle.

—Matt, ha sido muy feo por tu parte, podías tamizar los comentarios.

—¿Lo haces tú?

Y con los dedos simuló disparar. Pasaba demasiado tiempo con Joel, había comenzado a copiar sus patochadas.

Me limpié dignamente las manos con la servilleta y retiré la silla para levantarme.

—Voy a buscar tu camisa, como mínimo espero haber acertado con el color.

—Tienes un gusto exquisito.

—Es hawaiana, con grandes hibiscos rosas.

Regresé con un sobre naranja con lacre. La confusión cambió su cara divertida.

—Ten, aquí tienes los papeles del divorcio.

Arrugó la frente, desconcertado. Observándome rasgó el sello para sacar los documentos. Leyó.

—Enid... ¿esto...? —Alzó la mirada de la cesión y el título timbrado—. ¿Es...?

—Es uno de los títulos nobiliarios más antiguos de Francia. Corresponde a la Casa Belleme, ducado de Alençon.

—Pero... según esto... me lo cedes tú —deducía con mueca de estupefacción radical.

—Al morir mi abuela materna lo heredé de manera directa.

—Eres duquesa... —siseaba para sí, relejendo—. Título concedido por la casa real francesa en el siglo XV... —Alzó la mirada de nuevo—. Esto parece una burla del destino... ¿Cómo no me lo habías dicho antes?

—Matt, lo que vosotros consideráis un honor perdido, para nosotros no era más que una carga añeja... el recuerdo de un personaje inhumano, superficial, miserable y ridículo, con un alma amargada por el egoísmo y el resentimiento. Sin embargo, sé que tú puedes darle otro sentido, el valor que se merece... tú lo recibes limpio y envuelto en amor.

—¿Pero? Enid... escucha, el título por el que mi madre tanto ha llorado es un apunte en un registro británico adquirido por el padre de mi abuelo con los beneficios de su primer negocio... Esto no es comparable... es historia, ahora mismo tengo entre mis manos un pedazo de la edad media.

—Lamentablemente, solo se transmite entre las mujeres de la familia, con lo cual yo puedo concederte un poder notarial como poseedor pero no puedes ostentarlo, aunque, como Isona es mi hija a efectos legales, se lo puedes transmitir a ella.

—O a Mylène.

—También, aunque suele heredarlo la primogénita.

Contempló una vez más el papel amarillento apergaminado por el tiempo entre pliegos de seda evitando la humedad y su deterioro, escrito en francés antiguo y sellado por el rey que concedió el ducado.

—Usé tu firma electrónica para poder tramitarlo.

—Yo no podré obsequiarte con nada cercano a su valor.

—Ah, ¿no?

—Imposible.

—Lo has hecho y continúas haciéndolo cada día.

—Son cosas Enid, esto es historia.

—Tú me has brindado la oportunidad de tener la mía propia. La única historia válida para mí es la que escribamos nosotros.

Nos observamos en silencio, él con admiración, yo con gratitud.

Había más lenguaje entre aquellas miradas que durante una disertación sobre sentimientos. Hablar estaba sobrevalorado cuando se podía transmitir tanto con tan poco.

Tomó mi cara entre sus manos y de repente dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas, estimulando las mías. Tragaba saliva por aclararse la garganta sin disimular la emoción.

—Enid... princesa... Estuve muerto, fui poco más de un guijarro inerte, con el interior reseco como un hierbajo de duna... estéril. Cuando me había conformado con mi destino irrumpiste como una tormenta de verano... descargando con fuerza, y cada relámpago iba iluminando en mí zonas apagadas. Lo anegaste todo... pero de aquel humedal comenzaron a brotar diminutas hebras de esperanza, y deseé sentir más... quise ser feliz.

—Qué bonito, Matt...

—No puedo arrepentirme de cuanto he hecho en mi vida, cuando cada paso, cada error, cada no... han ido acercándome a ti.

—Yo tampoco, aunque eso lleve aceptar etapas muy dolorosas.

—Creo... Enid, no, ¡sé!, —afirmó vehemente—, que la intención del lobo nunca fue comerse a Caperucita, sino ser domesticado por ella y que fuera su voz quien lograra sacarlo de la madriguera.

Ya no pude replicar más que con besos, que fueron creciendo en intensidad hasta apasionarnos.

Sí, tenía razón, así era la vida, podía complicarse, retorcerse, obligándonos a detenernos y respirar por no cuestionar invariablemente si valía la pena seguir luchando.

Once años de drama y culpa fueron necesarios para cruzar nuestros caminos en un momento singular y un lugar inopinado.

Aunque entendí que ambos éramos piezas maestras de un único puzle mal armado demasiadas veces, que se había desmoronado sin remedio muchas otras, y ensamblado con nuevas piezas inesperadas. Con épocas de reconstrucción rápida para estancarse poco más adelante... sin embargo, cada cual por su lado pudo levantarlo en todas las ocasiones.

Nosotros fuimos individuos ajenos a los entresijos del destino, situados en paralelos opuestos, en cambio, cada nueva pieza conseguía aproximarnos hasta soldarnos convirtiéndonos en unidad desde donde comenzar de cero.

¿Qué nos esperaba a partir de ahora?

Seguro que volvería a desmontarse alguna parte o cojearía alguna ficha defectuosa... Eso no era relevante, tomaríamos decisiones certeras para solventarlo con inmediatez, ya que la pieza guía estaba colocada y dispuesta para soportar el peso del resto.

Y, sí, podría no ser perfecto, no estar completo o no ser nada notable para otros homónimos más exigentes, mas era nuestro puzle... ese maravilloso camino que habíamos decidido transitar juntos.

LA PIEL



DEL LOBO



Sentada en la hamaca del jardín contemplaba como el sol iba apagando el día escondiéndose en la línea del horizonte, arrullado por las olas del Atlántico desde nuestra preciosa casa en Long Island.

El año siguiente al nacimiento de Myle nos trasladamos a Nueva York. Según mi esposo era una ciudad con más proyección de negocio, según mis conocimientos sobre su mente, lo propuso por darme el gusto.

La Gran Manzana siempre me atrajo como la miel a las moscas, mas el motivo por el cual no intenté desdecirme o disuadirlo fue que mi padre en lugar de Filadelfia prefirió Manhattan.

Los niños en un principio no se lo tomaron demasiado bien, sin embargo, perdieron de forma radical el apego que sentían por el otro estado en poco más de cuatro años. Reconozco que ayudó muchísimo escoger un lugar con playa y residir cerca de los abuelos.

Pat y Dietrich se casaron celebrándolo por todo lo alto, aunque para nada

fue una boda encopetada, nos divertimos tanto como nos emocionamos.

De su traslado a esta ciudad tuve yo la culpa, insistí y alegué las mismas justificaciones que Matt me había ofrecido a mí, así en cuanto le otorgaron a Pat una beca de investigación en una prestigiosa universidad, se instalaron muy ilusionados.

Vino a poner más brillo a sus vidas Rick, un precioso bebé rubio y tranquilo que destronó a la que hasta aquel momento era la pequeña de la familia, nuestra Myle, el cuarto de persona con más genio y nervio conocido, podrían catalogarla de nueva especie. Era una mezcla desquiciante de las virtudes y defectos de sus hermanos.

Nunca la dejaban jugar solita cinco minutos, así ayudaron a acuñar su carácter impetuoso y decidido. Pensar en su adolescencia me hacía espeluscar.

En esa etapa andábamos con los mellizos, los temibles dieciséis y por descontado, todo cuanto les parecía antes ideal en aquel momento les aborrecía, pasando de la euforia a la tristeza en el tiempo de un latido.

Isona, siempre más centrada en cuestiones escolares, se preocupaba por destacar en positivo proponiéndose ser la mejor de su promoción año tras año. Que hubiera ya decidido estudiar medicina especializándose en neurocirugía pediátrica tenía a su abuelo flotando en una nube babosa de orgullo y ego.

El mayor deseo de nuestra hija era ser aceptada en Harvard tras valorar su expediente académico, que hasta la fecha era un combinado de excelentes y matrículas, intachable. No quería que su padre tirara de contactos o amistades, deseaba hacerlo por méritos propios. Nosotros como padres esperábamos tenerla más cerca sugiriéndole Columbia como quien planea unas vacaciones en un resort exclusivo, aun reconociendo que no iba a colar.

Tampoco descuidaba sus aficiones, esforzándose como si fuera a dedicarse a la música o a la danza, sacando tiempo para todo.

Con Joel la harina venía de otro costal, era un idealista, disfrutaba del momento sin metas ni proyectos. De repente le apasionaba la robótica y un mes después su sino era la arquitectura, como se desinflaba su entusiasmo y mejor entonces ni preguntarle.

Sus calificaciones no brillaban como las de su hermana, no obstante, mantenía una media aceptable, aunque con alguna tacha por comportamientos insubordinados al salir en defensa de alguien, se lo mereciera o no.

A él tanto le daba una universidad a otra, y nosotros no íbamos a presionarle obsesionados con su indecisión, había opciones y llegado el

momento, ya trataríamos de orientarle.

Asier y Kristen seguían juntos en Alemania, afianzaron su relación sin llegar a casarse, fueron padres de una pareja de monstruitos que se llevaban entre ellos once meses y eran la viva imagen de su padre.

La distancia entre países no supuso desapego y hacíamos todo lo posible por mantener un contacto fluido, tanto por nosotros como por nuestros hijos, así, creando vínculos afectivos estrechos, aquella familia sin lazos de sangre seguirían unidos por los de la amistad.

Nos reuníamos para celebrar las fechas señaladas, compartíamos algunas semanas estivales y eran muy divertidos los desplazamientos en conjunto de la familia Zubaltegui, Günther, Prescott-Recassens y Prescott-Needle.

Sí... exacto, Jared se había casado.

Una tarde se presentó en casa con su esposa —tal cual—, una muchacha de veinticuatro años preciosa, sencilla, risueña y cariñosa. Aún no me explicó cómo pudo engañarla...

Jared había conseguido desprenderse de la opresiva manipulación materna, y tanto Matt como yo vimos en aquel imprevisto matrimonio más una respuesta rebelde a un acto de amor, aunque, ¿quiénes éramos nosotros para señalarlo?

En realidad parecían hacerse felices, llevaban un par de años juntos y se compenetraban, aunque mi cuñado abusaba de la inocencia de su esposa cuya opinión pesaba bien poco.

También había retomado el trato con su padre, que aún no siendo demasiado estrecho, sí era más afín, consintiendo acercarse a su hermanastra demostrando la madurez que hasta entonces obvió.

A base de sumar pequeños pasos se fueron cerrando antiguas heridas, las cicatrices no las borra el tiempo, pero se podrían disimular, se podría vivir con ellas.

En cambio, Matt y su madre no consiguieron comunicarse sin concluir en una guerra de recriminaciones, donde relucía la inquina al comprobar como sus delirios de grandeza se transformaron en ecos de soledad, cuya única responsable tenía mi nombre y apellido de soltera.

Isona, en su ingenuidad, pensó que si su abuela se enteraba de que había heredado un ducado, la tensión desaparecería, y sí, hubo un intento de reconciliación tan artificial como la patada de una culebra, zanjado de un tajo al descubrir que ella no constaría en ningún documento oficial como poseedora, además de que no tenía valor institucional al ser Francia una

república.

Una única vez pisó nuestra casa en Filadelfia, la única que tomó en brazos a Myle a la que consideraba una bastarda.

A estas alturas podría mentir asegurando que no me afectaba, pero no tenía la necesidad de hacerlo y por mantener mi línea de elegancia agradecía que continuara morando en su ostentosa, fría y triste mansión a doscientos kilómetros de la calidez y alegría de la nuestra.

En ocasiones me preguntaba si no nos pasaría factura aquella situación de alejamiento progresivo en el futuro, no obstante, mi marido se sentía liberado, era la excusa ideal para no visitarla, aunque para no llamarla, el pretexto se quedaba corto.

Yo, tragándome el orgullo ante los desprecios de mi suegra, me propuse hacerle entender a Matt que era una mujer educada sobre unos valores sociales diferentes..., retándole a que tendiera un puente entre ellos en lugar de seguir levantando un muro... ¡Imposible! Ni le apetecía oír ni intentarlo. La última vez que había sacado el tema me respondió con sequedad y rudeza: «*No me calientes más la cabeza con eso, haz el favor*», y yo, obediente, acaté la orden.

Me dedicaba a cuidar de nuestro hogar y a seguir consolidando mi profesión, que tras la adjudicación del museo en Stuttgart, logré despegar y cosechar otros éxitos.

Disfrutaba de la gran ventaja de poder llevar a término solo aquellos proyectos que me resultaban atractivos o relevantes, ya que en el despacho cada arquitecto escogía el suyo en función a sus aptitudes con la idea de conjugar pasión y conocimientos. Así nos estábamos consolidando como firma de prestigio.

Me sentía bendecida por la vida en aquel momento y disfrutaba de ella en plenitud.

—¡Mami! —el berrido de Myle convertía la luz del ocaso en las llamas del infierno.

—Myle, ¿por qué gritas? Cielo, me sobresaltas.

—¡Quiero ir al agua! ¡Quiero ir al agua!

—Mira el Sol, se está escondiendo.

—Aún se ve, mami.

—Vida, pero ya no caliente y al salir cogerás frío. ¿Por qué no te das un chapuzón en la piscina? Así cuando salgas yo te arropo.

—¡No! Aquí no hay olas.

—¿No eras una niña mayor?

—¡Soy mayor!

—Entonces has entendido lo que te ha explicado mamá, ¿a que sí?

—Claro, pero yo quiero bañarme en la playa.

—Y yo te he dicho que no. —Unió sus diminutas cejas apretando los labios enfadada.

—¡Jo, mami!

—Mylène, ya.

—Pero, mami... jo... va... di sí.

—Mylène, consigues agotar la paciencia de un árbol.

No debía de tener interiorizado el adverbio de negación impidiéndole un capricho, aunque de proponerle algún esfuerzo no lúdico como recoger, sabía vocalizarlo con mucha claridad.

Tiraba de mi mano gimoteando para que me levantara. Yo me había propuesto no ceder y ni me inmuté.

—¡Pero bueno! ¿Qué sucede aquí?

—¡Papi!

—¡Princesita! —exclamó imitando la efusividad—. ¿Un besito gordo?

—Pinchas. —Papá entornó las pupilas.

—Eres peor que mami.

—Es que a mamá le chifla esa perilla de cuatro días tan bien recortada. —Sonriendo sexi se inclinó para darme un beso tierno y fugaz.

—El gordo te lo doy después —musitó a milímetros de mis labios.

—¡Papi, papi! —exigía atención tirando del cuello de la camisa—. Mami no me deja jugar en la playa.

—¿No mami? —Consultaba antes de meter la pezuña. Chico listo.

—Quiere ir a saltar las olas y hace fresco. Se lo he explicado, pero, o no le funciona el oído o el lóbulo frontal. Consultaremos al *iaio*.

—¡Yo no tengo lobos! ¿A que no papá?

—Seguro que no —afirmaba riendo para después comerla a besos.

—Va, papi... ¿vamos al agua? ¿sí?

—Mami ha dicho que no.

—Pero...

—¡Mylène, basta con la matraca! Por hoy se acabó.

Sabía que de continuar con la zalamería iba a convencerle.

—Ya no hay nada que hacer, Myle... mañana si hace calorcito nos bañamos y saltamos las olas.

—¡Siempre mañana!

—Escucha... —Le hizo prestar atención a los ruidos que provenían de dentro de casa—. ¿No serán tus hermanos?

—¡Bájame, papi! —todo eran exigencias—. ¡Joel! ¡Isona! ¡Vamos al parque a patinar!

—No les va a dejar ni colgar las mochilas —apuntó entre risa sentándose a mi lado.

—Está muy consentida, nos va a penar.

—¿Cómo te encuentras? —Pasó un brazo por debajo de mis rodillas y el otro por la cintura para sostenerme en su regazo.

—Pesada. —Acariciaba mi vientre de treinta y ocho semanas con ternura.

—Pues parece que está muy tranquilo. —Levantó mi camiseta para inclinarse a besar la tripa—. Vareck, ¡qué bien estás ahí dentro chaval!

—No lo disuadas, bastante asustado debe de estar con los gritos de la hermana.

—Estás preciosa.

Nuestras lenguas se acariciaron después de una jornada alejadas y alargaron el contacto hasta que comenzaron a acalorar el resto del cuerpo. Nos retiramos por evitar ser mofa de nuestros hijos.

—Este embarazo me tiene más agotada que el de la niña.

—Tienes más responsabilidades, el despacho, los chicos... yo. —Me apoyé en su pecho.

—Matt, con Vareck nos plantamos, ¿vale?

—¿Estás segura?

—Tendremos cuatro hijos, creo que superamos la media estatal.

—Nos plantamos —convino besando mi frente—. Yo solo pido una cosa.

—Qué.

—Asistir al parto como acompañante.

—Yo quiero probar esta vez a hacerlo con la epidural...

—Nada de sustos entonces.

—Sin sustos.

Joel apareció con Myle subida a hombros.

Era un chico con todos los atributos propios de un conquistador; deportista, inteligente, carismático y muy guapo. El acné no llegó a afearle el rostro, y si de tanto en tanto brotaba un grano molesto, aparecía asustado con una aguja y el bote de agua oxigenada.

Sabía sacarle partido a su atractivo físico y su carácter desenfadado, el cóctel perfecto para tener un cortejo de adolescentes locas esperando sus atenciones.

Viendo la facilidad con la que la juventud entregaba su virtud sin el menor apuro ni pudor, tuvimos una charla sobre salud sexual con ellos en donde averiguamos que disponían de más información que nosotros mismos. Así simplemente cabía la esperanza de que se comportaran con cautela para no ser abuela antes de que Vareck caminara.

—Hola, mamá... Hola, papá... Hola, Vareck... —Se agachó para darnos un beso a cada miembro mientras Myle subida a sus hombros acompañaba divertida los movimientos de su hermano—. Nos vamos a la playa.

—Joel... el agua queda descartada.

—Haremos castillos. —Bajaron por la pasarela de madera a la carrera.

—Al final se va a salir con la suya. Joel no ve el límite con Mylé.

—Déjala que se moje, lo peor que puede pasarle es que coja frío.

—Es de la tela de la cebolla, siempre va con las velas colgando.

—No hay campo sin piedras ni niño sin mocos.

—Eres muy blandito.

—Princesa, me paso el día dando órdenes, cuando llego a casa prefiero que la vida fluya...

—Es decir, yo tengo la versión hippie de Matthew Prescott.

—Yo añadiría algo más...

—¿Cuál?

—La porno en el dormitorio... —susurró sensual besándome el cuello.

—Y en la cocina... y en el baño... y en la piscina... —Me estremecí recordando la última vez en la piscina—. Esa hay que repetirla.

Reía mordiéndome la nuca mientras su mano reptaba hasta uno de mis pechos.

—*Uhm...* no llevas sujetador... Se podría considerar una declaración de

intenciones.

—Podría... —Continuaba besándome los hombros entre risas y caricias menos inocentes.

—De verdad... lo vuestro es de un empalago... ¡todo el día igual! ¿No se supone que ya deberíais bajar el ritmo? —Isona cuanto tenía de inteligente lo superaba en estupidez, en eso no hubo mejora.

—Hola, hija... ¿un mal día? —se interesó su padre mordaz.

—No especialmente... Hola, mamá.

—¿Qué tal, cielo? —Nos besó y con ambas manos sujetó mi barriga para notar a su hermano.

—Bien, la *iaia* vendrá mañana con Edith, quería que te avisara.

—Como si hiciera falta.

—Se mueve poco... ¿no?

—Es niño... viene con pereza de serie.

—Sí, —afirmaba ironizando Matt—. Joel es un claro ejemplo de galbana.

—Flojera selectiva, sería más preciso. —maticé.

—¿Y dónde están? —Matt torció la cabeza hacía la playa.

—Seguro que mojados como pollos. Cariño, llévate unas toallas, a ver si evitamos lo inevitable.

La observamos descender por la pasarela de manera grácil y elegante. Era preciosa, su melena rubia ceniza matizaba sus facciones delicadas y su mirada verdosa, caminaba con la ligereza de las bailarinas, así como ingrátida, transmitiendo la falsa imagen de fragilidad.

—Matt, ¿te has fijado lo guapísima que es nuestra hija mayor?

—¿Pretendes ponerme de mala uva?

—Ostras... ¿qué he dicho?

—Dime machista, pero me atormenta la imaginación de los adolescentes pensando en mi niña.

—Machista.

—¿A ti no te preocupa?

—Mientras no sean maleducados y lo piensen sin exponerlo, no. Ella tiene muy claro sus objetivos. Además, no va a servir de nada angustiarse especulando en si va a tener relaciones con uno o con veinte... me conformo con que utilice el sentido común en lugar de dejarse atrapar por los arrebatos pasionales...

—Me acabas de dejar en la gloria.

—También puedes contratar un agente encubierto que aparte a todos los moscones.

—Esa sugerencia es muy acertada.

—Serás capaz.

—Pues voy a estudiar el tema...

—Estudia, estudia... así con la adolescencia de Isona practicamos con la técnica de ensayo y error, para ir con Myle a tiro hecho.

—Con Myle va a ser peor, es muy llamativa, una morena con ojos increíblemente expresivos y de azul espectral en un país de rubios...

—Si no hubieras puesto tanto empeño engendrándola...

—Si mi esposa no fuera de belleza sobrenatural...

—¿Acabas de llamarme fantasma? —bromeaba de palabra y mirada.

—No, ángel.

—Te quiero, papi.

—Te quiero, mami.

Eso éramos Matt y yo el equilibrio de lo descompensado, nos admirábamos y compenetrábamos con la misma facilidad que nos llevábamos la contraria, buscando convencernos mutuamente por no perder nuestra identidad.

Era cansado a la par de libertador, ya que hablábamos en total confianza sin ambigüedades y con la garantía de que, incluso no estando de acuerdo, en caso de necesitar apoyo la mano de uno estaría extendida para ayudar al otro.

Vendrían épocas duras, en todas las familias las había y la nuestra no iba a ser diferente, surgirían nuevos retos e imprevistos con los amigos, con los hijos... y el mundo no iba a dejar de girar por eso, en cambio, estaríamos juntos para superarlos.

De todas es conocido que los embarazos y el sueño nocturno eran incompatibles, y por no desvelar a mi esposo, dedicaba aquellas horas de insomnio a contemplarle dormir tras habernos disfrutado en intensidad un par de horas antes.

Seguía siendo el tipo sexi, seductor con talante altivo que me fascinó una tarde con una mirada, pero mejorado. Deshacerse del lastre le había rejuvenecido, tirar el gabán gris que abrigaba su alma aumentó sus atractivos.

—¡Oh! Mierda... —Aquella sensación de orinar sin fuerza y no poder retener la micción era inequívoca—. ¡Matt!

—*Uhm.*

—Despierta... —Le zarandeeé viendo el poco valor que le daba a mi requerimiento—. Necesito una toalla.

—¿Para qué? ¿No puedes ir tú?

—Si pudiera no te lo pediría.

—¿Tienes una pierna dormida?

—¡No! Espabila, que has de acompañarme... ¡Al hospital!

—¿A qué? —¿En qué momento del sueño estaba? ¿En el instante imbécil?

—A parir, acabo de romper aguas... —De un bote se sentó en la cama.

—¿Es broma? —Agarré su mano con brío y la coloqué entre mis muslos.

—¡Y no es pis! ¡Tú y tu maldita manía de necesitar pruebas para todo!

—No puede ser... —Negaba con cara de pasmo y ojos fijos en los míos—. No puede ser.

—Ayúdame... —Ahí seguía, estático como un poste—. ¡Matt! ¡Muévete, corcho!

—¡Voy, voy! ¡Joder! ¡Me lo prometiste!

—Si no te hubieras empleado tan bien hace un rato.

—¿La he roto yo? —¿lo preguntaba en serio?

—Matt, estás bien dotado, pero tu pito no es un barreno...

—¿Hay dolor?

—No tengo contracciones... pero de seguir con el debate...

— Ah, ¡no...! Otro parto en el coche, ¡no!

Y no, Vareck se comportó como todo un caballero naciendo en un hospital, asistido por un ginecólogo, con su padre a mi lado tomándome de la mano y yo

con el cuerpo insensible de cintura para abajo, igual a la mayoría de los niños del mundo desarrollado.

—¿Qué tal, mami?

—Bien, estoy en el momento Rambo... «no siento las piernas». —Cuando no hay dolor, bromear era fácil. Matt, riendo suave me besó mientras acariciaba la frente de su hijo—. Se parece mucho a Myle, ¿verdad?

—Es su vivo retrato... Vareck, te tocará imponerte, tu hermanita Myle no va a ponértelo nada sencillo.

—¿Contento, papi?

—Exultante de felicidad.

—Cumplí mi promesa.

—No has roto todavía ninguna.

—Tenemos la familia completa.

—Y perfecta. Y te amo no por cómo eres, sino por cómo me siento cuando estoy contigo.

—No será para tanto... —me burlé rebajando el dulzor.

—No. Será para siempre.

Tiré de su pechera y unimos nuestros labios una vez más.

¿Cuántas veces nos habríamos besado? ¿Mil? ¿Diez mil? ¿Cien mil? ¿Un millón? Lo desconocía, a mí, fuera inocente o arrebatado me revolucionaba las mariposillas como la primera vez.

Al separarnos, se inclinó sobre la frente del nuevo miembro de la familia para regalarle los primeros mimos de papá, después nos observamos felices, orgullosos... satisfechos y con el dorso de sus dedos acarició mi mejilla, yo ladeé la cabeza por atesorar el contacto de aquel gesto tan significativo entre nosotros y de nuevo nos fundimos en un beso tierno, cálido, para lacrar una vez más aquel pacto de amor, atracción y pasión donde hicimos desaparecer la variable tiempo.

Había aprendido de su determinación a conceder importancia a los sentimientos, a compartirlos a no avergonzarme de ellos, ¿no era lo que mi madre esperó siempre de mí, de su caperucita?

Costó, pero en el instante que conseguí enfrentarme a todos mis temores, probé a cobijarme bajo la piel del lobo... y fui feliz.



-
- [1] Apelativo cariñoso familiar usado en Cataluña que significa hermana.
- [2] Refrán catalán que cuyo equivalente en castellano sería: «lo poco agrada y lo mucho enfada».
- [3] Encantada de conocerle, Sr. Valois.
- [4] El placer es mío.
- [5] A la mierda.
- [6] En euskera, cariño.
- [7] En euskera, mariposa.
- [8] ¿Podemos conversar en otro sitio? No quiero alarmarte, pero necesitamos tu ayuda.
- [9] ¿Nos vamos?
- [10] Dirígeme tú. Yo no he estado nunca en Barcelona, no conozco un lugar tranquilo.
- [11] Pizza estará bien.
- [12] Es todo un señor mayor.
- [13] Hola, guapa. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo va todo, bonita mía?
- [14] Muy bien, Marga. Pasando el bochorno como se puede. Venimos a comer, aunque es un poco tarde... ¿Estamos a tiempo?
- [15] ¡No digas burradas! Para los Recassens la cocina está abierta las veinticuatro horas si hace falta.
- [16] Pasad, allí tengo una mesa perfecta para los dos.

- [17] Os traigo agua, sangría y... no os dejaré el menú, mejor la especialidad de la casa. Ahora vuelvo.
- [18] Sí, chico... Muy comunicativo. Se relaciona fácil con la gente.
- [19] Habla mucho de ti... te agradecemos que hayas sido tan cariñosas con ellos.
- [20] Bien, Enid... [...] Vendrás conmigo a Filadelfia.
- [21] Estás borracho.
- [22] Oh, no... estoy completamente sobrio. Enid, tú dices... ¡Joder! [...]tu dices que lo han perdido todo... y no es cierto.
- [23] Puedes hablar en inglés, lo entiendo perfectamente.
- [24] Estoy seguro de que descansarán.
- [25] Eres un gilipollas. ¡Que te jodan!
- [26] Marga, amor... mañana paso y ajustamos, ahora tengo prisa.
- [27] Invita la casa, guapa.
- [28] Toma mi tarjeta.
- [29] Nena, por favor... afloja un poco.
- [30] [...] De Baby, ¡nada!
- [31] Forma coloquial despectiva que da nombre en España al turista extranjero.
- [32] Wow! Te ves tan hermosa.
- [33] Me encantas.
- [34] Rascacielos.
- [35] Ganancias, beneficios.
- [36] Tuve que reinventarme y asumir que el beneficio no sería tan considerable.
- [37] Para mí, sí.
- [38] ¿Coqueteando contigo?
- [39] Me rindo.
- [40] ¡Imposible! Has de tener muchos pretendientes alrededor continuamente.
- [41] ¡Vas a por todas!
- [42] Lo dudo. [...], pero... no pienso joderla contigo.
- [43] Término soez, equivalente a gilipollas.
- [44] Él es un maldito bastardo.
- [45] Por supuesto.
- [46] ¡Endemoniado idioma!
- [47] Eres una mujer espectacular.
- [48] Pero, oírlo en voz alta...
- [49] ¡Para nada!

- [50] Quédate conmigo esta noche.
- [51] ¿Qué te lo impide?
- [52] Sé que te gusto.
- [53] ¿Entonces qué?
- [54] Ordenación del territorio, urbanismo y medio ambiente.
- [55] Máster en acústica arquitectónica y medioambiental.
- [56] Enid, eres tremendamente terca.
- [57] ¿Qué quieres decir?
- [58] Es mi madre.
- [59] ¡Mierda!
- [60] —Chicos... —[...]—. No sufráis, es vuestro padre y ha de daros su versión de los hechos.
- [61] —¿Y si no nos quiere? ¿Y si no quiere que nos quedemos aquí? ¿Y si nos cambia de escuela?
- [62] —Isona, estas preguntas las debéis tratar entre vosotros. Estoy convencida de que llegaréis a un acuerdo.
- [63] —Iní, cena con nosotros, por favor.
- [64] —No, Joel. Hoy es un día importante para la familia. Mañana hablamos. ¿De acuerdo?
- [65] Eres tan hermosa.
- [66] Final feliz.
- [67] Lobos.
- [68] Dulces sueños, cariño.
- [69] Día de Acción de Gracias.
- [70] Oh Dios mío... eres una maravilla.
- [71] Dime.
- [72] Una madre siempre es una madre.
- [73] Defiendo la unidad familiar... Es un maldito entrometido... Aunque no va a salirse con la suya.
- [74] Mi madre se pone de su lado... ¡Y me está jodiendo!
- [75] Bien, no insistiré. Te llamaré.
- [76] ¡Wow, es increíble... Enhorabuena!
- [77] Tiene diez años... ¡por el amor de Dios!
- [78] Nos vemos.
- [79] —¡Iní! Isona quiere escoger la película.
- [80] —Me toca a mí.
- [81] —¡Eso no es cierto!
- [82] —Ah, ¿no? Tú me cambiaste el turno por los deberes el lunes pasado.

- [83] —Pero... ¡Los hiciste mal a propósito!
- [84] —No es verdad.
- [85] —¡Bah, Isona! Los tuyos estaban bien.
- [86] —Los hice el viernes y estaba más despierta que el domingo.
- [87] —Me han bajado la nota por tu culpa. Te crees mejor y eres idiota.
- [88] —Idiota tú, que no sabes hacer cuatro operaciones.
- [89] —Iní... es que tengo razón.
- [90] Comida casera o hecha en casa.
- [91] En catalán, guapa.
- [92] En euskera, guapo.
- [93] Improperio en euskera similar a la expresión malsonante hijo de puta.
- [94] Solo por joder.
- [95] Revista femenina de moda y curiosidades.
- [96] Pajaritas.
- [97] Te ves preciosa, eso es todo.
- [98] Maldito bastardo.
- [99] La reina.
- [100] Corazón mío.
- [101] Del texto original de Romeo and Juliet de Shakespeare: «¡Buenas noches, buenas noches! La despedida es tan dulce dolor, que voy a decir buenas noches hasta que sea mañana».
- [102] Mi pequeña princesa, a la cama, tienes que soñar con castillos y unicornios. Buenas noches, mi amor.
- [103] Modismo inglés que en español se traduciría como colorín, colorado, este cuento se ha acabado.
- [104] El Guerrero
- [105] «Buscamos la felicidad, pero sin saber dónde, como los borrachos buscan su casa, sabiendo confusamente que tienen una». Voltaire.
- [106] Te golpeé.
- [107] Entonces, ¿qué sucedió?
- [108] Eso es aterrador.
- [109] Brillo especial
- [110] Duele una barbaridad.
- [111] Esto es demasiado para mí.
- [112] El amor te permite encontrar esos lugares ocultos en otra persona, incluso los que no sabían que estaban allí, incluso los que no hubieran pensado que se llamarían hermosos.

[\[113\]](#) Si deseas conocerlos puedes leer su apasionante historia de amor en la novela No puedo olvidarte.

[\[114\]](#) En italiano: ¿Quién sabe?

[\[115\]](#) En su miedo, buscan solo la paz. Con el miedo, buscan solo el amor.

[\[116\]](#) ¿Disculpe? ¿habla inglés?

[\[117\]](#) Me expreso mucho mejor.

[\[118\]](#) —Hola, mi rubia.

[\[119\]](#) —Buenas tardes, ¿qué desea?

[\[120\]](#) —¿Podría servirnos el almuerzo, por favor?